JULIE SOTO



CROSS BOOKS

ÉL ES SU MAYOR ENEMIGO...
Y SU DESEO MÁS PROHIBIDO.

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Advertencia de contenido

Evermore. Árbol Genealógico de la familia Rosewood

Primera parte

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11

Segunda parte

- Capítulo 12

Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37

Tercera parte

Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Rose in chains

Julie Soto



Para las chicas del sábado...

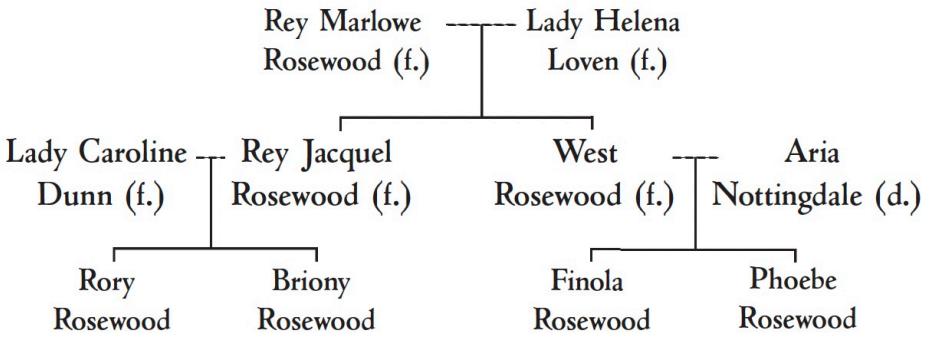
Advertencia de contenido

Este libro contiene escenas sexuales explícitas, sangre, violencia y agresiones sexuales. Se hace referencia a sexo no consentido, y la compraventa de seres humanos es uno de los temas principales de *Rose in chains*. La esterilización forzada, la muerte de personajes secundarios y la tortura también están presentes en la historia. Para una lista más detallada de advertencias de contenido, por favor visita <www.juliesotowrites.com>.

Evermore. Árbol genealógico de la familia Rosewood

EVERMORE

ÁRBOL GENEALÓGICO DE LA FAMILIA ROSEWOOD



BOMARD

EL SILLÓN DE BOMARD – VERONIKA MALLOW

LÍNEA DE ASCENSO AL SILLÓN

1.º - Riann Cohle	sucesor: Del Burkin
2.º - Aron Carvin	sucesora: Lucille Piken
3.ª - Genevieve Trow	sucesor: Canning Trow
4.º - Hap Gains	sucesor: Stance Green
5.ª - Moira Locklin	sucesor: Rowan Locklin
6.º - Caspar Quill	sucesor: Liam Quill
7.ª - Alba Twindle	sucesor: Collin Twindle
8.º - Orion Hearst	sucesor: Toven Hearst
9.ª - Florence Kleve	sucesor: Ryden Kleve
10.º - Cal Gidrey	sucesora: Evelyn Gidrey



Primera parte

Algunos debatirán que la fuente de nuestra magia procede de la sangre —del corazón—, pero a mí se me antoja una explicación en exceso sencilla. ¿Acaso no la invocamos? ¿Con la mente? ¿Con las intenciones?

Deberían colgarme por decirlo, lo sé, pero creo que empleando el poder de la mente es como elevamos nuestra magia más allá de nuestros ancestros. Decir que empleamos el corazón es demasiado simple. Para aquellos de entre nosotros que han amado, lo hemos hecho con el corazón, sí; pero también con una intención voluntaria de la mente.

PRIMEROS ESCRITOS DE VINDECCI,
CIRCA DEL AÑO 1507 TRAS LAS ESCRITURAS,
TAMBIÉN CONOCIDO COMO EL AÑO 8 A. V.
(ANTES DE VINDECCI)



Capítulo 1



A Briony le pareció extraño no sentir la muerte de su hermano. El crujido de la barrera protectora evaporándose le vibró en las costillas, y notó la roca bajo los dedos al agarrarse con fuerza al alféizar y mirar lo que quedaba del país de Evermore; pero no sintió nada en el alma cuando Rory murió.

Como su melliza, había tirado del hilo que corría entre ellos muchas veces: cuando estaba herido, cuando necesitaba ayuda. Briony buscó ese hilo, tratando de encontrar la vena de magia reservada solo para Rory en su pecho. Pero solo obtuvo un silencio oscuro como respuesta. Pensó en que tampoco tuvo ninguna premonición cuando cayó su padre hace cuatro años, y su madre ya había muerto cuando le sacaron a Briony.

Pero cuando se levantó el polvo como una nube en una tarde de verano a menos de un kilómetro, y la calma que las había rodeado a ella y a Cordelia se derrumbó en un caos estrepitoso, Briony supo que Rory estaba muerto.

La barrera protectora alrededor del castillo había caído. Estaba muerto.

Pero su alma no se había partido en dos.

Briony observó a la luna apartarse del sol, poniendo fin al eclipse tan rápido como empezó.

«Qué extraño», pensó ensimismada.

—No... —susurró Cordelia.

Briony miró a la derecha y vio a su amiga con los dedos pálidos, casi traslúcidos, contra los labios. El viento le sopló el pelo cobrizo a Cordelia sobre los ojos, como si pretendiera protegerla de esa visión. Al otro lado de Cordelia, Anna dio un paso adelante hacia el borde del balcón como si estuviera en trance, con la boca abierta. El sol se reflejaba en la insignia de la rosa morada de su armadura.

Briony volvió a mirar la nube de polvo y ceniza que subía cada vez más para tapar el baile entre la luna y el sol. Vio el reflejo por la izquierda, en el agua del lago.

La última dragona batió sus extensas alas y se apartó de la carnicería humana en el campo de batalla, de vuelta al norte.

—Quedaos aquí —dijo Anna, corriendo hacia las escaleras del balcón. Pero cambió de opinión y se dio la vuelta—. No... deberíais entrar. Buscad un lugar seguro y esperad.

Briony se quedó mirándola. Cordelia se ahogó con un sollozo.

Anna miró hacia atrás, y Briony percibió la mente de su guardia rotando con planes y estrategias. Se suponía que Anna debía quedarse a su lado; la acogió siendo un bebé y le prometió a su padre que daría su vida por Briony.

Antes de pensarlo demasiado, Anna se apresuró escaleras abajo.

Briony le dio la espalda a la nube de polvo, preguntándose si en su interior habría partes de su hermano. Su hermano, el que

supuestamente iba a acabar con esta guerra. Su hermano, el presagiado.

Entonces ahogó un grito, como si la idea de la profecía fracasada fuera la bofetada que necesitaba.

Rory ya no estaba. Se le llenaron los ojos de lágrimas y cogió aire, temblorosa. Se imaginó cómo debió de ser el frente. Miles de soldados siendo conscientes de que la esperanza que habían albergado durante tanto tiempo, su dos veces heredero, no era más que un hombre corriente, después de todo.

Movió los hombros para quitarse la capa. No la ayudaría a correr. Tampoco las zapatillas, ni el vestido de seda, pero no tenía tiempo para cambiarse.

Había puesto un pie en las escaleras cuando Cordelia la agarró por la muñeca y tiró de ella.

—¿Dónde vas? —El pánico le pellizcó la voz—. ¡Tenemos que escondernos!

Briony colocó la mano en la muñeca de su amiga.

—Si nos escondemos, seremos las únicas que queden con vida —dijo categóricamente.

Cordelia abrió sus ojos azules. En cuanto aflojó la mano, Briony se dio la vuelta y corrió escaleras abajo, con los ligeros pasos de su amiga detrás de ella.

Capítulo 2



Seis horas antes

Briony se sentó en el escritorio de su dormitorio con la mirada fija en el vapor que ondeaba de la taza de café como unas llamas danzantes. Torciendo distraída los dedos, se imaginó su sauce favorito a orillas del lago y observó mientras el vapor cumplía sus órdenes, elevándose para formar un tronco y cayendo en cientos de esbeltas ramas que besaban el agua.

A veces era más fácil manipular algo sin importancia cuando no daba con el hechizo que necesitaba para arreglar el mundo. El vapor de la taza podía dibujar una imagen bonita, aunque la imagen al otro lado de los muros del castillo no lo fuera tanto.

Agarró el hilo de magia con los ojos. El vapor traslúcido del té caliente se expandió para mostrar el lago junto a él, y su mente aportó la silueta de un niño de cuerpo pequeño sentado a los pies del árbol. Acababa de conjurar un libro en las manos del chico cuando se abrió la puerta de su dormitorio. Briony se sobresaltó, el sauce desapareció y el vapor volvió a ondear con normalidad.

Se giró como si la acabaran de pillar haciendo algo que no debía, y vio a Rory junto a la puerta abierta.

—¿Ya es la hora? —preguntó ella mirando el reloj.

—No, solo vengo a... verte.

Briony puso una mueca.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—No te despidas.

—Vale, no lo haré.

—Mejor.

Rory torció la boca. Al ser mellizos, compartían la misma boca curvada, los mismos ojos marrones, el mismo color de pelo castaño. Él tenía la nariz más ancha, como la de padre, y el pelo de ella era ondulado, como el de su madre, pero las diferencias en la apariencia de ambos eran muy sutiles.

Rory enganchó los pulgares en los pantalones hechos a medida que había confeccionado para la batalla.

—Pero, te lo advierto, Didion quiere despedirse. Seguramente quiera hacer algo más que despedirse.

Briony gruñó y miró al techo.

—Esto es culpa tuya —dijo—. Si no le hubieras pedido a Cordelia que se casara contigo, a Didion jamás se le habrían metido estas ideas en la cabeza.

Rory se sentó en la cama.

—En realidad, yo creo que la idea se le ocurrió cuando empezaste a pasear con él pasada la medianoche...

Ella ahogó un grito.

—¿Quién te ha contado eso? Fue hace un año, ¡y lo único que hacíamos era pasear!

Rory niveló la mirada con la de su hermana.

—¿Y no había otra hora más adecuada?

Briony se mordió el labio.

—Bueno, vale, igual hacíamos algo más...

Rory se cubrió las orejas.

—Para.

—¡Pero te juro que mi virtud sigue intacta!

Él se dio la vuelta y apretó mucho los ojos.

—No digas más, te lo ruego.

Con una risa fácil, Briony se sentó en el otro lado de la cama.

—¿Alguien más quiere despedirse? ¿Algún otro pretendiente que deba conocer? —Se colocó la falda veraniega sobre las piernas.

Rory sonrió, pero, inmediatamente, la curva de su boca cayó como cera en una vela.

—No lo sé. Dímelo tú —dijo tranquilo.

A ella se le entrecortó la respiración en el pecho.

—¿Qué insinúas?

Él la miró a los ojos, buscando una respuesta.

—Si no es Didion, ¿quién es el merecedor de tu atención?

—Nadie. —Su voz sonó aguda y apresurada—. Es... estamos en guerra, Rory, por si no te habías dado cuenta. ¿Quién va a tener tiempo para eso?

—Bueno, algunos encontramos el tiempo con bastante facilidad. Pero, en fin, después de hoy, es posible que las cosas cambien.

Se incorporó y ella le observó los dedos, que jugaban con el largo cordón de cuero que normalmente se ponía debajo de las camisas; el colgante de plata en el extremo era de su madre.

Rory siempre era muy humilde cada vez que salía el tema de la posible victoria. Como si no fuera el profetizado vencedor. Como si él mismo no terminara de creérselo.

—Sí. Puede que hoy cambie todo. —Se estiró sobre la cama y le agarró la mano—. ¿Quieres que lo repasemos una vez más?

Él la miró y asintió. Entre ellos siempre iba a ser así.

El primer día de escuela, cuando padre le pidió que cuidara a Rory, ella no entendió por qué iba a tener que cuidar de su hermano de dieciséis años. ¿No debía de ser él quien cuidara de ella?

—Puede que le cuesten asignaturas en las que tú brillas —le había dicho padre—. Estaría bien que los hijos de los bomardi no vieran que el futuro rey de Evermore es más torpe que su hermana.

Briony no lo comprendió hasta que les dieron los resultados de los primeros exámenes y su padre empezó a pedirle que intercambiara tareas enteras con Rory. Las horas y horas de trabajo de los siguientes cinco años se las regalaba a menudo a su hermano, y ella tenía que conformarse con lo que pudiera recoger de las sobras.

Nunca perdonó a su padre por eso, ni siquiera cuando murió.

Briony respiró hondo y dobló los dedos hacia la palma para invocar un pequeño frasco de agua en la mano. Se lo enseñó a Rory.

—Es agua del lago. Es la misma que hay en los pozos del castillo y de la escuela eversun. —Briony tragó saliva al pensar en las miles de familias eversun que se estaban refugiando en la escuela al otro lado del lago hasta que terminara la guerra—. Cuando lances la protección, viértetela en las manos y ponte la última gota en la lengua. El lago, el castillo Claremore y la escuela se unirán bajo un mismo escudo conectado contigo.

Rory lo cogió y asintió.

—Al general Meers no le gusta este plan, por cierto.

—No lo entiende. No es un Rosewood —dijo Briony.

El linaje de los Rosewood contenía mucha magia protectora: escudos, barreras y custodias. Era uno de los motivos principales por los que estaban predestinados a gobernar, según el padre de Briony

y Rory. Él, su abuelo y todos los hombres que vinieron antes eran celebrados regentes de tiempos de paz. Rory era el primer Rosewood que veía una guerra en más de quinientos años.

—El general valora la magia ofensiva. Es su trabajo —continuó Briony—, pero el tuyo, como rey y como Rosewood, es proteger a nuestro pueblo.

—Lo que quede de él —dijo Rory con un agotamiento evidente en la voz.

Durante los últimos cuatro años de guerra, los habían vencido cada vez más al sur, perdiendo territorio y perdiendo vidas. Pero Bomard, en realidad, no quería tierras. Ni a los prisioneros que se llevaban por el camino; aunque siempre era un plus para los bomardi sedientos de poder. Era Rory. Era el final de la profecía del dos veces heredero.

Briony colocó la mano sobre la de su hermano.

—Acabará pronto. Hoy es el día.

—¿Y si no lo es? —preguntó Rory con palabras apresuradas y ojos suplicantes.

—Sí que lo es. —La voz de Briony sonó más fuerte de lo que ella se sentía. Sonrió con calma—. El eclipse. Todo el mundo sabe que es hoy. «Cuando el sol brille en la noche, el que pondrá fin a la guerra...».

Rory apartó la mano.

—No me recites la profecía. No son más que tonterías de hace seiscientos años.

Se puso de pie y se acercó a la ventana sobre el escritorio. Briony lo observó inclinarse sobre el alféizar, como un niño deseoso de salir a jugar. Pasó los dedos por el edredón pensando en la vieja profecía que había atormentado a Rory durante años.

«Cuando el sol brille en la noche, él, que pondrá fin a la guerra en esta tierra, resultará victorioso. Será dos veces heredero, y un justo soberano del continente».

La profecía tenía más de medio milenio. Cuando no se cumplió con la guerra civil de Moreland que dividió el continente en Evermore y Bomard, muchos la olvidaron. Pero hace cuatro años, ante el estallido del nuevo conflicto, todos empezaron a preguntarse si Rory era el profetizado.

Briony miró los papeles y la correspondencia sobre el escritorio: las cartas que había recibido de los países al otro lado del mar declarando que no podían enviar ayuda, pero que aceptarían a los Rosewood y su corte amablemente en un retiro; la página de *El Diario* con actualizaciones diarias del reino, el discurso de la victoria que le había escrito a Rory y los mapas con todas las ubicaciones de todos los refugios de Eversun.

Briony carraspeó.

—Tienes que matarla —dijo con delicadeza—. Tiene que acabar. Del todo.

Briony ni siquiera había pronunciado el nombre de Mallow y, aun así, se le instaló una brisa fría en el interior del pecho.

Rory apretó los labios.

—Lo sé.

—Tendrás que usar Infartio si no funciona nada más...

—Ya lo sé, Briony —dijo alterado. Sorbió la nariz—. Perdona. Lo... lo haré. He estado practicando con el general Meers...

No dijo nada más. Briony no quería saber qué animales pequeños y pájaros habían estado desapareciendo de Claremore.

Infartio estaba prohibido en Evermore. De toda la magia del corazón, Infartio, aplastar el corazón dentro del pecho, era lo que más secuelas dejaba en un mago. La primera vez que acababas con

una vida te desgarraba el corazón, y cada muerte que llegara después lo troceaba cada vez más. Rory tuvo que aprender esta magia tan compleja desde cero, ya que la magia del corazón solo la usaban los bomardi. Al igual que la magia de la mente solo la usaban los eversun.

Era esta división entre los dos países lo que había aprovechado Veronika Mallow. Bomard se había radicalizado bajo su gobierno y creían que la magia de la mente de los eversun era el control mental, en lugar de lo que era realmente: una fuente diferente de la que sacar la magia. También había diferencias entre las disciplinas: había ciertos hechizos que un mago del corazón jamás podría dominar, y viceversa, pero la auténtica diferencia era la fuente de poder. La magia que se obtenía de la mente no agotaba al cuerpo, mientras que la magia del corazón conllevaba un gasto físico considerable. Los magos del corazón siempre necesitaban depender de animales familiares para mantener la fuerza después de un uso prolongado de la magia.

O algo peor.

Bajo la influencia de Mallow, algunos bomardi habían ido un paso más allá. ¿Por qué usar un animal cuando podías usar a otra persona? El corazón de otro mago podía proporcionarte mucho más poder que el de un animal y, al crear un vínculo, un vínculo latiente, te asegurarías que no fuera tu corazón el que terminaba agotado.

Se oyó un chirrido al otro lado de la ventana y, en el silencio tenso, los dos observaron al familiar de Mallow batir las alas contra el cielo. La última dragona en el mundo conocido, la criatura cuyo nombre se había perdido en el tiempo, había comenzado a volar en círculos al amanecer.

Había veces que Briony entendía que los bomardi siguieran a Mallow. Puede que ella también hubiera volcado su fe en la

hechicera capaz de entablar un vínculo con la última dragona. Por no hablar del poder incalculable que recibía Mallow gracias a ese vínculo: la fuerza de la magia y el acceso a unas habilidades que un mago del corazón jamás adquiría de un animal más común, o ni siquiera de un latiente. Unida a la dragona, puede que Mallow viviera dos vidas, como el último hechicero que se vinculó a esa criatura. Lord Dragón, como se referían a él los libros de historia, había vivido más de ciento cincuenta años. Y una larga vida no era lo único que Mallow conseguía al vincularse con la dragona. Todo el mundo sabía que con la magia del animal Mallow podía leer la mente, una característica únicamente conocida hasta ahora entre los magos de la mente más experimentados.

Observaron a la dragona volar hasta que desapareció de nuevo más allá del océano.

Briony volvió en sí cuando Rory se apartó de la ventana. La miró con la misma expresión de cuando eran más jóvenes, como si necesitara la respuesta a una pregunta de su tutora.

—¿Crees que la profecía habla de mí? ¿De verdad? Sé sincera, Briony.

Briony se mantuvo muy quieta y respondió sin un ápice de duda en la voz.

—Sí.

Rory buscó algún signo de titubeo, pero ella no mostró ninguno.

Llamaron a la puerta y Briony se sobresaltó.

Rory suspiró.

—Será Didion.

Ella frunció los labios.

Rory se rio.

—¡No seas cruel con él! —le dijo—. A lo mejor se muere hoy.

—No digas eso.

—¡Es verdad! —Rory fue corriendo a la puerta y la abrió—. ¿A que es verdad, Did?

Didion, con su hechura lánguida y larguirucha, se quedó tímido en el quicio de la puerta.

—¿El qué es verdad? —preguntó, mirando a Briony y a Rory debajo del oscuro pelo despeinado.

—Que a lo mejor te mueres hoy —dijo Rory impasible.

—Ah. Sí. Muy triste.

Briony puso los ojos en blanco y se levantó del colchón de plumas.

—Me alegro de que ambos tengáis una buena disposición.

Didion sonrió y carraspeó.

Rory dio una palmada.

—Tengo que ir a buscar a Cordelia. ¿Os puedo dejar sin supervisión?

Briony abrió la boca para protestar, pero Rory ya estaba casi en la puerta.

—Nos hemos quedado solos muchas veces —dijo Didion con una risa.

Rory se agarró al marco de la puerta y se balanceó de nuevo dentro de la habitación.

—Morirás hoy seguro como sigas diciendo esas cosas.

Briony se quejó y un rubor rosáceo cubrió la tez aceitunada de Didion.

—¡Como si tú no fueras a estar sin supervisión ahora mismo! —gritó ella.

Briony cogió un cojín de la cama y se lo lanzó a su hermano a la cabeza. Con un movimiento de muñeca, él desgarró el cojín en el aire. Las plumas volaron por todas partes, y Rory se marchó corriendo, desapareciendo entre la nube de pelusa.

Con un gruñido, Briony movió las manos hacia su pecho, recogiendo las plumas y llevándolas, flotando, hasta el cubo de la basura.

Una vez que el dormitorio estuvo limpio, se quedó a solas con Didion por primera vez en un año. Él miró la habitación, observando el escritorio y los cuadros que colgaban en las paredes.

—¿Estás cómoda aquí? —preguntó levantando las cejas.

—Me gusta. Echo de menos Biltmore Palace, pero ¿qué se le va a hacer? —Se encogió de hombros y se sintió muy incómoda de pronto—. Qué se le va a hacer... —Como si hubieran perdido el palacio de la costa lanzando una moneda en lugar de en un asedio.

Él miró la taza de té junto a los libros. La misma taza de té en la que ella había estado manipulando el vapor para formar el recuerdo de un chico diferente hace tan solo diez minutos. Él pasó el dedo índice sobre el líquido y volvió a calentarlo. El vapor serpenteó hacia arriba y él le dio la taza.

—Toma —dijo con una sonrisa tímida.

Briony intentó no estremecerse al coger la taza de té, y él se sentó a su lado en el colchón.

—Hace mucho que no estamos solos de verdad —dijo Didion.

Briony asintió. Había sido idea suya. Cuando el estrés de las reuniones tácticas y la tensión dentro del castillo fueron demasiado, ella y Didion daban largos paseos nocturnos por los muelles cercanos a Biltmore Palace, escapando de los ojos fisgones y de los oídos inquisidores. Él la escuchaba mientras le confesaba sus frustraciones por las estrategias del general Meers, y pronto los paseos terminaron con besos delicados, como los que habían compartido en la escuela. Y luego los besos dieron paso a meter las manos por debajo de la ropa.

Didion era dulce y paciente. Parecía que pasaba horas buscando el lugar correcto entre sus muslos y, cuando lo encontraba, lo perdía rápidamente, pero Briony simplemente sonreía cuando él le preguntaba si le había gustado. A lo mejor debería haber más... disfrute. Briony esperaba que así fuera, al menos. Quizá con una cama de por medio las cosas serían más sencillas, pero se negaba a meter a Didion en su cama. Como la hermana del rey, ya le había permitido a Didion demasiadas libertadas que solo debería tener un marido.

Fue idea suya pausar las cosas entre ellos después del retiro en Biltmore Palace, aunque Didion fuera una opción cómoda. Segura. Amable. A su padre le habría encantado que se casara con Didion Winchester. Y a su hermano también. Briony se preguntaba a menudo por qué a ella no le encajaba la opción cómoda, segura y amable.

—Quería pedirte un favor —dijo él mirándose fijamente las manos.

Dando un sorbo para robar tiempo, Briony lo vio hacer círculos nerviosos con los pulgares.

—¿Sí?

—¿Me dejarías que llevara tu broche hoy en la batalla?

Se llevó las manos al broche de plata.

—Es de mi madre —se apresuró a decir, ignorando el uso del presente—. Nunca me lo he quitado. No puedo separarme de él, lo siento.

—No, claro, tie-tiene sentido —tartamudeó él—. Si el broche no... ¿el mechón de pelo?

—Es... también de mi madre —dijo incómoda. Todos los retratos de su madre se parecían cada vez más a Briony conforme se acercaba a los veinticinco años, casualmente la edad a la que ella murió en el parto de Briony y Rory—. No... —Briony carraspeó—. ¿Es

necesario? ¿No te puedo desear buena suerte y ya? ¿A ti y a mi hermano?

Él asintió ligeramente sonrojado.

—No pasa nada. Solo había pensado... En fin, si supiera que hay alguien esperándome en casa...

—¿En casa? —Ella se rio—. Pero si no vas a estar ni a un kilómetro...

—Estoy intentando declararme formalmente, pero me lo estás poniendo muy difícil. —Se pasó una mano por el pelo oscuro.

—No tienes que declararme nada —dijo ella con firmeza—. Hasta que todo esto acabe, no sabremos si vamos a tener que resultar útiles de otra forma.

Él la miró desafiante.

—¿Te refieres a un compromiso para un tratado de paz? Rory no te haría algo así.

—¡No le quedará otra opción! Lleva cuatro años pensando únicamente en estrategias de batalla, pero después del día de hoy, tendrá que empezar a pensar como el rey de Evermore. —Soltó la taza de té y recordó al chico en el vapor—. Ha habido muchos matrimonios entre Bomard y Evermore para prolongar el tratado.

—No hace falta que te emociones tanto —masculló Didion.

Ella giró la cabeza para mirarlo.

—¿Qué?

Él suspiró y se levantó de la cama.

—Briony, por favor, simplemente dime que te alegrarás si sobrevivo hoy. Es lo único que te pido.

—¡Claro que me alegraré si sobrevives hoy...!

—Fantástico. Gracias —dijo él. Y antes de que a ella le diera tiempo a decir nada más, se marchó y cerró la puerta con un ligero clic.

Ella gruñó y se dejó caer en la cama. No estaba siendo evasiva a propósito. Aparte de dos primas, ella era la única mujer Rosewood que quedaba a la que podían ofrecer como sacrificio humano en un matrimonio político. Probablemente, Rory no se imaginaba algo así, pero el matrimonio político ayudaría mucho a restaurar la confianza que a día de hoy no existía. Había muchas familias en la línea de sucesión de los bomardi que no estaban sedientas de sangre y venganza. Un matrimonio entre ella y un joven bomardi no tenía por qué ser una tortura.

Había algunos con los que había ido a la escuela que menospreciaban a los eversun, pero sin ser abiertamente despreciables. Finn Raquin, de piel oscura y ojos aún más oscuros, era mitad eversun; el de sus padres fue uno de esos matrimonios por conveniencia. El patriarca de los Raquin era el decimocuarto en la línea hacia la posición de poder más alta en Bomard: el Sillón. Finn era un sinvergüenza, pero no era malo.

Por otro lado, el mal tenía la cara de Canning Trow. Con los ojos separados y piel pálida, Canning era horroroso, y tenía el alma igual de sombría. Todo el mundo sabía que había que apartarse de él en los pasillos oscuros de la escuela. El único motivo por el que se movía como si fuera el dueño del lugar era porque lo era. Su madre ostentaba la tercera posición en la línea hacia el Sillón, y la familia de su padre era la propietaria de la montaña en la que se había erigido la escuela bomardi.

Había varios chicos que solo eran crueles cuando les convenía, como Lorne Vult y Liam Quill, aunque se rumoreaba que Liam Quill estaba más interesado en Lorne y en Finn que en expandir su linaje familiar, pese a que su padre era el sexto.

Y luego había otra persona mucho más difícil de descifrar. Frío como el hielo la mayoría de los días, solo se derretía en los

momentos más extraños. Con unas manos fuertes y los ojos opacos, una boca malvada y mucha labia. Quien le inspiraba tanto miedo e incertidumbre en el pecho como deseo.

Briony apartó esos pensamientos. No servía de nada obcecarse con esas cosas.

Miró la taza de té. Se había vuelto a enfriar. El vapor había desaparecido en un suspiro.

Unas horas más tarde, Briony estaba en el jardín del castillo, viendo cómo su hermano se despedía de su mejor amiga. Cordelia envolvió a Rory con los brazos de una forma mucho más cariñosa de lo que se consideraba apropiado, pero no había demasiada gente a la que le preocupara la decencia en estos días tan oscuros.

—Qué asco —dijo una voz a su izquierda.

Briony sonrió a su prima Finola. Se estaba poniendo unos guantes y tenía el ceño fruncido mientras observaba las muestras de cariño de Rory y Cordelia.

Briony se rio.

—Algún día tú harás lo mismo.

—No si puedo evitarlo —dijo Finola guiñándole un ojo. Se colocó el pelo rubio miel sobre el hombro—. Nos vemos cuando todo esto acabe, ¿vale?

Briony asintió. Finola corrió hacia un rincón del jardín, el único lugar del castillo desde el que se podía abrir un portal. Briony se quedó con las ganas de preguntarle a Finola adónde iba, pero no le daban acceso a esa información, para su decepción.

A su derecha, el general Billium Meers hablaba tranquilamente con Anna Wevin, la guardia personal de Briony. Anna era, de hecho, la única mujer, además de Finola, por la que Briony había visto que el

general Meers tenía algún tipo de respeto. Por Briony desde luego que no, cuando acostumbraba a aparecer en las reuniones de estrategia que siempre parecían terminar en discusiones. El general priorizaba la agresión en sus ataques, hasta el punto de asumir riesgos innecesarios, y Briony siempre se apresuraba en recordarle a Rory la defensa, los escudos y la protección de su pueblo. En algún momento de los últimos dos años, el general Meers había convencido a Rory de que, por precaución y eficiencia, las reuniones para estrategias militares solo deberían contar con asesores esenciales, y Briony no pudo acudir más. Ahora Rory la ponía al día en privado. Podría haberla nombrado asesora, pero no lo había hecho, y ella no iba a proponérselo.

Anna saludó al general y se colocó a unos pasos detrás de Briony, como había hecho toda su vida. El general Meers asintió con cortesía a Briony, y ella le devolvió el gesto con una mirada furiosa.

El hijo del general, sin embargo, no podía ser más diferente a su padre.

Sammy Meers, con el pelo castaño rojizo, piel rosada y alegres ojos azules, se detuvo delante de Briony. Barrió el suelo con una reverencia profunda y le agarró la mano antes de que a ella le diera tiempo a apartarla.

—Señorita Briony Rosewood —dijo en voz alta—, pese haberme ofrecido vuestros favores, me temo que no puedo aceptarlos.

Briony apartó rápidamente la mano.

—¡Para ya! —chistó ruborizada cuando vio a Didion poner los ojos en blanco ante el dramatismo de Sammy.

—Sé que ansías una pedida a mi vuelta —continuó Sammy, gritando para que lo escucharan por todo el jardín—, pero mi corazón ya tiene dueña.

Sammy miró con ojos enamorados por encima del hombro de Briony a Anna, que era su jefa veinte años más mayor, y agachó profundamente la cabeza.

—Por favor, apártate de la princesa —dijo Anna fríamente.

—Me encanta este tonteo —contestó Sammy, batiendo rápidamente los párpados. Le guiñó un ojo a Briony y se marchó para reunirse con las tropas fuera del castillo. Cogió la bandera de Eversun con la rosa morada, la insignia de su familia, destacada sobre un fondo blanco.

Briony miró por el jardín las caras tranquilas y las conversaciones relajadas. Había un zumbido en el ambiente, la sensación de que este era el día profetizado, y que los cuatro largos años de guerra tras la muerte de su padre, el rey Jacquel, acabarían muy pronto. El gobierno de Rory se extendería a ambos reinos cuando demostrara ser el heredero que mencionaba la profecía.

Briony intentó sentir la misma calma, intentó relajarse de la misma forma. La luna se acercaba cada vez más al sol, como dictaba la profecía. El grito de un dragón atravesó el cielo. Y todo el mundo siguió charlando y abrazándose y brindando por última vez.

Cuando llegó la hora de la marcha de las tropas, Rory se acercó a ella para darle un abrazo.

—No —dijo—. No hace falta.

Él dejó caer los brazos y la miró frunciendo el ceño.

—Briony.

—Te veré en unas cuantas horas —dijo con firmeza—. Todo lo demás que nos digamos es innecesario.

Él apoyó la frente contra la de ella.

—Hasta ahora, Biney.

—Te tendré preparado un festín, Ro.

Él se estremeció al escuchar el mote de su infancia, y se giró hacia su caballo, listo para guiar a sus hombres fuera del jardín.

Didion la miró una vez antes de seguirlo.

Anna se puso junto a Briony.

—No le vas a regalar a Didion ni unas migajas, ¿verdad?

Cordelia se rio.

Briony resopló.

—Como he dicho, no hace falta —dijo cruzándose de brazos—. Volverán a casa esta noche.

Las puertas del castillo se cerraron detrás de los soldados y Briony se dio la vuelta para guiar a Anna y a Cordelia hasta el balcón, a observar y esperar.

El mundo se quedó a oscuras durante unos instantes cuando algo bloqueó el sol. Briony se giró para ver si el eclipse había comenzado.

Una dragona negra batió las alas sobre el castillo, incapaz de tocarlo gracias al hechizo protector de Rory.

La criatura chilló y a Briony le caló hasta los huesos.

Capítulo 3



A Briony le iba a estallar el corazón fuera del pecho. Bajaba por las escaleras del balcón, demasiado rápido como para pensar en si el silencio era importante. La densa respiración de Cordelia iba tres pasos detrás de ella cuando llegaron a la galería abierta de la cuarta planta.

Pasó rápidamente por un arco y se paró en el siguiente, mirando hacia el lago. La nube de polvo y huesos había empezado a alejarse inclinada, y la luna se había apartado del sol con un beso. No había ni rastro de la dragona en el horizonte. Miró hacia abajo, al jardín, y se le heló la sangre en las venas.

Un río de abrigos azul oscuro entraba por las puertas y se dispersaba en afluentes.

Los hombres de Mallow habían entrado.

Cordelia ahogó un grito. Algunos de los bomardi se estaban enfrentando con el escaso número de guardias y sirvientes que se habían quedado en el castillo, pero otros iban directamente adentro, como si la orden fuera simplemente agarrar la bandera.

A treinta metros de altura, Briony vio que un hombre con un abrigo azul cortaba el aire con los dedos, y una doncella se llevó las manos al cuello, esparciendo su sangre mientras caía al suelo.

Briony se preguntó si era Sofía, su doncella privada.

Tenía un muro en la cabeza. Mientras Cordelia se ahogaba en sollozos a su lado, Briony sintió una barricada entre los ojos y el cerebro que aún no le permitía llorar. Quizá había una presa en su garganta que se negaba a permitir que el cuerpo y el cerebro interactuaran.

Observó que el mismo hombre se acercaba a un lacayo, y Briony se inclinó sobre el alféizar, estirando el brazo hacia la estatua de Vindecci, el padre de la magia de la mente, sobre la torre más alta. Sacudió el brazo, permitiendo que la magia siguiera su orden, y observó cómo se inclinaba de su puesto el venerado filósofo. Mientras caía, dio una palmada fuerte. La estatua de mármol explotó. Guio un trozo enorme hacia el hombre justo cuando él intentó degollar al lacayo. La roca le golpeó en el hombro. Gritó de dolor inclinando hacia atrás la cabeza.

Briony lo reconoció. Reighven. Uno de los soldados más violentos de Mallow, que tenía un interés personal en Briony desde el día que empezó la guerra en la escuela bomardi. Su cara la aterrorizaba muchas de las noches en que la ansiedad la mantenía en vela.

El resto de los trozos de piedra cayeron a su alrededor, algunos golpeando a otros abrigos azules. Los hombres se detuvieron o bien en pleno ataque hacia el personal del castillo, o bien en la corriente constante hacia el interior. Y luego cincuenta pares de ojos miraron hacia arriba.

Briony tiró de Cordelia hacia atrás un segundo demasiado tarde.

Sabían dónde encontrarlas.

Agarró a Cordelia de la mano y salió corriendo. Tenían que salir de esta planta y de esta ala del palacio.

Las enredó en un laberinto de aposentos de sirvientes y pasadizos de los que tenía recuerdos difusos. Subieron a mitad de unas escaleras, cruzaron lo que sabía que eran las cocinas de abajo y volvieron a entrar corriendo por el pasillo junto al lago. Había unas escaleras estrechas escondidas en algún sitio, para que los sirvientes se movieran rápido entre las plantas. Necesitaba recordar detrás de qué pared estaban. Pasaron rápidamente por muchos lugares por los que ella y Rory habían galopado como caballos y se habían enseñado magia que era para los niños más mayores. La presa de su garganta se mantenía con fuerza ante los recuerdos de su hermano.

¿Dónde estaba su cuerpo?

¿Por qué no se había cumplido la profecía?

¿Por qué le permitió creerse invencible?

Se escuchó un golpe delante de ellas, detrás de la puerta hacia la que estaban corriendo. El sonido de la piedra explotando y la madera resquebrajándose. Briony y Cordelia derraparon hasta detenerse. Algo en su cabeza se había saltado un paso. Iban en esa dirección. Era la única dirección que conocía.

Y entonces Cordelia arrastró a Briony. Siguió los pasos de su amiga hacia atrás, se asomaron a una alcoba y se metieron en un armario de sábanas y toallas.

Respiraban demasiado fuerte.

Era lo único en lo que podía pensar Briony mientras se abrían las puertas a las escaleras y los primeros hombres que habían entrado en el castillo recorrían el pasillo a toda velocidad.

Agarró el hilo de magia de su mente y tiró, obligando a su corazón a relajarse. Cogió a Cordelia por la muñeca y le frotó el pulgar sobre la vena, ralentizando también su pulso.

Respiraban en silencio y ahora lo único que escuchaba eran los golpes de las botas contra la piedra.

—Ve a por Gains y comprobad todas las habitaciones. Rodeadlos.

Briony tragó saliva al escuchar esa voz. Ese chasquido rugoso pertenecía a Caspar Quill. Y entonces se dio cuenta de algo terrible.

Los hombres bomardi que estaban en el castillo de su padre...

Los hombres que habían visto morir a su hermano...

Los hombres a la caza de los eversun...

Eran los hombres a los que se había pasado la vida haciendo reverencias, a los que había recibido en los asuntos de Estado, los que le dieron la mano a su padre semanas antes de que Mallow se hiciera con el Sillón y acabara con él.

Seguramente los conocía a todos.

Liam Quill y Larissa Gains, dos bomardi con los que había ido a la escuela durante cinco años. Eran sus padres los que estaban al otro lado de las puertas cerradas del armario.

Y se preguntó si ellos alguna vez se habían imaginado a sus hijos escondiéndose así del padre de Briony.

Escuchó los dos pares de pasos alejarse por el pasillo. A la derecha, intuía el sonido de una habitación que estaban destrozando. Pensó que podía ser la sala de estar del servicio...

Entonces un grito le desgarró los oídos.

—¡No! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡No soy más que una doncella!

Cordelia ahogó un grito y Briony le apretó la muñeca para mantenerle el pulso relajado y la respiración tranquila.

La chica chilló y se escuchó un estruendo.

—Duerm... ¡Duermen arriba! ¡En la quinta planta! —gritó.

Briony se mordió el labio. Era mentira. Todas las cámaras principales estaban en la tercera planta.

—Quizá no buscamos sus dormitorios —dijo una voz grave que goteaba una intención maligna. Era Gains—. ¿Crees que nos da tiempo a desviarnos un poco?

Su compañero dijo:

—¿Qué sentido tiene saquear un sitio si no podemos saquear nada?

La doncella chilló. Se escuchó un cuerpo golpear contra la pared. Tela desgarrada.

Y Briony salió del armario antes de que Cordelia pudiera mirarla con ojos suplicantes.

La puerta del armario chocó con la pared de piedra cuando salió corriendo. Derrapó hacia el pasillo y se dio la vuelta para mirar dentro de la habitación.

La adrenalina le agitó todo el cuerpo. La respiración le golpeaba el pecho al ver cómo lanzaban a una joven sobre un sofá y a dos hombres de pie sobre ella.

Briony agarró con su magia la puerta del armario del que Cordelia estaba saliendo. Se lanzó con todo el cuerpo y tiró. La puerta se arrancó de las bisagras con un crujido y voló hacia ella. La madera se resquebrajó y Briony levantó las manos para elevar las dos piezas. Las empujó con magia y la madera salió disparada a la sala de estar.

Se escucharon dos quejidos de dolor cuando las estacas de la madera perforaron los muslos de los dos hombres.

Cordelia retorció las muñecas para hacer flotar dos piezas más. Los hombres abrieron mucho los ojos al ver cómo empujaba, lanzándoles la madera esta vez contra el pecho.

Gains batió los brazos y desvió los fragmentos, pero a su compañero le golpeó en el hombro. Antes de que Gains pudiera contratacar, la doncella se levantó del sofá balanceando sobre su

cabeza un candelabro de la mesita de noche. Gains se tambaleó y Cordelia levantó el último trozo de la puerta rota, dirigiéndola esta vez hacia el vientre.

El sonido de los órganos perforados atormentaría a Briony en sus sueños.

La doncella salió de la habitación tirando de Briony y Cordelia.

—¡Tenemos un pasadizo! ¡Tenéis que huir! —Tenía un acento denso de vocales de otra tierra.

—¡Lo estaba buscando! —dijo Briony, mirando hacia atrás para asegurarse de que los hombres habían caído. Gains estaba vivo, retorciéndose de dolor, pero al menos eso lo ralentizaría. El otro... no estaba segura.

Siguieron a la chica a través de una pared de piedra que desaparecía al presionarla, y de pronto Briony tropezó en unas escaleras húmedas. Cordelia iluminó el camino con un chasquido de dedos: una bola de luz que arrojaba sombras sobre la parte de atrás de la cabeza de cabello rubio fresa de la doncella.

Entonces Briony se acordó de ella, un puñado de recuerdos que llegaban con cada escalón de piedra. Solo llevaba unos meses aquí, era de Shurtarth. Ella y su hermano. Su hermano se ofreció voluntario ayer para alistarse en el ejército de Rory, el único shurtariano no mágico dispuesto a algo así.

Volvió a centrarse cuando las escaleras empezaron a girar. La doncella se detuvo en la puerta de abajo.

—Estamos en la tercera planta. Hay otro pasadizo que llega a la segunda...

—Detrás del retrato de mi madre. Ya me acuerdo —dijo Briony—. Tenemos que darnos prisa.

La doncella asintió y Briony desvaneció la puerta de piedra con un movimiento de muñeca. Miró hacia los dos lados y salió.

No había nadie en el salón grande, pero habían prendido fuego a la bandera de Evermore. La tela caía al suelo ardiendo en jirones, la rosa de su familia hecha cenizas. La doncella las llevó rápidamente hacia la galería de retratos y, en poco tiempo, Briony estaba separando el retrato de su madre: los ojos oscuros y la mandíbula fuerte que Briony no había heredado. Sujetó el marco del cuadro como una puerta abierta y la doncella entró primero, seguida de Cordelia.

Briony se giró para cerrar el cuadro detrás de ellas, atenta a los pasos de las otras mujeres que bajaban las escaleras...

¡Bum!

La explosión agitó cada piedra bajo sus pies. Briony se protegió entre las dos paredes del pasadizo mientras Cordelia se daba la vuelta, una docena de escalones más abajo, con los ojos muy blancos contra la oscuridad.

Y entonces el techo cedió, borrando a Cordelia de la vista de Briony.

Capítulo 4



Briony salió del pasadizo antes de que las rocas la aplastaran. Tenía el corazón acelerado mientras se dejaba caer al suelo. Una nube de polvo y escombros se extendía detrás de ella y pensó en Rory. En que él había estado dentro de una nube gris muy parecida.

¿Estaba Cordelia dentro de esta?

Se tambaleó hacia delante, usando la magia para levantar y apartar las piedras.

—¡Cordelia! —la llamó, y se le llenaron los pulmones de polvo.

A su espalda escuchaba los cuadros caerse de las paredes, todo agitado aún por la explosión. El castillo sin la protección mágica de Rory ya no era resistente. Se caía a trozos a su alrededor a medida que se perdía la magia de las rocas.

No escuchó ninguna respuesta desde el otro lado de los escombros, y justo cuando estaba a punto de agudizar el oído hacia una zona, oyó el sonido pesado de unas botas corriendo.

Estaba en el suelo de la galería de retratos, a plena vista, sin ninguna salida visible.

Briony se puso de pie de un salto y salió corriendo. Pasó por el comedor y escuchó que una mujer gritaba en el pasillo. Se dirigió a la gran escalinata porque no sabía a qué otra parte ir.

Dobló la esquina y se detuvo de golpe. El cuerpo de Anna estaba en diagonal en el suelo, en lo alto de las escaleras, con los ojos abiertos pero vacíos. Briony se tragó el dolor y pasó por su lado con cuidado para seguir bajando.

Otra explosión sacudió las paredes y se tambaleó, apenas capaz de mantener el equilibrio mientras el suelo temblaba. Cuando se estabilizó, volvió a mirar el cuerpo de Anna.

¿Qué hacía Anna por estas escaleras? Debería haber bajado por el otro lado del castillo.

Por aquí no había nada, solo los dormitorios.

Y como si la golpeara un rayo en la cabeza, Briony recordó los papeles sobre su escritorio. Las cartas secretas de los países que los acogerían. La lista de refugios seguros por todo el continente donde se reunían los espías del general.

Al final de la escalera había cuatro abrigos azules subiendo. Todavía no la habían visto. Continuó corriendo por el pasillo de la derecha.

Corría todo lo rápido que podía con el único objetivo de llegar a esos papeles. No había otra salida en esta dirección. Tendría que comprobar el muro de fuera para ver si podía bajar escalando por la pared.

Entró a trompicones en su antecámara y llegó a su habitación, golpeando con magia las puertas para cerrarlas. Se frotó las manos y los papeles sobre el escritorio empezaron a arder.

Se abrió una puerta de golpe en la habitación de al lado. Lo escuchaba todo a través de las paredes de piedra caliza.

Briony se quedó inmóvil el tiempo suficiente para tomar una decisión: no podía salir por el mismo sitio por el que había llegado.

Se apresuró hacia la ventana y miró hacia abajo. Había cinco hombres de Mallow patrullando. Podría derribarlos antes de bajar por la pared. Solo tenía que ser lista.

Miró su habitación en busca de un sitio en el que esconderse por ahora. En el baño había pocas opciones. El baúl a los pies de su cama sería lo más obvio. Fue corriendo al armario, consciente de que era una estupidez, pero al menos le daría tiempo para usar la magia.

Un hechizo para camuflarse era peligrosamente difícil, pero había conseguido dominarlo durante los últimos cuatro años, mientras su hermano se fue a combatir. Hacía falta magia de la mente y mucha concentración para engañar al ojo de otra persona.

Entró en el armario y apartó su ropa. Cerró las puertas y cerró los ojos, imaginándose el hilo de magia detrás de su frente. Estiró los dedos, invocando e imaginándose invisible, fundiéndose con los colores del armario. Una mirada rápida al interior del armario no mostraría nada, siempre que fuera capaz de mantener la concentración.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y chocó con la pared de piedra. Por la rendija entre las puertas del armario, Briony observó entrar apresuradamente a un hombre y detenerse de golpe.

Se le encogió el corazón y un grito ahogado le separó los labios.

Y el hechizo de camuflaje se desvaneció.

El hombre parecía más alto. Las extremidades pálidas y largas se notaban compactas y musculadas debajo de la camisa negra y el chaleco hecho a medida, pero la cintura seguía ajustada en los pantalones de esa forma tan frustrante que atrajo su mirada durante tantos años.

Ella lo observó girar en círculos, fijando la mirada en todos los rincones de su dormitorio: en todos los rincones de ella misma que jamás pensó que él vería.

Y mientras él buscaba, ella volvió a concentrarse en el hechizo de camuflaje, agarrándose fuerte a ese hilo entre sus ojos hasta que su forma física se disipó.

Por la rendija de las puertas observó cómo se acercaba al escritorio donde los papeles seguían convirtiéndose en cenizas. Sin perder tiempo mirándolos, salió corriendo hacia el baño. Volvió rápido y abrió la tapa del baúl a los pies de la cama.

Ella sintió un ligero escalofrío de satisfacción. Efectivamente, esos eran los dos lugares más evidentes.

Pero entonces se acercó al armario. Ella se concentró aún más en el hechizo y aguantó la respiración.

Él abrió las puertas y Briony se encontró cara a cara con Toven Hearst.

Los ojos que hacía años se había dado cuenta de que no eran del todo grises, sino que tenían trazas de azul, la miraron fijamente.

Debería invocar otro hechizo para calmar el corazón y suavizar la respiración. Seguramente él pudiera escucharlo.

Le cayó un mechón de pelo por la frente, tan fino y pálido que el gris era casi plateado.

La última vez que vio a este hombre, la estuvo persiguiendo por el bosque y matando a todo aquel que se encontrara por el camino.

Ella se estremeció al tenerlo tan cerca. Se dijo a sí misma que era miedo.

Él dio un paso adelante y miró hacia los lados.

La base del armario la hacía más alta, así que estaba casi a su nivel y, si metía un poco más la cabeza, sus labios se rozarían.

Cuando se apartó, había algo en su mirada, como si intentara recordar. Volvió a mirar el armario y estiró el brazo.

Briony tembló. Este era el fin.

Y entonces los dedos de Toven acariciaron un vestido verde a la izquierda de Briony. Uno que hacía muchos años que no se ponía.

—Toven.

Los dos se sobresaltaron.

Toven se dio la vuelta y casi le roza el cuerpo con la mano.

Finn Raquin, su mejor amigo, estaba en el quicio de la puerta.

—Debemos irnos —dijo Finn. El pecho le subía y le bajaba muy rápido—. Mallow sabe que estás aquí.

Toven se apartó del armario y se acercó al escritorio de Briony para mirar por la ventana.

—Toven —repitió Finn. Se pasó una mano por la cara—. No hagas esto.

Ella observó cómo Toven pasaba los dedos pálidos por algo que había sobre el escritorio. La taza de té de esta mañana.

—Todavía no se ha terminado —dijo Toven. Tenía una voz de barítono grave que siempre le provocaba un temblor en el vientre cada vez que hablaba—. Aún tenemos tiempo.

Salió de la habitación y Finn suspiró, caminando detrás de él.

Briony apenas era capaz de pensar. Escuchó los pasos que los alejaban. Levantó el hechizo de camuflaje y respiró hondo para calmarse.

La menta y las especias le golpearon la nariz.

Salió del armario y corrió a la puerta de su dormitorio para asomar la cabeza. Finn estaba desapareciendo por el final del pasillo, pisándole los talones a Toven.

«Aún tenemos tiempo». ¿Para qué? Era evidente que estaba buscando algo. Pensó en el baúl a los pies de su cama y en el

armario. Buscando a alguien.

Fue como si la sumergieran en un baño de agua fría.

La estaba buscando a ella.

Toven Hearst estaba cazándola de nuevo. Como los demás.

Siempre supuso que para él valía menos que el polvo, como todo Evermore, pero albergaba la esperanza de que hoy él no estuviera en el frente.

¿Había visto morir a su hermano? ¿Se habría regodeado si la hubiera cogido?

Briony respiró hondo y giró la cabeza hacia el otro lado del palacio.

Y se encontró con un pecho.

Ahogó un grito y una mano la agarró por el cuello. Tuvo un segundo para reconocer la sonrisa victoriosa de Gains antes de que lanzara un hechizo. Se le cerraron los ojos y todo se quedó oscuro.

Capítulo 5



Ocho años antes

Parecía que a Briony le costaba más que a los demás aclimatarse al frío de Bomard. Cuando llegaron los jóvenes de Evermore en primavera para el primer año de educación conjunta, Briony dio por hecho que la primavera era cálida con suaves brisas y árboles con aromas frescos. Así era la primera en Evermore.

En Bomard, no era más que el final del invierno. La nieve aún se estaba derritiendo y todavía había que llevar pieles pesadas. Las actividades al aire libre eran limitadas. Briony y Rory habían visitado Bomard con su padre muchas veces en viajes oficiales de Estado, pero nunca habían venido tan al norte. Aquí, construida en la ladera de la cordillera montañosa que protegía Bomard de los reinos al otro lado del mar, la escuela bomardi estaba cristalizada bajo la nieve.

Briony anhelaba las brisas cálidas de Evermore. Se cerró más la capa y se dio golpecitos con los dedos en la cara para calentar con magia la sangre bajo la piel.

—Ten cuidado —dijo Rory, moviéndose detrás de ella en la mesa donde ambos estaban desayunando—. Vi que Simon Leatherby intentaba eso la semana pasada y terminó con fiebre.

—Tengo cuidado —dijo tiritando. Miró deseosa el fuego a punto de extinguirse—. ¿Crees que nos están vacilando al darnos solo tres troncos al día?

Rory se sentó enfrente de ella y envolvió la taza de té caliente con las manos.

—Sí. Creo que quieren reírse de nuestra debilidad. A lo mejor pretenden que les roguemos por más madera.

Briony puso los ojos en blanco.

—Bueno, pues tendremos que recordarlo el año que viene cuando estemos en casa. A lo mejor nosotros soldamos sus ventanas para que se mueran de calor.

Parte del tratado que había mantenido la paz entre Evermore y Bomard durante quinientos años consistía en que los jóvenes de ambos países estudiaran juntos, en cursos alternos, durante los últimos cinco años de la educación mágica. El año próximo, los bomardi acudirían a la escuela cerca de los lagos templados de Evermore, pero este año Bomard era el anfitrión.

Aunque había una división entre los que practicaban la magia de la mente y quienes eran magos del corazón, los principios básicos eran prácticamente los mismos. Lo único que difería era la fuente de poder y la conexión que se tenía con ella. Para un mago del corazón, el levantamiento de una roca comenzaba en el músculo. Para uno de la mente, empezaba en la fuente del movimiento: el cerebro. Los magos del corazón sentían una vena palpitante de magia en el pecho, mientras que los magos de la mente sentían un hilo entre los ojos que les ataba la mente al mundo exterior.

A Briony siempre le habían enseñado que la magia de la mente de los eversun era una técnica evolucionada. Los magos de la mente no se cansaban tan rápido como los del corazón, y los bomardi no tenían la paciencia para la magia de la mente. Los magos del corazón podían agotar su magia accidentalmente, sí, pero necesitaban menos entrenamiento para conseguir resultados fuertes a la primera. Y la constancia era la mejor amiga de un mago de la mente.

—Alegrémonos de que a los Rosewood nos hayan dado habitaciones privadas —dijo Rory.

—No sé por qué tendríamos que alegrarnos. Al menos en la zona de dormitorios hay más calor humano. —Briony cogió su taza de té y calentó el líquido hasta que abrasó. Llevaban un mes en Bomard y era la única eversun que aún tiritaba en las clases.

Se quedó mirando a Rory desde el otro lado de la mesa repleta de fruta y pan mientras él engullía la comida. Le sacaba una cabeza y comía el doble que ella. Ahora, a unos meses de cumplir los diecisiete, empezaban a parecerse un poco menos. Él había ganado músculo durante el invierno de entrenamiento en la infantería, y ella se había pasado toda la estación ensanchando todas las zonas de su cuerpo que desearía que no se ensancharan. Cuando llegó a Bomard, solo le había bastado una mirada a la cintura de avispa y a las delicadas muñecas de Larissa Gains para darse cuenta de que, quizá, pasarse todo el invierno leyendo y comiendo dulces de miel no le había hecho ningún favor.

—¿Vamos? —preguntó Rory metiéndose una última galleta en la boca.

Briony se tragó el último sorbo de té, dejando que le quemara la lengua. Cogió una bufanda de lana de su armario y odió el peso frío sobre el cuello antes de aclimatarse a su calor.

Siguió a Rory hasta el gran salón de la primera planta, donde los estudiantes de primer año daban clases todas las mañanas desde las nueve hasta mediodía. Los de segundo año estaban en la planta superior, y los de tercero sobre ellos, y así sucesivamente, dejando los dormitorios en la planta siguiente. La *suite* privada del heredero de Eversun estaba arriba del todo, en una torre. Rory y Briony llegaron diez minutos tarde al primer día de clase, y los profesores bomardi fueron increíblemente desagradables al respecto. Padre envió una carta al día siguiente diciéndole a Briony que estuviera más pendiente de los horarios de su hermano.

En la séptima planta recogieron a Didion de los dormitorios de los chicos, y en la sexta se les unió Cordelia.

—¿Cuántos troncos para la chimenea os han dado a vosotros? —preguntó Briony a Cordelia mientras entrelazaban los brazos.

—¡Esperadme! ¡Voy con vosotros! —gritó una voz detrás de ellos.

Briony y Cordelia gruñeron. Pusieron sonrisas falsas y se dieron la vuelta.

Una chica con los ojos de un verde muy intenso y el pelo tan amarillo como la paja corría para alcanzarlas.

—Buenos días, Katrina —dijo Briony.

—Ya hace más calorcito, ¿verdad? —dijo Katrina, con la voz siempre demasiado aguda. Briony frunció el ceño y escondió un escalofrío. A Katrina se le salieron los ojos—. ¡Se me han olvidado los apuntes! —Se dio la vuelta y corrió de nuevo a la puerta del dormitorio.

Briony miró a Rory y a Didion, que seguían avanzando, bajando el siguiente tramo de escaleras.

—Supongo que ahora tenemos que esperarla —dijo Cordelia molesta.

Briony suspiró. Su padre había forzado una amistad entre Katrina Cove y Briony hacía un año, a pesar de que no tenían absolutamente nada en común. Katrina era la hija de un matrimonio concertado para mantener el tratado de paz. Había vivido en Bomard hasta los quince años, pero tras la muerte de su madre, su padre volvió a Evermore con ella. Katrina no tenía nada de malo realmente, pero era muy escandalosa, torpe y no paraba de hablar de lo contenta que estaba de volver a estar en Bomard mientras Briony tiritaba y temblaba de frío.

Cordelia y Briony la esperaron y se quedaron mirando cómo el resto de los madrugadores iban saliendo de las habitaciones y empezaban a abarrotar la escalera.

A Briony le temblaron los huesos cuando sintió el golpe de una brisa.

—¿Aún con frío, majestad?

El aire dentro de su pecho pareció congelarse. No hacía falta que se diera la vuelta para saber quién se lo había dicho. Solo había unas cuantas personas con la necesidad de burlarse de la realeza Rosewood.

Toven Hearst y su manada de chicos bomardi estaban bajando de los dormitorios de la séptima planta.

Briony había sufrido más desprecio y humillaciones en el último mes a manos de Toven y sus amigos que en toda su vida. La llamaban «princesa» o «majestad». Le tiraban rosas moradas por los pasillos, el símbolo de la insignia de Rosewood. La abucheaban cuando entraba en una habitación. Para alguien que había pasado los primeros dieciséis años de su vida recibiendo órdenes de no eclipsar a su hermano, de no llamar la atención, era muy humillante. Briony se había pasado la primera semana llorando contra su

almohada, preguntándose si también la gente de su pueblo la veía tan pija y condescendiente como los bomardi afirmaban que era.

Briony levantó la barbilla y esperó que pasaran sin mirarlos.

—Maldición, el frío también le ha afectado el oído —dijo Liam Quill, un chico guapísimo con el pelo oscuro y piel cobriza cuya arrogancia le fastidiaba la apariencia.

—¡Oye, princesa! —dijo una voz densa—. ¡Yo sé cómo calentarte!

Briony arrugó la nariz y se dio la vuelta para mirarlos mientras estallaban en una carcajada. El comentario lascivo provenía de Canning Trow. Era tres años mayor que ellos y no tenía ninguna necesidad de hablarle de ese modo a una niña de dieciséis años, o eso opinaba Briony.

Le lanzó una mirada a esa cara ancha y lasciva mientras pasaron por su lado.

—Qué va, ¿no te has enterado? —dijo una voz aguda desde los dormitorios de las chicas—. Su hermano la mantiene bien calentita. Por eso comparten habitación.

Larissa Gains se pavoneó hacia la manada de chicos. Por algún motivo, un aroma floral presagiaba su llegada, en lugar de dejar su rastro, y las densas capas de pelo rubio se balanceaban hipnóticas al ritmo de sus caderas.

Por la escalera se oyó la risa de los chicos mientras bajaban. Toven Hearst se quedó atrás y la miró con una sonrisa de superioridad. Esperó a Larissa para agarrarla por el brazo y bajar con ella las escaleras.

Briony aprendió desde muy pequeña que, como mujer Rosewood, lo más valioso que podía aprender era a sonreír cuando tenía ganas de gritar.

Cordelia, sin embargo...

—¡Serás depravada! —gritó detrás de Larissa. Briony le agarró la muñeca para intentar callarla, pero Cordelia siguió—: ¡Y ni siquiera eres capaz de decírselo a la cara!

Larissa se detuvo en el escalón de arriba y gritó:

—¡Se lo he dicho a la cara, simplemente me resulta espantoso mirarla directamente! —Hizo una mueca de asco exagerada y siguió contoneándose escaleras abajo.

Toven echó la cabeza hacia atrás con una carcajada profunda.

—Eres lo peor —dijo, y el sonido desapareció con él mientras continuaba bajando.

Briony cerró los ojos y respiró profundamente. Cordelia gruñó a su lado.

—¿Dónde narices está Katrina? —dijo Briony enfadada.

—¡Aquí! ¡Lo siento! —Katrina enganchó los brazos con las dos y las arrastró hacia las escaleras—. ¿A vosotras también os ha costado hacer la tarea?

Briony se dejó arrastrar. La escalera en espiral estaba embotellada, como pasaba siempre que los estudiantes más jóvenes esperaban demasiado para bajar. Pronto alcanzaron a Toven y Larissa, y Briony tiró de Katrina para que fuera más despacio. A medida que giraba la escalera, Toven miró hacia arriba y sonrió, engreído, al verlas. Briony miró hacia abajo con el ceño fruncido. También sentía la corriente en la escalera, y tenía que concentrar todas sus fuerzas para evitar que le temblara todo el cuerpo.

—Es una pena que no tengamos realeza en Bomard —dijo Larissa a Liam Quill, lo bastante fuerte como para que ellas la escucharan—. Me hubiera gustado ser princesa.

—Nuestras reglas siguen un linaje de sangre —se apresuró a decir Cordelia—. Las vuestras solo se rigen por la riqueza y el poder. Lo deja por completo en manos del azar.

—No sé —dijo Toven—. Mi padre es el hombre más rico de Bomard, bueno, de todo el continente de Moreland, en realidad, y solo es el octavo en la línea para el Sillón.

Liam se burló.

—El más rico solo si cuentas las propiedades y terrenos en el extranjero...

—Y los contamos —dijo Toven condescendiente—. Como todos.

Solo un tramo de escaleras más y se librarían de ellos. Briony le apretó el codo a Cordelia, rogándole que se mordiera la lengua un poco más.

—Katrina, querida, no sé cómo pudiste sobrevivir fuera de aquí —dijo Larissa—. Seguro que prefieres Bomard a Evermore.

Katrina los miró a todos sin saber muy bien cómo responder sin ofender a nadie.

—Bueno, lo echo de menos...

—Normal. Yo prefiero Bomard a Evermore en cualquier momento del año —dijo Larissa—. Al menos en Bomard abolieron la sucesión patriarcal. Una mujer jamás podrá gobernar en Evermore. Por muy creído que se lo tenga.

Arrastró los ojos desde el vestido de lana bordado hasta la cara de Briony.

—Yo también me lo tendría muy creído si tuviera oro en la sangre —dijo Toven.

Briony mantuvo una expresión impasible, aunque la energía entre ellos podía cortarse.

Cuando por fin entraron en la clase, un salón muy grande con tapices en un lado y un gran ventanal en el otro, estaba irreconocible. En el centro de la clase había tres docenas de pinos alineados, seguramente brotados durante la noche. Las agujas se

acumulaban a los pies de los troncos, tan anchos como el pecho de una persona.

Briony vio a Rory y a Didion mirando un árbol y se acercó a ellos.

—¿Vamos a... trepar por los árboles? —preguntó Didion.

—No, señor Winchester. —La voz sufridora de la profesora Amelia sonó detrás de ellos mientras caminaba hacia el frente de la clase. Era una mujer brusca de cuarenta y tantos años a la que no parecía gustarle demasiado la enseñanza.

Didion se sonrojó y sacó sus apuntes.

Mientras Briony sonreía por la vergüenza de Didion, sintió un aire frío que le subía por los hombros, y le tembló la respiración en el pecho. Se acurrucó más bajo la capa y la bufanda.

Toven Hearst se acercó al árbol de al lado de ellos, y Finn y Liam lo siguieron.

—Aquí dentro hace una temperatura muy agradable, ¿no crees, Finn? —dijo Toven despreocupado.

Briony frunció el ceño. Era evidente que la había visto temblar.

—Me dan ganas de desnudarme —dijo Finn.

—Me encantaría tener una de esas telas de los eversun —dijo Toven, quitándose exageradamente la capa y tirándola a un lado de la habitación—. Las sedas.

Ella le lanzó una mirada y vio que se estaba subiendo las mangas de la camisa, como si hiciera el calor de un día de verano. Las venas bajo la piel pálida parecían en tensión.

—Ya te digo —dijo Finn—. Y daría lo que fuera por un vaso bien frío de vino de hada. Tan frío que rompiera la copa.

Briony miró al frente, esperando que la profesora Amelia comenzara la clase. Metió la barbilla bajo la bufanda y sopló aire caliente contra la tela para que le calentara la cara.

Rory la miró con el ceño fruncido.

—¿Tienes frío?

—¿Tú no?

Volvió a sentir la corriente. Y entonces cayó en la cuenta.

Briony giró el cuello violentamente para mirar a Toven. Se estaba remangando la camisa sin quitarle los ojos de encima a ella. La punta de los dedos de la mano que tenía en el costado no paraba de rotar en círculos.

Él le estaba enviando la corriente de aire. Tenía frío por culpa de Toven Hearst.

A Briony se le incendiaron los ojos. Vio como Toven ponía una sonrisa engreída.

—¿Estáis cómoda, majestad?

Ella se puso roja de ira, pero, a pesar de eso, su cuerpo tembló sin permiso.

Escuchó a Finn toser para cubrir una risa.

Briony se quitó la bufanda y le siguió el juego a Toven, quitándose desafiante la capa y tirándola en una esquina de la clase. Una ráfaga de aire la golpeó, pasando sobre sus brazos y hombros desnudos, pero se agarró al hilo de magia entre sus ojos y empezó a tirar del calor de su sangre girando la punta del dedo, calentándola contra el frío.

Ahora que sabía qué era lo que le pasaba, podía contratacar sin problema.

La profesora Amelia pidió atención. Briony miró hacia delante, pero notaba que Toven seguía mirándola.

—Vamos a poner en práctica la clase de la semana pasada —dijo la profesora Amelia—. Como ya sabemos, toda la magia se hace con gestos. Desde los primeros años de escuela, puede que hayáis aprendido magia simple para atraer objetos o apartarlos, pero eso

es, como mucho, magia rudimentaria. La semana pasada identificamos los ocho gestos mágicos originales, ¿que son...?

Se levantaron una docena de manos. Briony se quedó quieta, aunque Rory levantó vergonzoso la mano.

Ella sabía la respuesta, pero esto era parte del trato con su padre. Podía sacar buenas notas, pero nunca mejores que Rory. No podía ser mejor que él en clase. Si a Rory le costaba algo, su obligación era asegurarse de que le salía bien. Daba igual cómo.

—Señor Rosewood. —La profesora Amelia se giró hacia la pizarra.

—Empujar, tirar, lanzar, golpear, desgarrar, levantar, arrastrar... —Rory carraspeó y miró sus apuntes.

Se estaba olvidando de un gesto que Briony (y Toven, en realidad) estaba usando ahora mismo. Briony dejó de hacer círculos con los dedos para recoger el calor de su sangre y volvió a tocar el hilo de detrás de los ojos. Haciendo un tirabuzón con el dedo, tiró de las palabras de los apuntes de Rory para hacer nuevas formas, nuevas letras.

Lo vio concentrarse en la tinta que ella estaba manipulando.

—Recoger —dijo, terminando así la lista. Briony soltó la tinta y dejó que volviera a su forma original. Rory la miró con la más mínima sonrisa de gratitud.

—Muy bien. —La profesora Amelia escribió los primeros ocho gestos en la pizarra—. Y Vindecci identificó dos más con la llegada de la magia de la mente. ¿Cuáles son, señorita Rosewood?

—No lo sé, profesora Amelia.

La mujer terminó de añadir la palabra *recoger* a la lista de la pizarra y dejó caer el brazo. Se giró y toda la clase aguantó la respiración.

—Dos gestos que no están en esta lista —dijo, señalando la pizarra.

Briony sintió que se le calentaba la piel y no tenía nada que ver con el encantamiento que estaba utilizando. Sacudió la cabeza y volvió a mirar los apuntes de Rory, perfectamente consciente de lo que iba a pasar a continuación. Retorció el dedo y arrastró la tinta por la hoja.

—¿Uno de ellos, al menos, señorita Rosewood?

Las letras se reordenaron... «A... L».

—Señor Rosewood, ¿puede ayudar a su hermana? Parece que se quedó dormida en clase la semana pasada —dijo con desdén la profesora Amelia.

Rory miró sus apuntes, siguiendo las letras que ella había manipulado. Incluso durante los primeros años de clases en casa, ella siempre lo ayudaba así con las matemáticas y la historia. Cuando eran muy pequeños, él decía a menudo que respondían a las preguntas juntos, como un equipo. Y este espíritu de trabajo en equipo continuaba actualmente en la escuela.

—Alcanzar —dijo Rory, levantando la mirada de las letras que se movían en la hoja.

—¿Señor Hearst? ¿Cuál fue el último gesto que se añadió? —La profesora Amelia volvió a girarse a la pizarra.

Briony levantó la mirada y vio cómo añadía la palabra *alcanzar* a la lista. La pausa de Toven antes de responder hizo que Briony lo mirara.

Estaba apoyado contra el tronco más cercano, con los brazos cruzados y mirándola con los ojos entrecerrados.

No. A ella no. A los apuntes de Rory.

Levantó la mirada y la observó con sospecha, y luego respondió sin más.

—Penetrar.

Briony apartó la mirada con las mejillas ardiendo.

—Excelente. Señorita Rosewood, tome nota. —La profesora Amelia dio una palmada—. Hoy pondremos en práctica estos gestos. El primer paso será tallar palabras o dibujos en la madera alargando cada vez más la distancia. Y el paso más avanzado será cortar el tronco, como si tuvierais un hacha.

Cordelia gruñó.

—Qué desperdicio. Pobres árboles.

—Se plantaron con la intención de convertirse en leña para vosotros, señorita Hardstark —dijo la profesora Amelia—. En Bomard no creemos que el calor sea un desperdicio.

Cordelia apretó los labios como respuesta a las risas susurrantes de sus compañeros bomardi.

—Colocaos cuatro en cada árbol —ordenó la profesora Amelia.

Briony se acercó más al árbol que tenía a la derecha, pero, por desgracia, Rory, Didion, Katrina, Cordelia y ella sumaban cinco. Miraron a su alrededor en busca de un hueco libre. Cuando Briony se dio la vuelta, Toven Hearst, Liam Quill y Finn Raquin la miraban con una sonrisa engreída.

—Briony, querida —dijo Finn con una voz exageradamente amable —. Aquí tenemos hueco para uno.

Briony suspiró y se resignó a separarse de sus amigos.

—Empezad eligiendo el gesto que creáis que mejor se adapta a la tarea —dijo la profesora Amelia—. Tenéis que escribir vuestras iniciales en el tronco. Primero desde cerca, luego desde más lejos.

Briony se puso a medio metro del tronco y miró la corteza con el ceño fruncido. Justo detrás del tronco veía a Toven Hearst haciendo lo mismo. Finn estaba a su izquierda y Liam a su derecha.

«Empujar, tirar, lanzar, golpear, desgarrar, levantar, arrastrar, recoger, alcanzar, penetrar». ¿Cuál de ellos?

—Cuando hayáis elegido un gesto, invocad vuestra magia. La vena en el pecho para los magos del corazón. El hilo entre los ojos para los magos de la mente.

Se imaginó un cuchillo en el ojo de su mente. Lo colocó contra la corteza y arrastró. La primera línea de la B se abrió camino fácilmente en la corteza. Era leve, pero estaba ahí.

Briony sonrió por haberlo conseguido a la primera. Pero la alegría duró muy poco, porque miró al otro lado del tronco y vio a Toven mirándola con los ojos entornados. Ella levantó la barbilla y se volvió a concentrar en tallar las curvas de la B.

Había conseguido hacer la silueta básica y estaba repasando la letra de nuevo cuando escuchó a Liam resoplar desesperado a su derecha. Miró a su lado del árbol y vio que ni siquiera había conseguido hacer la primera línea de la L.

Briony miró rápidamente detrás de ella. El tronco de Rory, Didion, Cordelia y Katrina todavía no tenía ninguna letra tallada.

A su alrededor, todos sus compañeros lanzaban miradas a sus respectivos árboles. Algunos estaban tan concentrados que incluso se les habían hinchado las venas de la sien.

La profesora Amelia los estaba rodeando y se acercaba cada vez más al tronco de Briony.

Ella se dio la vuelta rápidamente y empujó la corteza para curar el árbol y esconder su inicial. La profesora Amelia se acercó a ellos y se quedó de pie detrás de Toven.

—Apenas se nota, señor Hearst, pero está ahí. Muy bien —dijo la profesora Amelia—. Póngase ahora con la H.

Briony levantó las cejas. De todos ellos, ¿Toven era el que estaba consiguiendo algo? En realidad, no debería sorprenderse. La familia Hearst tenía un linaje increíblemente poderoso. Cada pocas generaciones, había un Hearst que manifestaba un don muy

potente, algún tipo de fuerza o habilidad que los demás necesitaban trabajar durante años para conseguir. El padre de Toven, Orion, podía dividir infinitamente sus hechizos. Normalmente, un mago solo podía lanzar un hechizo con cada mano, pero Orion Hearst podía dividir un gesto mágico en dos hechizos.

Mientras la profesora Amelia rodeaba el tronco, chasqueando la lengua por el poco progreso de Liam, Toven sonrió orgulloso a Briony.

Puede que Toven Hearst tuviera la habilidad de cortar árboles, pensó Briony irritada. Sería un buen leñador. Casi suelta una carcajada ante la imagen de Toven con un trabajo tan insignificante.

Se le fueron los ojos a sus antebrazos desnudos antes de volver a concentrarse en la corteza del árbol mientras la profesora Amelia se ponía a su lado y suspiraba profundamente.

—Preste más atención en la clase de teoría, señorita Rosewood, y quizá consiga progresar algo.

—Sí, profesora Amelia.

Briony miró el lugar de la corteza donde había escondido la B. Cuando la señora se alejó, a Briony se le desvió la mirada a los ojos grises al otro lado del tronco. Toven tenía el ceño fruncido y la miraba como si tuviera una piedra en la bota.

—La primera persona que consiga tallar dos iniciales uniformes en el árbol recibirá la máxima nota de la clase de hoy y del mes entero —anunció la profesora Amelia—. El señor Hearst os saca muchísima ventaja a todos los demás, de momento.

La clase gruñó, pero Toven seguía mirándola.

Briony apartó la mirada y se dio la vuelta para ver cómo le iba a Rory. Seguía sin avanzar. Briony suspiró. A su padre no le haría ninguna gracia enterarse de que un bomardi había superado a Rory en las notas del primer mes.

Briony miró hacia delante, con los ojos clavados en el tronco de su árbol, pero con la mirada relajada. Había una vena en su pecho que palpitaba con magia sin usar. Se imaginó una cuerda entre ella y Rory que conectaba sus corazones, que conectaba su magia.

No era la primera vez que había amplificado sus poderes. Sin saberlo, él había estado aceptando empujones de su magia durante años: durante las clases, cuando se estaba curando de alguna lesión, cuando se peleaba con algún otro niño. No se acordaba de cómo lo hizo la primera vez, y tampoco había demasiada gente en Evermore a quien pudiera preguntarle por este tipo de magia. Tenía que ser una especie de magia del corazón que daba por hecho que recibía por el vínculo con su mellizo.

Bombeó su magia en la cuerda al corazón de Rory. Y esperó.

Escuchó un grito ahogado detrás de ella.

—Ostras —susurró Rory—. Lo he conseguido.

Ella miró el árbol de su hermano. No sabía qué gesto había utilizado, pero en la corteza había una R perfecta.

Didion giró el cuello para mirar.

—¡Pues hazlo otra vez! —susurró emocionado.

Briony observó cómo se concentraba Rory, y ahora que había abierto la conexión, sintió que él tiraba de ella. La corteza se abrió y apareció una R perfecta al lado de la primera.

Vio cómo a Rory se le levantaba la comisura de la boca con una sonrisa impresionada. No la miró para agradecérselo en silencio esta vez. Rory pensaba que solo necesitaba ayuda extra a la hora de estudiar y hacer los deberes de los libros. Briony se miró los pies.

Didion levantó la mano.

—¡Profesora Amelia! ¡Rory lo ha conseguido!

Toda la clase se giró para mirar el árbol de Rory y Didion. Toda la clase menos uno.

La mirada de Toven Hearst estaba fija en ella, con los ojos entornados.

La profesora Amelia felicitó a Rory y le dijo que lo intentara a una distancia de tres metros. Briony observó que se apartaba y volvía a concentrarse. La profesora Amelia estaba de pie a su lado.

Ahora que Rory había sentido el estallido de poder, aunque ni siquiera se hubiera parado a pensar de dónde procedía, sabía cómo invocarlo rápidamente.

Aparecieron dos R como el golpe de un látigo. La clase ahogó un grito y la sonrisa de Rory era tan intensa que Briony no pudo evitar imitarla.

Aquella mañana, Rory talló un poema entero en su lado del árbol mientras los demás se esforzaban por conseguir tallar sus iniciales. En general, los bomardi fueron más rápidos con el tallado, pero los eversun tuvieron más precisión. Con práctica y paciencia, la magia de la mente era mucho más efectiva, pero la magia del corazón siempre era la primera en mostrarse fuerte.

Aun así, Liam Quill fue el último en conseguirlo. Le sudaba la sien y le faltaba el aliento cuando por fin consiguió terminar la Q. No era la primera vez que Briony se alegraba de invocar la magia de la mente en lugar de la del corazón. Liam no era el único mago del corazón que tenía un aspecto horrible.

—Señor Quill —dijo la profesora Amelia. Le puso una mano amable sobre el hombro—. Un trabajo excelente, pero ahora necesita descansar. Pronto habrá drenado toda su magia.

Él se encogió de hombros para apartarle la mano con un gruñido.

—¡Ni hablar! ¡Pretendo cortar todos y cada uno de estos árboles!

Briony sintió la vergüenza y la rabia irradiando de él. Miró a sus amigos y vio a Finn mordiéndose la mejilla preocupado y a Toven poniendo los ojos en blanco.

—Estás a punto de vaciarte, Liam —dijo Toven.

Vaciarse era lo que les pasaba a los magos del corazón cuando se quedaban sin magia. Estaban vivos, pero no eran más que una cáscara de ellos mismos; la magia estaba agotada. A los magos de la mente no les pasaba eso.

—Esto no sería un problema si pudiéramos traer familiares a la escuela —masculló Liam.

—¿Y que haya osos y lobos merodeando por el castillo? No, gracias —dijo Finn.

La profesora Amelia les pidió que volvieran a la tarea e intentaran cortar el árbol golpeando el tronco.

—Pero ¿eso no supondrá que haya árboles cayéndose aquí dentro? —dijo Larissa, pálida por el drenaje de su magia.

—Me sorprendería mucho si alguno de ustedes consigue cortar un árbol hoy, señorita Gains —dijo la profesora Amelia con condescendencia—. Esta clase pondrá a prueba sus habilidades, así como su objetivo, así que, por favor, tengan cuidado con no lanzarles hechizos a sus compañeros.

Briony observó que Toven Hearst levantaba una mano y cortaba el aire, como si tuviera un hacha en la mano. El árbol tembló.

—Excelente, señor Hearst.

Liam hizo el mismo movimiento, pero fue muy torpe.

—Cuidado —dijo Finn—. Concéntrate o terminarás cortándome a mí por la mitad.

Briony miró a Rory, lanzando el gesto de desgarrar con las manos, intentando abrir el tronco.

Mientras levantaba las manos para volver a intentarlo, ella empujó el pulso de su magia por la vena hacia él.

Se escuchó un crujido y la clase se quedó en silencio. Todo el mundo se giró para mirar el árbol de Rory. Se había abierto por el

medio y había dos mitades separadas del centro hacia fuera. Los compañeros gritaron cuando los dos trozos empezaron a caer, pero la profesora Amelia los ralentizó y consiguió que aterrizaran suavemente.

—Muy bien hecho, señor Rosewood. Los demás, acercaos a otros árboles.

Katrina fue con ellos, y Briony le dejó espacio entre ella y Liam.

—¡Recórcholis! Es mucho más difícil usar magia de la mente en lugar de magia del corazón —dijo Katrina, apartándose el pelo de la cara—. ¡Pero es increíble la cantidad de poder que tiene Rory!

Briony percibió un resoplido desesperado y se dio la vuelta. Se encontró a Toven lanzándoles una mirada. Balanceó un brazo en el aire y el árbol volvió a temblar.

Liam se giró a Toven y susurró:

—¿Estás potenciando?

—Sabes perfectamente que eso está prohibido en la escuela —respondió Toven. Luego se giró para mirarla fijamente a los ojos—. ¿Verdad, Rosewood?

Briony entrecerró los ojos. ¿Qué era «potenciar»? ¿Una técnica de la magia del corazón?

—No voy a permitir que todos los eversun saquen mejor puntuación que yo —dijo Liam entre dientes. Comprobó que la profesora Amelia estuviera pendiente de otra cosa y retorció la mano izquierda en dirección a Katrina.

—Liam —dijo Finn muy serio.

Briony miró confundida a Katrina mientras se llevaba la mano al pecho y luchaba por respirar. Antes de que Briony se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo, Liam deslizó el brazo derecho hacia el árbol y apareció una hendidura como si lo hubiera golpeado un hacha.

Katrina se tambaleó y Briony la ayudó a mantenerse recta.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Briony.

Katrina miró a Liam con pánico en los ojos, y él le devolvió una sonrisa engreída.

—Nada —dijo Katrina—. Un dolor en el... estómago.

Briony estaba a punto de preguntar por qué se había llevado la mano al pecho y no a la barriga cuando la profesora Amelia se acercó.

—¿Señorita Cove? Pensaba que había elegido centrar sus estudios en la magia de la mente, no en la del corazón. No hay ningún motivo por el que fatigar el cuerpo.

—Sí, profesora Amelia. Debería estar usando la magia de la mente, lo siento.

—Vaciarse es algo muy serio —dijo la profesora Amelia—. Vaya a descansar.

Katrina se retiró a un lado de la clase, y Briony miró a Liam, a Toven y a Finn, intentando averiguar qué le había hecho Liam a Katrina. Pilló a Larissa con los ojos clavados en el centro del árbol y luego la vio extender la mano izquierda hacia la persona que tenía al lado, una chica de Eversun.

La chica ahogó un grito y Larissa golpeó el árbol con un movimiento decidido. El crujido de la corteza quebrándose llamó la atención de todo el mundo. Larissa sonrió encantada con su progreso, y la chica eversun tosía e intentaba recuperar el aliento.

—Vamos, Toven —dijo Liam—. Solo va contra las normas si te pillan.

Liam miró a Briony, que vio cómo extendía la mano hacia ella. Esperó el golpe. El dolor. Lo que fuera.

Liam apretó las cejas. Briony miró a Toven, que no pareció sorprendido por que no ocurriera nada. Seguía mirándola, casi con

desaprobación.

Liam volvió a intentarlo.

—¡Eh! —Se giraron y vieron a Rory mirando furioso a Liam—. ¿Estás potenciando? —dijo Rory—. ¿A expensas de la hija del rey?

—¡Mira quién fue a hablar! —dijo Toven.

Rory se dio la vuelta y lo miró furioso.

—¿Qué dices?

Toven volvió a mirarla como si esperara una explicación.

¿Lo estaba potenciando? ¿Era lo que hacía cuando le enviaba su magia? Pero a ella no la agotaba ni le dolía enviarle magia a Rory, como le había pasado a Katrina cuando se la habían quitado.

—¿Qué están diciendo por aquí de potenciar? —dijo la profesora Amelia mientras se acercaba—. Espero que sepan todos que usar a una persona para potenciar es motivo de expulsión en la escuela Bomard, por no hablar de que es ilegal para los de Eversun.

Briony la miró parpadeando mientras la conmoción le trepaba por la piel. Se miró los pies, mordiéndose el labio preocupada.

Los chicos bomardi balbucearon sus disculpas, pero parecía que habían dejado de hacer lo que quiera que estuvieran haciendo. Cuando terminó la clase y nadie, excepto Rory, fue capaz de cortar el árbol, Briony se quedó apartada con Katrina, que ya casi había recuperado por completo la fuerza.

—Katrina, ¿qué es eso de potenciar? Nunca lo había oído.

Katrina suspiró.

—Es un incremento rápido de la magia del corazón, pero sin pedir permiso.

Briony la miró con el ceño fruncido, esperando que le dijera algo más.

Katrina continuó:

—La magia del corazón se puede compartir, como cuando una pareja se casa y deciden compartir su magia. Se convierten en latiente el uno del otro, con una ceremonia que normalmente se incorpora durante los votos matrimoniales. —Katrina buscó las palabras—. Más o menos como cuando juntas todo el oro al juntar las familias. La magia del corazón se combina y hace que cada una de las personas sea mejor, más fuerte. Como los magos del corazón se debilitan mucho más fácilmente, es como una alternativa al vínculo con un animal familiar. O una adición, en realidad, porque se pueden tener ambas cosas.

—He oído hablar de mujeres que comparten su magia del corazón, pero es un ciclo de poder mutuo, o eso pensaba —dijo Briony mientras llegaban a las escaleras—. Parecía que a ti Liam te la estaba quitando, ¿no?

Katrina se estremeció. Se pasó la mano por el pecho de forma casi inconsciente.

—Sí. Cuando te usan para potenciar sin tu permiso, sientes como un latigazo, una descarga eléctrica. Si me hubiera pedido permiso, o yo le hubiera dado voluntariamente mi magia, no me habría dolido.

A Briony se le puso la piel de gallina. Ella le entregaba su magia a Rory continuamente. Nunca había pensado que era algo que le pudieran quitar, solo compartir.

—Entonces... ¿puedes dar o recibir magia del corazón sin tener un vínculo let... lat...?

—Latiente, sí. El vínculo oficial permite que la magia fluya todo el rato. Se suele hacer con joyería. Mis padres... —Katrina tragó saliva —. Aunque mi padre no usaba magia del corazón al ser un eversun, se la daba voluntariamente a mi madre a través de las alianzas de boda.

Briony la miró. Katrina estaba pálida por el esfuerzo de subir las escaleras, y tenía los ojos llorosos mientras hablaba de sus padres. Briony sintió un pinchazo al pensar en cómo habría sido perder a una madre con la que vivió durante quince años en lugar de perder a una madre a la que no conoció jamás. Supuso entonces que Katrina y ella tenían algo en común, después de todo.

—Parece que el vínculo latiente es sinónimo de amor, en cierto modo —dijo Briony con una sonrisa—. En Evermore no tenemos nada parecido. Es muy bonito.

—No siempre está vinculado con el amor. —Katrina comprobó que no hubiera nadie escuchando y bajó la voz—. Hay algunas personas en Bomard, en el bosque o lejos de las ciudades, que, como Liam, no piden permiso. En lo más profundo del país se hacen compromisos solo por la dote de la magia de la otra persona. Cada vez es más común. Incluso hay personas a las que mantienen como sirvientes, cuya magia es cada vez más débil por el gasto diario.

Se detuvieron entre dos tramos de escaleras para que Katrina pudiera descansar.

A Briony no paraba de darle vueltas la cabeza.

—¿Por qué se permite algo así en Bomard? ¿Por qué no es ilegal en todas partes? —preguntó.

Katrina levantó las cejas.

—¿Qué crees que provocó la separación de nuestros países hace seiscientos años? Fuimos un país unido y feliz en este continente durante mucho tiempo...

—Hasta que Vindecci descubrió la magia de la mente, y los bomardi se negaron a aprenderla —dijo Briony, recitando la historia.

Katrina arrugó la nariz.

—¿Eso es lo que te han enseñado a ti? ¿En serio? ¿A la hija del rey?

Briony sintió una furia ardiente en el pecho. Odiaba cuando la hacían sentir mal informada. Ignoró la sensación y se concentró en el aquí y el ahora.

—No lo entiendo. ¿Mi padre sabe lo que está ocurriendo en Bomard? —preguntó Briony.

—Estoy segura de que sí. Pero ¿para qué empezar otra guerra por eso? —Katrina se encogió de hombros y empezó a subir las escaleras de nuevo—. Gracias por esperarme, por cierto.

Briony puso una sonrisa lánguida y asintió.

Tenía muchas preguntas, pero lo que más le preocupaba era que ahora sabía que había estado potenciando a Rory durante toda su vida. Y no solo era algo ilegal en su país y estaba prohibido en la escuela..., sino que, además, ahora Toven Hearst lo sabía.

Capítulo 6



Briony dio una bocanada de aire y recuperó la consciencia. Se incorporó y abrió los ojos en una habitación oscura. Se movía, se ondulaba, se retorcía.

Y, de pronto, apareció Cordelia delante de ella, agarrándole la cara con las dos manos frías.

—¡Briony, soy yo!

El sonido le golpeó los oídos. La habitación se estaba desplazando y serpenteando hacia ella.

No. Eran cuerpos. La habitación estaba llena de cuerpos. Gente. No estaba sola.

—¿Estás bien?

—¿Se acuerda de algo?

—¿Está herida?

Briony apartó a Cordelia y dio una bocanada de aire sintiéndose angustiada por la oscuridad.

—¡Agua! —gritó Cordelia.

A Briony se le ajustó la vista y una silueta se movió bajo la escasa luz. Se escuchaba agua.

Briony se llevó una mano al pecho para intentar calmarse el pulso. Ya no estaba en el castillo Claremore.

—¿Dónde estoy?

—No lo sabemos.

Briony se dio la vuelta para mirar a la mujer de pelo oscuro que tenía a la derecha. Era Phoebe, una de las primas Rosewood, la hermana pequeña de Finola.

Cordelia le quitó el vaso de agua a alguien y se lo llevó a los labios. Briony intentó quitárselo y se vio las manos encadenadas. Tosió, escupiendo el agua.

—¿Qué es esto? —Tiró de las manos. Las cadenas solo le dejaban unos pocos centímetros entre las palmas.

Eso limitaba los hechizos que podía lanzar...

—Los collares tienen algo especial —dijo Cordelia.

Briony analizó el collar que llevaba Cordelia. Se llevó la mano al suyo, un metal frío sin cerradura aparente. Todas las mujeres tenían los mismos collares y cadenas.

—Puede que esté infusionado con la hierba Gowarnus de Shurtarth. O a lo mejor es otra cosa completamente nueva, pero, sea lo que sea, nos bloquea la magia.

Briony parpadeó mirando el collar, le zumbaba la cabeza. La hierba Gowarnus se usaba para disminuir y disolver la conexión entre un mago y su hilo mágico. Briony nunca lo había experimentado de primera mano, pero su padre describió su reunión en la región de Shurtarth como incómoda: «Nunca me he sentido más vulnerable en mi vida que cuando esa maldita hierba me bloqueó la magia».

Respiró hondo e intentó encontrar el hilo detrás de sus ojos, el murmullo de su magia. Pero fue como intentar recordar un sueño al

despertar. Había desaparecido.

Briony levantó la vista para mirar a Cordelia y se encontró su propia devastación reflejada en sus ojos azules. ¿Qué iban a hacer con ellas?

Echó un vistazo por toda la sala. Debía de haber unas quince personas. Todas mujeres, y a la mayoría las reconocía de su corte. Katrina se sentó al otro lado de la sala, con los brazos rodeando a una chica que no podía tener más de dieciséis años.

—¿Dónde están todos los demás? ¿Los hombres?

Phoebe le acarició el brazo y dijo con delicadeza:

—Rory no...

—Ya sé que Rory está muerto —dijo Briony con cierta aspereza. Escuchó el eco del silencio después. Carraspeó—. ¿Didion y Sammy? ¿Los generales?

—Los tienen en otra sala. Los pudimos medio entrever hace unos días.

—¿Días? —Briony abrió mucho los ojos—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

Cordelia y Phoebe se miraron.

—Te han soltado aquí hoy —dijo Cordelia.

Briony se quedó boquiabierta. Se miró de arriba abajo. No estaba herida. Pero tenía algo en el brazo. Una tinta negra que parecía brillar dorada cuando la giraba hacia la luz de la luna.

«Hap Gains». Una especie de tatuaje. Su firma.

Se quedó completamente pálida.

—Es el que te capturó. —Phoebe señaló el tatuaje con la cabeza.

Briony miró el brazo de Phoebe y vio que ponía «Lag Reighven».

Cordelia carraspeó.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Briony repasó todas las imágenes mentalmente: el fallo de la barrera protectora de Rory, el cuerpo sin vida de Anna en las escaleras, la doncella que las ayudó, los ojos de Toven Hearst a pocos centímetros de los suyos, las motas azules en ellos...

—El día de la batalla. La caída de la barrera.

Se escuchó un grito ahogado colectivo en toda la celda.

—Briony, eso fue hace días...

—¿Tres días? ¿Cuatro, a lo mejor?

—¿Has comido algo?

Phoebe las mandó callar a todas y se puso de pie de un salto.

—Vamos a darle algo de comer. —Tenía un tono autoritario, y Briony vio un resquicio de su prima mayor, la que le enseñó magia defensiva en los días después del asesinato del rey Jacquel.

A Briony se le despejó la mente.

—¿Comida?

Y, de pronto, le pusieron delante una bandeja llena de fruta. Uvas, manzanas, peras.

—¿Nos dan de comer? —preguntó Briony—. ¡Por todos los mares! ¿Qué piensan hacer con nosotras?

—Que se lo diga alguien ya, por favor. Esto es desesperante. —La voz sonó tan clara como una campana, y Briony retrocedió al reconocerla.

Se inclinó alrededor de Cordelia y Phoebe y allí, al otro lado de la habitación, sola en una esquina, por primera vez sin ninguna amiga a su alrededor, estaba Larissa Gains, con un collar y encadenada, como todas las demás.

Briony no la había visto en cuatro días desde el inicio de la guerra, pero era evidente que reconocería esa cara perfectamente simétrica por muy sucia y ensangrentada que estuviera. Aún tenía el pelo muy

lustroso bajo la más mínima luz, aunque lacio. Los ojos fríos de Larissa la miraron brillantes.

La mente le empezó a dar vueltas con los posibles motivos por los que Larissa estaba en esta mazmorra con ellas, pero antes volvió a concentrarse en la conversación.

—Dime, ¿por qué nos han traído a todas aquí?

Larissa sonrió con crueldad.

—Es para la subasta.

Le trepó un escalofrío por la piel. Deseó poder decir «¿qué subasta?», pero los recuerdos empezaron a subir a la superficie de su mente y volvió a los pasillos familiares de la escuela bomardi.

Habían pasado solo unos seis años, unas pocas semanas antes de que asesinaran al hombre que ocupaba el Sillón bomardi. El nombre de Veronika Mallow ya estaba en todas las bocas de Bomard, y esa habría sido la primera pista de que todo estaba a punto de cambiar si no hubiera sido porque parecía una idea absurda. Hacía diez generaciones que no asesinaban al hombre que ocupaba un Sillón bomardi.

Pero Veronika Mallow había encontrado la forma de ganarse el corazón de toda la línea de sucesión. «Nosotros somos la auténtica magia —dijo—. La magia de la mente no está tan evolucionada. Es conspiradora y engañosa. Los eversun quieren manteneros débiles, despojaros de vuestros familiares y cortar vuestros vínculos latientes. Pero nosotros somos más fuertes que ellos, y lo saben. Debemos hacer todo lo que esté en nuestra mano para mantenerlos a raya».

En el tercer año de estudios conjuntos, todos los bomardi murmuraban sus palabras, amenazando a los estudiantes eversun en cada esquina.

Fue Liam Quill quien mencionó primero la idea de una subasta.

—Mi padre dice que solo es cuestión de tiempo que le cortemos la cabeza al rey Jacquel —dijo en voz alta un día a finales de primavera, cuando hacía la temperatura adecuada para que todo el mundo comiera al aire libre. Estaban todos juntos en una esquina al fondo del patio de la escuela bomardi, donde daba más el sol y no había brisa. Estaba apoyado sobre sus codos bronceados, comiendo lentamente una manzana, sacudiéndose el pelo negro de los ojos cada poco—. ¿Y qué crees que pasará contigo, princesa?

Briony llevaba un rato leyendo en un hueco cubierto. Había llegado antes y Liam, Finn, Toven y un bomardi pálido, regordete y de cabeza ancha llamado Collin Twindle se sentaron muy cerca de ella. Pasó la página en lugar de responder.

—También le cortaremos la cabeza —dijo alguien.

—A mí se me ocurren otras cosas mejores que hacer con su cabeza...

—Vas a necesitar bastante dinero para esas ideas, Collin —dijo Toven, estirándose como un gato.

—¿No te has enterado? —dijo Liam, más para ella que para Collin —. Los venderemos al mejor postor. Como se hacía en Daward en la antigüedad.

Briony levantó los ojos del libro y los vio a todos sonriéndole. A Toven se le había salido la camisa de la cintura de los pantalones, y dejaba ver la piel plateada cada vez que levantaba los brazos. Ahora, con dieciocho años, se estaba volviendo cada vez más imposible de ignorar en los pasillos con lo alto que era y el impacto del pelo blanco grisáceo que parecía brillar plateado. Se le fueron los ojos al vientre y apartó rápidamente la mirada. Si se iba, ellos ganaban.

—A mí no me importaría tener a una eversun para mí —continuó Liam—. La obligaría a limpiarme la casa y a limpiarme la polla.

Briony apretó los labios al escuchar las risas de los demás.

—No lo estás entendiendo, Liam —dijo Toven con desaprobación —. No compras una puta. Compras el poder. Un vínculo latiente para ti solo. Un suministro secundario de magia para explotar.

—Creo que el que no lo entiende eres tú, Toven —dijo Collin con una risilla—. Se te olvida la Magia Sagrada.

—Eso, Tove —dijo Liam—. La magia latiente es la hostia, pero la Magia Sagrada aumentará...

—... cuando se ofrezca de forma voluntaria —terminó de decir Toven, corrigiéndolos—. Buena suerte si pretendes que tu eversun te lo ruegue.

Briony cerró el libro de golpe.

—Estáis hablando de personas. De seres humanos.

—Un eversun no es un ser humano, querida —dijo Liam.

La única persona que no se rio con él fue Finn, que estaba concentrado pelando su manzana con un cuchillo. Su madre era eversun.

Briony sacudió la cabeza para sacar los recuerdos y volvió a centrarse, reajustándose a la oscuridad de la celda.

Cordelia ni siquiera se giró hacia Larissa.

—No le hagas caso. Si supiera lo que está pasando, no estaría aquí.

—¿Y qué hace ella aquí? —preguntó Briony con la voz ronca.

—La trajeron a la vez que a ti —dijo Phoebe.

Briony miró a Larissa mientras se observaba las uñas como si no las tuviera sucias.

Volvió a mirar a Cordelia.

—¿Y qué pasó contigo?

Cordelia soltó una bocanada de aire.

—El pasadizo se derrumbó, y la doncella y yo estuvimos un rato intentando despejar los escombros. Al final ella se fue corriendo cuando le dije que no pensaba irme sin ti.

Briony cerró los ojos y sintió cómo le brotaban las lágrimas.

—Deberías haber ido con ella.

—Ya es demasiado tarde —dijo Cordelia, apartándole a Briony el pelo de la cara.

Briony se llevó los dedos al broche de su madre, escondido entre los pliegues del vestido. Pronunció un agradecimiento silencioso a los mares por no habérselo quitado.

Mirando a la única puerta, Briony dijo:

—¿Qué sabemos? ¿Cada cuánto traen a gente?

—Al principio era a cada hora, pero ahora solo una vez al día. —Phoebe sorbió por la nariz y se la limpió con el dorso de la pálida muñeca—. Traen una bandeja con comida todas las mañanas. Estamos racionándola.

Briony asintió. Estiró las piernas y se levantó. Todavía llevaba el vestido fluido del día de la batalla, aunque estaba cubierto de mugre. Todos los ojos de la sala se fijaron en sus movimientos.

—¿Alguna ha intentado hacer magia?

Todas se miraron y asintieron.

Briony repasó las posibilidades. Si les estaban dando de comer, era porque los bomardi no pensaban matarlas. Si iba a haber una subasta, sería cuestión de tiempo que las separaran... hasta que dejaran de ser fuertes en número.

—¿Alguna está entrenada para combatir? ¿Cuerpo a cuerpo? —preguntó Briony.

Larissa soltó una carcajada profunda y Briony la miró.

—¿Quieres salir de aquí a patadas y empujones? —dijo Larissa—. ¿Con las cadenas? No sabes lo que dices.

—¿Y tú qué haces aquí? —dijo Briony—. ¿Te han traído para espiarnos?

Larissa puso los ojos en blanco.

—No sois lo bastante importantes como para que os espíen. Ya no.

—Entonces, ¿eres una traidora? —dijo Cordelia, poniéndose también de pie—. No me lo creo.

—Cree lo que quieras. —Larissa las ignoró y volvió a mirarse las uñas.

Una mujer se levantó en la otra esquina de la celda. Era alta y con los hombros anchos, con la piel muy bronceada.

—Señorita Rosewood, soy Velicity Punt. He servido en la milicia eversun durante los últimos siete años —dijo—. La mayoría de mi entrenamiento se centró en magia defensiva y ofensiva, pero estaré encantada de servirla del mismo modo que serví a su hermano y a su padre.

Briony tragó. La única que alguna vez le había jurado lealtad había sido Anna. En Evermore, toda la lealtad era para el rey y su heredero varón. Antes de que le diera tiempo a decirle a Velicity que no hacía falta, se puso de pie otra mujer.

—Yo solo llevo un año en la milicia, pero si vamos a combatir cuerpo a cuerpo, quiero participar. —Ya tenía un ojo morado y el pelo negro como un cuervo recogido en una trenza.

Briony empezó a sopesar las opciones, preguntándose cuántos guardias había fuera de la celda.

—Yo soy muy rápida —dijo una voz joven. Era la chica de dieciséis años a la que Katrina estaba consolando. Tenía el pelo rizado y un hueco entre los dientes—. Pero... muy muy rápida. Mis hermanos nunca me alcanzan.

Briony abrió la boca para decirle que no se preocupara, que no la iban a obligar a pelear.

¡Bang!

Todas las mujeres saltaron y se aferraron las unas a las otras. Miraron a la puerta donde alguien estaba abriendo la cerradura con un gruñido. Cuando se abrió, entraron dos hombres con abrigos azules.

Lag Reighven era alto y delgado, con unas cejas anchas y oscuras, y la nariz torcida. Era al menos quince años más mayor y todos los altercados que ella había tenido con él le habían provocado pesadillas. Tenía conexiones con el mercado negro de magia y todo el mundo sabía que estaba metido en el negocio de compraventa de latientes, familiares humanos. El anterior Sillón bomardi lo tenía controlado, pero Veronika Mallow le dio permiso para hacer lo que quisiera siempre y cuando le sirviera a ella. El uso de humanos como latientes había estallado en Bomard en los últimos cuatro años, y era bien sabido que Reighven tomaba la iniciativa y se beneficiaba ampliamente de ello.

El otro hombre era Hap Gains, el cuarto en la línea al Sillón y el hombre que la había capturado el día que murió Rory. Además, era el padre de Larissa. Briony miró a Larissa y se la encontró mirando al suelo.

—Hoy habrá exámenes médicos. —La voz de Gains era densa y grave. Tenía una cicatriz rosa que antes no tenía sobre una de las cejas rubias.

Reighven estaba mirando directamente a Briony con una sonrisa lasciva.

—Anda, mira quién se ha despertado.

Briony respondió levantando la barbilla.

—Vosotras cinco —dijo Gains señalando vagamente al grupo en el que estaban Phoebe y Cordelia—. Venid aquí.

Ninguna se movió.

—Os arrastraré si hace falta.

Phoebe dio un paso adelante despacio, ofreciéndose la primera. Cordelia y las otras tres se pusieron en fila, chocando las cadenas. A Briony le dio un vuelco el corazón cuando Cordelia la miró por encima del hombro justo antes de que la puerta se cerrara.

La habitación se quedó en silencio.

—Esto es bueno —dijo Velicity—. Luego podrán decirnos qué hay fuera. Y solo serán dos de ellos contra dos de nosotras. —Asintió a la mujer de pelo negro.

—Tres de nosotras —dijo la joven de pelo rizado, recordándoles que estaba dispuesta a pelear—. Soy Eden. —Se presentó intentando imitar la forma en la que Velicity se había colocado cuando saludó a Briony.

Briony no sabía cómo elegir y designar a quién arriesgaría su vida. Se giró hacia Larissa.

—Larissa, ¿nos puedes ayudar? ¿Sabes dónde estamos?

Larissa estaba en silencio con la mirada perdida. Al cabo de un instante, miró a Briony.

—Creo que estamos en la hacienda de Trow. Tienen una mazmorra.

A Briony le dio un vuelco el corazón.

—¿Y nos puedes decir algo más de este sitio? ¿Sabes si hay alguna salida?

Larissa la miró con desdén.

—¿Para qué? ¿Para que os vayáis todas y me dejéis aquí? No, gracias.

—¿Quién ha dicho que vayamos a dejarte aquí? —Briony se quedó mirándola fijamente hasta que Larissa apartó la vista.

—Me parece... —Larissa carraspeó—. Me parece que estamos cinco plantas hacia abajo. Creo que hay que subir cuatro tramos de escaleras hasta la salida principal.

Se le escapó un poco de esperanza. Eran demasiadas plantas.

—Gracias —dijo.

Miró a las otras mujeres, todas esperando que Briony les dijera qué hacer con la respiración acelerada.

—¿De verdad está muerto Rory?

Miró de pronto hacia la izquierda. Había sonado una voz de entre la masa de cuerpos. No sabía quién había sido, pero alguien había hecho esta pregunta que ella misma llevaba dentro.

Tragó para recomponerse.

—No lo...

—Sí. —Velicity la miró y apartó la vista rápidamente—. Está muerto.

—¿Cómo es posible? —preguntó una mujer—. ¿Qué pasa con la profecía?

Briony se preguntaba lo mismo. Hace seiscientos años, tras el inicio de la guerra civil, uno de los adivinos pronunció una profecía: «Cuando el sol brille en la noche, él, que pondrá fin a la guerra en esta tierra, resultará victorioso. Será dos veces heredero y justo soberano del continente».

Pero cien años después, cuando los ancestros de Briony se reunieron con el primer Sillón bomardi para aceptar la secesión de Bomard de Evermore y firmar el Tratado de Primavera, no hubo un «dos veces heredero» que negociara los términos ni tuviera ningún papel en su redacción. La profecía se olvidó, como pasaría con cualquier profecía no cumplida.

Hasta todo este desastre con Mallow. Hasta Rory.

Como el único hijo varón de su padre, Rory había sido el heredero de Evermore. Hace diez años, su padre suprimió una disputa en la isla más grande de las tres que había al sur, ganándose la lealtad de la isla autónoma. Rory se convirtió en el presunto heredero también de esta isla.

Esto lo convertía en dos veces heredero, tal y como manifestaba la profecía.

—Era una profecía muy vieja —dijo Briony con delicadeza—. Tampoco acertó la primera vez que el continente de Moreland entró en guerra.

Las palabras parecían cenizas en su boca, como una traición. ¿Cuántas veces le había dicho ella a Rory que era el elegido? ¿Cuántas veces le había prometido a su pueblo que la guerra terminaría el día del eclipse y que Rory los uniría en paz?

Intentó conectar con él con la vena del pecho, anhelando sentir su respuesta mágica. Pero nada. Briony respiró hondo y encerró a Rory en su corazón.

El ambiente estaba cargado mientras esperaban la vuelta del primer grupo. Solo el sonido del llanto de una de las mujeres rompía el silencio.

Cuando volvió a escucharse el bang de la cerradura abriéndose, todas se sobresaltaron y clavaron los ojos en la entrada. Cordelia, Phoebe y las demás volvieron recién bañadas, con mucho mejor aspecto. Gains y Reighven se llevaron a otras cinco mujeres y las dejaron solas. Cuando cerraron la puerta de nuevo y se alejaron los pasos, Phoebe miró el suelo polvoriento y empezó a dibujar un mapa de memoria con el pie.

—Las duchas están primero —dijo Cordelia, señalando en el mapa conforme iba tomando forma—. Luego las consultas médicas. Las

duchas están dos plantas más arriba. Te hacen desnudarte delante de ellos. —Se le quebró la voz, pero continuó—. No te quitan las cadenas en ningún momento. Las consultas están en la misma planta. Han empezado haciéndonos pruebas de embarazo, un poco... inesperado.

Briony tragó el nudo que se le había formado en la garganta. Phoebe se puso de rodillas y cogió las uvas y moras para marcar la posición de los guardias.

—Y Reighven lo ha confirmado —dijo Cordelia—. Va a haber una subasta de latientes. Nos van a utilizar. —Le tembló la voz por primera vez—. Van a quitarnos nuestra magia para usarla ellos.

Cordelia miró a Briony sorbiendo la nariz, luego miró a Larissa, la única que no se había movido para ver el mapa.

—¿No le puedes decir nada a tu padre? —le dijo Cordelia enfadada, con la paciencia evidentemente agotada.

Larissa la miró.

—¿No le puedes decir tú nada al tuyo?

Todas las mujeres ahogaron un grito a la vez. Al padre de Cordelia lo habían asesinado un año antes. El principal sospechoso era Hap Gains.

Cordelia dio un paso adelante con una expresión furiosa, pero Phoebe se levantó, la agarró por el hombro y dijo para todas:

—Esto es lo que sabemos.

Briony se acercó y se puso al lado de Phoebe. Velicity y la otra mujer morena se acercaron con ella.

—En esta planta hay una ventana, y en la planta de las duchas hay otra. En la planta intermedia no tengo ni idea..., no se veía desde las escaleras.

—¿Una ventana? —Briony se giró hacia Larissa—. ¿No habías dicho que estábamos cinco plantas hacia abajo?

—La hacienda se construyó en la otra ladera de las montañas Tampet, como la escuela bomardi. Estamos en las mazmorras, pero, aun así, todas las plantas tienen vistas.

—¿Y cómo de alta es? ¿A cuánto estamos de la base de la montaña? —preguntó Briony.

Larissa apretó los labios.

—A cientos de metros.

Todas las mujeres murmuraron. La esperanza se estaba escapando por un desagüe. ¿Cómo podían descender la ladera de una montaña con las manos encadenadas?

—Lo único que tenéis de vuestra parte es el factor sorpresa —le dijo Phoebe en voz baja a Briony—. No lo malgastéis. —Se giró hacia Velicity—. Sacad a Briony. No volváis a por nosotras.

Briony giró la cabeza hacia ella.

—¿Qué? Ni hablar. Iremos a buscar a los hombres y...

Cordelia le cogió la mano a Briony.

—Tienes que salir de aquí, Briony. Tienes que ir a buscar lo que quede de las fuerzas de Rory. Necesitan a un Rosewood tras quien desplegarse.

—Mi linaje ya no importa —susurró Briony—. Una mujer no puede gobernar Evermore.

Antes de que Cordelia pudiera discutirle, sonó el primer bang de la cerradura abriéndose.

Phoebe y unas cuantas más recogieron la fruta del suelo. Velicity tiró de Briony hacia la parte donde Gains había estado seleccionando a las mujeres para las rondas de exámenes médicos. La mujer con la trenza y el ojo morado se puso junto a ellas. Justo antes de que se abriera la segunda puerta, una silueta corrió por la habitación, casi tirando a Briony al suelo para unirse al grupo. Era Eden. Katrina la seguía de cerca.

Se abrieron las puertas y volvieron a entrar cinco mujeres en la celda. Una de ellas estaba temblando tanto que se cayó de rodillas.

Gains señaló a las próximas cinco: Briony, Velicity, la mujer de pelo negro, Katrina y Eden.

Velicity dio un paso adelante y se ofreció a ser la primera en la fila. Entonces Briony cayó en la cuenta de que no tenían ningún plan. Simplemente... ¿pelear? No era suficiente. No tenían ninguna señal. ¿Y qué sabía ella de combatir sin magia?

Katrina se puso la segunda en la fila, luego Briony. Eden y la mujer de pelo negro se pusieron detrás de ella.

Reighven chasqueó la lengua cuando Briony pasó delante de él.

Recorrió con los ojos todos los detalles fuera de la mazmorra mientras entraban en una antecámara de paredes oscuras. La luz era casi demasiado intensa después de tanta oscuridad, y tuvo que entornar los ojos contra las antorchas. Mientras Reighven cerraba la puerta de la celda con un giro de las manos, Gains abrió la siguiente. Briony intentó recordar el plano de las plantas, la fruta contra la piedra sucia.

Siguieron a Gains hasta la segunda planta y llegaron a un laberinto de pasillos. No tenía ni idea de cómo Phoebe había podido recordarlo todo. Y de pronto temió que no lo hubiera hecho. ¿Y si se había equivocado? Dos giros a la izquierda deberían acercarlas lo suficiente a esa ventana, pero ¿y si no era así?

Reighven cerró la segunda puerta con un pesado ruido sordo, y Briony se dio la vuelta para fijarse en el tipo de gesto que usaba para poder replicarlo una vez que le quitaran el collar. Él la pilló mirando y le sonrió con los dientes amarillos.

—No te hagas la listilla.

Briony se apresuró para seguir el pelo rubio de Katrina que salía de la antecámara.

Gains las guio y giraron dos veces a la izquierda. Y allí...

Briony vio la ventana. Estaba amaneciendo.

Estaban a diez pasos de ella cuando Velicity se echó hacia atrás y balanceó las manos encadenadas contra la nuca de Gains. La fuerza del golpe lo tiró de lado y los hizo chocar contra la pared.

Briony se giró mientras la mujer de pelo negro le daba un puñetazo a Reighven en el vientre, doblándolo de dolor. Eden salió corriendo hacia la ventana e intentó abrirla.

Gains se recuperó y empujó el cuerpo de Velicity con magia, sujetándola contra la pared de piedra. Briony se movió para balancear las cadenas contra su cabeza de la misma forma que había hecho Velicity, pero sintió que la agarraban por la cintura y le ataban una cuerda. Golpeó hacia atrás contra un pecho fuerte y la mano pálida de Reighven la envolvió por el pecho para sujetarla contra él por el cuello.

Ella pataleó en un intento de conseguir que la soltara. Él gruñó y la sujetó con fuerza. Katrina le dio una patada a Gains en el vientre y Briony vio cómo soltaba a Velicity.

Eden consiguió abrir la ventana.

Reighven estiró el brazo y apartó a Eden de la ventana por el pelo. Gritó al salir disparada y aterrizar sobre la espalda.

Briony se dobló hacia delante todo lo que pudo y balanceó las manos encadenadas por encima de la cabeza. El metal golpeó a Reighven en la cara con un crujido y él la soltó con un grito.

Eden gateó de nuevo hacia la ventana, esquivando con agilidad todas las partes de cuerpos que había en el pasillo y todos los hechizos que lanzaban. Sí que era rápida.

La mujer de pelo negro tenía las cadenas alrededor del cuello de Reighven y lo estaba ahogando. Le salía sangre de la cabeza por el golpe que Briony le había dado con los grilletes. Eden le estaba

haciendo un gesto a Briony para que fuera hacia la ventana, pero Katrina y Velicity todavía estaban forcejando con Gains.

—¡Ya está bien! —gritó Gains. Contorneó el brazo. Velicity chilló y cayó al suelo. Tenía la rodilla en una posición extraña. Se la había dislocado.

Gains agarró a Katrina por el cuello y le golpeó la cabeza contra la pared de piedra. Briony ahogó un grito al ver que se doblaba hacia delante.

Se le aceleró el pulso con rabia y miedo. Sin ninguna lógica, deslizó el brazo por el aire en un instinto mágico.

Algo le rasgó el pecho.

Gains intentó coger una bocanada de aire y se llevó la mano al pecho. Empezó a brotarle la sangre de un rojo intenso contra el abrigo azul.

El tiempo pareció detenerse cuando Briony alternó la mirada entre Gains y sus propias manos. La mano que le acababa de desgarrar el pecho con magia. La cara dolorida de Velicity se quedó pálida de impresión.

Briony se dio la vuelta y encontró a Reighven de pie sobre la mujer del pelo negro, dejando de lado la magia para darle patadas en las costillas. Movió los dedos y el corazón le envió la magia por las venas. El cuerpo de Reighven salió volando desde el suelo y golpeó el techo. Allí lo hizo girar.

Gains se quedó mirándola conmocionado mientras empezaba a recuperarse, cerrándose la herida.

Velicity saltó sobre él y le hundió los dedos en el corte para volver a abrírselo. Gains chilló de dolor y Velicity gritó:

—¡Corre, Briony!

Briony tiró de su magia, magia del corazón, y lanzó un escudo a su alrededor con la fuerza del linaje de los Rosewood. Corrió hacia la

ventana, sintiendo cómo la magia golpeaba sobre el escudo.

Briony alcanzó a Eden en la ventana y miró hacia abajo. Era un acantilado que terminaba en unas rocas dentadas.

Hubo un grito a su lado cuando volvieron a apartar a Eden de la ventana. Briony se giró y se encontró a Velicity en el suelo, apenas consciente, Katrina fuera de combate y la mujer de pelo negro retorciéndose de dolor. Reighven estaba en el centro, con Eden sujeta contra el pecho como un escudo.

Con una mano le agarraba la garganta y la otra la tenía estirada con la palma hacia fuera.

Briony abrió mucho los ojos al reconocer el inicio del hechizo Infartio, el hechizo para aplastar corazones.

Gains estaba pálido, pero curándose la herida en el suelo, y Briony miraba fijamente a Reighven.

—Se acabó el recreo, princesa —gruñó Reighven—. No sé cómo estás esquivando el collar, pero somos dos contra una. Apártate de la ventana y no la mataré.

La mujer de pelo negro se puso de pie con movimientos torpes e intentó correr hacia Reighven. Él le dio una patada en la cadera y la lanzó contra la pared.

Briony vio que empezaba a doblar un dedo en la palma de la mano. Eden dio una bocanada de aire, retorciéndose mientras se le empezaba a hundir el corazón en el pecho.

Eden le rogó con la mirada. Briony empezó a alejarse del alféizar.

La voz de Velicity la detuvo.

—No...

Reighven cerró el puño y Briony gritó con la última respiración de Eden. Se le aplastó el corazón sin apartar los ojos de los de Briony. Reighven dejó caer el cuerpo sin vida de Eden y empezó a moverse hacia la ventana. Gains se estaba levantando.

Aparecieron unos guardias al otro extremo del pasillo y Briony salió corriendo por la izquierda escaleras arriba. Encontraría otra ventana en la planta de arriba y a lo mejor las demás tenían alguna opción de sobrevivir si se separaban.

Escuchó los pasos pesados de Reighven pisándole los talones. Notó cómo varios de sus hechizos rebotaban contra el escudo.

Llegó a una planta idéntica a la anterior. Un trozo de piedra salió disparado de una de las paredes y golpeó a Briony, que cayó al suelo. El escudo era contra la magia, no contra la fuerza física.

Le ardían de dolor las costillas, pero rodó y se volvió a levantar. Los talones golpeaban la roca mientras corría por el pasillo en busca de las siguientes escaleras o la próxima ventana. Intentó encontrar el hilo de magia de la mente, pero seguía en silencio. Era del corazón de donde la estaba sacando.

Briony se lanzó a un pasillo y derrapó hasta pararse. Era un punto muerto. Intentó abrir dos puertas, pero no se movieron.

Cuando se volvió a girar, Reighven estaba en la entrada del pasillo, jadeando y sonriéndole.

—Va a ser muy divertido romperte —dijo. Ni siquiera se preocupó por avanzar. La tenía acorralada.

Briony extendió la mano con la palma hacia fuera. Tiró de la vena de magia del pecho, lista para desgarrarse el corazón si eso significaba sacar a Reighven de este mundo.

Reighven abrió mucho los ojos.

Nunca había lanzado el hechizo Infartio, pero creía que el mecanismo estaba bastante claro.

Briony cerró el puño y se concentró en lo que significaba matarlo. Matar a alguien.

Reighven se quedó rígido y Briony esperó. Aunque sentía el latido de la magia en el pecho, no pasó nada.

Los dientes amarillos sonrieron bajo la nariz torcida.

—Tienes que querer hacerlo de verdad, princesa. Ya te saldrá la próxima vez —se burló él.

Reighven sacó de golpe la mano y una magia afilada como cuchillos se le hundió en cada centímetro de la piel. Se escuchó gritar a través del túnel de dolor. Cayó de rodillas mientras intentaba aferrarse a cualquier magia que tuviera dentro para detenerlo.

Un cuerpo esbelto con el pelo del color de la paja golpeó a Reighven y ambos desaparecieron de su vista. Katrina.

La mente de Briony liberó el dolor.

Se incorporó y corrió hacia ellos mientras escuchaba gritar a Katrina.

Reighven la tenía agarrada del pelo, sujetándola en la misma posición que había tenido a Eden cuando se le paró el corazón en su mano.

—No...

—Vamos a volver a intentarlo, señorita Rosewood.

Gains estaba detrás de Reighven, jadeando por haber subido las escaleras corriendo.

—Las manos sobre el corazón, las rodillas en el suelo —ordenó Gains.

A Briony le daba vueltas la cabeza mientras las costillas de Katrina arrastraban lo que podían de aire.

—Ya les debo a Caspar Quill y a Riann Cohle varios miles de monedas de oro gracias a esta artimaña —dijo Reighven. Sonrió—. A Trow no le importará que nos carguemos a esta también, estoy seguro.

Eden estaba muerta. ¿Y alguien más? ¿Velicity o la mujer del pelo negro? Katrina estaba a punto de morir aquí. Y cincuenta mujeres sin magia estaban encerradas en una celda dos plantas más abajo.

Los hombres estaban vivos en alguna parte, pero Rory estaba muerto.

—¡Al suelo, Rosewood! —gritó Gains.

Se acercó mientras ella alternaba la mirada entre él y Reighven. Tenía las manos extendidas todo lo que le permitían las cadenas, preparadas para atacar a cualquiera de los dos.

Los podía matar a ambos. Puede que tuviera que forcejear un poco, pero era capaz de hacerlo.

¿Y luego qué? ¿Quién quedaba?

—Mataré a esta también, princesa.

Podía intentar otra vez Infartio. Acabar con Gains. Pero no antes de que Reighven matara a Katrina.

Podía matar a Gains y luego a Reighven mientras caía el cuerpo de Katrina.

Y estaría sola.

—No pasa nada, Briony. —Katrina le sonrió. Tenía sangre en los dientes.

Briony parpadeó a la amiga con la que nunca había sido lo suficientemente simpática.

Katrina asintió.

—No te preocupes por mí. Hazlo.

Reighven gruñó y empezó a doblar los dedos. Katrina daba bocanadas de aire, pero intentaba sonreír.

—Hazlo, Briony —dijo Katrina con un hilo de voz.

Tenía que... Podía...

Briony se tiró de rodillas al suelo y movió las manos encadenadas sobre la cabeza.

Katrina cayó de los brazos de Reighven, jadeando en el suelo. Viva.

Gains agarró la cadena de Briony y la lanzó hacia atrás. Le puso un pie en el pecho para sujetarla contra el suelo.

—Ve a decirle a Orion que al final vamos a necesitar el elixir de Gowarnus —le ordenó Gains a Reighven—. Y limpia esto.

Briony se estremeció mientras Katrina tosía, agarrándose el pecho. ¿Había hecho lo correcto?

No sabía por qué tenía magia. ¿Había sido esta su única oportunidad? ¿La había malgastado?

Gains se agachó para coger la cadena de Briony y la arrastró por el pasillo bocarriba. Briony vio a Katrina respirar, segura de que la rubia habría hecho lo mismo por ella diez veces más.

Se aferró a ese pensamiento hasta que la apartaron de su vista.

Capítulo 7



La metieron sola en una celda. Gains la colgó de una cuerda contra la fría pared de piedra, obligándola a tener los brazos por encima de la cabeza, y ahora también con grilletes en los tobillos. Estaba sola a excepción de un pájaro negro que la observaba atentamente desde un posadero sobre la puerta. Lo reconoció, era el familiar de Reighven.

Había media docena de hechizos de magia del corazón que podía lanzar desde esta posición, pero solo era capaz de pensar en los ojos de Eden vaciándose de vida. ¿Y las otras dos? ¿Velicity y la mujer de pelo negro a la que ni siquiera conocía? ¿Qué había sido de ellas?

Pensó en el Infartio que no había sido capaz de completar. «Tienes que querer hacerlo de verdad», le había dicho Reighven. Sabía que eso era cierto. Para usar magias más oscuras, había que canalizar la oscuridad dentro de uno mismo.

Reighven había matado a Eden porque no era nada para él. El odio que ardía en su corazón ahora era suficiente para aplastarlo y vaciarlo de vida. Si volviera a tener la oportunidad, no fallaría.

De pie, perdiendo la sensación de las manos, Briony por fin tuvo un momento para pensar.

¿Por qué tenía su magia? No, su magia no. Su magia era la de la mente. Esta magia era a lo que acudía rara vez y solo cuando necesitaba ayudar a Rory.

¿Este collar solo funcionaba con la magia de la mente? No. Larissa también lo llevaba y era una bruja del corazón. A no ser que Larissa estuviera ahí para engañarlas...

Briony tiró de la magia de su pecho. Giró los dedos y sintió una brisa abrirse paso por la habitación oscura y vacía. Sintió el pulso en el pecho, denso como la miel.

Le hizo pensar en Rory.

Rory estaba muerto. Su padre estaba muerto. No había más hombres Rosewood, que ella supiera. El linaje había desaparecido. Todo su reino estaba acabado. Aunque muchos otros países habían dejado de lado la sucesión patriarcal poco a poco, Evermore ni siquiera lo había intentado nunca. Solo había un rey y su heredero varón. Nunca habría una reina. En cualquier momento del pasado en el que Evermore hubiera estado en una posición así, sin heredero varón, las mujeres de la familia se ponían en marcha para producir uno mientras el gabinete hacía las veces de regente temporal. Briony ni siquiera sabía cuántos asesores del gabinete habían sobrevivido, si es que había sobrevivido alguno. Aun así, haría falta un heredero varón de Briony, Phoebe o Finola, la hermana de Phoebe, para reinstaurar la línea sucesoria.

¿Dónde estaba Finola? No estaba en la mazmorra con las demás mujeres. La última vez que Briony la había visto, estaba saliendo por el portal del patio de Claremore, encargada de una misión. ¿Podía tener la esperanza de que no hubieran capturado a Finola?

Briony hizo listas y más listas de preguntas que no tenían respuesta. Hizo listas de los posibles supervivientes. Sammy, Didion... ¿El padre de Sammy seguía con vida? No se podía imaginar que dejaran vivo a alguien como el general Billium Meers. Quizá lo estaban torturando para conseguir toda la información militar del reino.

Briony intentó dejar que su mente se concentrara en los problemas más inmediatos, como la subasta.

¿De verdad los bomardi iban a venderlas como animales?

Pero tampoco tuvo que pensar demasiado. Sabía que era verdad. El último año en la escuela bomardi, antes del ataque, los chicos bomardi habían estado cuchicheando al respecto. Ella había escuchado varias cifras lanzadas al aire cada vez que pasaba una de las compañeras más guapas de la clase. Cifras que ellos pagarían para poseerla.

Briony se estremeció.

Puede que Toven Hearst pronunciara menos números que los demás. Igual se lo había imaginado..., la forma en la que les paraba los pies a sus amigos, cómo le decía a Collin Twindle que dejara de decir cuánto dinero tenía para gastar.

A lo mejor solo quería que fuera verdad.

Liam Quill llegó a las manos con Didion el último año en Bomard, y cuando los separaron, con Liam el peor parado, este le dijo una última palabra: «Cuando caigan los muros de Evermore, más te vale que no te encuentre —masculló entre dientes—. Ni siquiera me molestaré en venderte. Me quedaré contigo, te encadenaré y te secaré de magia». Luego asintió a Briony y a todos los que estaban allí. «Y me aseguraré de que estés mirando cuando me folle a tu chica todas las noches».

Briony apenas sabía de lo que estaba hablando Liam por aquel entonces, solo que, de pronto, formó parte de la historia.

Didion se puso a gritarle y a intentar soltarse de los profesores que lo retenían. Toven intervino y empujó a Didion con magia y, rápido como un rayo, agarró a Liam por el cuello. Le susurró algo a la cara que hizo que el chaval gruñera, y Briony se escondió entre la muchedumbre que se apartaba cuando empezaron a llegar más profesores. Los sancionaron a los tres. Briony había pensado mucho en la reacción de Toven, tanto entonces como ahora. Él odiaba la vulgaridad, siempre lo había hecho. La madre de Toven era de la alta sociedad del extranjero, la hija de un dignatario. Briony pensaba que quizá Serena había educado a Toven ligeramente diferente a los demás chicos bomardi.

Pero, claro, había veces donde demostraba lo contrario...

El pájaro negro graznó y asustó a Briony. La puerta se abrió con un crujido y la adrenalina fluyó por el cuerpo agotado de Briony. Se puso recta porque había empezado a dejarse caer.

Reighven entró en la celda con una sonrisa coqueta y cerró la puerta apoyándose en ella. Se cruzó de brazos y Briony cayó en la cuenta de que estaba sola con un hombre peligroso y lascivo.

—Peleas bien, princesa.

Ella no dijo nada, simplemente se quedó mirándolo.

Él deambuló hacia ella y Briony se fijó en la rendija de la puerta, rogando que entrara alguien.

—Siempre lo he pensado —dijo, inclinando la cabeza—. Siempre me has gustado, digo. Una pena que no hayas podido matarme antes. Una pena para ti.

Se detuvo delante de ella, que tuvo que apretar la espalda contra la pared para evitar rozarlo con la respiración. Él levantó una mano y

a ella se le heló la sangre en las venas. Le pasó un dedo por la fina manga del hombro.

—Gains no dejará que te compre yo. Cree que la princesa de Evermore puede venderse por mucho dinero en una subasta. —Deslizó el dedo por el vestido, siguiendo la tela—. Pero no te preocupes, gatita. Llevo mucho tiempo ahorrando para esto. Serás mía.

Le pasó la mano por las costillas, por la cadera.

—Así que no creo que pase nada si pruebo un poco antes la mercancía.

Chocaron las cadenas cuando ella se sacudió.

—Quítame las manos de encima —gruñó, con mucha más valentía de la que sentía realmente.

Él le sonrió y su aliento rancio le sopló en la cara.

—Ya verás qué bien nos lo pasamos juntos. —Le metió la mano entre las piernas por encima del vestido.

Briony ahogó un grito al tiempo que todos los músculos de su cuerpo se convertían en hielo.

—No sabía que Gains estaba dispuesto a negociar —dijo una voz desde el quicio de la puerta. Reighven apartó la mano y se apartó de ella. A Briony le cedieron las rodillas con alivio. Hasta que se dio cuenta de quién era.

Orion Hearst estaba de pie en la entrada de la celda. El padre de Toven, nadie podía negarlo. Su hijo había heredado de él el pelo extravagantemente gris plateado y la altura. Orion no solo era el hombre más rico de todo Bomard, sino también el más despiadado. Durante los cuatro años en los que Evermore había estado en guerra con Bomard, Orion Hearst había participado en todos los frentes principales. Con su capacidad insólita de dividir sus hechizos contra varios oponentes, era el soldado más temido de Bomard. Y desde

que Mallow se hizo con el poder, él había aumentado su poder y había dejado de sentir que se le desgarraba el corazón con cada asesinato. Orion Hearst ya no tenía que pagar el precio de Infartio.

Una vez, Rory le preguntó a Briony por qué Orion Hearst era solo el octavo en la línea al Sillón.

—Con la de poder y dinero que tiene, ¿por qué está tan abajo en la línea de sucesión?

—Supervivencia —supuso Briony—. Si estuviera más arriba, sería un objetivo.

Rory no lo había entendido, pero Briony, que llevaba años escondiéndose y haciéndose pasar por alguien ordinario, tenía cierto respeto por una persona que sabía que se merecía más, pero que se mantenía más al margen por el motivo que fuera. El motivo de Briony era Rory. Se preguntaba cuál era el motivo de Orion.

Reighven miró a Orion con el ceño fruncido.

—¿Recibiste mi mensaje?

Orion se sacó un frasco del bolsillo y lo retorció un poco.

—La mezcla de hierba Gowarnus. —Orion entró en la celda con la silueta iluminada por las antorchas del pasillo—. Qué bien que le hagas compañía, Reighven —dijo con una voz suave—. Avisaré a Gains de que en este lote hay una amiguita tuya.

Lote. Como lote de una subasta.

Reighven lo miró con desdén y se apartó de ella.

—Pronto será mía. Le habría pagado a Gains cinco mil monedas de oro.

Briony levantó mucho las cejas.

—No lo dudo —murmuró Orion. Fijó los ojos en Briony y se detuvo justo delante de ella—. Señorita Rosewood. Me alegro de volver a verte —dijo con un tono burlón—. Creo que la última vez que nos vimos fue cuando cayó la escuela bomardi. —Levantó las cejas,

como si se acabara de dar cuenta de algo—. Ah, no. Me estoy confundiendo con otra persona, ¿verdad?

Briony apretó los labios. Otra de las cosas que se decían de Orion Hearst era que le gustaba juguetear con sus presas.

Briony lo miró a los ojos con más valentía de la que sentía en realidad.

—Señor Hearst, qué detalle que te hayas pasado por aquí —dijo con voz firme, aunque se le estaban congelando las tripas.

Él la miró con los ojos entrecerrados y, durante un segundo, ella se sintió observada, despellejada. Se parecía muchísimo a su hijo, pero lo que a Toven le faltaba de paciencia, a Orion Hearst le sobraba.

Le quitó el corcho al frasco y se lo acercó a ella a los labios. Cerró la boca con fuerza y sacudió la cabeza, pero con un mínimo movimiento de los dedos, se la abrió mágicamente. Ella intentó cerrar la garganta, pero tosió cuando el elixir se abrió camino sin resistencia. Con los ojos muy apretados, intentó aferrarse a la vena que canalizaba su magia del corazón, en busca del pulso en el pecho. Pero, con un último latido, desapareció. No quedaba nada, estaba inactiva.

—¿Por qué no ha funcionado el collar con ella? —preguntó Reighven.

Orion levantó un dedo pálido y acarició el anillo de metal con una piedra negra destellante que rodeaba el cuello de Briony.

—Puede ser por varios motivos. Los Rosewood son famosos por su magia protectora. Podría haber bloqueado el collar de alguna forma. —Orion miró a Reighven—. Será un problema para su futuro dueño. De momento, el elixir Gowarnus la neutralizará.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Reighven.

Orion miró a Briony.

—Hay que administrárselo cada tres días. Por si acaso. —Tapó el frasco e inclinó la cabeza, dirigiéndose ahora a ella—. La señorita Eden Wincet está muerta. La señorita Velicity Punt está herida. La señorita Katrina Cove está gravemente herida también. ¿Por qué te empeñas en hacerles daño a los tuyos, señorita Rosewood? Algunos dirían que es un malgasto de sangre eversun..., si a alguien le importaran los eversun, como tú afirmas.

Briony tragó saliva consciente del juego mental al que estaba jugando.

—Eden Wincet era apenas una niña —dijo con los dientes apretados—. Y vosotros..., los bomardi orgullosos y leales, ibais a venderla como ganado.

Él frunció las cejas, fingiendo concentración.

—No, en absoluto. Yo trato a mis vacas mucho mejor de lo que trataría a un eversun. Créeme.

Briony le escupió en la cara.

Orion Hearst no parpadeó.

Se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió la saliva sin apartar la mirada de ella.

Le escupió una vez a su hijo.

Su reacción fue completamente diferente.

Orion miró hacia abajo mientras volvía a doblar el pañuelo y se lo volvía a guardar en el bolsillo.

—Debería haberte matado por eso. —La miró fijamente—. Pero no me gusta gastarme dinero en esclavos y no quiero tener que pagarle a Gains treinta mil simplemente por degollarte. —Briony se tragó una respiración temblorosa, y Orion continuó, elevando la voz para dirigirse a Reighven—. Así es como uno se mantiene rico. No necesitamos malgastar dinero en latientes mágicos.

—Es solamente uno de los motivos por los que la quiero, pero gracias por el consejo —dijo Reighven con malicia.

—Ah. —Orion miró al otro hombre—. Los hombres como yo tampoco pagamos por eso. —Sonrió a Reighven con superioridad—. En fin, señorita Rosewood. Hay alguien que quiere verte. Espero que muestres un poco más de respeto.

A Briony se le retorció el corazón. Miró a Orion a los ojos y solo vio a Toven. Se preguntó si estaba allí, si iba a venir a verla...

La puerta se abrió y apareció Veronika Mallow.

El miedo le agarrotó los músculos a Briony.

—Briony, cuánto me alegro de volver a verte. —La voz de Mallow sonaba suave y sinuosa, como si pudiera enrollarse alrededor de una persona y apretarla. Entró en la celda como una ninfa por el agua, y la bata negra fluía detrás de ella a su paso. Gains entró detrás y, de pronto, había cuatro de las personas más peligrosas de Bomard con la mirada fija en Briony.

Se sentía abrumada por la adrenalina y tragó con fuerza para bajar el nudo de miedo que se le había formado en la garganta.

Mallow inclinó la cabeza como una gata. Era más delgada de lo que recordaba Briony. Tenía el pelo largo y negro completamente liso, como una sábana. Llevaba un collar de piedras ónix y unos pendientes a juego. Recorrió el cuerpo de Briony con la mirada, reparando en el vestido manchado de sangre y polvo.

—Entiendo que intentaste huir antes de que te bañaran.

Esta mujer había matado a su padre, a su hermano y aún osaba preocuparse por la mugre en la piel y la ropa de Briony.

—Íbamos de camino a los baños y a la consulta médica cuando organizó el pequeño motín —dijo Gains.

—Es salvaje —dijo Reighven—. Fue culpa suya que muriera...

—¡Silencio! —gritó Mallow.

Briony se fijó en las reacciones, en cómo obedecieron los hombres de inmediato. La forma en la que se les entrecortó la respiración, esperando órdenes.

Mallow retorció los labios. Dio un paso adelante, y Briony vio unos túneles infinitos en sus ojos.

—¿No es fascinante que sangre igual que nosotros? —les dijo a los demás. Agarró a Briony por la mandíbula y le torció la cara, analizándole las manchas de sangre—. No hay ni una pizca de oro en ningún sitio. Hace que te pares a pensar a qué viene tanto alboroto con el linaje de los Rosewood, al fin y al cabo.

Briony apartó la cara de la mano de Mallow. Era una leyenda bastante conocida que el rey y su familia sangraban oro. Lo único en lo que se basaba era en la presunción de que el rey estaba predestinado a regir por la nobleza de su linaje.

Mallow inclinó la cabeza.

—Señorita Rosewood, te permito continuar con vida simplemente porque mis fieles me lo han pedido. Parece que no has parado de llamar la atención entre todos los hombres bomardi desde la última vez que te vi.

Briony se estremeció.

Mallow levantó una mano huesuda y acarició uno de los rizos de Briony.

—¿Sigues pensando en subastarla, Gains? —preguntó.

—Sí, ama.

Briony desvió la mirada hacia él al escuchar el título. A los Sillones de Bomard se los llamaba «altísimo», «señor» o «señora».

—Muy bien —dijo Mallow—. Pues tendremos que esterilizarla.

A Briony se le hundió el estómago. Se le abrió la boca. No podía referirse...

—Un m-momento. —Se le tropezaron las palabras—. Por favor...

—¿Quieres tener los hijos de Reighven, Briony? —dijo Mallow con los labios torcidos—. Me han dicho que es el más probable que te gane. Y creo que le costará mucho apartar las manos de... un premio como tú.

Briony tragó, negándose a mirar al hombre en cuestión, que seguramente estuviera sonriéndole.

—No sería... Podría usar protección —murmuró.

Siempre había querido ser madre, siempre había anhelado crear una familia como la que ella no había tenido. Pero no de esta forma.

Y, es más, quería creer que este no era el final de Evermore. Que algún día se organizarían y resurgirían de sus cenizas. Que encontraría la forma de salvar el futuro de su familia.

Mallow la miró fijamente, siendo consciente de los deseos más profundos de Briony.

—Oh. No, Briony —dijo con delicadeza. Le pasó un dedo frío por la mejilla—. No, se acabó, querida. Lo he matado. Y he quemado su cuerpo. —Se acercó a la oreja de Briony y susurró—: No hay ningún hogar al que volver.

Briony se puso furiosa. Se abalanzó hacia delante con la boca abierta hacia la piel de Mallow. Notó el choque de los dientes contra el hueso, y apretó más mientras Mallow gritaba.

Recibió hechizos de todas direcciones. La sujetaron contra la pared de piedra, golpeándole la cabeza. Le abrieron la boca a punto de romperle la mandíbula.

Orion estaba junto a Mallow, pero esta se apartó de su brazo protector. Se le había quedado un círculo perfecto de dientes impreso en el borde de la delicada mandíbula.

Si Briony hubiera podido sonreír con la boca completamente abierta, lo habría hecho.

Los hombres hablaron uno sobre el otro, lanzando amenazas, pero Briony solo tenía ojos para Mallow. «Algún día te mataré con mis propias manos», pensó, esperando que quedara clara la intención.

Mallow la miró fascinada, levantando la mano para callar a los hombres. De pronto, los hechizos la soltaron. Mallow entrecerró los ojos y sonrió.

—Vas a tener mucho trabajo, Reighven. Me gusta.

Mallow hizo un movimiento con la mano y la boca de Briony se cerró de golpe, chocando con fuerza los dientes, sin poder separarlos. Estaba amordazada.

Mallow volvió a acercarse a ella hasta quedarse a unos centímetros.

—Para que quede claro: te mantengo con vida porque eres interesante y porque es el deseo de los hombres. —Se encogió de hombros—. Aunque también estoy segura de que te espera un destino peor que la muerte. Pero que no se te olvide que las otras mujeres no tienen nada garantizado. Si intentas huir de nuevo, mataré a todas las eversun que hay en esa celda. Y empezaré por Cordelia Hardstark.

A Briony se le agitó el pecho, pero se negaba a llorar.

—¿Te ha quedado claro?

Briony asintió.

—Sí —dijo con los dientes apretados.

—Estupendo. —Mallow tiró del aire con los dedos y Briony sintió algo caliente en la garganta—. Esas son las últimas palabras que quiero escucharte.

Le había quitado la voz.

Capítulo 8



Desencadenaron a Briony de la pared y se la entregaron a Reighven y a Gains. Se frotó las muñecas doloridas, por fin libres de los grilletes. El collar no se lo quitaron. Agarrándola cada uno por un codo, la llevaron escaleras arriba, más allá de la ventana salpicada de sangre, hasta la planta de los baños.

La empujaron dentro y Reighven dijo:

—Tienes dos minutos.

Los grifos cobraron vida y el agua hirviendo empezó a llenar la bañera.

Miró a los dos hombres y luego la puerta.

—Vamos —le dijo Reighven con una mirada lasciva.

Briony tragó, con la mandíbula apretada por el hechizo mordaza. No iban a dejar que se desvistiera sola. Miró la bañera mientras se llenaba de agua. Parecía que no la habían limpiado en años. La mugre cubría toda la superficie y había varias marcas de agua.

Se subió el vestido y entró en el agua caliente. Le quemó y le puso la piel de un rojo intenso. Dejó que el vestido la cubriera al

sentarse en la bañera. Miró a los dos hombres y vio que Gains había apartado la mirada, casi aburrido, pero los ojos de Reighven estaban pegados a su pecho mientras el agua le empapaba el vestido.

Se acercó despacio y Briony se aferró a los bordes de la bañera. Hizo aparecer una pastilla de jabón y la dejó caer en el agua con un salpicón.

—Frótate bien por todas partes —dijo guiñándole un ojo—. O lo tendré que hacer yo.

Briony miró hacia abajo. Le quemaba la piel y el agua ya estaba manchada por la suciedad y la sangre. Inclinó hacia atrás la cabeza para mojarse el pelo y se pasó el jabón por el cuero cabelludo y la piel lo mejor que pudo. Reighven estaba de pie al borde de la bañera y arqueó una ceja poblada. Ella cogió el jabón y se lo llevó entre las piernas, ignorando los ruidos de Reighven.

Él estiró un brazo y el terror la inmovilizó por temor a que la tocara. Le agarró el vestido mojado por el hombro y luego apartó la mano con un brillo plateado entre los dedos.

El broche de su madre. Lo último que le quedaba de ella.

Reighven sonrió mientras se lo guardaba en el bolsillo. A Briony se le partió el corazón en dos.

Gains le lanzó una toalla cuando llegó el momento de que saliera de la bañera, pero no le secaron el vestido. El agua goteaba por el dobladillo mientras caminaban hacia otra habitación.

Gains llamó con los nudillos y una mujer mayor y regordeta, de piel marrón oscuro, abrió la puerta. Llevaba el uniforme médico bomardi. Cuando miró a Briony, sus ojos la escudriñaron durante demasiado tiempo.

—Una más para el examen —dijo Gains.

Briony se estremeció bajo el vestido y el pelo mojado cuando la empujaron hacia delante. Había otra médica más joven en una

esquina. Tenía la piel pálida y el pelo rojo intenso, y parecía poco mayor que Briony. Se quedó blanca al verla. La mujer más mayor le indicó a Briony que se sentara en una camilla.

Gains miró a Reighven.

—Ve a ver cómo está el chaval de Meers.

Briony los miró. Sammy estaba cerca.

Reighven pareció molesto, pero obedeció, cerrando la puerta al salir.

La tumbaron en la camilla y le pasaron varios hechizos por el cuerpo, sin llegar a tocarla, esperando que brotaran la luz y el calor. Una de las mujeres le secó el pelo y el vestido, murmurando algo sobre la hipotermia.

La médica más joven colocó ambas manos sobre la barriga de Briony, expandiendo mucho los dedos pálidos. Miró a Gains.

—No está embarazada.

Briony tragó, consciente de que nunca lo estaría.

La médica fornida le colocó un manojo de plantas con flores blancas sobre el vientre, tarareando una melodía.

Briony la conocía. Siempre supo que la escucharía un día antes de su boda.

La mujer hizo círculos con las manos y el manojo de plantas empezó a arder contra su vestido y se extinguió igual de rápido. El calor y la luz se quedaron, pero encendidos muy por debajo de su piel.

Se quedó mirando al techo con la mandíbula apretada y la voz robada mientras la médica le decía a Gains:

—Es virgen.

Gains se rio.

—Cinco mil más para mí.

Briony apretó los ojos. ¿De verdad una sola noche valía cinco mil monedas de oro? ¿Un instante? Imaginó que habría antiguos rituales que podían llevarse a cabo con la sangre de una virgen. Reighven seguro que conocería el mercado negro para comercializarla, pero la forma en la que le había hablado, mirado... Dudaba que la quisiera solo por la sangre.

Las médicas estaban a punto de terminar cuando Gains dijo:

—Hay que esterilizarla.

Por el ojo izquierdo de Briony se derramó una lágrima.

La habitación se quedó en silencio durante demasiado tiempo. Abrió los ojos y miró a la médica más joven, que miraba fijamente a la más mayor.

—¿Algún problema? —preguntó Gains.

—Es... —La pelirroja miró al suelo—. ¿No es la última de su linaje?

—Evermore ya no existe —dijo Gains con frialdad mientras se apartaba de la pared en la que se estaba apoyando—. El ama Mallow ha pedido que se esterilice a todas las mujeres y hombres relacionados con la línea de los Rosewood. Me imagino que no os opondréis a las órdenes del ama Mallow, ¿verdad?

La pelirroja miró desesperanzada a la otra médica, que se mostró impasible.

Luego carraspeó y levantó la barbilla.

—Yo no pienso hacerlo.

Briony resopló sin apartar la mirada de la mujer con el uniforme médico bomardi negándose a cumplir las órdenes de Mallow. Igual aún quedaba esperanza.

Pero Gains sacó la mano, doblando hacia la palma los dedos mientras la mujer se llevaba la mano al corazón con los ojos muy abiertos. Escupió y cayó al suelo de rodillas.

—Yo lo haré —dijo la otra médica, casi con pereza—. No la mates. La necesito.

Los dedos de Gains soltaron el hechizo mágico sobre el corazón de la joven. Ella jadeó, haciéndose una bola en el suelo.

La médica más mayor se acercó a Briony. Colocó el índice y el pulgar sobre su pelvis formando un triángulo y cerrando los ojos. Briony se preparó, prestando atención a los jadeos de la pelirroja en el suelo. Sintió un pinchazo y una quemazón en la parte izquierda de la barriga, y se sacudió. Le había cauterizado la trompa de Falopio izquierda.

Mientras la médica rodeaba la camilla hacia el otro lado, Briony se alegró de no ver la cara del Gains.

—¿A cuántas más pensáis esterilizar? —preguntó la médica a Gains para entablar conversación.

A Briony se le deslizaron unas lágrimas por las mejillas cuando la mujer colocó el triángulo de nuevo sobre su barriga, en el lado derecho. Se preparó de nuevo para sentir esa sensación.

—Solo queda una —dijo Gains.

—Pues no podemos estar aquí todo el día —dijo la médica más mayor.

Y dándole la espalda a Gains, la mujer le dio un pellizco a Briony con las uñas, lo más fuerte que pudo.

Briony se sacudió y pataleó. Luego miró a la médica, pero ya se había girado hacia Gains.

—Ya está. Las dos trompas de Falopio están cerradas. No se quedará embarazada.

Briony intentó relajar la cara. La mujer no le había cauterizado el lado derecho.

Y las dos lo sabían.

Gains dio un paso adelante.

—Vámonos —le dijo a Briony—. Y tú. —Se giró hacia la pelirroja, que todavía estaba recuperando el aliento—. Pórtate bien y no pediré tu decapitación cuando ya no se requieran tus servicios.

La pelirroja asintió llorando.

Briony se levantó de la camilla. La médica más mayor se había puesto a hacer papeleo, como si no hubiera pasado nada.

Briony siguió a Gains con el corazón acelerado. Le volvió a poner las cadenas en las muñecas, pero ella estaba pensando en otra cosa.

Había algunos bomardi dispuestos a ayudar a Evermore. Solo tenía que encontrarlos.

Le daba vueltas la cabeza mientras Gains la llevaba escaleras abajo, de regreso a la celda con las demás mujeres.

No le dirigió la palabra al abrir la puerta, y fue lo mejor. Estaba demasiado ocupada aumentando la esperanza en el pecho como si fuera un lugar de veneración.

Cuando entró en la celda, las mujeres se pusieron de pie de un salto y corrieron hacia ella. Gains las volvió a encerrar mientras a ella le llovían las preguntas. Briony no podía concentrarse en ninguna.

Cordelia dio un paso frente a ella.

—¿Briony?

Ella se señaló el cuello con los dedos y sacudió la cabeza. Luego se señaló la mandíbula e hizo el movimiento de una boca cerrándose con la mano.

Pero había un fuego ardiendo en su interior. Miró a Velicity al otro lado de la habitación. Estaba encadenada a la pared con los brazos levantados sobre la cabeza, como había estado Briony, solo que ella tenía la cara llena de sangre seca. Katrina estaba a su lado. Una de las mujeres las estaba ayudando a beber agua.

Briony miró a su alrededor.

Las mujeres la estaban mirando, pero ella no tenía voz para decirles que tenían apoyo. Que había personas ahí fuera dispuestas a defenderlas; ya fuera en voz alta, como la pelirroja, o en silencio, como la médica más mayor.

Se fijó en la cesta de comida y recordó a Phoebe colocando la fruta sobre el suelo polvoriento.

Briony se puso de rodillas y cogió un montón de uvas con movimientos rápidos.

—¿Briony? —preguntó alguien, pero no prestó atención. Tenía que darles un mensaje.

Empezó a deletrear lo que no podía decir, colocando rápido las uvas para formar las letras. Cogió otro tallo de uvas y las demás entendieron lo que estaba haciendo y se colocaron a su alrededor.

Formó la primera palabra y pensó en la chica pelirroja a punto de morir por ella. Por ella. Una eversun.

Alguien empezó a sacar las uvas por ella y a amontonarlas. Briony formó la segunda palabra, moviéndose rápido para decir muy poco.

Pero con suerte les diría lo que necesitaban saber de la médica que desafió la orden de Mallow en las narices de Gains.

Solo quedaba una uva. La añadió al final. Un punto. Una declaración.

Se puso de pie y se apartó para que las demás pudieran leer su trabajo.

No solas.

Capítulo 9



Siete años y medio antes

Briony odiaba las cenas de palacio, sobre todo las que caían en el solsticio de invierno. Ya se había dado cuenta, durante el invierno entre el primer y el segundo año, de que pasar tiempo con los estudiantes bomardi en la escuela era suficiente para ella. No le hacía falta verlos también fuera del periodo escolar.

Estaba de pie a la entrada del gran salón de baile con Rory y su padre, recibiendo a los oficiales de Estado de Bomard y Evermore, y a sus familias. El salón de baile estaba decorado con abetos autóctonos de las montañas de Bomard, y habían colocado tapices nuevos que representaban una fría mañana nevosa en el bosque bomardi. Nada se correspondía con las arcadas abiertas de Biltmore Palace, los pórticos adornados y las piscinas cristalinas. Los atenderían y bailarían hasta la medianoche, cuando empezaría el festín que se alargaría hasta el amanecer.

Solo habían pasado veinte minutos y ya había visto a diez personas que le daban exactamente igual.

Y le picaba el vestido.

—Briony, para. —Su padre la regañó cuando se ajustó las mangas por tercera vez—. Ya tienes diecisiete años. Tienes que empezar a vestir como tal.

—¿Los diecisiete pican? —refunfuñó ella.

El vestido era de encaje verde, con el cuerpo ajustado desde la cintura hasta los hombros y con lazos hasta las muñecas. No tenía nada que ver con la ropa holgada que preferían los eversun, pensaba que su padre se estaba esforzando demasiado en darles la bienvenida a estos chuchos congelados. Estaba deseando pedirle a Rory que le rascara en un punto concreto entre los omóplatos, pero no lo hizo.

Briony miró a los bomardi que ya habían entrado. ¿Era por algún hechizo como aquella brisa fría? ¿Alguno de ellos estaba haciendo que le picara? No. Toven no había llegado todavía.

Cuando llegaron Finola y Phoebe, Briony las abrazó con fuerza.

Finola se inclinó hacia Rory y ella.

—¿Os habéis enterado de que los Vult han traído a sus familiares?

Briony miró a la familia Vult, que se estaba poniendo en la cola de entrada.

—¿Por qué? —preguntó Rory—. ¿Acaso esperan que haya una pelea?

—Eso es lo mismo que pregunté yo —dijo Finola con una risa.

Briony miró para ver quién era el siguiente: Hap Gains y su hija, Larissa. Briony suspiró.

Era costumbre del rey de Evermore y su familia hacer una reverencia primero como señal de respeto y bienvenida. Y, por la mirada de Larissa, quedaba claro que era su parte favorita de las cenas de palacio.

Larissa se puso justo enfrente de Briony con una sonrisa calculada y la observó agacharse en una profunda reverencia.

—Bienvenida, Larissa —dijo Briony con los dientes apretados—. ¿Qué tal van tus vacaciones?

—Bien, gracias, Briony. No me apetece nada ir a Evermore para el segundo año. —Miró la decoración, todo el esfuerzo que había hecho Evermore, y añadió—: Evermore no es tan cómodo. Hace demasiado calor y no hay nada que hacer.

Briony se tragó su respuesta, y Larissa miró a Rory, indicándole que le tocaba a él hacer la reverencia. Rory suspiró y la hizo. Larissa agachó mínimamente la cabeza a los dos como respuesta y movió la mano despreocupada mientras los Gains avanzaban en la cola.

Gin Pulvey, el Sillón de Bomard, era el siguiente. Era un hombre robusto con un bigote muy grande que le ocupaba casi toda la cara rosada. Pulvey tenía una buena relación con el rey Jacquel, para desgracia de muchos bomardi. Detrás de él estaban Sammy y su padre, Billium Meers, alto general del Ejército eversun. El padre de Briony se levantó de la reverencia y le puso una cara de agotamiento al general Meers, durante un extraño momento de camaradería relajada.

—Creo que deberías concederme el primer baile de esta noche, Briony —dijo Sammy cuando ella se levantó de su reverencia. Lo dijo con un tono alegre y travieso.

—¿Qué? —Arrugó los labios—. ¿Por qué?

—Porque creo que molestará a Didion.

Rory soltó una carcajada y se llevó una mano a la boca para esconder la sonrisa. Briony miró a Sammy y luego a Rory, ruborizada. Luego miró hacia donde estaba Didion en el salón de baile con Katrina y Cordelia, observándola. Ella apartó rápido la mirada.

—Por supuesto que bailaré contigo —dijo Briony—, pero ¿por qué el primer baile? —El primer baile estaba reservado, por lo general, para el rey y su esposa (solo que, en este caso, Jacquel se había negado porque no tenía intención de volver a casarse), el Sillón y su esposa, y cualquier pareja joven que quisiera causar un escándalo en el inicio de la temporada de cortejos.

Sammy se llevó la mano al corazón con una expresión exagerada.

—No me importa ser el segundo, el tercero o incluso el cuarto, pero me temo que me los quitarán enseguida.

Ella lo miró parpadeando.

—No lo entiendo.

Sammy se rio, le cogió la mano y se la llevó a la boca.

—Me encanta que no seas consciente de lo preciosa que estás. Si fueras seis años mayor, ya estaríamos prometidos, cielo.

Ella apartó la mano y le puso una mueca. Sammy se rio y Rory hizo como que le daba una arcada.

—Tendrás que acostumbrarte, Ro —dijo Sammy, usando el mote con el que Briony llamaba a su hermano cuando no sabía pronunciar su nombre. Dio cátedra—: Solo quedan unos pocos años para que la vendan a algún bomardi en nombre de la paz y la unidad.

—Sammy, ya está bien —dijo el general Meers con amabilidad. Miró a Jacquel con una sonrisa compungida—. Vamos a dejar pasar al siguiente grupo.

Sammy le hizo un saludo militar a su padre, le guiñó un ojo a Briony y dijo:

—El primer baile.

Y se alejaron.

Briony giró los hombros hacia atrás porque el vestido seguía picándole. «Preciosa», había dicho Sammy. Había sido amable, pero ya está. Para ella, Sammy era como un hermano, y estaba segura de

que él sentía lo mismo. Pero no le había gustado el recordatorio de que, al ser hija del rey, era posible que no pudiera casarse por amor. Eso hacía que envidiara un poco a los bomardi. Ellos no trataban a las mujeres como peones en una partida de ajedrez. Una mujer podía ocupar el Sillón de Bomard igual que un hombre.

Cuando Briony volvió a la cola de bienvenida, se encontró cara a cara con la sonrisa de superioridad de Toven Hearst. Más bien, con su pecho. Estaba aún más alto que en fin de curso hacía un mes.

—¿Ya te han pedido el primer baile? —dijo con falsa modestia—. Vaya, vaya, no pierdes el tiempo, ¿eh?

Briony se contuvo y miró a la izquierda. Orion Hearst estaba delante de su padre, y Serena Hearst frente a Rory. Los Rosewood se inclinaron e hicieron una reverencia a la vez.

Ella se incorporó y encontró los ojos de Toven pegados a ella, mordiéndose encantado el labio.

—Bienvenido —murmuró ella.

Toven llevaba un traje gris que le hacía juego con el color pálido del pelo. Mientras su padre compartía cumplidos forzados con Orion y Serena examinaba el salón de baile con desagrado, Briony miró a Toven a la cara ocultando su odio. Supuraba arrogancia, y Briony no se podía creer que hubiera tenido el valor de mirarla de arriba abajo en su propia casa.

—Meers tiene razón, ¿sabes? —dijo Toven con un tono jovial contradicho por su mirada de aburrimiento—. ¿Has decidido a qué hijo de Bomard te le unirás cuando cumplas la mayoría de edad como una sanguijuela?

Ella batió las pestañas.

—Bueno, yo voy a por ti, sin duda.

Él sonrió.

—Ah. Qué bien. Serás una incorporación magnífica a mi lista de trofeos. Te colgaré en la pared.

—¿Trofeos? ¿De qué? —preguntó ella inocente—. Dudo que sean de la clase de elixires. Creo que Rory es el que mejores notas sacó en elixires el último año, ¿no? —Le sonrió afectuosamente.

Toven niveló la mirada con la suya.

—¿Ah, sí? —Su tono dejó completamente claro que sabía perfectamente cómo había conseguido Rory sacar las mejores notas.

La sonrisa de Briony se desvaneció y desvió la mirada hacia el salón de baile, donde ya estaban todos sus amigos. Toven no le había dicho a nadie que Briony había estado ayudando a Rory con las clases y potenciándolo continuamente, pero aprovechaba ocasiones como esta para criticarla. Quedaban algunas personas más a las que recibir y podría esconderse de los bomardi hasta que empezara la cena a medianoche.

—¿Quién se ha pedido el segundo baile con la princesa? —dijo Toven muy tranquilo mientras sus padres seguían charlando con Rory y su padre. Miró a todos los allí presentes—. ¿Didion Winchester, supongo?

—No tengo ninguna intención de bailar ni el primer baile ni el segundo...

—Bueno, todo se puede debatir —dijo ignorándola. La miró con los ojos gris pálido—. Hay alguien que tiene prioridad en estas situaciones.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. ¿Por qué iba a pedirle alguien de Bomard a Sammy que renunciara al primer baile?

—¿Qué estás insinuando?

—Solo hablo de la tradición, por supuesto —dijo melódicamente—. Si alguien de los Diez quiere pedir el primer o el segundo baile, Meers y Winchester tendrían que apartarse, ¿no?

Los Diez eran los bomardi en las primeras posiciones de la línea de sucesión. Les daba una sensación de superioridad. Entre ellos estaba Orion Hearst, la madre de Canning Trow, Hap Gains y el padre de Liam Quill.

Briony tenía la sensación de que le faltaba una pieza de un puzle muy grande, pero antes de que le diera tiempo a preguntar, Orion Hearst habló en voz alta.

—Aquí está. Jacquel, permíteme que te presente a nuestra invitada. Veronika Mallow.

Una mujer muy alta con la tez pálida y el pelo liso negro dio un paso adelante. También tenía los ojos negros, como dos pozos sin fondo, pero los tenía muy juntos, lo que hacía que se pareciera un poco a un zorro. Debía de estar en los cincuenta y tantos, pero luego le dio la luz desde un ángulo diferente y pareció veinte años más joven.

—Señora Mallow, bienv...

—Señorita Mallow —corrigió al padre de Briony, deteniéndolo en mitad de una reverencia incómoda—. Al contrario que las eversun, las mujeres bomardi no necesitan estar casadas para que se las presente. —Los ojos negros miraron a Briony, que sintió un escalofrío por la espalda.

—Por supuesto —dijo el rey Jacquel—. Mis disculpas por la presunción. —Continuó con la reverencia, y Rory y Briony hicieron lo mismo.

—Qué extraña tradición —dijo Mallow—. Hacerle una reverencia a una desconocida en tu propia casa. Me parece bastante anticuado. —La reverencia que hizo ella fue como la de Larissa: una mera y casi imperceptible inclinación de cabeza, y una enorme falta de respeto al rey.

Briony parpadeó. Vio cómo Orion retorcía los labios para contener una sonrisa.

—Supongo que por eso lo llaman tradición —dijo Rory con amabilidad.

Serena le sonrió. Pero nadie más lo hizo.

Briony miró a Toven, que observaba el salón de baile.

Cuando los Hearst y Veronika Mallow por fin se marcharon, Briony continuó mirando a Mallow mientras entraba en el salón. Parecía profundamente disconforme.

—¿Quién es esa? —preguntó Briony a su padre.

—Mallow es la hija de un soldado. Es lo único que sé. Es la decimocuarta en la línea, creo.

Rory soltó una carcajada.

—Pues se comporta como si estuviera entre los Diez.

—¿La decimocuarta y la invitan a una cena de palacio? —susurró Briony.

—Briony, no seas elitista.

Miró a su padre.

—No lo soy. No... pretendía serlo.

Se ruborizó y bajó la mirada. Apartó las lágrimas de vergüenza mientras se acercaban los Raquin.

Finn le guiñó un ojo y ella le lanzó una mirada.

—Espero que me guardes un baile esta noche, señorita Rosewood.

Briony sonrió con condescendencia.

—Preferiría lanzarme desde la torre más alta.

—Briony. —La voz severa de su padre la pilló por sorpresa; los Raquin y su familia habían escuchado la conversación—. Te olvidas de quién eres —dijo de manera tajante.

Toven la había puesto nerviosa. La vergüenza le sonrojó las mejillas. Iba cero a dos con su padre esta noche.

Finn parecía divertirse con la situación.

—Majestad, no se preocupe. En la escuela bromeamos así continuamente. ¿Verdad, Briony?

Ella asintió sin decir nada porque no confiaba en su voz.

Briony y Rory saludaron a la madre de Finn, Ember, una eversun de piel marrón oscuro y ojos verdes. Había sido amiga de su madre antes de que Rory y ella nacieran, y se casó con el padre de Finn, un bomardi, en un matrimonio político. Supuestamente, Ember fue la primera persona que cogió a Rory cuando nació, mientras su madre se desangraba con Briony aún dentro. Solo la veían alguna vez al año en estas cenas. Briony fue consciente de que a ella la esperaba un futuro similar, y que solo volvería a Evermore para las cenas de palacio. Sintió un pinchazo en el corazón.

Ember se acercó para acariciarles las mejillas a Rory y a Briony con una sonrisa dulce.

—¿Se porta bien mi hijo en la escuela? —preguntó.

—Qué va —dijeron Rory y Briony a la vez.

Ember resopló exasperada y reprendió a su hijo con la mirada. Él batió las pestañas con inocencia.

—¿Qué quieres que haga? No tengo remedio. —Le ofreció el brazo a Ember y ella se agarró a él, poniendo los ojos en blanco.

Una vez que terminó la recepción, Briony y Rory por fin se fueron con Didion, Cordelia y Katrina. Cordelia le cogió una copa de vino a hurtadillas y Briony se giró hacia la pared para bebérsela casi entera de un trago. El heraldo anunció que en cinco minutos empezaría el baile, y Briony se puso detrás de Cordelia con la esperanza de que Sammy le hubiera pedido el primer baile de broma.

Didion carraspeó a su lado, y ella lo miró mientras le daba el último sorbo a la copa.

—Briony, ¿me harías el honor de concederme el primer baile?

Ella parpadeó, con las mejillas llenas de vino, y concentrándose en tragárselo. Rory tosió contra la mano y se dio la vuelta para hablar con otra persona.

—Es que... me lo ha pedido Sammy —soltó—. Perdona. Pero te iba a decir que me encantaría bailar el segundo baile contigo, Didion.

Él juntó mucho las cejas.

—¿Sammy? Es seis años mayor que tú.

—Es un baile amistoso —se apresuró a decir Briony.

—De eso nada. —La voz alegre de Sammy sonó detrás de ella. Briony se giró con el ceño fruncido—. Es un baile con un ávido admirador. —Hizo una reverencia profunda y le guiñó un ojo a Didion.

Briony arrugó los labios.

—No pierdas el tiempo coqueteando conmigo, Sammy.

Él sonrió, pero antes de que le diera tiempo a responderle, una voz barítona profunda habló detrás de ella.

—Majestad.

Briony se giró y se encontró a Toven frente a ella. Tenía las manos en la espalda, fingiendo cortesía, y Briony lo miró fijamente, rezando para que no estuviera ahí por lo que ella pensaba que estaba ahí.

—¿Qué? —dijo ella bruscamente.

—El primer baile —dijo—. Como ya hablamos. —Le puso una amplia sonrisa.

Todos sus amigos se quedaron en silencio detrás de ella.

Ella levantó las cejas.

—No hemos hablado de nada. Voy a bailar primero con Sammy.

Miró a Sammy en busca de ayuda y le ofreció la mano, esperando que la aceptara. Pero él simplemente le lanzó una mirada a Toven.

—¿Vas en serio, Hearst? —dijo Sammy.

—Por supuesto —dijo Toven—. Estoy acostumbrado a tener lo mejor de la habitación, después de todo.

Didion dio un paso adelante.

—Está bien, se acabó.

—El primer y el segundo baile —dijo Toven, mirando a Didion por encima del hombro de Briony, y luego volviendo a mirarla a ella—. Majestad.

Detrás de él, las parejas ya empezaban a llenar la pista de baile. Quedaba muy poco para que empezara.

—Voy a bailar el primer baile con Sammy y el segundo con Didion —dijo Briony, con la voz firme y severa—. No acepto tu mano.

Empezó a andar y él la agarró por el codo, tirando de ella hacia su lado.

—Y yo —dijo suavemente— estoy ejerciendo mi derecho a intervenir como octavo en la línea.

—El octavo es tu padre —dijo Briony entre dientes—. Si me lo pide él, aceptaré encantada.

Ella miró a Sammy para intentar animarlo a que la siguiera a la pista de baile. Pero estaba ahí parado, con las manos en los bolsillos y cara de resignación.

—Forma parte de los Diez, Briony —dijo Sammy.

—¡Él no! ¡Es el heredero del octavo en la línea! ¡Como mucho él será el decimosexto!

Toven la giró hacia él con delicadeza, y ella sintió pánico cuando le acarició una mejilla. Tenía los dedos cálidos y puede que sus ojos le hubieran parecido amables a alguien que no lo conociera de verdad. Briony escuchó a Katrina ahogar un grito.

Ella parpadeó rápido, sin atreverse a moverse. Si la besaba en una cena de Estado, sería prácticamente lo mismo que una declaración

de cortejo. Pero si bailaba el primer baile con él, ¿no era igual de válido?

—No intentes dejarme en ridículo delante de todos —dijo.

—Ya lo haces tú solito. Suéltame.

—¿O qué? —preguntó en voz baja—. ¿Vas a montar un numerito? No mires, pero todos están pendientes de nosotros.

Le temblaba la respiración. El ambiente en el salón se puso pesado y supo sin mirar que decía la verdad. Todos los estaban mirando.

Él sonrió y se inclinó hacia ella. Ella aguantó la respiración hasta que él cambió bruscamente de dirección y le acercó la boca a la oreja.

—Vas a venir ahora mismo a la pista de baile, o le haré una petición formal de cortejo a tu padre. Tú decides.

Briony tenía los ojos muy abiertos. Se encontró con los de Katrina por encima del hombro de Toven. Ella también estaba inmóvil. Didion tenía la mandíbula apretada. Al otro lado del salón de baile, vio a Canning Trow observándolos con determinación.

Entonces ella se dio cuenta de que daba igual. Le había hecho una propuesta en público. Si aceptaba bailar con él el primer baile después de todo eso, todo el mundo daría por hecho que se trataba de un cortejo.

Empezó a sonar un vals. Briony tragó. Podría bailar los dos bailes y luego olvidarse de él hasta la primavera.

—Por supuesto —dijo ella, apartándose de él—. Será todo un honor, Toven.

La sonrisa de él parecía casi de verdad y, durante un instante, ella se acordó de lo increíblemente guapo que era. Él extendió la mano hacia ella con una floritura, apartando el cuerpo de delante para que quedara bien claro que ella había aceptado voluntariamente.

La pista de baile se llenó de parejas y ella vio a su padre mientras se colocaba en frente de Toven. Él la miró con la cabeza inclinada y ella sacudió rápido la suya, con la esperanza de aclararle que no tenía que tomarse esto en serio.

Miró a Toven, que tenía una sonrisa de autosuficiencia mientras los músicos les señalaron que podían empezar.

Volvía a picarle la espalda, y prácticamente en todo el cuerpo, mientras él estiraba los brazos hacia ella, deslizándole una mano por la cintura y agarrándole la mano con la otra.

No fue hasta que ella le colocó la otra mano sobre el hombro que se dio cuenta de lo que suponía bailar con Toven Hearst. Suponía tocarlo. Respirarlo. Mirarle la cara desde una distancia corta, o no mirarle la cara, como ella había decidido. Miraba más allá del hombro.

—Me imagino que estarás contenta por estar en Evermore el segundo año —dijo él.

—No hace falta que hablemos —dijo ella tajante.

Sintió una ráfaga de aire por la frente y se preguntó si era posible que lo hubiera hecho reír.

Mientras él la hacía girar, cambiando de forma experta la presión en las costillas para guiarla por la pista, Briony permitió a sus ojos repasar a todas las personas que los podían ver.

Sammy, Katrina y Didion los observaban, pero Cordelia no estaba. Cuando Briony encontró una melena castaña flotando en la pista de baile, no se podía creer lo que estaba viendo.

El vals movió a Cordelia y a su acompañante hacia ellos. Ella miró boquiabierta a su hermano agarrado a su mejor amiga.

—¿Y esto? —le dijo incrédula a Rory.

—¿Y esto? —le devolvió él mirando a Toven.

Cordelia abrió la boca, pero la cerró enseguida.

Toven se rio.

—¿No lo sabías?

Briony lo miró mientras giraban lejos de ellos. Estaba realmente contento.

Volvió a mirar a su hermano. Que el rey heredero eligiera pareja para el primer baile tenía el mismo impacto que la situación desastrosa en la que se encontraba Briony.

—¡Esta sí que es buena! —dijo Toven—. Llevan un año poniéndose ojitos, ¿y no lo sabías?

Briony cerró la boca. Él levantó el brazo y la hizo girar por debajo, para luego volver a tirar de ella.

—Seguro que este año van a estar escabulléndose en la escuela, buscando todos los recovecos más íntimos...

—Das asco.

—¿De verdad crees que en el segundo año nadie hace manitas? —Se rio—. Vas a necesitar protección en las escaleras, princesa.

—¿Y te estás ofreciendo voluntario? —dijo ella con sequedad—. ¿Por eso estás haciendo todo esto?

Él torció los labios y miró detrás de ella.

—Quizá me acerco a llamar a vuestra *suite* privada cuando tu hermano esté ocupado con la señorita Hardstark.

—Quizá te prendo fuego si lo intentas.

—Creo que debería pedirle a tu padre que vengas a la Mansión Hearst para las vacaciones del solsticio de verano —dijo, como si hablara para sí mismo—. No tiene sentido retrasar lo inevitable.

—¿Cambiamos también el tamaño del anillo de tu madre? —dijo ella con sarcasmo, siguiéndole el juego por su propio bien.

—Me gusta como piensas, querida —dijo él, haciéndolos girar al ritmo de la música—. Tú no tienes las manos tan pequeñas, ¿verdad?

En un esfuerzo para no mirarlo, se le fueron los ojos a Finn y a Larissa, que estaban en el otro extremo de la pista de baile. Los estaban observando atentamente. Y entonces ella se dio cuenta...

—Has discutido con Larissa, ¿a que sí? —Casi suspiró aliviada—. ¡Por todos los mares! —blasfemó—. ¿Y me estás usando a mí? ¡Vaya estupidez de plan!

Él se quedó mirándola fijamente y ella no pudo evitar fijarse en el ángulo marcado de su mandíbula, ni en los mechones de pelo gris que le caían por la frente.

—¿Qué plan?

—No tengo ni idea —respondió ella—, pero estás intentando cabrear a Larissa, y lo estás consiguiendo.

Briony vio cómo los ojos de Toven se desviaban hacia donde estaba la rubia, como si no se le hubiera ocurrido esa idea hasta ese momento.

—Te lo aseguro, majestad —dijo—. Simplemente estoy intentando mostrar mis respetos por este maravilloso vestido que llevas puesto.

—No tienes que llamarme así —dijo ella, aburrida de pronto de este juego—. Puede que sea la hija del rey, pero mi título no es nada formal.

—Pero tú sí —se apresuró a decir él. El baile se ralentizó y él los hizo girar una vez más—. Eres eversun, y eso es bastante formal, ¿no?

Ella frunció el ceño mientras los músicos terminaban la pieza y el público aplaudía. Lo soltó y se apartó hacia atrás.

—¿Qué quieres decir?

—Al obtener la magia de la mente —dijo él con un tono burlón—, te crees mucho mejor que nosotros. Más evolucionada, ¿no era eso lo que habías dicho?

—Es más evolucionada —le respondió ella—. Sacar la magia de tu propia mente, sin necesidad de agotarte, sin necesidad de un familiar para potenciarte, ni de ir contra la ley y agotar a un latiente, tampoco.

Empezó el segundo baile y él volvió a tirar de ella hacia sus brazos. Esta vez le pareció estar más pegada a su cuerpo.

—Pero, aun así, la sangre te sigue pareciendo importante, ¿no? Un linaje. Un rey.

Ella levantó la mirada, sus caras estaban más juntas que antes. Esto era un malentendido común entre la mayoría de eversun y bomardi, lo sabía, pero parecía personal para él.

—Sabes igual que yo que no saco nada de ese linaje. Simplemente me entregarán a uno de vosotros y mi hermano será rey.

—Por eso me parece fascinante que las mujeres eversun se pongan a defender algo así. —Dio un paso adelante y ella dio un paso atrás, siguiéndolo—. No todos los bomardi drenan la magia de otros magos para potenciarse.

Ella observó cómo le iban los ojos de un lado a otro de su cara.

—No todos los eversun pueden saber lo que piensas.

Él torció la boca.

—¿No? —Agachó la cabeza para nivelar la mirada con la de ella—. ¿No sabes lo que estoy pensando ahora mismo?

Briony no podía despegar los ojos de los de él mientras deslizaban los pies por la pista. Tenía motas azules en los ojos grisáceos. Notaba su respiración sobre la piel de la cara.

—Nunca sé lo que estás pensando —susurró.

La mirada de Toven ardió al mirarla fijamente.

Notó un toquecito en el hombro y se sobresaltó.

Liam Quill estaba detrás de ella, mirándola con una sonrisa aduladora.

—Toven —dijo—. Había pensado que igual a la señorita Rosewood no le importaría concederme el segundo baile. —Le brillaron los ojos —. Ya que soy el sexto en la línea.

Briony se quedó mirando a Liam confundida, hasta que Toven apartó los brazos de ella lanzándole dagas a Liam, pero haciéndose a un lado.

Tenía autoridad sobre él.

Briony odiaba echar de menos sus brazos y sus pasos seguros.

Liam la miró con una sonrisa condescendiente.

—Estás causando sensación, Briony.

—Sí, los chicos de Bomard no paran de adularme esta noche —dijo con un tono sarcástico.

Aprovechó la oportunidad para echar un vistazo por la pista de baile. Rory seguía bailando con Cordelia, y se le retorció el estómago.

—¿De qué has hablado con Toven? —preguntó Liam.

—No tengo ni idea —dijo ella—. Un montón de cosas.

Liam la miró con los ojos entornados. Ella apartó la mirada y se fijó en Larissa, que estaba hablando con Toven con cara de enfadada. Él parecía aburrido.

Briony debía de tener razón. Una discusión de pareja.

Cuando Liam intentó conseguir el tercer baile con Briony después de no hablar prácticamente de nada con ella, estaba a punto de inventarse una excusa cuando apareció una mano robusta sobre el hombro de Liam.

Los dos levantaron la mirada y se encontraron con Canning Trow mirando a Briony con una sonrisa.

—Señorita Rosewood.

Su madre era la tercera en la línea. Daba igual cómo se pusiera por bailar con Sammy o Didion.

Liam se hizo a un lado y Briony aceptó la mano de Canning. Él tiró de ella y la acercó demasiado, luego le colocó la mano en la espalda unos doce centímetros más abajo de lo que se consideraba apropiado.

Canning iba a empezar el cuarto año en la escuela y se comportaba como una especie de cabecilla de los chicos bomardi. Tenía la mandíbula ancha, los ojos grandes y una nariz robusta, pero se movía como si fuera el regalo que los mares les habían hecho a las chicas.

—Estás encantadora esta noche —dijo cuando empezaron a bailar.

Ella no dijo nada, ya estaba cansada de esto.

—¿Dónde narices has estado escondiendo este cuerpo?

Ella le lanzó una mirada mientras él le daba una vuelta.

—¿Tienes que ser así de grosero? Baila y ya está.

Siguieron los pasos, apartándose y girando.

—En primavera empiezo el cuarto curso, iniciaré la especialización en elixires.

Ella podría bostezar, pero se aguantó.

—¿Oh?

—Pero no me importaría acompañarte a clase.

—Sé bajar las escaleras sola, gracias.

Él se rio y la acercó más a su cuerpo. Ya había más parejas en la pista de baile, pero ellos estaban en el centro. Briony notaba las manos de él cada vez más atrevidas.

—Mi madre es la tercera en la línea, ¿sabes?

—Ya te encargas de que no nos olvidemos —dijo Briony.

—¿Eso crees? —Ella lo miró con una sonrisa tensa—. Qué mona.

Briony vio a Didion en el borde de la pista de baile, todavía esperando para bailar con ella. Pero ella no sabía si iba a tener la energía después de todo esto.

—De verdad que eres encantadora. —Le miró los pechos.

—Eso has dicho.

—Hemos estado todos hablando de eso. De lo encantadora que eres. —Canning movió la mano de la espalda aún más abajo.

—¿Te importa? —dijo Briony molesta.

Él la apretó aún más.

—Es un honor que te desee el tercero en la línea.

—Hijo de la tercera en la línea. —Le apartó las manos de un golpe en cuanto terminó la música—. Gracias por el baile.

Se dio la vuelta y se apartó rápido de los bailarines antes de que a alguno más le diera tiempo de acercarse a ella.

Se escabulló por el extremo de la pista, cerca de la salida. Asintió a uno de los guardias, que salió a buscar a Anna para que la acompañara arriba.

—Me resulta muy extraño —dijo una voz a su izquierda.

Veronika Mallow estaba de pie en una esquina, mezclada con la oscuridad.

Briony se alisó el vestido y sonrió ligeramente.

—¿El qué, señorita Mallow?

—Seguramente puedas elegir al mejor chico de Evermore, pero insistes en llamar la atención de todos los chicos bomardi elegibles.

Mallow la observaba fijamente, sin parpadear.

Briony estaba cansada. Demasiado cansada para esto.

—¿Qué puedo decir? Mi valor ha subido como futura esposa.

Mallow levantó la barbilla, evaluándola.

—Los matrimonios concertados entre los reinos me parecen de lo más arcaico.

Briony estaba bastante de acuerdo, pero tenía la sensación de que estaban hablando de cosas diferentes.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Mallow dio un sorbo a la copa de vino, mirando hacia la pista de baile.

—Bueno, si de verdad hubiera dos reinos en paz, ¿por qué deben entregarse las mujeres como garantía? ¿O nuestra juventud, en realidad?

Briony la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Garantía? ¿Te refieres a alternar los cursos entre las dos escuelas?

Volviendo a centrar la oscura mirada en Briony, Mallow contestó:

—Claro, por supuesto. ¿Por qué escolarizaríamos a nuestros jóvenes juntos, si no por una eterna promesa de no hacerles daño? —Mallow inclinó la cabeza—. Las promesas no son más que palabras, al fin y al cabo. Pueden romperse.

Briony se quedó mirándola hasta que Anna carraspeó detrás de ella, preparada para llevarla a sus aposentos. Miró por última vez a Mallow por encima del hombro mientras se alejaba.

Tres años y medio después, recordaría esta conversación cuando los bomardi atacaran la escuela en busca de eversun a los que capturar. Y sabría perfectamente de quién fue la idea.

Capítulo 10



Briony se pasó el día siguiente bebiendo agua con la mandíbula cerrada y buscando formas de conseguir meterse fruta blanda entre los dientes. Aún no tenía voz, pero eso le parecía algo sin importancia después de dos días sin comer.

Cuando devolvieron a Briony se llevaron a esterilizar a Phoebe. Volvió y se acurrucó en una esquina, llorando toda la noche. A todas les daban el elixir de Orion por precaución, en caso de que el motivo por el que Briony era resistente al collar fuera extendido entre todas.

Nadie fue a verlas aquel día y algunas de las mujeres empezaron a preguntarse si simplemente las dejarían morir allí. Briony no podía dejar de pensar en Eden, a la que habían asesinado. Pero empezó a mirar por la habitación, pensando...

Justo antes de que todas se fueran a acostar, Briony se acercó a Velicity. Intentó usar gestos para hacerle una pregunta, contando hasta cinco con los dedos, preguntándole: «¿Dónde está la quinta mujer?».

Velicity asintió.

—Nos han dicho que está muerta. ¿No los vistes matarla?

Briony negó con la cabeza. Y Orion Hearst no había dicho nada sobre la mujer de pelo negro con el ojo morado cuando enumeró las muertes a causa de la estúpida decisión de Briony. Velicity frunció el ceño mirando por la habitación.

—La última vez que la vi, estaba intentando salir por la ventana. —Hizo una pausa—. Igual se cayó.

Velicity y Briony se miraron. «O igual no».

Estirando los dedos largos, Velicity cogió una uva del cuenco y se la metió en la boca con una sonrisa, recordando las palabras que Briony les había escrito con esas mismas uvas.

Briony asintió en silencio. Más motivos para pensar que no estaban solas.

A la mañana siguiente volvieron a bañarlas. Cuando llegó el turno de Briony, la llevaron sola y le quitaron las cadenas. Luego Gains la dejó con Reighven en el baño.

Esta vez no le dio la opción de dejarse puesto el vestido.

—Quítatelo o te lo quitaré yo. Y, créeme, Rosewood, lo disfrutaré.

Briony se dio la vuelta hacia la bañera. Si relajaba los ojos, podía imaginarse que estaba en Biltmore Palace. Quizá esas paredes de piedra eran caliza, quizá el agua corriente era el goteo de las corrientes que recorrían todo el palacio, quizá estaba en su *suite* privada.

Se llevó las manos a las tiras sobre los hombros y las dejó caer por los brazos.

Quizá Sofía entraría pronto para decirle cuánto quedaba para la cena.

Briony entró en la bañera, imaginándose los grifos adornados y que no había ninguna marca de agua a la vista. El agua le quemó la piel y se centró en eso.

Quizá podría hundirse y fingir que era una sirena, como hacía cuando era pequeña...

—No tenemos todo el día.

Y con una sacudida de la mente, estaba de vuelta en la mazmorra de Trow, con el primer hombre que la veía desnuda.

Briony se hundió en el agua y, mientras Reighven se acercaba a la bañera y la miraba fijamente, se preguntó si quizá esta no era realmente su piel. Si este no era realmente su cuerpo. A lo mejor sí que estaba en la bañera en Biltmore, después de todo.

—¿Necesitas que te enjabone, preciosa?

Ella lo ignoró, cogiendo el jabón y lavándose lo más rápido posible.

Cuando llegó el momento de salir, él le señaló una toalla que había dejado cerca de la puerta. Briony salió del agua y obligó a sus piernas a que la llevaran hasta el otro lado de la habitación.

Para cuando se secó, él tenía una tienda de campaña en los pantalones. Ella no apartó la mirada del suelo mientras se vestía.

Cuando le volvieron a poner las cadenas y la devolvieron a la celda, Briony quería estar sola, pero no podía. Por mucho que quisiera descansar de estas cincuenta mujeres, tenía que mantenerse estoica por ellas.

Se volvió más complicado encontrar la esperanza cuando se sentó encadenada y amordazada, siendo plenamente consciente del destino que le aguardaba.

Al cabo de un rato, un grupo de cinco mujeres volvió de los baños con una energía parlanchina. En cuanto se cerró la puerta, una de ellas estalló...

—Hemos visto a Sammy y a Didion. Están vivos.

Briony sintió que algo se le movía en el pecho, pero se durmió enseguida. Lo que más sentía ahora mismo era fatiga. Era muy difícil

disfrutar de haber visto una cara familiar, sobre todo cuando les esperaba una vida de servidumbre y drenado mágico, sin salida aparente.

Se habían enterado de que la subasta estaba programada para la noche siguiente, pero la mitad de ellas aún tenía energías para la esperanza, Cordelia incluida.

—Vale, tenemos que hacer algo —dijo Cordelia—. Podemos volver a intentar la fuerza de grupo. Suelen venir de dos en dos a por nosotras, así que podemos ser cincuenta contra dos. Luego buscamos a los chicos y podemos ser el doble. —Cordelia la miró—. ¿Briony?

Briony sintió cincuenta pares de ojos sobre ella. Por algún motivo, le sostuvo la mirada a Larissa Gains.

Tenía el pelo rubio apagado y grasiento, y no paraba de tocarse las uñas, como si estuviera admirando una manicura recién hecha. Le devolvió la mirada a Briony con una ceja levantada.

Briony miró al suelo y se encogió de hombros. No sabía si el plan de Cordelia era inteligente o si merecía la pena intentarlo. Estaba muy cansada.

Cordelia la miró con la boca abierta.

—¿Nada? Te... —Imitó el movimiento de hombros de Briony con incredulidad—. ¿Te estás rindiendo?

Briony apretó los labios, reprimiendo las palabras aún sin voz. Cordelia no había visto morir a Eden. Cordelia no había tenido la mirada atenta de Reighven sobre su cuerpo desnudo, ni había sentido su mano entre las piernas. Cordelia no había mirado a Mallow a los ojos mientras le decía que se acabó.

El único propósito que tendrían en este nuevo mundo era reforzar la magia de un bomardi. Briony dejaría de ser eversun, dejaría de

ser Rosewood, dejaría de ser humana. Empezaba a entender todo eso, aunque Cordelia no estuviera preparada.

—No puedes rendirte —dijo Cordelia—. Te has pasado cuatro años trabajando para mantener a salvo Evermore, para mantener la fe cuando se perdieran las batallas... ¿y ahora te rindes? La profecía se equivocaba, ¿y qué? —Se le hinchó la garganta y tenía una mirada despiadada—. Rory está muerto —dijo con la voz quebrada—, ¿y qué? ¡Tú no!

Phoebe se levantó.

—Ya está, Cordelia. Déjala descansar.

—¡No! —Cordelia se soltó del brazo de Phoebe y chocaron las cadenas—. ¡Quiero saber por qué no piensa seguir luchando! ¡Porque todas hemos perdido a alguien, y yo no puedo perderla...! —Cordelia se deshizo en sollozos con los ojos llenos de lágrimas.

Briony se acercó a sus pies y la arrastró hasta su pecho, incapaz de sujetarla bien por culpa de las cadenas. Briony prometió en silencio luchar, encontrarla, reconstruirla. Cordelia lloró contra su hombro.

Se abrió la primera puerta con un golpe y todas se separaron. Las mujeres se escabulleron hacia las esquinas como ratas bajo la luz, y se abrió la segunda puerta.

Y entró Canning Trow con una sonrisa engreída en la cara e inspeccionando la sala.

Briony dio un paso atrás sorprendida. Ver a alguien con quien había ido a la escuela regodearse ante ellas... Le traía muchos recuerdos. Le recordó que, hacía tan solo unos días, Toven Hearst y Finn Raquin habían rebuscado por su habitación para cazarla.

—Señoritas —dijo alegremente—. Cuántas caras conocidas. —Miró por toda la habitación hasta detener la mirada en Briony—. Señorita Rosewood, un placer, como siempre. —Tenía un papel en las manos

y lo consultó—. Ah. Por supuesto que no. —Volvió a mirarla con un suspiro dramático—. Habría sido demasiado bueno para ser verdad.

Briony miró con precaución el papel mientras Canning respiraba hondo.

—Que Velicity dé un paso adelante, Coral también, y... —Levantó las cejas y miró por toda la habitación, buscando a alguien—. Larissa Gains —dijo jovial—. Un paso adelante.

—¿Para qué? —dijo Larissa, y Canning por fin la encontró en la esquina desde la que habló.

—Tengo un nuevo elixir que hay que probar —dijo Canning, balanceándose sobre los talones como un niño en el solsticio de invierno—. De momento es confidencial, pero creo que va a ser increíblemente rentable en este ambiente, para ayudar... a iniciar la Magia Sagrada. Me han dicho que puedo elegir a cualquiera de esta lista, o si no le deberé a alguien cinco mil monedas de oro.

A Briony le dio un vuelco el corazón. Era algo sexual, entonces. Tenía una lista de las que no eran vírgenes.

—Venga, dad un paso adelante —dijo con la voz turbia.

Velicity y una mujer con el pelo corto pelirrojo obedecieron. Larissa no se movió. Canning las miró y consultó la lista, chasqueando la lengua. Briony miró la puerta abierta detrás de él; distinguía el perfil de Reighven por la rendija.

—Mm, Velicity, vuelve atrás. A ver... ¡Ah! Jellica Reeve. —Buscó con la mirada por la habitación hasta que encontró a una chica alta y rubia, a la que Briony reconocía de la escuela. Estaba varios cursos por delante—. Jellica, querida, cuánto tiempo. —Él le sonrió, enseñando los dientes—. Un paso adelante, venga.

Jellica se movió con las piernas temblorosas. En el colegio también era preciosa, con unos grandes ojos azules y los labios carnosos. Se quedó de pie delante de Canning con la barbilla levantada.

Canning se inclinó hacia delante y susurró.

—¿Te acuerdas cuando te besé en quinto año y me cruzaste la cara de un tortazo? —Se rio abriendo mucho la boca y sin quitarle los ojos de encima.

Ella no respondió, simplemente mantuvo la cabeza bien alta.

Rápido como un rayo, Canning extendió la mano y le dio una bofetada, girándole la cara a un lado.

Briony dio un brinco y las demás ahogaron un grito. Velicity dio un paso adelante, pero se detuvo en seco.

Jellica volvió a mirarlo lentamente, con los ojos clavados en él.

—Me llevo a estas dos —dijo señalando a Coral y a Jellica—. Y cogeré también a Larissa por si alguno prefiere a una chica bomardi. —Le guiñó un ojo a Larissa—. Te sabes algún que otro truco, me acuerdo.

Larissa le lanzó una mirada y no se movió hasta que Reighven tiró de ella con magia y la puso en la fila detrás de las otras.

Las puertas se cerraron detrás de ellos.

Cordelia se giró a Katrina y le preguntó:

—¿De qué estaba hablando? ¿Qué es la Magia Sagrada?

A Katrina le tembló la voz.

—Es... es para las parejas románticas. Es una especie de... incremento del vínculo latiente. Muy parecido a potenciar, en ciertos aspectos —dijo mirando a Briony—. Pero de la misma forma que compartir una unión física fortalece el matrimonio en algunos casos, la magia latiente es más fuerte cuando... —Se le entrecortó la respiración y parpadeó muy rápido—. Es para las parejas románticas —repitió.

—¿Y si no es una pareja romántica? —preguntó Cordelia con la voz tensa—. ¿Cuándo encadenan nuestra magia a ellos y nos drenan el poder? ¿En qué se convierte entonces la Magia Sagrada?

Katrina tragó.

—El poder que se obtiene por una unión física... solo funciona cuando se entrega voluntariamente. No puedes... obligar a alguien a compartir Magia Sagrada contigo.

—¿Y Canning cree que ha encontrado la forma? —preguntó Cordelia—. ¿Una forma de beneficiarse de la Magia Sagrada cuando no se entrega voluntariamente?

Phoebe, que había estado en silencio hasta entonces, las miró y dijo con un tono tajante:

—He pasado cinco años en la escuela con Canning Trow. Me apuesto lo que sea a que ese elixir les hace algo a las mujeres..., algo para que se entreguen voluntariamente.

Briony se mordió el labio mientras Cordelia por fin se daba cuenta de lo que ella ya sabía desde el momento en el que Reighven le había puesto la mano encima. Independientemente de los beneficios mágicos de tener a los eversun prisioneros como latientes, para algunos de ellos iban a seguir siendo una mujer encerrada en casa de un hombre. Y Canning Trow había averiguado la forma de aprovecharlo al máximo.

Solo esperaba que eso de que era «confidencial» significase que el elixir de Canning no sería algo de uso extendido en Bomard. Briony conocía su futuro, Reighven se lo había dejado claro, pero sus amigas no tenían por qué sufrir lo mismo. Muchos bomardi, sobre todo las mujeres en la línea, encontrarían esto como algo de mal gusto. Le fascinó el valor de Canning de distribuir un elixir así habiendo una mujer en el Sillón.

—¿Qué narices importa entonces que algunas seamos vírgenes? —dijo Cordelia, con los ojos húmedos y la voz quebrada—. La sangre y las lágrimas de las vírgenes son necesarias para los elixires

oscuros, pero ¿por qué pagar oro extra por una virgen si simplemente vas a... a...?

Cordelia se ahogó con un sollozo. Briony le cogió la mano.

La voz de Katrina sonó hueca:

—Cuando éramos más jóvenes nos decían que nuestra magia latiente con nuestro futuro marido sería más fuerte siendo vírgenes, pero siempre di por hecho que eso era...

—Una estupidez —terminó Phoebe por ella—. En Bomard, una mujer puede ocupar el Sillón o estar en la línea de sucesión, pero es todo la misma mierda que en Evermore.

Briony observó cómo el fuego de Phoebe se encendía mientras el de Cordelia se extinguía.

Trajeron de vuelta a Coral y a Jellica cuatro horas después. No hablaron con nadie, simplemente se tumbaron en un rincón, sin querer que las tocaran.

Larissa no volvió.

Briony amaneció el día de la subasta en una habitación silenciosa, en la que solo se escuchaban los llantos amortiguados. Se despertó y abrió los ojos.

Larissa Gains estaba sentada a su lado, mirándola con una expresión muy abierta, como si se hubiera quedado dormida sin cerrar los ojos. Cuando vio que Briony estaba despierta, cambió la cara y volvió a su expresión mohína de siempre y las cejas levantadas.

Briony la observó. Seguía encadenada. No sabía cuánto tiempo habían tenido a Larissa fuera, y estaba deseando preguntarle qué era el elixir, aunque supiera que Larissa no iba a decirle nada.

Larissa se quedó mirándola.

—Antes te tenía envidia —dijo en voz baja.

Briony parpadeó sin entenderla. Esperaba que Larissa se riera de ella o se metiera con su pelo o su ropa. Algo que le resultara familiar.

—Cuando tenía nueve años, mi padre me dijo que no iba a dejarle su puesto en la línea a una mujer, así que más me valía encontrar pronto un marido. —Se colocó el pelo por detrás del hombro y se quedó mirando a la nada. Tenía marcas de mordiscos en el cuello—. Me pareció raro decirle eso a alguien que ni siquiera había empezado a sangrar, pero qué sabía yo. Se puso furioso al ver que todos los chicos bomardi se daban de hostias por bailar contigo en aquella cena de palacio entre el primer y el segundo año. Me dijo que debería haber sido yo. Me mandó con una mujer de la noche para que aprendiera a seducir a los hombres. Tenía diecisiete años.

Briony parpadeó, mirándola atónita.

Larissa suspiró.

—Era buena, la verdad. —Sonrió discretamente—. Muy buena. Las dos semanas que estuve con ella fueron... —Larissa asintió con una risa—. Volví justo para empezar el segundo año. Mi padre se despidió de mí y me dijo que quería que estuviera prometida para el final del verano. Y, si no, que al menos debería estar embarazada.

Briony apretó los dientes y sintió cómo la ansiedad le nadaba entre las venas.

—Pero le dije: «No te preocupes, papi. Tengo al hijo de los Hearst en la palma de la mano. Será mío para final de curso».

Se rio con una risa oscura, como si hubiera capas y capas debajo de esa broma.

Briony seguía acurrucada en el suelo, en la misma posición en la que había dormido, no quería romper este sueño, el sueño de que Larissa... ¿estaba hablando con ella? ¿Se estaba abriendo con ella?

Intentó pensar qué podía hacerle tanta gracia. ¿Cómo terminaron Larissa y Toven aquel año? Le costaba recordarlo.

Larissa se mordió el labio, todavía riéndose para sí.

—Ahora míranos. En el fin del mundo. Haciendo fila para que nos vendan y nos agoten la magia, e incluso nos violen a muchas de nosotras. Y, aun así, no puedo dormir porque te tengo envidia. Envidia de cómo será tu vida.

Larissa apoyó la cabeza contra la pared y miró al techo. Briony deseó poder hablar, preguntarle a qué se refería.

Briony observó a Larissa mientras volvía a mirarla indolentemente. Parecía que estaba absorbiendo cada centímetro de su cara. Larissa separó los labios y cogió aire para seguir hablando.

—¡Apártate de ella! ¿Qué estás haciendo? —Cordelia se despertó de golpe y se lanzó sobre Briony para apartarla de Larissa.

El jaleo despertó a las demás.

Larissa puso los ojos en blanco y se levantó.

—Nada. Solo estábamos hablando de cosas de chicas. Relájate. —Se deslizó hasta su rincón de la celda.

Cordelia le preguntó a Briony si estaba bien. Briony observó a Larissa, que volvió a comprobarse las uñas y a jugar con las puntas abiertas hasta que la puerta se abrió horas después.

El padre de Larissa entró con un caballero más mayor, con el pelo blanco y anteojos. Tenía una cara amable y a Briony le recordó a su abuelo, que había muerto quince años antes. Retorció las cejas blancas y despeinadas al mirar la habitación llena de mujeres. Carraspeó y evitó cuidadosamente hacer contacto visual con ninguna de las prisioneras.

—¿Están todas? —le preguntó a Gains.

—Y hay unos veinte hombres al final del pasillo.

El anciano asintió y se quitó las gafas para limpiarlas.

—Si quieres empezar esta noche a las ocho, igual deberíamos empezar a tasar a los hombres mientras las mujeres... se preparan.

Gains asintió.

—Trow te esperará arriba con los primeros hombres en cinco minutos. Princesa —llamó haciéndole un gesto a Briony—. Acompáñame.

El anciano se marchó de la habitación apresuradamente y Gains se quedó esperando a que Briony lo alcanzara.

La sacó de la habitación y la llevó hacia las escaleras. Al pasar por delante de Reighven, que hacía guardia en el pasillo, este le sonrió con superioridad.

—Dile a Trow que coja a Meers para la tasación, y los demás en grupos de cinco.

A Briony le dio un vuelco el corazón. Sammy estaba detrás de alguna de estas puertas.

Reighven asintió y silbó a Gains antes de que giraran la esquina. Este miró hacia atrás.

—Diles que se lo quiten todo —dijo Reighven lascivamente—. Me gustan desnudas.

—A ti y a todos —dijo Gains monótonamente.

Hasta que dos mujeres preciosas, con acento extranjero, la bañaron y la vistieron con una bata, Briony no se dio cuenta de que le iban a quitar el vello corporal, a lustrarle la piel y a peinarla. Le iban a hacer muchas cosas, y varias de las otras prisioneras no paraban de entrar y salir en el tiempo que tardaron en abrillantarle la piel a Briony. Tenía la sensación de que Gains era quien había hecho esta petición.

Cuando las mujeres con las caras muy robustas y sonrisas condescendientes terminaron con ella, Gains le dio ropa interior limpia y una camisola, y luego la llevó hasta las siguientes escaleras.

Ella lo siguió con curiosidad. Nadie había subido aquí. La llevó por las cocinas, abarrotadas de sirvientes. Tanto en Bomard como en Evermore, estos solían ser personas no mágicas del extranjero que buscaban trabajo.

Cuando llegaron a una sala más grande, Briony fue consciente de inmediato de que estaba en ropa interior en la sala de estar del castillo Trow. Pero lo más importante era que la habitación estaba llena de la élite bomardi, agrupada junto a la chimenea, fumando pipas y bebiendo un alcohol de color ámbar.

Mientras la llevaban a una tarima de un metro y medio en el centro de la sala, los contó.

Mallow no estaba, pero sí el hombre que ocupaba el primer puesto para el Sillón: Cohle. Era un hombre tosco al que le gustaba más el poder que liderar, motivo por el que Evermore sospechaba que le habían permitido mantener su puesto en la línea cuando asesinaron al Sillón Pulvey. La madre de Canning, Genevieve Trow (la tercera en la línea), estaba charlando con otras dos mujeres a las que Briony reconoció como la quinta y la séptima en la línea, respectivamente. El padre de Liam, Caspar Quill, que era el sexto, se reía escandalosamente por algo que había dicho Gidrey, el décimo. Florence Kleve, una mujer de unos setenta años con la piel bronceada, le susurraba algo a Carvin, el segundo en la línea. Y Orion Hearst, el octavo en la línea, bebía un vaso de líquido ámbar con los ojos pegados a ella. Con Gains, el cuarto en la línea, a su lado y llevándola hasta la plataforma, dedujo que era para consideración de los Diez. Parecía que los hombres y mujeres aquí presentes iban a recibir un pequeño adelanto de quiénes iban a ser subastados.

El anciano con los anteojos dio un paso adelante. Parecía evitar por todos los medios el contacto visual con ella.

Briony se estremeció bajo el aire de la mañana mientras se acercaba a la plataforma, a unos nueve metros de los Diez.

Gains le desencadenó las muñecas y, para su sorpresa, le abrió el collar. Apenas tuvo tiempo de memorizar el hechizo que había utilizado para desabrochar los tornillos antes de que se lo quitaran. Él la agarró por la mandíbula y le abrió los labios apretándole las mejillas con los dedos. Aún tenía los dientes pegados, pero le vertió el elixir en la boca y dejó que el líquido se le derramara por la garganta. Ella tosió y reconoció el elixir supresor de magia que Orion le había dado.

Luego la empujó a la fuerza a la plataforma, se tropezó y cayó al suelo con los codos por delante. Una de las mujeres se rio mientras se levantaba. Estaban hablando entre ellos, sentados cómodamente en los sillones, apenas mirándola.

El anciano se subió las gafas por la nariz y dijo:

—¿Nombre?

Briony no tenía voz, pero Gains respondió por ella. El anciano lo iba escribiendo todo en un trozo de papel. Miró la tinta en la parte interior del codo de Briony, y ella vio cómo apuntaba que era propiedad de Gains.

—¿Edad?

—Veinticinco —dijo Gains.

—Veo que el informe médico es favorable. —El anciano, tasador, le echó un vistazo rápido a Briony, como si prefiriera no verla, verle el alma. Movió los dedos y salió una cinta métrica de su bolsa. Le tomó la altura rápidamente y, tras una pausa ínfima y una mirada de Gains, la cinta se enrolló entre las caderas, cintura y pecho de Briony antes de volver a la bolsa.

El tasador estiró los brazos enfrente de Briony y lanzó un hechizo que ella no reconoció. Brilló una luz entre las palmas de sus manos,

parpadeando cada vez más intensa.

Briony escuchó un murmullo de los bomardi en los sillones de cuero. Algo de la luz parpadeante les había llamado la atención.

—Será por la sangre Rosewood —dijo Genevieve Trow dándole un sorbo a un vaso—. Es fascinante ver así la fuerza que tiene.

—¿Es un cinco, entonces? —preguntó Gains ansioso.

—Según la escala rudimentaria que me has facilitado —dijo el tasador—, sí. Es lo más cercano a un cinco que he visto hoy.

¿Era un hechizo para medir su magia? Briony miró a los hombres y mujeres relajados, fumando puros. Orion Hearst no le quitaba los ojos de encima, calculador.

El tasador carraspeó.

—La cifra de salida de la señorita Rosewood no debería ser inferior a siete mil quinientas monedas de oro, según vuestro sistema de tasación. —Se quitó las gafas—. Pero he oído que tanto la cifra de salida de la señorita Hardstark como la de la señorita Rosewood será de diez mil, en cualquier caso.

Briony se quedó mirándolo. Diez mil. Esa era la cantidad que ganaba un mago después de un año en el ejército del rey de Evermore.

—Disculpadme —continuó, analizando de nuevo las cifras—. Con la virginidad, la cifra de salida será de quince mil.

Briony cogió aire en silencio a través de los dientes apretados.

—¿Y cuál es la estimación? —preguntó Gains con avaricia.

El tasador se apretó el puente de la nariz y luego miró a todos los asistentes. Habló fuerte, seguramente potenciado por la magia.

—Briony Rosewood. Estimación de treinta mil monedas de oro.

Briony sintió como si tragara arena. Era suficiente para comprar una granja con terreno de sobras para alimentar a una familia de cuatro. Era suficiente para pagar las tasas de la escuela Heartherly,

una escuela en el extranjero que enseñaba magia curativa del más alto nivel.

No iban a matarla. Nadie sería tan idiota como para comprarla y luego matarla. No, sufriría una muerte lenta. De años, quizá.

¿Cómo era posible que Reighven pensara que podía permitirse eso?

Los bomardi se rieron, nada sorprendidos por la estimación, y escuchó que Genevieve Trow decía:

—Pero ¿acaso Reighven tiene esa cantidad de oro?

—Él piensa que la tiene, desde luego —dijo Quill. Levantó la voz para dirigirse a Gains—. ¡Estás a punto de ser rico, Hap!

Gains caminaba dando saltitos mientras llevaba a Briony por donde habían venido. Mientras bajaban las escaleras hacia las entrañas del castillo, pasó por su lado un guardia tirando de un hombre de pelo negro.

—¡Briony! ¡Briony!

Era Didion. Ella no tenía la fuerza para forcejear como lo estaba haciendo él, y lo único que fue capaz de hacer fue mirarlo atontada mientras él se revolvía en los brazos del guardia, gritando su nombre mientras lo arrastraban escaleras arriba.

—¡Todo irá bien! ¡Te lo prometo!

Briony escuchó cómo se desvanecía su voz durante todo el trayecto hacia abajo. Casi podía escuchar aún el eco en la mazmorra, cuando la volvieron a tirar con las demás mujeres.

Tardaron unas pocas horas en bañar y vestir a todas las mujeres para la noche. Les pusieron collares nuevos y les quitaron las cadenas de las manos. En la oscuridad de la celda, Briony no lo veía bien, pero los collares nuevos parecían de un metal brillante. A algunas les habían puesto vestidos blancos de estilo bomardi, apretados por el cuerpo y una falda con vuelo hasta el suelo. A otras

las vistieron de negro. Era evidente lo que significaba el blanco. Luego vinieron los soldados bomardi a recoger los premios.

Cuando entró el primer hombre en la celda, se llevó a dos mujeres, les colocó la palma de la mano sobre la tinta de los brazos, creó un portal por el que cruzar y arrastró a las dos mujeres.

A Briony le llamó la atención el contacto con la piel.

Hubo varios plebeyos que bajaron a buscar a tres o cuatro mujeres, afirmando que también tenían varios hombres. Eran cazadores que querían sacar beneficio por capturar y vender a la mayor cantidad de eversun posible.

Luego entró Reighven, que cogió a Cordelia y a otras tres mujeres, la mayoría vestidas de blanco. Y Briony empezó a hacerse una idea de por qué pensaba que podía permitirse pagar su precio.

El número de mujeres iba bajando cada vez más, y pronto se quedaron solas Briony, Larissa y su padre.

Briony observó con el corazón destrozado cómo Hap Gains ordenaba a Larissa que se acercara al centro de la celda.

Larissa se levantó con las piernas temblorosas y todo el cuerpo agitado. Ella iba vestida de negro.

—Ven aquí —repitió Gains.

—Papi...

Briony miró aterrorizada a Larissa, que había empezado a llorar y los sollozos le sacudían el cuerpo.

—Papi, no me hagas esto.

Gains le ajustó las esposas en las muñecas, ignorándola.

—Soy tu única hija...

Gains levantó la cabeza para mirarla directamente a los ojos, la primera vez que Briony lo había visto hacerlo en la última semana.

—No tengo ninguna hija —gruñó—. Ya no.

Briony tenía los ojos muy abiertos mientras Larissa parecía respirar en un lugar oscuro de su interior, calmando el llanto con un último trago de saliva antes de que se acercaran al portal.

Gains se giró hacia Briony. Con un movimiento de los dedos, le ajustó más el vestido al cuerpo. Ella ahogó un grito sin sonido cuando la tela se le pegó a la piel, volviéndose dorada.

Gains sonrió.

—Nuestra realeza de sangre de oro.

Briony le lanzó una mirada. Él agarró a Larissa del brazo, luego a ella y las arrastró a la oscuridad.

Capítulo 11



Al atravesar los portales, daba la sensación de que te aplastaban y estiraban de ti al mismo tiempo. Mientras Gains tiraba de ella, sin apartar la mano del tatuaje, ella se preguntó qué pasaría si la soltara en ese momento. ¿Dónde terminaría su cuerpo?

Cuando atravesaron el portal en el destino, Briony tuvo dos segundos para que sus ojos se ajustaran a la oscuridad antes de que la empujaran hacia una silla, con los brazos por detrás. Dos guardias con el uniforme azul bomardi le ataron las manos al respaldo con un hechizo sencillo que funcionaba como pegamento.

Gains ató a Larissa a otra silla a su izquierda, y les dio órdenes a los guardias en voz baja. Briony vio que la habitación estaba llena de gente atada.

¿Era una habitación? Miró al techo alto, puede que de unas tres plantas, asombrosamente alto. Había pasarelas y cuerdas, pero también unas cosas extrañas que colgaban de poleas. Era un círculo.

Desde más arriba del techo, llegaba el murmullo de cientos de voces.

Entonces supo dónde estaban. Era el Circo Bomardi. Su padre los había llevado alguna vez cuando eran pequeños, y los artistas le habían dado rosas moradas para el pelo.

Y ahora estaba debajo del escenario, como uno de los animales que bailaban a cambio de aplausos.

Miró a su derecha y vio a Cordelia sentada varias sillas más allá, con los ojos húmedos y la mirada en el suelo.

Briony miró a su alrededor. Las sillas con los prisioneros formaban un círculo ancho y se sobresaltó al ver a Didion devolverle la mirada.

Tenía los ojos morados y el labio cortado. A su izquierda había más hombres prácticamente con el mismo aspecto, muchos del ejército de Rory. Encontró a Sammy y, cuando le asintió desde el otro lado del círculo, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Briony giró la cabeza hacia atrás, intentando contemplar todo lo que pudiera. Salidas, rincones para esconderse, armas.

Había unos setenta prisioneros, según las cuentas que Gains había hecho ayer. Ella contó catorce bomardi abajo con ellos, y la mitad estaba planeando sus pujas en voz alta. Pero no podían hacerlo desde aquí abajo. Había un guardia justo en frente de Briony, dándole la espalda. Estaba observando atentamente la habitación en busca de alguna amenaza.

Pero era muy joven. No podía tener más de veinte años. Tenía la piel pálida y las cejas negras que le hacían parecer más amenazante de lo que su delgado cuerpo sugería.

—Eres Parsons, ¿no? —dijo Larissa a la izquierda de Briony. Tenía la mirada fija en la nuca del guardia. Él le enseñó el perfil como respuesta—. Caray, sí que has crecido. ¿Qué tal está tu padre? —dijo como si nada.

Briony la miró con el ceño fruncido. ¿En serio era este el momento para ponerse al día?

—Está bien —dijo Parsons.

—Me dio pena cuando me enteré de que los Trow no pensaban perdonarle la deuda de juego. Qué lástima.

Larissa parecía estar mostrando empatía, pero a Briony le extrañaba que estuviera sacando un tema tan delicado mientras estaba atada a una silla.

Antes de que Parsons pudiera responder, entró un hombre por la puerta del escenario, y Cohle detrás de él. Briony lo reconoció enseguida, pero no sabía cómo se llamaba. Era uno de los artistas bomardi más conocidos. En las ciudades dibujaban su cara en los laterales de los edificios para publicitar sus espectáculos. Seguramente estuviera en el circo el día que Briony vino con Rory y su padre, aún joven y empezando su carrera.

Los penetrantes ojos azules del hombre recorrieron todas las sillas y se detuvieron brevemente en su cara. La conocía. Bajó la mirada y empezó a mover nervioso los papeles que tenía en la mano.

—Bomard te agradece tus servicios, señor Vein —dijo Cohle dándole una palmadita en el hombro.

—Claro, Cohle. Me... alegro de poder ayudar. —Mezcló los papeles y Briony se dio cuenta de que eran las notas que había tomado el tasador.

Quería gritar. Vein podía parar todo eso. Podría intentarlo. No era como los demás.

Vein miró una de las hojas y se giró hacia Cohle.

—¿Esto es un error? Este número.

Cohle sonrió y asintió mirando a Cordelia.

—En absoluto. Era la futura reina de Evermore. Y si crees que es mucho dinero, échale un ojo a la princesa eversun.

Vein pasó a la siguiente hoja y se quedó completamente pálido.

Briony frunció el ceño. Los Hearst no habían venido a recoger eversun de la celda. Orion había dicho que no iba a comprar latientes, pero ¿significaba eso que no tenía ninguno para vender? ¿Habría algún Hearst entre el público esta noche?

Ella miró a Larissa. Toven estaría. Briony no era capaz de imaginarse un mundo en el que Toven Hearst no viniera a reclamar a Larissa Gains. Eran íntimos en la escuela, y hubo un momento en el que su compromiso fue casi inminente. En cuanto a por qué no se habían casado todavía, Briony supuso que la incertidumbre de la guerra impidió que el joven bomardi se casara con nadie, más o menos lo mismo que pasó con la boda pospuesta de Rory y Cordelia.

—Bueno, nosotros tenemos que ir sentándonos, señor Vein —anunció Cohle, llamando la atención de otro bomardi. Le extendió la mano y Vein le dio un apretón—. El circo es tuyo.

Briony observó cómo Gains y los demás seguían a Cohle fuera. Reighven se aseguró de pasar por delante de ella y rozarle un hombro, apretando al tocar por debajo de la clavícula. Cuando Briony por fin consiguió levantar la mirada del suelo, miró hacia delante y se encontró a Parsons justo apartando la mirada de ella.

—Sí, lleva toda la semana siendo el centro de atención —le dijo Larissa a Parsons—. Todos le tienen el ojo echado. —Entonces, Larissa se inclinó hacia delante todo lo que le permitieron los brazos atados—. ¿Y te has enterado de por cuánto se estima que se venda? —dijo en un susurro fuerte, como si Parsons y ella tuvieran un secreto—. Treinta mil monedas de oro.

Eso llamó la atención de Parsons. Briony no sabía cómo se había enterado Larissa de su precio estimado, pero le daba igual. Parsons giró la cabeza para mirar por encima del hombro, con los labios ligeramente separados por la cifra.

Sonó una campana. Vein carraspeó y caminó al centro de la sala. Parecía concentrado en ignorar la presencia de las personas que estaba a punto de poner a la venta. Se abrió un círculo en el techo y se elevó una plataforma que subió a Vein hasta el público.

Se encendió un foco sobre él, prendiéndole la sonrisa y el paso alegre. El teatro rugió y Briony se sobresaltó por la presión de toda la situación. Miles de personas.

La plataforma terminó de subir y el techo se volvió a cerrar.

—¡Bienvenidos! —La voz amplificada de Vein sonó por encima de la multitud y llegaba con facilidad debajo del escenario—. Bienvenidos. ¡Damas y caballeros, tomad asiento!

El corazón de Briony latía al ritmo de los aplausos.

Una de las mujeres a unas cuantas sillas de ella empezó a hiperventilar. Metió la cabeza entre las rodillas, con la cara empapada de lágrimas y la boca muy abierta. Uno de los guardias se acercó a ella y la levantó.

Vein empezó a presentar el espectáculo.

—Esta noche tenemos el honor de contar con la presencia del ama Mallow. Que su reinado sea eterno.

Briony se estremeció. Mallow estaba ahí arriba. Mientras escuchaba los gritos y los aplausos, Briony se imaginó los túneles de los ojos negros de Mallow sobre ella mientras en Bomard se la vendía al mejor postor.

Vein empezó a lanzar propaganda sobre los días venideros, destacando el poder de Mallow y el derecho de Bomard de gobernar por todo el continente de Moreland.

Dos de los guardias miraban hacia arriba y escuchaban a Vein. Los otros estaban paseándose entre los hombres que había en la sala, como si estuvieran esperando que pasara algo.

—¡Y es virgen! —dijo Larissa. Briony le lanzó una mirada, deseando que dejara ya el tema. Larissa se relajó en su silla y la miró—. No me puedo ni imaginar por qué alguien querría algo así en la cama, pero ¿su sangre? —Larissa silbó.

Parsons giró la cabeza para escuchar.

—Han pedido cinco mil monedas de oro más por las vírgenes, pero yo habría subido incluso más. Imagina que le drenas la sangre una vez a la semana, no lo suficiente como para matarla, sino una cantidad aceptable. ¿Cuánto alcanzaría en el mercado negro? ¿Quinientas monedas? —Larissa sonrió—. Nunca se me han dado bien las matemáticas, pero ¿si lo haces una vez a la semana durante un año? ¿Dos años?

Briony la miró fijamente. ¿Adónde pretendía llegar?

Por encima de ellas, Vein continuaba.

—Tenemos setenta y cuatro lotes en subasta esta noche —anunció magnánimamente. El público estalló. Al otro lado de la sala, Didion tiró de su silla, forcejeando contra el hechizo que le mantenía las manos pegadas.

—Damas y caballeros, iremos sacando los lotes uno a uno. Tengo aquí las medidas de la magia y la fuerza de cada uno sobre cinco. Todos los lotes se venden tal y como están. Los ganadores se organizarán con Gains al final para el tema de los pagos. Vamos a empezar bien la noche —se jactó Vein—. Con un Meers.

Dos guardias se acercaron para sacar a Sammy al centro, donde la plataforma lo elevaría hasta el escenario. Se abrió una trampilla en el techo.

A Briony le dio un vuelco el corazón. La subasta iba a empezar.

Larissa no se inmutó.

—Dime, Parsons —dijo—, ¿no vas a pujar? ¿Te ha tocado quedarte aquí vigilándonos? —murmuró—. No me parece justo.

Sammy tenía las manos pegadas a la espalda, un ojo morado y cojeaba. Lo empujaron al centro del círculo y el escenario se elevó con él encima.

—¿Te pagan al menos por tu servicio al ama Mallow? —preguntó Larissa.

—Cierra la boca —le dijo bruscamente Parsons. Se dio la vuelta para mirarlas—. O tendré que callarte yo.

Briony lo miró a él y luego a Larissa, que sonreía.

—Es que me parece una pena, eso es todo —dijo Larissa.

Por encima, Vein estaba leyendo el catálogo de Sammy.

—Treinta y un años. Hijo del general Meers de Evermore.

El público silbó.

Parsons desvió la mirada hacia Briony, con los labios apretados, como si estuviera tomando una decisión. A Briony se le aceleró el pulso por la forma en la que la miró. Como si fuera un diamante en un recipiente de cristal.

—Especializado en combate y estrategia en la escuela, por lo que este latiente sería perfecto para alguien del Ejército de Bomard. La fuerza de su magia es un cuatro de cinco. Bastante impresionante.

Parsons miró las posiciones de los demás guardias. Casi todos estaban mirando hacia arriba, escuchando la subasta. Se movió rápido.

—Empecemos la apuesta por dos mil monedas de oro.

Con un movimiento de dedos, Parsons le liberó a Briony las manos del respaldo de la silla. Antes de poder resistirse, la había agarrado por un brazo y la estaba levantando.

Larissa se inclinó hacia delante y levantó la silla detrás de ella. Con un gruñido, lanzó su cuerpo contra Parsons. Los tres se cayeron al suelo y la silla se hizo añicos a su alrededor. Briony se había golpeado la cabeza contra el suelo.

Parsons chilló.

Le dolía la cabeza al abrir los ojos. Larissa tenía las manos levantadas con los restos de la silla de madera. Gritó y se los clavó a Parsons como estacas en el cuello y en el pecho.

Briony se quedó mirando horrorizada a Parsons ahogándose mientras sangraba a borbotones. Larissa la miró enseñándole los dientes.

—¡Corre, idiota!

Briony se tambaleó hasta ponerse en pie y salió corriendo.

Había trozos de madera por todas partes. Gritos y gruñidos.

Cuando los guardias se dieron cuenta de lo que estaba pasando, se dispersaron.

Briony consiguió salir del círculo con una palpitación en la cabeza, donde se había dado el golpe. Corrió hacia una salida mientras todas las sillas por las que pasaba se quebraban y se desmoronaban contra el suelo.

Setenta y cuatro prisioneros siguieron las órdenes de Larissa Gains, y solo había unos cuantos guardias para detenerlos.

Al pasar junto a Cordelia, la vio golpear a uno de los guardias con trozos de madera. Jellica Reeve tenía la silla prácticamente entera, y la balanceaba contra la cabeza de un guardia que corría hacia ella, tirándolo hacia atrás y poniéndose sobre él para golpearlo con la madera. El resto de los guardias se movían muy rápido para contener primero a los hombres.

La voz de Vein se desanimó un poco arriba.

—Parece que hay un poco... de escándalo. Nada preocupante...

Empezaron a volar hechizos. Uno le dio a Briony, que salió disparada contra la pared y se le salió el hombro del golpe. Chilló sin voz.

Alguien la cogió por el brazo dislocado y ella forcejeó para soltarse. Le caía sangre en los ojos de un corte en la cabeza, y el dolor del hombro la cegaba.

—¡Briony! —Era Didion. Tiró de ella hacia donde esperaba que hubiera una salida.

Desde el escenario se escucharon pasos corriendo y, de pronto, aparecieron los bomardi. Lanzaban hechizos y apartaban a los prisioneros a patadas para abrirse paso. Briony reconoció el gruñido enfadado de Reighven.

El olor a magia cargaba el ambiente. Y el chisporroteo de los hechizos le quemaba la nariz. Solo habían dado unos cuantos pasos cuando Didion gritó y cayó de rodillas al suelo a su lado. Alguien le dio un golpe a ella y los separaron.

Cohle gritaba órdenes y Gains organizaba los cuerpos atados, mientras gritaba que alguien cogiera a Briony.

Un par de brazos la agarraron por detrás de la cintura y tiraron de ella. Ella pataleó y la soltaron, pero se golpeó el codo contra el suelo. Volvieron a cogerla unos brazos, aunque no sabía si eran los mismos.

La levantaron y la sujetaron con fuerza contra el pecho de un hombre, con un brazo envolviéndola por los hombros y con el otro por las caderas. Ella gritaba sin voz y le daba patadas al aire. Él la arrastró.

¿La estaba robando o la estaba devolviendo?

El aire olía a sangre y a pino, y le palpitaba la cabeza.

La estaban sacando de allí, hacia la puerta.

Escuchó la voz de Gains cerca, y el hombre que cargaba con ella se dio la vuelta.

—Buen trabajo, Hearst.

Tuvo el tiempo justo para preguntarse si estaba en brazos de Toven o de Orion antes de que Gains la dejara inconsciente.

Le iba a estallar la cabeza y dio bocanadas de aire sin sonido contra el dolor.

Los truenos le sacudían el cerebro. Parpadeó para abrir los ojos y se encontró en una habitación circular oscura. Sonó un mazo y supo dónde estaba.

Había dos guardias, uno a cada lado de Briony, sosteniéndola de pie hasta que pudo mantener el equilibrio sola. Uno de ellos la había despertado. Se giró para ver quién más estaba con ella, pero solo encontró patas de sillas rotas y sangre medio seca.

Se giró para mirar a su alrededor. Vio el espejo entre bambalinas partido en dos, y en su reflejo se dio cuenta de que le habían limpiado la sangre de la cara. No sabía si le habían curado también la contusión. Tenía náuseas y todo le daba vueltas, pero probablemente fueran síntomas de muchas otras cosas.

Echó la cabeza hacia atrás y miró hacia arriba, donde estaba el escenario al otro lado del techo. Se escuchaban gritos estridentes.

—Locklin, todos sabemos que no tienes esa cantidad de oro. —La voz de Vein le atravesó los oídos. El público se rio—. Por favor, solo pujas serias para la señorita Hardstark, damas y caballeros.

A Briony le cedieron las rodillas, pero los guardias la sostuvieron. Tenía ganas de vomitar.

Estaban subastando a Cordelia. Y luego le tocaría a ella.

Se lo había perdido. Se había perdido toda la subasta. Nunca sabría dónde habían terminado los demás. Adónde habían enviado a Phoebe, o a Katrina, o a Didion, o a Sammy. Tendría que recopilar

toda la información posible y tener la esperanza de volver a verlos en esta vida.

Miró al techo justo cuando sonó el martillo.

—¡Vendida! —El público estalló—. Cordelia Hardstark, la prometida del difunto Rory Rosewood, vendida a Riann Cohle por veintiocho mil quinientas monedas de oro.

Sintió un tirón en el estómago.

Era mucho dinero. Una cantidad descabellada. ¿Alcanzaría ella de verdad su precio estimado? ¿Treinta mil monedas de oro?

El ruido del público la ensordeció momentáneamente, y entonces se dio cuenta de que no le habían curado la contusión.

Se abrió un círculo en el techo y apareció Cordelia, que bajaba de nuevo. Tenía el vestido blanco manchado de rojo y la cara iluminada por el foco, impasible.

A través del agujero del techo, Briony vio que Cohle se acercaba, sonriendo a la audiencia con los labios apretados. Vein sacó un pergamino y se intensificaron los gritos cuando Cohle aceptó la pluma que le ofreció.

Cordelia sacudió el brazo mientras la plataforma la bajaba, con una mueca en la cara mientras Cohle firmaba con su nombre el pergamino. La marca del antebrazo debía cambiar para reflejar su propiedad. Donde antes se mostraba la firma de Reighven, ahora debía estar el nombre de Cohle.

A Briony le palpitaba la cabeza mientras Cordelia se acercaba a ella. Se preguntaba si se le había pasado algo por alto. Si había algo que podía haber hecho de otra forma.

A lo mejor debieron haberse escondido cuando Anna las avisó. A lo mejor debieron dejar que Katrina muriera en la mazmorra.

A lo mejor no debió aumentar las esperanzas de todos en Rory. A lo mejor no debió permitir que se fuera a la batalla.

A lo mejor debió estar a su lado.

A Cordelia le tembló el labio bajo la sangre seca de otra persona cuando vio a Briony enfrente de ella, esperando, y Briony decidió que su único error de verdad había sido no matar a Reighven en los pasillos de la mazmorra.

Tendría que haberlo matado, y a Gains también, y luego recoger a quien quedase con vida y escapar. Debió dejar morir a Katrina. Seguramente habría sido lo mejor.

Cordelia corrió a los brazos de Briony esquivando a los guardias.

—Te encontraré, Briony. Esto no ha acabado.

Los guardias tiraron de Cordelia y Briony la miró a la cara por última vez.

Sin voz, Briony respondió: «No solas».

Los guardias agarraron a Cordelia por los brazos y desapareció por la puerta de atrás.

—Y ahora... la gran final.

Ella parpadeó, intentando concentrarse. Tenía que estar presente. A lo mejor, cuando este día por fin terminase, se quedaría dormida a causa de la contusión y no se despertaría nunca más.

Los guardias la empujaron a la plataforma. El escenario empezó a elevarse y el rugido del público le pareció una criatura viviente. Vein estaba chillando, incitándolos. Cuando los focos le dieron en la cara, tuvo que entrecerrar los ojos.

Agachó la mirada mientras el escenario terminaba de subir. El vestido dorado resplandecía.

El circo estaba a reventar. Palco tras palco. Se dio la vuelta para ver el círculo completo de público. Debía de haber más de diez mil personas, y Briony se desesperó al pensar que Mallow tuviera ya tantos seguidores entusiastas. ¿Cuántas de estas personas habían

estado esperando, aguardando su momento hasta el final de la guerra? Y ahora ese momento había llegado.

El ruido continuó durante lo que le parecieron siglos. Se fijó en los bomardi de los asientos más bajos, que llenaban la mayoría de las filas frontales. Algunos estaban de pie, vociferando. Otros, sentados, susurrando los unos a los otros y señalando al escenario.

Analizó a toda la audiencia. Mallow estaba sentada en el palco reservado para el Sillón de Bomard. Miraba a Briony como si no fuera más que un elefante a punto de hacer equilibrio sobre una pelota. Gains estaba delante, y Reighven a su lado. Cohle y Quill. Pero no veía los mechones grises de Orion Hearst.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —Vein se rio, volviendo a parecer el de siempre, actuando—. Sé que estamos todos muy emocionados. ¡Algunos estamos deseando probar nuestra nueva fuente de poder!

Briony deslizó la mirada hacia Vein mientras los bomardi se reían. Había terminado seducido por todo el espectáculo. La miró a los ojos, pero apartó rápidamente la vista.

—El último lote de la noche —anunció de forma teatral. Leyó las notas del tasador—: Briony Rosewood. —Silbidos—. Nacida en Eversun. —Abucheos—. Princesa de Evermore con sangre de oro. —Vítores—. Hermana de Rory el caído, enemigo del ama Mallow.

Volvían a estar de pie, gritando el nombre de su Sillón de Bomard.

Briony dejó que le resbalara por la piel, como si fuera un baño de agua fresca.

Solo había una persona sentada y completamente quieta. En la cuarta fila de la zona de la izquierda. Las luces del escenario le impedían distinguirle la cara.

—Damas y caballeros —canturreó Vein. Levantó las manos para pedir silencio—. Todavía no hemos iniciado las pujas.

Las luces le daban calor.

Se concentró en esa persona solitaria, que seguía sin unirse a los demás. A lo mejor ya había pujado en algún lote y simplemente estaba disfrutando de una velada en el circo.

Vein leyó sus puntuaciones.

—Como ya sabéis, al igual que la señorita Phoebe Rosewood, esta latiente contiene sangre de oro. El linaje Rosewood tiene afinidad con la magia escudo y hechizos de protección. Creo que puedo asegurar que, quien establezca un vínculo con esta latiente, recibirá más magia escudo de la que nadie en Bomardi sabe gestionar.

Briony lo miró. No sabía si eso era verdad o si simplemente era parte del espectáculo. ¿El bomardi que la comprara también recibiría sus habilidades mágicas?

Vein bajó la voz para continuar.

—La tasación de la señorita Rosewood está lo más cerca del cinco que nadie en nuestra escala de medida de la fuerza mágica.

Un murmullo intrigado recorrió toda la sala. Mallow inclinó la cabeza.

—Y si alguien tiene curiosidad... —Bajó aún más la voz—. Se han añadido cinco mil monedas más a este lote.

La acústica tembló con los murmullos y susurros de interés. El bomardi solitario no hizo nada más que cruzar una pierna sobre la otra.

—Ama Mallow —dijo Vein por encima del ruido del público—. ¿Tenemos vuestro permiso para iniciar la puja en quince mil monedas de oro?

Mallow hizo un gesto magnánimo con la mano sin apartar los ojos de Briony.

Se levantaron cincuenta manos de golpe, con llamas naranjas en la punta de los dedos para llamar la atención de Vein.

Briony tragó y miró al público. Vio a Reighven con la mano levantada.

Se dio cuenta de que solo levantaban la mano quienes estaban en la planta de abajo. Quizá quienes estaban en los palcos eran meros espectadores que habían comprado una entrada.

—Vamos a ir descartando, ¿de acuerdo? —bromeó Vein—. Dieciséis mil.

Solo bajaron unas cuantas manos.

—Dieciséis mil quinientas. Pasamos a dieciséis mil quinientas, damas y caballeros. —Vein ya había empezado.

Briony observó cómo iban bajando poco a poco las manos, pero Reighven y Cohle seguían compitiendo, compartiendo risas.

Le temblaban las rodillas y se preguntó si le darían de comer pronto.

—Dieciocho mil monedas de oro. ¿Alguien? ¡Sí, señor! ¡Dieciocho mil! ¿Y qué me decís de dieciocho mil quinientas? —Señaló a Reighven—. Dieciocho mil para Reighven. ¡Todavía hay muchos dentro! ¿Diecinueve?

Deslizó la mirada hacia el bomardi inmóvil. Estaba sentado muy quieto, con una mano sobre el muslo y sujetándose la cabeza con la otra. Parecía joven. Con los hombros anchos. Alto. Briony se estremeció al reconocerlo. Por el íntimo conocimiento de la postura despreocupada y los dedos largos.

—¿Diecinueve quinientas? ¡Sí! Diecinueve mil quinientas para Quill. ¿Alguien da...?

—Veinticinco mil —dijo una voz tensa.

Briony parpadeó y todas las personas de las tres primeras filas se dieron la vuelta para mirar a ese hombre solitario. Había levantado la mano y había producido una llama en la punta del dedo. ¿Lo había invocado ella por mirarlo?

Se escucharon susurros y movimientos incómodos. Sabía que acababan de vender a Cordelia por un poco más.

—Eh, vale. Veinticinco mil para...

—Veintiséis —gruñó Reighven, lanzándole una mirada al chico.

—Veintiséis quinientas. —En la cuarta fila.

—Veintisiete.

—Veintisiete quinientas.

—¡Veintiocho! —chilló Reighven, irritado con el hombre de la cuarta fila.

El hombre que dijo muy despacio: «Veintiocho quinientas», como si el dinero no le supusiera un problema. El hombre cuyos ojos tenían motas azules bajo una luz determinada. Cuyos dedos largos jugaban con el bolígrafo en clase como estaba haciendo ahora, recogiendo el aire y encendiéndolo para crear llamas.

Reighven dudó y miró a Vein.

—Veintinueve.

—Veintinueve quinientas.

Y entonces el pensamiento de que estaba en una subasta y que pronto le pertenecería a alguien le flotó por la cabeza contusionada.

Y que Toven Hearst estaba pujando.

El teatro vibraba. La mayoría del público había deducido que el hijo de los Hearst estaba pujando contra Lag Reighven.

—Treinta —dijo con firmeza Reighven, como si hubiera terminado una partida de cartas.

—Treinta mil quinientas —murmuró Toven.

Un torbellino de susurros. Briony se miró los pies y encontró manchas de sangre en los zapatos que se habían olvidado de limpiar.

—¿Alguien da treinta y una mil? —preguntó Vein, volviendo a levantar la voz.

Reighven levantó con fuerza la mano. Toven lo imitó.

Reighven había sido muy arrogante, convencido de que podía permitirse su precio. Pero no tenía tanto oro, ¿verdad?

Se le quedó la sangre helada.

Cordelia. Las veintiocho mil monedas de oro de Cordelia ahora eran de Reighven.

Y Katrina. Y las otras mujeres a las que capturó.

Como tenía varias vírgenes, ahora tenía mucho dinero para gastarse.

—¡Treinta y dos mil! —gritó uno de ellos, pero Briony estaba concentrada en los latidos de su cabeza y en el dolor del hombro.

A medida que iban subiendo las pujas, pensaba en Toven Hearst. En que la última vez que lo vio demostró ser un hombre peligroso.

—Treinta y tres mil —dijo Toven.

La había perseguido por un bosque, jugando con ella, pastoreándola como si fuera un animal.

—Treinta y tres quinientas —dijo Reighven.

—Treinta y cuatro.

—Treinta y cuatro quinientas.

En Evermore había un refrán: «Fíate más del demonio que te ofrece la mano que del que no lo hace». Ella no sabía qué demonio sería mejor. Reighven quería poseer tanto su cuerpo como su magia, pero Toven... ¿Qué era lo que le había dicho hacía tantos años, cuando le pidió el baile?

«Estoy acostumbrado a tener lo mejor de la habitación, después de todo».

¿Podía esperar que eso fuera todo?

—Treinta y cinco mil —dijo Toven volviendo a cruzar las piernas.

—Se te empieza a complicar, ¿eh, cachorro? —Reighven se puso de pie mirando a la cuarta fila—. ¿Tienes dudas?

—¿Se me complica a mí? —Toven se rio—. Me sorprende que sepas contar números tan altos.

Reighven volvió a mirar al escenario.

—Cuarenta y cinco mil monedas de oro.

Briony tragó mientras escuchaba la discusión. Miró a Toven, quieto y callado.

—¿Cuánto dinero de la herencia te ha dejado papá para jugar, chaval? —Reighven lo miró con una sonrisa engreída.

Y Briony se preguntó lo mismo. Orion Hearst era el hombre más rico de Bomard, y las leyes de sucesiones permitían que Toven tuviera acceso a alguna parte... pero ¿se aproximaba al menos a esta cantidad?

Mallow se movió y llamó la atención de Briony. Tenía los ojos negros clavados en Toven y lo estaba evaluando.

Vein carraspeó y dijo:

—Cuarenta y cinco mil. ¿Alguien da cuarenta y seis?

Toven levantó la mano. Con chispas naranjas.

—Puedo pasarme aquí toda la noche, Hearst —dijo Reighven levantando el brazo—. Llevo un tiempo amasando una pequeña fortuna y acabo de ganar cincuenta y dos mil con mis lotes esta noche.

—Cincuenta y tres mil —entonó Toven.

Reighven se rio y se giró de nuevo hacia Vein.

—Cincuenta y cinco.

—Sesenta. —A Toven se le quebró la voz.

—Sesenta y un mil. —Reighven sonrió con suficiencia, enseñándole a Briony los dientes amarillos.

No sabía si era por la contusión, por las luces del escenario, por el futuro que le esperaba, pero los pulmones le pedían aire.

Sabía que esto pasaría. Que terminaría marchándose con Reighven. Se había estado preparando mentalmente para ello durante toda la semana.

Tampoco sabía si realmente podría estar mejor con Toven Hearst, pero ahora, cuando lo escuchó dudar antes de decir «Sesenta y dos», deseaba que nunca hubiera empezado a pujar. Porque ahora siempre se haría esa pregunta.

—Sesenta y cinco mil —dijo Reighven con una risa burlona.

Vein estaba blanco al lado de Briony, esperando.

—Sesenta y cinco mil —dijo por fin. El público empezó a moverse y a vibrar con susurros—. ¿Alguien da sesenta y seis?

Ella no se atrevía a mirarlo. No podía soportar la idea de que, si miraba, era posible que le notara la indecisión en la cara y en la posición de los hombros. A lo mejor podía adivinar lo que estaba pensando, como hacía en la escuela, cada vez que giraba los hombros hacia atrás y recolocaba la postura antes de volver a sumergirse en un problema.

—Sesenta y cinco mil a la una.

O la forma en la que miraba a la pizarra en la clase de elixires, con la cabeza inclinada hacia un lado hasta que cogía el bolígrafo de pronto, apuntando rápidamente lo que se le ocurría, porque si no desaparecía.

—Sesenta y cinco mil a las dos.

O en el tercer año, cuando de pronto dejó de prestarle atención, ni siquiera para sacarla de quicio. Cuando simplemente la ignoraba y solo discutía con ella o la miraba a los ojos en las circunstancias más extrañas.

Sonó el golpe de martillo.

El mundo se partió por la mitad y un sonido violento le perforó los oídos como si fuera lava.

Se estaba mirando los pies mientras Reighven saltaba al escenario para encontrarse con Vein en el centro. El pergamino. Una quemazón en el brazo izquierdo. Y entonces un puño la agarró del pelo y le tiró hacia atrás de la cabeza. Reighven estaba allí, sonriéndole.

Ella lo empujó y al público le encantó.

Mallow se puso de pie, aplaudiendo como el resto, como si estuvieran pidiendo un bis.

Gains estaba sonriendo en la primera fila, como un gato al que le acaban de dar leche.

Briony ya no distinguía los sonidos. Había demasiado ruido en sus oídos.

Mientras bajaba la plataforma que la llevaba de nuevo a la zona de bambalinas, se atrevió a mirar por última vez. Todo el público estaba de pie y había un asiento vacío en la cuarta fila.



Segunda parte

Al excelentísimo rey de Moreland:

Siento la más profunda humildad ante vuestra apuesta de encontrar el familiar más fuerte con el que un mago pueda entablar un vínculo. Los dragones son, sin duda, altamente codiciados, pero temperamentales. Poseen magia propia y, al haber sido engendrados por el hombre, es natural el deseo de apelar a uno como familiar.

Tengo una teoría nueva que me encantaría presentaros a vos y a vuestra corte. Desearía persuadiros con la promesa de una fuente de magia que no se agota.

Me presentaré en la corte al cabo de una quincena para presentar dicha magia, y espero que la recibáis con la mente abierta.

Atentamente,

Gio Vindecci

DE LAS CARTAS AL REY TOMAS DE MORELAND,
CIRCA DEL AÑO 1514 TRAS LAS ESCRITURAS,
TAMBIÉN CONOCIDO COMO EL AÑO 1 A. V.
(ANTES DE VINDECCI)



Capítulo 12



Siete años antes

El segundo año de escuela era muy diferente ahora que Rory y Cordelia intercambiaban miraditas. Y más cosas.

Parecía que, mirara donde mirara, Briony los veía agarrados de la mano, o sentados juntos bajo el sol, e incluso besándose apasionadamente en la *suite* que Briony compartía con su hermano, momento en el que les recordó en voz bien alta que la sala de estar era un espacio compartido.

Briony estaba cada vez más y más sola, menos cuando Didion le pedía acompañarla a su alcoba en la planta de arriba. Un día le dejó que le diera un beso después de clase, y no estuvo mal. Cuando Didion la volvió a besar al día siguiente, escuchó las palabras de Toven en su cabeza: «¿De verdad crees que en el segundo año nadie hace manitas?», mientras le deslizaba delicadamente la mano por la cintura, moviéndola hacia arriba.

Cuando apartó la mano, la miró con una sonrisa vergonzosa y Briony supuso que no había estado mal. Pero al día siguiente se

inventó la excusa de que tenía que volver a su habitación un momento y se quedó un poco más.

En la escuela eversun, el frío de las montañas bomardi era un recuerdo lejano. La escuela estaba en un lago y era de piedra caliza, como el vecino castillo Claremore. La propiedad se expandía hacia afuera, en lugar de hacia arriba como la escuela bomardi. La habitación de Briony tenía la vista perfecta del lago y le proporcionaba mucha paz mental mirar por la ventana y ver el agua.

Eso fue hasta que llegó el verano y, con él, un calor insoportable. Los chicos bomardi empezaron a usar el muelle debajo de su ventana para quedarse en ropa interior y tirarse al agua.

Una tarde, mientras Briony estaba concentrada en las matemáticas, una voz barítona que le resultaba familiar subió desde debajo de la ventana, a la que se unieron luego otras. Respiró hondo e intentó ignorarlos, como había hecho todas las tardes esa semana.

Pero entonces escuchó la risa afable de Toven Hearst y cerró de golpe el libro para acercarse a la ventana y asomarse desde un lateral con cuidado de que no la vieran.

Finn Raquin y Collin Twindle ya estaban en el agua, salpicando y flotando. Liam Quill se estaba peleando con sus botas. Y Toven se estaba sacando la camiseta por los hombros, marcando los músculos de la espalda con el movimiento.

Briony suspiró exasperada. No podía decir nada al respecto, porque si se enteraban de que esta era su ventana, seguramente encontrarían formas más originales de molestarla.

Mientras Liam se quitaba los pantalones y saltaba al lago torpemente, Toven se llevó las manos al cinturón y se tomó su tiempo. Cuando se bajó los pantalones, los dobló con cuidado en el muelle antes de sumergirse en el agua como un nadador profesional.

El pelo se le oscurecía cuando se le mojaba.

Briony observó, durante más tiempo del que quería admitir, cómo se reflejaba la luz del sol en las gotas de agua que le caían por los hombros.

Cuando por fin se apartó de la ventana, lanzó un hechizo ensordecedor para bloquear el ruido del exterior.

Las semanas siguientes salió al jardín a hacer los deberes después de las clases, recorriendo la hilera de árboles frondosos que rodeaban el lago hasta llegar a su árbol favorito. Había un sauce solitario en la orilla oeste del lago, con unas ramas que caían hasta el suelo, casi cerrándolo por completo. Le encantaba sentarse allí a leer cuando hacía una temperatura agradable.

Pero esta vez, a medida que se acercaba, vio que había una persona leyendo a los pies de su árbol.

Briony se agachó debajo de la rama gruesa de un roble y miró entre las hojas.

Toven Hearst. Cómo no.

Estaba apoyado en el tronco del sauce, con el libro en el regazo y el cuello de la camisa desabrochado. Se había quitado los zapatos y tenía calcetines dispares.

Por algún motivo, fueron los calcetines los que mantuvieron a Briony en vela después de volver al castillo y resignarse a leer en su habitación. ¿Acaso no distinguía colores y diseños? ¿O simplemente era demasiado perezoso con la ropa interior? Briony no tenía ni idea, y no paró de darle vueltas en toda la noche.

Una semana más tarde llegó el día más caluroso de todo el verano. A Briony le encantaba el calor, pero esto era excesivo. Estaba chorreando y jadeando cuando llegó a su árbol y se encontró un par de pies descalzos.

Briony gruñó y se abrió paso entre las hojas.

Allí estaba Toven Hearst, tumbado bocarriba, con el libro sobre la cara, roncando. Los pies no eran lo único que tenía al descubierto.

Su camisa estaba colgada en un nudo del tronco, con el pecho y el abdomen al aire, listos para la inspección de Briony.

—No —dijo—. Largo.

Él se quitó el libro de la cara.

—¿Cómo dices?

—Este es mi árbol —dijo ella, todavía intentando recuperar el aliento—. Vete.

Él la miró con una pálida ceja arqueada.

—¿Tu árbol? ¿Has tallado tu nombre en el tronco, Rosewood? —Abrió mucho los ojos, burlándose de ella—. Ah, es verdad. Fue tu hermano el que demostró tener la habilidad de tallar su nombre en los árboles, ¿o no?

Briony se ruborizó al acordarse de que Toven sabía su secreto.

—¿Tienes pensado decirle a alguien que potencio a mi hermano, o simplemente me vas a dar la brasa con ello lo que queda de escuela?

—Quizá solo estoy esperando la oportunidad perfecta para chantajearte. —Se colocó de nuevo el libro sobre los ojos y los brazos detrás de la cabeza.

Ella resopló.

—Encontré este árbol la primera semana. Es mío. Tienes que irte. —Sabía que estaba sonando increíblemente quisquillosa, pero no podía evitarlo.

—No voy a irme a ningún sitio. Yo he llegado primero —dijo con la voz amortiguada por el libro.

Y, mientras él seguía ahí, con el torso desnudo y relajado, ella se dio cuenta de que no la veía en absoluto como una amenaza.

Ansiaba hacerle cambiar de opinión, pero sabía lo que le diría su padre.

Se acercó a la orilla húmeda y buscó alguna forma de hacer que se fuera, pero no encontró nada. Y entonces vio un par de calcetines desparejados en los pies del árbol. Los miró con los ojos entrecerrados, preguntándose cómo era posible que alguien que fanfarroneaba tanto en la escuela, que se miraba en todos los espejos y que doblaba los pantalones antes de meterse en el agua llevara calcetines dispares.

—¿Sigues aquí, Rosewood? —preguntó con pereza.

Ella se marchó pisando fuerte, determinada a llegar antes que él al árbol al día siguiente.

Y lo hizo. Cuando lo vio acercarse al sauce, lanzó un hechizo barrera a la cortina de hojas.

—Yo he llegado primero. Vas a tener que irte tú esta vez, Hearst.

Él le lanzó una mirada e intentó abrirse paso entre las hojas. A ella le encantó la cara que puso cuando se dio cuenta de que se lo había impedido.

El día siguiente, él llegó primero.

Briony se saltó la comida al día siguiente y cogió nada más que una manzana. Didion intentó pararla, pero ella lo empujó al pasar y le pidió perdón.

Fue corriendo hasta el lago, cortando camino por la orilla para llegar primera al sauce.

Escuchó unos pasos por la hilera de árboles.

Briony apresuró más el paso. Se enganchó el vestido en las raíces de un árbol y lo desgarró al pasar corriendo por los arbustos que rodeaban el lago.

Toven la alcanzó.

—¿De verdad te merece tanto la pena?

—Ganarte claro que merece tanto la pena —dijo cabreada, porque a él no parecía suponerle ningún esfuerzo mientras ella casi no podía respirar.

Toven resopló lo que podría haber sido una risa, pero entonces se puso delante de ella con esas piernas tan largas y se dio la vuelta de pronto para correr de espaldas, aun así, más rápido de lo que ella era capaz de correr de frente.

—Vamos a hacer una cosa, Rosewood —dijo él—. Te dejo el árbol para ti si me das el primer puesto en la clase de elixires.

Ella dio un traspié.

—No tengo el primer...

Se detuvo mientras él sonreía con prepotencia. Rory era el primero en la clase de elixires.

—Pero, bueno, si prefieres competir conmigo todos los días —dijo, mirándola de arriba abajo con una sonrisa engreída—. No me importa, tengo muy buenas vistas...

Con un grito agudo, de pronto, Toven se cayó de espaldas después de tropezarse con una raíz.

Briony estalló en una carcajada, agachándose hacia delante para sostenerse en las rodillas. La carrera quedó en el olvido cuando ella se jactó de la cara arrugada de Toven, que se había quedado sin aliento.

Él se incorporó y respiró hondo, lanzándole una mirada a la raíz que lo había tirado al suelo.

—Madre mía, ha sido buenísimo —dijo Briony secándose los ojos —. Muchas gracias.

—Vaya, ha sido... —Toven se llevó la mano a la nuca con cuidado. Cuando se la apartó, tenía los dedos rojos.

Briony se puso pálida.

—¡Ay! ¿Estás bien?

Se tiró de rodillas al suelo a su lado.

—No pasa nada. —Intentó quitársela de encima con más sangre en las manos.

—Deja que te vea...

—No hace falta.

—En serio, Toven, puedo curarte rápido. —Ella fue a ponerle la mano en el hombro.

—Rosewood, quítate de encima —dijo sin ninguna maldad—. No voy a confiar en una eversun para que me cure.

Briony le lanzó una mirada.

—La magia de la mente es igual de buena para curar. Puedo encargarme perfectamente de un arañazo. —Abrió los ojos con inocencia, actuando—. A no ser que creas que debería avisar al equipo médico. ¿Te has hecho tanto daño que vamos a tener que llamar a todos los profesores...?

Él suspiró.

—Hazlo... deprisa. Y que no quede cicatriz.

Briony resopló y gateó detrás de él, manchándose de barro el vestido.

Tenía el pelo gris plateado manchado de rojo. Ella puso una mueca e hizo desaparecer enseguida la sangre con un movimiento de empuje. Tenía un corte en la base del cráneo, justo donde empezaba el pelo. Colocó el pulgar y el índice sobre el corte y se concentró en ralentizar el flujo sanguíneo, fomentando la coagulación.

Hubo una ligera brisa y su olor le llegó hasta la nariz. Menta, quizá.

Pasó los dedos sobre la herida para cerrarla. A él se le puso la piel del cuello de gallina.

—No me dejes cicatriz —repitió él.

—No seas un crío.

Cerró los lados del corte con un ligero movimiento de empuje y de tirar del aire. Tenía la cara muy cerca del cuello y notaba cómo su respiración le movía el vello.

Entonces cayó en la cuenta de que estaban solos en la hilera densa de árboles. Sin carabina.

A Briony le dio un vuelco el corazón ante la intimidad de la situación: ella de rodillas detrás de él, con los labios y la barriga casi tocándole la espalda.

Entonces recordó lo que le había dicho en el solsticio de invierno: «¿De verdad crees que en el segundo año nadie hace manitas?».

Tragó y apartó los dedos del cuello de Toven.

—Tendrás que ir a que lo terminen los médicos —dijo ella, sabiendo perfectamente que era capaz de terminar los puntos sin dejar cicatriz. Se levantó y cogió su libro y su manzana—. Hoy me quedo con el árbol. Deberías ir a que te vieran eso.

Él estaba girando la cabeza para mirarla cuando ella empezó a apartarse, con la cara sonrojada y las costillas apretadas por una extraña sensación.

Al día siguiente, Didion la encontró debajo del sauce, y Briony disimuló la decepción de que no fuera otra persona. Cuando Didion la distrajo de su lectura con un beso delicado, Briony lo dejó. Dejó que se acurrucara junto a ella mientras se apoyaba en el tronco del árbol y, cerrando los ojos con mucha fuerza, hasta imaginar que su pelo oscuro era de un color más claro, le cogió las manos y se las llevó al pecho. Él no fue capaz de deshacer los nudos del corsé, y estuvo todo el tiempo quejándose de un calambre, pero ella estaba desesperada por aliviar la llama de su interior, y lo animaba a continuar, a presionar más fuerte, a sacudirse contra ella.

Total, en el segundo año todo el mundo hacía manitas.

Capítulo 13



La empujaron a un armario oscuro en el circo y cerraron la puerta. Sus ojos tardaron un poco en ajustarse a la oscuridad, pero encontró una escoba, que partió por la mitad y convirtió en un arma. Le pareció esperar durante horas. Briony pensó que la entregarían a Reighven de inmediato, pero quizá el proceso de pago fuera más complejo de lo que pensaba.

Cuando la puerta por fin se abrió de golpe, la luz la golpeó en los ojos, no le quedaba nada de adrenalina. Se le detuvo el corazón por un momento y, luego, empezó a latirle de nuevo.

Pero no era Reighven. Gains la miró furioso, como si no lo acabara de convertir en un hombre asquerosamente rico.

—Levanta.

Briony se puso de pie, sin molestarse siquiera en esconder el palo afilado de la escoba. Con un movimiento de los dedos, Gains tiró el palo a un lado.

—Ven conmigo.

Ella salió del armario despacio. La llevó hasta una escalera y por la parte trasera del circo. No escuchaba nada detrás de ninguna puerta cerrada, y se preguntaba si todos sus amigos ya se habían ido.

Cuando Gains se detuvo en una puerta cerrada en la que ponía «Acróbatas», él tiró del pomo y se apartó para que ella entrara. Esperaba encontrarse a Reighven. Quizá un catre o una silla sobre la que obligarla a sentarse y subirle la falda.

No esperaba ver allí a Larissa Gains. No esperaba volver a verla nunca más.

Larissa parecía estar sintiendo lo mismo cuando se levantó de la encimera sobre la que se había estado apoyando, con los ojos muy abiertos y enfadados. Estaban en un camerino con espejos en las paredes y velas muy largas que titilaban.

Gains golpeó la puerta sin mirar ni una vez a su hija, y las encerró dentro.

Antes de que Larissa pudiera decirle nada, Briony sintió una quemazón intensa en el brazo izquierdo. Se le abrió la boca en un grito ahogado silencioso de dolor. Miró hacia donde le habían tatuado «Lag Reighven». Las letras se movieron. Apretó el puño y observó levantarse la tinta, reordenándose hasta que apareció una firma diferente sobre su piel.

«Toven Hearst».

Parpadeó mirando las letras, confusa. No podía ser...

Larissa estaba a su lado, agarrándola por el brazo.

—¡Ja!

El sonido la estremeció.

Larissa se giró mientras se pasaba las uñas por el pelo. Los espejos permitieron a Briony ver que había cerrado con fuerza los ojos y apretado la boca.

—Increíble. —Se dio la vuelta para mirarla—. ¿Cuánto?

Briony sacudió la cabeza, acababa de decidir que Larissa no tenía por qué saberlo.

—¿Treinta mil? —estimó Larissa, evaluándola con la mirada—. ¿Treinta y cinco mil? —dijo al ver que Briony no respondía—. Venga ya. Tengo curiosidad. ¿Cuarenta?

Briony se apartó, pero no fue capaz de encontrar una pared en la que no se reflejara la cara de Larissa. Su propia cara estaba casi irreconocible, con unos círculos profundos bajo los ojos y la piel seca. Tenía la mandíbula apretada en un gesto de desagrado.

—Dímelo —dijo Larissa por encima del hombro.

Briony la miró a los ojos. Algo estalló dentro de la expresión de Larissa, como el momento antes de que suene un trueno. Mientras Briony la observaba, la mirada azul de Larissa se inundó y respiró despacio antes de preguntar:

—¿Más de cuarenta mil?

Briony apartó la mirada, temblando. Vio de refilón el tatuaje en el brazo de Larissa: a juego con el suyo, «Toven Hearst».

Antes de que a Briony le diera tiempo de unir todas las piezas, entró una ráfaga de viento furioso en la habitación. Levantó los brazos para cubrirse la cara y Larissa hizo lo mismo. Cuando echó un vistazo, había un agujero enorme en la habitación. Una entrada oscura a un portal.

Larissa y Briony se miraron. No tenían otra opción. Alguien vendría a obligarlas a entrar, sin duda.

Larissa intentó abrir la puerta una última vez, sin éxito. Y luego cogió a Briony por el brazo y la arrastró con ella.

La presión del portal le estrujó el pecho y, cuando salieron al otro lado, Briony sintió unas gruesas gotas de lluvia en la cara. Abrió la boca sin emitir ningún sonido cuando un rayo cruzó el cielo,

iluminando un enorme castillo oscuro. Las puertas de hierro forjado estaban cerradas.

Briony había leído sobre la Mansión Hearst, pero nunca había visto el castillo en persona. Estaba construido en la base de las montañas Armitage, en una de las pocas llanuras de Bomard. La Mansión Hearst tan solo era una de las propiedades de los Hearst, pero era la más preciada y, por lo tanto, la menos frecuentada.

Larissa levantó la mirada a través de la lluvia con aprensión, como si no estuviera segura de si estaría a salvo ahí.

Briony dio una vuelta en círculo y encontró un bosque detrás de ella, iluminado bajo la luz de los rayos, de un color oscuro e impenetrable. Podrían salir corriendo. Podría agarrar a Larissa de la mano y huir hacia la arboleda, esperando a que el elixir Gowarnus fuera desapareciendo de sus cuerpos hasta que pudieran abrir un portal.

Había decidido hacerlo cuando, de pronto, hubo un movimiento entre los árboles. Briony dio un paso atrás y Larissa se giró para ver qué le había llamado la atención.

Una zorra muy grande se había asomado entre los troncos de los árboles y las observaba. A lo mejor era una loba pequeña.

Un sonido metálico detrás de ellas las hizo girarse justo cuando se abría la verja metálica negra. Al final de un largo sendero estaba abierta la puerta de la Mansión Hearst.

Briony miró en todas direcciones. ¿Había alguna salida que no fuera hacia la criatura del bosque ni hacia el castillo tenebroso?

Agarró a Larissa por el brazo, señalando hacia la izquierda, donde había un camino que giraba la esquina del muro exterior. Larissa sacudió la cabeza en silencio, mirando intermitentemente a la criatura del bosque y a la puerta abierta de la casa. Una esfera de luz se acercaba desde el castillo.

Briony le soltó el brazo y se fue hacia el camino. Podía hacerlo sola.

Se encontró con unas mandíbulas apretadas y un gruñido. Briony dio un paso atrás. El animal estaba en mitad del camino. Era una zorra, ya era capaz de distinguirla, pero con un gruñido más profundo.

Se resbaló en el césped húmedo, cayéndose de espaldas. Larissa la ayudó a levantarse mientras la esfera de luz se acercaba cada vez más rápido y se detenía ante las puertas. Flotó allí impasible, y Briony se dio cuenta de que era parecida a la llama piloto que usaban los marineros para guiarse por el océano.

Briony miró a la zorra, que se lamía las costillas, y empezó a avanzar para seguir la luz, arrastrando con ella a Larissa.

La zorra se abalanzó y, debido al pánico, Briony y Larissa se separaron. Briony cayó hacia delante y cruzó la verja, y Larissa corrió hacia fuera. Briony sintió un dolor agudo en el lado izquierdo y, antes de que le diera tiempo a ponerse de pie, la puerta de hierro ya se estaba cerrando, atrapándola dentro.

Briony corrió hacia ella y agarró el metal mientras Larissa hacía lo mismo desde el otro lado. Un rayo partió el cielo, y el ruido de un trueno lo siguió no más de un segundo más tarde. Larissa miraba a la zorra con los ojos muy abiertos, mientras Briony tiraba con todas sus fuerzas. Los dedos se le resbalaban bajo la lluvia intensa y le ardía el hombro dislocado.

La zorra se dio la vuelta para mirarlas por última vez y volvió al bosque. Un segundo más tarde, se abrió un portal oscuro en el límite del bosque. Salió un hombre encapuchado, y Larissa volvió a golpear las puertas con un grito, rogando que le abrieran.

El hombre extendió la mano y gritó:

—¡No! —Se quitó la capucha y apareció Finn Raquin mirándolas fijamente—. No cruces la barrera, Larissa.

Larissa se ahogó con un sollozo y corrió a sus brazos.

Briony observaba en silencio a Larissa mientras enterraba la cabeza en el pecho de su amigo. Y se preguntó qué le estaría pasando a Cordelia en ese momento. Y a Didion.

Sin mirar a Briony en la puerta, Finn cogió a Larissa del brazo y se sacó un frasco del bolsillo. Quitó el corcho con los dientes y dijo:

—Esto va a doler.

Larissa abrió mucho los ojos cuando le vertió el elixir sobre el brazo, sobre el tatuaje con el nombre de Toven. Briony observó horrorizada cómo se le quemaba la piel a Larissa. La mujer rubia gritaba e intentaba alejarse, pero Finn la sujetaba con fuerza. Cuando vació el frasco, Finn lo tiró al suelo y empezó a lanzar un hechizo sobre el brazo de Larissa. Un rayo iluminó el cielo, pero ni siquiera la explosión del trueno pudo ahogar el llanto de Larissa mientras Finn le sacaba un humo negro de la piel, oscuro y húmedo. Larissa se desmayó, pero Finn la abrazó con fuerza contra su pecho mientras tiraba y tiraba, hasta que el humo se convirtió en sangre.

Invocó una hoja para colocársela sobre la piel quemada, la acurrucó contra su pecho y la llevó de vuelta al portal sin mirar a Briony.

A Briony se le aceleró el corazón. Golpeó las barras, desesperada por que la escuchara. Cuando él se dio la vuelta, ella extendió el brazo todo lo que pudo, rogándole con los ojos:

«Ahora a mí».

Finn se quedó mirándola y respiró hondo.

—Este es el lugar más seguro para ti, Briony.

Aterrada, vio cómo Finn miraba hacia la Mansión Hearst y luego se daba la vuelta para entrar en el portal con Larissa colgando en sus

brazos.

El portal se cerró con un ruido y Briony se quedó sola bajo la lluvia, en el lado equivocado de las puertas de la Mansión Hearst.

Capítulo 14



Briony apoyó la espalda contra el hierro forjado y miró el castillo. Tenía unas tres plantas, era de piedra y había una cúpula en el centro.

¿Esta iba a ser su prisión? Volvió a mirarse el brazo. «Toven Hearst». ¿A qué había renunciado para hacerse con ella? No se imaginaba a Reighven aceptando separarse de ella por menos de una suma desorbitada.

Los Hearst eran ricos; eso había quedado claro incluso sin la necesidad de tener en frente la evidencia. Pero ¿por qué se había gastado tanto dinero en ella?

Toven ya había matado a cuatro personas solo para llegar hasta ella, así que supuso que gastarse decenas de miles de monedas de oro para poseerla tampoco era tan sorprendente. Sintió un escalofrío al recordar cómo la persiguió, corriendo a su lado, como si estuviera bromeando sobre lo fácil que sería alcanzarla.

El único motivo por el que no consiguió capturarla aquella noche hace un año fue que había sido demasiado ansioso con su magia.

Calculó mal cómo le afectaría matar a cuatro personas de una vez. Esa fue la primera vez que había visto a alguien asesinar a más de una persona con un solo Infartio, una habilidad insólita. Los eversun sabían que Orion era capaz de ello. Había informes que recogían que podía matar a dos personas con un único Infartio. Incluso los magos del corazón mejor dotados podían usarlo solo una vez. Orion Hearst había sido la excepción peligrosa, y Toven Hearst tenía el potencial para romper todas las reglas que había antes de él.

Aquella noche, Briony había caminado por un bosque oscuro, tropezado con un cadáver tras otro, cuatro en total, hasta que por fin encontró a Toven Hearst incapacitado por la agonía de desgarrarse el corazón cuatro veces de un tirón.

Entonces se preguntó, mientras miraba atónita la carnicería que generalmente era imposible para un único mago, si debería matarlo allí mismo y ahorrarle a Evermore el problema de tener a Toven Hearst en la línea de sucesión.

Pero no pudo. En ese momento no.

Otro rayo volvió a romper el cielo, sacándola de sus recuerdos.

La llama piloto pareció moverse, como si le estuviera diciendo: «Acompáñame». Empezó a flotar hacia la casa de nuevo, llevándola hasta el interior.

«Ni de broma», pensó Briony. Miró la puerta, siguiendo con la mirada el largo camino que iba desde la valla de hierro forjado hasta la noche oscura. Briony empezó a andar hacia la derecha, siguiendo la valla y esperando que hubiera algún hueco.

Miró de nuevo el castillo, casi esperando que hubiera alguien mirándola desde la puerta o desde alguna ventana de arriba. Pero todo seguía oscuro.

La lluvia le empapaba la cara y le mojaba cada vez más el vestido. Sus zapatillas no estaban hechas para la lluvia ni para el exterior,

mucho menos para el césped fangoso que recorría la valla. Para cuando llegó a un muro de piedra, había perdido una de las zapatillas entre el fango.

Briony miró el muro justo cuando un rayo iluminó el cielo. Medía al menos seis metros de alto y no había forma de escalarlo. Siguió caminando, rodeando el castillo con un ojo en la puerta, donde la llama piloto estaba esperando a alguien a quien pilotar.

Cuando rodeó el lado sureste, sintió que le ardía el hombro y le palpitaba la cabeza. Cada respiración era como una puñalada en las costillas. Intentó invocar su magia, ya fuera la de la mente o la del corazón, y no le sorprendió no obtener respuesta.

Briony pensó en Larissa. ¿Toven sabía que Finn se la había llevado? Seguro que sí. Con un escalofrío cuando el viento le rozó el fino vestido, se dio cuenta de que casi estaba llorando la pérdida de Larissa. Cuando eran dos, Briony se había sentido más segura, por algún motivo. La idea de estar sola, bajo el mismo techo que Toven Hearst, impotente de tantas formas...

Nunca había necesitado aprender defensa cuerpo a cuerpo. Siempre había tenido a Anna a su lado. Briony había aprendido mucha magia que apartaría a cualquier tipo de atacante, pero nunca había tenido que aprender cómo pelear con un hombre cuando no tenía magia.

Mientras giraba por la parte trasera de la Mansión Hearst, Briony se detuvo al ver un enorme estanque dentro del recinto. A lo mejor era un lago pequeño. La luna se reflejaba en la superficie y la lluvia ondulaba el agua. Excepto por los ríos que bajaban por la montaña, en Bomard no había cuerpos de agua. Donde los eversun rezaban a los mares y a los grandes lagos del interior, los bomardi recurrían a las piedras.

Volvió a concentrarse y encontró el final del muro de piedra justo delante. Lo rodeó y descubrió que estaba en lo alto de una pequeña colina que se abría a un campo. Solo veía los pies de la montaña a lo lejos. Empezó a pensar en la posibilidad de esconderse allí. No sabía qué encontraría, pero solo tenía que sobrevivir mientras su cuerpo drenaba el elixir de hierba Gowarnus.

Solo tenía que bajar corriendo esa colina e ir hacia las montañas.

Merecía la pena intentarlo.

—Yo que tú me quedaría ahí, Rosewood.

Se dio la vuelta. Toven Hearst estaba a unos seis metros de ella, mirándola con ojos cautos.

Un rayo sacudió el cielo y ella tembló con él. El corazón le latía con la adrenalina de su casi huida y el miedo a él, a este Toven Hearst desconocido.

Tenía la misma ropa que en la subasta, pero ahora, al estar más cerca, veía que tenía el chaleco bordado en plata. La lluvia le oscurecía el pelo y pensó en los chicos saltando al lago desde el muelle en la escuela eversun.

Briony parpadeó contra la lluvia, y cuando él dio un paso adelante, tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no retroceder.

—¿Te importaría continuar esta visita por el terreno cuando deje de llover? —le dijo, con un tono tan áspero como siempre.

Briony miró por encima del hombro de Toven hacia la Mansión Hearst, que tenía un aspecto monstruoso bajo la tormenta, y luego a las montañas que tenía a la espalda. A la libertad.

¿Conseguiría escapar de él?

—Antes de que salgas corriendo para morir en las montañas, ya sea de frío o devorada por criaturas, debo decirte que para la tinta que tienes en el brazo el terreno acaba aquí. Si cruzas la línea, terminarás gravemente herida.

Briony se miró el tatuaje del brazo, el negro y el dorado que brillaban con el nombre de él. ¿Era verdad? ¿O solo quería asustarla?

Toven la miraba con los ojos entrecerrados. Se preguntó si el hecho de que no le estuviera respondiendo le estaba poniendo nervioso. Aunque tuviera voz, no sabía si tendría el valor de regañarlo como solía hacer. Siempre le respondía, hasta que descubrió que era un asesino.

—Ven, anda —dijo, dando otro paso hacia ella—. No seas obstinada, no me obligues a arrastrarte.

Se había despertado en una celda, la habían empujado hasta la segunda y la habían encerrado en un armario oscuro en la tercera. Y ahora le estaban pidiendo que fuera andando a la última.

La lluvia estaba amainando.

Una brisa agitó las ramas de los árboles sobre ellos, y la luna se reflejaba en los ojos de Toven.

Merecía la pena intentarlo.

Si se equivocaba, terminaría en una celda como él ya había planeado de todos modos.

Con una agilidad que no sabía que aún tenía, Briony se dio la vuelta y saltó sobre la barrera invisible hacia el campo.

Le estalló una chispa de fuego por el brazo, ardiendo, crujiendo, crepitando hasta sus terminaciones nerviosas. Escuchó un chapoteó en la hierba mojada bajo sus pies con movimientos rápidos, mientras el impulso la aceleraba más y más. El fuego se extendió por todo su cuerpo, friéndola desde dentro. Escuchó el eco de un grito detrás de ella mientras el dolor le envolvía la cabeza y la sumergía en una oscuridad que no cesaba de dar vueltas.

Balanceándose. Meciéndose.

Briony estaba flotando en el lago de la escuela. Sentía el agua cálida contra el cuerpo frío y las pequeñas olas la movían.

Su mente flotó hacia arriba, y los recuerdos emergieron y se unieron a sus pensamientos.

Estaba fuera, bajo la lluvia. Quería bajar corriendo una colina.

Toven Hearst se lo había impedido.

Le palpitaron los ojos y recordó el dolor. Su cuerpo tembló y unos brazos la acercaron.

Alguien la sujetaba contra un pecho cálido, robusto, con un latido constante, caminando, balanceándola, meciéndola hasta que se volvió a dormir.

Le dolía la piel. Escuchaba la lluvia, pero no la sentía.

Unos dedos cálidos le apartaron el pelo mojado de la frente, y unos brazos la apretaron más fuerte.

Volvió a caer en la oscuridad, tan rápido como un parpadeo.

—¿Qué ha pasado? —estalló una voz y la despertó. La voz de una mujer.

Los párpados lucharon contra la pasta que los mantenía cerrados.

—Cruzó la barrera de la propiedad —rugió una voz desde la caldera contra su oído—. El maldito tatuaje la electrocutó.

—¿Está viva? —dijo la mujer. Su tono era el de una madre preocupada. Pero su madre estaba muerta—. Toven, ¿está viva?

Una respiración entrecortada junto a su oído.

—No sé... No... No gritó.

La grave vibración de su voz la calmó. Volvió a dejarse llevar a la deriva.

De lo primero que fue consciente Briony fue de la cama. Abrió los ojos de golpe y se quedó mirando el techo sobre ella. Todas sus articulaciones fueron reviviendo una a una, pero cuando intentaba moverlas solo conseguía sacudirlas.

Las lágrimas le pinchaban los ojos. Llamó a su padre, pero no salió ningún sonido.

No podía mover la cabeza. Tenía un peso sobre los músculos. Incluso los párpados tenían que esforzarse demasiado.

Luego vino el dolor. Gritó y gritó en el silencio de una habitación vacía hasta que la mente calló al cuerpo y volvió a dormirse.

Una compresa fría le rozó la frente, y parpadeó ligeramente hacia el movimiento de la habitación. Un murmullo de voces, pero no entendía las palabras.

Llamó a Rory. Él podría curarla. Ella lo había curado muchas veces..., solo tenía que empujar su magia desde la vena en su pecho hacia el de ella. Rory podía solucionarlo.

Entonces se acordó. Cómo él había intentado despedirse de ella, y ella no le había dejado. Cómo él le había preguntado: «¿Crees que la profecía habla de mí? ¿De verdad? Sé sincera, Briony». Y cómo ella le había dejado que corriera hacia su muerte.

Las lágrimas le empaparon las mejillas mientras lloraba. Intentó levantar la mano para secárselas, pero no le funcionaban los músculos.

—Está llorando —dijo una voz grave—. Necesita algo para el dolor.

—Ya se lo he dado...

—¡Pues dale más!

Briony siguió llorando, incapaz de abrir los ojos. Incapaz de enfrentarse a un mundo en el que Rory estuviera muerto. Ya se

había despertado en ese mundo una vez y la vendieron como si fuera un trozo de tierra para cultivar. A Cordelia y a Didion también.

Un pensamiento horrible le serpenteó por la espalda. «Por eso sé que está muerto de verdad —pensó en la oscuridad—. Porque no intentó detener la subasta».

Incluso sin un plan y sin un ejército, Rory habría estado allí.

El dolor le sacó un profundo llanto agonizante.

La siguiente vez que se despertó, vio que era de día. Giró la cabeza hacia el sol, que se colaba por debajo de la tela y se vertía por el lateral de las pesadas cortinas.

Todavía le dolía el cuerpo, pero podía moverse despacio. Movió el cuello para ver la habitación en la que estaba, y se le sacudió el cuerpo al ver que no estaba sola.

Serena Hearst estaba removiendo una taza de té en la mesita de noche. Briony miró a la mujer alta que se alzaba sobre ella, moviendo las extremidades interminables con gracia en la oscuridad.

—Hola, señorita Rosewood —dijo con una voz ilegible.

Briony la miró a los ojos. Brillaban con un azul frío.

—¿Qué tal el dolor? —preguntó la señora Hearst. Al ver que Briony no respondía, continuó—: ¿Recuerdas lo que pasó?

Briony recordaba la lluvia. La mirada de Toven cuando le dijo que lo acompañara dentro. El golpe eléctrico intenso cuando saltó hacia el campo. «El maldito tatuaje la electrocutó».

Ella asintió.

Miró el resto de la habitación. Estaba vacía. Sin chimenea, sin decoración. Solo la cama, las cortinas y la mesita de noche.

La madre de Toven la observaba con atención. Briony intentó relajar el pulso que le susurraba que estaba en la casa de esta

mujer. Esta mujer cuyo hijo la había comprado como un caballo de carreras. Esta mujer que se había casado con el hombre más letal de Bomard.

—Tenías una contusión y el hombro dislocado. Hemos evitado que te diera una hipotermia por la lluvia, pero, como ya sabes, te has electrocutado bastante fuerte. Puede que tus músculos tarden varios días más en recuperarse del todo.

«Varios días más». Parecía que ya habían pasado varios días. Quería preguntar, pero mantuvo la boca cerrada al recordar que le habían robado la voz.

La señora Hearst la miró con la cabeza inclinada.

—¿Te pasa algo, señorita Rosewood? ¿Te duele algo más?

Briony sacudió la cabeza. Cuando la madre de Toven siguió mirándola, Briony se llevó despacio la mano hacia el cuello. Cada movimiento le hacía temblar los músculos. Briony se dio unos golpecitos en la garganta, pasando los dedos por encima del collar metálico que todavía llevaba, y negó despacio con la cabeza.

La señora Hearst parpadeó al darse cuenta de lo que intentaba decirle. Levantó la mano y movió los dedos. Briony sintió calor en la garganta y probó la voz.

—Gracias —dijo. Notaba las cuerdas ásperas por el abandono.

Serena Hearst se quedó mirándola un poco más, y Briony sintió que estaba memorizando y catalogando sus facciones. Luego cogió abruptamente la taza de té de la mesita de noche y se giró hacia la puerta.

—Descansa. —Una orden, no una sugerencia.

La señora Hearst se marchó. Briony intentó mirar más allá de la puerta para saber en qué zona de la Mansión Hearst estaba, pero tenía que hacer demasiado esfuerzo para girar el cuello.

Escuchó unas voces al otro lado de la puerta e intentó distinguir las palabras, pero su cuerpo cansado volvió a dormirse.

Rory estaba chillando.

Briony corría por un laberinto de setos altos, buscándolo desesperadamente. Él gritaba su nombre, rogándole que lo encontrara. Cada esquina que doblaba la introducía más y más en el laberinto. El cielo estaba cada vez más oscuro y escuchaba que algo la perseguía. La cazaba.

Cuando miró al cielo, la luna empezaba a tapar el sol.

—¡Briony! —gritaba Rory.

Ella se tropezó y cayó hacia la tierra. Más abajo, más abajo.

Briony se despertó con una sacudida y la cara llena de lágrimas. El recuerdo de su hermano llamándola resonaba en su cabeza como una campana. No podía parar de jadear. Levantó la mano para secarse la cara y sus músculos protestaron, pero al menos esta vez se movieron.

Al moverse entre las sábanas, se dio cuenta de que no estaba sola.

Toven Hearst miraba entre las cortinas de la ventana, con la cara alejada de ella. El cielo oscuro lo iluminaba, coloreándole el pelo pálido de morado y naranja.

Ella miró la puerta cerrada, la habitación vacía. Estaban los dos solos, y no tenía ni idea de lo que él quería hacer con ella.

Capítulo 15



Briony no sabía si él se había dado cuenta de que estaba despierta, pero imaginó que tampoco importaba. No se podía mover lo suficientemente rápido para salir corriendo. Y el corazón le latía con fuerza ante lo desconocido.

—Mi madre dice que te arrebataron la voz —dijo él, rompiendo el silencio—. Pero eso no explica que no me escucharas cuando te dije que terminarías herida si cruzabas la barrera.

Ella le lanzó una mirada a la espalda.

—Claro —susurró con vehemencia, con la voz ronca por el desuso —. Porque podía confiar perfectamente en ti.

Desde este ángulo, apenas le veía la mandíbula apretada.

Briony se dio cuenta de que le habían quitado el vestido de la subasta y le habían puesto un suave camisón blanco. Esperaba que hubiera sido una doncella la que la había cambiado.

Siseó con los dientes apretados y se intentó incorporar, despreciando la forma en la que la habían tumbado bocarriba como una muñeca de trapo.

—¿Por qué estoy tardando tanto en recuperarme?

Él seguía mirando por la ventana.

—Cruzar la barrera debería electrocutar al individuo tatuado para darle la oportunidad de volver dentro del perímetro. Tú saltaste por encima de la barrera, con todo el cuerpo. Y luego caíste rodando colina abajo. Estuviste casi un minuto entero al otro lado.

Ella se preguntó si él le daría la espalda durante todo el tiempo que estuviera prisionera.

—Te tomaste tu tiempo, desde luego —dijo ella.

Con eso bastó. Toven parpadeó despacio y se dio la vuelta para mirarla con los ojos furiosos.

¿Por qué la abandonaba todo sentido de supervivencia cada vez que estaba involucrado este hombre? No llevaba más que un camisón y estaba en una cama, en su casa. Y nadie vendría si gritaba. ¿Por qué le salía con tanta naturalidad molestarlo?

Ella tragó y apartó la mirada. Se electrocutó durante un minuto entero. Se le retorcieron los músculos al recordarlo.

—¿Y me trajiste tú aquí? —Señaló con la cabeza la pequeña habitación sin alma—. ¿A esta celda minúscula?

—El sitio más cercano para que te recuperaras era la casa del jardinero —dijo él—. Es solo temporal.

Ella miró las telarañas de las esquinas.

—¿Y dónde está el jardinero?

—No tenemos. En la Mansión Hearst no hace falta personal de servicio.

Briony lo miró parpadeando. ¿Una casa tan grande sin servicio? Briony había oído hablar de las familias que recortaban personal cuando los rumores empezaban a trepar por las paredes. ¿Era por precaución? Los Hearst eran conocidos por ser muy reservados, pero esto era exagerado.

Quería hacer más preguntas, pero Toven la miró directamente y se agarró las manos a la espalda con una expresión amarga en la cara.

—El ama Mallow quiere verte.

A Briony se le cortó la respiración. Se le desvió la mirada hacia la puerta, con los músculos rígidos esperando a que se abriera.

—La llamaremos lo antes posible —aclaró él.

Briony lo miró impactada.

—¿Ahora? Si apenas puedo moverme.

—Tendrás que hacerlo —dijo—. Lleva tres días esperando.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Llevo tres días en la cama?

—Seis, en realidad.

Briony abrió la boca, luego la cerró porque no sabía qué responder. Él se quedó mirándola, esperando. ¿Iba a sacarla a rastras de la cama?

Briony movió las piernas, las estiró mientras se quitaba las sábanas de encima. Las tenía desnudas, con el camisón retorcido bajo los muslos.

Toven volvió a mirar a la ventana y ella imaginó que esa era toda la intimidad que le iba a otorgar. Con movimientos inciertos, se levantó del colchón agarrándose a la pared para mantener el equilibrio. Había un par de pantuflas en el suelo, así que se las puso. Con la cama entre los dos, él se giró hacia ella mientras se estiraba el camisón para que le cayera hasta los tobillos. Era lo único que llevaba. No tenía ropa interior.

Su mirada ilegible la escudriñó de arriba abajo antes de llevar el dedo índice izquierdo hacia la mano derecha y cortarse mágicamente la yema del pulgar. Ella reconoció el hechizo para abrir un portal. En una propiedad privada, se necesitaba la sangre de una persona que vivía allí para crear portales de entrada y de salida. Sin ella, los

visitantes solo podían llegar a través de portales detrás de la puerta principal.

El portal se abrió en la habitación vacía y Toven le hizo un gesto para que se acercara.

Briony se movió con las piernas temblorosas, consciente de que estaba a punto de llevarla a vete a saber dónde con nada más que un camisón.

—El brazo izquierdo —dijo Toven.

Briony se miró el brazo. La tinta del interior del codo brillaba. «Toven Hearst».

Toven le agarró el brazo por encima del tatuaje. La presión fría de su mano sobre su piel cálida hizo que se preguntase si habría tenido fiebre. Antes de que le diera tiempo a desear sentir eso por todo el cuerpo, él tiró de ella hacia el portal, y un destello de calor le quemó sobre la tinta del brazo. Cuando el vacío dejó de presionarla, dio una bocanada de aire.

Estaba de pie en el precipicio de una montaña, ante una vista enorme de valles y montes. Se le fue un poco la cabeza por el vértigo y se apartó del saliente. Cuando se dio la vuelta vio un enorme castillo gótico construido dentro de la roca.

—Ven. —Toven empezó a subir los empinados escalones bajo el ocaso.

Briony lo observó y su cuerpo empezó a gruñir en protesta. Se agarró a la roca de su izquierda y lo siguió despacio, paso a paso.

Él la esperó en el siguiente nivel, unos cincuenta escalones por encima. Cuando iba por la mitad, se paró para descansar, jadeando. Él no hizo ningún amago de ayudarla, hasta que llegó por fin al descansillo.

Antes de seguir, él se giró hacia ella.

—El ama Mallow es la líder suprema de todo Moreland. Tendrás que tratarla con la sumisión que se merece.

Briony intentaba recuperar el aliento.

—¿Y si no qué? ¿Me vas a electrocutar?

Toven la miró arqueando una ceja pálida.

—Sé que te has pasado seis días durmiendo, Rosewood, así que puede que no hayas entendido esto —le dijo él suavemente—, pero los latientes no necesitan lengua. No necesitan dedos. Ni siquiera necesitan piernas. La desobediencia se puede castigar de cualquier forma que a Mallow le parezca adecuada, siempre y cuando tu corazón siga latiendo.

Briony se estremeció, y no tuvo nada que ver con el viento de la montaña.

Él volvió a darse la vuelta para continuar subiendo mientras ella ataba cabos.

Habían pasado seis días de la subasta y ella ahora era la latiente de Toven Hearst. Ese era su único propósito en el mundo: fortalecer la magia de Toven Hearst.

Ella lo siguió despacio por la ladera de la montaña.

Entre las antorchas encendidas en el siguiente descansillo había dos puertas enormes de piedra adornadas con un antiguo sello bomardi de la primera guerra civil, y Briony se dio cuenta de dónde estaban. Mallow se había mudado al hogar original del primer Sillón de Bomard, lord Dragón. Había sido el primer mago en coger a un dragón como familiar, el mismo dragón con el que Mallow había establecido su vínculo.

Cuando se abrieron las puertas de madera, la luz de las llamas mostró la entrada protegida con un guardia a cada lado, ambos con abrigos azules. Uno de ellos asintió a Toven y se apartó, pero la

mirada del otro fue directa al cuerpo de Briony. Ella agachó la mirada.

Se abrió una segunda puerta al fondo del pasillo y Toven la llevó dentro.

Era un gran salón con suelo de piedra y un techo abierto, lo bastante grande como para que entrara un dragón. Había una pared muy larga llena de enormes ventanales con forma de arco que daban directamente a la cordillera y se desvanecían por debajo en una enorme caída.

Veronika Mallow estaba de pie al fondo del salón, mirando por una ventana. No había ningún trono, ningún sillón, como era costumbre en Bomard para las audiencias con los líderes del reino. Mallow estaba de pie en una habitación vacía, con unos pantalones ajustados, unas botas atadas a los gemelos y un top transparente.

El silbido del viento que entraba por los arcos amortiguaba el sonido de sus pasos. Briony estaba aturdida.

Toven la llevó hasta un punto en el suelo de piedra, oscuro, con sangre seca, y clavó una rodilla, arrastrándola a ella con él. Mallow tenía los ojos tan negros como el pelo y los llevó directos a Briony, atravesándola con la mirada.

—Briony Rosewood. —El sonido de su nombre deslizándose por la boca de Mallow le puso la piel de gallina—. Bienvenida a mi palacio.

Briony respiró hondo, el aire pareció enlentecerse en su garganta. Al ver que no decía nada, Mallow continuó.

—Pagaron una suma considerable por ti en la subasta. —Le brillaron los ojos al levantar las cejas, como si ella y Briony tuvieran algún tipo de secreto—. Todos esos hombres bomardi peleándose por ti. Seguro que estabas encantada.

Briony apretó los labios, y una risa grave retumbó por todo el salón. Miró hacia los arcos y vio que no estaban solos. Había

guardias bomardi escondidos entre las sombras.

—Levantaos —ordenó Mallow, y Toven la arrastró con él mientras se ponía de pie—. Toven.

—Ama.

—Perdiste la subasta, pero luego ajustaste cuentas con Reighven —dijo Mallow.

—Así es, ama.

—¿Por qué?

Briony esperó. Ella también se preguntaba lo mismo.

—Me atraen las propiedades más valiosas —dijo Toven.

Mallow sonrió y deambuló por el salón mientras continuaba la conversación con despreocupación.

—¿Y vale todo lo que pagaste y más? ¿Has completado el vínculo latiente?

—Aún no, ama.

Los guardias bomardi se movieron y empezaron a susurrar entre ellos. Briony sintió una docena de ojos sobre ella mientras se preguntaba qué implicaba el proceso de vinculación.

Mallow levantó una ceja.

Toven respondió a su pregunta no pronunciada.

—Se hirió en un intento de huida, como ya sabéis. Ya ha aprendido la lección, pero ha estado muy débil.

—Hazlo cuanto antes —dijo Mallow—. ¿Qué sentido tiene un latiente de oro si no puedes sacárselo? —Sonrió—. Tu padre ha resuelto el problema con el collar, ¿verdad?

—Sí, ama —dijo Toven—. Solo queda establecer el vínculo.

A Briony le daba vueltas la cabeza. La latiente de oro. Así la llamó Vein durante la subasta. Dio por hecho que simplemente era una referencia a la leyenda sobre la sangre de los Rosewood. ¿Había algo más?

¿Orion había arreglado el problema con el collar mientras ella dormía? ¿No le estaba suprimiendo bien la magia del corazón y la de la mente? Briony había estado muy débil como para probar antes, pero intentó tirar de la vena palpitante en su pecho, en busca de su magia. Luego del hilo entre los ojos, para la magia de la mente. No obtuvo respuesta.

Entonces se le vino un pensamiento horrible a la cabeza: ¿este collar era permanente? ¿No podría quitárselo nunca?

—Briony. —La voz melódica de Mallow la sacó de sus pensamientos. La mujer la miró y se agarró las manos a la espalda —. ¿Dónde está tu prima, Finola?

Ella parpadeó. No pudo ocultar la sorpresa antes de que Mallow se percatase.

—¿Qué?

Toven giró bruscamente la cabeza hacia ella.

—Dirígete a ella como ama —le dijo, quemándola con los ojos.

Briony casi lo atraviesa con una mirada. Él ya le había advertido que fuera obediente.

—Finola Rosewood —continuó Mallow, dando un paso adelante—. Sus refugios. Su familia lejana por parte de madre, ¿los Nottingdale, si no me equivoco?

Mientras Mallow se acercaba a ella, el aire de los pulmones de Briony iba desapareciendo. Se le aceleró el corazón al mirar los ojos brillantes que la buscaban.

Briony intentó recordar la pregunta. Mallow la miró con la cabeza inclinada como un tigre.

Finola. Finola era la hermana mayor de Phoebe. Finola fue la persona que ayudó a Briony a aprender magia de la mente avanzada cuando empezó la guerra: un subterfugio avanzado de camuflaje e invisibilidad. Cada vez que volvía de una misión, centraba toda su

atención en las clases de Briony. Trabajaba como asesora principal de la milicia eversun y había coordinado muchos de los ataques estratégicos contra los bomardi en los cuatro años después de la muerte del padre de Briony.

Finola fue la primera persona que le enseñó a Briony que no tenía por qué ser solo una cara bonita para un matrimonio político. Podía serle útil a la milicia, al gabinete del rey, incluso a un gabinete bomardi si no hubiera estallado la guerra.

Briony sintió que se le cerraba la garganta con sus preguntas, pero empezaba a entender algo.

Este era el motivo por el que no había visto a Finola en la mazmorra de Trow. No la habían capturado.

Y, por alguna razón, Mallow se sentía amenazada por eso.

Sintió un fuego en el estómago, algo que pensaba que se había extinguido en el momento en el que falló la barrera de Rory.

—Finola era la estratega principal del Ejército eversun y la instructora principal de camuflaje —dijo—. Incluso aunque tuviera una mínima idea de adónde ha ido, estaría equivocada. —Empezó a aparecer una sonrisa en su cara—. Me alegra informaros de que no encontraréis a Finola hasta que ella quiera que lo hagáis.

Mallow la miró con los ojos negros entornados y Briony recordó demasiado tarde que podría arrancarle la lengua por ese comentario. Mallow hizo un gesto con los dedos, y Briony se preparó para un doloroso castigo mágico...

Algo le golpeó en la cara tan fuerte que le giró el cuello y se tambaleó. Sintió un ardor y se llevó la mano a la mejilla.

Buscó el arma con los ojos y se preparó para otro golpe. Volvió a centrar la mirada mientras Toven bajaba la mano y vio que le brillaba un anillo de piedra afilada en el dedo corazón. Tenía el labio mojado de sangre.

Le había dado una bofetada. Le había pegado y estaba sangrando.

—Cuidado con lo que dices. Estás hablando con la dueña del reino.

Ella se estremeció al escuchar su voz y apartó la mirada de sus ojos helados.

Aunque le pitaba el oído, eso había sido lo mínimo que le podría haber pasado.

Mallow parecía encantada con la respuesta de Toven.

—Todavía le queda un poquito de fuego, Toven. Estoy deseando ver cómo se extingue. —Desvió la mirada hacia Briony y siguió con el interrogatorio—. Sabemos que Finola Rosewood pasaba tiempo a las afueras de Kilwoven, en la costa. ¿Dónde más?

Briony se la quedó mirando y se lamió la sangre del labio. No tenía ni idea de qué respuesta protegería más a Finola.

Mallow volvió a inclinar la cabeza.

—Buscaré yo misma.

Se deslizó hacia Briony mientras ella se daba cuenta de lo que estaba a punto de hacer. Briony intentó retirarse, pero tenía los músculos bloqueados. Se le cerró la garganta de miedo mientras Mallow la rodeaba y volvía a acercarse a ella de frente, inclinándose hacia su cara. Briony miró en los túneles negros que eran los ojos de Mallow, atraída hacia ellos de forma inexorable.

Y entonces sintió unas dagas en la cabeza, hundiéndose en sus ojos y retorciéndose profundamente. No podía respirar mientras los recuerdos salían flotando de su cabeza, tiraban hacia fuera y empujaban hacia atrás.

Vio a Finola con un dolor intenso y punzante, una adolescente con los dientes anchos y el pelo rubio miel trenzado. Estaba sentada en el césped con una Briony de dieciséis años, soplando un diente de

león en un campo detrás del castillo Claremore. Tenía las mejillas muy infladas y Briony se reía.

A Briony le ardía la cabeza mientras Mallow le desgarraba los pensamientos, los recuerdos, usando una magia que solo conocían los magos de la mente más experimentados. Briony había oído hablar de la habilidad de leer la mente de Mallow, un beneficio que le otorgaba el vínculo con el dragón, pero esto era más bien magia de la mente mal ejecutada. Briony supuso que Mallow no tenía ningún motivo para pulir la técnica y conseguir algo menos agresivo y doloroso, como los magos de la mente estudiaban para lograr. La magia de Mallow era como unas garras que le abrían el cráneo y le separaban las placas.

Como una banda elástica rompiéndose en su interior, Finola era ahora una jovencita de pie junto a Phoebe en el funeral del rey Jacquel.

Briony era una pasajera en su propia mente, consciente de su propia presencia y de la de Mallow en todo momento.

Rebotó hasta Biltmore Palace y Finola estaba enseñando a Rory cómo llamar al ejército de su padre, ahora de Rory, mientras Briony tomaba notas.

—Vindecci desarrolló esto él mismo —dijo la voz melódica de Finola. Desenrolló un mapa muy grande por encima de la mesa del comedor—. Solo tienes que colocar la palma de la mano por encima del castillo al que quieres recurrir.

Lo demostró abriendo la mano sobre el dibujo con la etiqueta «Biltmore». La Briony de veintiún años ahogó un grito cuando las velas estallaron, las llamas llegaron hasta el techo y se calmaron cuando Finola apartó la mano.

Finola se giró hacia Rory.

—Los asesores de estrategia viven en Kilwoven. —Lo señaló en el mapa—. Te llevaré hasta allí mañana.

Y como si un látigo le golpeara en la mente, se sacudió y vio a Finola sentada en la cama de Briony en Biltmore Palace, con el brazo por encima de los hombros de una Briony de dieciocho años.

—No, no es mutuo. —La joven Briony se rio con lágrimas en los ojos—. Simplemente soy idiota.

Briony sintió cómo le golpeaba el corazón en el pecho incluso cuando el dolor de la mente de Mallow atravesó sus recuerdos y sofocó las terminaciones nerviosas. Se le aceleró el pulso y se le tensó aún más el cuerpo.

No, no, no. Mallow no podía ver eso...

Hubo un momento de calma en el que Mallow pareció estar asomada sobre ella, dándose cuenta de la reticencia de Briony a mostrar ese recuerdo. La conciencia de Mallow serpenteó por la escena, retorciéndose entre las dos mujeres sobre la cama y examinándolas.

—No eres idiota —dijo Finola, soplando aire en las orejas de Briony al hablar—. Yo también me pillé por un bomardi cuando tenía tu edad.

Briony la miró con ojos de sorpresa.

—¿Y qué pasó?

—Se casó el día después de terminar las clases, y le rogué a tu padre que me usara de cualquier forma, menos para un matrimonio político con Bomard. Y me dejó unirme al consejo de estrategas.

Briony soltó una carcajada.

—¿Mi padre? Para mí eso no es una opción.

—Ya verás. Ven conmigo al Camly del Sur este solsticio. Tengo amigos que pueden enseñarte... camuflaje...

El habla de Finola se ralentizó, aunque no ocurrió así hace siete años. Mallow estaba tirando hacia atrás para volver a reproducir la escena.

—... Camly... del... Sur...

Pese al dolor que sentía, Briony tuvo ganas de gritar por otros motivos. Acababa de entregarle a Mallow un lugar por el que empezar a buscar a Finola. El país Camly del Sur, al otro lado del mar.

Esperó a que Mallow le liberara la mente, para volver a estar sola en su cabeza y lidiar entonces con el dolor.

Pero Mallow seguía mirando con curiosidad a las dos mujeres sentadas en la cama. Volvió a tirar hacia atrás.

—Yo también me pillé por un bomardi cuando tenía tu edad —repitió Finola.

Briony sintió su cuerpo real retorcerse de terror, vacilando en la sala de recepciones del castillo de Mallow. Su mente le gritó para que se cerrara, como si bloqueara puertas y ventanas ante una tormenta.

De pronto, estaban deslizándose por olas de recuerdos e imágenes. Estaba obligando a la mente de Briony a dar marcha atrás. Ella intentó luchar en contra, tirar de cualquier otro momento, pero la curiosidad de Mallow no podía saciarse.

Briony estaba de pie, detrás de un roble, observando a un chico con calcetines dispares sentado en su lugar favorito, bajo el sauce del lago.

Luego estaba en la clase de elixires, mezclando ingredientes mientras el mismo chico le leía instrucciones.

—Tienes que cortar las libélulas con más cuidado...

—Para este no —dijo Briony—. Cuanto más irregulares estén, mejor.

—Pero ¿qué dices? —dijo Toven. Le fue a agarrar la mano con la que sujetaba el cuchillo—. Los cuerpos sí, pero las alas no.

Briony deslizó la mirada hacia él mientras le enseñaba cómo cortar las alas de la libélula. Le pasó los ojos por la mandíbula, la boca, la forma en la que parecía que los pómulos cortaban el aire.

Briony observó a su yo más joven mirar fijamente a Toven, con la cara como un libro abierto.

La consciencia de Mallow planeó cerca de la suya. Briony podía sentirla dentro de su cabeza, mirando no a su yo más joven, sino a la que ahora estaba observando sus propios recuerdos. Briony se dio la vuelta dentro de su mente hacia la mirada inteligente y engreída de Mallow.

En el recuerdo, Toven se giró para mirarla. Ella saltó hacia atrás y el cuchillo cayó al suelo.

Como si la agarrara un gancho por la cintura, tiraron de Briony hacia atrás justo a tiempo.

Estaba en el Circo Bomardi con siete años, su primera vez en Bomard. Rory y ella llevaban túnicas eversun a juego. Su padre estaba saludando con un apretón de manos a Orion, y Serena Hearst estaba de pie detrás de un niño de siete años con la mirada fría y el pelo gris.

—Irán juntos a la escuela, creo —dijo su padre despreocupadamente.

El niño de pelo gris puso los ojos en blanco.

Ella se acercó más, la luz le cegaba la vista. Toven Hearst retorció los dedos y envió una ráfaga de viento frío hacia ella. Ella tembló y le lanzó una mirada.

Mallow los empujó hacia delante. Ella llevaba un vestido que le picaba y Toven le tocaba la espalda mientras los hacía girar en la pista de baile de Biltmore.

—¿No? —le dijo Toven, bajando la mirada hacia sus ojos y acercando la cara hacia ella—. ¿No sabes lo que estoy pensando ahora mismo?

Briony sentía a Mallow detrás de ella, observándolos, bailando con ellos.

Los ojos de Toven parecían brillar con un fuego interior, Briony tragó saliva.

—Nunca sé lo que estás pensando.

Mallow podía escuchar los latidos de su corazón y sentir el escalofrío de su piel.

Volvió a avanzar en el tiempo. Se golpeó la espalda contra una pared de piedra en un pasillo oscuro y vacío, y Toven la agarraba por la mandíbula, penetrándola con la mirada.

—No hables de lo que no entiendes —siseó él.

—Entiendo perfectamente de lo que estoy hablando.

—Llegará el día en el que tu hermano será una cabeza atravesada en un palo y arrastrarán tu cuerpo por la calle cuando Mallow consiga lo que quiere. —La miró de arriba abajo—. Y será una lástima desperdiciar así un cuerpo como el tuyo.

Ella le escupió en la cara. Él la fulminó con la mirada, conmocionado. Y luego sonrió con aires de suficiencia. El aliento de Briony le llegaba cálido a la cara, pero él tenía la mano demasiado fría contra su mejilla.

Toven acercó el cuerpo al suyo y la acorraló. Briony abrió mucho los ojos al sentirlo mientras él la miraba desde su altura.

—Si insistes en olvidar los modales, Rosewood, voy a tener que olvidar yo los míos —susurró contra su boca.

Y con una violencia similar a recuperar el aliento después de ahogarse, volvió a estar sola en su mente. Mallow estaba allí, con ella en el gran salón, de pie delante de su cuerpo que colgaba sin

fuerza en el aire. Examinó a Briony con los ojos entrecerrados, como si hubiera sido un problema inesperado.

La cabeza de Briony sintió la ausencia de la mente de Mallow como si se le hubiera congelado el cerebro, como si algo frío le rellenara las placas del cráneo.

Mallow soltó el agarre mágico sobre el cuerpo de Briony, que cayó al suelo con las piernas dobladas en ángulos incómodos. Le dolía mantener los ojos abiertos, pero se quedó mirando fijamente a Mallow y vio cómo se le formaba una idea en los ojos al darse cuenta de algo.

Sabía que Briony una vez sintió algo por Toven Hearst.

—Ay, pobre. —Mallow chasqueó la lengua con condescendencia. Sonrió a Briony como si le hubieran dado algo majestuoso. Pero le cambió la cara igual de rápido, y miró a Toven. Extendió de golpe la mano.

Briony escuchó a Toven aspirar con fuerza, mientras el cuerpo se le abalanzaba hacia delante como una marioneta. Estiró la mandíbula hacia la mano expectante de Mallow. Las piernas parecían a punto de cederle.

Mallow giró los ojos negros hacia Toven y, de pronto, la habitación se quedó en silencio mientras Mallow buscaba entre los recuerdos y pensamientos de Toven como había hecho con Briony.

La buscaba a ella. Estaba segura.

Una gota de sudor se deslizó por la frente de Toven mientras Mallow llevaba a cabo un examen exhaustivo.

Briony no sabía durante cuánto tiempo la había analizado a ella, pero esto le pareció más largo.

Toven gruñó con la respiración acelerada.

Y tras lo que debieron de ser diez minutos, Mallow lo liberó y lo dejó caer en el suelo junto a Briony. Toven se puso de rodillas y la

miró fijamente.

Mallow sonrió complacida.

Volvió a mirar el cuerpo debilitado de Briony. Y se rio. Briony se estremeció con el eco del sonido por el salón.

Briony había deseado, una vez, al hombre que la tendría prisionera y que le drenaría la magia cada día durante el resto de su vida. Sintió un hervor familiar en las entrañas, que trepó por su cuerpo y la ahogó. La misma sensación que solía tener en la escuela cada vez que tenía que apartar la mirada de él. Realmente era repugnante desear a alguien que te tenía en tan poca estima.

Entonces se le ocurrió algo mientras luchaba por mantenerse en pie: si había tenido alguna duda de lo que Toven sentía por ella, ahora Mallow le había dado un motivo para dejar de hacerlo. No sentía nada por ella. Si lo hiciera, Mallow lo habría descubierto.

Briony cerró los ojos con fuerza.

—Diviértete con ella, Toven —dijo Mallow. Briony escuchó la sonrisa en sus palabras—. Estoy ansiosa por ver lo poderoso que serás una vez que entables el vínculo.

A su izquierda, una voz temblorosa susurró.

—Yo también, ama.

—Camly del Sur —dijo Mallow triunfal, recordándole a Briony que aquella noche le había dado mucho más que sus secretos—. Gracias, Briony. Eso es todo.

Tras pasar frente a los guardias de la puerta, bajaron las escaleras construidas dentro de la ladera de la montaña. Un fuerte tirón por un portal los llevó de vuelta al césped dentro de la Mansión Hearst.

Con la mano de Toven sobre el tatuaje, sintió un golpeteo cálido mientras volvía a encerrarla. No levantó la mirada del suelo, como si Mallow siguiera allí, mirándola fijamente. Porque seguía allí, en su

cabeza. Arrastrándose y alimentándose de ella. Quizá no se iría nunca.

Toven le soltó el brazo. Buscó su mirada con sus ojos grises, que se movían frenéticos por su cara.

—¿De qué se ha enterado?

Ella sacudió la cabeza.

—Nada importante.

—Sea lo que sea, piensa que soy cómplice —dijo él.

El viento sopló entre ellos, moviéndole la capa en giros retorcidos y bailando con los hombros desnudos de Briony.

A lo mejor se lo podía decir. En realidad no era nada. «Hubo un tiempo en el que sentí algo por ti». Sería simple y así dejaría de tener importancia. Podría encogerse de hombros y reírse.

Pero estaba allí en camisón, delante de un hombre cuyo poder sobre ella no tendría precedentes.

Briony se estremeció otra vez contra el viento. Apartó el brazo de él.

—Ha buscado en tu mente y ha visto que eres inocente, Toven. No hay nada que contar. —Desvió la mirada hacia la silueta de la Mansión Hearst, al final del largo camino—. Tengo frío y estoy cansada. Me duele todo el cuerpo y me va a estallar la cabeza. Y me duele la mejilla, por lo que sea...

—Te advertí que no hablaras con ella...

—Y me muero de hambre...

—Una niñata consentida siempre será una niñata...

—Deja que me vaya a la cama de una vez —le rogó ella.

Briony no tenía ni idea de dónde estaba la casa del jardinero, pero se puso a caminar hacia la derecha. Le había dicho que estaba cerca de donde se había electrocutado.

—Rosewood. Es por aquí.

Ella miró hacia atrás y lo vio de pie en el camino hacia el gran castillo.

—Ya es hora de que te enseñe dónde vas a vivir.

Él le hizo un gesto para que lo acompañara hasta la puerta de la Mansión Hearst.

Capítulo 16



La puerta principal se agrandaba conforme Briony seguía a Toven por el sendero. Él no miró hacia atrás ni una vez para comprobar que lo seguía.

Toven subió los escalones delante de ella y casi le sujeta la puerta abierta por costumbre, hasta que se dio cuenta y entró él primero.

El recibidor tenía paredes de mármol y oro de, al menos, treinta metros de alto. Las velas iluminaban lo justo y las escaleras rodeaban toda la entrada hasta la segunda planta, y luego a la tercera. Sobre ellos había un techo abovedado, lo más vistoso del edificio. Las paredes estaban decoradas con majestuosos cuadros de la era de Vindecci en marcos dorados.

Briony miró a la izquierda, a la derecha y al centro, y vio tres arcos tallados en mármol que daban a alas oscuras. En su vida había visto tanto mármol. No era autóctono del continente de Moreland, así que quien lo hubiera comprado lo pagó caro.

Y era ella la consentida. Briony admiró la Mansión Hearst completamente abrumada por la riqueza. El suelo de mármol estaba

caliente. Lo notaba a través de las pantuflas. Las lujosas lámparas de cristal no tenían telas de araña, no había polvo en las ventanas. Estaba increíblemente bien cuidado, pero ¿quién se encargaba de ello?

Toven hizo un gesto con los dedos para cerrar la puerta y ella añoró utilizar ese tipo de magia sencilla. Pasó por delante de ella, y se le hundió el estómago cuando lo vio subir las escaleras.

Se había imaginado que tendría una celda en el sótano, o un hueco junto a la cocina. Mientras lo observaba subir, pensó que quizá las alcobas del servicio estaban en la tercera planta. Puede que tuviera una habitación sin amueblar como la de la casa del jardinero.

Pero cuando lo siguió escaleras arriba, él giró en la segunda planta. Donde tradicionalmente estaban los dormitorios de la familia.

Briony se agarró a la barandilla de mármol y se detuvo en el rellano. Entonces, los recuerdos de varias conversaciones aparecieron en su cabeza.

Los chicos bomardi hablando de qué le harían a su latiente cuando la tuvieran.

Las cinco mil monedas de oro extra porque estaba intacta.

Magia Sagrada, que para ella era ajena, pero que entendía, al menos, que consistía en conseguir más poder al tener relaciones sexuales con un vínculo latiente.

—¿Dónde me estás llevando? —preguntó con una voz más fuerte de lo que se sentía en realidad.

Él se giró en mitad de un pasillo oscuro.

—A donde vas a vivir.

—¿Que es...?

—Un dormitorio —dijo él, aparentemente frustrado con ella.

Ella tragó.

—¿El dormitorio de quién?

Se quedó mirándola y ella intentó aferrarse a todas las veces que él había mostrado decencia. A la forma en la que se cabreaba con los demás chicos cuando se ponían groseros. A la forma en la que coqueteaba, en lugar de intimidar.

Toven pestañeó una vez. Sus labios se tensaron.

—Tuyo —dijo con la voz suave.

Cuando giró y siguió avanzando por el pasillo, ella todavía tenía la respiración entrecortada en el pecho, aunque cada vez menos. Lo siguió mientras observaba con atención los tapices y los candeleros de la pared.

Él se detuvo delante de una puerta a la derecha, cerca del final del pasillo, giró el pomo y se hizo a un lado para dejarla entrar primero. Cuando ella se acercó, Toven retrocedió.

Era una habitación cómoda, el doble de grande que la casa del jardinero. En la pared de enfrente había ventanas cubiertas con finas cortinas y un sillón. A la derecha había una cama con dosel y un armario. La mesita de noche de la derecha tenía una vela y una cajita para las joyas. A la izquierda había una puerta que daba a un cuarto de baño privado.

Se adentró más y vio que la pared de la derecha tenía una estantería, aunque solo había tres libros.

Era sencilla pero agradable. Lo mejor que podía esperar, sinceramente.

Se giró hacia Toven, que la observaba con atención desde el otro lado de la puerta. A falta de mejores palabras, dijo:

—No está mal.

Él entrecerró los ojos y resopló.

—¿Preferías un catre en un armario?

Ella se encogió de hombros.

—No sé qué importancia tiene. Pensaba que los latientes no necesitaban lengua, mucho menos un sitio cómodo donde dormir.

Lo observó mientras asimilaba sus palabras.

—Cuanto más sano esté el latiente, más sana es su magia.

—Ah, genial. Para ti. —Le lanzó una mirada y él se la devolvió—. ¿Qué conlleva el vínculo latiente?

—No hace falta que te preocupes por eso —dijo, y giró hacia la puerta.

Ella frunció el ceño. Claro que no hacía falta que se preocupara. No era más que su magia.

—Si necesitas algo razonable, puedes pedírselo a la casa —dijo él —. Comida, mantas, elixires contra el dolor. Te los proporcionará.

Agarró el pomo de la puerta y Briony sintió temor al pensar que estaba a punto de encerrarla ahí dentro sin acceso a nada ni a nadie durante el resto de su vida.

—Me gustaría saber dónde están todos —dijo ella apresuradamente—. Los eversun.

Él hizo una pausa y luego se dio la vuelta para apoyarse en el quicio de la puerta.

—Pensaba que estabas cansada, que tenías frío y hambre, y que te dolía la cabeza y el cuerpo...

Ella puso los ojos en blanco y suspiró ante su irritabilidad.

—Benditos sean los mares...

—Pero si quieres seguir charlando, igual podrías decirme qué ha encontrado Mallow en tu mente.

—Te estoy preguntando por las vidas de la gente, Toven. Por su seguridad.

—Yo también —dijo—. La seguridad de mi familia.

Lo decía completamente en serio, y ella no sabía por qué. Lo miró con los ojos entornados y se cruzó de brazos.

—¿Qué temes que haya encontrado en mi mente? —preguntó Briony.

Él se apartó de la puerta.

—No voy a jugar a las adivinanzas contigo. Duerme bien, alteza.

Salió de la habitación y cerró la puerta. Briony escuchó la cerradura, que hizo eco en su cabeza con firmeza. De pronto sintió las paredes demasiado estrechas. Estaría encerrada a saber por cuánto tiempo. Se le entrecortó la respiración y se acercó a la ventana para mirar algo que no fueran cuatro paredes.

La cortina apenas tapaba la luz, pero imaginó que dormir bien sería de sus menores preocupaciones. La apartó a un lado y entrecerró los ojos contra la oscuridad. La habitación daba a la parte delantera de la propiedad, pero no conseguía distinguir la verja.

Giró en círculo para examinar la habitación. Se acercó a la estantería y miró los tres libros. Eran de no ficción, y uno de ellos, un libro de texto de medicina. El joyero de la mesita de noche no tenía nada dentro.

Intentó girar el pomo solo para asegurarse de que había oído el pestillo. Lo había oído.

Briony se asomó al baño. Estaba poco decorado, de mármol y cobre, y había una bañera en medio. Se sobresaltó al ver su reflejo. Estaba pálida y delgada, y tenía el pelo encrespado y sucio. El camisón le colgaba de los hombros huesudos.

¿Había comido desde que llegó hacía seis días?

Se miró el collar dorado en el espejo para comprobar si se le había escapado algo, pero no había forma de abrirlo.

Briony volvió a girarse hacia la habitación, a punto de pedir algo de cenar. Pero antes de hacer el ridículo pidiéndole comida a las paredes, se fijó en una mesita que no estaba ahí antes, junto al

sillón al lado de la ventana. Un planto humeante de carne y verduras la saludó. Le rugió el estómago.

Las patatas estaban gratinadas, muy parecidas a como las comían los eversun, y su olfato reconoció una especia de su tierra en la carne.

Briony consideró lo que Toven le había dicho de mantener sanos a los latientes. La comida no iba a estar envenenada, pero aun así no se sentía a gusto comiéndosela.

¿Qué estaría comiendo Cordelia? ¿Le habían dado una bañera y una cama a Didion?

Apareció la cara de Rory en su cabeza y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Briony se dejó caer en el sillón. Cogió solo el bollo de pan y empezó a comérselo despacio.

¿Qué harían ahora sin Rory? ¿Había alguna esperanza? Masticó el pan caliente y pensó en Finola. Si había huido y era capaz de contactar con otros, ¿sería suficiente? ¿Tendrían algo que decir Camly del Sur o cualquier otro país al otro lado del mar sobre los actos de Mallow aquí? Había acabado con el linaje Rosewood.

A Briony le dolió el corazón. Intentó tirar de la vena que la conectaba con Rory, pero no encontró nada.

¿Por qué no le había dado un abrazo de despedida?

Se le derramaron las lágrimas por las mejillas y tiró el pan al plato. Sentía un vacío dentro que se había hecho cada vez más grande desde la muerte de su padre. Ayudar a Rory y prepararlo para el éxito había sido su único propósito en los últimos cuatro años, y ahora ya no estaba.

¿Dónde estaba su cadáver? ¿De verdad Mallow lo había quemado?

Briony arrugó los ojos con dolor, no había ningún sitio donde llorarlo. No estaría en el mausoleo Rosewood con su padre y su

madre.

Una respiración temblorosa le rompió el pecho, y lloró hasta que se enfrió la comida.

Cuando por fin se secó los ojos y sorbió las lágrimas, se giró para lanzarse al plato de comida, pero había desaparecido.

En su lugar había un trozo de papel. Las palabras iban apareciendo despacio a medida que la tinta brotaba desde abajo. Miró mientras se escribían las primeras líneas.

Riann Cohle: Cordelia Hardstark.
Del Burkin: Didion Winchester, Velicity Punt.
Aron Carvin: Phoebe Rosewood.

Briony aspiró una bocanada de aire y cogió el trozo de papel antes de que desapareciera tan rápido como había aparecido. Devoró la información, separando sus emociones de los hechos.

¿Era esto a lo que Toven se había referido cuando dijo: «Si necesitas algo razonable, puedes pedírselo a la casa»? ¿La casa había escuchado sus peticiones? Observó cómo se formaban las palabras mientras se respondían todas sus preguntas.

Liam Quill y su padre habían comprado a Katrina y a Simon, un joven eversun con el que todos habían ido a la escuela. Sintió náuseas al leer que Canning Trow había comprado a Jellica Reeve, la mujer a la que había sacado de la celda para probar el elixir.

La lista no incluía a Larissa, pero sabía que estaba con Finn Raquin.

Repasó todos los nombres. Faltaba algo. No aparecían ni Sammy Meers ni su padre, el general. Pero a Sammy lo habían subastado. Fue el primer eversun en salir al escenario. A Briony se le hundió el corazón. Si los Meers no aparecían, ¿estaban vivos?

Briony memorizó la lista de nombres hasta que no pudo mantener más los ojos abiertos. No sabía qué podía hacer con la información,

pero tener una idea de dónde estaban sus amigos era algo bueno.

Se arrastró hasta la cama con el trozo de papel arrugado en la mano y se durmió profundamente, sin soñar.

Por la mañana, se despertó con el olor del desayuno sobre la mesita de noche. Pasteles de miel recién hechos, una salchicha y más fruta de la que podría comerse en una semana. Briony cogió la bandeja y se dio un festín.

En el armario encontró más perchas vacías que ocupadas. Había dos vestidos de lana de estilo bomardi para el frío, y dos camisones limpios como el que llevaba puesto desde ayer. Había un vestido elegante, medias, ropa interior en colores pálidos y zapatos para todas las estaciones.

Se puso rápidamente la ropa interior, como si le fuera a morder, y cogió uno de los vestidos de la percha. Se vistió, preguntándose si tenían algún hechizo para que le quedara todo perfecto. La tela mágica era un lujo muy caro, pero quizá la riqueza de los Hearst suponía que ni siquiera tenían en cuenta otra alternativa no mágica.

El sol entraba con fuerza a través de las cortinas desde que se había despertado, pero ahora por fin las abrió. Cuando la luz le acarició la piel, se dio cuenta de que no había visto el sol desde el día en que murió Rory.

La Mansión Hearst era preciosa. Donde por la noche había habido sombras grises, esta mañana había verdes intensos. Tenía vistas directas a la verja de hierro, y el bosque del que había salido la zorra estaba a la izquierda. Su habitación estaba casi al final del ala. Apoyó la cara contra el frío cristal y vio el final del edificio a la izquierda, puede que tan solo a una habitación más. Briony se dio la vuelta y miró a su alrededor mientras el sol le calentaba la nuca.

¿Esta era su vida ahora? Comería, se bañaría y dormiría en la misma habitación, Toven le drenaría la magia desde la distancia y, de vez en cuando, Mallow se introduciría en su mente en busca de información.

Intentó pensar como Finola durante un momento. Ella estaría buscando una salida, pero Briony ya sabía dónde estaba la barrera.

Briony se miró el tatuaje. Toven había puesto la mano encima para transportarla fuera de la propiedad. Solo podía salir con él.

La idea de usar sus trucos de mujer para volver a salir de la propiedad la hizo reír. Briony se llevó las manos a la cabeza y se frotó la cara. A lo mejor podría haber pasado más tiempo aprendiendo un par de cosas de Larissa.

Se deslizó los dedos por las mejillas hasta el cuello, y se paró sobre el metal. El collar le quitaba la magia y el tatuaje la mantenía dentro de su cárcel. No sabía nada de ninguna de esas magias.

Lo poco que sabía de la magia latiente venía de los rumores de la escuela. Los latientes no eran una práctica común en Evermore, porque los magos de la mente no los necesitaban para abastecer su poder, e incluso su uso en Bomard no fue muy conocido hasta el ascenso de Mallow al poder. Como le había dicho Katrina hacía años, los latientes eran, en realidad, una magia basada en el amor y estaba destinada al matrimonio. Compartir la magia hacía más fuertes a ambos miembros de la pareja. Lo que Bomard había estado haciendo contaminaba el propósito, ya que drenaba la magia en beneficio de una única persona. Supuso que el collar le quitaba la magia a ella y pronto la dirigiría a Toven, una vez finalizado el vínculo, impidiéndole el acceso a su propio poder. Y la Magia Sagrada era otra cosa completamente diferente, un impulso añadido de magia para dos latientes vinculados que quisieran compartir sus

cuerpos sexualmente. Canning había encontrado la forma de contaminar también eso con su elixir.

En cuanto a los tatuajes, Briony no tenía ni idea de por dónde empezar. Si tuviera a su disposición las bibliotecas eversun, trabajaría día y noche para descubrir qué magia habían utilizado para ellos.

De pronto, recordó a alguien que lo había esquivado.

Larissa.

Finn Raquin le había quitado el tatuaje en la puerta, pero Toven debía de conocer el plan de Finn.

Briony se preguntó si conseguiría que Toven le contestara esa pregunta.

Con un suspiro, se acercó a la estantería, cogió el libro de hierbas y emplastos medicinales, la opción menos aburrida, y se sentó en el sillón el resto del día.

Aquella noche soñó con Rory. Iba con un traje informal blanco y negro, con una rosa en la solapa. Ella observaba a través de la niebla mientras Cordelia se encontraba con él en la playa con una toga eversun fluida, y se miraban fijamente el uno al otro bajo el atardecer. Se estaban casando.

Briony se despertó llorando, sin poder respirar. Se tapó la cara con la almohada y gritó.

Al día siguiente hizo lo mismo con el segundo libro de la estantería, una historia infantil de Ash Wood en Bomard.

Y el tercer libro al día siguiente. Una biografía del mayor oponente de Vindecci, a quien Evermore apenas se molestaba en nombrar en sus libros de historia.

El cuarto día volvió a empezar el libro de medicina.

Cada mañana intentaba abrir la puerta. Cada tarde miraba la lista de nombres que le había dado la casa. Cada noche soñaba con Rory,

con Didion, con Cordelia. Se despertaba llorando. Y volvía a intentar abrir la puerta.

Perdió las ganas de bañarse o de quitarse el camisón, así que dejó de hacerlo. Cuando aparecía la comida, la miraba y luego volvía al libro o a mirar por la ventana.

A veces golpeaba la puerta y gritaba que la dejaran salir, pero no respondía nadie. Tiró la vela y el joyero contra la pared y, o estaba increíblemente débil, o el joyero con bordes de cobre era irrompible. No recibió ninguna respuesta. Lanzó el sillón contra la ventana, pero el cristal ni se quebró.

Toven no volvió a molestarla.

¿Iba a tener que vivir para siempre así?

No tenía ni idea en qué consistía la vinculación latiente, por lo que era muy posible que ya lo hubieran hecho tras la orden de Mallow. El collar ya lo tenía. Sabía que la magia latiente no era lo mismo que potenciar. Potenciar era un pulso rápido de poder, mientras que la magia latiente se mantenía en el tiempo y la distancia, un suministro de energía a largo plazo, a no ser que se volviera demasiado entusiasta. Fuera como fuera, Briony no sintió ningún cambio en su falta de magia. Seguía sin poder acceder a nada dentro de su mente ni de su corazón.

El sexto día, Briony se quedó en la cama. Miró por la ventana con la cabeza en la almohada. Las lágrimas le dejaban un rastro sobre la nariz y caían en las sábanas. Quería dejarse consumir. Quizá así se reencontraría con Rory.

Se le estaban cerrando los ojos contra la luz del sol cuando escuchó un golpe fuerte en la puerta.

Briony se sobresaltó. Se secó la cara y salió rápidamente de la cama. Antes de que le diera tiempo a invitar al visitante a pasar, la puerta se abrió.

Entró Serena Hearst con una expresión de disgusto. Tenía un vestido azul ajustado, hecho a medida al estilo bomardi, con mangas largas y cuerpo ajustado. No cabía duda de que era la señora de la casa.

De pronto, Briony fue muy consciente de su cuerpo sin asear.

—No estás comiendo —dijo la señora Hearst—. Y, por lo que veo, tampoco te estás bañando.

Briony tragó saliva muerta de vergüenza.

—Tienes que comer —dijo la señora Hearst—. No permitiré que te debilites. Tu magia tiene que reforzar la de Toven. Cuanto más sano esté el latiente, más sana es la magia.

Briony frunció el ceño, pero antes de poder protestar, la señora Hearst movió los dedos y se abrió el armario. El vestido de noche salió volando hasta la cama, junto a un par de zapatos.

—Vamos.

Briony se puso el vestido y se lo ató a la cintura.

—¿Dónde?

—Vas a comer y a hacer ejercicio. Te pasearé como a un perro si hace falta.

Serena Hearst salió y dejó la puerta abierta.

A Briony le dio un vuelco el corazón mientras se apretaba los zapatos. La estaban dejando salir.

Capítulo 17



Briony se movió rápido, ansiosa por salir de esas cuatro paredes, aunque significara pasar tiempo con Serena Hearst.

La mujer rubia no dijo nada cuando Briony la alcanzó en el pasillo. Solo se dio la vuelta y empezó a andar lentamente hacia las escaleras. Briony la siguió, mirando los cuadros y los tapices que ya había visto a oscuras cuando llegó. La señora Hearst mantenía el paso lento, y Briony lo agradeció. Seis días encerrada en la Mansión Hearst después de seis días recuperándose de una electrocución tras una semana en la mazmorra de Trow... No estaba en su mejor momento físico.

La señora Hearst bajó las escaleras y Briony se apoyó en la barandilla. Le costaba respirar y por fin fue consciente del hambre que tenía.

Pasaron por delante de un gran ventanal que daba hacia la parte de atrás de la finca, y a Briony le llamó la atención el gran estanque que vio la primera noche. Quería preguntarle a la señora Hearst si lo

habían hecho con magia o era natural, pero se contuvo cuando la mujer se dio la vuelta y la miró con frustración.

—Ven —dijo la señora Hearst.

Giraron hacia el ala contraria a la de la habitación de Briony y vio multitud de puertas nuevas que examinar. Algunas tenían una rendija abierta, otras estaban cerradas. Pudo ver un comedor formal, un comedor casual, un estudio, una sala de estar..., y esas eran solo las puertas abiertas.

Por fin llegaron a la cocina y Briony casi se rio por lo vacía que estaba una habitación tan grande. Había muchísima comida, pero ni un cocinero, y solo eran tres bocas que alimentar en la casa. De momento, supuso ella. La señora Hearst pasó una mano por las encimeras y le señaló las frutas y los quesos, los dulces de miel, las carnes y las verduras hervidas.

—Come —le ordenó. Tenía una expresión aburrida, como si acabara de empezar una lista de las cosas que hacer en todo el día.

Había una taza de té humeante en la encimera, y Briony le dio un sorbo despacio. Le rugió el estómago cuando se acercó a la fruta y a los quesos. La señora Hearst estaba de pie en una esquina, agarrándose las manos por delante, esperando a que Briony obedeciera. Mordisqueó el queso y alguna manzana, pero la cesta de la fruta le recordaba demasiado a la mazmorra de Trow y a las mujeres que ahora estaban tan lejos de ella. Pasó a las verduras y las carnes.

—Toven dice que no hay personal de servicio —dijo Briony con delicadeza, tanteando el terreno.

—No, no hace falta —dijo la señora Hearst. Briony pensó que igual era todo lo que iba a decir, pero continuó—: El castillo está construido con piedras Starksen, antes de que las declararan protegidas mágicamente.

Briony la miró con los ojos muy abiertos, a punto de coger la cuchara para servir. Las piedras del país de Starksen eran de magia primitiva, de antes incluso del sistema de gestos mágicos que los magos aprendían en la escuela. La sola existencia de las piedras asombró a los académicos, y eran la base de frases como: «¡Por todas las piedras!» o «¡Que las piedras te bendigan!». Las piedras Starksen eran muy raras de encontrar en Moreland y, normalmente, aparecían en forma de estatuas de mármol o puertas altamente protegidas.

—¿Todo el castillo está construido con piedras Starksen? —repitió Briony.

La mirada fría de la señora Hearst se deslizó hacia ella.

—Come, señorita Rosewood.

Briony volvió a la comida, pero le daría vueltas a esa información más adelante. Al ir a coger la carne, levantó la mirada a la pared que tenía enfrente.

Había colgada una página de *El Diario*, la fuente de información del continente. La mayoría de los hogares de Evermore y Bomard tenían al menos una página de *El Diario* que se actualizaba todos los días. El personal de su casa tenía una colgada en la cocina también, pero lo que sorprendió a Briony fue la noticia del día de hoy.

La cara de Sammy Meers la miraba fijamente y a Briony le dio un vuelco el corazón.

Era una representación vulgar, con los ojos hundidos y las mejillas demacradas, pero era él. Reconocería esos rizos y la forma de esa mandíbula en cualquier parte. El titular decía: «Se busca: Meers. Es muy peligroso».

Se puso a pensar. Sammy no estaba muerto. Había huido y estaba provocando un caos, aparentemente.

Se volvió a encender en su pecho la misma chispa que sintió cuando supo que Finola aún estaba viva. ¿De cuántos secretos más podría enterarse leyendo *El Diario*?

Miró a la señora Hearst, que miraba por la ventana sin ningún interés. Briony miró la salchicha, dispuesta a comerse veinte si eso significaba venir aquí y leer las noticias.

Encima del dibujo de Sammy estaba la fecha de hoy, y debajo del titular había un batiburrillo de palabras que Briony se apresuró en leer.

> En la última oleada de asesinatos, un pueblo al noroeste de la cordillera Armitage fue brutalmente atacado la noche de ayer a manos de Sammy Meers y su pandilla de insurgentes.

—¿Has acabado?

Briony se sobresaltó. La señora Hearst la miró con la cabeza inclinada. Briony no sabía cómo retrasar el tiempo suficiente esa visita para leer más páginas del periódico.

—Sí —dijo Briony, dando un último bocado y volviendo a buscar entre las palabras algún otro nombre o ubicación conocidos. Leyó descripciones de varias personas, pero ninguna le llamó la atención.

La señora Hearst le hizo un gesto para que la acompañara fuera de la cocina. No se había dado cuenta de que Briony había estado leyendo *El Diario*. Miró una última vez la cara de Sammy, determinada a encontrar la forma de volver a la cocina y a esta fuente de información.

Briony todavía estaba considerando cuáles eran las probabilidades de que la señora Hearst la volviera a traer aquí si empezara una huelga de hambre cuando se dio cuenta de que iban en otra dirección.

Asimiló más zonas de la Mansión Hearst, intentando averiguar en qué parte del castillo estaban ahora.

—¿Adónde vamos? —preguntó por fin cuando la señora Hearst la dejó pasar a una sala de estar antes de darse la vuelta y hacerla volver por donde habían venido.

—Te estoy paseando —respondió la señora Hearst con frialdad—. Ya que no lo haces tú sola.

Briony apretó los labios ante la suposición de que le era posible salir a pasear, y luego siguió a la mujer rubia por delante de una puerta con una rendija abierta. La señora Hearst giró la muñeca y la puerta se cerró con un clic. Briony dudó un momento antes de seguir. Ninguna otra puerta había llamado así la atención de la señora Hearst. Observando todo lo que podía del pasillo, Briony memorizó dónde estaban: cerca de la cocina, en el ala noroeste, hacia la parte trasera de la casa, junto a un tapiz del bosque Ash Wood.

Se mantuvo tres pasos por detrás de la señora Hearst, hasta que por fin entraron en el recibidor con la escalera principal. Levantó la mirada al sol que entraba por el techo abovedado y sintió el calor del mármol en la piel y en los pies.

Pero en lugar de volver a subir las escaleras, la señora Hearst la llevó hacia la otra ala del castillo. Estaba abrumada con todos los cuadros, tapices y puertas que memorizar. A su izquierda había unas puertas abiertas y tentadoras, y Briony ahogó un grito cuando la señora Hearst la llevó dentro.

Una biblioteca.

Era del tamaño de una librería pequeña. O a lo mejor de una librería grande, Briony no veía la pared del fondo. Con los techos altos como un salón de baile, con estanterías que llegaban hasta arriba y unas escaleras en el centro que llevaban a un rellano donde había aún más estanterías.

—Ven.

Briony miró a la señora Hearst y se dio cuenta de que se había detenido completamente. Tenía una expresión neutral pero impaciente. Briony echó un último vistazo a la enorme sala y siguió a la señora Hearst hasta las escaleras que subían a la segunda planta. Llegaron de nuevo a la puerta de su habitación y la señora Hearst le indicó que entrara. A Briony le faltaba el aire.

—Por favor, aséate, señorita Rosewood —dijo con un tono de voz que no admitía discusión.

Ella asintió llena de vergüenza mientras la señora Hearst le miraba el pelo sucio y la piel grasienta. Se quedó de pie en el quicio de la puerta y Briony pensó que quizá iba a esperar a que abriera el grifo.

—Debes acostumbrarte a este sitio —dijo de pronto—. Puede que te parezca una cárcel, pero en realidad no está tan mal. Es una celda muy elegante, ¿no?

Briony sintió un viento hueco en su interior que se asentaba entre las costillas. Asintió porque no sabía qué decir. Tenía la cabeza en otro sitio, en la página de *El Diario* colgada en la pared de la cocina, y se preguntaba cómo podría conseguir que la volvieran a sacar a pasear.

La señora Hearst suspiró.

—Siento todo lo que has perdido, pero no puedo ofrecerte más que la certeza de que la Mansión Hearst es el lugar más seguro para ti.

Era la segunda vez que Briony escuchaba esas palabras, pero no las entendió mejor. La señora Hearst tenía una mirada tranquila y, aunque le había ofrecido unas palabras amables, el tono no había sido nada tranquilizador.

Briony tenía que ganarse la confianza de esta mujer de alguna forma. Puede que lo mejor fuera comportarse como una prisionera agradecida.

—Gracias por la comida, señora Hearst —dijo Briony con delicadeza—. Creo que el paseo y la conversación me han venido bien.

Estaba a punto de sonreír y prometer que se iba a bañar cuando la señora Hearst dijo:

—Puedes llamarme Serena.

Briony levantó las cejas sorprendida. Por primera vez creyó ver algo parecido a una sonrisa en la cara de la mujer.

La señora Hearst, Serena, salió de la habitación y cerró la puerta con un clic suave. Briony se quedó quieta en el silencio del cuarto, esperando a que todo cobrara sentido. Se sentó en el sillón y pensó en la mejor forma de torcer el brazo de Serena para que la paseara otra vez. Y entonces se dio cuenta...

No había escuchado el pestillo.

Se puso de pie de un salto y fue hacia la puerta. Agarró el pomo con la mano temblorosa.

Giró. Se abrió.

Se le aceleró el corazón al abrir una rendija de la puerta para asomarse.

Escuchó unos pasos sobre el mármol al fondo del pasillo, y volvió a cerrar rápidamente. Tras cinco minutos de silencio tenso, volvió a agarrar el pomo, solo para asegurarse. Giró.

¿Se había distraído tanto Serena con sus palabras de consuelo que se había olvidado de cerrar? ¿Se acordaría más tarde?

Briony fue al baño y llenó la bañera, aturdida. Lo intentaría por la noche, mientras todo el mundo dormía.

Se pasaría toda la noche con la página de *El Diario*, sacándole toda la información. Le ardió el pecho con las expectativas.

A medianoche, Briony se levantó de la cama descalza y con un vestido limpio. Miraba el reloj moverse demasiado despacio mientras retorcía los dedos con nerviosismo.

Esperó unos cuantos minutos antes de abrir la puerta y salir. Siguiendo el mismo camino que Serena había hecho con ella, Briony bajó por las escaleras pequeñas, en lugar de las grandes del recibidor. Pasó por la biblioteca y se paró solo un momento, hasta que decidió que su prioridad ahora era enterarse de lo que estaba ocurriendo fuera de estas paredes.

Las sombras de la Mansión Hearst la atormentaban a cada paso, y los tenues candeleros parecían titilar cuando se acercaba a ellos. Se detuvo en el recibidor por el que tenía que pasar para llegar a la otra ala. La bóveda acristalada del techo reflejaba la luz de la luna en ángulos extraños por todas las paredes y las estatuas.

Con paso apresurado, pasó de puntillas por el mármol sin hacer ruido. Le resultó fácil volver a encontrar la cocina. Se aseguró de que estaba sola antes de agarrar una vela olvidada en una repisa y acercar la mecha a un candelero casi apagado.

Briony se acercó rápido a la hoja colgada en la pared y vio que todavía estaba la noticia del día con las imágenes de Sammy. El propio Vindecci había creado *El Diario* hacía casi seiscientos años para conectar a la gente de todo el continente enviando noticias e información directamente a las páginas en cada hogar.

Tocando la página con la yema del dedo, susurró al grueso pergamino que le mostrara las noticias del día del eclipse, el día que Rory había muerto. La tinta desapareció y volvió a aparecer formando otras palabras.

Leyó página tras página de propaganda bomardi, intentando encontrar las grietas en las celebraciones y los éxitos. Leyó por encima los fragmentos sobre la quema del cuerpo de Rory, incapaz

de profundizar en los detalles, y se centró en buscar tres nombres: Sammy Meers, general Billium Meers y Finola Rosewood. El día de la subasta informaron con una lista como la que le había entregado a ella la casa. Se dio cuenta de que el paradero de Sammy Meers tampoco se mencionaba en *El Diario*, pese a que fue el primero en ser subastado.

A Briony se le tensó la piel al darse cuenta. Sammy había estado en el escenario cuando Larissa atacó a aquel guardia y empezó el altercado entre bambalinas. Debió de escapar aprovechando el caos. Ella respiró hondo, agradeciendo a los mares que hubiera salido algo bueno de ese intento fallido de motín.

La primera mención a Sammy Meers llegó ocho días después de la subasta. Briony contó los días mentalmente y recordó que ella acababa de llegar de visitar a Mallow junto a Toven dos noches antes.

ALLANAMIENTO EN LA RESIDENCIA BURKIN

Del Burkin ha muerto esta mañana tras una horrible tragedia en su residencia esta pasada noche. La carnicería coordinada y despiadada tuvo lugar en mitad de la noche y resultó en el secuestro de los latientes de Burkin.

Sammy Meers, prisionero eversun a la fuga y conocido agitador, junto con otro atacante desconocido y experto en camuflaje o magia controladora de la mente asesinaron a Del Burkin en su cama y huyeron con sus dos latientes.

Briony se agarró al borde de la encimera, desesperada. Volvió a repasar la palabra una y otra vez. Del Burkin estaba en la línea al Sillón, ¿verdad? Era el sucesor de alguien, o eso creía ella. El agresor desconocido tenía que ser Finola. Briony sabía que no había nadie más a la fuga con la habilidad suficiente en camuflaje como para destacarla. Pero entonces se le pasó por la cabeza otro

pensamiento: Burkin había comprado a Didion y a Velicity Punt en la subasta.

Sammy, Finola, Didion y Velicity... Le sonó la garganta con esperanza al tragar. Con la planificación astuta de Sammy, las conexiones y habilidades de Finola, la valentía leal de Didion y la tenacidad de Velicity, Briony apostaría lo que fuera por ese equipo sin pensarlo.

Le temblaban las manos y las expectativas le hinchaban el pecho. Se estaba creando una rebelión.

Avanzó las fechas y encontró otra mención a Sammy y una descripción de Velicity: «Piel marrón oscuro, le falta el antebrazo izquierdo».

Cerró los ojos con fuerza y absorbió una respiración. El tatuaje. Si Briony se cortaba el brazo, podría deshacerse del tatuaje.

Intentó imaginárselo. Intentó pensar en Velicity en el límite de alguna estructura gótica, mirando a Sammy hasta que le dio permiso para mutilarla. Sammy y Finola habrían matado primero a Burkin pensando que con eso sería suficiente, que el latiente sería libre si el propietario estaba muerto. Otra información nueva para archivar: la muerte del propietario no libera al prisionero.

¿Didion también se había cortado el brazo? Se le llenaron los ojos de lágrimas.

¿Y recuperaron su magia cuando Burkin murió? Briony buscó alguna mención a los collares de Sammy o Velicity en sus descripciones, pero no encontró nada.

Briony consideró sus opciones. Podía robar ahora mismo un cuchillo de la cocina y cortarse su propia carne y hueso.

Pero ¿dónde iba a ir herida, sangrando y sin magia? ¿Cómo iba a encontrar a Sammy y a Finola? Tenía que haber otra forma de

esquivar el tatuaje que no supusiera ponerse en una posición tan vulnerable.

Briony respiró hondo y susurró al diario: «Siguiente página, por favor».

Los candeleros cobraron vida en la cocina.

Se dio la vuelta y se encontró a Orion Hearst apoyado en el marco de la puerta, con los ojos pegados a ella.

—Ah —dijo—. Odio encontrarme plagas en la cocina.

Capítulo 18



A Briony se le aceleró el pulso y los músculos le rogaron que saliera corriendo. Orion entró en la cocina y la escudriñó con los brazos cruzados. Ella dio un paso atrás y se arrinconó en una esquina. Él la miró de arriba abajo y luego se asomó a la página de *El Diario*. Todos los movimientos que hacía parecían exagerados, como si estuviera jugando con ella.

—Ah, sí. Sammy Meers —dijo, dando un golpecito en la página—. Lo he estado buscando. ¿Tienes alguna idea de dónde podría estar, señorita Rosewood?

La miró con la cabeza inclinada, y Briony apretó la espalda contra la pared para hacerse lo más pequeña posible.

—No —dijo ella delicadamente al darse cuenta, por fin, de que él estaba esperando una respuesta.

Orion se dio la vuelta y caminó alrededor de la encimera mientras pasaba los dedos por el soporte de los cuchillos. Un anillo con una piedra preciosa oscura resplandeció bajo la luz.

—¿Y qué podrías estar haciendo fuera de tu habitación a estas horas? —preguntó.

—No podía dormir —mintió Briony.

—Y has venido a leer algo —dijo él, levantando la mirada hacia ella. Se puso frente a Briony—. Llevo varios días fuera en una misión, señorita Rosewood, así que imagínate mi sorpresa al ver cómo han cambiado tus circunstancias en este tiempo.

Briony se preguntó qué misión había sido, pero antes de que pudiera darle vueltas, él continuó:

—¿Ha sido mi hijo o mi mujer quien te ha dejado pasearte por mi casa sin vigilancia?

Le temblaban las rodillas bajo su mirada.

—Ninguno. Se me presentó una puerta sin cerrar.

Orion curvó los labios en una sonrisa condescendiente.

—Qué afortunada. —Giró los hombros—. Vuelve a tu habitación, señorita Rosewood. No vaya a ser que vuelvas a cruzar la barrera de la propiedad sin que Toven esté allí para rescatarte.

Se apartó hacia un lado y le hizo un gesto para que saliera ella primero.

Briony pasó por delante de él y caminó deprisa hacia el pasillo, cruzó el recibidor y subió las escaleras. Miró hacia abajo al rellano y vio que Orion la seguía despacio, como un depredador listo para acelerar al final. Se encerró en su habitación jadeando y arrastró el sillón entre ella y la puerta.

Sonó la cerradura.

Briony cerró los ojos con fuerza para calmarse. Le palpitaba el pecho y la cabeza le daba vueltas con toda la información que había recabado. Deslizó la mirada hacia las ventanas.

Había rebeldes eversun ahí fuera. Incluso puede que ahora mismo estuvieran de camino para buscarla. La página de *El Diario* que

había leído antes decía que Sammy estaba «atacando» un pueblo en la ladera noroeste de las montañas Armitage. Esa era la cordillera que rodeaba la Mansión Hearst.

Briony se acercó a la ventana y miró hacia fuera. Tenía una chispa en el corazón que se estaba incendiando. Invocó su magia y no se sorprendió cuando no obtuvo respuesta. Se tocó el collar que le rodeaba el cuello y supo que era necesario que entrara en la biblioteca de los Hearst. El tatuaje o el collar, uno de los dos o ambos, podía solucionarse con el libro adecuado, estaba segura.

Solo necesitaba que uno de los Hearst la volviera a dejar salir.

Briony dejó de comer de nuevo, aunque esta vez sí tenía hambre.

Cada mañana salivaba al ver la bandeja del desayuno, cada tarde se escondía en el baño lejos de la bandeja del almuerzo, y cada noche se quedaba mirando la bandeja de la cena hasta que se dormía.

En esa ocasión, solo hicieron falta tres días para que alguien llamara a la puerta, Toven esta vez.

Él abrió la puerta mientras ella se levantaba tensa de la cama, y se alegró de que, al menos, esa vez se hubiera bañado y cambiado de ropa. La miró de arriba abajo, y luego a la bandeja del almuerzo, que llevaba una hora gritando su nombre. Toven se había puesto una camisa azul oscuro con un chaleco azul claro, y la combinación hizo que le rugiera el estómago, preguntándose qué tipo de hambre sentía en realidad.

Cuando él le lanzó una mirada y se metió las manos en los bolsillos, ella se apoyó en el poste de la cama y puso la misma cara que él.

—¿Tienes intención de morirte lentamente aquí? —le preguntó.

—Bueno, no hay nada mejor que hacer.

Algo brilló tras los ojos de Toven. Apartó la mirada de ella y se adentró más en la habitación, hacia la bandeja del almuerzo junto a la ventana.

—Tienes que comer. Como mi latiente, tienes que mantenerte con fuerza.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—La verdad, para mí ese no es el argumento más persuasivo. ¿Acaso mi magia tiene un sabor diferente cuando estoy débil, Toven? ¿No es lo mismo? ¿La magia de oro no es tan suculenta?

—Parece que alguien tiene hambre —murmuró él mientras cogía un dulce y se lo metía en la boca.

Ella observó cómo masticaba y se lamía el azúcar de los labios. Apartó la mirada.

—¿Cuál es tu plan, Rosewood? —preguntó mientras se comía un bollo de miel. Era el dulce favorito de Briony, con azúcar cristalizado por encima. Él le dio un mordisco y la miró fijamente—. ¿Estás esperando a que alguien vuelva a llevarte a la cocina para que puedas seguir leyendo *El Diario*?

Ella levantó la mirada de los dulces. Ni siquiera se molestó en aparentar inocencia.

Él caminó hacia ella con la arrogancia que recordaba de la escuela antes de que se volviera frío e ilegible. Briony paseaba la mirada de la mandíbula en movimiento a la otra mitad del dulce de miel en la mano.

—¿Estás esperando a que alguien vuelva a olvidarse de cerrar la puerta? —preguntó despacio, y se detuvo delante de ella. Briony tuvo que echar hacia atrás la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Bueno, si te ofreces —dijo ella.

Él torció los labios. Se llevó el bollo a la boca y ella se preparó para observar cómo se lo terminaba, para reprimir un gruñido punzante por el hambre que sentía. Pero, entonces, él le llevó el bollo a los labios.

Y se le abrió la boca antes de que pudiera contenerse.

Briony cerró los ojos mientras Toven le metía el bollo en la boca, rozándole el labio con el pulgar al apartar la mano. Un estallido de azúcar en la lengua y sintió el estómago apretado y suelto al mismo tiempo. Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que acababa de dejar que Toven Hearst le diera de comer. Durante su huelga de hambre.

Él la miró triunfante, chupándose la miel pegajosa de los dedos antes de dar un paso atrás. Ella tragó.

—¿Te voy a tener que dar yo de comer siempre? ¿O crees que ya puedes tú solita?

Le ardieron las mejillas y se puso recta.

—Si quieres una latiente sana y contenta, necesito más cosas que hacer, Toven. Más cosas para leer. —Respiró hondo y se atrevió a decir—: Me gustaría tener acceso a la biblioteca.

Él se rio. Y estaba tan guapo que le dolía.

—La biblioteca —repitió él.

Ella se quedó mirándolo, esperando a que accediera, pero sabiendo que no lo haría.

—Puedes decirme qué te apetece leer y te lo traigo —dijo él.

—No.

Él resopló.

—¿No? ¿No quieres que sepa qué libros lees, Rosewood?

—No. Antes quiero echar un vistazo a «Cómo mutilar y torturar a Toven Hearst», y no me gustaría darte pistas de mis métodos.

Toven se acercó más a ella.

—Tú, una prisionera, quieres tener acceso ilimitado a la biblioteca más completa del mundo —dijo él. Ella tragó saliva y le sostuvo la mirada—. ¿Y qué obtengo yo con este trato, Rosewood? Imagino que tendrás pensado hacer algún tipo de trueque, ¿no?

A Briony se le puso la piel de gallina y se le aceleró el corazón. Nada en su cara le daba pie a pensar que la estaba amenazando. Sin embargo, su pausa parecía estar dándole pie a él a repensar sus palabras. Su expresión engreída se desvaneció.

—¿Qué quieres? —preguntó ella tranquilamente.

Toven parpadeó. Luego la miró con desdén y se rio. Dio un paso atrás y se giró hacia las ventanas.

—Vaya, vaya. ¿Qué diría la familia real si supiera que estás ofreciendo un trato con tu cuerpo tan pronto? Y solo he necesitado un bollo de miel...

—No te estaba ofreciendo mi cuerpo —se apresuró a decir ella. Levantó la barbilla—. Simplemente he dicho que qué quieres. ¿Saber qué descubrió Mallow en mi mente? ¿Saber dónde puede estar Sammy Meers?

Toven deslizó los ojos hacia ella. Apretó los labios y bajó la mirada.

—No enseñes tus cartas cuando estás negociando con información, Rosewood —dijo él con ironía—. Lo que tienes en la cabeza se te puede arrebatar.

Ella frunció el ceño. ¿Se lo podía arrebatar Mallow? ¿Se refería a eso? Antes de que le diera tiempo a preguntar, él suspiró y asintió mirando la bandeja.

—Come, y te dejaré cinco minutos en la biblioteca —dijo.

A ella se le cortó la respiración.

—Quince minutos.

—Diez.

—De acuerdo.

Se acercó a la bandeja de comida con las piernas temblorosas, rezando por no desmayarse en los pocos pasos que tenía que dar hasta la mesa. Briony devoró la mitad de un sándwich y unas pocas verduras antes de coger otro bollo de miel y limpiarse la boca con la servilleta de tela. Dio un sorbo de té para pasarlo todo.

—Lista —dijo, dándole un mordisco al bollo.

Él apartó la mirada de su boca y caminó hasta la puerta.

Lo siguió por el pasillo y las escaleras mientras masticaba a conciencia. No tenía ni idea de qué tipo de libros buscar. ¿Marcas mágicas, quizá? ¿Con referencias cruzadas de tatuajes y barreras limítrofes?

Toven empujó la doble puerta y Briony se tambaleó al ver aquello otra vez. Pensaba que se había imaginado lo grande que era la biblioteca, pero no.

Al entrar, el olor a libros viejos le llenó los sentidos. Quería acercarse a todas las estanterías y dejar seca de información la biblioteca Hearst. Había una mesa larga a la derecha, y unos sofás y sillones con aspecto de ser muy cómodos en el centro.

Toven se acercó a un libro enorme en la esquina izquierda.

—Este es el catálogo. Puedes pedir un tema o un título específico y los libros se organizarán solos, ya sea guiándote con una luz de navegación o acercándote directamente los libros.

Briony asintió, pero se alejó del catálogo porque no quería dejar rastro de lo que estaba investigando. Subió los seis escalones hasta el rellano de arriba y rodeó una estantería con hileras e hileras de libros. Ahogó un grito que sonó muy fuerte en la habitación en silencio.

—Diez minutos —le recordó Toven desde cerca de la puerta.

Briony se acercó a una sección sobre protección mágica, abriendo los lomos de barreras limítrofes y magia de propiedad. Estaba buscando por el quinto índice cuando se le pasó por la cabeza un pensamiento aterrador.

Su mente.

Las imágenes que había visto..., lo que había leído...

Mallow lo podía ver todo si volvía a indagar en su mente.

Y Toven le acababa de decir: «Lo que tienes en la cabeza se te puede arrebatar».

Mallow no solo tendría acceso a sus recuerdos importantes. Podía ver todo lo que había hecho Briony, por muy mundano que fuera. Páginas, palabras, información. Sus cosas favoritas.

Mirando las baldas de una estantería tan oscura y poderosa que podía derrotar a Mallow y a todo Bomard si sus páginas cayeran en las manos adecuadas, Briony se dio cuenta de que no podía usar nada de aquello.

Se apartó respirando con dificultad. No podía investigar nada. Nada era seguro. Parpadeó rápido a los montones de libros y se concentró en su respiración porque sentía un dolor agudo en las costillas.

Su mente no era suya. Aún sentía la presencia de Mallow dentro, densa como el aceite. Quizá no volvería a arrasar con la conciencia de Briony de nuevo, pero ¿podía estar segura?

Se apoyó en una estantería y cerró los ojos.

—¿Cómo evito que me lea la mente? —susurró para sí, apenas con un hilo de voz.

El ruido de los libros moviéndose a su izquierda le abrió los ojos. De una de las baldas salió uno que flotó por el pasillo como si lo hubiera llamado. Parpadeando, miró entre las estanterías para ver si Toven estaba llamando a los libros desde el catálogo.

Estaba sentado en un sillón con una pierna cruzada sobre la otra. No era él.

Pero el libro siguió planeando. Briony se acercó con cuidado hacia el texto. Cuando estuvo lo bastante cerca para cogerlo, leyó el lomo:

Barreras mentales para principiantes.

El corazón le dio un vuelco. El libro cayó en sus manos como una manzana de un árbol. Se quedó mirando la portada sin parpadear durante un minuto antes de abrirlo por el índice con dedos temblorosos.

El libro enseñaba a proteger los pensamientos de uno mismo. Briony frunció el ceño. ¿La había escuchado la biblioteca? ¿El catálogo ofrecía ayuda sin pedirla? Quizá era también por la magia de las piedras de la Mansión Hearst.

Las barreras de la mente serían la mejor protección contra la intromisión de Mallow, pero era una habilidad mágica. Y ella no tenía magia.

Leyó los títulos de los capítulos:

«Meditación».

«Aclarar la mente».

«Muros y portales».

Por lo que sabía ella de las barreras mentales de sus propias lecturas, hacía falta una gran concentración. Era algo extremadamente avanzado. Los de quinto año apenas lo veían antes de acabar la escuela, pero estos primeros capítulos parecían bastante sencillos y, seguramente, no hiciera falta magia.

Briony metió el fino libro dentro de la cubierta de otro más grueso sobre agricultura, y echó un vistazo rápido por las estanterías de ficción. Cogió dos de sus libros favoritos como señuelos.

Cuando bajó las escaleras, Toven comprobó su reloj, sorprendido.

—¿Quieres aprovechar los últimos doce segundos o has acabado?

Ella tragó y sonrió.

—He acabado.

Briony se sentía como una niña que había robado algo del mercado y estaba esperando por si la pillaba el vendedor. Toven miró los lomos de los libros que había cogido y solo vio el de agricultura y las dos novelas.

La sacó de la biblioteca y Briony miró una última vez por encima del hombro. Subieron las escaleras en silencio y le abrió la puerta de la habitación. Ella llevaba los libros en el pecho como un escudo.

—Entonces, ¿vas a comer a partir de ahora? —dijo Toven con una mano en el pomo.

—Hasta que vuelva a quedarme sin lectura —dijo ella.

Él le frunció el ceño y cerró la puerta. Giró la cerradura.

Briony se fue a la cama, soltó los libros y abrió *Barreras mentales para principiantes*.

Todavía no sabía hasta dónde iba a poder llegar sin magia. Cuando Finola le enseñó camuflaje, hubo semanas únicamente de meditación. Finola tenía toda una habitación dedicada a ello. Briony había estado dentro una vez, pero estaba tan vacía que se mareó. No había ventanas, las paredes eran blancas y la puerta desaparecía una vez que se cerraba. Sintió mucha claustrofobia y tuvo que salir.

Miró alrededor de su habitación, agradecida por primera vez de que no hubiera decoración que la distrajera ni muebles demasiado grandes. Quizá podría crear su propio espacio para meditar.

Se pasó la noche leyendo, devorando las técnicas que relataba el libro. Al día siguiente, las puso en práctica; algunas eran las mismas meditaciones que le enseñó Finola durante las clases de camuflaje. Le recordaba tanto a ella que se puso a llorar después de una hora de concentración agresiva que la dejó totalmente agotada.

Briony se metió en la cama pronto e intentó concentrarse en vaciar su mente antes de dormir, pero los sueños se formaban en su mente como telas de araña.

La conciencia la levantaba de los sueños en pequeñas idas y venidas, como si flotara ligera hacia la superficie de un lago. Cada vez que se hundía de nuevo en los sueños, aparecía Rory. Ella quería quedarse allí, en un lugar en el que su mellizo aún estaba vivo, pero algo tiraba de ella incansablemente hacia la superficie.

Desenredando sus deseos y sus recuerdos, Briony sintió un cosquilleo por la piel y su cuerpo la arrastró de vuelta a su cama en la Mansión Hearst, donde Rory estaba muerto. Sintió escalofríos en los brazos y una sensación familiar de que había unos ojos observándola atentamente.

Sintió un leve tirón en el pelo y un cosquilleo en el cuello.

Batió las pestañas y abrió los ojos en la habitación a oscuras. Giró la cabeza hacia la puerta, convencida durante un instante de que no había estado sola. Que le habían pasado una mano por la cabeza y que la habían mirado con atención.

De que quizá había venido alguien a ver cómo estaba.

Parpadeó para alejar esos pensamientos sin sentido, encogió las piernas bajo las sábanas y se acurrucó de lado.

Se movió una sombra en la oscuridad.

Y escuchó un gruñido grave que le respiró aire caliente en la cara.

Briony gritó cuando la zorra gris del bosque le apretó una pezuña en el pecho para sujetarla. Se quedó durante un instante encima de ella, enseñando los colmillos y echándole el aliento caliente sobre la piel helada. Luego abrió la mandíbula y le hundió los dientes con fuerza en el cuello.

Capítulo 19



Sintió calor y dolor y una agonía abrasadora, y su grito se convirtió en un llanto jadeante. Briony pataleó e intentó empujar a la zorra, pero todavía tenía los músculos demasiado débiles por la falta de alimento.

La zorra le soltó el cuello y volvió a gruñirle con la boca rojo brillante bajo la luz de la luna. Se echó hacia atrás para volver a atacar y Briony levantó los brazos para protegerse la cara.

Los dientes le desgarraron el antebrazo.

—Vesper.

La habitación se sacudió con esa palabra que pareció una orden, y Briony echó un vistazo entre los brazos. Toven estaba en el centro de la habitación, solo con el pantalón del pijama y una mirada salvaje pero concentrada en la zorra, que había girado la cabeza para mirarlo.

—Vesper —repitió—. No.

Durante un momento, Briony se olvidó de las heridas del cuello y de la cálida sensación de la vida abandonando su cuerpo. Solo tenía

ojos para Toven, que estaba completamente inmóvil, dándole órdenes al animal como si fuera su dueño.

¿Era su dueño?

La zorra gris resopló y la sangre de Briony se esparció desde la boca del animal y manchó las sábanas. Volvió a mirarla enseñándole los dientes. Luego le levantó la pezuña del pecho y Briony rodó hacia un lado lo más rápido que pudo. La habitación le dio vueltas mientras se tiraba de la cama y se arrastraba contra la pared, observando cómo la zorra gris se daba la vuelta hacia Toven otra vez.

Toven tenía las manos a los lados, como si no temiera en absoluto por su seguridad. Se quedaron mirándose fijamente, él medio desnudo bajo la luz de la luna, y la zorra ensangrentada en la cama.

Briony observó cómo la zorra saltaba de la cama y salía trotando por la puerta sin entender qué había pasado.

Se le drenó toda la adrenalina del cuerpo y veía manchas negras. Intentó poner presión sobre la herida, pero el collar se lo impedía. Sintió que la pared contra su espalda se movía hacia un lado. Se preparó para golpearse contra el suelo, pero no pasó.

—Rosewood.

Abrió los ojos y se encontró en posición horizontal mirando a Toven a los ojos.

La conciencia iba y venía. Le ardía el cuello. Igual era tanto arder como palpitar.

Volvió a desvanecerse en la oscuridad y, cuando recuperó la consciencia, Toven tenía la boca apretada en una línea. Ella se quedó mirándole los labios, pensando en el veneno que podría derramarse de ellos. Notó que le cosía el cuello a medida que movía los dedos en formas complicadas, rozándole con cuidado la piel, uniendo la herida.

Había pasado mucho tiempo desde que la habían tocado de otra forma que no hubiera sido a la fuerza o para recluirla, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para impedir que le temblara el cuerpo de placer. Un pulgar delicado le rozó el labio en su recuerdo, pero estaba demasiado débil para ubicarlo.

Toven la había arrastrado hasta su regazo, con las extremidades torcidas en posiciones extrañas, y había apoyado la cabeza de Briony sobre su muslo. Le brillaba el torso bajo la luz de la luna. Ella deseó pasarle los dedos por el pecho para sentir la suavidad de su piel contra el músculo. Se imaginó subiendo la mano y colocando los dedos con cuidado sobre su corazón, y el escalofrío en reacción, la carne de gallina que ella podría provocarle. Como en la carrera hacia el sauce.

Toven le puso una mano en la cabeza y la presión firme de sus dedos le provocó un suspiro desde el pecho que subió hasta sus labios. Con la otra mano buscó la de ella y le giró el antebrazo para curarle las heridas que le derramaban sangre hasta el codo.

Tenía el cuello pegajoso por la sangre medio seca, pero notaba que estaba recuperando la fuerza.

Ella intentó memorizarle la cara, la mandíbula apretada, la pálida piel de las clavículas con una ligera pincelada de color. Levantó la mirada y se lo encontró mirándola.

Briony se sentía vulnerable solo con el camisón. Él no hizo ningún movimiento para moverla, así que se quedó tumbada sobre su regazo, con un brazo sujetándole la cabeza y el otro apoyado suavemente sobre la clavícula.

Él deslizaba la mirada entre su cuello y su pecho, y ella pensó en lo mojado de sangre que estaba el algodón.

«¿Ves? Mi sangre no es de oro», quiso decirle.

El aire frío sobre la piel y la atención que él le estaba dando le endurecieron los pezones, pero no tenía energía para cubrirse. Se dio cuenta perfectamente del momento en el que él vio las puntas de sus pechos llamando la atención bajo el camisón.

—Has dejado de sangrar —dijo con indiferencia, y volvió a mirarla a la cara—. Te daré unos elixires para la pérdida de sangre. Deberías darte un baño y descansar.

Pero Toven no se movió. Ella sintió el calor de sus dedos sobre la clavícula y la palma de la mano robusta sobre el esternón, como si estuviera tomándole el pulso.

—¿Dormir aquí? —graznó ella—. ¿Después de lo que ha pasado?

—No va a volver —dijo.

Ella se quedó mirándolo, esperando una explicación, hasta que su mente desconcertada encontró una.

—Es tu familiar —susurró Briony.

Toven pareció mirar hacia la puerta.

—Aún estamos... adaptándonos.

A Briony le salió una risa hueca del pecho. Era una frase demasiado casual. Algo que diría una pareja. Él le lanzó una mirada.

—¿No se supone que los familiares hacen lo que les ordena su mago?

Él apretó los labios.

—Supongo que nunca he buscado que me obedezcan fácilmente.

Él la miró como si se acabara de dar cuenta de lo que había dicho. Briony sintió otro escalofrío. Y Toven volvió a mirarle los pechos.

—¿Por qué ha intentado matarme? —preguntó ella—. ¿No sabe que estoy aquí porque tú quieres?

—Es... una criatura celosa. Los dos podemos serlo.

Briony miró cómo se le movía la garganta al tragar. No quería moverse, no quería que apartara la atención de su cuerpo. Ya había

sentido su mirada antes, pero nunca estando tan expuesta, tan desnuda.

La forma en la que la sujetaban los brazos de Toven, la forma en la que su mano estaba a unos centímetros de su pecho, la forma en la que reposaba los ojos en todos los lugares que ella había soñado que su boca le besaba...

¿Quería tocarla? ¿La tocaría? Solo tenía que mover un poco la mano para agarrarle un pecho. ¿Sabía él que ella lo estaba deseando?

Él tenía la mirada tranquila y los brazos cálidos, y ella no sabía cómo reconciliar al hombre que la había perseguido con el hombre que ahora la sujetaba con tanta ternura.

—¿Celosa de qué? —susurró ella.

Él volvió a llevar la mirada hacia sus ojos.

—Sabe que tú eres la nueva fuente de magia.

Briony estaba un poco aturdida por la pérdida de sangre y la tortura del tacto de Toven sobre su cuerpo, pero intentó darle sentido a sus palabras.

—Pero los magos del corazón pueden tener un latiente y un familiar, ¿verdad? Varias fuentes.

Toven asintió.

—Sí, pero con tu poder, con tu sangre Rosewood, no necesitaría más. —Tragó y bajó la mirada por las clavículas, hasta más abajo—. La zorra se quedaría obsoleta si te utilizara a ti como latiente.

«Si te utilizara...».

Ella le miró la cara de arriba abajo y se preguntó si era consciente de lo que había admitido.

Todavía no se había vinculado. Ella había dado por hecho que ya habrían hecho algo, pero Katrina le había dicho que se hacía una

especie de ceremonia. Lo que conllevara esa ceremonia, él no lo había completado, y Mallow se lo había pedido hacía una semana.

—Muy celosa, entonces —dijo Briony, intentando encontrar algún otro motivo para retenerlo, pero no podía pensar con claridad.

Él se movió debajo de ella, levantó la mano de su esternón y, antes de que ella pudiera ayudarlo incorporándose sola, él ya la había cargado en brazos.

Por instinto, le envolvió el cuello con un brazo y él la llevó hasta el baño. Movió los dedos y abrió el grifo de la bañera.

Cuando la soltó, ella le miró la boca, los ojos..., pero volvía a tener una expresión firme y fría. La mirada descarada sobre su cuerpo había desaparecido. Apartó los brazos de él y le pasó los dedos por el vientre una última vez.

—Límpiate. Y descansa —dijo Toven.

No volvió a mirarla mientras salía del baño.

Briony observó cómo se llenaba la bañera mientras se preguntaba cómo había llegado tan rápido al oír su grito.

Y pensaba en el deseo que había visto detrás de su mirada mientras ella descansaba sobre su regazo con un fino camisón de algodón empapado de sangre.

Briony se despertó la mañana siguiente completamente agotada. Se pasó horas reviviendo el aliento de la zorra en su cara, el sonido de su piel desgarrándose. Y luego uniendo los recuerdos de Toven. Había aparecido de la nada, rígido como una piedra mientras su familiar se marchaba de la habitación. La había sostenido, curado.

Y lo que más le sorprendía de todo: Toven Hearst no la estaba usando como latiente. Repasó mentalmente todas las posibles razones, pero no llegó a ninguna conclusión clara.

Aparecieron unos elixires junto al desayuno y no dudó en tomárselos. El dolor del cuello y del brazo era insoportable.

Se pasó el día durmiendo de forma intermitente, alternando sueños entre mandíbulas ensangrentadas y piel desnuda con ojos hambrientos.

Toven no volvió a ver cómo estaba. Briony estaba demasiado cansada por las heridas como para empezar una nueva huelga de hambre, pero aunque volviera a estar encerrada, tenía *Barreras mentales para principiantes* para leer.

Tres días después del ataque, Briony iba por la sexta relectura y le costaba mucho memorizar las teorías y las técnicas sin la aplicación práctica. Sin embargo, había algunas técnicas de meditación que se podían practicar sin magia que le resultaban bastante interesantes.

«Medita en un frío lago azul de aguas tranquilas que llegue más allá del horizonte. Debajo descansan las profundidades, pero tiene una superficie calmada y serena».

Briony se imaginaba el lago de la escuela eversun y su sauce favorito rozando el agua.

O a veces la tarea era concentrarse en un objetivo en movimiento, difuminando los bordes de todo lo demás. Para esto, había encontrado un ave marina que volaba en círculos por la Mansión Hearst, pero cada vez que intentaba concentrarse en el albatros y difuminar lo demás, su cabeza se desconcentraba al intentar averiguar por qué había un ave marina en las montañas. Un día, un halcón muy grande se unió al pájaro blanco. Meditó sobre los dos durante horas, hasta que se dio cuenta de que reconocía al halcón. Era el familiar de Orion Hearst. La ansiedad le apretó el pecho al

saber que el hombre estaba en casa en ese preciso momento. Desde entonces, se quedó con la imagen del lago con aguas tranquilas.

Las teorías iniciales le resultaban familiares por sus clases de camuflaje e invisibilidad, las habilidades de cambiar de forma o hacerse invisible, pero, sin poder tirar del hilo de magia entre sus ojos, Briony no sabía qué hacer con las meditaciones. Se llevó la mano al cuello y se pasó los dedos por el mordisco de la zorra al tocar el metal frío. Tenía que volver a la biblioteca e investigar la forma de esquivar estos collares, pero ¿y si Mallow volvía a leerle la mente? Vería lo que había investigado y no podría proteger sus recuerdos.

Briony estaba sentada en el sillón, mirando por la ventana e imaginándose el lago de Eversun en el lugar donde estaba la verja de hierro, cuando llamaron a la puerta. Ella parpadeó. La intrusión la trajo de vuelta al presente.

Se puso de pie y, al ver que no entraba nadie, dijo:

—Adelante.

Toven abrió la puerta y a ella se le entrecortó la respiración. Se sonrojó al recordar su último encuentro, cuando él apenas llevaba ropa.

Él se quedó de pie en el quicio de la puerta como si un hechizo le impidiera entrar. Ella se fijó en que le estaba mirando el cuello.

—¿Te estás recuperando bien?

Ella asintió.

—Sí, gracias.

Toven no dijo nada más, simplemente, entró en la habitación y echó un vistazo a los muebles. Ella lo miró, esperando que le dijera el motivo de la visita.

Él se quedó mirando la estantería, jugando con el anillo de la mano derecha. Parecía que podía ser de ónix, pero cuando le daba

la luz adquiría tintes verdes.

Orion tenía uno parecido.

—¿Es el anillo de la familia Hearst? —preguntó ella, aprovechando la tranquilidad de la conversación.

Él bajó la mirada y extendió la mano.

—No. Es un símbolo de la línea de sucesión.

Briony murmuró y le vino un pensamiento a la cabeza.

—Del Burkin está muerto. ¿Cómo afecta eso a la sucesión?

Él levantó una ceja.

—Ya veo que has aprovechado bien *El Diario* —dijo él—. Burkin era el sucesor de Cohle. Cohle tendrá que elegir uno nuevo.

Riann Cohle era el primero en la línea al Sillón en caso de que le ocurriera algo a Mallow. Briony se cruzó de brazos.

—Eso es lo que no he entendido nunca. Burkin no es familiar de sangre de Cohle, pero ¿lo eligió como su sucesor?

—Sí. No todo el mundo elige a su primogénito. Algunos se alían con otras familias y les dan un puesto. —Él la miró fijamente—. En Bomard, la sangre no nos importa.

Ella resopló.

—Dice el hombre que heredará el puesto de su padre...

—Mi padre y todos los Hearst antes que él decidieron pasar su puesto al primogénito —la interrumpió—. Está predeterminado, sí, pero es una elección. La mansión y la riqueza de los Hearst siguen unas leyes de sucesión similares.

—¿Y no es extraño? —preguntó ella—. ¿Que Cohle nombre a un sucesor completamente aleatorio que podría desbancar a tu padre si le pasara algo a Cohle?

Él curvó los labios.

—Sí. Pero, de momento, la política de la línea de sucesión solo importa a quienes la conforman. El ama Mallow vivirá durante

mucho mucho tiempo con el vínculo de su dragona, y no será necesario planear una sucesión. Ahora mismo, eso no es más que un símbolo.

Briony frunció el ceño pensando en cómo cambiar el tema de conversación hacia algo más útil. Como él no le dio ninguna pista sobre el motivo de su visita, decidió ir directa al grano.

—Me estaba preguntando si sería posible hacer otra visita a la biblioteca —dijo.

Él apretó los labios, visiblemente molesto.

—¿No me digas?

Con una mirada inocente, ella dijo:

—Creo que necesito mantener la mente ocupada, después de haber sido atacada en mi propia habitación.

Él suspiró y ella lo miró mientras se pasaba una mano por la cara.

—¿Y qué pasa con los libros que cogiste? —preguntó él.

—Ya me los he terminado.

Él niveló la mirada a la suya y murmuró.

—¿Y crees que has aprendido todo lo que necesitas saber... de agricultura?

A Briony se le erizó la piel y le dio un vuelco el estómago.

Él miró el libro de las barreras de la mente sobre la mesita de noche, cerca de Briony. El que estaba cubierto con la tapadera de un libro sobre agricultura.

La había pillado. ¿La castigaría por ocultarle el libro? El corazón le latía en la garganta cuando él volvió a mirarla, pero la intensidad en sus ojos la detuvo. Era como si le estuviera haciendo una pregunta completamente diferente.

Pero seguro que sabía que no podía conseguir gran cosa sin usar la magia de la mente.

—He aprendido bastante de agricultura —dijo ella con delicadeza, tanteando el terreno—. Pero no tengo las herramientas necesarias para poner en práctica la teoría.

Se quedaron mirándose sin parpadear. Por fin, Toven se metió las manos en los bolsillos.

—¿Y crees que estás preparada para ponerla en práctica?

La temperatura en la habitación subió y las paredes encogieron. Estaban al borde del abismo.

—Sí. Ya aprendí lo más básico hace años —dijo ella, y añadió—: De agricultura. —Torció los labios.

Toven asintió despacio. Luego se giró sobre los talones y dijo:

—Ven conmigo.

Briony se quedó paralizada un instante y luego dio un salto y lo siguió. Tenía el pulso tan acelerado como sus pensamientos. Solo le había faltado pedir que le devolviera la magia, ¿y esta había sido su respuesta?

Bajaron las escaleras y, en lugar de girar hacia la biblioteca, cruzaron el recibidor hacia la otra ala de la casa. ¿La estaba llevando a la cocina? ¿Para leer *El Diario*? Estuvo a punto de preguntarlo, pero entonces se detuvieron frente a una puerta que reconocía, junto al tapiz del bosque Ash Wood.

Toven agarró el pomo con una expresión cautelosa, y Briony se dio cuenta de que era la puerta que Serena había cerrado cuidadosamente durante su paseo. Él la dejó pasar y su grito ahogado hizo eco en las paredes vacías del interior.

La habitación era pequeña y dentro solo había un sillón blanco. No había ventanas ni otras puertas. Las paredes eran blanco perla y parecía que la habitación emanaba un inquietante brillo. No había ninguna lámpara ni velas.

Era una sala de meditación. No podía ser otra cosa.

Briony dio un paso temerario atrás, y chocó con el pecho de Toven, que seguía en el umbral de la puerta abierta.

—No...

—Has dicho que te faltaban las herramientas adecuadas —dijo él. La agarró por los hombros y la empujó para que avanzara.

Ella se giró con los ojos muy abiertos.

—No quiero usarla.

La cara de Toven era una máscara, pero levantó las cejas con burla.

—Sabes lo que es esto, ¿no?

—Sí, pero...

Él resopló.

—¿Qué esperabas, Rosewood? ¿Hacerme ojitos y que te devolviera tu magia?

Él estaba de pie en el quicio de la puerta, bloqueándole la salida. Briony se giró hacia la habitación blanca, la miró y se preguntó si de verdad la ayudaría con las barreras mentales.

Entró despacio en la sala. La puerta se cerró detrás de ella y las paredes se la tragaron. No había pomo, solo una pared vacía. Estaba sola ahí dentro. El único sonido que se escuchaba eran los latidos del corazón palpitándole en los oídos.

Se sentó en el sillón e intentó recordar las instrucciones de Finola mirando fijamente el vacío de las paredes.

«Las paredes blancas te ayudan a vaciar la mente».

«El mundo exterior se desvanece. Tu cuerpo se desvanece».

«Solo queda tu mente».

Briony tragó y sintió la misma presión en el pecho que había sentido hacía años. La habitación era demasiado pequeña y demasiado grande a la vez. Se levantó del sillón con las piernas temblorosas y dio una vuelta en círculo en busca de la puerta.

Blanco por todas partes.

Se le aceleraba el corazón a medida que apretaba las manos por la pared, desesperada por encontrar una salida. Los ojos se le inundaron de lágrimas y le temblaba la respiración en los pulmones.

—Por favor —lloró, arañando con las uñas cualquier rendija que encontrara—. ¡Por favor!

La había dejado aquí. No iba a salir nunca. La estaba castigando por haber cogido el libro de las barreras de la mente.

—¡Toven! ¡Por favor!

El pomo de la puerta apareció tras su petición. Briony se tambaleó hacia unos brazos cálidos. Arrastrando respiraciones profundas, apretó la frente contra el pecho de Toven y ahogó el llanto.

—¡No me encierres, por favor! —le rogó, aferrándose a su cuerpo.

Tuvo tan solo un instante para sentir cómo la rodeaba con los brazos antes de que la apartara. Cogió aire y se preparó una disculpa por querer aprender de protecciones mentales, por dar por sentado que él le devolvería su magia para que lo hiciera.

Al principio su voz sonó ronca.

—Hay otras técnicas. Las salas de meditación no son aptas para todo el mundo.

Él le soltó los brazos. Estaban tan cerca que sentía su aliento en la frente.

El aire entre los dos se tensó y vibró como una cuerda.

Toven se dio la vuelta y la volvió a llevar por el mismo camino hasta su habitación. Briony se iba relajando a medida que se alejaba de la cámara. En su cabeza no paraban de aparecer ideas que el pánico no le había permitido considerar antes.

Alguien en la Mansión Hearst utilizaba la sala de meditación. Alguien en la Mansión Hearst practicaba la magia de la mente, aunque llevaba cinco años prohibida en Bomard.

Las habilidades avanzadas de la magia de la mente, camuflaje, invisibilidad y lectura de la mente, todas empezaban con meditación y una mente clara. Toven había mostrado interés por esta magia en la escuela. Ella lo había pillado usándola algunas veces. Pero Orion también podría beneficiarse de la lectura de la mente al ser el soldado favorito de Mallow. ¿Y qué había dicho Toven?

«No enseñes tus cartas cuando estás negociando con información, Rosewood. Lo que tienes en la cabeza se te puede arrebatar».

Cuando llegaron a su habitación, Briony tenía más preguntas que cuando habían salido.

Cruzó la puerta y se giró para hacerle alguna de ellas directamente.

Justo en ese momento, todas las velas de la habitación soltaron una llamarada y duplicaron su tamaño. Briony se sobresaltó porque el pasillo de detrás de Toven parecía estar ardiendo. Y tal y como empezó, acabó.

Briony conocía este sistema porque su padre utilizaba uno similar. El líder del reino estaba exigiendo la presencia inmediata de los residentes de la Mansión Hearst.

Toven se quedó quieto un instante, mirando las velas.

—Tengo que irme.

A Briony se le aceleró el pulso al recordar de pronto que Toven era uno de los mejores soldados de Mallow. Bajo sus manos cálidas y sus ojos de mercurio, podía ser tan despiadado como su padre en una batalla. Era un asesino. Y ella lo había visto con sus propios ojos.

—Vale —dijo ella.

Él la miró una última vez, como si quisiera decir algo más, pero se giró y se marchó. La cerradura de la puerta hizo clic.

Briony se dejó caer en el sillón, mirando el libro de las barreras de la mente y recordando los últimos diez minutos con el corazón acelerado.

La mañana siguiente se despertó tarde. Eran más de las nueve cuando le rugió el estómago, acostumbrado a que le dieran el desayuno temprano.

Parecía que la casa iba con retraso.

Briony se dio un baño y se vistió, pero seguía sin aparecer la bandeja del desayuno en la mesita de noche. En su lugar había una nota.

Señorita Rosewood:
He tenido que salir por una emergencia. Toven está herido. No sé cuándo volveremos. Puede que la casa se resista al principio, pero pide lo que necesites.

Serena

A Briony le temblaron los dedos alrededor del papel.

Toven estaba herido. Y era lo bastante grave como para que Serena se hubiera ido para estar con él.

Pensó en el detalle de haberle dejado una nota. Serena podía haberla dejado sin que supiera nada, pero no lo había hecho.

Briony se quedó mirando la puerta de su habitación y se preguntó qué pasaría si Toven moría. ¿La alertaría el tatuaje de alguna forma?

Un terror repentino e inexplicable le sacudió las costillas con una presión tan angustiante que tuvo que dar bocanadas en busca de aire. Cerró los ojos con fuerza y practicó la meditación que había aprendido hasta que se le pasó.

Si Toven moría, ¿tendría que volver con Reighven?

Se obligó a respirar.

Corrió hacia la puerta, con la esperanza, contra todo pronóstico...

El pomo se giró bajo sus dedos. Gritó de alivio y salió a toda prisa de la habitación que había empezado a ahogarla.

Se quedó de pie en mitad del pasillo, con una mano sobre la boca y en la otra la nota de Serena.

—¡¿Hola?! —gritó como una niña pequeña. Tenía que asegurarse de que estaba sola.

No hubo respuesta.

Briony se movió despacio hacia las escaleras, uniendo la información que sabía. Ayer, Mallow llamó a Toven y ahora él estaba herido. ¿Significaba eso que había un enfrentamiento? ¿Sammy, Finola, Velicity o Didion le habían hecho algo a Toven?

Intentó, sin éxito, buscar una pizca de alegría en que quizá habían ganado contra Mallow.

Con una bocanada de aire, recordó la página de *El Diario* en la cocina. Bajó corriendo las escaleras y voló por el pasillo. Llegó a la cocina y derrapó hasta que se detuvo. El titular le entumeció todo el cuerpo.

Rebelión neutralizada en el castillo Javis:
otra Rosewood asesinada.

Sintió hielo en las venas y un viento frío entre las orejas.

Finola estaba muerta.

Capítulo 20



¡EL AMA MALLOW VUELVE A ALZARSE VICTORIOSA!

Anoche, en el castillo Javis, volvió a producirse una pequeña rebelión liderada por insurgentes y simpatizantes eversun. La playa rocosa de Javis ofrecía escaso refugio para los rebeldes cuando Mallow reunió a sus tropas y derrotaron a los enemigos.

Los bomardi no tuvieron que lamentar gran número de bajas, pero sí lo hicieron los rebeldes, que se tambalearon de vuelta a su madriguera con el rabo entre las piernas.

Tras la nueva Prohibición Internacional de Portales, los rebeldes intentaron cruzar la barrera de portales en barco, sobrepasando la línea con medios no mágicos. Orion Hearst fue el primero en llegar al lugar de los hechos, cortando sin piedad el suministro del barco y acabando con la vida de varias caras importantes de la rebelión durante el proceso, incluida la prima de Rory el caído, Finola Rosewood.

Briony apretó los ojos. Le costaba respirar.

Finola estaba muerta.

Orion la había matado.

Sentía que el pecho se le había abierto de par en par. Le tembló la respiración.

¿Quién más había muerto aquel día? ¿Sammy? ¿Didion? ¿Los mencionarían?

Se llevó una mano al vientre y se concentró en respirar mientras se secaba las lágrimas. Volvió a recurrir a las meditaciones.

«Piensa en un lago de aguas tranquilas».

Tras varios minutos de respiraciones profundas y con los ojos por fin secos, Briony calmó su reacción emocional y se concentró en las cosas que necesitaba deliberar.

Había fronteras en los portales que limitaban los viajes únicamente hacia Moreland. Aunque los portales entre países y grandes cuerpos de agua eran raros, no eran imposibles. Las personas con una magia excepcionalmente fuerte podían soportarlos. Pero si Mallow había restringido las fronteras, si ahora había limitaciones mágicas, sería increíblemente difícil que la gente saliera de Bomard.

¿El plan de los eversun que quedaban era huir? ¿No luchar?

El lago en el interior de su cabeza ondeó.

«Orion Hearst ha matado a Finola».

Se agarró a la pared, sintiendo que la respiración le tiraba con fuerza de los pulmones.

¿Cuántos más habían muerto? El artículo solo hablaba de Finola.

Reprodujo mentalmente la frase: «Los bomardi no tuvieron que lamentar gran número de bajas» una y otra vez. ¿Era Toven una de esas limitadas bajas?

Era consciente de que *El Diario* estaría plagado de propaganda estos días, pero ¿le quitaría importancia a la muerte de uno de los Diez sucesores?

Arrastró una respiración entrecortada y se apretó las manos en la cara, intentando encontrar el lago con aguas tranquilas de su cabeza. Cuando abrió los ojos unos instantes después, sintió un fuego determinado en el pecho.

Briony fue a la biblioteca. Le daba igual que Mallow pudiera leerle la mente, no iba a quedarse más de brazos cruzados.

Abrió las dos hojas de la puerta con facilidad. Se acercó al catálogo y pidió libros sobre magia. Las estanterías se sacudieron y salieron libros de todos los tamaños que se quedaron planeando en los pasillos. Briony los cogió todos y los dejó en la mesa larga.

Se sentó y empezó a leer.

La casa empezó a responder a sus peticiones gradualmente. Era casi como si las paredes estuvieran de luto. Tardaban en responder y se distraían al entregar lo que había pedido. A la mañana siguiente pidió el desayuno y recibió un pato asado. Estaba delicioso, pero no era un desayuno.

Briony volvió a leer la página de *El Diario* en cuanto se despertó, investigó en la biblioteca después de desayunar y exploró la Mansión Hearst cuando se le empezó a cansar la vista por la tarde. Los paseos y la meditación no conseguían aliviar el pavor que sentía, así que salió del castillo y volvió hasta la barrera. Estiró el brazo para ver qué pasaba con el tatuaje. Se electrocutó, fue desagradable, pero no le dolió realmente. Paseó por el perímetro y siguió sacando el brazo en diferentes puntos hasta que se le entumecieron los dedos y se olvidó de todo lo que había estado pensando. Buscó a Vesper en el bosque, hasta que cayó en la cuenta de que, seguramente, estuviera con Toven mientras se recuperaba.

En el tercer día de soledad, Briony salió de la cocina después de un almuerzo rápido y pasó por delante del tapiz del bosque Ash Wood y la puerta de la sala de meditación. Se preguntó, de nuevo, quién usaba esta habitación en la Mansión Hearst.

Como fue Toven quien la llevó a la sala, ¿significaba eso que era él el que la utilizaba? ¿Y por qué se la había enseñado? Evidentemente, era peligroso que Briony supiera la existencia de una habitación así, ya que implicaba que los Hearst utilizaban magia ilegal de alguna forma. Sobre todo si Mallow volvía a indagar en su mente.

Briony miró la puerta con la cabeza inclinada. Agarró el pomo y la abrió, pero no entró. Las paredes blancas le devolvieron la mirada.

Toven se había arriesgado muchísimo al enseñarle la sala de meditación..., a no ser que ella tuviera que aprender a sellar su existencia dentro de su cabeza.

Briony recordó el momento en el que el libro de las barreras mentales salió de la estantería. Como si lo hubieran llamado. Y a Toven sentado con inocencia cerca del catálogo.

Si Toven le había dado el libro sobre barreras mentales y luego le había enseñado la sala de meditación...

Seguramente, quisiera que aprendiera a protegerse la mente. ¿Por qué? ¿Porque no la estaba usando como latiente? ¿O es que en la Mansión Hearst había más secretos de los que ella podía imaginar?

Miró la habitación blanca como si tuviera las respuestas.

Sintió un escalofrío al recordar cuando Toven la encerró dentro y cómo arañó las paredes hasta que la habitación la dejó salir.

Briony separó los labios. Creyó que Toven la estaba castigando por haber cogido el libro sobre barreras mentales, sin embargo, se había quedado en la puerta esperándola. ¿Verdad?

Eso le recordó de pronto la noche en la que Vesper la atacó. Toven había aparecido en su habitación en cuestión de segundos.

Ella nunca se había parado a pensar dónde estaba el dormitorio de Toven, pero si había estado a punto de meterse en la cama cuando la escuchó gritar, era evidente que estaba cerca.

Briony subió a la segunda planta. Comprobó todas las habitaciones, pero no encontró nada. Mirando la puerta de su habitación a varios pasos de distancia con el ceño fruncido, consideró si Toven, simplemente, pasó por delante en el momento justo aquella noche. Si quizá se había acercado a ver cómo estaba.

Suspirando y resignándose a explorar la otra ala del castillo a la mañana siguiente, se giró para entrar a su habitación e irse a la cama. Por el rabillo del ojo vio un destello y se quedó quieta. Al darse la vuelta, se encontró con una estatua de un zorro con un ojo de piedra ónix brillando desde una puerta tallada de madera.

Briony parpadeó. Esa puerta no estaba ahí hacía un minuto. Estaba hechizada para que fuera invisible.

Tocó el frío pomo de latón y lo giró. El zorro tallado la miraba fijamente mientras ella empujaba la puerta y entraba en la habitación.

No cabía duda de que era la habitación de Toven Hearst. Grises y plateados. La insignia bomardi en la pared frente a ella. Una cama de madera oscura. Estanterías llenas a reventar.

Se adentró más y percibió su perfume. Se preguntó otra vez si volvería. Se le tensó el pecho y tragó.

La habitación estaba en una esquina del edificio, con ventanas que daban al norte y al este. Era casi el doble de grande que la suya, pero había cosas parecidas en el diseño. Mientras lo inspeccionaba todo, Briony se dio cuenta de que Toven la había instalado en una habitación lo más cerca posible de la suya, pero, aun así, todavía no la había utilizado como latiente.

¿Por qué?

Briony se preguntó si la sala de meditación de abajo solo raspaba la superficie de todas las formas en las que los Hearst se rebelaban contra las leyes y costumbres bomardi. ¿Era posible que no apoyaran a Mallow tanto como Briony pensaba?

Desvió la atención a las estanterías, a los cachivaches, en busca de respuestas.

Había una estatua tallada de un zorro junto a un dibujo enmarcado de Toven con Finn y Liam. Nada de eso le daba ninguna información.

Se acercó más a la cama y cedió ante la necesidad de pasar los dedos por la tela. Sus sábanas le recordaban a su vida anterior, cuando el número de hilos era alto, y el oro y el plateado se encontraban en cada brocado. La cama estaba hecha y, al acordarse de cómo dobló los pantalones en el muelle, pensó que quizá no era la magia de la mansión la que se ocupaba del orden. Abrió los cajones de la mesita de noche, pero solo encontró baratijas. La estantería junto a la cama estaba llena de títulos familiares y acarició con delicadeza los libros que él mantenía cerca.

El baño tenía una bañera parecida a la suya, encimeras ordenadas y un espejo en el que podía imaginárselo peinándose el pelo hacia atrás o decantándose por dejarlo suelto. Examinó todos los productos, algunos con nombres que parecían caros. Se lo imaginaba perfectamente aquí, saliendo de la bañera envuelto en una toalla esponjosa, cuidándose la piel con las cremas y productos de los cajones. Su sonrisa se desvaneció en el espejo cuando se preguntó si volvería alguna vez a hacer esos rituales.

Abrió las puertas del armario y encontró un espacio enorme para toda la ropa gris y cobalto de Toven. Buscó dentro de los bolsillos por si encontraba algo interesante, alguna pista de quién era realmente, pero no tuvo suerte.

Aunque rebuscar entre sus cajones era una evidente violación de privacidad, tenía problemas más graves de los que preocuparse. Ignoró la culpa y abrió el siguiente cajón.

Encima de las telas grises y negras había una sudadera azul claro que no estaba segura de haberle visto nunca puesta. Le recordaba a las telas de calidad que solía usar cuando era princesa de Evermore. Tuvo que reprimir la necesidad de enterrar la cara en ella.

Abrió los cajones junto a la pared y se ruborizó al encontrar sus calzoncillos. Negros. Por supuesto. En el siguiente cajón estaban los calcetines, ninguno de ellos emparejado. Frunció el ceño mirando el cajón de los calcetines, como si fuera un enigma que resolver.

El último cajón tenía mantas extra y una caja de zapatos negra. Abrió un poco la tapa y vio que lo único que había dentro era un lazo verde de encaje.

Briony se quedó mirándolo unos minutos, intentando ubicarlo, intentando darle sentido a su presencia aquí, en el armario de Toven.

Porque el lazo se parecía mucho a un broche del pelo. De pelo de chica.

Y, mientras su cabeza lo catalogaba, atrayendo unos recuerdos y desechando otros, no era capaz de ignorar la sensación de que conocía ese lazo.

Volvió a colocar con cuidado la tapa en la caja, como si la hubieran pillado haciendo algo increíblemente invasivo. Salió de la habitación de Toven y entró en la suya, dejando su mente correr mientras se apoyaba sobre la puerta cerrada.

Parpadeó y reordenó las ideas en su cabeza, organizando lo que había descubierto.

Había un cajón en la habitación de Toven que tenía una caja de zapatos. Dentro de la caja de zapatos había un lazo para el pelo.

Por más que intentó buscar otra posibilidad... Ese lazo era suyo.

Capítulo 21



Seis años y medio antes

Briony nunca había tenido problemas para dormir en Evermore. Las brisas parecían cantarle en las noches de calor, y nunca infravaloró los beneficios de un baño frío en lugar de uno caliente.

Pero, en Bomard, el frío de la noche se convertía en pinchos y agujas sobre sus piernas. Pensó que quizá estaba dando el estirón, como les pasaba a los chicos, pero la enfermera le había dicho que, con dieciocho años, ya debería de haber crecido todo lo que tenía que crecer. Le dio el alta con un elixir para relajarse por la noche, pero era ya la tercera vez esa semana que Briony se había levantado de la cama, se había envuelto en una capa gruesa y había salido a pasear de madrugada.

Y era la segunda vez que se había encontrado con Toven y Larissa tonteando por los pasillos.

Briony se paró de golpe al doblar la esquina, con el picor en las piernas dando paso a una sensación pesada, como una presa lista para huir.

Cuando se los encontró hacía tres días en una muestra parecida de pasión, Toven acorralaba a Larissa contra la pared de piedra cerca de las escaleras, con el cuerpo largo apretado al de ella y con una pierna ligeramente levantada para apretarle con el muslo entre las piernas, haciéndola gemir. Aquella vez, Briony se apartó en silencio y volvió corriendo a su habitación compartida con Rory, con las mantas hasta la cabeza y esperando a que se le pasaran los pinchazos de las piernas.

Pero ahora Larissa estaba sentada en el borde de una ventana, con las piernas enroscadas en las caderas de Toven y la cabeza inclinada hacia atrás, exponiendo el cuello a su boca voraz. Él la rodeaba con un brazo por la cintura; si no, pensó Briony, podía caerse por la ventana. La otra mano la tenía metida por debajo de la falda.

Briony estaba paralizada observando cómo se movían los músculos de la espalda de Toven bajo la camisa y, por algún motivo, lo primero que pensó fue: «¿Por qué no tienen frío?».

Larissa separó los labios con un suspiro silencioso.

Era evidente que habían arreglado las cosas después de la cena de palacio en la que habían estado usándola como peón. Daba por hecho que se casarían en cuanto terminaran las clases.

Debería marcharse. Debería ignorar a la pareja y caminar los seis metros entre su habitación y la pared de enfrente cientos de veces hasta que dejaran de molestarle las piernas.

Pero ese era su rellano. Suyo y de Rory. Y sí, era un lugar perfecto para manosear a alguien porque su *suite* privada estaba muy aislada, pero era su planta.

Briony se cruzó de brazos y carraspeó.

No pasó nada. Toven apretó más el brazo alrededor de la cintura de Larissa y ella giró la cara para besarlo. Briony observó la forma

hambrienta en la que él movía la boca sobre la de ella, como si Larissa no pudiera seguirle el ritmo.

Briony puso los ojos en blanco.

—Al otro lado del mar dicen que, cuando un lord y una lady se hacen íntimos, informan a todo el pueblo de ello. ¿Es lo que estáis intentando ahora?

Larissa pareció volver al presente lentamente, con la boca abierta y batiendo despacio los párpados para lanzarle una mirada a Briony. Toven, por el contrario, volvió a besarle el cuello, indiferente.

—¿Te gusta lo que ves, princesa? —dijo Larissa arrastrando las palabras y empujando ligeramente a Toven. Él respiró hondo con los ojos cerrados y se dio la vuelta para mirar a Briony.

—¿Gustarme? En absoluto —respondió Briony—. Burda desvergüenza, esas son las palabras que usaría.

Larissa abrió la boca para responder, pero Toven se le adelantó.

—Debe de ser complicado —dijo con delicadeza— estar tan amargada que necesites fastidiarle la diversión a todos los demás.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—No estoy... amargada. Simplemente, creo que deberíais haceros carantoñas en vuestra planta.

A Toven le saltaron chispas en los ojos.

—¿Tú haces carantoñas aquí? ¿Acaso estás esperando a una cita clandestina? ¿O te apañas tú sola?

Le subió la temperatura de las mejillas. ¿Por qué los bomardi eran tan vulgares?

Antes de que le diera tiempo a responder, Larissa se acercó al oído de Toven y le susurró fuerte:

—Quizá es su hermano el que la apaña.

—Pasas demasiado tiempo pensando en qué hacemos mi hermano y yo, Larissa —dijo Briony.

—Y parece que a ti te importa demasiado nuestra intimidad...

—¡No me importa! —gritó—. ¡Simplemente no quiero tener que verlo!

—Igual aprendes algo —susurró Toven.

La miró con los ojos brillantes, como charcos negros de deseo que aún no se habían evaporado. Lo vio mover el brazo y Larissa ahogó un grito. Briony se ruborizó de vergüenza. Seguía... trabajándosela...

Se dio la vuelta y solo le faltó salir corriendo.

—¡Que tengáis una velada estupenda! —gritó.

—¡Vuelve cuando necesites estirar las piernas, majestad! —La voz de Toven la persiguió por el camino.

No fue hasta que se volvió a meter en la cama, con el corazón acelerado y resistiéndose a los recuerdos de sus besos, de cómo se le tensaban los hombros a Toven, de cómo deslizó la mano entre los muslos de Larissa..., cuando se dio cuenta de que Toven Hearst sabía que sentía pinchazos en las piernas sin que ella se lo hubiera dicho.

Algo completamente ilógico.

Porque solo los magos de la mente increíblemente experimentados podían leer los pensamientos. Ni siquiera Briony había aprendido a hacerlo todavía.

Y Toven Hearst era un mago del corazón.

Capítulo 22



A la mañana siguiente, la puerta de Toven estaba cerrada.

—Cómo no —susurró para sí, mirando con furia las paredes de la casa.

Tras no encontrar nada nuevo en la página de *El Diario*, Briony fue a la biblioteca y buscó otro libro sobre barreras de la mente, aunque era una ingenua al pensar que podía utilizar sus técnicas en un solo día. Empezó a pensar en Mallow y en cómo era posible aprender a leer mentes sin una educación formal en magia mental. ¿De verdad era la dragona tan poderosa que podía permitirle saltarse años de estudio?

Aquella tarde empezó a investigar sobre dragones. La leyenda decía que a los primeros de los que se tenía conocimiento los habían creado los magos. El hechicero más poderoso de hacía miles de años, en lo que actualmente se conocía como Starksen, creó a un dragón y su pareja con éter. Los dragones prometieron lealtad a dicho hechicero y completaron el vínculo familiar.

Briony leyó sobre todos los avistamientos de la dragona de Mallow de los últimos seiscientos años para intentar aprender todo lo posible sobre dónde había estado y por qué le había pedido volver. Su investigación terminó con un montón de notas, pero sin una tesis central.

Cuando se cansó de dragones, se pasó horas leyendo los libros sobre barreras mentales. Había muchos trucos de meditación, pero la imaginería del agua, en concreto, era muy efectiva. La ayudaba pensar en los lagos de Evermore.

«Piensa en un lago de aguas tranquilas».

Briony empezó a pasear por los jardines y pasaba varias horas al día junto al estanque, meditando en la orilla. Al otro extremo, cerca del bosque, había un árbol en la orilla, peligrosamente cerca de perder el equilibrio y caer al agua. Le recordaba al sauce de la escuela de Evermore.

Se sentó en el césped junto al árbol y soltó varios libros en el suelo. Mirando la superficie del agua, Briony bloqueó los sonidos y olores a su alrededor y se concentró solo en la vista.

«Piensa en un lago de aguas tranquilas».

Una brisa rozó la superficie y agitó el agua. Briony se concentró en la profundidad de debajo, aún imperceptible incluso cuando el agua se volvió a calmar.

El sol bajaba cada vez más mientras ella meditaba, con las manos juntas y sus pensamientos en un lugar lejos de allí.

—Veo que has dominado la meditación.

Parpadeó con la mirada hacia el estanque. La voz parecía tirar de su mente hacia delante. Se dio la vuelta y vio a Toven de pie detrás del árbol. Se levantó con torpeza y se le cayó un libro del regazo. Se agachó rápido para recogerlo y él se acercó a ella.

Una vez de pie, con el libro bien apretado en la mano, lo miró a los ojos.

—Has vuelto.

—Sí, hace veinte minutos.

Briony se tomó unos segundos para observarlo. Llevaba unos pantalones cómodos y una camisa de botones. Ni un pelo fuera de su sitio. Ni un arañazo, ni temblores, ni manchas de sangre. Simplemente con el brazo izquierdo sobre el abdomen como si llevara un cabestrillo.

—El brazo. —Dio un paso hacia él y se detuvo. Observó el movimiento de su garganta—. ¿Qué te ha pasado?

—Una lesión —dijo él—. No era mi intención dejarte sola...

—¿Qué tipo de lesión?

Él se miró el hombro.

—Un hechizo Hiervesangre cerca del corazón, y un Quebrantahuesos en el hombro. Pero ya casi estoy curado. Solo tengo que evitar mover el brazo unos días más.

Hiervesangre y Quebrantahuesos. Briony tragó, visualizando lo doloroso que tuvo que ser sentir cómo le hervía la sangre y se le hacía añicos el hombro. Dos de los encantamientos más terribles de la magia del corazón.

Y entonces recordó el castillo Javis. Y la gente a la que había matado su padre.

Ignoró su preocupación y alivio de verlo con vida.

—¿Ha sido en Javis?

Toven levantó la mirada del suelo hacia ella. La observó y, entonces, se dio cuenta.

—Así que has estado leyendo *El Diario*.

—¿Es verdad que mi prima Finola está muerta? —Escuchaba las palpitaciones de la sangre en los oídos.

—Sí, está muerta. —Fue una respuesta rápida y despiadada.

Sintió una presión en el pecho.

—¿Y la mató tu padre? ¿Mi prima está muerta por culpa de tu padre?

—Estamos en guerra, Rosewood. —Dio un paso más hacia ella cojeando de la pierna izquierda—. ¿O acaso se te ha olvidado?

—La guerra ya está ganada —siseó ella—. Ganasteis vosotros. Pero, claro, no vais a parar hasta que cada uno de nosotros esté muerto o encadenado.

—¿Y qué culpa tengo yo? Ha sido mi padre el que la ha matado...

—Simplemente porque algunos intentaban huir...

—No. Ha matado a la mujer que estaba matando a su hijo.

A Briony se le abrió la boca. Y la cerró.

¿Finola había sido la responsable de las maldiciones Hiervesangre y Quebrantahuesos?

Tragó saliva y se le cerró el estómago. Clavó los dedos en el lomo del libro. Sintió la necesidad desesperada de cambiar de tema.

—¿Alguna pregunta más, Rosewood? —dijo, pero sonó como un susurro en el espacio entre los dos.

Millones, en realidad.

—¿Qué me pasaría si tú murieras? —susurró. Él frunció el ceño y se le aclararon los ojos—. ¿Volverían a subastarme?

Se le torció la cara de forma violenta, como si le hubieran dado una bofetada. Dio un paso atrás, la miró de arriba abajo, y exhaló con fuerza. Parpadeó y su máscara volvió a su sitio.

—Mi madre se habría encargado de ti...

—¿Tu madre? —Briony se rio, pensando en la mujer con la que apenas había interactuado—. ¿Y por qué iba tu madre a malgastar un mínimo esfuerzo en mí estando de luto?

Él tragó.

—No habría permitido que volvieran a subastarte. —Pero no parecía muy convencido. Miró al estanque detrás de Briony, y su seguridad flaqueó.

—¿Me habrían devuelto a Reighven?

Volvió a mirarla de golpe, con los ojos duros como una piedra.

—No. Él ya no puede reclamarte. —Sintió un escalofrío por los hombros y una oscuridad que emanaba de él—. No tienes que preocuparte por Reighven.

Ella lo miró a los ojos oscuros, buscando la fuente de todo aquello.

—¿Qué le diste a cambio de mí?

Él tragó otra vez, y ella esperó que le contara la verdad o le dijera una mentira.

—Lo único que deseaba más que a ti —dijo.

Se le aceleró el corazón y se le vaciaron los pulmones mientras su cabeza le daba vueltas a todas las posibilidades.

—¿Qué era...?

—Es un acuerdo privado —dijo él con delicadeza—. No podría decírtelo ni aunque me sintiera obligado.

Ella le lanzó una mirada.

—¿Y por qué narices me compraste si no piensas usarme como latiente?

Él cogió aire y ella se preparó para las diferentes respuestas que le podía dar. Se acordó del lazo en el cajón, en su habitación cerca de la suya, en cómo la sostuvo cuando la atacó la zorra. Pensó en el valor que ella había aportado a la familia Hearst, en la forma en la que sonrió Mallow cuando Toven presumió del dinero que se había gastado para conseguirla.

Pero pensó también en la respuesta que más esperaba escuchar, aunque no tuviera lógica.

Que ella era más que una latiente para él. Que era más que una princesa eversun.

Toven volvió a mirar detrás de ella y apretó con fuerza los labios.

—¿Qué tipo de respuesta prefieres, Rosewood?

—Preferiría la verdad, pero no creo que vaya a recibir algo así de ti.

Recogió los demás libros del césped y pasó junto a él.

Estaba hirviendo de furia. Dio diez pasos más allá del árbol antes de que él dijera algo.

—Rosewood, ¿no puede ser simplemente lo correcto?

Se dio la vuelta y se rio con frialdad.

—¿Lo correcto? Lo correcto habría sido detener la subasta. Lo correcto habría sido no irte con tu padre el día que atacaron la escuela bomardi. —Se le quebró la voz, pero se tragó el sollozo.

No debería haber mencionado lo que ocurrió aquel día.

Él levantó una ceja y su mirada arrogante le hirvió la sangre.

—Pero si hubiera hecho lo que dices, Rosewood —dijo él—, ¿quién te habría conseguido una *suite* privada? —Se acercó, con el brazo herido colgando sobre el pecho. A ella le ardía la piel—. ¿Quién te habría dado privacidad y habría evitado que perdieras tu magia...?

—Yo no te pedí nada de esto, Hearst.

—... Reighven desde luego que no.

Briony torció la boca y mostró los dientes.

—¿Esperas mi gratitud? ¿Quieres que te dé las gracias?

—Sería un buen comienzo.

Briony sentía su aliento cálido en la cara. La miraba fijamente con los ojos destellantes. Sus dedos estaban deseando darle una bofetada, empujarlo. Estaba temblando de ganas.

—No voy a darte las gracias por algo con una motivación tan egoísta. Es evidente que nada de lo que has hecho ha sido por el

bien de todos si necesitas validación por ello.

—¿Motivación egoísta? —Le arrastró los ojos por los labios y los hombros, hasta bajar al pecho—. Eres tú la que has rebuscado por mi habitación, Rosewood.

Él puso una sonrisa engreída y ella se enfureció.

Ardía con la necesidad de hacerle daño. Le sacudía cada músculo hasta que, por fin, cerró los puños con la determinación de no levantarle la mano a su captor, y la energía le bajó por las piernas. Lista para responderle, pataleó el suelo para soltar toda la electricidad...

Toven salió volando hacia atrás como si tiraran de una cuerda, con la boca abierta en un grito silencioso. Su cuerpo se golpeó contra el tronco del árbol con un crujido y cayó hecho una bola al suelo.

Briony se quedó boquiabierta y, con los ojos aterrados, buscó la fuente de aquella magia. El motivo...

Le temblaban los dedos, que chispeaban.

Su magia.

El collar no estaba funcionando. ¿Desde cuándo?

Volvió a mirar a Toven, acurrucado en el suelo, jadeando.

¿Le había concedido su pedido? ¿Le había devuelto su magia?

—Toven, n-no... —tartamudeó—. No quería...

Él aspiró aire tembloroso. Tenía los ojos pálidos y la piel gris. Se sujetaba el brazo herido contra el pecho, con la espalda apoyada contra el tronco, pero tenía el hombro izquierdo completamente desencajado.

Se lo habían roto no hacía mucho y ella lo acababa de golpear contra un árbol.

Estaba corriendo hacia él antes de que le diera tiempo a mandarle la orden a sus pies. Cayó de rodillas y lo buscó con las manos, pero se detuvo al no saber dónde tocarlo.

Toven apartó la cara de ella con los ojos apretados. Se le deslizó una lágrima por la mejilla. Jadeó.

—Toven, ¿puedes...? —Le temblaban la voz y los dedos—. ¿Te puedes levantar?

Él tosió y roció de sangre el vestido de Briony.

Ella se giró hacia la Mansión Hearst.

—¡Ayuda!

Pero estaban demasiado lejos y los pulmones de Toven sonaban encharcados. No podía ir y volver a tiempo.

Lo miró.

—Dime qué hago. Cómo lo soluciono.

Él jadeó con los ojos clavados en su cara. Parecía tranquilo. Casi resignado.

Pero ella no lo estaba.

Briony se puso de pie y corrió hacia el bosque.

—¡Vesper! —Gritó, atenta a cualquier movimiento—. ¡Vesper! ¡Ven, por favor!

Escuchó un crujido de hojas a su derecha y la zorra asomó la cabeza desde detrás de un arbusto. Con un lamento agudo, salió corriendo hacia ellos. Briony se sintió aliviada al volver a ponerse de rodillas junto al animal.

Vesper olfateó a Toven y luego le enseñó los dientes a Briony.

—Ya lo sé —dijo, levantando las manos—. Tú arréglalo y ya me morderás luego.

La zorra agarró con los dientes el cuello de la camisa de Toven y, con una ráfaga de aire, desaparecieron.

Briony ahogó un grito. Nunca había visto tan de cerca la magia de un familiar.

Estaba sola en el estanque. Estaba sola y le había hecho daño.

Sollozando con un llanto repentino, miró hacia la ventana de su habitación, el dormitorio de la esquina de la segunda planta.

Las velas estaban encendidas en el interior.

Cogió los libros que había soltado y salió corriendo. Las piernas la llevaron por los jardines y por las escaleras hasta la entrada. Luego, los pies le palpitaban por las escaleras de mármol mientras subía corriendo al ala que compartía con él, hacia la puerta con el zorro tallado. El pomo de la puerta no se giró. Pero necesitaba verlo.

De pronto, la puerta se abrió y Serena Hearst la miró con el ceño fruncido.

—Señorita Rosewood, déjanos arreglar esto antes de que hagas más daño.

Briony empezó a llorar.

—No quería hacerle daño, por favor...

Toven gritó más allá de la puerta medio abierta y Briony se estremeció. Estiró el cuello para ver lo que pasaba en la habitación, pero Serena le cerró la puerta en la cara y echó el pestillo antes de que siquiera le diera tiempo a parpadear.

Se quedó mirando el zorro tallado en la puerta tapándose la boca con una mano. Había pasado una semana recuperándose y ella lo había arruinado todo.

Briony se tambaleó hacia atrás, todavía sin saber de dónde había salido esa magia.

Sintió a alguien en el pasillo antes de escucharlo. Levantó la mirada y apenas tuvo un segundo para ver la expresión furiosa de Orion Hearst antes de que la lanzara contra la pared. Una fuerza invisible le levantaba el cuerpo y se le cerraba la garganta por la magia con la que la estaba agarrando por el cuello.

Sentía que se le iban a salir los ojos y pataleaba en el aire. El miedo peleaba con la furia de encontrarse cara a cara con el asesino

de su prima.

Orion Hearst le gruñó en la cara, con una mano extendida como si pretendiera estrangularla.

—¿Tienes la más mínima idea de cómo me complicas la vida, señorita Rosewood? —le preguntó con una tranquilidad falsa en la voz.

Ella intentó hablar, pero le salió un graznido.

—Ha sido un accidente...

—Me resultaría muy fácil deshacerme de ti —dijo él con delicadeza.

Retorció los dedos en el aire y el miedo la asfixió al preguntarse si le iba a romper el cuello. Sus piernas pataleaban contra la pared. Orion se inclinó sobre ella y susurró:

—¿Querías recuperar tu magia para aprender a proteger tu mente? Ve a aprender a hacerlo.

La soltó y ella se cayó al suelo con los brazos y las piernas en una postura extraña. Jadeó en busca de aire. Él se dio la vuelta y desapareció en la habitación de su hijo.

Los gruñidos de Toven se escucharon por todo el pasillo y Orion dijo:

—Los médicos te advirtieron que era demasiado pronto.

La puerta se cerró de golpe y el eco golpeó todas las paredes de la mansión.

A Briony se le aceleró el corazón. Orion Hearst sabía que había recuperado su magia y no parecía que pensara arrebatársela de nuevo.

Briony se agarró las piernas e intentó recuperar el aliento, hasta que dejaron de temblarle los hombros y la imagen de Toven enroscado bajo el árbol se desvaneció.

Levantó las manos y giró despacio los dedos...

La cuerda tras sus ojos, que era como su hogar, vibró.

Una suave brisa cruzó el pasillo y Briony suspiró aliviada.

Se le derramaron las lágrimas por una arremetida de sus emociones: el temor y la ira hacia Orion Hearst, el duelo desgarrador por perder a Finola y la culpa asentada con ahínco sobre su pecho por la agonía que estaba sufriendo Toven. Pero al coger de nuevo ese hilo de magia y sentir cantar a su cuerpo, todo lo demás se desvaneció. Siguió haciendo guardia fuera de la habitación de Toven, con un par de pensamientos persiguiéndose unos a otros por su mente.

Tenía su magia. La había pedido y Toven se la había devuelto.

Los Hearst debían de estar desesperados por que aprendiera a usar barreras de la mente, pero Briony no se imaginaba por qué.

Capítulo 23



Briony estaba de pie frente a su puerta, con la oreja pegada a la madera, escuchando cómo se acercaban los pasos de Serena.

Todos los días dejaba una rendija de la puerta abierta para poder escuchar algo de las conversaciones cuando Serena entraba y salía de la habitación de Toven, pero nunca oía nada.

Esperar a que Toven se recuperara de sus lesiones era, en cierto modo, aún más agonizante cuando solo los separaba una pared. Sospechaba que estaba grave, pero no crítico, ya que Orion había vuelto a marcharse de la Mansión Hearst el día después de que Briony hiriera accidentalmente a Toven.

Algunos días, cuando Serena salía de la habitación de Toven, Briony se acercaba a la puerta e intentaba abrirla. El ojo negro burlón del zorro tallado le devolvía la mirada, pero se negaba a moverse. Intentó abrirla con magia en varias ocasiones, sin éxito.

Ahora, una semana después, al escuchar que Serena se acercaba, Briony aguantó la respiración esperando el sonido de la puerta de Toven.

Los golpes en su propia puerta la sobresaltaron y se apartó.

Serena estaba al otro lado con una sonrisa tensa y las manos agarradas.

—Hola, señorita Rosewood. Creo que ya es momento de que hablemos.

—Lo siento mucho, Serena —dijo Briony. Las palabras se le escapaban de la boca—. No quería hacerle daño, lo juro. No sabía... No sabía que tenía magia, y estaba enfadada y... pasó, sin más. De verdad. Ojalá pudiera deshacerlo.

Serena parpadeó y torció los labios.

—Gracias, pero creo que te estás disculpando con la persona equivocada.

—No me deja entrar. —Cerró la boca con un chasquido de la lengua, arrepentida de lo que había dicho—. Quiero decir..., es evidente que no quiere verme. —Algo se encendió en los ojos de Serena, y Briony notó que se le calentaba la cara—. O estará descansando, seguramente.

—Descansando, desde luego. Han sido unas semanas agotadoras para él. Para toda la familia, en realidad.

Briony asintió mirándose los pies.

—¿Se está recuperando bien?

Serena hizo una pausa.

—¿Puedo entrar?

Briony asintió, le hizo un gesto a Serena para que entrara y se sentó en el borde de la cama mientras la mujer pasaba al sillón.

Serena puso una sonrisa tensa.

—Le han tenido que reconstruir el hombro y la mitad de las costillas, pero aparte de eso, está bien.

Briony sintió que se le pegaba la lengua al paladar. Se le nubló la visión y parpadeó para ahuyentar el recuerdo del cuerpo de Toven

en el césped, la forma violenta en la que se golpeó el torso contra el tronco del árbol...

Había sido ella. Le había roto incontables huesos y perforado los pulmones. Y luego se tiró a su lado durante lo que le parecieron horas en lugar de pedir ayuda de inmediato.

A Briony le tembló el labio. Volvió a mirar a Serena y se la encontró mirándola con ojos calculadores.

—No te preocupes, querida. Se está recuperando en estos momentos —dijo Serena—. Y, conociendo a mi hijo, probablemente se mereciera, como mínimo, una bofetada que le cruzara la cara.

Briony forzó los labios en un intento de sonrisa. Hizo algunas preguntas más, intentando evitar la salud de Toven o la batalla en Javis en la que se había herido. Serena no le dijo nada, solo que se habían quedado en una casa de campo a las afueras de lo que quedaba del castillo mientras Toven se recuperaba, y que Orion ahora mismo se encontraba en una misión para Mallow.

Briony no tenía interés en insistir en ninguno de los temas.

Serena se levantó y dijo:

—Te advierto que Vesper está en la habitación de Toven mientras se cura; acelera el proceso, imagino que ya lo sabes.

Briony asintió. Un sentimiento molesto de irritación le recorrió el cuerpo un breve instante, antes de ser consciente de que estaba celosa de una zorra.

—Igual te puedes distraer leyendo algo —dijo Serena observando el montón de libros sobre barreras de la mente que a Briony no se le había ocurrido esconder.

Sintió un escalofrío por la espalda. Primero Toven, luego Orion y ahora Serena le habían instado a aprender a proteger su mente. Briony miró con cautela a Serena.

—Sí, eso haré —dijo con tono precavido.

Serena cruzó la puerta.

—Que tengas buen día, señorita Rosewood.

Briony se puso de pie.

—Puedes llamarme Briony —dijo.

Serena hizo una pausa y puso una sonrisa indescifrable antes de cerrar la puerta.

Briony se quedó sola pensando en que Toven no la estaba usando como latiente. ¿Por qué? ¿Podían castigarlo por ello? ¿Había algo más que Briony tuviera que esconder en su mente? ¿A los Hearst les preocupaba que Mallow se introdujera de nuevo en su mente y lo viera?

No paró de darle vueltas a la cabeza el resto de la tarde, pensando en cientos de posibilidades.

Al día siguiente, Briony disfrutó un poco de su nueva libertad. Bajó a la cocina para leer *El Diario* en busca de noticias. No se encontró con ningún residente de la Mansión Hearst y nadie opuso resistencia. La página informaba de algunos altercados, pero no decía nada de Sammy, Didion ni Velicity.

Lo único que le llamó la atención fue la fecha de hoy. Sintió un peso en el estómago cuando se dio cuenta de que Toven se estaba recuperando de múltiples huesos rotos el día de su cumpleaños.

Cuando subió las escaleras, pasó por delante de su habitación y fue directa a la puerta de Toven. Se había olvidado de intentar abrirla al ir a la cocina, aunque ya estaba acostumbrada a...

El pomo se giró. Empujó la puerta y entró en la habitación antes de que se lo impidieran.

No se le había ocurrido llamar. Cerró con cuidado una vez dentro. Vesper estaba sentada a los pies de la cama y la miró para recibirla

con un gruñido de advertencia, pero Briony no le prestó atención.

Toven estaba tumbado sobre las almohadas, tan pálido que parecía muerto. Cuando la vio, empezó a moverse en un intento de incorporarse, seguramente para salvar su dignidad.

—No te muevas —dijo ella mientras se acercaba a la cama—. No quiero que te hagas más daño. Seré rápida. —Retorció las manos—. Lo siento. Lo siento muchísimo, Toven.

Él abrió mucho los ojos y sus mejillas fueron recuperando el color a medida que ella se acercaba.

—No tenía ni idea de que mi magia... que, por cierto, me gu-gustaría preguntarte..., pero no, en otro momento.

Briony tartamudeaba y notó cómo el rubor le subía por el pecho. Él se apartó el pelo de la frente y se pasó los dedos para peinarse.

—Jamás te habría... herido así a propósito. Te prometo que no era mi... —Tragó—. Lo que quiero decir es que simplemente estaba muy enfadada y me sentí fuera de control...

—Rosewood...

—Déjame terminar, por favor. —Dio otro paso adelante y, durante un instante de locura, pensó en agarrarle la mano al sentarse en el borde de la cama—. No te hice daño a propósito. Odio a tu padre por lo que le hizo a mi prima, pero soy consciente de que las cosas podrían ser muchísimo peores para mí aquí, y sé que solo estás haciendo...

—Rosewood, no estamos solos.

Ella se quedó inmóvil y se le paró el corazón. No se refería a Vesper.

Se giró hacia el otro lado de la habitación y vio a Finn Raquin reclinándose cómodamente en el sillón de Toven, sorbiendo alegremente de un vaso y sonriendo.

—Briony —dijo—. Qué bien que te hayas pasado a saludar.

A Briony se le abrió la boca al mirar los ojos oscuros de Finn mientras pegaba los labios al cristal y daba un sorbo de brandy de forma exagerada.

—Finn —dijo ella con el corazón acelerado. Acababa de admitir que había recuperado su magia. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Puede que él hubiera liberado a Larissa, pero, desde luego, ella no le importaba lo más mínimo y no le debía ninguna lealtad.

Por supuesto que estaba aquí. Era el cumpleaños de Toven, ¿no? Ella volvió a mirar a Toven, que tenía una expresión tensa en la cara pálida, y Briony se sonrojó horrorizada. El ansia de volver a verlo había sido demasiado fuerte y la necesidad de disculparse había sobrepasado su lógica.

Se oyó un sorbo ruidoso desde el sillón y Finn le sonrió por encima del cristal mientras ella se volvía a girar para mirarlo.

—Rosewood, coge una silla. Tenemos que ponernos al día. —Cruzó una pierna sobre la otra con los ojos brillantes.

Ella lo miró boquiabierta, parpadeando rápido antes de recuperar la compostura.

Mientras intentaba relajar la mente, se dio cuenta de que, en general, Finn Raquin podía ser el único bomardi delante del que Briony pudiera cometer esta clase de errores. Nunca le había importado demasiado la política de Bomard, ya que su madre era eversun. Siempre había permanecido en silencio mientras los demás comentaban embravecidos los planes para sus latientes.

—Solo he venido a... aclarar... una cosa. —Miró rápidamente a Toven, sentado todo lo que el cuerpo le permitía, ligeramente inclinado hacia la derecha—. Y, ya lo he hecho..., así que... disfruta de la visita —dijo asintiendo a Finn.

Se apresuró hacia la puerta y la abrió, pero, por puro instinto, sin pensarlo antes, miró hacia atrás por encima del hombro.

—Feliz cumpleaños, Toven. —Luego cruzó la puerta y la cerró al salir.

Seguía ruborizada cuando salió de la bañera una hora después, tras haberle dado permiso a su mente para elaborar todas las formas diferentes en las que Finn Raquin y Toven Hearst pudieran haber reaccionado a su intrusión y a sus íntimos deseos de cumpleaños. Con un suspiro, se puso el albornoz y se recogió el pelo mojado con un nudo mientras salía del baño.

Finn Raquin estaba sentado en su sillón, hojeando uno de sus libros. Afortunadamente, no uno de barreras mentales, esos los escondió ayer. Él le sonrió desde el otro lado de la habitación, dando un sorbo a la taza de té de Briony.

—La temperatura del agua es maravillosa, ¿verdad?

Briony se tiró del albornoz y notó los latidos de su corazón en las puntas de los dedos. Conocía un poco a Finn porque sus madres habían sido amigas. Después de que la madre de Briony muriera en el parto, Ember Raquin se convirtió casi en una madrina extraoficial, y visitaba a Briony y a Rory con frecuencia cuando eran niños, con Finn en un carrito. A medida que fueron creciendo, las visitas fueron menos frecuentes, quizá por la tensión entre los dos países, pero Ember siempre tenía palabras amables y una sonrisa cuando veía a Briony en eventos oficiales. Por las pocas veces que Briony lo vio de pequeño y por lo apolítico que se había mostrado siempre en la escuela, sabía que Finn no era tan malo como los otros bomardi, pero era verdad que no sabía cómo era en este nuevo mundo.

—¿Qué quieres? —La voz de Briony sonaba más fuerte de lo que se sentía en realidad.

Él hizo un gesto con la mano.

—Me ha costado encontrar la habitación con todos los encantamientos y eso. —Cruzó las piernas y sonrió—. Pero sabía que estaría cerca.

Ella le lanzó una mirada.

—Pues muchas gracias por la visita, pero...

—No tiene pinta de una mazmorra sexual, la verdad. —Se puso de pie, se alisó la camisa que no estaba arrugada y continuó—: Menuda decepción.

Ella se quedó mirándolo incrédula.

—Una mazmorra sexual. —Resopló—. ¿De dónde has sacado esa idea?

Él se dio la vuelta para mirarla desde la ventana, donde acababa de separar las cortinas para examinar los jardines.

—De Toven.

Ella parpadeó mientras su mente intentaba darle sentido a lo que acababa de oír.

—Es muy remilgado con los detalles, por supuesto —continuó Finn —, pero nos dijo que, una vez que completara el vínculo con su latiente, la Magia Sagrada sería innegable. Le habéis estado dando como conejos, por lo que nos ha contado.

Que mencionara el vínculo latiente, que Briony había entendido que no se estaba usando, y la Magia Sagrada... Era posible tener un vínculo latiente sin experimentar Magia Sagrada, claro, pero, por lo visto, Toven se había montado un cuento sobre lo que pasaba tras la puerta cerrada de la Mansión Hearst.

—Las cuerdas y las cadenas están en el armario —dijo ella como si nada—. ¿Quiénes lo sabéis, exactamente?

Finn se acercó a la estantería.

—Los chicos. —Pasó los dedos por varios títulos, y luego por las estanterías vacías—. En nuestras reuniones. —Él la miró con una expresión impasible.

Briony consideró con cuidado su próxima jugada.

—¿Cómo está tu madre con todo esto?

Finn parpadeó una vez, inexpresivo.

—Ya no está. Era una traidora al ama Mallow.

Briony abrió la boca y sintió una punzada en el pecho.

—¿Ya no está? ¿Qué quieres decir?

Finn miró por la ventana.

—Estaba en el castillo Javis con los eversun. Puede que esté muerta, si no, tampoco es problema mío. —Él se quedó mirándola—. Ya... no está.

¿Cómo se sentía él realmente al respecto? Parecía controlar la forma en la que daba información, del mismo modo que Toven podía no mostrar ninguna emoción. Briony lo intentó con una pregunta más.

—¿Dónde está Larissa?

Los ojos oscuros de Finn bailaron sobre su cara, luego hizo una pausa.

—Muerta.

Briony sintió que se quedaba sin aire. Resistió la necesidad de agarrarse a algo y apretó los dedos contra el albornoz.

Le daba vueltas la cabeza. La última vez que había visto a Larissa, había salido corriendo a los brazos de Finn... y él la rescató.

Lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué?

—Por deslealtad al ama Mallow —respondió él tranquilamente. Demasiado tranquilo.

—Es mentira.

Finn hizo una pausa. Luego se encogió de hombros y dijo:

—Pregúntale a Toven. —Se acercó más a la cama. Pasó los dedos por el joyero, casi con cariño—. Seguro que estará encantado de darte más información.

—Fantástico. ¿Algo más? ¿O puedo vestirme ya? —Él abrió la boca —. Sola.

Finn sonrió.

—Solo quería ver la mazmorra sexual, pero... —Suspiró de forma dramática—. Me temo que me has decepcionado.

—Mis disculpas. —Se fue hacia el armario, ignorándolo.

—Me emociona ver lo íntimos que os habéis hecho Toven y tú.

Ella se quedó quieta a punto de coger un vestido limpio. Finn se inclinó contra el poste de la cama y la observó detenidamente.

—No somos íntimos.

—¿No? —Levantó una ceja—. ¿Cuándo es mi cumpleaños, Rosewood?

Ella apretó los labios, luchando contra el rubor que le subía por el cuello.

Él sonrió engreído y salió de la habitación contoneándose.

Serena le fue informando de todas las novedades de Toven. Por fin salió de su habitación por primera vez un día después. Paseó en soledad por los jardines al día siguiente y el viernes salió de la propiedad por primera vez.

Ella lo buscaba por las mañanas desde su ventana, esperando verlo pasear por las tierras, poniendo a prueba sus costillas nuevas, pero nunca lo veía.

Briony había comenzado a tirar de nuevo de su magia. Era lenta al responder, como un músculo debilitado por la falta de uso, pero empezó poco a poco: girando el grifo de la bañera, pidiendo libros de la estantería, calentando el té cuando se enfriaba. Estaba ansiosa por probar los siguientes pasos de las barreras de la mente.

El martes se fue a meditar a la biblioteca y eligió un libro de barreras diferentes. Una que le había llamado la atención era pensar en su mente como la cubierta de un libro o como una serie de estanterías. El libro de texto introductorio había incluido un pequeño índice y experimentó antes de usar la intuición. Pero ahora tenía páginas y páginas de detalles y teorías en la palma de la mano.

Descubrió ideas para sacar otros recuerdos; en su caso, mostrar un recuerdo en una repisa alcanzable fácilmente. Aunque las técnicas eran increíblemente avanzadas, Briony no podía evitar empaparse de información, siempre seducida por las ideas más complicadas.

Horas más tarde, Briony se sentó en uno de los grandes sillones, de cara al ventanal que daba al estanque, y concentró su mente en las aguas tranquilas y en las estanterías escondidas. Intentó sacar solo recuerdos de su padre, pero pronto se dio cuenta de que tenía demasiadas cosas en la cabeza que la hacían estremecerse cada vez que se reproducían una y otra vez.

Los hombros desnudos de Toven mientras ella le curaba el cuello.

El eco de Didion gritándole que todo iba a salir bien por las paredes de piedra de la prisión.

Un cuerpo saliendo disparado y golpeándose contra el tronco de un árbol.

La sangre seca en la sien de Cordelia mientras la miraba, con la piel pálida traslúcida bajo la luz del foco.

Briony cogió todos los recuerdos, los sujetó como si fueran libros y los colocó en las repisas más altas, o los metió en cubiertas más gruesas y los escondió en las repisas de abajo. Era como ordenar las cosas que más le habían costado, tanto en amor como en dolor.

Sacó el recuerdo de su padre llevándolos al circo. Su loción de afeitado. La risa fácil de Rory con los chistes malos. Había una repisa vacía a la altura de los ojos ahora que ya había guardado los demás recuerdos. La llenó con los momentos felices de su familia.

—Rosewood.

Parpadeó. Estaba mirando al estanque desde el sillón mullido de la biblioteca.

Los libros dentro de su cabeza se tambalearon, vibrando con la energía que había necesitado para contenerlos, para que no se movieran de su sitio. Lo único disponible para los ojos fisgones eran los recuerdos felices con su familia.

—Rosewood —repitió alguien.

Ella se dio la vuelta. Había alguien a su lado, pero si lo miraba, los libros se caerían de sus repisas y volvería a encontrarse con hombros desnudos, ecos de gritos y sangre seca...

—¿Te encuentras mejor? —preguntó, arrastrando una respiración y preparándose para apartar la mirada del estanque y las aguas tranquilas—. ¿Qué tal las costillas?

Concentró la mente y recurrió a su fuerza para mantener los libros en las repisas. El corazón le latía con el ansia de levantar la mirada, de volver a verlo, pero se contuvo.

—Mejor —resonó su voz.

Con una respiración profunda, desvió la vista y, finalmente, lo miró. Un cuerpo alto ligeramente inclinado a la derecha, con unos ojos curiosos que la miraban.

Solo recuerdos felices con su familia.

Ella desvió la mirada para volver a centrar la energía en las estanterías de su mente.

—¿Qué tal tu cumpleaños? —Sabía que su boca había hecho esa pregunta, pero la voz no le resultaba familiar—. ¿Lo pasaste bien...?

—Mírame.

Sintió la orden hasta en los huesos. Giró la cabeza hacia él, lo miró a los ojos grises, y lo vio estremecerse al observarla. Él miró el libro que tenía en el regazo, y luego a ella otra vez.

Briony lo vio a través de una neblina, reconociéndolo, pero sin poder ubicarlo. Tenía el cuerpo lleno de algodón, y la cabeza llena de polvo.

Parpadeó y fue como si él reapareciera. Toven Hearst estaba junto a ella, mirándola con preocupación.

Su estantería se quebró y todos los libros cayeron abiertos a sus pies.

Respiró hondo y su pecho descubierto, sus costillas rotas, su cuerpo acurrucado, sus ojos fríos..., todos esos libros ordenados con cuidado se cayeron de la repisa de su mente.

Le escocían los ojos, como si hubiera mirado directamente al sol. Los cerró con fuerza y se apretó la mano contra la frente para bloquear la luz.

El libro de barrera mental avanzada se le deslizó del regazo y se alejó de ella en el aire.

—Eres demasiado expresiva para esta técnica en concreto —murmuró él—. Sería muy evidente que te ocurre algo. —Ella lo escuchó abrir el libro y luego cerrarlo con un golpe sordo—. ¿Te has saltado los estudios intermedios?

—Claro —dijo ella con un intento de sonrisa. Le daba vueltas la cabeza. Tenía la sensación de que llevaba días despierta—. ¿Acaso esperabas algo menos de mí?

Abrió mucho los ojos, mirando de nuevo fijamente el estanque por la ventana. Intentó aferrarse a la idea de las aguas tranquilas para calmar su mente, pero se le había agotado la energía.

—Puede llegar a ser agotador —dijo él casi susurrando.

Ella asintió con somnolencia. Quería cerrar los ojos y dormir. Pero, ahora que él estaba aquí, necesitaba hacerle varias preguntas.

—¿Cómo está Larissa?

Ella vio que se le endurecía la mirada, como si cerrara un libro.

—Está muerta.

Briony apretó los labios.

—¿Cómo?

—La mataron por su deslealtad al ama Mallow.

Ella frunció el ceño y lo miró atentamente.

—Eso fue exactamente lo mismo que me dijo Finn. Qué curioso.

Toven le lanzó una mirada.

—¿Cuándo has hablado con Finn? —Tenía la voz ronca y hielo en los ojos.

—Vino a verme. Entró en mi habitación y se bebió mi té como si nada. —Se movió en el sillón y arqueó una ceja ante la expresión oscura de Toven—. También me habló de unas historias fascinantes que les has estado contando a los chicos.

Toven volvió a desviar la mirada hacia ella.

—¿Tan poca autoestima tienes que sientes la necesidad de describir tus conquistas con tantísimos detalles a tus amigos, Toven? —preguntó ella.

Él tragó.

—Cuando la conquista es la princesa de Evermore, sí.

Ella torció la boca. Decidió tentar a la suerte.

—¿Qué conlleva exactamente el vínculo latiente? —preguntó Briony.

Él apartó la mirada.

—Es un intercambio de joyas con una gota de sangre del portador. Es distinto del potenciado porque las joyas unen a dos personas en la distancia. Para potenciar hay que estar físicamente cerca, pero los latientes no tienen por qué estar siquiera en el mismo país para compartir su magia. —Cambió el peso de un pie a otro para aligerar su lado más débil—. Cuando los bomardi adaptaron el vínculo latiente para su propio beneficio, para los latientes eversun, desarrollaron el collar como forma de quitar la magia. —Le miró el cuello—. El collar desvía todas las magias, del corazón, de la mente y la Sagrada, hacia otra joya o hacia una ubicación, como la mazmorra de Trow.

—Pero tú no te has vinculado conmigo, pese a que Mallow te lo pidió —dijo ella—. ¿Eso quiere decir que nunca me has quitado la magia?

Él tragó y respondió con mucho cuidado.

—La magia latiente no puede quitarse si ya se ha entregado voluntariamente.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—Tú empezaste a darle tu magia del corazón a tu hermano hace años —dijo él—. A potenciarlo. Mi padre no termina de entenderlo, pero, aunque tu hermano esté muerto, le sigues dando tu magia. Creemos que es porque sois mellizos. Se creó un vínculo latiente sin el ritual ni las joyas. Por eso el collar no puede quitarte la magia del corazón.

Él pasó un dedo sobre el oro que rodeaba el cuello de Briony. Ella pensó en lo que le había dicho.

—Entonces, no podéis quitarme la magia del corazón porque, sin saberlo... —Se ahogó—. ¿Estaba vinculada con Rory? ¿Como su latiente?

Él asintió. De pronto, ella sintió una oleada de tristeza al pensar en Rory, en el vínculo que tenía con él y que nunca había entendido. Era un vínculo latiente.

—Te estuvimos dando el elixir Gowarnus para mantener tu magia apagada. Te lo poníamos en el té. A veces en la comida.

Se enfadó al recordar a Serena y a Toven insistiéndole en que comiera. Claro, la estaban drogando.

—Pedí que dejaran de darte el elixir Gowarnus para que pudieras acceder a tu magia y practicar las barreras mentales —dijo.

El corazón le latía con fuerza. Quería preguntar por qué, por qué era tan importante, pero antes necesitaba aclarar todos los hechos.

Cerró fuerte los ojos. La jaqueca era cada vez peor.

—Entonces, en la mazmorra de Trow, el collar me quitaba la magia de la mente, pero no la del corazón..., porque ya la estaba entregando. Luego, al llegar aquí, me disteis el elixir Gowarnus. —Levantó la cabeza para mirarlo y se tocó el metal del cuello—. ¿Esto hace algo?

—Ese no. Ahora mismo, no. Sin un vínculo entre nosotros, no es más que apariencia.

Estaba empezando a sentirse aturdida. Era demasiada información.

Se puso de pie y la sangre se le subió a la cabeza. La barrera mental la había agotado mucho más de lo que pensaba y cayó en el brazo del sillón.

Una mano en su codo. Le palpitaba la cabeza y cerró los ojos para asimilar el tacto de Toven, el calor de sus dedos sobre su piel a través de la fina capa de algodón de la manga. Cuando volvió a abrirlos y se incorporó, él dijo:

—Deberías tener más cuidado la próxima vez. Puede ser agotador.

Ella parpadeó y lo vio mirándola fijamente, con el cuerpo muy cerca y los dedos aún apoyados ligeramente sobre su brazo. Él se tambaleó con la cara pálida.

—Todavía estás débil —dijo ella—. También deberías tener cuidado.

Los ojos de Toven bailaron sobre su cara con un intento de sonrisa en los labios.

—Vaya dos, ¿eh?

Por la cabeza de Briony pasó una imagen de otra vida. Otro motivo por el que él la agarraba por el codo. Otro uso de la cercanía de su cuerpo.

Quizá las cosas podrían haber sido diferentes. Quizá los Hearst habrían sido los principales contendientes por la mano de la hija de los Rosewood.

La sonrisa de Toven desapareció, pero le sostuvo la mirada.

Quizá ella habría terminado viviendo aquí, al fin y al cabo..., en otra vida.

Se abrieron las puertas de la biblioteca y él le soltó el codo y se apartó de ella.

—Toven. —Una voz brusca lo llamó desde la puerta, y Briony se dio la vuelta. Vio a Serena con la boca apretada en una línea tensa —. Tienes visita.

Toven se puso delante de ella mientras Briony intentaba darle sentido a esas palabras.

—¿Les digo que vayan a la sala de estar? —dijo Serena con firmeza, pero antes de que Toven tuviera tiempo de responder, una voz estridente lo llamó desde el pasillo.

—Estaría bien echar un vistazo a la vieja biblioteca, ¿verdad, Can?

Liam Quill cruzó la puerta con Canning Trow y Finn Raquin detrás.

Capítulo 24



—Vaya, vaya, vaya —dijo Canning con una sonrisa falsa—. Pero si es la princesa eversun.

Briony observó cómo Finn, Canning y Liam entraban en la biblioteca y se dispersaban bloqueando la única salida.

—Caballeros —dijo Toven con frialdad—. ¿A qué se debe este honor?

—Es tu cumpleaños, ¿no? —dijo Liam, hojeando un libro sobre la larga mesa.

—Fue la semana pasada, pero agradezco el detalle —dijo Toven.

Briony miró a Finn a los ojos, que estaba en la puerta junto a Serena. Parecía nervioso. Y Briony supo de inmediato que esto no había sido idea suya.

—¿Me llevo a la chica de vuelta a sus aposentos? —preguntó Serena.

—Sí —dijo Toven, y se giró para mirar a Briony—. Le había mandado volver a archivar los libros según el número de veces que apareciera el artículo *el*. —La miró con una sonrisa fría.

—Oh, que se quede —dijo Canning, dejándose caer en un sillón—. Todavía no hemos podido jugar.

—Ya sabes que no me gusta compartir —dijo Toven con indiferencia—. ¿Madre? —Le hizo un gesto con la cabeza.

Serena se acercó a ellos, lista para coger a Briony.

—Que se quede —dijo Canning con firmeza mientras le lanzaba una mirada a Toven.

Serena hizo una pausa.

Todos miraban atentos la batalla de miradas entre Toven y Canning. Aparte de en la cena de palacio, cuando todos se habían interpuesto a los demás para bailar con ella, Briony nunca había visto cómo funcionaban los rangos de la línea de sucesión en situaciones casuales.

Si es que esto podía llamarse casual. El ambiente estaba muy cargado.

Toven asintió.

—Déjala aquí, madre.

Serena dudó antes de sonreír.

—Por supuesto. Comportaos.

—Ni se me ocurriría, Serena —dijo Canning, girando la cabeza en el sillón para ver a la madre de Toven salir de la habitación. Cuando se cerró la puerta, miró a Liam—. ¿Serena Hearst ha tenido siempre esas tetas?

Toven lo miró con la cabeza inclinada y la mirada fría.

Liam se rio.

—¿Alguien quiere un *whisky*? —dijo Toven—. De la colección privada de mi padre. —La casa obedeció y apareció una bandeja con unos vasos y un decantador de *whisky* en la mesa al lado de Finn.

Finn empezó a servir.

—Bueno, Toven —dijo Finn—. ¿Qué tal las costillas?

—¿Costillas? —preguntó Liam—. Pensaba que te habías roto el hombro.

—Así es —dijo Toven, sacando un libro de la estantería y dándoselo a ella sin mirarla—. Pero después estábamos haciendo ejercicio con Finn y me tiró al suelo.

Briony hojeó el libro rápidamente antes de volver a guardarlo.

Finn se encogió de hombros con timidez.

—¿Qué voy a hacer? Soy muy competitivo.

—Trae aquí a la puta.

Todos se quedaron en silencio y miraron a Canning, que hizo un gesto con el dedo.

Briony se quedó paralizada. Estaba en peligro, pero no sabía qué podía hacer Toven por ella.

Toven se acercó despacio a su lado y le permitió acercarse. Briony se fue al centro de la habitación con las piernas temblando, sintiendo sobre su cuerpo todas esas miradas no deseadas. Se paró frente a Canning. Estaba recostado cómodamente sobre los brazos del sillón y le miraba el cuerpo de arriba abajo.

—No tiene pinta de tener viruela.

Briony parpadeó. La viruela era una infección que se daba, sobre todo, en el clima húmedo de Evermore, y que producía pústulas y forúnculos si no se trataba como debía.

Los pasos pesados de Toven se acercaron.

—Ya casi está curada. Algunos días, poseerla ha sido bastante asqueroso, pero el pulso de la Magia Sagrada es demasiado bueno como para dejarlo escapar.

Recordó lo que Finn había dicho de la mazmorra sexual. Toven les había insinuado que se estaba acostando con ella.

Sintió una mano cálida en la cadera y Briony intentó no sobresaltarse. El perfume fresco de Toven vibró a su alrededor.

—Pero no la has poseído. —Liam arqueó una ceja mirando a Toven desde el catálogo—. Porque se rumorea que no lo has hecho.

—¿Y de dónde podrían salir estos rumores, Liam? —preguntó Toven—. Yo podría hacerte la misma pregunta, pero, claro, tú jamás conseguirías a una mujer. Solo a un hombre eversun para ser tu latiente.

Briony recordó la lista. Los Quill habían terminado con Simon, un chico joven, unos cuantos años mayor que ella, y Katrina. Le subió la bilis por la garganta al suponer que Katrina pertenecía al padre de Liam. ¿Estaban abusando de muchas eversun en nombre de la Magia Sagrada?

—No a todos nos gusta gastar sesenta y cinco mil monedas de oro en nuestras putas —le soltó Liam.

—Claro, solo lo hacen quienes quieren lo mejor —dijo Toven.

Finn les ofreció los vasos de *whisky*.

—En fin, por tu cumpleaños, Tove —dijo Canning.

Toven levantó el vaso y los demás lo imitaron.

—Por el ama Mallow —sugirió Toven—. Que su reino sea eterno.

—¡Eterno! —repitieron los demás, como si fuera un brindis común.

Tras beberse el vaso entero y entregárselo a Toven para que le sirviera otro, Canning dijo:

—Entonces supongo que, ahora que ya está recuperada, la traerás a las fiestas. —Asintió mirando a Briony.

Se produjo un silencio tenso durante un instante, hasta que Toven lo rompió.

—Esa es mi intención, sí. Siempre y cuando no me convoquen. —Llevó el vaso al decantador y Briony se percató de que miró a Finn a los ojos.

—Por supuesto. Aunque siempre podrías dejársela a un amigo —dijo Canning, pasándose la lengua por los dientes.

—Ah, ¿no te has enterado? —dijo Liam desde una estantería a la que se había acercado—. Toven Hearst no la comparte.

Canning sonrió.

—No me digas.

—Exacto —dijo Toven—. He pagado demasiado como para dejar que la saboree cualquiera. —Y, entonces, cambió de tema—. Liam, ¿quieres que te ayude a encontrar el libro que buscas?

Liam se dio la vuelta y escondió el rubor detrás del vaso de *whisky*. Chasqueó la lengua y dijo:

—Mi padre quería coger prestado algo.

—Qué raro —dijo Toven con frialdad—. No he recibido ninguna carta mostrando interés.

Liam sonrió con la boca apretada.

—Me ha enviado a mí para pedírtelo.

—Pues pídemelo.

Briony intentaba concentrarse en la conversación cuando Canning, de pronto, se levantó y se acercó a ella.

—Está relacionado con la línea fronteriza de los portales. Y el incidente en Ashmont de la semana pasada —dijo Liam.

Briony agudizó el oído, aunque no le quitaba los ojos de encima a Canning, mientras se apartaba de la forma más sutil posible. La última vez que escuchó algo de la línea fronteriza de los portales, fue por algo del castillo Javis y de la gente que intentaba huir de allí.

—Estamos buscando libros que hablen de conjuros oscuros, los que son menos probables de...

—¿Has probado ya mi elixir con ella? —interrumpió Canning, como si le estuviera aburriendo la conversación—. Jellica prácticamente vibra cuando se lo doy.

Levantó una mano y le pasó los nudillos por la mandíbula a Briony, bajando cada vez más. Ella se quedó inmóvil, sin saber muy bien

qué podía hacer, pero temblando de miedo y de ira mientras los nudillos de Canning le bajaban por el cuello y por encima de la clavícula, luego le acarició un lado del pecho y siguió bajando. Tenía la garganta cerrada y se atragantó con la bilis.

—No puedo decir que haya sido necesario —respondió Toven. Su voz sonó detrás de ella. Luego, le empujó el vaso de *whisky* a Canning en la mano con la que acariciaba a Briony, y otro a Briony en el pecho. Ella levantó las manos para cogerlo, sorprendida—. Ya nos lo pasamos muy bien sin el elixir.

Toven le envolvió el vientre con el brazo y la apartó unos centímetros de Canning.

Canning dio un sorbo a su *whisky* y los miró fijamente mientras Toven colocaba los dedos justo debajo de su pecho para arrimarla aún más a él.

Briony no había sido consciente de lo especiales que eran sus circunstancias hasta ese momento. No era solo que a sus amigas les estaban drenando la magia, sino que a algunas las estaban violando usando el elixir de Canning, por no hablar de las condiciones en las que seguramente estuvieran viviendo. ¿Las mostraban como trofeos o las compartían? ¿Se suponía que debían entretener a muchos hombres?

Bajó la mirada hacia el vaso que le había dado Toven, mientras Liam seguía describiendo el libro que necesitaba y Canning los fulminaba con la mirada. Se llevó el vaso a los labios y, de pronto, se le cayó contra el pecho, derramando el *whisky* sobre su vestido. Ella ahogó un grito mientras Canning se apartaba del líquido. No se le había caído a ella.

Toven chasqueó la lengua.

—¿Sabes cuánto cuesta este *whisky*? —le dijo enfadado—. Sube a cambiarte.

Briony se giró para mirarlo. Había sido él. Él se lo había tirado para darle una oportunidad para salir de ahí.

Ella miró al suelo y se fue hacia la puerta.

—Vamos, Toven —dijo Canning con un tono bromista, impidiéndole el paso—. Podemos cambiarla nosotros, ¿no? —La miró lascivamente y le pasó un dedo por la clavícula, secándole las gotas de *whisky* y llevándoselas a la boca—. Quítate el vestido. Para que no se manche —dijo.

Liam se rio, y Briony vio a Finn moverse en un rincón.

Toven se quedó muy quieto mientras a Briony se le aceleraba el pulso.

—No comparto, Trow —dijo Toven.

—Podemos mirar sin tocar —dijo Canning con inocencia—. ¿Verdad, muchachos?

—Desde luego, Toven —dijo Liam—. A no ser que prefieras esperar al viernes, que seremos más.

Toven se puso muy serio y la miró.

—Quítatelo.

Briony se quedó boquiabierta, incrédula. ¿De verdad la estaba obligando a desnudarse delante de Canning Trow y Liam Quill? Por no hablar de Toven y Finn. Dudando y rogando en silencio con la mirada, levantó la mano hasta la manga del hombro derecho y la bajó. Luego la izquierda. Su piel no parecía suya. Se le estaba retorciendo el estómago. Toven le sostuvo la mirada mientras la tela se deslizaba por sus brazos, sus pechos, su vientre. Se lo bajó por las caderas y se quedó en ropa interior.

Recordó cómo la miró Reighven mientras se duchaba y cerró los ojos horrorizada por la vergüenza. Al menos no era lo mismo.

Uno de los chicos silbó.

—Cuántas veces me he imaginado esas tetas —dijo Canning, apretando los dientes.

Sintió los ojos en cada centímetro de la piel, y otro par de ojos fijos en su cara.

Toven se acercó a ella y le colocó la mano en la nuca, enredando los dedos en el pelo y sujetándola con fuerza. La empujó despacio hacia delante y ella se vio obligada a dar un paso.

Él la miraba fijamente a los ojos mientras le susurraba:

—La próxima vez que te dé una bebida, sujétala bien.

Ella se preguntaba si se estaría arrepintiendo del truco del *whisky*.

—¿Queda claro? —dijo con delicadeza.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, amo Toven.

Con la otra mano sujetaba un vaso de *whisky*.

—Abre la boca.

Briony no podía hacer más que obedecer. Separó los labios y Toven le tiró de la cabeza hacia atrás.

Le echó el *whisky* en la boca, derramándoselo por los labios y la barbilla, hasta que le llegó al pecho.

Ella cerró los ojos con fuerza, intentando no toser por el ardor del líquido. Escuchó el vaso romperse al ser lanzado contra el suelo, y las manos de Toven la agarraron por la cadera, apretándole el trasero con los dedos para acercarla a él.

Ella lo agarró por los hombros cuando le tiró aún más del pelo hacia atrás, exponiéndole el pecho y el cuello.

Solo veía el techo al revés, pero casi se sale de su piel al sentir la quemadura eléctrica de la boca de Toven en su pecho. Deslizó la lengua desde el sujetador hasta el cuello. Estaba lamiendo el *whisky*.

A Briony se le escapó un gemido agudo y le dolía la espalda por la postura, aunque el fuego se le acumulaba bajo la piel.

Sintió los dientes en el cuello y luego unos besos sobre los pechos que lamían cualquier gota que pudiera quedar. Le jadeaba el pecho en busca de aire y, justo antes de levantarla y ponerla recta, sintió que le soltaba el trasero antes de darle un cachete en la nalga.

Ella gruñó, y él le deslizó la lengua por el cuello mientras la levantaba, luego por la barbilla, deteniéndose antes de llegar a la boca.

Cuando estuvo recta, no era capaz de mirarlo a los ojos.

—Vete —le dijo él con la voz ronca—. Coge el vestido y lávalo.

Briony asintió con el corazón acelerado. Recogió el vestido y salió corriendo hacia la puerta sin atreverse a mirar a ninguno de los hombres.

Briony abrió el grifo con el agua hirviendo para darse un baño. Sentía la piel electrificada en todas las zonas que habían tocado la boca y la lengua de Toven, y se moría de vergüenza al pensar que, en cualquier otra situación, habría disfrutado recordándolo. Pero ahora solo quería que el agua le quemara ese recuerdo.

Que le recordaran que era una propiedad a la vez que sentía la boca de Toven Hearst en la piel era... horrible. Y sintió escalofríos al saber que eso, seguramente, solo fuera una mínima parte de lo que estaban sufriendo las demás.

Después de frotarse cada centímetro de piel, dos veces, fue capaz de concentrarse mejor y, tras vaciar la bañera, recordó algo.

Liam necesitaba un libro sobre líneas fronterizas. Más específicamente, lo necesitaba su padre. Y también había dicho algo de Ashmont, un pueblo abandonado en el oeste, al otro lado del

bosque de árboles muertos de Bomard. ¿Qué estarían haciendo en el oeste? ¿Era otro intento de huir de Moreland?

Se preguntó, no por primera vez, qué opinarían los países al otro lado del océano de que Mallow hubiera invadido Evermore.

Cuando Briony consideró que ya había quemado la sensación de la lengua de Toven y los nudillos de Canning, se puso el camisón y se quedó de pie junto a la ventana.

Llamaron a su puerta. Y, aunque sabía perfectamente quién era, le dijo que entrara, a pesar de que estaba en camisón y con el pelo mojado y despeinado.

La puerta se abrió despacio y Briony siguió mirando por la ventana. Al ver que él no decía nada, por fin se dio la vuelta.

Toven estaba en la puerta abierta, sin atreverse a entrar, apoyado contra el marco, fingiendo despreocupación, aunque no paraba de darle vueltas al anillo bomardi.

Ella no sabía qué decir. Así que fue directa al grano.

—¿Por qué tenía la viruela? —dijo cansada.

Toven apretó los labios.

—Todos los fines de semana organizan una fiesta. Llevas cuatro meses con viruela, demasiado enferma para ir. Pero ya no estás enferma, obviamente.

—¿Qué tipo de fiesta? —Se le quebró la voz—. ¿Es algo como...? —dijo, haciendo un gesto con los dedos para indicar lo que había pasado en la biblioteca.

Él miró detrás de ella, por la ventana.

—Es una oportunidad para que Bomard se reúna y presuma de sus victorias. Nada de eso tiene lugar en público, pero tras las puertas cerradas..., en muchos aspectos, es peor.

Intentando mantener la respiración tranquila bajo el peso de las costillas, se dio cuenta de una cosa.

—¿Hay otras eversun? ¿Las latientes?

Cuando él asintió le dio un vuelco el corazón, y la cabeza le daba vueltas repasando todas las opciones...

—Cordelia Hardstark ya no acude —dijo, leyéndola como un libro abierto. Se hizo el silencio—. No suele ser agradable con los demás.

Ella lo miró fijamente, sintiendo cómo una rabia que ya conocía le crecía en el interior.

—¿Y se supone que yo tengo que ser agradable?

Él la miró con un destello en los ojos, y dijo:

—Eres demasiado lista como para no hacerlo.

Tenía razón. Había estado buscando la forma de salir de la Mansión Hearst. Y ahora la tenía ahí, delante de ella, así que no podía desaprovecharla.

—Así que iremos este viernes.

Ella volvió a girarse hacia la ventana. Notó que él se estaba preparando para marcharse.

—Ha sido un buen intento. Lo del *whisky*. —Él se detuvo, y ella continuó sin mirarlo—: Una pena que Canning se crea que es el dueño de la línea de sucesión. —Algo se movió en su mente, y se sintió como cuando ella y Rory se quedaban despiertos toda la noche, intentando planear cualquier posible situación en el campo de batalla—. Tendrás que intentar ganarle la próxima. —Su tono de voz era frío—. Nadie debería poder ordenar así a un Hearst.

Toven no dijo nada. Y, unos instantes después, la puerta se cerró.

Llegó el viernes por la noche y, con él, un vestido nuevo en su armario. Briony se quedó mirando la seda verde balanceándose inocente en la percha; era la tela más elegante que le habían regalado hasta la fecha. Estaba adornado como un vestido eversun,

con finas líneas y una caída por detrás, pero la seda se ceñiría al cuerpo. Pasó los dedos por el dobladillo; le cubriría hasta debajo de los tobillos. En los pies del armario había un par de tacones negros. No había ningún sujetador apropiado para llevar con el vestido. Esa era la gracia, claro.

La iban a mostrar. ¿Qué le había dicho Toven? ¿Una oportunidad para que los bomardi se regodearan de sus victorias? ¿Ella era una de esas victorias?

A las diez y cuarto llamó a su puerta. La miró de arriba abajo una vez, sin posar la mirada demasiado tiempo en ningún sitio, y entró en la habitación para abrir un portal. Él llevaba un uniforme bomardi informal, pantalones y chaleco, con las mangas de la camisa negra sueltas.

El portal se abrió en el centro de su habitación y él estiró la mano para agarrarla por el tatuaje.

Briony se detuvo con un millón de preguntas antes de adentrarse en lo desconocido.

—¿Estará Mallow?

—No. Mi padre está con ella en otra parte.

Briony ahora tenía dos millones de preguntas.

Dio un paso adelante y sintió la seda moverse contra su piel como si fuera agua. Tenía la espalda completamente descubierta y quería preguntar si se había puesto bien el vestido, pero él todavía no la había mirado debidamente. Por mucho que la hubieran violentado el otro día, ¿no lo había hecho él también? ¿No la obligó a hacer algo que no quería?

—¿Esta noche pasará algo parecido? —preguntó sin más detalles. Ambos sabían a qué se refería.

Sus ojos estaban fríos y vacíos cuando la miró.

—No. No te separarás de mi lado y dejaremos que todos te observen para que no tengas que volver varias veces. Ya está.

Briony tragó saliva, temblando.

—Habrá contacto mínimo —dijo Toven, aclarando sus dudas—. Entre nosotros. Nadie más. —Tenía la mirada fija en el portal, y ella se preguntó cuánto contacto mínimo de cualquiera de ellos sería capaz de soportar.

Estaba a punto de preguntarle dónde era la fiesta cuando él volvió a agarrarla por el brazo y tiró de los dos hacia el portal.

Ojalá se lo hubiera preguntado. Ojalá hubiera estado preparada.

El viento le ondeó el vestido y el pelo, y escuchó las olas del mar.

Estaban en Biltmore Palace. Estaban en su casa.

Capítulo 25



Seis años antes

Briony siempre pasaba el solsticio de verano en Biltmore Palace, en la colina sobre los puertos principales de Eversun. El solsticio dividía el curso escolar por la mitad, permitiendo un descanso de una semana de las clases y de los estudiantes bomardi.

Aunque Briony siempre optaba por invitar a Cordelia a pasar la semana con ella en Biltmore, su padre había decidido que Rory y Cordelia no podían convivir bajo el mismo techo mientras se cortejaban.

Así que...

—¡Piedras! ¿Siempre hace tanto calor en el solsticio? —dijo una voz muy fuerte junto a Briony, que estaba sentada en el césped del jardín.

Briony respiró hondo para armarse de paciencia y entrecerró los ojos. Katrina se sentó bajo el sol abanicándose con la mano, para nada relajada.

—¿Quieres irte al patio? Allí hay más sombra —dijo Briony lo más educada que pudo.

Katrina le dio un sorbo a su copa de vino de hada y negó con la cabeza.

—No, si esto es lo que haces en las vacaciones, lo haré yo también. —Se recogió el pelo rubio y se tumbó en el césped—. Pensaba que, al ser una princesa, tendrías a alguien abanicándote con una de esas hojas gigantes todo el rato.

Briony arrugó la cara ante la insinuación de tener sirvientes dedicados exclusivamente a su comodidad. Se mordió la lengua justo cuando el estallido de un cañón sacudió el jardín.

Katrina chilló y Briony continuó tomando el sol, impasible.

—¿Qué narices ha sido eso? —Katrina se levantó con las manos sobre el pecho.

—Es el Cañón de Verano —dijo Briony sin ganas—. En Biltmore se dispara todos los días a mediodía.

—¿Por qué?

—Para marcar la hora a los barcos que están fuera —dijo ella—. Es una tradición.

Katrina se volvió a sentar lentamente en el césped con una respiración profunda que a Briony le pareció demasiado exagerada. Tras unos pocos maravillosos minutos de silencio, Katrina volvió a hablar.

—¿Te has enterado de que Toven Hearst y Larissa Gains se comprometerán formalmente cuando volvamos a la escuela?

Briony miró a Katrina.

—¿Qué?

Katrina asintió con los ojos cerrados contra el sol.

—Ella está pasando el solsticio de verano en la Mansión Hearst. Se rumorea que para finales de semana ya estarán prometidos.

Briony sintió algo roerle en el pecho. No confiaba en sí misma para decir nada.

No debería haberse sorprendido tanto. Se había encontrado con Toven y Larissa en los pasillos oscuros varias veces más durante la primavera, siempre manoseándose el uno al otro. Se daba por hecho que se cortejaron durante gran parte de la escuela, por lo que este era el siguiente paso lógico.

Pero Briony no podía evitar la forma en la que parecía que se le apretaban las costillas al pensar en Toven prometido.

Habían sido compañeros en la clase de elixires toda la primavera, y había tenido el placer agonizante de observarle las manos trabajar con los ingredientes cada día durante dos meses. Cortando raíces, arrancando hojas, cortándoles las alas a los insectos. No sabía dónde mirar más que a las venas de los antebrazos mientras trabajaba.

Y no la distraía solo su apariencia. Su perfume fresco se le aferraba a la ropa durante el resto del día, todos los días. Su voz bromeaba con ella, provocándola por saberse todas las respuestas y negándose a compartirlas con el profesor. Su piel cálida le rozaba los dedos cada vez que iban a coger el mortero a la vez.

Briony miró al cielo y dejó que el sol le quemara los ojos. No había entendido hasta ese momento lo poco apropiado que había sido todo aquello. Si Toven estaba cortejando a Larissa con la intención de casarse con ella, las pequeñas atenciones que le daba a Briony eran simplemente juegos de niños. De pronto, empezó a arder de ira y todas las sonrisas engreídas que le había puesto, cada susurro al oído, cada vez que le había quitado el cuchillo al final de clase «por error» y la obligaba a perseguirlo por el pasillo para recuperarlo... todo eso ahora le parecía sucio.

—Qué raro, ¿no? Sé que es muy normal que alguien se comprometa en la escuela, pero no me esperaba que fuera alguien que yo conozco. —Katrina se puso de lado para mirar a Briony—. ¿Didion y tú seréis los siguientes?

Briony miró a Katrina con los ojos entrecerrados.

—¿Qué? ¿Didion y yo?

Katrina sonrió.

—Claro. Es muy guapo. Y muy bueno.

—Parece que entonces deberías casarte tú con él —dijo Briony, volviendo a mirar las nubes.

Katrina resopló.

Escucharon el chisporroteo de un portal abriéndose al otro extremo del jardín, en dirección al mar. Era el único lugar en el que se podían abrir portales si se tenía un estatus lo suficientemente alto.

Briony se incorporó y vio al general Meers y a su prima Finola caminar apresuradamente al palacio con paso determinado. Finola ni siquiera la miró.

—Ve a buscar una sombra —le dijo Briony a Katrina—. Ahora vuelvo.

Se levantó y los siguió dentro del edificio.

El general Meers estaba ladrando órdenes como si fuera el mismísimo rey, y Finola le hablaba muy rápido al caballerizo de su padre. Briony se quedó pegada a la pared, escondida detrás de los pilares que sostenían los arcos de medio punto.

—Necesito ver al rey ahora mismo —ordenó el general Meers.

Rory y Didion aparecieron desde un pasillo lejano, observando el tumulto.

—Está en su despacho —dijo la doncella, y les hizo un gesto para que lo buscaran arriba.

El general Meers corrió, subiendo los escalones de dos en dos, y Finola lo hizo detrás de él.

Briony los siguió a ambos, llegando un poco antes que Rory, y los mellizos subieron rápidamente a la segunda planta, por donde siguieron al general a través de la arcada.

El despacho de su padre daba a un claustro ajardinado rodeado de ventanas entramadas que dejaban entrar el aire, pero no permitían que se viera nada desde fuera.

El general Meers ya estaba hablando cuando Rory y Briony llegaron a la puerta.

—El Sillón Pulvey está muerto.

Briony patinó hasta detenerse en el quicio de la puerta. Vio a su padre soltar la pluma y juntar las manos sobre el escritorio.

—¿Mallow? —preguntó.

Briony recordaba ese nombre. La mujer de mirada inteligente y el pelo liso, que comentó algo de usar a los niños de garantía.

El general Meers asintió.

—Los centinelas dicen que Veronika Mallow se ha hecho con el Sillón de Bomard.

Briony ahogó un grito, y todos la miraron a ella y a Rory en la puerta. Finola sonrió con la boca apretada.

—Niños, disculpadnos —dijo el general Meers.

Briony frunció el ceño y Rory dijo:

—Tengo diecinueve años. Me gustaría estar al tanto de los sucesos políticos de mi futuro reino.

El rey Jacquel asintió y le hizo un gesto a Rory para que se sentara en un rincón. Rory movió la mano e invocó una segunda silla, gemela a la primera. Miró a los ojos a su padre y le ofreció la silla a Briony.

—Mi rey —comenzó el general—, sinceramente, debo oponerme a que haya tantas personas en una reunión confidencial...

—Sois unos ingenuos si pensáis que los oídos de Briony son menos útiles que los de los cinco que estamos aquí —dijo Rory, y a Briony se le calentó el pecho por el halago inesperado. Rory la miró a los ojos con una sonrisa de apoyo.

Su padre carraspeó.

—Continúa, general.

Briony y Rory se sentaron en la esquina y el general Meers apretó los labios con disgusto.

Rory preguntó:

—¿Cómo ha conseguido saltarse la línea de sucesión?

—Ha ascendido como debía —dijo Finola—. En el momento de la muerte de Gin Pulvey, Veronika Mallow se encontraba en el primer puesto de sucesión.

—¿Cómo?

—Riann Cohle mató a su padre anoche —dijo Finola—. Luego ascendió al primer puesto, nombró sucesora a Mallow y abdicó de inmediato. Antes de matar a Gin Pulvey, ella nombró a Riann Cohle su sucesor. Los dos ascendieron juntos nada más morir Pulvey. Ella al Sillón, él al primero de la sucesión. Así que no habrá ningún cambio en la línea por debajo de ellos. Riann Cohle solo tiene que elegir un sucesor.

A Briony se le separaron los labios, impactada por las maniobras políticas.

El general Meers se acercó al escritorio.

—Creemos que ha seducido a Riann Cohle...

—No hay ninguna prueba de eso —objetó Finola.

El general Meers puso los ojos en blanco.

—No importa. El caso es que convenció a Cohle para esta argucia, y ahora es ella la que ocupa el Sillón.

—¿Ha hecho algún manifiesto? —preguntó el rey Jacquel, mirando pensativo las ventanas entramadas.

—Aún no, mi rey —dijo el general Meers—. Bomard ha amanecido con la noticia y mis fuentes están pendientes de cualquier objeción en la línea de sucesión.

—No las habrá —dijo su padre frotándose la barbilla—. Los ha convencido a todos, estoy seguro.

—Hay algo más —dijo Finola dubitativa, y todos la miraron—. Se rumorea que Mallow ordenará el fin de la magia de la mente en Bomard.

A Briony se le retorció la cara.

—¿Y cómo va a hacer eso? Estamos a mitad de curso en la escuela bomardi. ¿Cómo van a practicar magia de la mente los estudiantes eversun?

Finola la miró y asintió, como si Briony hubiera respondido a la pregunta.

La habitación se quedó en silencio durante unos instantes. Y luego Rory dijo:

—Bueno, me gustaría ver cómo vuelven los bomardi a la escuela después del solsticio.

Capítulo 26



Los ojos de Briony recorrieron los altos acantilados en los que estaba construido Biltmore Palace. Los conocía como la palma de su mano. Los había escalado de niña, escondiéndose de los guardias y la seguridad para ponerse al día con Rory y Sammy.

Por la noche era precioso, iluminado desde dentro como luciérnagas atrapadas en un bote de cristal. Esta noche no era diferente, aunque habían sustituido la bandera eversun por la insignia bomardi. Durante un instante se imaginó que estaba con su padre, preparándose para una larga semana de recibir a dignatarios y decidir sobre importantes asuntos mundiales.

Luego Toven la agarró por el codo y la empujó hacia delante, y el recuerdo se desvaneció en la realidad.

Biltmore Palace era una monstruosidad.

Subió el sendero al lado de Toven, mirando la luz ardiente que salía desde dentro; iluminaba los muros como si el fuego estuviera devorando la colina. Miró hacia atrás por encima del hombro y vio el puerto..., o lo que quedaba del puerto.

Mallow había diezmado los muelles hacía un año en un esfuerzo de aislar a Rory y Evermore de los países del otro lado del océano. Solo salió un barco antes de que la milicia bomardi los quemara todos, y la flota bomardi lo capturó antes de que pudiera cruzar el océano en busca de ayuda.

El padre de Phoebe y Finola estaba en ese barco.

Ahora Mallow estaba reconstruyendo los muelles, por lo visto. Briony pudo ver algún destello mágico bajo la luz de la luna.

—Concéntrate —le susurró Toven bajo el viento.

Ella se dio la vuelta hacia el largo sendero que subía hasta las puertas del castillo. Miró sobre las rejas y ahogó un grito. Un lobo gris y un oso negro acechaban desde la arcada, mirándolos a los dos. Al otro lado de la puerta, dos hombres con abrigos azules bomardi charlaban despreocupadamente. Cuando el lobo apretó la mandíbula, el hombre de la izquierda los miró a través de la reja.

Eran sus familiares.

El dueño del lobo se puso muy recto y dijo con alegría:

—Toven Hearst. ¿Qué nos has traído esta noche?

—Ah, no podrías con ella, Roth —dijo Toven tranquilamente, y los hombres se rieron.

Toven la agarró por la tinta del brazo y tiró de ella hacia delante a través de la puerta. Briony sintió una quemazón bajo la piel. Era una barrera mágica, igual que en la Mansión Hearst.

Uno de los hombres le silbó cuando pasó por delante, y Briony intentó mantener el equilibrio en los tacones. El sendero era de arena y sedimento, y se endurecía en lo alto de la colina.

Serpentearon por el sendero y, cuando estuvieron lo bastante lejos, Briony preguntó:

—¿Estoy encerrada?

—No hables a no ser que alguien te hable. —La voz de Toven sonó grave y severa—. Hasta que estemos arriba, no.

Ella lo miró y se encontró con una expresión impasible, pero la tensión le hacía palpitar la piel sobre el ojo derecho.

El sendero se abrió a los jardines, donde ella y Rory solían esperar a que su padre terminara de discutir los asuntos oficiales con el padre de Sammy, ansiosos por bajar al muelle y jugar con los hijos del marinero. Un camino de piedra serpenteaba por el césped y cruzaba sobre el agua que corría en afluentes por todo el palacio.

Había un grupo de personas caminando por el césped, en conversaciones privadas, y Toven aminoró el paso cuando llegaron bajo una lámpara. Se giró para mirarla con el pretexto de revisarla.

—No mires demasiado tiempo a una sola persona. No intentes interactuar con tus amigas. —Le puso los dedos sobre el tirante del hombro y ella sintió el susurro de su tacto por las clavículas. Toven seguía los dedos con la mirada—. Sé lista. Sé obediente. Terminará pronto.

Tuvo la sensación de que lo último se lo había dicho a sí mismo.

Briony fue consciente de la cantidad de ojos que había sobre ellos. La gente que había en el jardín se había girado para mirarlos y cuchicheaban entre ellos.

Antes de que le diera tiempo a preguntarse si él quería que respondiera, Toven la agarró por el codo y ambos se giraron hacia la entrada, como si estuvieran cortejándose. Ella lo miró y encontró sus ojos grises mirando hacia delante; las lámparas le iluminaban el pelo con tonos amarillos y naranjas.

Conforme se acercaban, la música se oía cada vez más fuerte. Ella se preguntó qué clase de horrores se iba a encontrar dentro. ¿Estarían sus amigas encadenadas? ¿Se las encontraría ensangrentadas y llenas de moratones?

Se abrieron las puertas y una mujer joven con un vestido escarlata les sonrió engreída delante de una cortina opaca.

—Amo Hearst, bienvenido. —Tenía una voz suave y posó la mirada un segundo de más sobre Briony—. Señorita Rosewood. Qué honor.

Briony parpadeó. Tenía una generosa melena castaña y la piel aceitunada, pero Briony se fijó en que llevaba un collar como el suyo, pero plateado.

—Ilana —dijo Toven—. Encantadora como siempre.

Ilana cogió dos copas de champán de una mesita y Briony se sorprendió cuando le dio una. La sujetó cerca del pecho.

—Esta noche ha venido el general Tremelo —dijo Ilana, entregándole a Toven un trozo de papel. Briony solo pudo echarle un vistazo al boceto de un hombre y unos pocos párrafos. Toven lo miró de arriba abajo—. ¿Lo conoces?

—Sí, mi padre ya ha hecho negocios con él antes. —Toven le devolvió el trozo de papel—. ¿Alguien más?

—La chusma de siempre —dijo Ilana de broma. Echó un vistazo rápido a Briony—. El ama Mallow no tiene pensado venir esta noche.

—Gracias, Ilana —dijo Toven. Se pasó una mano por el pelo—. ¿Puedo preguntarte si Lag Reighven ha hecho acto de presencia?

Briony sintió que se le cerraba la garganta.

—No, el señor Reighven no está en la lista. —Sonrió y agarró la cortina.

El sonido golpeó a Briony como si hubiera chocado con una pared.

Al otro lado de la cortina, en el gran salón, había al menos cien personas. Las conversaciones, las risas y el tintineo de las copas estallaron a la vez al abrir la cortina.

Briony miraba en todas direcciones mientras Toven la llevaba del brazo. Estaba abarrotado de personas a las que ella una vez recibió junto a su padre y Rory. A la derecha, observó a Caspar Quill

hablando animado con un grupo y derramando el champán con cada gesto. Katrina estaba enganchada a su brazo, con un vestido ajustado, un collar de oro y la mirada vacía. Briony fue hacia ella sin pensar, pero Toven la sujetó.

Vio a una mujer con la que había ido a la escuela dándole un sorbo a una copa y riéndose por todo lo que decía su acompañante. Briony tuvo que comprobarlo dos veces cuando vio una melena oscura con piel bronceada. Phoebe estaba a menos de tres metros de ella por primera vez desde que ambas estuvieron en la mazmorra de Trow. Briony le clavó los ojos, rogándole que la mirara, pero Phoebe estaba sonriendo a Aron Carvin, un hombre bajito con la cara roja que ocupaba la segunda posición en la línea al Sillón. El collar de oro de Phoebe brillaba bajo la luz de las velas y tenía las uñas de un rojo intenso sobre la copa de champán.

—No te quedes mirando —susurró Toven.

Briony apartó la mirada hacia delante justo cuando dos jóvenes se interpusieron en su camino, uno delgado con la piel dorada, y otro más robusto con las mejillas rosadas. Lorne Vult y Collin Twindle, que formaban parte de la pandilla de Toven en la escuela. La madre de Collin era la séptima en la línea, y la tía de Lorne estaba por detrás del padre de Finn Raquin, pero la insistencia de Lorne lo había llevado a una mejor posición como sucesor.

—Toven —dijo Lorne—. Al límite, ¿eh? Casi llegas tarde.

—Casi, pero no. —Toven les dio un apretón de manos a ambos.

Briony apartó la vista cuando ellos la miraron. Lorne Vult había sido muy amigo de Canning Trow y tenía la reputación de incomodar a las chicas en las recepciones. Collin siempre había sido muy tímido cuando era joven, pero se volvió grosero y obsesionado con el estatus durante los años de escuela. Había sido uno de los primeros

muchachos en unirse a su padre en la caza de niños eversun el día que atacaron la escuela bomardi, el día que asesinaron a su padre.

Los ojos ámbar de Collin se resbalaron por la piel expuesta de Briony.

—Ya veo que la has traído —dijo.

—Así es. —Toven dio un sorbo de champán—. Por fin se ha recuperado de la viruela.

—¿La vas a compartir? —preguntó Lorne con una voz melodiosa.

Briony lo miró y él sonrió.

—Por desgracia no, caballeros. Si queríais una latiente de oro, deberíais haberos comprado una.

—No he dicho que la usaría como latiente —dijo Collin, y Lorne se rio.

Briony le lanzó una mirada al más grande de los dos.

Toven consultó su reloj.

—Ya casi es la hora, caballeros. Coged a vuestras latientes, nos vemos en la *suite*.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada más, Toven la guio hacia la izquierda y se alejaron. A Briony se le había quedado grabada la palabra *suite*, y empezó a preguntarse qué ocurriría a partir de ahora.

Toven caminó en círculos por la habitación y, cada vez que se acercaban a una puerta, ella pensaba que iban a entrar. Él daba apretones de manos, pero no se detenía. Cuando por fin volvieron al lugar del que habían salido, Briony se dio cuenta de que la estaba exhibiendo, asegurándose de que la miraba el mayor número de personas posible.

Briony buscó a gente conocida y encontró caras familiares de la mazmorra de Trow. Intentó hacer una lista mental de la élite bomardi que iba reconociendo, pero había demasiados. Katrina había

desaparecido, pero vio a Phoebe de espaldas dos veces. O su prima estaba esforzándose por no mirarla, o de verdad no tenía ni idea de la presencia de Briony.

Cuando Toven por fin la llevó hacia la escalera que llevaba a la segunda planta, pensó que se terminarían los susurros que los perseguían mientras paseaban por la habitación.

A los pies de la escalera, Hap Gains se fumaba un puro mientras charlaba con el hombre del boceto que Ilana les había mostrado. Briony se tensó al estar ante la presencia de Gains de nuevo, y sintió una pausa mínima en los andares de Toven hasta que la empujó para continuar hacia delante.

—Hap, me alegro de verte —dijo Toven, y le dio un apretón de manos a Gains—. General Tremelo, un honor tenerte hoy entre nosotros.

El general le dio la mano a Toven con una sonrisa.

—El chico de Orion. ¡Tu padre me debe una partida de cartas! —Tenía un acento nítido y firme.

Briony empezó a pensar qué podía significar esto. ¿Bomard había recibido a un general del otro lado del océano? ¿Mallow estaba ampliando su alcance?

—Por favor, acepta las disculpas de mi padre por no poder estar haciéndote compañía esta noche —dijo Toven mirando a Gains. Gains entrecerró los ojos—. Sé que agradece los negocios de Daward.

Daward era uno de los ocho países mágicos del este. También practicaban magia, pero hacía años que no abusaban de los vínculos latientes como lo hacía actualmente Bomard. Briony no tenía ni idea de qué clase de negocios tenía Orion Hearst con Daward y su general, pero daba por hecho que no sería nada que el padre de ella hubiera aprobado.

—Manda saludos a tu padre de mi parte. —El general Tremelo tenía una sonrisa amable, aunque cuando miró a Briony, ella se preparó para otra mirada lasciva—. ¿Quién es esta señorita?

—Briony Rosewood —dijo Toven con una ligera arrogancia. La agarró por la cintura y le colocó la mano sobre la cadera—. Mi latiente.

Tremelo parpadeó dos veces, muy rápido.

—Ah. La hija de Jacquel.

¿Qué significaba ese tono? ¿Había sido amigo de su padre? ¿Le molestaba ver cómo trataban a la descendencia del rey Jacquel como propiedad? Briony no consiguió descifrarlo.

—El joven Hearst ha sido muy poco generoso con ella —dijo Gains, volviendo a poner una risa engreída mientras daba una calada al puro—. Esta es la primera visita de la señorita Rosewood a Biltmore.

Briony se mordió la lengua para contener la necesidad de corregirlo.

—No es en absoluto su primera visita —dijo Tremelo—. No hace mucho, esta era la casa de su padre, ¿no es así?

Sus palabras parecieron robar todo el aire de la habitación. Gains se atragantó con el puro y Toven puso una sonrisa tensa. Briony se quedó mirando al general, intentando averiguar cuál era su intención al mencionar la realidad del asunto.

—Así es —dijo Gains—. Solo quería decir que Toven ha evitado traerla a las fiestas semanales.

Toven apretó los dedos sobre su cadera.

—Bueno, tras lo que pasó con la latiente de Cohle el mes pasado, no tenía ninguna prisa por traerla.

Toven miró a Gains y la mirada del hombre se endureció.

A Briony se le disparó la ansiedad. ¿Le había pasado algo a Cordelia?

—Pero, sin duda, no hay ningún problema en exhibir un poco a una latiente de oro —dijo Gains.

—Ah, sí. He oído mucho hablar de las latientes de oro —dijo Tremelo cordialmente—. Y, aun así, sigo sin saber qué las hace tan especiales.

Briony agudizó el oído.

Gains soltó la ceniza del puro.

—La sangre Rosewood, que se dice que es dorada, crea un vínculo latiente más fuerte. Puntúan bastante alto en nuestra escala de habilidad mágica. —Señaló con la cabeza a Aron Carvin y a Phoebe al otro lado de la habitación, y luego sonrió a Toven—. Que es por lo que todos tenemos tantas ganas de ver a Aron y a Toven juntos en el *ring*.

Toda esta nueva información le daba mil vueltas en la cabeza. ¿Un *ring*?

Toven mantuvo una expresión tranquila.

—Prefiero guardar mi magia para lo que me pida el ama Mallow.

Tremelo se rio.

—Un buen soldado. Seguro que estás hasta arriba de magia. Y me alegra ver que la señorita Rosewood no parece resentida por ello.

Había algo en la forma de hablar de Tremelo, en la forma en la que Gains se detenía al hablar, en la forma en la que Toven le apretó los dedos en la cadera, que hacía que Briony se preguntara qué escondían sus palabras.

Daward no practicaba magia de la mente, por lo que ella no encontró ningún tipo de resistencia al extender con cuidado el dedo índice en un gesto penetrante para agarrar el hilo entre sus ojos. La

mente de Tremelo era un laberinto de estrategias y tácticas, pero en primer plano se vio a sí misma como la veía Tremelo: sana y salva.

Briony salió de sus pensamientos y se preguntó cuál era la auténtica motivación que había traído aquí a Tremelo esta noche. ¿A quién tenía que informar? ¿Y por qué era importante para él que la hija del enemigo de Mallow estuviera a salvo, aunque prisionera?

Si Bomard estaba extendiendo su influencia, ¿Daward estaba preocupado por su futuro?

—Bastante poder, sí —acordó Toven—. Caballeros, os dejo que sigáis disfrutando de la velada.

Les dio un apretón de manos a ambos y continuaron avanzando.

—No hace falta que la ates tan fuerte, Toven —dijo Gains a sus espaldas.

Briony sintió que le subía la bilis por la garganta. Era una insinuación que no necesitaba aclaración.

Se había enterado de muchas cosas en muy poco tiempo: le había pasado algo a Cordelia, había una especie de *ring*, y el general Tremelo de Daward no estaba del todo de acuerdo con el Bomard de Veronika Mallow.

Toven la llevó por las escaleras que recorrían las aguas sagradas. Las corrientes rápidas y abundantes de los canales salpicaban las barandillas. Briony quería preguntarle qué iba a pasar en la *suite*, pero, antes de que pudiera abrir la boca, llegaron a un descansillo y se encontraron de frente con un guardia bomardi.

—Toven —asintió con un gesto—. Están todos dentro.

—Fantástico —dijo Toven mientras levantaba la mano para enseñarle el anillo negro—. Me gustaría hacer una entrada triunfal.

El guardia abrió la puerta situada detrás de él y que llevaba al antiguo comedor al aire libre de su padre.

Cuando se abrió la puerta, unas risas estridentes le golpearon los oídos, y Briony vio una mesa preparada para ocho. Había siete muchachos jóvenes sentados, bebiendo y fumando, y siete muchachas con collares alineadas en la pared, con la mirada al suelo.

La conversación se detuvo de golpe y Briony por fin centró la vista en los hombres de la mesa mientras todos se giraban a mirarlos.

Finn Raquin, Liam Quill, Lorne y Collin, y otros dos a los que no reconocía.

Y Canning Trow, de pie en el extremo de la mesa. Tenía una sonrisa amplia y los ojos hambrientos mientras levantaba la copa.

—Señorita Rosewood, un honor tenerte entre nosotros esta noche.

En un extraño gesto de caballería, los otros seis se levantaron y Briony recordó de pronto que no tenía ni idea de cuáles eran las reglas en este nuevo mundo.

Canning Trow le sonrió y deslizó los ojos por todo su cuerpo.

—Caballeros, ha llegado la latiente de oro.

Capítulo 27



—Siento haberos hecho esperar —dijo Toven dando un paso adelante y estrechando la mano de Canning—. El general Tremelo se ha interesado por mi latiente.

Detrás de ella, el guardia cerró la puerta con llave.

Briony miró deprisa a todas las mujeres que había allí, de pie detrás de cada silla ocupada, como sirvientas. Todas miraban al suelo, pero reconoció a varias de ellas.

Detrás de la silla de Canning estaba Jellica Reeve, sobre quien Canning había presumido tan solo hacía unos días de usar su nuevo elixir. Una mujer que se llamaba Octavia, que siempre había sido muy tímida y amable en la escuela, estaba de pie junto a Jellica, detrás de la silla de Lorne. Al otro lado de la mesa, frente a ellas, Cecily Weape, la hija de un eversun de alto rango, estaba de pie tras la silla de Collin. Se rompió algo dentro de Briony cuando recordó que Collin le enviaba notas de amor en la escuela.

Otras caras iban y venían de sus recuerdos, pero no conseguía ponerles nombre.

En la mesa había varias botellas de vino abiertas, verduras hervidas y un cerdo asado entero con una manzana en la boca.

Briony finalmente entendió que esto sería una especie de cena y levantó la mirada para observar a todos los hombres de la sala.

—Bueno, el general siempre ha sido conocido por su gusto exquisito —dijo Canning, sin quitarle el ojo de encima.

Toven se fue hacia la silla vacía, frente a Canning, en el otro extremo de la mesa. Briony tomó nota de que Toven era uno de los mandamases de la habitación, y lo siguió para ocupar su lugar contra la pared, detrás de su silla.

Toven cogió su copa de vino vacía y la extendió a un lado, esperando. Briony se quedó mirando.

—Espabila, Rosewood —dijo insidioso.

Los hombres se rieron.

Luego una mujer con el pelo rubio fresa dio un paso adelante detrás de Liam, cogió una botella de vino y miró a Briony a los ojos mientras le llenaba la copa a Liam.

Briony repitió sus pasos y llenó la copa de Toven. A los hombres les destellaban los ojos mirándola, mientras Toven simplemente miraba hacia delante, lejos de ella.

Una vez estuvo la copa llena, soltó la botella y volvió hacia atrás, mirando a la mujer rubia en agradecimiento. Cuando le sonrió, la cabeza de Briony se reordenó como acróbatas en una pose.

Era su doncella del castillo Claremore. La que la salvó el día del ataque, el día que murió Rory. La que las guio a ella y a Cordelia por las escaleras y la que huyó cuando Cordelia intentó encontrarla.

Briony se balanceó, levantando ligeramente los talones.

La mujer de pelo rubio fresa volvió a mirar al suelo.

Era una especie de alivio, supuso Briony, saber que aquel día no hubo ganadores. Si se hubiera escondido como quería Anna, la

habrían encontrado. Si hubiera ido un poco más rápido por el pasadizo y hubiera escapado del derrumbe, la habrían capturado igualmente, como le había pasado a esta chica.

Briony la miró detenidamente y vio que tenía un collar de plata, no de oro. Era evidente que había una diferencia, pero ¿qué significaba?

Toven levantó su copa.

—Por el ama Mallow. Que su reino sea eterno.

Toda la habitación cantó al unísono:

—¡Eterno!

—Y que sus enemigos —continuó Toven, girando la cabeza para mostrarle el perfil a Briony— desaparezcan para siempre.

Los hombres se rieron y sorbieron de sus copas.

Lo único que Briony escuchó fue el eco de las voces. Detrás de ella había un alféizar y se apoyó en él, permitiendo que la brisa le acariciara los hombros y descansando el peso de los tacones demasiado altos.

La conversación cambiaba constantemente.

—¿Ha vuelto tu padre del extranjero?

—Lorne, ¿tienes el cuadro que te pedí?

—... ¿un lote de elixir pronto?

—Se moría de ganas, te lo aseguro...

Briony intentó seguirlos con la mirada, pero los hombres no paraban de observarla. Al otro lado de la mesa, Jellica Reeve se movió y se balanceó hacia delante como si su cuerpo estuviera atado a la silla de Canning con una cuerda. Tenía las pupilas dilatadas y la mirada fija en la nuca de su dueño.

Briony frunció el ceño.

—Se le ha curado de maravilla la viruela, Toven. —La voz de Lorne resonó por la mesa, con una sonrisa brillante mientras evaluaba a

Briony—. Ni siquiera parece que la haya padecido.

—Por supuesto —dijo Toven—. No podía permitir que mi propiedad tuviera una apariencia tan desgastada, pero, te lo aseguro, las llagas y el pus eran repugnantes. —La miró por encima del hombro con disgusto—. ¿Estás cansada? ¿No puedes enderezarte?

Todas las miradas se giraron hacia ella. Se levantó del alféizar y se dio cuenta de que ninguna de las demás mujeres estaba apoyada.

—No, señor. Es solamente que no estoy acostumbrada a los zapatos, señor —murmuró ella.

Toven le lanzó una mirada mientras el resto de la mesa estallaba en una carcajada.

—Oh, Rosewood —dijo Liam con una sonrisa retorcida—. Tómate un descanso de los zapatos. Ven, siéntate en mi regazo.

Los hombres aullaron. Toven dio un sorbo de su vino, soltó la copa y carraspeó.

—No hará tal cosa.

Las risas se disiparon.

Liam puso los ojos en blanco.

—¡Piedras! ¿Para qué te molestas en traerla si no podemos pasárnoslo bien?

Toven tamborileó con los dedos sobre el mantel.

—Yo me lo estoy pasando bien, eso es lo único que importa. ¿Lorne? ¿Haces los honores? —Señaló el cerdo con la cabeza—. Me muero de hambre.

Lorne se levantó e hizo aparecer un cuchillo para trinchar. Briony escuchó conversar a los hombres mientras las mujeres se acercaban a Lorne una a una para llevarles un plato a sus acompañantes. Cecily Weape le apartó dos porciones a Collin, y él se lo agradeció con un pellizco en el trasero. Jellica Reeve casi tira el plato de

Canning porque le temblaban mucho las manos, pero Briony se fijó en que no parecía que fuera por miedo. Cuando soltó el plato, se quedó dubitativa, casi tocándolo. Él le sonrió y dijo:

—Puedes retirarte. —Jellica gimoteó y se tambaleó hacia atrás, a su posición detrás de la silla.

Briony rodeó la mesa hasta el lado de Lorne cuando llegó su turno. Podía sentir sus ojos clavados sobre ella, evaluando su cuerpo.

—Parece bastante consentida, Toven —dijo Lorne, girando el cuchillo. A Briony se le aceleró el pulso cuando empezó a hacer girar la hoja en el pulgar—. Mi latiente se debilita mucho cuando la dreno; se le seca la piel y se le cansan los ojos. —Lorne miró el cuello y el pecho de Briony—. Y tampoco tiene ninguna marca. No parece que te lo estés pasando tan bien.

Toda la mesa se rio. Briony miró a Octavia, de pie como un fantasma detrás de la silla de Lorne, pelándole una naranja con los ojos clavados en el cuchillo.

—Ya sabes cuánto he pagado por ella —dijo Toven muy despacio —. Por supuesto, la baño en leche y lavanda cada noche.

Canning se rio. Pero Lorne estaba recorriendo la piel de Briony con los ojos. Ella respiró despacio, deseando volver cuanto antes al lado de Toven.

Hubo un brillo metálico, rápido como un relámpago, y de pronto Lorne estaba pegado a ella con el cuchillo entre su piel y el tirante verde de su vestido. Tiró.

—Es una eversun, Toven. Solo tiene que tumbarse bocarriba. —Los dientes blancos le destellaron y Briony sentía el aliento cálido en la cara—. Además, yo siempre las curo después.

Briony se quedó paralizada de miedo mientras el cuchillo le cortaba el tirante, con el corazón desbocado y los ojos muy

abiertos... El vestido se le deslizó por el pecho.

El cuchillo se apartó de su piel y giró en el aire hasta perforar la pared de piedra mientras Lorne daba un paso atrás.

La tira del vestido se cosió. Briony se giró y vio a Toven con la mano estirada. La ira ardía debajo de su fría fachada.

—No sé cuántas veces tengo que repetirlo —susurró, y todos aguantaron la respiración—. Esa latiente es mía. Su boca es mía, su magia es mía, su piel es mía. —Los dientes apretaban cada palabra y miró a los ojos a cada uno de los hombres de la mesa—. No podéis tocarla bajo ninguna circunstancia. Yo la he comprado. Y puedo hacer lo que me venga en gana con ella.

Briony sintió un escalofrío en la piel donde había estado el cuchillo de Lorne. Tenía la respiración agitada mientras observaba cómo Toven miraba con furia a todos los hombres, inmóvil, hasta que consideró que sus palabras habían quedado claras.

—Dame un plato. He dicho que tenía hambre.

Briony cogió el plato y se apresuró al otro lado de la mesa. Mientras se lo colocaba a Toven delante, aprovechó para llenarle también la copa de vino. Un brazo la agarró por la cintura y, de pronto, se vio sentada en el regazo de Toven. Reprimió un grito ahogado y se enderezó, sentada de lado sobre sus muslos. Toven deslizó el brazo izquierdo por su espalda, sujetándola con la palma de la mano por la cadera izquierda.

Luego cogió el tenedor con la mano libre y habló para la mesa:

—En fin, ¿de qué estábamos hablando?

Briony intentó concentrarse en cualquier cosa que no fueran los robustos muslos de Toven debajo de ella. Nunca se había sentado encima de un hombre. No era adecuado que una mujer soltera hiciera algo así en público, y mucho menos la hija del rey. Había

estado cerca del cuerpo de un hombre las veces que estuvo con Didion sin carabina, pero esto era mucho más íntimo.

No era solo la sensación de los muslos de Toven a través de la seda del vestido, sino también su mano sosteniéndola y su espalda desnuda.

La conversación volvió a fluir despacio y el ambiente seguía tenso tras el estallido de Toven. Cuando Cecily rellenó el plato de Collin, él también la sentó en su regazo y le hundió la nariz en el cuello. Cuando Briony volvió a levantar la mirada, Octavia estaba sentada sobre Lorne, que le enredaba los dedos en el pelo mientras hablaba con Canning sobre apuestas. A Briony se le hizo un nudo de culpa en el estómago al pensar en que Toven y ella habían cambiado el tono de la velada.

Volvió a mirar a Jellica. Como Canning no hizo ningún amago de sentarla en su regazo, estaba de pie a tan solo un paso de él, con el cuerpo rígido y mordiéndose el labio en lo que Briony definiría como un gesto de deseo. Agarró a Canning del hombro y luego dejó caer la mano, como si hubiera sido consciente de algo.

Finn fue el primero en ofrecer a su latiente un poco de queso. Luego, de pronto, la mujer rubia tenía una copa de vino en la mano y se reía de todo lo que Liam Quill decía, sentada en su regazo.

A la derecha de Toven había un bomardi robusto, con la piel bronceada y que Briony creía que se llamaba Kleve. Él estaba en el último curso cuando Rory y ella empezaron y, por lo que recordaba Briony, siempre había sido muy amable. Ahora parecía bastante a disgusto con la cena y sorbía en silencio de su copa de vino, mientras su latiente, una mujer de piel oscura que Briony no había visto nunca, estaba de pie, rígida como una estatua, con la mirada completamente perdida.

Luego estaba Collin, a quien Briony apenas podía mirar sin sentir náuseas mientras obligaba a Cecily a besarlo en la mesa. Entre Collin y Canning había un hombre que Briony pensaba que era el sucesor de Gains en los Diez, aunque no recordaba su nombre.

A su izquierda, Finn se acercó a la mesa para coger su copa de vino y el anillo con la piedra negra reflejó la luz. Como un rayo atravesando el cielo, de pronto cayó en la cuenta de por qué estos hombres tenían esta clase de privilegios.

No eran simplemente un grupo de amigos de la escuela. Eran los sucesores.

Cohle, Carvin, Trow, Locklin, Quill, Twindle, Hearst, Kleve y Gidrey, quienes tenían una posición en la línea al Sillón, pasaban su puesto a una persona de su elección al morir o abdicar.

Briony miró las manos derechas de los hombres. Unas piedras negras brillaban en el dedo corazón de cada uno, como el anillo de Toven. Incluso Finn, que había sido el sucesor de su padre en el puesto decimocuarto, llevaba el anillo que simbolizaba a los Diez. Debía de haber ascendido. Lorne no tenía ninguna piedra en la mano derecha. Briony deseó preguntarle a Toven por qué.

Estos ocho hombres estaban todos en la línea. Es más, si emparejaba a cada sucesor con una posición, seguramente descubriría que las otras dos sucesoras que no estaban aquí eran mujeres. Resoplaría si pudiera, por cuánto criticaba Bomard a Evermore por depender de la primogenitura masculina. Bastaba con mirarlos ahora. Puede que algunas de sus madres o tías estuvieran en la línea de sucesión, pero la segunda generación era, sin duda, un club de machos.

—¡Toven! —gritó Canning desde el otro lado de la mesa, con las mejillas sonrojadas por el vino—. Ya que no vamos a poder probarla, cuéntanos, ¿cómo es la princesa en la cama?

Alguien soltó una carcajada y la mesa se quedó en silencio. A Briony se le calentó la cara y Toven chasqueó la lengua al tragar.

—¿Qué quieres saber? —Levantó la copa de vino y la vació. A Briony le golpeaba el corazón contra las costillas.

Detrás de Canning, a Jellica se le derramaban las lágrimas por las mejillas y Briony no entendía por qué. Jellica tenía las manos apretadas en puños y tenía el cuello y el pecho rojos.

—Creo recordar que era bastante distante en público, pero una fiera en privado. —Canning sonrió a Briony y ella recordó cómo le robó un baile durante la cena del palacio—. ¿Es igual de ardiente en la cama?

La mesa volvió a reírse y ella levantó la cabeza para encontrarse con todos los ojos sobre ella, hambrientos de lujuria o divertimento cruel.

—Al principio —dijo por fin Toven, con la voz grave contra su espalda—. Ahora ya se lo toma con más calma.

Sintió un escalofrío por los hombros que se extendió y se le hundió en la piel.

—¿Cómo tiene el coño? —preguntó Lorne, conteniendo una sonrisa retorcida.

—Delicioso.

El ambiente se tensó y Briony pensó que quizá Toven había dicho algo malo. Porque no sería necesario que... No sería algo que él... Que ellos...

—¿Bajas al pilón? —preguntó Collin, dándole voz a sus preocupaciones con una mueca de asco.

—Bueno, si se porta mal no me molesto —dijo, como si le hubieran preguntado si va a llover mañana.

—Para eso está el elixir, Toven —dijo Canning con una risa.

Detrás de él, Jellica reprimió un sollozo. Canning le dijo que se acercara y se sentara en su regazo. A Briony se le encogió el estómago al ver que Jellica por fin se calmó al tocarlo. Canning la mandó callar y susurró:

—Ya queda poco.

Briony ocultó la repulsión mientras Jellica apretaba la cara en el cuello de Canning y le besaba la piel desesperadamente. Jellica estaba bajo los efectos del elixir en este preciso instante. Briony se dio cuenta de que eso era lo que provocaba.

—A nosotros nos va bien sin el elixir —dijo Toven—. Es mucho más satisfactorio que giman y te rueguen que se lo des todo por sí mismas, ¿no creéis? —Toven apartó la mano de su cadera y le cogió un mechón de pelo que enredó delicadamente entre los dedos—. El subidón de la Magia Sagrada es mucho más agradable así. No te ofendas, Canning.

Canning torció los labios sin sonreír. Jellica se retorcía en su regazo, apretándose cada vez más, besándole el cuello e intentando meterle la mano por la camisa. Casi sin ganas, Canning le apartó las manos de los botones de la camisa y se las colocó sobre las piernas.

—Pero ¿has usado el elixir alguna vez? —preguntó Canning. Había adoptado una expresión desafiante.

Briony sintió que todos la miraban, tanto hombres como mujeres. Todos menos Jellica, que seguía sollozando contra el cuello de Canning, como si fuera a morir si no la dejaba que lo tocara.

—No. Rosewood no lo necesita —dijo Toven de forma despreocupada.

Liam cogió su copa y dijo:

—Oh, porque todos disfrutemos de la destreza sexual de Toven Hearst. —Le destellaron los ojos.

Toven respiró hondo contra las costillas de Briony.

—Que las piedras nos bendigan con diferentes habilidades —dijo con sequedad—. Estoy seguro de que tú y tu latiente encontraréis vuestro propio ritmo.

Toda la mesa se rio despacio y Liam le lanzó una mirada. El latiente de Liam era un hombre. Briony había oído rumores en la escuela sobre que Liam prefería a los hombres, pero siempre se apresuraba a negarlo y se enfadaba en cuanto lo decían.

Toven dio un sorbo a su copa de vino mientras Liam abría la boca para responder...

—Será un honor que la señorita Rosewood lo pruebe la semana que viene —dijo Canning. Toda la habitación se quedó en silencio—. Teniendo en cuenta que no la vas a compartir, nos encantaría ver un poco cómo se comporta. —Canning se pasó la lengua por los dientes —. Invita la casa, claro.

Hubo una pausa tensa. Todos los ojos se movían entre Toven y Canning. Toven inclinó la cabeza y Briony lo sintió coger aire antes de responder.

—Es un detalle por tu parte, pero será un desperdicio. Como ya he dicho, nos apañamos sin él.

Toven le subió la mano por la cadera, hasta las costillas, y Briony se quedó inmóvil sin poder ocultarlo. Miró a Canning, que estaba formando lentamente una sonrisa retorcida.

—No seas tímido, Toven. Ya sabes que lo que pasa en esta sala se queda en esta sala. Quiero verla deseosa de ganas, como tú nos has descrito con todo lujo de detalles —dijo Canning. Pronunció las palabras sin dejar lugar a discusión. De pronto, se le ocurrió una idea—: Y no tiene por qué ser un desperdicio. ¡Podrías apuntarte al *ring* la semana que viene!

Briony no tenía ni idea de lo que significaba eso.

Toven soltó la copa de vino.

—Entiendo que es por eso por lo que la señorita Reeve te está mordisqueando el cuello, ¿verdad?

Con una risa, Canning ordenó delicadamente a Jellica que se levantara de su regazo y volviera a la pared detrás de él. Ella se quejó y se apretó más contra su cuerpo. Él le dio un beso en la mejilla y la empujó.

—Efectivamente. Y verás más en el *ring* esta noche —dijo Canning —. Jellica me dará un poco más de fuerza, ¿verdad, querida? —Le lanzó un beso. Jellica se estremeció mientras se acariciaba la piel.

Los hombres empezaron a intercambiar historias sobre las mujeres sentadas en su regazo o las mujeres del pasado, como si estuvieran otra vez en la residencia de estudiantes. Volvieron las risas. El hombre a la izquierda de Canning, el sucesor de Gains, contó una historia particularmente desagradable e hizo rebotar a la mujer sobre sus piernas para recrearla, empujándola hasta que se le derramó la copa.

Briony intentó concentrarse en las mujeres, las salidas, la cubertería afilada, en lo que fuera menos en la crueldad que estaba teniendo lugar en el antiguo comedor de su padre. O en la forma en la que Toven había dejado la mano sobre sus rizos, acariciándolos y retorciéndolos con cuidado.

Una de las mujeres que pasaba frutas y dulces sonreía educadamente cada vez que una mano le apretaba el trasero o le acariciaba el muslo, y Cecily parecía que iba a vomitar cuando Collin la agarró para sentársela a horcajadas encima.

Briony sintió un ácido en la garganta que le quemaba los pulmones. Toven le había dicho que, detrás de esas puertas cerradas, las cosas eran aún peor. Ella se preparó para que la velada empeorara. Ni siquiera el suave roce del pulgar de Toven detrás de la oreja conseguía distraerla de la tensión que sentía en el pecho.

Los hombres estaban hablando uno por encima del otro, cada vez más fuerte. Briony sintió la risa de Toven cuando Liam hizo una broma, un rugido cuando Finn retó a Canning a terminarse de un trago lo que quedaba de la botella, una risa entre dientes cuando Kleve fue a por más vino a la sala de servicio contigua. Cuando Briony lo siguió con la mirada, se fijó en Collin empujando a Cecily por los hombros para que se pusiera de rodillas.

Ahogó un grito y se atragantó con la bocanada de aire. Nadie se inmutó. Volvió a mirar y vio a Cecily desabrochándole el pantalón a Collin con los dedos temblorosos. Tenía la tez pálida pero resignada, como si pensara que no le quedaba otra opción.

Briony no podía respirar.

—¿Con quién te enfrentas en el *ring* esta noche, Canning? Espero que no sea con Carvin —dijo Finn.

—No, Carvin se ha tomado un descanso esta semana —dijo Canning.

—Después de lo que le pasó a Hardstark el mes pasado, yo evitaría estar cerca de Carvin —dijo Liam.

Briony sintió una punzada en los oídos al escuchar el apellido de Cordelia. Apartó la mirada cuando Cecily le quitó los pantalones a Collin, con la bilis acumulándose en la base de la garganta.

—Cohle fue demasiado ambicioso —dijo Canning—. Tendría que haber sabido que iba a vaciar a Hardstark.

Le temblaba el párpado. La respiración agitada era como hielo dentro de su pecho.

Vaciada. Habían vaciado a Cordelia, le habían arrebatado toda la magia, la habían utilizado, sin la seguridad de que fuera a recuperarla.

Briony apretó los puños.

Se rompió una copa y una ráfaga de cristales cubrió la mesa; la fruta y el queso explotaron en todas direcciones. Los hombres se pusieron de pie de un salto y se le liberó la presión del pecho mientras Toven se levantaba con ella, apartándola, con la mano estirada para protegerla.

Collin tenía sangre en la mano, donde hasta hace un segundo tenía la copa. Se miró sorprendido la mano y dobló los dedos. Cecily apareció de debajo de la mesa.

Briony respiró hondo.

«Su magia».

Acababa de dejar suelta su magia delante de los sucesores en la línea.

Capítulo 28



Toven se apresuró a decir algo.

—¡Piedras, Collin! ¿Te has excitado demasiado? —Soltó una carcajada mientras escondía sutilmente a Briony detrás de él.

Poco a poco, los demás fueron dándose cuenta de lo que había pasado. Collin había apretado demasiado su copa. Eso había sido todo.

—¡Uno pensaría que nunca te la habían chupado! —ladró Canning, y Lorne se rio disimuladamente.

Collin sonrió mirándose la mano sin entender muy bien qué había pasado.

El miedo volvió a ella al recordar esas terribles palabras.

Habían vaciado a Cordelia. Le habían drenado por completo la magia y su corazón no era capaz de producir más. Estaba viva, pero a duras penas.

Se le acumularon las lágrimas en los ojos y apartó la cara para dejarlas caer. No podía llorar a Cordelia aquí, ahora.

Kleve volvió de la otra habitación con los brazos llenos de botellas, y se fijó en la escena.

—¿Y todo este cristal roto?

—Buena pregunta, Kleve. —Canning se giró hacia las mujeres con una mirada maliciosa—. Señoritas, ¡al suelo! Quiero que recojáis todos y cada uno de los trozos de cristal y beséis todas las botas. —Se entrelazó los dedos por la nuca y sonrió con ahínco a Toven.

Toven movió los dedos sobre la cintura de Briony mientras varias de las mujeres se pusieron rápidamente de rodillas.

Briony todavía estaba intentando relajarse y centrarse en guardar a Cordelia en un libro de la repisa más baja del ojo de su mente.

Empezó a agacharse, pero la mano de Toven en su cintura la detuvo.

—¿Qué pasa, Tove? —dijo Lorne—. ¿Crees que tu latiente es demasiado buena para limpiar nuestra porquería?

—La verdad es que sí —dijo—. No me gusta tirar al suelo sesenta y cinco mil monedas de oro.

Briony miró a uno y luego al otro. Todas las demás mujeres estaban de rodillas.

—No termino de entender por qué sigues dejándola que se comporte como una princesa con sangre dorada —dijo Liam, examinando su reflejo en una cuchara.

La habitación se quedó en silencio y nadie se atrevía a respirar. Lo único que se escuchaba era el tintineo del cristal bajo la mesa.

Toven le soltó la cintura con una mirada de desdén. Ella se puso rápidamente de rodillas y gateó debajo de la mesa mientras los pequeños trozos de cristal se le clavaban en las palmas de las manos y las rodillas. Aspiró profundamente y se concentró para disfrutar del primer momento sin que nadie la mirara.

Cuando levantó la vista, muchas de las mujeres se daban prisa en recoger los trozos rotos de cristal, pero Cecily estaba inmóvil. Estaba acurrucada sobre sus rodillas, con las manos en la boca, chillando en silencio y atragantándose con sollozos. Briony observó a la mujer que había entre ellas, una mujer de piel oscura con un collar plateado, la envolvía con los brazos y la apretaba con cada sollozo y respiración temblorosa.

Jellica Reeve estaba enfrente de Briony, con la mirada vacía y la boca medio abierta como si estuviera cogiendo más aire del que necesitaba para respirar. Tenía una mano llena de cristales.

La conversación volvió a cobrar vida y Briony empezó a recoger todo lo que se encontraba con manos temblorosas.

Se le nubló la vista cuando Cecily cogió aire.

Recordó de pronto su risa resonando por el comedor en la escuela. Era una risa salvaje y chirriante para un cuerpo tan pequeño.

Briony fue a coger una uva y rozó con los dedos a otra persona. Antes de poder apartar la mano, unos dedos pálidos y pecosos se agarraron con fuerza a ella. Cuando levantó la mirada, la doncella rubia la miraba fijamente y le apretaba la mano, inmovilizándola.

Briony quería hacer mil preguntas sobre la vida de esta chica antes de que tomaran los palacios eversun, y dónde estaba su hermano, y si estuvo a punto de escapar.

Alguien le agarró también la otra mano y apretó. Miró a su derecha. La mujer de piel oscura todavía estaba acurrucada junto a Cecily mientras se le calmaba la respiración, pero había estirado el brazo para tocar a Briony.

Briony echó un vistazo a su alrededor y vio que todas las mujeres estaban apretando con delicadeza las manos o los hombros de sus compañeras, apoyándose las unas a las otras. Octavia y Jellica y

otras cinco mujeres que no conocía se agarraban con fuerza las unas a las otras, como si pudieran infundirle a Cecily la fuerza que necesitaba para levantarse y volver a sentarse sobre el regazo de Collin. Esta conexión, este contacto, parecía casi magia. A Briony se le llenaron los ojos de lágrimas con ese pensamiento.

Y tan rápido como empezó, se rompió. Briony se encontró las manos vacías, solo con los cristales y las uvas que había recogido.

Cuando se puso de pie, soltó la basura y los trozos de cristal con un vacío en el pecho.

Antes de poder decidir si sentarse o no de nuevo en el regazo de Toven, sonó una campanita en el patio de abajo.

Canning dio una palmada.

—Esa es la señal.

Jellica se tambaleó hacia delante y se agarró aliviada a él.

Todos los hombres, menos Canning, se levantaron de las sillas, y Briony esperó que todo aquello terminara pronto. Tenía los ojos cansados, con lágrimas sin derramar, pero las contuvo.

—Mucha suerte en el *ring* —dijo Lorne agarrando a Octavia por la cintura—. Toven, te sentarás con nosotros.

Toven se pasó una mano por el pelo y dijo:

—Me temo que no. Mi padre llegará esta noche a casa. Tengo que estar allí para recibirlo. —Le colocó la mano a Briony en la espalda, preparado para sacarla de allí.

—Sabía que no se quedaría —le dijo Lorne a Liam con tono burlón.

—¡Venga, Toven! —Canning hizo un gesto exagerado. Jellica volvía a estar en su regazo, pero esta vez a horcajadas—. Ya le he ganado diez monedas de oro a Kleve. Apostó que no vendrías a la cena. —Canning sonrió y señaló a Lorne con el pulgar—. Este dice que no

podríamos meterla en el *ring*, pero estoy seguro de que algún día aceptarás.

Su sonrisa le retorció el estómago a Briony. Toven forzó una buena cara y se movió el anillo del dedo corazón.

—En otra ocasión, a lo mejor.

Los hombres se miraron entre ellos. Canning sonrió por encima del hombro de Jellica mientras ella le besaba el cuello, jadeando con deseo.

—¿A qué hora llega tu padre? —dijo Liam, con un tono falsamente despreocupado.

Toven hizo una pausa y Briony se preguntó si estaba intentando inventarse una hora.

—A las doce y media. Así que tenemos...

—¡Mucho tiempo! —Lorne le dio una palmada a Toven en el hombro, como si ya no hubiera nada más que hablar—. ¡Te da tiempo a ver a Canning en la primera ronda!

Toven le apretó la espalda, enviándole la tensión por la columna.

—Bueno, tenemos veinte minutos.

—Ejem, hablando de... —dijo Canning, con un tono sugerente.

Briony se dio cuenta de que Jellica le desabrochaba ansiosa los pantalones a Canning.

Briony se tragó la bilis y apartó la mirada. Iba a acostarse con ella antes de luchar en el *ring*, porque le daría el impulso de la Magia Sagrada. Hasta ahí, Briony lo había entendido.

Lorne llamó a la puerta y el guardia la abrió desde fuera. Briony anotó mentalmente las precauciones extra que habían tomado para las cenas clandestinas.

Mientras salían, los hombres se rieron de Canning y Jellica, que tenía los ojos en blanco. Bajaron las escaleras hasta volver a encontrarse en el rellano. La multitud se había disipado, pero aún

había gente suficiente para mirarlos al pasar como un desfile real. Había varias personas en el jardín, conversando en silencio y derramando las bebidas.

Al cruzar el jardín donde Briony solía leer en las cálidas noches de verano, escuchó el ruido de la muchedumbre por encima del sonido del agua que fluía por las fuentes. Pasaron la antigua galería de su padre, un edificio decorado y posado sobre los acantilados, con pinturas originales, esculturas y armas diseñadas por el propio Vindecci.

Invocó lo que le quedaba de control. «Piensa en un lago de aguas tranquilas».

Se dirigían al anfiteatro donde, durante siglos, se dieron conferencias, discursos y se representaron obras en Evermore. «¡Es un anfiteatro! —quiso gritar—. ¡Es un lugar sagrado para el arte, la filosofía y la ciencia!».

En la entrada en arco del recinto, la mujer que los recibió al inicio de la noche, Ilana, los esperaba con una bandeja de copas de champán y *whisky* escocés.

—Caballeros —los saludó con una amplia sonrisa. Todavía tenía los labios muy rojos y el pelo le caía en ondas perfectas.

Lorne cogió un vaso de *whisky* de la bandeja.

—Ilana, querida —murmuró—. Estás arrebatadora. ¿Cuándo vas a venir por fin a casa conmigo? —Le acarició un brazo.

—La galantería te llevará lejos, señor Vult. —Ilana le guiñó un ojo y se dio la vuelta para ofrecerle la bandeja a Toven—. Pero ya sabes que los Barlowe no lo permitirían.

Briony se quedó mirándola y archivó esa información mientras Toven le ponía otra copa de champán en las manos. Se fijó en el collar plateado de Ilana cuando la preciosa mujer batió las pestañas

a Toven, luego a Finn, y se deslizó por la cola de gente con la bandeja.

Toven la llevó por un pasadizo bajo las hileras de asientos hasta el *ring* circular. La arena cubría el suelo donde al menos doscientas personas estaban de pie bebiendo y socializando antes de irse a sus asientos. Con cada paso que daban hacia el centro, aumentaban las náuseas.

Toven y los demás se fueron a una zona que aparentemente estaba reservada para ellos. Había gradas en las que sentarse, pero los hombres se quedaron de pie, conversando. El general Tremelo estaba sentado en las filas delanteras con Gains y la madre de Canning, Genevieve Trow. Echó un vistazo por el anfiteatro y encontró a Katrina agarrada del brazo de Caspar Quill con una expresión vacía. En la primera fila, enfrente de Briony y Toven, Phoebe se balanceaba sobre unos tacones altos al lado de Carvin. Parecía agotada, pero Briony sintió un temor frío cuando vio a Phoebe reírse de algo que había dicho Carvin.

Carvin le sonrió y le dio un beso en los labios que Phoebe le devolvió.

Briony sintió una presión en las costillas. ¿Phoebe también estaba bajo los efectos del elixir de Canning? Su comportamiento no era como el de Jellica Reeve, pero ¿cómo podía parecer casi natural que estuviera agarrada del brazo de Carvin?

Briony miró al frente, rezando para que Phoebe la mirara, para demostrarle que seguía detrás de esa sonrisa tímida y esas largas pestañas.

Nunca la miró.

Al cabo de unos diez minutos, el señor Vein, el mismo hombre que presentó la subasta, entró en el anfiteatro seguido de un aplauso atronador.

—Damas y caballeros de Bomard —saludó con la voz amplificada —, como recordaréis de la semana pasada, el señor Carvin es el actual campeón.

El público estalló en vítores y Carvin saludó, agarrando a Phoebe por la cintura. Ella dio un sorbo de champán y sonrió a la audiencia.

—Él y su latiente de oro se tomarán esta semana de descanso, como ya sabéis... ¡Pero ¿a quién se enfrentará la próxima semana?!

A Briony le palpitaba la cabeza por tanto griterío. Tenía la sensación de volver a estar en la subasta, con la voz alegre del señor Vein animando a la muchedumbre.

Canning Trow entró en el círculo con Jellica detrás. El público chilló y Genevieve Trow silbó a su hijo. Jellica tenía la mirada agachada y el vestido arrugado por la zona por la que, quizá, se lo había levantado hasta la cadera.

Enfrente de Canning, una mujer de piel clara con el pelo corto y negro se contoneó hasta el centro del *ring*. Un hombre delgaducho con la cara pálida y un collar plateado la siguió.

Briony no sabía exactamente qué iba a pasar, pero sí sabía que era como habían vaciado a Cordelia. Canning y la mujer estaban de pie en los extremos opuestos del círculo, con sus latientes detrás de ellos.

Cuando comenzó, Briony no entendía nada. Estaban luchando. La mujer y Canning se pegaban casi de broma. Canning se reía mientras se protegía de su ataque, y la mujer esquivó un corte con una sonrisa. Pelearon una ronda tras otra, y el público los animaba mientras los ataques eran cada vez más elaborados. Las chispas de cada amago y cada contrataque iluminaban el cielo de colores vívidos.

Toven agarró a Briony por la cadera mientras observaba sin interés. Se acercó un hombre para apuntar apuestas, y Toven apostó

sin ganas cinco monedas de oro por la mujer.

Apenas cinco minutos después, Briony notó que algo había cambiado. El latiente de la mujer se tambaleó, luego cayó de rodillas como si se hubiera desmayado. El público gritaba, pero a Jellica no le faltaba mucho. Pronto, ambos latientes tuvieron que sentarse en el suelo, incapaces de mantenerse en pie.

—¿Cuál... cuál es el objetivo de todo esto? —le susurró a Toven—. ¿Van a pelear hasta que uno de los dos se quede vacío?

Toven se inclinó sobre ella y le señaló los extremos del *ring*, delimitado con arena negra.

—Si alguno de los dos se sale de la marca, el otro gana. Los luchadores tendrán que decidir si merece la pena vaciar a sus latientes.

A Briony se le llenaron los ojos de lágrimas al imaginarse a Cordelia vaciándose delante de una multitud. No había forma de saber si volvería a tener acceso a su magia. Algunas personas nunca la recuperaban.

Jellica Reeve empezó a llorar y Briony vio que vocalizaba el nombre de Canning, rogándole. Era todo por puro espectáculo. Con los collares, los latientes no tenían que estar cerca de los bomardi mientras peleaban. Jellica y el hombre estaban en el *ring* solo para que Bomard pudiera disfrutar viendo cómo se drenaban.

Canning y la mujer no se movían de su sitio, cada uno empujando al contrario hacia el lado opuesto del *ring*. Canning tenía las manos extendidas y estaba doblando los dedos. La mujer gruñía.

Los dos luchadores empezaron a deslizarse hacia atrás, empujándose el uno al otro hasta el borde del círculo. El latiente de la mujer se desmayó y, de pronto, la mujer dejó caer los brazos, derrotada, y salió del círculo.

El público se volvió loco y Canning levantó los brazos. Jellica estaba pálida, acurrucada en el suelo, pero no estaba vacía. El hombre tampoco. La mujer se había detenido a tiempo, pero Jellica y el hombre tendrían que descansar, seguramente durante días.

El público la rodeó, empujándola por los hombros mientras a Briony se le derramaban las lágrimas de los ojos.

Todo eso por diversión. Una exhibición de poder que no significaba nada. No se había luchado ninguna guerra esta noche. Ningún latiente había servido a su amo para un propósito importante.

Briony se estremeció. Para esta gente, no eran más que corazones que drenar.

Vio a Ilana entre la multitud con una bandeja de aperitivos y fruta, y otra mujer la seguía con una bandeja de bebidas. El señor Vein llamó a algún otro competidor.

En algún lugar del ojo de su mente había un lago. Un lago de agua clara, tranquila e inmóvil.

Briony sintió un nudo en el estómago y le subió el vómito por la garganta. Se lo tragó y se quedó mirando a Phoebe, que sonreía con delicadeza a todo lo que Carvin le decía al hombre con el que estaba conversando.

Toven le susurró al oído que se marcharían pronto, y ella parpadeó despacio mirando el suelo de tierra del lugar al que solía venir para conectar con la cultura de su pueblo.

Un par de tacones de color champán unidos a unas piernas bronceadas le cruzaron por delante. Ilana con la bandeja. Le ofreció a Toven una bebida, pero la rechazó diciendo que se irían pronto.

Briony casi no los oía y se balanceaba suavemente sobre los pies. Un agotamiento abrumador le tiraba de los párpados. ¿Cómo iba a superar esto? ¿Cómo iba cualquiera a superar esto?

—¿Señorita Rosewood?

Levantó la mirada y se encontró a Ilana todavía delante de ella. Se le aclaró la vista cuando parpadeó. Frunció el ceño, confundida porque se hubiera dirigido a ella directamente. Toven se había apartado un poco para saludar a un compañero.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó Ilana, batiendo las largas pestañas y bajando el brazo para ofrecerle a Briony la cesta de fruta —. ¿Unas uvas, quizá?

Briony bajó la mirada. Se encontró una vid de uvas burdeos llamándola desde otra vida. Algo que tuvo un significado cuando lo escribió en el suelo de la mazmorra.

Se le aclaró la mente de pronto. Levantó la mirada con los ojos muy abiertos. Ilana arrancó una uva en concreto y se la entregó con una sonrisa amable.

Briony la cogió y escondió rápidamente la mano, como si hubiera robado algo. El corazón le golpeaba contra las costillas.

Volvió a buscar a Ilana, pero se había apartado.

¿Era posible que supiera lo que significaban las uvas? ¿Era posible que supiera lo que ocurrió en la mazmorra, cuando Briony no tenía voz, solo fruta, para decirles a las mujeres que no estaban solas, que otras se alzarían por ellas?

¿Era posible que Ilana lo supiera?

En el centro del estadio ya se estaba preparando otra pareja de luchadores. Otro par de latientes detrás de ellos esperaban a que los drenaran.

Briony buscó a Phoebe al otro lado del *ring* y se sobresaltó cuando se encontró directamente con su mirada por primera vez desde la mazmorra. Phoebe envolvía a Carvin con los brazos mientras le besaba el cuello, pero ya no sonreía contenta.

Mirando al corazón de Briony, Phoebe apartó una mano de Carvin y la abrió para enseñarle una uva morada. Se la metió entre los labios con los ojos ardientes por el fuego de una revolución.

Capítulo 29



Cinco años antes

Durante el año que siguió al asesinato de Gin Pulvey y al ascenso de Veronika Mallow al Sillón de Bomard, la tensión entre los estudiantes bomardi y los eversun aumentó por diez.

Collin Twindle empezó a escupir a los eversun cuando pasaban por delante y a llamarlos «frikis de la mente». Lorne Vult arrinconaba a las chicas eversun en los pasillos y les pedía que le leyeran la mente para que vieran lo que les haría. Liam Quill empezaba peleas con los eversun, y Larissa Gains interrumpía y saboteaba cualquier clase que incluyera referencias a la magia de la mente.

Y Toven Hearst se había convertido en una escultura de hielo. Cuando antes bromeaba y se reía de ella, incluso la miraba con deseo para hacerla sentir incómoda, ahora se negaba a mirarla.

No había ningún anillo en el dedo de Larissa cuando volvieron de las vacaciones del solsticio de verano, y Briony fue testigo de la muerte de su cortejo con Toven durante el año siguiente.

Al final del curso escolar bomardi en invierno, Mallow había anunciado que el uso de la magia de la mente en Bomard estaba prohibido y expuesto a sanciones.

—¿Cómo narices va a hacer eso? —había dicho Cordelia mientras iba con Katrina y Briony al comedor aquel día.

—No estudian la magia de la mente como tal —dijo Briony—. Estoy segura de que todos estarán extremadamente contentos por tener una excusa para no compartir sus conocimientos. La mayoría de los bomardi dejan de aprender cualquier cosa relacionada con la magia de la mente cuando eligen especialidad en el cuarto año. El año que viene seguramente ya dé igual.

Katrina resopló.

—Probablemente. Pero ya es complicado concentrarse ahora con la mitad de los bomardi discutiendo continuamente con los profesores.

Unas semanas más tarde, mataron a un bomardi en una ciudad fronteriza por usar magia de la mente.

En el solsticio de invierno, Finola se había pasado horas enseñando a Briony técnicas avanzadas de magia de la mente, como camuflaje e invisibilidad, mientras Rory acudía a ser la sombra de su padre en las reuniones con el general Meers. La tensión que mostraba Finola durante aquellas lecciones concienciaba a Briony de cuánto se estaban complicando las cosas entre los dos países.

Cuando llegaron a la escuela para el cuarto año, en Evermore, Toven Hearst estaba más pálido de lo normal. No disfrutaba de las actividades sociales como antes. El único de sus amigos que seguía a su lado como pegamento era Finn Raquin, e incluso él había dejado de ligar con todo lo que se movía.

Una noche de verano, después del toque de queda, Briony volvía a la *suite* que compartía con Rory cuando vio una luz balanceándose

en una pared al fondo de un pasillo. Tras comprobar que no había nadie que pudiera verla, se acercó sigilosamente.

Cuando dobló la esquina, se encontró a Toven Hearst en un pasillo desierto con una llama que había conjurado para iluminar. Tenía una hoja en la mano y Briony se preguntó qué estaba leyendo, hasta que se dio cuenta...

Estaba escribiendo. La pluma raspaba el papel, sola. Tenía los dedos de la mano derecha estirados, lanzando un hechizo complicado para enviar las palabras directamente desde su cabeza a la hoja.

Estaba utilizando magia de la mente.

Briony ahogó un grito y se llevó la mano a la boca demasiado tarde.

Toven se sobresaltó con los ojos muy abiertos, que se tornaron fríos al verla.

—No has visto nada.

Briony se quedó mirándolo, y luego observó la hoja: un garabato caótico de todos los pensamientos de su cabeza.

—Primero tienes que meditar —dijo ella—. Eso evitará que te vayas por las ramas.

Finola le acababa de enseñar esas técnicas y estaba deseando compartirlas con alguien.

Algo brilló en los ojos de Toven, y una sonrisa lenta le cruzó la cara.

—Eso sería de mucha ayuda si no estuviera prohibido practicar magia de la mente.

—En Bomard —dijo Briony, terminando por él la frase—. Está prohibido en Bomard. Ahora estás en Evermore.

—Ah, de ahí el olor.

Ella entornó la mirada.

—Mejorarás. Es una pena que no puedas practicarla donde quieras...

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, Rosewood. —Tenía una expresión fría.

Ella apretó los labios y asintió.

—Entiendo. La verdad, Toven, siempre pensé que eras diferente. Pero ya veo que eres igual que los demás.

Él sonrió y se acercó a ella.

—¿Y cómo somos?

—Ignorantes.

Toven resopló con una risa desganada, y ella sintió el aire en la cara a medio metro de distancia.

—Ese sería tu mejor insulto, ¿no? Los eversun son unos iluminados y los bomardi primitivos, ¿no es así, Rosewood?

—Lo has dicho tú, no yo.

—Bueno, pues nuestra magia primitiva nos ha ido bastante bien hasta ahora. La magia del corazón tiene más fuerza pura que la que tendrá jamás la magia de la mente. ¿Por qué íbamos a evolucionar?

Briony sintió por primera vez en un año todo el peso de su atención sobre ella, y eso la volvía imprudente.

—Dímelo tú —dijo ella—. Eres tú el que está transcribiendo cosas sin sentido en una hoja, pasado el toque de queda y utilizando la mente.

—Te equivocas —dijo él.

Briony subió el volumen como provocación.

—Ah, ¿no? ¡¿No he visto a Toven Hearst practicando magia de la mente?! —gritó por el pasillo para burlarse de él.

Toven la agarró y le tapó la boca con la mano mientras le estampaba la espalda contra la pared. Tras comprobar que nadie la había oído, apartó la mano y le agarró la mandíbula con el índice y

el pulgar. Solo tenía que deslizar la mano hacia abajo para estrangularla.

Briony tenía los ojos muy abiertos, pero la cara enfadada de Toven la enfurecía.

—No hables de lo que no entiendes —siseó él.

—Entiendo perfectamente de lo que estoy hablando.

Tenía su aliento encima y la piel le olía a menta. Apretó los dedos y ella ahogó un grito.

—Llegará el día en el que tu hermano será una cabeza atravesada en un palo y arrastrarán tu cuerpo por la calle cuando Mallow consiga lo que quiere —dijo él en voz baja. A Briony se le tensaron los músculos. Él deslizó la mirada por su cuello hasta el pecho—. Y será una lástima desperdiciar así un cuerpo como el tuyo.

Toven era cruel y Briony odiaba la emoción que sentía por que la mirara de nuevo. Por que la mirara como a una mujer, no como a una eversun. Se daba asco y dejó que le subiera la bilis.

Le escupió en la cara.

Él la fulminó con la mirada, conmocionado. Y luego puso una sonrisa retorcida. El aliento de Briony era cálido contra su cara, pero la mano de él estaba fría contra su mejilla. Toven pegó el cuerpo contra el de ella, clavándola en el sitio. Briony abrió mucho los ojos al sentirlo mientras él la miraba desde arriba.

—Si insistes en olvidar los modales, Rosewood, voy a tener que olvidar yo los míos —susurró él contra su boca.

No encontraba las palabras mientras los labios de Toven se acercaban cada vez más a los suyos.

—¿Qué modales? —dijo ella con un hilo de voz—. No eres un caballero precisamente, Toven Hearst.

Él murmuró:

—Si quisieras un caballero, ya te habrías prometido con Winchester.

Se le entrecortó la respiración en la garganta. A Toven parecían brillarle los ojos mientras le levantaba la cara.

—Dime, princesa —dijo, deslizando la rodilla entre sus piernas, justo como le había visto hacerle a Larissa cuando se ponían íntimos en los pasillos.

Ella aspiró aire, con la sorpresa, la emoción y el deseo hirviéndole la sangre.

Briony lo agarró por la cintura, lista para apartarlo o acercárselo, no se decidía.

Él sonrió y, aunque era cruel, ella recorrió los bordes de la sonrisa con la mirada.

—¿Quieres un caballero? —preguntó él, con la voz grave como un murmullo que la hacía estremecerse.

Ella contuvo la respiración, abrumada por la pasión, intentando desesperadamente averiguar si esto era lo que se sentía cuando alguien te deseaba también. Preguntándose si esa cosa que buscaba su cuerpo con Didion bajo el sauce por fin se abriría a ella. Preguntándose si él mantendría la atención lo suficiente para que ella la encontrara.

La respuesta le salió involuntariamente.

—No.

Algo destelló en los ojos de Toven. Se le suavizó la mirada mientras la bajaba a sus labios.

—¿Briony?

Ella se sobresaltó y miró al otro lado del pasillo. Cordelia estaba en camisón, con las manos preparadas para pelear.

Toven se apartó y sintió una corriente de aire frío contra su cuerpo. Intentó recuperar el aliento.

—¿Qué pasa? —preguntó Cordelia.

Toven sonrió engreído.

Briony se acercó rápido a Cordelia con las piernas temblorosas.

—Nada —dijo. Agarró a Cordelia del brazo y volvió a los dormitorios con ella, diciendo en voz alta—: Toven Hearst ha vuelto a olvidar sus modales.

Giró la cabeza y le lanzó una mirada fulminante. Él la observó alejarse con los ojos ensombrecidos.

—¡¿Qué modales?! —gritó él a su espalda, repitiendo sus propias palabras—. No soy un caballero, precisamente. O eso me han dicho.

Ella lo ignoró y se acercó más a Cordelia.

A veces, Briony se preguntaba si lo había soñado todo, sobre todo cuando Toven Hearst evitó mirarla durante el resto del curso.

Capítulo 30



Le hervía la sangre cuando Toven por fin consiguió que se marcharan del *ring*. Le temblaban los pies y tenía un pitido en los oídos.

Briony se comió la uva que le había dado Ilana, como si fuera una carta prohibida que tenía que destruir. El zumo dulce se le deslizaba por la garganta mientras volvía a buscar los ojos de Phoebe, pero no volvió a mirarla.

Toven la agarró por el codo y la llevó por una pequeña sección del jardín que daba al mar donde se habían permitido los portales durante el reinado de su padre. Briony tenía la cabeza en otra parte cuando él se hizo un corte en el dedo y conjuró un portal. Sintió una presión en el cuerpo y, de pronto, estaba de vuelta en el salón de los Hearst.

Respirando con dificultad, Briony todavía notaba el ambiente del anfiteatro aferrándose a su cuerpo como un vestido ajustado. Seguía escuchando los gritos del público, oliendo el humo de los puros. Y notaba la mirada de Toven sobre ella, impaciente.

Se apartó de él, sintiéndose agotada y llena de energía a la vez. Guardó las uvas de Phoebe y de Ilana en un libro en la estantería de su cabeza, y volvió a concentrarse en las preguntas de las que podía obtener respuesta.

Empezaría por lo que más necesitaba que le aclarara.

—La Magia Sagrada —dijo ella despacio—. ¿Es verdad que está relacionada con las relaciones sexuales?

Lo escuchó tragar desde el otro lado de la habitación.

—La magia latiente es para las parejas sentimentales —dijo él. Ella asintió, eso ya lo sabía—. Cuando los latientes se usan bien..., las relaciones sexuales fortalecen el vínculo.

—Cómo os gustan las metáforas a los magos del corazón. No todas las relaciones románticas tienen relaciones sexuales. —Briony suspiró—. O sea, que me estás diciendo que cuando Canning se acuesta con Jellica en contra de su voluntad, ella lo fortalece. —Se derramó ácido de sus palabras.

—No —dijo él—. La Magia Sagrada la tienen que desear las dos partes..., pero...

Ella lo miró por primera vez desde que habían vuelto. Tenía los labios torcidos, como si hubiera comido algo amargo.

—Pero el elixir de Canning lo ha hecho todo más interesante —terminó ella por él, recordando la explicación de Katrina.

Él asintió.

—Tus amigos son un encanto, Toven —murmuró ella—. Cuánto me alegro de saber que no es una violación sin más, sino que es una violación para aumentar la fuerza mágica. —Apretó los dientes. Él se quedó en silencio—. ¿Quiénes eran todos esos latientes?

Él se metió las manos en los bolsillos.

—La mayoría son de familias eversun que consiguieron sortear la prohibición después de que Bomard les arrebatara sus tierras.

Algunos formaban parte de tu corte el día del triunfo de Bomard, como bien sabes —dijo él. Briony asintió—. A otros los encontraron ayudando a Sammy Meers.

Ella parpadeó, pero no se desmoronó.

—¿Y quiénes son los Barlowe?

—Una familia eversun de cerca de la frontera que cambió su lealtad en cuanto murió tu hermano. Les han asignado Biltmore Palace. —Tenía un tono de voz indiferente.

Ella se balanceó ante la mención a Rory.

—¿Y los latientes de collar plateado pertenecen a los Barlowe?

Toven la miró.

—Deberías irte a dormir.

—Luego. ¿Los collares? Dorados y plateados.

—Los collares dorados son latientes privados, los que subastaron, quiero decir. —Bajó la mirada al suelo—. Y, sí, los que llevan el collar plateado son propiedad de los Barlowe. Pueden... tomarse prestados los viernes por la noche, pero viven en Biltmore. Hay algunos que no son mágicos, simplemente los alquilan para hacer compañía.

Briony recordó a la chica de cabello rubio fresa y asintió. Se cruzó de brazos y detestó tener todavía ese estúpido vestido puesto.

—La cena privada. Eran todos los sucesores de la línea, menos las mujeres —dijo ella. Toven levantó las cejas dándole la razón—. Entonces, ¿todos los hombres presentes en la cena tienen un latiente?

—Canning es el dueño de Jellica Reeve, Lorne de la chica...

—Octavia —dijo ella—. Se llama Octavia.

Él asintió una vez.

—Octavia. Y Collin tiene un latiente en casa, pero no sé si recuerdas que estaba bastante pillado de Cecily en la escuela. Se gasta mucho oro en alquilársela a los Barlowe todos los viernes.

—Alquilarla —murmuró ella para sí, negando con la cabeza. Volvió a subirle la bilis por la garganta y cada vez que cerraba los ojos, veía las manos temblorosas de Cecily abriéndole los pantalones a Collin. Sintió un escalofrío por los hombros, como si le hubieran tirado un cubo de hielo por la espalda—. ¿Y Finn? ¿Lo han hecho sucesor?

—La hija de Cal Gidrey desertó el mes pasado, y lo dejó sin sucesor en el décimo puesto de la línea. Finn ha ayudado mucho a Gidrey durante los últimos meses. Como recompensa, le ofreció ese puesto, sobrepasando a su propio padre, que es el decimocuarto.

—¿Y qué ha hecho? —preguntó Briony.

Toven inclinó la cabeza.

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

Ella resopló.

—Lo último que sé es que Lorne Vult aún estaba compitiendo por conseguir un puesto de sucesor. Parece que ya lo tiene.

—Reemplazará a Burkin como sucesor de Cohle.

Todos los nombres y posiciones de la línea de sucesión daban vueltas sin parar por la cabeza de Briony. Tenía que escribir una lista.

—Pero ¿todavía no es oficial? ¿Por eso no tenía el anillo con la piedra?

Él parpadeó y levantó ligeramente las cejas.

—Así es. Bien visto.

Con su mirada impresionada, a Briony se le calentó el pecho involuntariamente. Tenía que concentrarse, aunque sus pensamientos se le fueran por las ramas.

—¿Qué hace falta para hacerlo oficial? —preguntó ella.

—Un juramento al Sillón, firmado con sangre.

Ella dio unos pasos hacia atrás, deseando quitarse los tacones.

—¿Ese suele ser el tono de esas cenas? —preguntó, recordando cómo habían humillado a Jellica y obligado a Cecily a ponerse de rodillas.

—Es posible que tu presencia haya intensificado las cosas, pero, por lo general, sí. Canning lleva su elixir siempre a las pequeñas reuniones de ese tipo.

Ella le lanzó una mirada y el calor de la ira se le desató en el pecho. ¿Los hombres se habían comportado peor de lo habitual porque ella estaba allí? Y, en el pasado, cuando estaba escondida, ¿Toven había llevado a otra mujer?

De pronto volvió a sentir que le hervía la sangre.

—¿Y cómo te las apañabas cuando tu latiente tenía viruela?

—Venía Vesper conmigo. La viruela te había «debilitado demasiado para drenarte», así que era una excusa bastante fácil.

—No me refiero a mágicamente —dijo ella—. Doy por hecho que ibas con una chica del brazo.

Toven chasqueó la lengua y sus ojos no se movieron lo más mínimo mientras decía:

—Usaba a una chica de los Barlowe. O le pedía prestada una a alguien.

Briony quería echar fuego por la boca.

—Pedías prestada, como si fuera un bote de azúcar —dijo ella entre dientes. Observó cómo las palabras caían sobre él, como una flecha en el centro de una diana.

—Es tarde, Rosewood. Te subiré un elixir...

—No necesito un elixir...

—... y seguiremos hablando por la mañana.

—Quiero saber a quién te sentaste en el regazo y manoseaste mientras yo tenía la viruela...

A Toven le destellaron los ojos.

—¿Quieres que te haga una lista? ¡Qué importa!

—¡Claro que importa, porque me estás diciendo que mi presencia esta noche ha empeorado la situación de esas mujeres! ¡Importa porque mientras yo estaba encerrada en la Mansión Hearst otras mujeres tuvieron que sufrir esa... esa cruel exhibición...!

Se le cerró la garganta y se atragantó mientras una única lágrima se le derramaba por la mejilla. Se la secó de una bofetada, enfadada consigo misma.

Hubo unos minutos de silencio mientras él la escudriñaba. Ella lo fulminaba con la mirada y la barbilla levantada. Él la observó con detenimiento.

—Lo que has vivido esta noche ha sido traumático —dijo él como si nada—. Deberías dormir y reordenar tus pensamientos.

Analizando sus características perfectamente impasibles, Briony se volvió a preguntar si usaba barreras mentales. Su cara parecía una máscara. ¿Era él el que usaba la sala de meditación de la Mansión Hearst?

Apretó los labios.

—Tengo más preguntas.

—Pueden esperar.

—¿Responderás mañana a todas ellas?

Él se quedó mirándola sin parpadear y dijo:

—Sí.

—A las ocho de la mañana.

—A mediodía.

—A las nueve.

—Rosewood, es más de la una. Te vas a pasar otras dos horas despierta escribiendo una lista de preguntas, y te pasarás la mañana meditando —dijo con los ojos grises y vacíos—. Necesitas dormir.

Ella entrecerró los ojos mientras el corazón le golpeaba con rabia por sus suposiciones, y con irritación por que fueran correctas.

—¿Es una orden del señor Toven? —gruñó ella.

Él no reaccionó. Algo había saltado en su interior. Ya no se enfadaba.

—Puede serlo, si hace falta —dijo él tranquilamente.

Briony quería gritar.

—Más vale que te liberes toda la tarde, Hearst —dijo ella entre dientes, y subió las escaleras con paso firme.

Al día siguiente, mientras el reloj se acercaba a las doce, Briony estaba segura de que Toven iba a evitarla.

Pero a las doce en punto llamaron a la puerta de su habitación. Se levantó del sillón frente a la ventana y dijo:

—Pasa.

Toven entró con un jersey gris pálido. Mientras se preparaba para hacer las preguntas, se dio cuenta de que, durante la noche, él había conseguido reforzar aún más su máscara. Se quedó mirándola con la cabeza ligeramente inclinada, y los ojos fríos y grises.

«No pasa nada. Yo también he reforzado la mía».

—La presencia del general Tremelo anoche —dijo ella, yendo directa al grano—. ¿Cómo deja eso a Bomard y Daward?

Toven giró el anillo en el dedo corazón y Briony se fijó en los músculos de sus manos, pero enseguida volvió a concentrarse.

—Biltmore ha acogido a bastantes oficiales del otro lado del océano. Lo único que puedo decir es que Mallow los está cortejando, por así decirlo. Hay países que están obstinadamente en su contra porque temen que intente cruzar los mares, pero ella tiene sus formas de mantenerlos a raya.

Briony desvió la mirada hacia la ventana, dándole vueltas a la cabeza, anotando las respuestas en su lista mental y almacenándolas en una pequeña esquina de su biblioteca.

—Me agarraste por el tatuaje mientras entramos a Biltmore, como haces cada vez que entramos aquí. ¿Es la misma magia?

—Hasta donde yo sé, sí. La barrera mantiene fuera a los indeseables y... dentro a los latientes.

Briony se guardó esa información para un futuro plan de huida. Con una respiración profunda para concentrarse, se preparó para hacer una de las preguntas de las que sabía que no quería escuchar la respuesta.

—¿Y Cordelia? —dijo ella, y las palabras flotaron hasta él como una pluma—. Cuéntamelo todo.

Ella lo vio tragar y mirar más allá de sus hombros, a la ventana.

—Hace unas semanas rompió una copa de champán y degolló a un guardia. Lo mató.

Briony apenas respiraba. Las palabras le cayeron como un cubo de agua helada sobre la cabeza.

—Cohle decidió participar en la lucha. Carvin y él pelearon y Cohle no paró hasta que vació a Cordelia.

—¿Y qué le pasará ahora?

—Está viva, pero... ya no es una latiente.

Briony se agarró a las palabras que él no estaba diciendo.

—Ahora es simplemente una mujer prisionera en casa de un hombre.

Toven la miró a los ojos.

—Puede que sea así.

Ella se dio la vuelta y parpadeó hasta que dejaron de arderle los ojos y pudo volver a ver con claridad.

—¿Recuperará su magia? —La voz de Briony se quebró sobre las palabras.

—Depende. Su magia del corazón ha desaparecido, pero podría usar la magia de la mente... si se le devolviera alguna vez esa opción.

Briony asintió para sí y contuvo las lágrimas. Ya tendría tiempo para procesar lo que le había pasado a Cordelia. Por ahora, tenía un papel importante que representar. Le había convencido de que soportaría la verdad y eso era lo que pretendía hacer. Ignorando el zumbido en las orejas y la presión en el pecho, se forzó a relajar los hombros.

Había recibido señales de esperanza de parte de mujeres que no tenían nada que esperar. Una uva. Otras siete mujeres agarrándole la mano debajo de la mesa con las rodillas llenas de cristales.

Y Phoebe la estaba esperando. Necesitaba hablar con ella.

—Ahora que ya sé a qué atenerme —dijo, con la voz clara y fuerte —, me esforzaré más. La próxima vez que vayamos, estaré mejor preparada...

—No vamos a volver.

Las palabras tardaron un momento en asentarse. Se dio la vuelta para mirarlo con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo?

Él estaba de pie con las manos en los bolsillos del pantalón, y la mirada vacía e inerte.

—Ya hemos hecho acto de presencia. Ya te han visto. —Tragó—. No vas a volver. Al menos, no durante un buen tiempo.

Se le aceleró el corazón. Esas fiestas eran su única oportunidad para comunicarse con sus amigas, su única conexión con lo que estaba ocurriendo fuera de la Mansión Hearst.

—Entonces ¿qué? ¿Voy a volver a coger la viruela? —dijo ella.

—Hablaré con mi padre y algo se nos ocurrirá...

—Se van a dar cuenta. Será demasiado sospechoso...

—Escucha —dijo él tranquilo—. Si volvemos, Canning te obligará a tomar el elixir.

Ella puso los ojos en blanco y notó que le volvían a arder.

—¿A quién le pertenezco? ¿A ti o a Canning?

—No podemos volver a Biltmore y no participar en esas cenas privadas. Si me niego, sospecharán que hay algo raro en nuestra relación. —La miró a los ojos—. Canning ya lo sospecha.

—¿Y de quién es la culpa? —dijo ella—. Si no les hubieras contado a todos tus amigos la cantidad de sexo consentido que hay en nuestra relación, no estaríamos en esta situación, Toven, pero les has...

—Subestimas cuánto te deseaban esos hombres en la escuela —dijo Toven con delicadeza. Algo en su voz la silenció. Se ruborizó y él continuó—: Si no hubiera insinuado que nuestra relación había progresado y, por lo tanto, que ya no estabas en el mercado, por así decirlo, su interés habría sido diez veces el que es ahora. El único error que cometí fue bailar contigo en la cena de palacio después del primer año de escuela. En ese momento, entraste en el punto de mira de todos los demás.

Briony lo miró con los ojos entrecerrados. Quería discutírselo, pero también recordaba la forma en la que Liam y Canning los interrumpieron. Todos rondándola, intentando ponerse unos por encima de los otros.

Pero no cambiaría su recuerdo bailando con Toven Hearst por nada en el mundo.

Ella negó con la cabeza, intentando concentrarse en el problema. El elixir de Canning.

Briony se acordó de Jellica, de cómo se tiraba encima de Canning en cuanto podía. De cómo lo buscaba.

—Ya he visto lo que hace el elixir. ¿El comportamiento de Jellica era el estándar?

Él respiraba con fuerza por la nariz.

—Rosewood, si quieres imitar el efecto del elixir...

—Podemos buscar la forma de evitar que lo beba —dijo, y se puso a deambular por la habitación—. Igual si decimos que me lo diste antes de ir.

—¡Ya te he dicho que no vamos a volver!

—Toven, no sé cómo pretendes mantenerme recluida el resto de nuestras vidas. Tendría que ocurrirme algo muy dramático para que puedas seguir evitando llevarme.

Él apretó la mandíbula mirándola fijamente y luego apartó la vista.

—La gente estará más pendiente aún de ti si vienes a Biltmore. No solo Lorne y Canning y los demás. Y no es solo Biltmore Palace. Hay otras reuniones muy secretas más propensas a... compartir a las latientes.

Ella torció la boca con asco, pero se volvió a concentrar.

—Entiendo —dijo con desdén—. ¿Os dedicáis a follar delante de los demás?

Él puso los ojos en blanco.

—No quieren vernos follar, Rosewood. Quieren verte humillada.

Ella tragó y le chasqueó la garganta. Tenía las mejillas calientes y le temblaban los dedos cuando juntó las manos.

—Es un sacrificio que estoy dispuesta a hacer siempre y cuando estemos los dos de acuerdo —dijo, con más seguridad de la que sentía.

Toven la miró.

—Tienes que estar de coña.

—Anoche estuve observando a Jellica. Entiendo el funcionamiento...

—El funcionamiento —dijo él con una carcajada. Caminó hasta la ventana y ella lo siguió con los ojos, cada vez más indignada.

—¿Estás sugiriendo que, como soy virgen, nunca he deseado a nadie? ¿Que no puedo entender esas necesidades?

Él inclinó la cabeza y se crujió el cuello de espaldas a ella.

—Estoy seguro de que te haces una idea, pero el elixir es algo muy serio, Rosewood.

Briony le lanzó una mirada fulminante. Se acordó de las sonrisitas tímidas con las que Phoebe miraba a Carvin. La risa bobalicona de Ilana hacia Canning. Esas mujeres eran capaces de seguirles el juego perfectamente sin que el elixir las confundiera. Tenía que demostrarle que ella también podía hacerlo o, si no, no la volvería a llevar.

Briony liberó la tensión de su cuerpo y se concentró en otro tipo de tensión. Le recorrió la espalda con la mirada, recordando el torso desnudo que vio cuando Vesper la atacó. Se le separaron los labios al imaginar cómo sería tenerlo para ella sola, sin ningún motivo para estar separados.

Toven se dio la vuelta preparado para darle otra excusa.

Briony se mordió el labio, recorriéndole el pecho con los ojos, recordando cómo apretaba Jellica los muslos, desesperada por aliviarse.

Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta cuando la miró a los ojos ardientes. Ella dio un paso adelante.

—Toven...

Él abrió la boca al entender lo que estaba ocurriendo, y luego cerró los ojos.

—Rosewood, estás loca si piensas...

—Por favor, tócame —le rogó ella con la voz jadeante.

Ella fue a tocarlo.

Toven actuó rápido y la agarró por el codo. Ella se imaginó la sensación embriagadora de sentir el roce de su piel tras horas rogándole, y gimió despacio, apoyando la frente contra su pecho.

—Rosewood —dijo él con firmeza.

Ella no lo escuchaba, con el deseo palpitando estridente por su cuerpo. Apretó los labios contra su pecho, besándolo por encima de la ropa.

Él la agarró por los hombros y la empujó hacia atrás. Tenía los ojos muy abiertos y deseosos, como si estuviera asustado.

—¿Qué estás haciendo?

Ella jadeó y se le pusieron los ojos vidriosos.

—Toven, por favor. No me hagas esperar más.

Él abrió aún más los ojos y pudo verle durante un instante las pupilas dilatadas. Ella se tambaleó hacia delante, con los brazos estirados para tirar de su cabeza hacia ella, pero él se apartó antes de que pudiera darle un beso en los labios.

—Ya está bien...

—Te necesito, Toven, por favor. —Se enredó los dedos en el pelo y se puso de puntillas, acercándose otra vez a sus labios y murmurando—: Tócame.

Con la velocidad de un rayo, la empujó contra la ventana y le apartó las manos de encima. En tres zancadas, Toven estaba en la puerta.

—¿Y bien? —preguntó ella, saliendo del personaje y dejando que la mirada vidriosa se desvaneciera—. ¿Te he convencido?

Él la miró con severidad y salió de la habitación, dejándola sola con un cosquilleo en los labios donde lo había tocado.

Toven la ignoró durante los siguientes seis días. Al principio se decía que era bueno, pero el miércoles por la noche se empezó a poner nerviosa. Tenían que volver. Independientemente de cómo se sintieran el uno con el otro.

Por fin lo buscó el viernes por la mañana y lo encontró en la cocina, cogiendo una manzana de la cesta.

Ella se llevó las manos a las caderas y dijo:

—Esta noche salimos a las diez, ¿no?

Él se dio la vuelta y la observó atentamente antes de responder.

—No. No hay fiesta esta noche.

Ella levantó una ceja.

—¿Por qué?

—Se ha pospuesto. —Se lanzó la manzana de una mano a otra, sin mirarla a la cara.

—No puedes evitarme para siempre, Hearst. Estamos en esto juntos, te guste o no, y cuanto antes...

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho? Que no hay fiesta esta noche. —Se marchó pasando por su lado sin decir ni una sola palabra más.

Briony resopló en la cocina vacía con los puños cerrados. Estaba mintiendo, evidentemente.

A las diez en punto aquella noche, abrió la puerta de su habitación con la intención de escucharlo salir de la mansión. Al cabo de media hora con la oreja pegada a la puerta, se acercó a la ventana y buscó la luz de su habitación.

Estaba oscura.

Miró con furia la ventana y se fue decidida a darse un baño mientras esperaba a que volviera. Mientras se relajaba en el agua caliente y las burbujas, intentó pensar en formas de convencer a

Toven para que la volviera a llevar a Biltmore. Él no la veía capaz de los retos sexuales a los que tendrían que enfrentarse, pero seguro que conseguía convencerlo. Tenía que hacerlo.

Tenía que volver con Phoebe. Tenía que averiguar quién era Ilana y si esa uva significaba lo que ella pensaba. Ya llevaba más de seis semanas encerrada en la Mansión Hearst, y Biltmore era lo más cerca que había estado de su gente.

Briony tenía que demostrarle que podía soportarlo. A cualquier precio.

Pasada la medianoche, arrastró un sillón a la ventana y leyó un libro con un ojo pendiente de la ventana de Toven, esperando alguna señal de vida dentro de la habitación.

A las dos y cuarto, levantó los ojos cansados del libro. Salía luz de la ventana de su habitación. Se puso de pie de un salto, completamente despierta, y dejó caer el libro sobre la alfombra. Sin pensarlo, salió de su habitación y fue a la de él.

Llamó a la puerta y esperó con la rabia desenredándose en el vientre.

Al no obtener respuesta, llamó más fuerte, con más insistencia.

Estaba levantando el puño para volver a llamar cuando se abrió la puerta. Toven la miró, apoyado en el marco de la puerta con una mano aún en el pomo.

—¿Qué haces despierta? —preguntó.

Ella le lanzó una mirada con la barbilla levantada.

—Eso debería preguntarte yo a ti. No habrás salido, ¿verdad, Hearst?

Él tragó y dijo:

—Sí, pero no he ido a Biltmore.

—Y por qué hueles a puros y a *whisky* —dijo ella.

—Era una fiesta privada, si tanto te interesa. Convencí a los chicos para que jugáramos a las cartas esta noche.

Algo de su postura la hacía dudar de sus palabras. ¿A quién había tenido en el regazo esa noche? ¿Qué pobre mujer había tenido que soportar esa cruel cena esa semana? Se lo iba a sacar y le iba a exigir que la llevara la próxima semana.

Briony dio un paso adelante y lo empujó para entrar en la habitación, pero Toven se lo impidió bloqueándole el paso. Ella lo miró y parpadeó con el ceño fruncido. Después de mentirle descaradamente, lo menos que podía hacer era dejarla entrar en su puñetera habitación.

Ella se hizo a un lado y él la imitó, tapándole la vista. Ella lo miró con un terror pálido apareciendo en su piel.

No estaba solo.

En su mente empezaron a aparecer imágenes de una chica de Barlowe tirada sobre su cama, de las actividades que acababa de interrumpir.

—¿Hay alguien? —susurró ella.

Él la miró fijamente, negó con la cabeza una vez y dijo:

—No. Simplemente estoy ocupado.

—Santo cielo —dijo una voz femenina que le resultaba familiar dentro de la habitación—. ¿Es normal esto de que venga a tu habitación a las dos de la mañana? Qué desesperada tiene que estar.

A Briony le daba vueltas la cabeza mientras intentaba ubicar la voz, que se parecía a la de..., que se parecía a la de...

Toven cerró los ojos, resignado.

Y entonces una mano de manicura perfecta que conocía bien terminó de abrir la puerta. La misma mano que veía acariciándole el pelo a Toven, recorrerle el torso y apretándole el trasero.

Briony se quedó sin aliento cuando la mujer apareció delante de ella.

Larissa Gains estaba junto a Toven en el quicio de la puerta, con su habitual sonrisa de satisfacción y repasando a Briony como una depredadora a su presa.

Capítulo 31



Larissa Gains se puso delante de ella y Briony de pronto sintió la inexplicable necesidad de agarrarla para asegurarse de que era real. Pero antes de que su cuerpo pudiera hacer el intento de abrazar a Larissa, su cerebro volvió a la realidad.

Eran las dos de la madrugada. Y Larissa Gains estaba en la habitación de Toven.

Briony miró a Toven en busca de alguna señal de ropa arrugada, pupilas dilatadas, pintalabios en el cuello...; lo que solía ver por los pasillos de la escuela cuando Larissa terminaba con él. No había nada que indicara que estuvieran haciendo algo cuando ella había llamado. Pero como si le leyera la mente, Larissa eligió ese momento para engancharse del brazo de Toven y deslizar la mano por su bíceps.

—Briony. Qué bien te sienta la cautividad. —Larissa sonrió.

—No tanto como a ti la muerte —respondió ella.

Larissa se rio y se apartó el pelo detrás del hombro. Toven carraspeó y apartó el brazo del de Larissa.

—Iba a hablar contigo por la mañana —dijo Toven—, pero ya que estás aquí...

Él dio un paso atrás y le indicó a Briony que entrara.

Briony miró a Larissa, que la observaba con determinación, y luego pasó entre los dos hasta el centro de la habitación.

Echó un vistazo rápido a la cama y la vio perfectamente hecha, sin arrugas. Se acercó al escritorio y se dio la vuelta para mirarlos a los dos. Larissa se fue hasta la chimenea y se dejó caer en el sillón orejero, cruzándose de piernas y cogiendo una copa de vino que había en la mesita con una mancha en el borde del mismo tono de su pintalabios.

Toven se pasó una mano por el pelo y se quedó inmóvil. No se movió de la puerta y, si hubiera parecido algo menos nervioso, Briony habría pensado que estaba bloqueando la salida.

—Larissa te quiere proponer algo —dijo.

Briony miró a la chica rubia, que la observaba con una sonrisa.

—Varias fuentes me han informado de que armaste una buena en Biltmore —dijo Larissa, y dio un sorbo de la copa. Briony entrecerró los ojos—. Estabas hecha un desastre y nadie se creyó que Toven se estaba saliendo con la suya contigo.

Briony se cruzó de brazos.

—No fue culpa mía. —Señaló a Toven—. Él no me preparó bien. Y tampoco tiene interés en... en ponerse cómodo conmigo.

Toven la fulminó con la mirada. Larissa movió las manos como si espantara a una mosca.

—Eso da igual. Tienes que ponerte las pilas, Rosewood —dijo ella —. Y estás de suerte, porque estás hablando con alguien que sabe perfectamente cómo es follarse a Toven Hearst.

A Briony se le hizo un nudo en la garganta y se esforzó por no estremecerse.

—Larissa —le advirtió Toven—. Basta.

Larissa se miró las uñas.

—Disculpa. Follarse a cualquiera. Punto. —Sonrió a Briony.

Por mucho que Larissa estuviera intentando enfadarla, Briony no pudo evitar recordar que ella también había estado prisionera en la mazmorra de Canning Trow para probar su elixir. Y tenía razón. Ella conocía íntimamente a Toven. Conocía su corazón mejor que Briony. Y ¿no le había dicho en la mazmorra de Trow que sentía envidia de cómo sería la vida de Briony? ¿Sabía Larissa también que Toven no la estaba usando como latiente?

De pronto, Briony empezó a interesarse un poco más por lo que Larissa tenía que ofrecerle si le daba acceso a lo que sabía de Toven y a por qué era tan importante para él tener a una latiente de oro.

—Está bien —dijo Briony—. Me quieres ayudar. Pero ¿qué quieres a cambio?

Larissa dudó. Briony miró a Toven. Los tres formaban un triángulo perfecto, equidistante de un ángulo a otro, como los jugadores de un partido a punto de empezar.

La garganta de Toven se movió.

—Larissa quiere que le des clases de camuflaje mental.

Briony frunció el ceño.

—Camuflaje mental. —Miró a Larissa. El camuflaje mental era una técnica que solo los magos de la mente más experimentados podían hacer. Los profesores lo mencionaban en la escuela, pero Briony había tardado muchos años con la guía de Finola en aprender a camuflarse—. ¿Quieres practicar camuflaje e invisibilidad?

Larissa apretó los labios.

—Eso, y también metamorfosis.

La capacidad de cambiar de apariencia, desde lo más mínimo, como esconder una mancha, hasta convertirse en otra persona. No

era tanto cambiarse uno mismo, sino más bien manipular la forma en la que te veían los demás.

Algo le decía a Briony que Larissa no estaba interesada en esconder unos cuantos granos.

—Te gustaría cambiar de apariencia —dijo Briony— ¿para esconderte?

Larissa arqueó las cejas.

—De hecho, para todo lo contrario. Me gustaría estar escondida a plena vista.

Briony miró a Toven. La estaba mirando con astucia, esperando su respuesta. Quería que dijera que sí.

—Es un trabajo increíblemente difícil —contestó Briony—. Sobre todo para alguien que no estudió los elementos básicos de la magia de la mente en la escuela.

Larissa sonrió con arrepentimiento.

—Bueno, por suerte estos días tengo todo el tiempo del mundo. Podemos empezar mañana.

Briony inclinó la cabeza.

—¿Tan pronto? ¿Tienes prisa? —Miró a Toven. La estaba observando, inmóvil.

Larissa los miró a los dos y luego aspiró.

—Tengo que empezar a ir a las fiestas de Biltmore y, evidentemente, no puedo hacerlo siendo yo.

—¿Por qué? —Briony sintió que se le arrugaba la mente.

—Necesito acceder a algo allí —dijo Larissa, sin más.

Briony sabía que no le iba a sacar nada más. Curiosamente, tuvo un momento para pensar en lo bien que le vendría tener a Larissa allí y cuidarse entre ellas.

Toven se movió y Briony lo miró.

—Puedo dejaros un sitio para practicar mañana. ¿A las nueve de la mañana?

Tenía una postura tensa. Ella lo miró y volvió a preguntarse si se había protegido la mente con barreras, y si podría colarse por debajo de ellas sin que él se diera cuenta.

—¿Cuándo quieres empezar a ir a las fiestas con otra apariencia? —preguntó Briony.

—La semana que viene —dijo Larissa.

Briony se rio.

—¡Siete días! ¿Crees que puedes dominar la magia de la mente en siete días? ¡En algunas universidades dedican años a la materia!

—¿Qué pasa? ¿Tienes algún plan esta semana, Rosewood? —dijo Larissa molesta—. Las dos tenemos bastante tiempo.

Briony miró a Toven, esperando que, como otra persona con experiencia en magia de la mente, dijera algo sobre lo ridícula que era la idea.

Pero se quedó mirándola sin moverse.

Para él, esta idea era importante.

Ella lo miró con una sensación pesada en el estómago.

Sin apartar la mirada de Toven, Briony dijo:

—¿Y en quién tienes intención de transformarte, Larissa?

—Hay varias opciones —contestó Toven—. En gente que no debería estar en Biltmore y a quien Larissa podría sustituir.

Los escalofríos le recorrieron todo el cuerpo y deseó haberse puesto la bata antes de salir a toda prisa. Briony lo miró, y el estómago se le retorció con ira y asco.

—Quieres llevar a Larissa a Biltmore. Con mi cuerpo.

Lo escuchó tragar desde el otro extremo de la habitación.

—También hay otras personas...

—¡Piedras! Qué lista es —afirmó Larissa. Briony escuchó la risa en su voz, aunque no era capaz de apartar la mirada de Toven.

—¿El presidente de Camly del Sur? —Toven empezó a hablar rápido—. Bomard capturó a su hija la semana pasada. Tiene dieciocho años. Se la entregaron como regalo a Finn, para que fuera su latiente, pero esto podría suponer que no tendría que volver a poner un pie en Biltmore si Larissa la sustituye.

A Briony se le acumuló la bilis en la garganta aunque estuviera archivando los crímenes de guerra que Bomard estaba cometiendo. Cerró los puños con fuerza.

—¿Ni siquiera lo vas a negar? —preguntó—. ¿Que prefieres obligar a Larissa a que vaya por mí?

—Nadie me está obligando —dijo Larissa. Briony la miró con furia en los ojos—. Me estoy ofreciendo voluntaria para evitar que os maten.

Briony le dio la espalda a Toven. Él se metió las manos en los bolsillos.

—Sería la opción más fácil —dijo él.

Briony resopló y caminó hacia él.

—La más fácil.

—Sí, la más fácil —repitió él con severidad—. Para ambos. Larissa tiene experiencia en los efectos del elixir de Canning. Sabe lo que hace, puede imitar la reacción.

Briony se atragantó con la rabia y se le aceleró la respiración al pensar en su propio cuerpo a manos de Larissa Gains, en sus caderas sobre su regazo, sus labios moviéndose sobre su boca. Se puso delante de él, como si se hubiera olvidado de la presencia de Larissa.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que quiero volver a Biltmore? Quiero ver a mis amigas y mantenerme al tanto de lo que les ocurre.

—Es por tu propio bien, Rosewood.

—Quieres violar mi cuerpo...

—¡Van a violar tu cuerpo igualmente! —gritó él, manteniéndose firme—. De esta forma, tú no tienes por qué estar presente.

Ella le dio una bofetada en la cara con un movimiento rápido lleno de ira. Apenas se le movió la cabeza pese a la roja marca de su mano que le apareció en la mejilla.

Se le oscureció la mirada y el gris se destiñó en un centro negro y dilatado. Ella le sintió la respiración contra su frente y el corazón a tan solo unos centímetros del suyo. Se le movió la garganta mientras le sostenía la mirada con algo reprimido a duras penas en la superficie de su máscara.

—Enseñaré a Larissa a camuflarse —dijo Briony lentamente—. Y ella me enseñará a mí a actuar. Y tú no volverás a impedirme que tome decisiones sobre mi cuerpo nunca más.

Levantó la barbilla y lo observó bajar la mirada hasta sus labios y volver a subirla a sus ojos.

El silencio le provocó escalofríos por la espalda. Invocó toda la seguridad que le pudiera quedar y dijo:

—¿Te ha quedado claro?

Buscó en su expresión y se encontró con unas mejillas sonrojadas con más intensidad que la huella de su mano.

—Bueno —soltó una voz detrás de ella, y casi da un salto al acordarse de que Larissa estaba allí—. Yo os dejo con lo vuestro —dijo con una risa.

Briony se negó a apartar la mirada de Toven, se negó a aceptar una derrota.

—Nos vemos mañana a las nueve —dijo Larissa, y se marchó.

La puerta se cerró con un clic, y Briony y Toven se quedaron solos.

Capítulo 32



El silencio era ensordecedor.

Briony tragó saliva y vio cómo los ojos de Toven se fijaban en el movimiento de su garganta. Se apartó de ella como si levantara un muro.

—Me queda claro que todavía no eres consciente del todo del peligro que corremos.

Ella arqueó una ceja con sarcasmo.

—Explícamelo, amo Toven.

Él entornó los ojos antes de comenzar.

—La semana pasada fui capaz de controlar la situación durante la cena, pero lo considero un golpe de suerte —dijo—. Igual crees que tengo algún tipo de control sobre los muchachos de la escuela, pero has de recordar que mi padre es tan solo el octavo en la línea de sucesión.

Ella recordó cómo había detenido las cosas antes de que Lorne pudiera arrancarle el vestido, la forma en la que las manos de los

demás hombres se paseaban por los traseros de las otras chicas, por los de todas menos por el suyo.

—No se trata simplemente de lo que ocurra dentro del grupo de sucesores —habló de nuevo—. Sugerí hacer una fiesta privada esta noche para evitar que tuvieras que asistir una semana más, pero Canning invitó a Carvin y a Reighven.

Briony se estremeció al escuchar ese nombre, pero se recuperó. Toven hizo una pausa, entrecerró los ojos y continuó.

—Canning sabe por qué he sugerido que jugáramos hoy a las cartas, por supuesto —siguió Toven—. Se ha asegurado de decirle a todo el mundo que la latiente de oro tomará el elixir en Biltmore la semana que viene.

Briony se cruzó de brazos.

—Así que tu intención es acostarte con Larissa Gains en mi cuerpo. Delante de toda la élite de Bomard.

Toven respondió mientras negaba con la cabeza:

—Jamás me acostaría con nadie en público, y ellos lo saben. —Briony lo miró con curiosidad y, antes de que pudiera preguntar, él continuó—: Si enseñas a Larissa a camuflarse esta semana y dejas que vaya en tu lugar el viernes, te doy mi palabra de que acudirá a Biltmore en el futuro como la hija del presidente.

Briony se quedó mirándole la cara inexpresiva. Estaba deseando colarse por debajo de los ojos de la máscara y obligarlo a que le abriera la mente.

—Es imposible que Larissa aprenda a camuflarse en una semana —dijo ella.

—Puede que no —dijo él—. Pero no voy a preocuparme ahora mismo por eso.

—Nos —lo corrigió ella—. Nos tendremos que preocupar todos. Los tres.

Él movió los ojos. Briony se encogió de hombros.

—Si estás tan seguro de que puedes evitar el sexo con penetración, no entiendo por qué no quieres que vaya yo misma.

Él la miró como si estuviera intentando descifrar si lo decía de broma o no. Resopló y se frotó los ojos. Briony apretó los labios.

—Hay... otro tipo de sexo, no solo la penetración, Rosewood...

—Lo sé.

—... y se supone que tú lo haces conmigo de forma regular —dijo, volviendo a mirarla a los ojos.

—Ah. —Ella sonrió—. No crees que se me dé bien usar la boca. Qué bochorno para Toven Hearst que su puta sea una inútil, ¿no?

Briony se apartó de él y se apoyó en el borde del escritorio con los brazos cruzados.

—¿Sabes? —dijo ella—. El hechizo para determinar mi pureza dijo que era virgen, pero estás dando por hecho que no tengo ni idea de esas otras cosas.

Inclinó la cabeza con seguridad.

Toven estaba al otro lado de la habitación con el cuerpo completamente inmóvil.

—Así es —concordó él con rigidez—. ¿Me equivoco?

—Sé cómo usar la boca en los hombres, Toven —dijo con amargura en la voz.

No era verdad. La experiencia más cercana que había tenido con alguien había sido dejar que Didion le guiara la mano el año pasado. Por lo visto, él había disfrutado, aunque Briony no pensaba que ella hubiera tenido demasiado que ver con eso.

Pero estaba cansada de esta condescendencia.

Había algo en los ojos de Toven que no era capaz de descifrar.

—¿No me digas? —masculló—. ¿Y la polla de quién te has metido en la boca, Rosewood?

Su vulgaridad la cabreaba, pero antes de exigirle que hablara como un caballero cuando se dirigiera a ella, él dio un paso adelante, acechándola del mismo modo que haría su familiar.

Briony tragó.

—¿Quieres que te dé nombres? Tendría que pensar para recordarlos todos —dijo ella.

Él torció la boca mientras se acercaba, y aunque era posible que no la creyera, ella se negaba a dar marcha atrás.

Se detuvo delante de ella, sobrepasándola en altura, tanto que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás.

—Creo que te estás marcando un farol. Dudo que hayas separado esos labios para nadie.

Ella le sonrió.

—Cree lo que quieras. ¿Quieres ponerme a prueba? Puedo enseñarte todo lo que he aprendido siendo la princesa Rosewood. Siempre estaba rodeada de guardias...

De pronto, él se agachó y apoyó un puño junto a sus caderas, nivelando los ojos con los de ella.

—Guardias —dijo con sarcasmo.

Ella asintió con el corazón acelerado por tenerlo tan cerca. Y sintió la liberación de tirarse por un precipicio al decir:

—Guardias y amigos. Seguro que te acuerdas de Didion.

Él sonrió, con los labios ligeramente separados para mostrarle los colmillos afilados. Se pasó la lengua sobre ellos.

—Didion Winchester, claro que lo recuerdo. No te despegabas de él —susurró—, pese a su incapacidad para desatarte el corsé.

Se puso completamente pálida. Se esforzó para no apartarse.

Era imposible que supiera que Didion había intentado sin éxito desatarle los lazos bajo el sauce en la escuela. Cómo se rieron antes de rendirse. Lo decepcionada que se quedó Briony por tener que

parar justo cuando había empezado a olvidarse de los ojos marrones de Didion y su pelo oscuro para imaginarlos grises.

¿Cómo lo sabía?

—Bueno, te puedo asegurar que luego aprendió —dijo ella temblorosa.

Él apretó los labios con una expresión de alegría.

—Muéstramelo —dijo él suavemente. Y antes de que le diera tiempo a pensar a qué se refería, si lo que quería decir era que se pusiera de rodillas, si quería que lo tocara, si se derretiría en el sitio si él la tocaba... le aclaró—: Muéstrame el recuerdo.

Briony parpadeó. Y, mientras miraba fijamente esos ojos grises, sintió el pinchazo de una mente pidiendo permiso para entrar en la suya.

Ella abrió la boca en un grito ahogado silencioso.

Quería usar magia de la mente para mirar dentro de su cabeza. Estaba llamando a la puerta.

Briony tragó. Era imposible que estuviera tan avanzado como para leerle la mente.

—Una señorita no habla de sus conquistas, Hearst.

—Ah, pero tú quieres convencerme de que no has sido precisamente una señorita, ¿no? —susurró él; sintió su aliento contra la mejilla—. Saca el recuerdo en el que te metes la polla de Winchester en la boca. Quiero ver lo bien que la sabes usar, Rosewood.

Volvió a sentir el pinchazo en la mente. La petición para entrar.

Su seguridad se tambaleó, pero no se atrevía a admitir su derrota.

—No quiero que te avergüences —le dijo ella—. Por el tamaño, digo. Las comparaciones son odiosas.

Él levantó la comisura de los labios.

—Es un detalle por tu parte, pero me encantaría ver tu proeza con mis propios ojos. —Se inclinó aún más hacia ella y ella se preguntó si se rozarían—. Abre —dijo él.

Su mente volvió a llamar a la puerta otra vez.

Ella lo miró a los ojos.

—Abre tú —dijo ella. Él parpadeó una vez—. Es evidente que crees que tengo que aprender un par de cosas. ¿Por qué no me las enseñas?

Él deslizó la mirada hasta sus labios antes de volver a mirarla a los ojos, y volvió a llamar a la puerta de su mente.

—¿Quieres que te enseñe a chupármela, Rosewood?

—Sí —dijo ella en un aliento.

Briony empujó con su mente, extendió los dedos en el escritorio y golpeó los muros de Toven. Había una puerta de espejos y latón. Ella se vio en el reflejo al llamar y, por primera vez, echó un vistazo a las barricadas que sospechaba que se esforzaba tanto en mantener.

Era impenetrable.

La mente de Toven la empujó hacia atrás y la hundió de nuevo en su propia cabeza como si la empujara contra un colchón de plumas.

—¿Por qué no empiezas? —susurró él contra su boca—. Y te voy corrigiendo.

Y entonces entró.

Briony ahogó un grito y se aferró al hilo de Toven, guiándolo lejos de las cosas que no quería que viera.

Las estanterías de su cabeza se tambalearon. Él navegó con delicadeza por el lago de aguas tranquilas, deslizando el dedo sobre la superficie y creando ondas.

Ella no estaba segura de si había encontrado el recuerdo con Didion debajo del sauce o si ella se lo había dado, ya que estaba al

frente de su cabeza, pero, de pronto, tenía la espalda contra la corteza y unos labios en el cuello mientras unas manos le recorrían todo el cuerpo.

Dentro de su propio recuerdo, abrió los ojos y vio a Toven Hearst de pie en la orilla del lago, observando a un chico torpe besarle las clavículas y tirar de sus lazos.

—Quiero besarte aquí —dijo el chico, y la sombra se aclaró mostrando a Didion. Briony apartó los ojos del Toven dentro de su cabeza y sonrió a Didion mientras se peleaba con los nudos.

—Es mejor que lo hagamos en privado, ¿no crees? —le preguntó temblorosa.

Cayó una sombra sobre su hombro y levantó la mirada hasta Toven, que estaba agachado a su lado.

—Enséñame su polla en tu boca, Rosewood. Enséñame cómo te pusiste de rodillas con los soldados de tu hermano.

Ella le miró los ojos negros incluso cuando Didion empezó a besarle de nuevo el cuello y colocó las manos sobre sus pechos.

Quería confeccionarlo. Mostrarse empujando a Didion para que cayera de espaldas. Mostrarse desabrochándole los pantalones.

Quería invocar el farol de Toven igual que él estaba invocando el suyo.

Dentro del dormitorio en la Mansión Hearst, él estaba inclinado sobre ella, con los puños sobre el escritorio y los ojos clavados en su cara.

Briony estiró los brazos, aunque la versión en el ojo de su cabeza pasaba los dedos por el pelo de Didion y, en el presente, levantó los brazos y agarró a Toven por la mandíbula con las dos manos.

Empujó contra su mente, lanzándose para penetrarla, y susurró:

—Abre.

Estaba en su dormitorio, dentro de su mente y fuera de ella. Las cortinas dejaron pasar una brisa de verano que le rozó la piel mientras se ponía de rodillas en su cama y le besaba el pecho desnudo.

El cuerpo de Briony reaccionó cuando rozó su piel con los labios. Toven tenía un brazo sobre la cara y el otro agarrándose la polla, moviéndola suavemente.

En el presente, contra el escritorio, sintió un resoplido de sorpresa en la cara.

Briony se aferró con fuerza al hilo y observó mientras marcaba un camino de besos por su torso hacia abajo, hasta que por fin sustituyó la mano de Toven por la suya.

El Toven que estaba tumbado desnudo en su cama se destapó la cara y por fin la miró.

Ella se dio cuenta de que también estaba desnuda. Tenía el pelo suelto, los pechos rosados y las caderas perfectamente colocadas sobre su cintura.

Movió la mano con seguridad pero con delicadeza sobre su polla, mientras él la observaba detenidamente.

Ella se inclinó hacia delante y abrió despacio los labios. La punta era rosa y goteaba cuando desapareció dentro de su boca. Casi pudo saborearlo.

Él estiró hacia atrás la cabeza con los ojos cerrados, y ella bajó la boca, más abajo, más abajo, hasta que tuvo dentro la polla entera, hasta el fondo. Observó cómo se le vaciaban las mejillas sin apartar la mirada de Toven, que gemía.

Deslizó la boca hacia arriba y él le colocó la mano sobre la cabeza, empujándola con cuidado de nuevo hacia abajo.

Abrió los ojos y la observó mientras ella volvía a introducírsela con los mismos ojos que estaban conectados ahora con ella, en su

escritorio, negros de lujuria. Briony movió la cabeza de arriba abajo.

Movió las manos por las caderas de Toven, por el vientre, los muslos. Y Toven la observaba mientras lo lamía, lo chupaba, lo besaba.

El cuerpo le ardía de poder con la lenta mesura de sus movimientos sobre él, y la ligereza con la que él le agarraba del pelo.

Se le tensaron los músculos del abdomen. Y ella se vio volviéndose a introducir la polla, deslizando los labios hacia abajo y succionando con las mejillas.

Él inclinó hacia atrás la cabeza y abrió la boca.

—Briony...

Y, de pronto, estaba solo en la cama, desnudo, agarrándose la polla y moviendo las caderas...

La habitación se quedó fría. La brisa veraniega había desaparecido.

Y Toven Hearst estaba de pie al otro lado de la habitación, evitando mirarla, con los hombros altos y el cuerpo tenso.

Ella sintió el desgarro en la mente, como si el hilo que los unía se hubiera roto.

Estaba en el presente, no en su recuerdo... o en la ilusión, mejor dicho.

Dio una bocanada de aire como si llevara días sin respirar.

Todavía estaba apoyada sobre el escritorio, pero los ojos se le fueron a la cama en la que acababa de estar, desnuda y espléndida.

¿Había creado él esas imágenes para ella? ¿Le había enseñado qué hacer? Le había parecido mucho más lento y lánguido de como esperaba que ocurriera en las cenas.

Toven estiró la mano y se apoyó en la pared, como si se estuviera recomponiendo.

Briony sentía el cuerpo rígido. Le parecía estar vacía y le hubiera gustado vivir en esa ilusión un poco más.

—Bueno, ha sido muy instructivo. —Tenía la voz ronca—. ¿Eso es lo que esperas que pase la semana que viene?

Sin mirarla, Toven abrió la puerta y se marchó con un portazo, dejándola sola en el dormitorio.

Capítulo 33



—Si ni siquiera lo vas a intentar, igual deberíamos dejarlo.

—Ay, perdóname, Rosewood. —Larissa se dejó caer en el sillón con la mirada molesta—. A lo mejor es que eres una instructora pésima.

Briony se cruzó de brazos. No se podía creer que se hubiera preocupado por Larissa en su ausencia, que realmente hubiera querido verla en un momento dado.

Llevaban ya dos horas con esto y, aunque Briony había soñado toda la noche con suaves sábanas blancas, largos muslos musculados y manos cálidas.

Toven todavía no había dado señales de vida.

Había considerado pedirle la sala de meditación junto a la cocina para las clases, pero Larissa no estaba preparada para pasarse el día mirando unas paredes vacías. Y Briony no tenía ninguna prisa por volver.

Larissa dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillón y respiró profundamente.

—Tenemos que ir más rápido —dijo—. Estamos tardando demasiado.

—Si no entiendes lo básico, ¿cómo piensas dominar las técnicas avanzadas? —Briony se puso de pie y fue hacia la ventana del salón.

Habían estado una frente a la otra, sentadas en unos sillones a cada lado de la mesita de café, meditando durante horas. Como no la había practicado nunca, Larissa primero tenía que entender de dónde se sacaba la magia de la mente. Briony no podía dejarla simplemente agarrar ese hilo si no sabía de qué hilo estaba hablando.

Y, por supuesto, era posible que Briony también estuviera un poco distraída.

Cuando permitía que su mente divagara, veía sus labios, rosas y carnosos, acercándose a la punta del miembro de Toven.

Y, hablando de Toven, debía de dominar la magia de la mente mucho mejor de lo que ella pensaba para poder conjurar una imagen propia, sin duda... agrandada. Exagerada, quizá. La versión que Toven había creado de sí mismo para instruirla había sido bastante imponente. Es verdad que ella nunca había visto una polla antes, pero no le cabía en la cabeza que la suya fuera tan... impresionante.

—Quiero aprender a usar la magia de la mente simplemente para saber qué es lo que te atormenta tanto, Rosewood.

Miró a Larissa. Estaba cruzada de piernas, con los codos sobre los reposabrazos del sillón y con una amplia sonrisa en la cara. Briony se dio cuenta de que se había estado pasando los dedos por los labios, con la mirada perdida por la ventana y las mejillas sonrojadas.

Se sacudió los pensamientos y dijo:

—Nada. ¿Estás lista para volver a empezar?

Briony volvió a su sillón, pero Larissa no paraba de sonreírle.

—Bueno —dijo Larissa—, ¿Toven y tú os ponéis así muy a menudo? Debo admitir que me sorprende que te permita que le pegues y que le hables de esa forma, teniendo en cuenta que se supone que eres su prisionera.

—Y se supone que tú estás muerta —dijo Briony encogiéndose de hombros—. Todos estamos interpretando un papel, ¿no?

Larissa la miró con una sonrisa felina.

Briony inclinó la cabeza.

—¿Por qué tienes tantas ganas de ir a las fiestas de Biltmore Palace, Larissa?

Larissa respondió mirándola a los ojos.

—Venganza.

Briony le devolvió la mirada. Aunque seguía sin saber por qué había terminado en la subasta con las demás, vio cómo le rogaba por su vida a su padre. Fue testigo de que Hap Gains afirmó no tener una hija.

Briony asintió a la respuesta y respiró hondo.

—¿Lista para volver a empezar?

—Tengo curiosidad, ¿cómo funciona todo esto? —dijo Larissa.

—¿Todo esto, qué? —Briony dio por sentado que se refería a la magia de la mente.

—Toven Hearst y su latiente de oro. —Larissa la examinó. Briony esperó para que fuera ella la que hablara—. Quiero decir, es evidente que no le interesa aprovecharse de... —levantó las cejas— todo lo que tienes que ofrecerle.

Briony no sabía si se refería a como latiente o como mujer, y tampoco iba a pedir que se lo aclarara.

—¿Qué hace contigo todo el día? —continuó Larissa, encogiéndose de hombros.

—Por lo general, me ignora —dijo Briony.

—¿En serio? —Algo se le iluminó en los ojos azules—. Y, aun así, ¿te sientes cómoda llamando a su puerta a las dos de la mañana? ¿Os hacéis visitas nocturnas muy a menudo, Rosewood?

La mente de Briony saltó de pronto a la imagen de Toven en mitad de su habitación, solo con el pantalón del pijama y los ojos pegados al camisón empapado de sangre.

—No —dijo ella—. Anoche estuve esperando a que volviera mirando desde mi ventana.

Larissa inclinó la cabeza.

—Tu ventana.

—Sí, mi habitación está al lado de la suya.

Larissa se quedó muy quieta y, durante un instante, Briony pensó que igual debería haberle contado que dormía en una mazmorra. Pero luego movió la comisura de la boca y soltó una carcajada relajada.

—Ya —dijo Larissa tranquilamente, y giró la cabeza para mirar por la ventana.

Briony, entonces, empezó a pensar que igual había dicho algo que no debía cuando alguien llamó a la puerta del salón y entró Toven. Verlo otra vez después de lo que había pasado la noche anterior hizo que le corriera electricidad por todo el cuerpo.

Se quedó de pie en el vano de la puerta, como si no se atreviera a entrar. Llevaba un pantalón y una camisa negros, y tenía la mirada vacía.

—¿Vienes a controlarnos? —dijo Larissa cuando quedó claro que no las iba a saludar.

—Tengo novedades.

Briony se quedó mirándolo. Le resultaba extraño que se mantuviera tan alejado. Ni siquiera era capaz de ver si la miraba a

ella o a Larissa cuando volvió a hablar.

—El ama Mallow ha ordenado la prohibición del elixir de Canning Trow en Biltmore Palace —anunció, aunque a Briony le costaba trabajo escucharlo porque hablaba demasiado bajo—. Tampoco se permite su uso en latientes retenidos como garantía política.

Briony y Larissa se miraron.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Briony.

Él empezó a girar el anillo en el dedo corazón.

—Finn y yo acabamos de volver de una audiencia con Mallow a petición mía, para poder comentar algo que ocurrió anoche y por lo que me sentía culpable.

Tenía un tono frío y hablaba con un volumen muy bajo. Briony lo miró a los ojos, que no parpadeaban. Larissa se sentó despacio, pendiente de todo lo que decía.

—Le dije que, aunque la idea de celebrar anoche una reunión más pequeña y fuera de Biltmore fue mía, no era mi intención exponer a la hija del presidente a unas celebraciones tan vulgares. Sabíamos que no podía ser una estrategia de Mallow infundir tanto miedo a una mujer que será devuelta de una pieza en algún momento.

Briony levantó las cejas y Larissa se apoyó en el respaldo del sillón con una respiración profunda de satisfacción.

—Por supuesto —dijo Larissa—. No fue en absoluto tu intención.

Había algo en la forma en la que Larissa enfatizó «tu intención». Algo en la forma en la que Toven lo había dicho todo con tanto cuidado. Porque, si no había sido intención de Toven o de Finn, la culpa era de otro.

Briony separó los labios y casi sonrió.

Toven había encontrado la manera de colársela a Canning. Tal y como ella le dijo que hiciera.

También había encontrado la manera de evitar que Briony tomara el elixir. Estaba aliviada. Él ya no tenía ningún motivo para discutir con ella sobre volver a Biltmore.

Briony carraspeó.

—¿Os ha sancionado a ti o a Finn?

—No —dijo Toven—. El ama Mallow ha agradecido el aviso y nuestro reconocimiento de culpa. —Asintió a Larissa—. Finn podrá seguir llevando a Juliana a Biltmore, pero solo como su invitada.

Lo que significaba, entendió Briony, que Larissa podía seguir yendo a Biltmore en lugar de Juliana, y no ser humillada en ninguna situación sexual durante el proceso.

Garantía política. Así había llamado Toven a la hija del presidente. Briony lo pensó un momento. ¿Los Hearst también veían a Briony así? ¿Era como la veía el general Tremelo de Daward? ¿Alguien a quien mantener sana y salva hasta que pudiera volver?

Intentó concentrarse de nuevo, pero había algo que la exasperaba.

—¿Finn es de fiar en todo esto? —preguntó.

Los dos la miraron como si le hubiera salido un tercer brazo.

Se apresuró a aclarar su pregunta.

—Quiero decir, sabe muchas cosas, como lo que le ha ocurrido a Larissa en realidad y todo esto con la hija del presidente. ¿Mallow no podría encontrar todo eso en su mente?

Toven miró a Larissa y luego respondió:

—Finn no es lo bastante importante para Mallow como para que lo interrogue de ese modo.

Briony entrecerró los ojos.

—Ha tenido una audiencia con ella esta mañana —señaló—. Y ahora es sucesor, ¿no surgirán más oportunidades...?

—La mente de Finn está a salvo —dijo Toven con rotundidad—. Tu preocupación está justificada, pero tendrás que confiar en mí.

Briony miró a Larissa. Se estaba mirando las uñas. Dejaría el tema de momento.

Toven dio por fin unos pasos en la habitación y, al ver su cuerpo moviéndose, la cabeza de Briony invocó la imagen de su pecho desnudo, sus muslos tonificados y su cabeza hacia atrás, jadeando.

—¿Algún progreso? —les preguntó, pero solo miraba a Larissa.

—No —dijo Briony.

Mientras Larissa decía:

—Por supuesto.

Las dos intercambiaron una mirada.

—Rosewood está siendo demasiado meticulosa —dijo Larissa, ondeando la melena.

—Bien —dijo Toven. Briony desvió la mirada hacia él, pero seguía mirando únicamente a Larissa—. Tendrás que aguantar horas de engaño. Puede que en Biltmore no tengas la privacidad para tomarte un descanso. —Toven sacó una silla enfrente de las dos y se sentó —. No voy a permitir que vayas hasta que no lo domines.

Larissa resopló.

—«Permitir».

—Sí —dijo Toven con frialdad—. Solo cuando estés lista. Y eso lo decidirá Briony.

Ella lo miró y parpadeó. El sonido de su nombre rara vez pronunciado por él le trajo a la mente los sonidos de la noche anterior, la forma en la que él había gemido su nombre al correrse, la curva de sus labios al pronunciar cada vocal, cómo se le movió la garganta con la profundidad de su voz.

Se quedó mirándolo, esperando que él se diera cuenta. Pero no apartaba la mirada de Larissa, como si estuvieran en una

competición a ver quién aguantaba más.

Larissa chasqueó la lengua y Briony la miró.

—Pues nada —dijo Larissa—. Déjanos seguir, entonces.

Briony movió los ojos hacia Toven, que parecía ponerse cómodo en la silla con una pierna sobre la otra.

—Eso. —Carraspeó—. Estábamos con la parte de despejar la mente.

—¿Podemos saltarnos eso? —dijo Larissa.

—No. —Briony apoyó las manos sobre las rodillas y colocó los pies hacia delante—. Lo primero que hay que hacer es poner una postura neutra y buscar un lugar en el que descansar la vista.

Mientras dejaba que su mirada se relajara unos metros detrás del sillón de Larissa, por el rabillo del ojo vio que Toven estaba descruzando las piernas e imitaba su postura.

Le dio un vuelco el corazón. No estaba solo observando. Había venido a aprender.

De ella.

Se tragó los nervios y continuó.

—En las situaciones reales vas a tener muchas distracciones, así que ahora es el momento de asimilarlo todo, todos y cada uno de tus sentidos. Lo que oyes, los movimientos que ves, lo que hueles.

Briony olía la loción de Toven, pero era una distracción a la que ya estaba acostumbrada.

—Siente el sillón debajo de ti. Siente los pies en el suelo.

Había una simetría que no había estado antes. Y no estaba segura de que Larissa se lo estuviera tomando más en serio ahora que Toven estaba allí, pero Briony sintió, de pronto, con una claridad perfecta, a tres personas respirando a la vez.

—Mueve los dedos de los pies en los zapatos. Presta atención a los tobillos y a los gemelos. ¿Qué músculos se mueven? —La voz de

Briony bajó, grave y suave—. Siente el punto en el que los gemelos conectan con las rodillas, las rodillas con los muslos...

Sin quererlo, se le vinieron a la mente los muslos de Toven. Y ella apoyando su peso sobre ellos mientras utilizaba la boca. Respiró hondo.

—Las distracciones son normales —les dijo, pero en realidad se lo decía a sí misma—. Concéntrate en tu ser. Tus caderas, cintura y pecho. Siente cómo fluye la sangre..., la vena de la que tiras cuando usas la magia del corazón. Encuéntrala en tu pecho.

Antes de que Toven llegara, había estado mirando a Larissa cada poco para asegurarse de que estaba prestando atención, pero ahora sabía, por las tres respiraciones que había en la habitación, que estaban preparados. La siguiente parte era muy importante y una gran diferencia entre la magia del corazón y la magia de la mente; lo primero que se aprendía en los estudios de magia de la mente.

—Imagínatela como un hilo que serpentea por tus venas. Conecta tu sangre a tus intenciones. Conforme ese hilo sube, por los hombros, por el cuello, te rodea la nuca y se conecta con la frente. Justo entre los dos ojos. Porque la sangre se mueve por todo el cuerpo.

»Este hilo, atado al centro de tu frente, imagina que es lo que más poder tiene de todo tu cuerpo. Conecta tu mente con tu sangre. Encuentra ese hilo. Conócelo. Si lo pierdes, vuelve a empezar otra vez en el corazón y cóselo por el cuello y los hombros, alrededor de la nuca, hasta el centro entre los dos ojos.

Briony terminó con las instrucciones. Esta era la parte en la que los magos de la mente basaban la mayor parte de la educación antes de entrar en la escuela: la comunión con el hilo. Sabía que era importante dejar que Larissa estuviera en silencio.

Levantó lentamente la mirada del suelo. Larissa estaba sentada, completamente quieta, con la mirada perdida y la respiración acompasada. Briony tuvo cuidado de no moverse para no desconcentrarla.

Entonces miró a Toven y se estremeció. La estaba observando. Apartó la mirada y volvió a mirar a Larissa. Seguía concentrada.

Briony se preguntó si Toven habría preferido la magia de la mente como fuente base si la hubiera aprendido de pequeño como ella. Era evidente que tenía experiencia con la lectura y las barreras mentales, pero no usaba esa magia en su día a día. Todavía dependía de su familiar, como la mayoría de los magos del corazón.

Briony dejó meditar a Larissa durante otra media hora más, hasta que la sacó de sus pensamientos con instrucciones tranquilas. Cuando Larissa por fin levantó la vista para mirarla, parecía agotada.

—¿Has podido conectar con el hilo?

Larissa asintió.

—Pero se me escapa mucho.

—Sí, es normal —la tranquilizó Briony—. Hay dos partes. Tienes que meditar para encontrar el hilo y mantenerlo durante horas. Y luego, para camuflarte, tienes que tirar de él cuando invocas. Solo una mente despejada y en meditación puede hacerlo. Siento que el principio sea tan aburrido.

Toven carraspeó, y Briony lo miró.

—Solo una mente despejada y en meditación—repitió él. Tenía las cejas juntas—. Es un poco incongruente con la magia de las barreras de la mente, ¿no?

—Sí —dijo Briony. Al ver que seguía confundido, aclaró—: No se conoce a ningún mago de la mente que haya podido camuflarse mientras mantenía una barrera mental. Ni siquiera Vindecci podía hacerlo.

Toven apretó los labios.

—O sea, que si estás delante de alguien que lee la mente, como Mallow...

—Tienes que elegir entre camuflarte o protegerte la mente —dijo —. Según los textos de historia, a muchos espías los ejecutaron porque se transformaban en otras personas, pero aun así podían leerles los pensamientos porque no tenían barreras mentales.

—Entonces la invisibilidad es el único poder real —dijo Larissa—. Si no saben que estás ahí, no pueden leerte la mente.

Briony se encogió de hombros.

—Posiblemente. Supongo que depende de cuáles sean tus intenciones.

Larissa la miró con una expresión impasible. Cuando miró a Toven, estaba observando por la ventana con apariencia disgustada.

Siguieron una hora más, hasta que a Larissa empezó a dolerle mucho la cabeza. Briony sabía que no era mentira. A ella también le había dolido la cabeza en la escuela.

Pero cuando Briony dio por terminada la lección y Larissa dijo:

—Voy a tumbarme. A lo mejor lo vuelvo a intentar por la tarde.

Briony comprendió algo por primera vez.

—Estás... —Miró a Toven, luego otra vez a Larissa, que se frotaba la sien—. ¿Estás viviendo aquí?

—Solo esta semana —se apresuró a decir Toven—. Mientras esté bajo tu tutela.

A Briony se le secó la garganta.

—Ah. Vaya, qué bien.

Algo le reconcomía el estómago al pensar que Larissa vivía en la Mansión Hearst. Larissa con acceso a Toven. Larissa compartiendo

comidas con él, incluso.

Briony se puso de pie y colocó la silla en su sitio.

—No te preocupes, Rosewood —dijo Larissa desde el quicio de la puerta—. Tú seguirás siendo la única que lo visite a las dos de la mañana.

Briony le lanzó una mirada justo cuando Larissa sonrió y se marchó. Miró a Toven. Estaba de perfil, moviéndose el anillo del dedo con los hombros tensos.

—Hablando de anoche —dijo Toven con delicadeza, y a Briony se le tensó el pecho—. Lo siento. No volverá a pasar nada parecido.

—Vale —dijo ella—. De todos modos, yo te pedí un ejemplo de mi posible comportamiento bajo los efectos del elixir. Y tú... me diste un ejemplo.

Toven la miró.

—Un ejemplo —repitió.

—Sí —dijo ella, y cogió la taza de té que había dejado enfriar en la mesita—. Conjuraste un escenario y, aunque fue bastante detallado... —Tosió con las mejillas cada vez más calientes—. También fue... Fue más suave de lo que me esperaba, aunque estoy segura de que lo atenuaste por mi bien.

Debería dejar de hablar. Se bebió el té frío para callarse. Cuando la taza tintineó sobre el plato, Briony se dio la vuelta para mirarlo.

Él la miró fijamente e intentó formar alguna palabra con los labios. Luego apretó la mandíbula con un sonido audible, y carraspeó.

—Claro. Fue... más suave. Si ocurriera algo por el estilo a puerta cerrada en Biltmore, sería muy diferente. —Respiró profundamente y se giró para mirarla por completo—. Pero jugamos a un juego peligroso, y no debería haber entrado en tu mente.

Ella soltó una carcajada.

—Venga ya. Llevas años entrando en mi mente sin permiso, Toven.

Movió las cejas sorprendido, pero se quedó en silencio.

—¿Cómo ibas a saber si no lo que hicimos Didion y yo en el lago? Y lo de los lazos... —dijo ella de brazos cruzados—. Por no hablar de los pinchazos en las piernas durante todo el tercer año. Lo sabías todo sin que yo te lo dijera.

Toven se quedó mirándola desde el otro lado de la sala.

—Ah —dijo despacio—. Sí, supongo que lo sabía.

Briony lo miró con los ojos entrecerrados.

—Pero bueno, sí. Acepto tu disculpa y no volveremos a entrar en la mente del otro sin permiso.

Él asintió.

—Muy bien.

Cambiando el peso de una pierna a otra, Briony dijo:

—Dudo que Larissa esté preparada para camuflarse el viernes a no ser que esté concentrada al cien por cien esta semana. ¿Qué esperabas que me enseñara Larissa a mí para el viernes por la noche?

Él apartó los ojos de Briony y miró detrás de ella.

—Ya nos preocuparemos de eso después, ahora que han vetado el elixir de Canning.

Ella arqueó una ceja.

—Por favor, no me digas que pretendes enviarme a la guarida del león sin saber nada más que la última vez.

Él suspiró.

—¿Qué quieres saber?

Ella lanzó las manos al aire.

—¡Eres desesperante! Dices que necesito ayuda de Larissa, pero cuando te pregunto directamente para qué, no me dices nada.

—A lo mejor es incómodo que te diga...

—Toda esta situación es incómoda, Toven. Confía en mí, soy adulta —dijo ella—. He visto muchos ejemplos de comportamientos de latientes en Biltmore. Simplemente, dime si tengo que ser más como Cecily Weape o más como Phoebe.

Toven se pasó una mano por el pelo.

—No es tan sencillo...

—Pues dime qué es tan complicado...

—Tienes que acostumbrarte, pero no acomodarte —dijo él, levantando la voz—. No puedes ser ni una zorra ni una víctima. Una zorra sería más deseable para ellos, pero una niñita tímida y llorona como Cecily solo llamará su atención de otra forma. —Caminó y se apartó de ella—. Si queremos dar la impresión de que te follo a menudo..., a diario, dos veces al día, lo que sea. —Movió las manos sobre el pelo de forma evasiva y se dio la vuelta para mirarla, y esta vez se acercó a ella—. Tenemos que conocer el cuerpo del otro.

Se detuvo frente a ella.

—Y tú... crees que Larissa es la que va a enseñarme ese conocimiento de tu cuerpo —respondió ella.

Él entornó los ojos, como diciendo «evidentemente».

Ella se llevó las manos a las caderas.

—¿Y cuánto tiempo has estado follándome, Toven?

Le brillaron los ojos y luego volvieron a ser grises.

—¿Qué?

—¿No deberías saberlo? —dijo ella—. La semana pasada, en la cena, tuviste mucha imaginación, desde luego. Sabías perfectamente cómo desmoronarme, cómo usar la lengua sobre mí. Así que ¿cada cuánto pasa? ¿A diario? ¿Dos veces al día? ¿Cuántas veces me follas para tu única satisfacción, y cuántas veces haces que me estremezca por ti?

Apretó la mandíbula y le lanzó una mirada.

—Verás —dijo ella, acercándose más a él hasta que tuvo que inclinar un poco la cabeza hacia atrás para mirarlo—. Tengo la sensación de que no soy la única que tiene que ordenar todos los detalles. Igual deberíamos trabajar en esto juntos.

Él resopló y ella sintió el aire en la cara.

—¿Y cómo pretendes que lo hagamos?

Ella se encogió de hombros.

—Dímelo tú. Pero, sinceramente, no sé cómo puede ayudar meter a tu exnovia en todo esto.

Él respiró profundamente, como si se estuviera preparando.

—Puede informarte de... cosas con las que tienes menos experiencia...

—¿Y por qué no me informas tú? —dijo ella, con más valentía de la que creía tener—. Vamos, Toven —continuó, provocándolo—. Dime con cuánta frecuencia me pongo de rodillas para ti, y con cuánta frecuencia lo haces tú por mí.

Toven le recorrió toda la cara con los ojos, con las pupilas cada vez más grandes, pero ella aún no había terminado.

—¿Con velas o a oscuras? —dijo, repitiendo cosas que les había escuchado decir a las doncellas—. ¿Te quitas los zapatos o...?

—¿De dónde sacas todas estas cosas? —susurró él, con el aliento cerca de su cara—. ¿Qué conversaciones inmorales has estado escuchando, Rosewood?

—¿Dices mi nombre cuando te corres? —preguntó ella, con la voz suave y el pecho tenso—. ¿Como hiciste anoche?

Su cara pareció congelarse en una mueca engreída. Ella sentía el calor de su cuerpo a centímetros del suyo. Respiraba por la nariz, como si estuviera rememorando la escena, y, de pronto, se hizo aún más alto, obligándola a inclinar más la cabeza hacia atrás.

—Por lo general —empezó a decir—, me gusta darte por la mañana. Te despierto metiéndome en tu cama. Creo que eres más maleable en ese momento.

Tenía la voz áspera y los ojos negros. Briony lo miró sin parpadear.

—Te pongo bocabajo, o me acurruco a tu lado y te obligo a que me poseas despacio, para que puedas fingir que soy tu amante. Siempre te corres por las mañanas.

Ella tragó, imaginando la escena que estaba describiendo. El corazón se le aceleró.

—Solo llevo el pantalón del pijama. Tú llevas un camisón de seda que se desliza por tus pechos. Si veo que tienes ropa interior debajo, no dejo que te corras.

Briony sintió cómo le retumbaban las palabras directamente en su interior. Tenía la voz firme y la miraba directamente a los ojos.

—Y a veces, por las tardes, voy a buscarte a la biblioteca —dijo él. Su voz adoptó una tonalidad musical—. Te recuerdo que eso está prohibido, pero dejo que te quedes a terminar el libro si te quitas el vestido.

Su mente fue al momento en el que Canning y Liam estuvieron allí, cuando le tiró encima el *whisky*. Pero sus palabras estaban dibujando una imagen diferente.

—Te doblo encima de una mesa, o de una silla, o simplemente te empujo contra la ventana que da al estanque, y te dejo que sigas leyendo mientras entro dentro ti. Me aseguro de que termines el capítulo que estás leyendo antes de correrme en tu interior. Luego te doy un azote en el culo y te digo que eres una buena chica. Recoges el vestido y te vas.

A Briony se le retorcía el estómago con sensaciones que solo había experimentado pocas veces. Normalmente, relacionadas con

este hombre. Se concentró en sus ojos, y se dejó llevar por las imágenes y las sensaciones.

—Pero por la noche —dijo él. Apareció una sonrisa retorcida en sus labios—. Por las noches es cuando me paso horas besándote entre las piernas. Da igual lo mal que te hayas portado durante el día, hago que te corras con mi lengua tres o cuatro veces. Y, cuando acabo, me tumbo en mi cama y miro cómo mi polla se hunde en tu boca. Y sí. Cuando me corro, digo tu nombre. Y te encanta.

Briony se estremeció y sabía que él lo había visto. Sintió que se le erizaban los pezones y se le entrecortaba la respiración en la garganta.

¿Era posible que él tuviera estos pensamientos? ¿Estaba describiéndole algo más que una escena imaginaria? ¿Un deseo?

Él agachó la cabeza y ella pensó que la iba a besar. Y pensó que se lo permitiría.

—¿Ya tienes las cosas lo suficientemente claras, Rosewood? —susurró, respirando el mismo aire que ella.

Ella no sabía qué aspecto tenía su cara, qué emociones le estaba mostrando. No tenía ningún escudo para protegerse de la seducción de Toven Hearst.

—Como el agua —dijo ella, con la garganta apretada y la piel de gallina.

Entonces dio un paso atrás y pasó por su lado para ir hacia la puerta con las piernas temblorosas.

Capítulo 34



Larissa empezó a hacer progresos rápido. Para el lunes por la tarde, ya podía ponerse el pelo marrón, aunque solo durante dos minutos cada vez.

Practicaba cuando no estaba con Briony. Parecía que cualquiera que fuera su motivación para entrar en Biltmore era bastante fuerte.

Toven no fue a la clase del domingo, pero al entrar en el salón el lunes para ver a Larissa con el pelo castaño, se quedó quieto.

—¡Mira! —dijo Larissa, y se dio la vuelta para que él la viera, pero al hacerlo perdió el hilo y el pelo volvió a su rubio natural—. Ah, mierda.

Toven se metió las manos en los bolsillos y se acercó a ellas mientras Larissa cerraba los ojos e intentaba volver a encontrar la concentración que necesitaba.

—Es impresionante, aunque todavía te quede trabajo por hacer —dijo él con un tono de voz suave.

—Calla —dijo Larissa, apretando los ojos con fuerza.

Briony miró a Toven, y tomó nota de que no apartaba la mirada de Larissa mientras estaban todos allí en silencio.

Lentamente, el pelo de Larissa empezó a adquirir un tono marrón por las raíces. Con la cara todavía apretada, dijo:

—¿Lo estoy haciendo?

—Un poco.

Larissa resopló y sacudió los brazos, perdiendo de nuevo la concentración.

Toven carraspeó.

—Mi madre quiere que cenemos juntos esta noche.

A Briony se le abrió la boca. Qué cena más divertida.

Larissa puso una expresión recelosa durante un momento.

—No puedo —dijo—. Tengo que practicar mucho esta noche.

Briony levantó las cejas. No se imaginaba estar en casa de alguien y rechazar una invitación para cenar.

—Me temo que no es opcional —dijo Toven mirándose los zapatos.

Larissa miró a Toven mordiéndose un labio, algo que Briony nunca la había visto hacer en la escuela. Sacudió la cabeza y refunfuñó:

—¿A qué hora?

—A las seis.

Larissa asintió y Toven se marchó sin esperar la respuesta de Briony.

Briony se cruzó de brazos cuando Larissa volvió a dejarse caer en el sillón.

—¿No te gusta la compañía de Serena?

Larissa resopló.

—Es más bien al contrario. —Se pasó el pulgar por los labios, con la mente en otra parte—. Me pasé años intentando conseguir su aprobación. Estoy segura de que has visto cómo es. Compartir una

cena con ella es simplemente una oportunidad más para ponerme a prueba y despacharme. Ya verás.

Más tarde, Larissa utilizó la cena como sesión de práctica, y se empeñó en ocultar un lunar en la mejilla durante toda la velada.

Briony se sentó junto a Larissa y frente a Toven. El sitio de Orion, frente a Serena, no estaba preparado.

—Gracias por invitarnos a cenar, señora Hearst —dijo Larissa con el tono de voz que utilizaba con los profesores—. Hace mucho tiempo que no disfruto de la comida de su cocina.

Serena curvó los labios en una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—Sí. Me ha parecido que ya era el momento de compartir una comida con todos los que viven en mi casa.

Briony se estaba colocando la servilleta en el regazo, pero se detuvo para mirar a Toven y luego a su madre. Toven tenía los labios apretados.

—Larissa solo va a estar una semana, a lo mejor un poco más. Tiene que invertir tiempo en aprender herramientas muy valiosas con la señorita Rosewood.

—Ah —dijo Serena, levantando la copa de vino—. Entiendo que ese es el motivo por el que en la mejilla de la señorita Gains no para de aparecer y desaparecer un lunar.

Larissa se quedó pálida y luego se ruborizó.

—Así es, señora Hearst.

—Si no recuerdo mal, siempre has estado muy interesada por la cosmética —dijo Serena—. ¿Necesitas más cambios de apariencia?

Briony parpadeó. Era muy extraño que Larissa la llamara señora Hearst cuando a Briony le había permitido llamarla Serena.

—Todo es necesario, madre —dijo Toven recolocándose la servilleta—. Te lo prometo.

Briony carraspeó.

—Gracias por invitarnos a cenar, señora Hearst —dijo Briony cogiendo el tenedor.

—Te dije que me llamaras Serena, Briony.

Briony hizo una pausa y sintió que se le sonrojaba todo el cuerpo de vergüenza. Larissa estaba inmóvil como una piedra a su lado.

Durante el resto de la cena, Briony intentó entablar conversación mientras Serena ignoraba a Larissa, Toven ignoraba a Briony y Larissa se contraía, ignorando a todo el mundo.

—Vamos a intentarlo otra vez —dijo Larissa, bebiéndose el té de un trago.

Era viernes por la mañana y ya podía ponerse los ojos verdes durante veinte minutos. Era realmente impresionante, pero, por desgracia, no era suficiente. Tenía que transformarse por completo en otra persona durante mucho más tiempo.

Sin embargo, Larissa aún no había aceptado que no iría a la fiesta de Biltmore aquella noche.

Se daba tortazos a sí misma para espabilarse, ya que en la última sesión casi se desmaya por el agotamiento.

—Larissa —empezó a decir Briony.

—No. Otra vez.

Briony la miró.

—Puedes intentarlo todo lo que quieras hoy. No va a cambiar el hecho de que no estás preparada para esta noche.

Larissa entrecerró los ojos.

—No me digas qué puedo o no puedo hacer, Rosewood.

—Eso es justamente lo que puede decirte —dijo una voz desde el vano de la puerta. Las dos mujeres se dieron la vuelta y se encontraron a Toven observándolas en silencio.

—Toven...

—No vas a ir esta noche, Larissa —dijo él con delicadeza—. El viernes que viene estarás aún más preparada.

Briony vio un fuego arder tras los ojos de Larissa mientras apretaba los labios en una fina línea.

—Finn se inventará una excusa por la que no puede ir y ambos apareceréis la semana que viene —dijo Toven.

Larissa se levantó con la rabieta de una niña pequeña y se fue hacia la puerta. Al pasar por su lado, Toven dijo:

—Y supongo que mantendrás tu parte del trato con Rosewood esta noche, ya que lleva seis días trabajando contigo.

Sus palabras quedaron sin respuesta mientras los pesados pasos de Larissa se alejaban cada vez más.

Toven se excusó sin mirar a Briony.

Más tarde, Briony estaba saliendo de la bañera y envolviéndose en su albornoz cuando Larissa entró en su habitación.

Briony la miró desde la puerta del baño y dijo:

—¿No sabes llamar a la puerta?

Larissa le hizo un gesto con la mano y se fue directa al tocador para abrir la bolsa que había traído con ella. Empezó a sacar brochas y polvos.

Briony parpadeó al recordar lo que había dicho la semana pasada: «Varias fuentes me han informado de que armaste una buena en Biltmore. Estabas hecha un desastre».

Con una respiración profunda, Briony preguntó:

—¿Has venido a ponerme guapa?

Larissa sonrió con condescendencia.

—Por supuesto. Estar guapa es mi único talento —dijo, como si estuviera repitiendo las palabras de otra persona. Dio unos

golpecitos en el asiento del tocador y le indicó a Briony que se sentara.

Briony no sabía si podía estar en desacuerdo con Larissa o no. Siguió sus instrucciones y se sentó.

Mientras Larissa empezaba a organizar todos los polvos y pintalabios, Briony le frunció el ceño en el espejo.

—No a todas las chicas les gusta emperifollarse e ir de punta en blanco.

Larissa arrastró la silla para mirarla con una fuerza sorprendente.

—No todas las chicas valen sesenta y cinco mil monedas de oro —replicó, y miró a Briony a los ojos, que se quedó paralizada al ver que Larissa había averiguado cuánto había pagado Toven por ella—. No todas las chicas van del brazo del heredero más rico de la línea de sucesión. Confía en mí cuando te digo que el papel lo tienes que interpretar también con la apariencia. Si no puedes sostener la mentira, Rosewood —dijo Larissa, afilando las palabras—, pondrás en peligro a toda la familia Hearst.

Briony apretó los labios.

—Soy muy consciente de ello, gracias.

Larissa se incorporó con una sonrisa luminosa en la cara.

—Perfecto. —Le puso un bote de algo a Briony en las manos—. Ahora, hidrátate.

Esparciéndose la crema por la piel, Briony miró de reojo el antebrazo izquierdo de Larissa. Tenía la piel manchada y blanquecina por el ácido que había usado Finn. Entonces cayó en la cuenta de que ahora tenía acceso a alguien que podía darle información sobre los tatuajes.

—¿Te dolió? —preguntó tranquilamente.

—No seas idiota, Rosewood. Me escuchaste gritar. Venga, pregúntame lo que quieres preguntarme en realidad.

Larissa se acercó a ella con una brocha grande y cubrió el rubor vergonzoso de Briony con una pasta beige.

—¿Qué sabes de los tatuajes? —preguntó Briony una vez que le apartó la brocha de la boca.

—Absolutamente nada. —Larissa volvió a mojar la brocha—. Solo sé que puedo moverme como me dé la gana.

—Porque estás muerta.

Larissa torció los labios.

—Bueno, sí. Eso suele ayudar.

—Yo me desperté con el tatuaje ya en el brazo. ¿Recuerdas algo del hechizo que usaron?

—No recuerdo ningún hechizo —contestó Larissa—. Solo el elixir.

A Briony se le erizó la piel y todos los vellos se le pusieron de punta.

—¿Qué tipo de elixir?

—¡Piedras, Rosewood! Cuando me permitieron analizarlo, mis descubrimientos resultaron inconclusos...

—¿Te bebiste el elixir? —Briony la agarró por la muñeca y la obligó a apartar la brocha—. ¿Estás segura?

Larissa frunció el ceño.

—Estoy segura. Recuerdo que me abrieron la boca.

A Briony le daba vueltas la cabeza. Pensaba que el tatuaje era un hechizo que lanzaban sobre la persona, un encantamiento externo. ¿Le dieron un elixir a Briony mientras estaba inconsciente?

Los elixires tenían antídoto. Se guardó esta nueva información para estudiarla más adelante en la biblioteca Hearst.

Briony dejó que Larissa continuara en silencio, dándole golpecitos en la cara y esparciéndole polvos por las mejillas. Desde que su padre murió, ella no se había preocupado por nada de esto. Si había algún evento de palacio, contrataban a un equipo para peinarla y

maquillarla, pero eso era lo único que sabía a parte de dónde aplicar el pintalabios. Larissa, sin embargo, ya tenía una cara perfecta y contorneada cuando empezaron la escuela a los dieciséis años. La única vez que Briony la había visto sin maquillar fue cuando estuvieron las dos en la mazmorra.

—En la mazmorra de Trow me dijiste que tenías envidia de mí. —Briony tenía la voz suave, como si estuviera hablando con un gato asustadizo.

Larissa no levantó la mirada de la paleta.

—Dijiste que tenías envidia de «cómo sería mi vida» —dijo Briony —. ¿A qué te referías?

Larissa se rio, un ladrido de alegría que hizo que Briony diera un salto en la silla. Larissa gesticuló a su alrededor con la brocha en la mano.

—Ya sabías que Toven iba a comprarme —dijo Briony.

Larissa golpeó otra brocha en unos polvos y asintió con un murmullo.

Briony respiró profundamente con el corazón acelerado.

—¿Y sabes por qué?

Larissa se giró hacia ella y se le movió suavemente el cabello. Miró fijamente a Briony y luego entrecerró los ojos como una depredadora.

—Sí —dijo Larissa con los labios torcidos—. Cierra los ojos, Rosewood.

Briony abrió la boca para protestar, pero Larissa ya se estaba acercando a ella con la brocha. Briony cerró los ojos y resopló, asumiendo su derrota.

Se quedó en silencio y muy quieta mientras Larissa terminaba de aplicarle la sombra de ojos. Después, sintió que Larissa le retorcía los dedos en el pelo, dejando que la magia impregnara los rizos,

apretándolos y amansándolos. Cuando por fin terminó, Larissa cogió el respaldo de la silla y la giró hacia el espejo para que se mirara.

Briony era una sombra. Un fragmento de la imaginación de alguien. Le brillaban los pómulos y tenía los ojos enormes. Las cejas definidas y la mandíbula afilada, como Larissa. Los bucles le bailaban alrededor de la cara como la melena de un león.

—No te gusta nada, ya lo sé —dijo Larissa, mientras recogía todas sus cosas con un movimiento de los dedos—. Pero tendrás que aguantarte.

Larissa empezó a limpiar los polvos y las brochas, y Briony sintió que las manecillas del reloj se acercaban cada vez más a las diez.

—¿Hay algo más que tenga que saber? —preguntó Briony con el estómago lleno de nudos.

—Cuando vuelvas, quítate todo esto y lávate bien la cara —murmuró Larissa.

—No, me refiero... —Briony dudó—. ¿Algo sobre cómo comportarme?

Larissa la miró a los ojos en el espejo y reprimió una sonrisa.

—¿Qué quieres saber?

Briony la observó mientras recogía la encimera.

—¿Qué le gusta a Toven?

Larissa se rio.

—A ver, hacer lo que le gusta a Toven y hacer lo que queda bien en Biltmore son dos cosas diferentes.

Briony frunció el ceño.

—¿Te refieres a que a Toven no le gusta el afecto convencional?

—No, no. Es solo que... —Larissa sonrió—. Nada, que hacer lo que a él le gusta mientras estás interpretando un papel es un poco peliagudo, ¿no te parece?

Briony no la entendía. ¿Peliagudo por qué?

Larissa sacudió la cabeza y dijo:

—Bueno, mira, ¿por qué no?

Se agachó sobre la silla de Briony y le pasó los dedos por las densas ondas del pelo. Briony pensó de inmediato en la mujer de la noche de la que Larissa le había hablado.

—A Toven le gusta que le toquen con suavidad por la nuca. —Larissa hizo una demostración y pasó los dedos por la nuca de Briony. Le dio tirones suaves en el pelo de la base del cráneo.

A Briony le pareció agradable, pero no era algo que la excitara.

—Sobre todo con los dedos fríos —dijo Larissa, y apartó la mano.

—Siempre tengo los dedos fríos —bromeó Briony.

Larissa soltó una carcajada.

—Ya —dijo con una sonrisa cómplice—. ¿En serio sigues pasando frío en Bomard? ¿Después de tantos años?

Briony asintió.

Larissa se agachó para estar a su misma altura.

—Estamos en verano, por todas las piedras, Rosewood.

Briony se encogió de hombros.

Luego fueron a coger el vestido y los zapatos de Briony del armario. Larissa lanzó un hechizo a los zapatos para que fueran más cómodos y evitar que se le torciera un tobillo. Fue un cambio considerable.

—Que lo pases bien —dijo Larissa—. Mi objetivo es llegar al lunes habiendo completado una hora entera de transformación. —Se acercó a la puerta con un contoneo. Seguramente se fuera a pasar toda la noche estudiando.

—Descansa un poco, Larissa. No es conveniente desmayarte en las clases.

En el vano de la puerta, se dio la vuelta y sonrió.

—Rosewood, no me cojas cariño ahora. Me resultará mucho más difícil detestarte.

Desapareció, y la puerta hizo clic detrás de ella.

Esa noche, Briony llevaba un vestido de encaje negro con cuello bajo. Le quedaba ajustado y dejaba muy poco a la imaginación.

Con los zapatos puestos y un último vistazo al espejo, Briony salió de su habitación. Ya se había acostumbrado a los zapatos al llegar a la escalera, pero al ver a Toven observándola desde abajo casi vuelve a tambalearse. Sus ojos pasaron de su cara al vestido y a las piernas, hasta que apartó la mirada hacia el mármol.

Era la primera vez que la miraba directamente desde el sábado, cuando le describió con todo lujo de detalles todas las formas en las que la poseía cada día. Se negó a mirarla en la cena con su madre. A Briony se le aceleró el corazón y se le puso la piel de gallina.

El sonido de los tacones resonaba al bajar las escaleras y escuchó cada paso incómoda, hasta que llegó al final.

Él no invocó de inmediato el portal, así que ella preguntó:

—¿La entrada es siempre la misma? ¿Por la puerta principal?

Pasó un momento hasta que Toven asintió, casi como si hubiera salido de un trance.

—Sí. —Carraspeó y la sorprendió al decirle—: Esta noche la cena va a ser bastante más tranquila.

Se hizo un corte en el dedo e invocó el portal. Briony hizo una pausa y esperó a que él le ofreciera su brazo.

—El presidente de Camly del Sur no apoya a Mallow, ¿verdad? —preguntó ella—. Por eso han raptado a Juliana y la han convertido en latiente. Para convencerlo de que cambie de opinión.

—Algo así, sí —dijo él.

La agarró por el codo y tiró de ella por un vacío hasta el sendero fuera de Biltmore.

Durante todo el paseo hasta la puerta del palacio, Briony aprovechó para calmar su mente, que la brisa enfriara sus emociones y que el sonido de sus pasos le confirmara que aquello realmente iba a volver a pasar.

Los lobos aullaron, los guardias apretaron los labios y todos los bomardi congregados en el patio silbaron. Ella los ignoró, sin escuchar apenas las mofas mientras se concentraba en un lago de aguas tranquilas.

Toven estaba fingiendo estar bastante relajado. La primera vez que entraron en Biltmore, él estuvo acelerado y ansioso. Esta vez, calló a la gente con risas, se paró a charlar con alguien en las escaleras y se burló de una persona que tosió después de darle una calada a un puro. Pero cuando los espectadores desaparecieron y se quedaron los dos solos, le cambió por completo la expresión y se le vaciaron los ojos.

La llevó por las puertas del gran salón, y a Briony se le entrecortó la respiración al ver a Ilana girándose hacia ellos con una bandeja de champán.

—Amo Hearst —le dijo con una sonrisa coqueta—. Buenas noches. El ministro Bagis ha vuelto.

Ilana le fue a enseñar una lista de invitados, pero Toven la rechazó. Luego, Ilana miró brevemente a Briony a los ojos antes de ofrecerle una copa de champán.

—Señorita Rosewood, bienvenida.

Briony cogió esta vez su copa con la intención de llamar la atención de Ilana, pero ya estaba abriendo la cortina e indicándoles que entraran en el salón.

La música y la conversación la golpearon como un muro, removiendo los recuerdos de hacía dos semanas. El terror la inundó durante un instante, hasta que sintió la mano de Toven en su espalda, cálida y firme.

Él se paró a charlar con varias personas mientras daban sorbos al champán. Esa vez, Briony intentó clasificar a los invitados y las conversaciones más meticulosamente. Dos semanas atrás, se concentró mucho más en las mujeres. Ahora, necesitaba escuchar las bromas susurradas y las pistas no verbales.

Toven saludó a Carvin, que no iba con Phoebe agarrada de su brazo. Briony la buscó con la mirada lo más discreta posible, pero no tuvo suerte.

—Toven. —Una voz babosa lo llamó desde detrás. Se dieron la vuelta y vieron a Caspar Quill, el padre de Liam, acercándose con el apoyo del bastón. A su lado había un señor orondo—. Justo le estaba comentando al ministro Bagis de Starksen las protecciones de nuestras latientes.

Toven les dio un apretón de manos y Briony por fin le puso cara al ministro Bagis. Era uno de los líderes del Gobierno de Starksen y había ignorado convenientemente las cartas que ella le había enviado pidiéndole su apoyo urgente mientras Mallow avanzaba sobre el ejército de Rory. Era corpulento, tenía los ojos llorosos y la piel con manchas rosas.

Quill continuó, salpicando un poco de champán mientras hablaba.

—Te lo aseguro, nuestras protecciones no tienen comparación. ¿Estos tatuajes? Son inquebrantables.

Briony sintió un cosquilleo detrás de las orejas.

—Ah —dijo Toven—, entonces estos tatuajes son inquebrantables, pero ¿las fronteras no lo son? —Le brillaron los ojos con crueldad al observar cómo recibía Quill el insulto.

—Precisamente —gruñó Quill—. La magia es impenetrable. Hemos ido más allá que nadie en la historia para asegurar a nuestros latientes. —Quill hizo un gesto señalando toda la habitación y derramó el champán de su copa—. Ni los antiguos Dawards, los clanes de Starksen. Ni siquiera los Durling consiguieron el éxito que tenemos nosotros.

Estaba llamando la atención. Varias cabezas de los alrededores se giraron para ver de dónde venía el revuelo.

Y entonces lo entendió. Quill había inventado los tatuajes.

Briony agachó la mirada y ató cabos rápidamente.

Los Durling.

Ya había visto ese nombre en otra parte. No sabía dónde, pero había aparecido en alguna lectura.

—Cuánta razón tienes, Caspar —dijo Toven—. Y espero que la biblioteca de mi padre fuera de utilidad para ayudarte a asegurar la frontera de los portales. Estamos encantados de ayudarte a encontrar la dirección correcta, si es que vuelves a perderte otra vez.

Briony levantó las cejas antes de que le diera tiempo a calmar la expresión.

—Si nos permites, tenemos que irnos.

Toven apretó los dedos con fuerza en su cintura, haciéndola tambalearse un poco antes de dar un paso atrás y seguirlo hacia las escaleras.

Estaba estrujándose tanto la cabeza intentando recordar quiénes eran los Durling que casi se le olvidó que se dirigía a la boca de otro lobo.

—No te irás ya, ¿verdad, Hearst? —Una voz áspera sonó a su derecha—. Ni siquiera he tenido tiempo de saludarte.

Toven se quedó inmóvil. Briony tenía el pecho agitado, con los vellos de punta por el recuerdo de unos ojos sobre su cuerpo

desnudo y una mano entre sus piernas, mientras una voz ronca le susurraba guarradas al oído.

Un hombre alto con la nariz tan torcida como su sonrisa se interpuso en su camino, y Briony se encontró cara a cara con Lag Reighven por primera vez desde que la había comprado en la subasta.

Capítulo 35



Toven le apretó el brazo alrededor de la cintura y Briony tuvo que respirar conscientemente.

—Lag —saludó Toven con una voz forzada—. ¿Ya has vuelto de Camly del Sur?

—Hoy mismo. —Se le fueron los ojos al pecho de Briony, su cintura, sus piernas—. Me comentaron que la habías dejado salir de su jaula. Tenía que comprobarlo por mí mismo.

Notaba palpitaciones en la sangre, pero se concentró en mantener la cabeza alta y mirarlo a los ojos.

—Y ya lo has visto —respondió Toven cortés—. Si nos permites...

—Y tampoco la compartes, por lo que me han comentado —dijo Reighven, moviéndose sutilmente a la izquierda y bloqueando el estrecho pasillo—. Una pena. —Dio un paso adelante con la cabeza inclinada. No había apartado los ojos de ella ni una vez—. Conmigo, te habrías vuelto a sentir la princesa de Biltmore. El premio más grande jamás entregado, bien pulido.

Sintió un escalofrío por los hombros, pero no movió ni un músculo. Toven se colocó enfrente de ella.

—Creo que al final ella salió ganando, Lag —dijo Toven, y Briony escuchó la sonrisa burlona en su tono de voz, como una evocación a los años de escuela.

Reighven lo miró con desdén y se acercó a él, hasta estar a pocos centímetros de su cara.

—Tu papi no está aquí, Hearst. Yo que tú cuidaría lo que me dices.

—Ah, es que no tengo nada en absoluto que decirte. Tenemos un acuerdo vinculante —dijo Toven en voz baja—. Ahora, si no te importa, te agradecería que te alejaras de mí y de mi latiente. No pienso repetirlo.

—La has tenido encerrada demasiado tiempo. Ten cuidado —le advirtió Reighven—. O puede que alguien averigüe cómo forzar la cerradura.

Toven tenía el brazo izquierdo por detrás y le apretaba la muñeca con tanta fuerza que estaba segura de que le dejaría un moratón, pero soltó una risa falsa y le dio una palmada a Reighven en el brazo.

—Me alegro de verte, Lag. Le daré recuerdos a mi padre de tu parte.

Toven tiró de ella y rodeó a Reighven por la derecha dándole un empujón en el hombro. Briony no miró atrás y se concentró únicamente en poner un pie delante del otro.

Intentó encontrar el lago de aguas tranquilas en su mente, pero encontrarse con Reighven de nuevo la había agitado. Una vez que llegaron arriba, se agarró a Toven y le pidió que pararan un momento sin decir ni una palabra.

Toven miró la arcada de arriba abajo mientras Briony respiraba hondo.

Ella asintió y continuaron.

Toven la llevó a la habitación donde habían cenado hacía dos semanas. El mismo guardia bomardi estaba de pie en el quicio de la puerta y comprobó que Toven tenía el anillo para entrar.

Unas risas escandalosas y unos gritos le atacaron los oídos y, cuando entraron, la habitación estalló en vítores y todos se pusieron de pie fingiendo caballería.

Toven la guio hasta la cabeza de la mesa y Briony tomó su posición detrás de la silla de Toven. Vio a Cecily detrás de Collin, a Octavia detrás de Lorne y a Jellica detrás de Canning. Cuando la chica con el pelo rubio fresa ocupó su puesto detrás de Liam mientras él se sentaba, Briony se dio cuenta de que la silla a la izquierda de Toven estaba vacía.

Finn no estaba allí, como Toven había planeado. Se preguntó cuál había sido la excusa.

En cuanto todos los hombres estuvieron sentados, las mujeres se acercaron hacia las botellas de vino. Briony las imitó, estirando el brazo por encima del hombro de Toven y sirviendo el vino en la copa.

Repitieron el brindis: «¡Por el ama Mallow! ¡Que su reino sea eterno!», y Briony observó a los siete hombres beber con ansia en honor de Mallow. En la mesa había menos comida que hacía dos semanas. No había cerdo asado ni acompañamientos decadentes. Mientras los hombres volvían a entablar conversación, la chica de cabello rubio fresa y otras dos mujeres más empezaron a moverse de un lado a otro con bandejas, sirviendo entrantes ligeros y queso.

Sin cena de por medio, las primeras mujeres no tardaron en caer sobre los regazos de sus parejas. Una chica con el collar plateado se rio disimuladamente al tirarse encima de Kleve sin ninguna queja. Como si hubiera estado esperando toda la noche a que le hiciera la

señal, Collin se llevó a Cecily a su falda, agarrándola por la barriga y la cara, y aspirando con fuerza el olor de su cuello mientras ella hacía una mueca.

Briony estaba escuchando las conversaciones y observando con atención a los hombres, por lo que vio el momento justo en el que Canning sacó una cajita pequeña de su túnica.

—¡¿Qué me decís, caballeros?! —gritó por encima del ruido—. ¿Perdemos algo de oro esta noche?

Los jóvenes se rieron y abuchearon, y bromearon sobre quién había perdido la última vez. Canning abrió la caja y sacó una baraja de cartas y tres dados. Empezó a barajar las cartas mientras algunos hombres gruñían sobre tener agujeros en los bolsillos, y otros se frotaban las manos ansiosos.

Briony había visto a los guardias de Biltmore jugar a este juego una vez. Aceptaron enseñar a Rory, pero no les gustó la idea de que la princesa jugara a las cartas con ellos. Lo poco que había entendido era que se parecía al póker, pero sin cartas numeradas.

Lorne empezó a dividir las fichas y las cartas se deslizaban por la mesa con un empujón mágico mientras Canning las repartía. Briony levantó la mirada y cayó en la cuenta de que más de la mitad de las mujeres estaban ocupadas con otra cosa. Algunas estaban sentadas en los regazos o abrazadas sobre los hombros de sus citas. La otra mitad rellenaba los vasos y ofrecía aperitivos. Briony era la única que seguía de pie y prestando atención.

Dio un paso adelante mientras Toven recogía sus cartas. Con el decantador de vino, rellenó su copa casi hasta arriba para parecer ocupada, le reordenó las cartas y le pasó los dedos por la nuca, casi por la base del cráneo, como Larissa le había enseñado.

—¿Tienes una buena mano? —murmuró, haciendo todo lo posible por imitar el ronroneo de Larissa.

Él se quedó muy quieto.

—Excelente —dijo desviando la mirada con seguridad para mirar a Canning a los ojos.

Canning sonrió, luego la miró a ella.

—¿Qué tal esos tacones esta noche, Rosewood? —Le recorrió todo el cuerpo con la mirada—. Si necesitas sentarte, mi regazo está siempre disponible.

Antes de poder idear una respuesta, Toven le colocó la mano en la cadera y la empujó hacia abajo sin levantar la mirada de las cartas. Todos los hombres se rieron.

Ella se sentó encima de las piernas de Toven, con el seno derecho presionado contra su pecho. El vestido era tan corto y ajustado que se tuvo que mover mucho para conseguir cruzar las piernas mientras se agarraba al hombro de Toven, que no la ayudó en ningún momento.

Lorne fue el primero en tirar los dados y sonrió al ver el resultado. Los símbolos de las caras eran diferentes a los de los dados con los que jugaban los guardias, así que dejó de intentar recordar la poca información que tenía. Canning pidió apuestas.

—Vamos a hacerlo bien esta vez, caballeros. —Asintió a Kleve—. Tú primero.

—Yo tengo los nombres de dos desertores.

Canning puso los ojos en blanco.

—Eso es increíblemente aburrido, Kleve.

—Bueno, pues eso es lo que tengo —gruñó Kleve.

—Piensa en algo mejor, entonces. No voy a arriesgar la información que tengo por algo que me podría contar mi abuela.

Miró a Lorne, que carraspeó.

—Yo tengo noticias de Starksen.

—Eso me gusta más —dijo Canning—. Lo subo a un avistamiento de Punt.

Briony tenía la boca seca y resistió la necesidad de inclinarse hacia delante. Estaban intercambiando secretos en lugar de oro, temas sensibles sobre la guerra, el mundo exterior.

Se arriesgó a echar un vistazo a su alrededor y se encontró a la chica rubia mirando a los ojos a otra chica de Barlowe. Luego apartó rápidamente la mirada y cogió un trozo de queso del plato de Liam.

—Interesante, Canning. ¿Quién es tu fuente? —dijo Toven.

—Para enterarte tendrás que ganarme esta mano, ¿no crees?

—¿Collin? —preguntó Lorne—. ¿Tienes algo?

Pero Collin estaba olfateando el cuello de Cecily, sin muchas ganas de participar.

—Yo tengo novedades sobre la dragona de Mallow. La vieron cerca de las montañas Tampet ayer —dijo el hombre que Briony no conocía.

Toven resopló.

—¿Y qué puede tener de interesante la ubicación de la dragona de Mallow?

—Tendrás que ganarme para averiguarlo.

—¿Toven? —preguntó Canning—. ¿Vas?

Briony sintió cómo todos los pares de ojos se giraban hacia ellos. Miró las cartas de Toven, pero no sabía si lo que tenía era suficiente para ganar. Sacó una carta del medio y la recolocó al final.

—Voy. —Inclinó la cabeza, y Briony sintió un cosquilleo en el cuello —. ¿A alguien le interesa saber quién cruzó la frontera en Javis el mes pasado?

Una descarga de interés recorrió toda la mesa. Canning levantó una ceja; Lorne se inclinó hacia delante. Alguien soltó su copa con el tintineo del cristal. Liam, sin embargo, se tensó.

—Eso está clasificado —dijo Liam a la izquierda de ellos—. No puedes dar ese tipo de información.

—No voy a darla —afirmó Toven arrastrando las palabras—. Simplemente quiero ganar la partida, muchas gracias. —Le dio un sorbo a la copa de vino—. ¿Y tú, Liam? ¿Tienes algo de valor?

Liam se irguió en la silla y se apartó los brazos de la chica rubia de los hombros.

—Puedo deciros qué importante oficial del gobierno planea visitar Biltmore el mes que viene —dijo.

—Tremelo ya ha dicho que volvería...

—No —soltó Liam, con desdén por la interrupción—. No es Tremelo.

Se hizo una pausa.

—Vale, te has ganado mi interés —dijo Canning con una sonrisa—. ¿Jugamos, muchachos?

Canning le susurró algo a Jellica al oído y, un poco a regañadientes, Jellica se inclinó hacia delante y eligió una carta del montón frente a él.

—El palo más alto es... —Canning dio la vuelta a la carta que había elegido Jellica y se le dibujó una sonrisa en la cara—. Rosas.

Los hombres se rieron mientras Canning dejaba la carta sobre la mesa. Tenía una rosa decorada en el centro.

—El comodín es... —Canning cogió otra carta que tenía Jellica en la mano y soltó una carcajada—. La rosa encadenada. —Le brillaron los ojos al mirar a Toven y a Briony—. Es simplemente perfecto.

Toven estaba rígido como una piedra mientras los demás se reían y bromeaban con no apostar contra Toven en esta ronda. «¡Tiene todas las de ganar!».

Briony casi no entendía el juego, pero sí las insinuaciones.

La partida comenzó. Briony observó cómo se intercambiaban las cartas, cómo rodaban los dados, los rápidos movimientos de los hombres mientras reían y bebían. No conseguía entender cómo se jugaba, pero estaba bastante más pendiente de la conversación. Uno a uno, los hombres que perdían iban derramando sus secretos y, después, su oro. Para cuando quedaban las últimas botellas de vino, solo Toven, Canning y Liam habían conseguido mantener sus secretos.

Las noticias de Lorne sobre Starksen, que Mallow había perdido varios cientos de nuevos reclutas en la batalla, ayudaron a que Briony uniera las piezas y averiguara que, pese a que el ministro Bagis estuviera presente esta noche, no todos los Starksen apoyaban a Mallow.

Al cabo de otras dos rondas, se enteró del nombre de un sospechoso traidor del ejército del general Tremelo.

Canning finalmente perdió su mano con una ronda de abucheos.

—De acuerdo —dijo, removiendo el vino en su copa—. La zorra esa que perdió un brazo... ¿cómo se llama?

—Velicity Punt —dijo Jellica delicadamente, y se ruborizó con la mirada agachada.

Canning pareció entretenido más que otra cosa.

—Eso, gracias, Jellica —dijo con condescendencia—. La semana pasada vieron a Velicity Punt en el norte, en una botica cerrada.

A Briony se le disparó la mente en todas direcciones. Ahora que sabía que los tatuajes se creaban con un elixir, era posible que Velicity, como una de las únicas fugitivas, estuviera determinada a encontrar los ingredientes para un antídoto. Pero podría significar cualquier cosa. Si Velicity estaba a la fuga con Sammy, como había leído en el periódico, necesitarían muchas provisiones.

Liam cayó después, pero no pareció extremadamente incómodo al anunciar que Biltmore recibiría al resto del gabinete del ministro Bagis.

Toven no perdió, por lo que mantuvo el secreto de quién se había escapado en Javis. Briony ignoró el enfado que sentía porque no se lo hubiera contado antes. Ya lo hablaría con él más adelante, ahora no era el momento.

Para el final de la siguiente ronda, Lorne, tras perder el oro y los secretos varias rondas antes, empezó a besar a Octavia en el cuello mientras escuchaba la partida, mirando solo de vez en cuando. Collin hacía algo similar, aunque parecía que pasaba completamente del juego y estaba únicamente centrado en besar en la boca a Cecily.

Le tocaba a Kleve lanzar el dado. La chica de Barlowe, sentada encima de él, se rio cuando él le ofreció el taco de cartas.

Briony apartó la mirada mientras Liam gritaba los resultados del dado. Jugaron la primera mano, intercambiando fichas y cartas. Y, cuando llegó el momento de apostar la información, Liam ofreció el nombre de otra persona que planeaba visitar Biltmore el mes siguiente.

—No pierdas el tiempo con eso —dijo Toven—. Quiero saber a quién investigaste para tu padre en mi biblioteca. —Liam abrió la boca—. Y no me cuentes mierdas de la frontera de portales —continuó Toven, sin darle tiempo a rechistar—. Te vi merodear por otras secciones.

La mesa se quedó en silencio. Liam se ruborizó al ser el centro de atención de una forma que no le estaba gustando nada.

—Yo veo esa apuesta —dijo Canning con un brillo en los ojos—. Sobre todo porque Liam está acojonado.

La mesa se rio. La chica con el cabello rubio fresa arrulló algo al oído de Liam y le frotó los hombros cuando frunció el ceño. A Briony

se le aceleró el pulso, alimentando la intriga, y agachó la mirada rápidamente para esconder su ansia.

Liam tamborileó con los dedos en la mesa.

—Solo voy si Toven nos dice dónde ha estado papi Hearst.

Las costillas de Toven se expandieron contra las suyas y se le levantó la comisura de los labios. Hizo un numerito perfecto al mirar sus cartas y sopesar sus opciones.

—¿Qué opinas, Rosewood? —dijo Toven—. ¿Crees que tengo buenas cartas?

Ella parpadeó mirando las cartas, sin saber muy bien cómo responder, pero consciente de que daba igual. Toven estaba simplemente haciendo tiempo. Ella le pasó los dedos sobre el fino pelo de la nuca, justo por encima de donde una vez le cosió una herida, y él se estremeció.

Briony sacó una carta del centro de la mano de Toven y la recolocó al final. Se inclinó más a él y susurró para que todos se enteraran:

—Creo que Liam está a punto de escupirlo todo.

Los hombres estallaron en una carcajada extremadamente exagerada. Su comentario no había sido demasiado ingenioso, pero quizá lo que les había divertido era que lo hubiera dicho ella. Que ella les estuviera siguiendo el juego.

—¡Que empiece el juego! —gritó Canning por encima del escándalo—. Empezaba a sospechar que no ibas a mojarte nunca, Rosewood.

Liam ganó la ronda y pudo guardarse un poco más sus secretos. Toven extendió las cartas sobre la mesa y Briony dedujo por la rosa que él también había ganado.

El corazón le golpeaba el pecho mientras decidía probar algo diferente para celebrar su victoria. Acercó la frente a la sien de

Toven y, con una sonrisa engreída, Briony levantó la cara y buscó su boca para unirla a la suya.

Un simple roce de su labio con la comisura de la boca de Toven...

Y Toven apartó la cara con un movimiento mínimo del cuello, como si esquivara la hoja de un cuchillo.

Ella se quedó inmóvil, sintiendo cómo se le congelaba todo el cuerpo y cómo las costillas de Toven ya no se movían contra las suyas.

El bochorno le inundó el pecho y el cuello, subiendo hasta las mejillas. Había intentado besarlo y él la había rechazado. Y, lo que era peor, se había encogido delante de varios pares de ojos muy atentos. Briony no se atrevía a mirarlo, agachó la cabeza y clavó los ojos en sus piernas mientras le ardía la cara. Él siguió barajando las cartas como si no hubiera pasado nada.

La vergüenza tardó poco en dejar paso a una ira ardiente. Toven lo iba a fastidiar todo. ¿No podía aceptar un beso de la mujer con la que supuestamente tenía relaciones íntimas? ¿Qué decía eso ante los ojos de los demás?

¿Se había dado cuenta alguien?

Poco a poco, el sonido de la sala volvió a ella mientras levantaba la cabeza. Los hombres estaban charlando y pasándose cartas. Nadie los miraba, pero había algo malicioso en la forma en la que Canning Trow les sonreía a todos mordiéndose el labio.

Las costillas de Toven volvieron a moverse y tragó saliva de forma ruidosa. Briony se tensó al recordar sobre quién estaba sentada.

Tenían que hablar. Necesitaban establecer cómo comportarse. La última vez, él había sido muy condescendiente con sus capacidades de actuar, y luego había procedido a sabotearla cuando ella había intentado interpretar su papel. Respiró profundamente; no podía dejar que vieran cómo se sentía delante de tantos ojos vigilantes.

—Te toca, Hearst.

Kleve le pasó las cartas a Toven y él extendió el brazo para cogerlas.

—¿Vas a dejar que te desee suerte? —bromeó Lorne.

Toven sujetó la baraja delante de ella. Ella se tragó la vergüenza, sacó una carta del montón y le dio la vuelta sobre la mesa.

—La virgen y el lobo —leyó Liam para los demás.

Eso sí que le sonaba. Era una antigua fábula de un lobo capaz de oler la sangre de las vírgenes.

Los hombres estaban ofreciendo sus secretos mientras ella se relajaba y miraba las cartas de Toven.

—Tengo algo potencialmente interesante, ahora que estamos en la última ronda —dijo Canning con una sonrisa engreída. Clavó los ojos en Briony y declaró—: Resulta que sé dónde se encuentra Cordelia Hardstark.

Sintió una fría ola de miedo. Y sabía que no había sido capaz de disimular su expresión. A Canning le brillaban los ojos. Sintió que la mano sobre su espalda también se tensaba.

—¿Y cómo lo sabes? —dijo Liam.

Canning se encogió de hombros.

—Mi elixir ya no está disponible en Biltmore. Una pena que alguien me delatara —dijo, y pareció que estrechaba la mirada hacia Toven antes de apartarla—. Pero ahora empecé con entregas en persona.

A Briony le retumbaba el corazón por todo el cuerpo. ¿Cordelia ya no estaba en la propiedad de Cohle? ¿Y Canning sabía dónde la tenía?

—Pero es un secreto muy grande —dijo Canning con una mueca —. Creo que deberíamos subir la apuesta inicial si voy a revelarlo.

Canning miró directamente a Toven, que respondió con un tono de voz calmado.

—Yo no puedo revelar nada más que el país en el que está mi padre, me temo.

—Esa información no me interesa, la verdad. —Canning se encogió de hombros y volvió a mirar a Briony. Tenía la sensación angustiosa de que estaba jugando con ellos, como un gato golpeando a un ratón—. Pero apostaré ese secreto por un beso de la latiente de oro.

Briony aguantó la respiración. A Toven le crujió la mandíbula y ella sintió un peso en el estómago. Él no iba a permitirlo. Y ella se quedaría sin saber qué le había pasado a Cordelia.

Separó los labios antes de que Toven pudiera coger aire.

—¿Solo un beso? —Levantó una ceja imitando al hombre que estaba debajo de ella—. Es una apuesta muy fácil de aceptar. Pero muy poco justa para ti.

Canning le guiñó un ojo.

—Qué rápido te vendes, Rosewood. A lo mejor te deseo tanto que me da igual que sea injusta.

Toven se tensó, a punto de intervenir y acabar con esto.

—¿Cómo iba a negarse el amo Toven? —se apresuró a responder Briony—. Si pierde, no le cuesta nada.

Briony dejó de notar la mano en la espalda y escuchó crujir el reposabrazos de la silla bajo la presión de una mano.

Los asistentes observaron en silencio el duelo sin palabras entre los dos extremos de la mesa. Pero la partida ya estaba ganada y Toven lo sabía. Irradiaba ira cuando dijo:

—Por supuesto. Una apuesta excelente.

Todos los ojos estaban pendientes de las cartas que jugaban Toven y Canning cuando empezaron una nueva ronda y tiraron de nuevo el dado. Dio por hecho que Toven le ganó a Liam, que no

tenía cara de póker. Cuanto más decepcionado parecía, mejor le iba a Toven.

Cuando por fin los dos mostraron sus cartas, toda la mesa respiró aliviada. Briony esperó.

—Mierda —susurró Lorne pasándose una mano por el pelo.

—Es un empate, querida —dijo Canning desde el otro lado de la mesa, con los labios torcidos en una sonrisa arrogante—. Una lástima. Me habría gustado saborearte aunque solo fuera una vez. —Hizo como que se lamía los labios mientras la miraba y el resto se reía, y Toven recogió estoicamente sus cartas. Canning se inclinó hacia delante con una fingida expresión triste—. Y estoy seguro de que tú estás desesperada por tener noticias de tu querida amiga. Qué pena.

Canning se dio un golpecito en la barbilla, como si estuviera pensando profundamente.

—Vamos a hacer una cosa —dijo levantando a Jellica de su regazo —. Si aceptas darme ese beso, te revelo mi secreto. Prometido.

Briony sentía el pulso en los dedos. Luego Toven resopló y cogió la copa de vino, vaciando su contenido y preparándose para despedirse.

Ella pensó en Cordelia marchitándose en un castillo oscuro. Sus ojos azules apagados, y su magia arrebatada.

Briony se puso de pie temblorosa. La habitación estaba en silencio. La observaron moverse hacia Canning, que le sonreía con los ojos hambrientos. Ella no miró a Toven ni una vez al sentarse en el regazo de Canning y estirarle el cuello hacia atrás para besarlo directamente en los labios.

La mesa estalló en vítores y gruñidos. Sintió la sonrisa de Canning contra su boca antes de devolverle el beso con venganza. Se estaba apartando cuando él la agarró del pelo con una mano y del muslo

con la otra, acariciándole la piel. Movía los labios bajo los suyos, agarrándole los rizos para que no se moviera, y luego le empujó la lengua contra los labios, insistiendo en entrar.

Apenas lo había conseguido cuando ella se echó hacia atrás con todas sus fuerzas, liberándose de él y poniéndose de pie. El sonido volvió a la habitación mientras Canning le sonreía y se pasaba el pulgar por los labios. Los hombres golpeaban la mesa y aullaban.

—¿Y tu secreto, Trow? —siseó Briony bajo el estruendo, mirándolo fijamente, resistiendo la urgencia de limpiarse la boca.

Canning levantó una mano para silenciar a los muchachos y mostró los dientes con orgullo.

—A Cordelia la mueven con bastante frecuencia. Estuvo en casa de Locklin la semana pasada, y en el castillo del Sillón la semana anterior. Puede que ya no tenga magia, pero desde luego sí le queda energía.

A Briony se le drenó toda la sangre de la cara. Oía ruidos desde algún lugar del salón, pero no descifraba los sonidos.

El castillo del Sillón y la mansión de Locklin. Moira Locklin era la quinta en la línea de sucesión, pero Briony no tenía ni idea de dónde estaba su mansión.

Intentó encontrar la voz para preguntar, pero la agarraron por una de las muñecas y le pasaron un brazo por la espalda. Era Toven, que la llevaba hacia fuera del salón. La empujaba, en realidad. La partida había terminado. Varios de los otros los siguieron afuera, pasaron por delante del guardia y bajaron las escaleras.

Toven iba en silencio. La guiaba con la mano rígida sobre su cadera, pero ella no podía permitirse pensar en su temperamento. No paraba de darle vueltas la cabeza con toda la información que había recibido y los escenarios que su imaginación conjuraba de Cordelia colgando de una cuerda, sangrando en el suelo de algún

castillo. Recorrió el pasillo aturdida, empujando los recuerdos de Cordelia de vuelta al libro cerrado de la estantería, que era donde debían estar.

Todavía notaba los labios extraños y secos del beso con Canning, y el vestido le apretaba demasiado.

Toven la llevó hacia fuera, al sonido de la multitud. Por la otra esquina, Ilana esperaba con una bandeja de bebidas. Briony salió de su agotamiento. Iba otra vez al *ring*. Necesitaba recuperar el sentido común.

Esta vez fueron al palco. Briony y Toven se sentaron en un banco y la chica rubia se dejó caer junto a Toven, y Liam al otro lado. Briony la miró mientras ella les sonreía.

Toven apoyó el brazo sobre el banco, detrás de la cadera de Briony, y ella hizo todo lo que pudo por cruzar las piernas con un vestido tan corto. Estaba empezando a disociar los eventos de la noche cuando escuchó una voz de vocales densas a su derecha.

—¿Es verdad que tu latiente antes era una princesa?

Briony y Toven miraron a la mujer de pelo rubio fresa a la vez. La misma mujer que había vivido con ella en Claremore durante meses y que se ocupaba de las necesidades de dicha princesa.

—No puedes hablar con ella —dijo Liam sin ganas desde su otro lado, dándole un sorbo a un vaso de *whisky*.

—Disculpa —dijo Rubio Fresa, con los ojos todavía hambrientos sobre la cara de Briony—. Nunca había visto a una princesa.

Briony la miró fijamente mientras Toven farfullaba algo de que ya no era una princesa. ¿No era la misma chica? Tenía que serlo.

La mujer se giró para mirar a Toven y a Briony.

—Debes de ser muy rico para poder comprar un premio así —dijo con coquetería.

—Lo es, pregúntale —dijo Liam.

Rubio Fresa se rio disimuladamente y se puso a jugar con su pelo.

—Es preciosa, señor Toven. —La mujer movió un hombro y, como por arte de magia, se le cayó un tirante—. Y la forma en la que hablaste de ella hace dos semanas. Sobre lo deliciosa que estaba...

Toven se llevó la bebida a la boca, inclinando la cabeza hacia atrás para bebérsela de un trago.

Y la mujer del cabello rubio fresa aprovechó la oportunidad para pasarse la lengua por los labios, agarrar a Briony por el cuello y llevar su boca a la de ella.

Briony levantó las cejas con los ojos muy abiertos. La boca de la chica se movió encima de la suya, y le deslizó una mano alrededor del cuello mientras apretaba ambos cuerpos sobre las piernas de Toven.

Briony no se podía mover. Eso era... ¿Qué era eso?

La mujer movió los dedos por la nuca de Briony y sacó la lengua para saborear sus labios.

La mujer se retiró con una sonrisa brillante.

—Deliciosa —dijo—. Me encantaría probar un poco más en alguna otra ocasión, amo Toven.

Briony se ruborizó intensamente cuando todos los allí presentes se giraron hacia ella. Liam se había quedado inmóvil con la bebida a medio camino de la boca.

Y Toven estaba tenso entre las dos, con una mirada severa.

La mujer se volvió a reír y se sentó de nuevo en el regazo de Liam como si nunca hubiera estado hablando con ellos.

Briony se llevó los dedos a la boca, intentando darle sentido al último minuto.

—Creo que deberías dejar que se prueben, Toven —dijo Lorne desde un asiento más allá—. ¿Qué te parece?

Toven sonrió y deslizó la mano por los muslos de Briony.

—Me parece que esto me ha inspirado para hacer mi propia degustación. —Se levantó del banco y la arrastró con él—. Caballeros —dijo como despedida.

Briony caminó torpemente detrás de él. Se dio la vuelta y vio a la mujer que fue su doncella besando a Liam en el cuello. No volvió a mirarla.

—¿Qué coño ha sido eso?

Apartó la mirada y se encontró a Toven observándola con el ceño fruncido mientras se dirigían a la salida.

Briony abrió la boca. Luego la cerró.

—Ha sido... muy cercana —dijo finalmente.

Él la sacó al jardín y, antes de que Briony se diera cuenta de dónde estaban, él se cortó el pulgar, abrió el portal de vuelta a casa y dijo:

—¿Quieres hacer alguna amiga más, Rosewood?

La arrastró por el portal mientras ella protestaba.

Cuando llegaron al salón de la Mansión Hearst, le soltó el brazo y salió furioso hacia las escaleras. Briony parpadeó a su espalda durante un instante, hasta que ella también se enfadó.

—¿Por qué nos hemos ido? —preguntó corriendo detrás de él—. ¡No habíamos terminado!

—Creo que ya te lo has pasado bastante bien —dijo él con los dientes apretados mientras subía las escaleras.

Ella se quedó boquiabierta observando cómo se alejaba.

—¿Estás enfadado porque he besado a Canning? ¿Crees que a mí me ha gustado?

Toven se giró varios escalones por encima de ella.

—Estoy enfadado porque me has hecho parecer débil.

Ella lo miró incrédula.

—¿Estás de coña? Canning ha hecho eso porque tú te has negado a besarme. ¡Nos has hecho quedar a los dos como idiotas!

Toven cerró la boca con fuerza. Retomó el paso y dijo:

—Los besos son demasiado íntimos.

A ella le hervía la sangre. Corrió detrás de él mientras gritaba:

—¿Demasiado íntimos? ¡Todos se estaban besando! ¡Me has enseñado cosas mucho más íntimas que deberíamos estar haciendo!

—¿Y esta noche era tu venganza, entonces? ¿Por haberme colado en tu cabeza? —Se rio sin ganas—. ¿Vas a ir coqueteando con todos los que puedas para vengarte de mí?

—¡No te tires flores! —dijo Briony—. Esa mujer estaba... —No sabía si debería mencionar el hecho de que había mentido sobre no conocer a Briony—. Rara —dijo por fin—, pero lo de Canning ha sido un movimiento calculado. Tenía información sobre Cordelia...

—Ah, sí —gruñó Toven, y se volvió para mirarla con la cara roja—. Me pregunto qué opinaría tu amiga sobre tu método para conseguir información, Rosewood.

Ella lo fulminó con la mirada.

—No habría tenido que besar al repugnante de tu amigo si me contaras qué cojones está pasando.

Toven aleteó la nariz y se dio la vuelta para subir los escalones que quedaban con paso decidido.

—Te respondo a todas las puñeteras preguntas que me haces, Rosewood...

—¡Que las aguas te prohíban ofrecer algo más! —Corrió detrás de él con los tacones—. Como algún tipo de plan para esas noches. O tener la decencia de contarme tu estúpida norma de no besar.

Ella seguía detrás de él mientras se dirigía a su habitación.

—¡¿Quieres una norma, Rosewood?! —gritó por el pasillo, abriendo la puerta de golpe—. ¡No te lances encima de mis amigos!

—¡Que te den por culo, Toven!

Él le lanzó una mirada y desapareció en su habitación con un portazo. Ella le devolvió la mirada y caminó enfadada hacia su habitación con la sangre hirviendo.

Se quitó los tacones y los tiró contra la pared que conectaba ambas habitaciones, esperando que él lo hubiera escuchado.

Se llevó la mano al collar, furiosa por todo lo que representaba. Le picaba. Gritó desde lo más profundo de su garganta mientras intentaba meter los dedos...

Hasta que tocó algo.

Apartó las manos sorprendida cuando un pequeño trozo de papel le cayó del cuello.

Briony se quedó mirándolo con el cuerpo completamente inmóvil.

Un trozo de pergamino arrancado, no más ancho que su meñique.

Se agachó despacio y recordó que la mujer con el pelo rubio fresa le había agarrado el cuello, había creado una buena distracción.

Para meterle un trozo de papel detrás del collar.

Briony cogió el papel con los dedos temblorosos y le dio la vuelta. Se le entrecortó la respiración.

no dRagOn, calma.

Le dio un vuelco el corazón.

La letra le resultaba familiar, pero no lograba ubicar de quién era. Pero lo que más le llamó la atención fueron la R y la O mayúsculas. Ro.

Así era como llamaba a Rory de pequeña, cuando no sabía pronunciar su nombre.

Solo había cuatro personas con vida que conocieran ese diminutivo.

Ella, Cordelia, Didion y Sammy.

Y uno de ellos le había escrito esa nota.

Capítulo 36



Se pasó toda la noche en vela, repasando mentalmente todas las posibilidades y probabilidades.

Examinó la nota durante horas, intentando recordar la forma en la que Cordelia hacías las erres, intentando rememorar las notas que le había escrito Didion y que ella había tirado, preguntándose si alguna vez había visto algo escrito por Sammy.

Pero las letras estaban apretadas y agitadas, como si conseguir encajarlas en un trozo de papel tan pequeño hubiera afectado a toda su forma.

Luego se puso a pensar en cómo le habían hecho llegar la nota. La chica del pelo rubio fresa debía de tener una interacción muy limitada con el mundo exterior a Biltmore, pero Briony se acordó de la uva que le había pasado Ilana hacía dos semanas. Ilana tenía acceso a todos los que entraban en Biltmore Palace.

¿Quién le pudo haber dado la nota a Ilana? Sammy y Didion estaban a la fuga. Cualquiera de los dos podía recordar el diminutivo de Rory. A Cordelia la movían con frecuencia, si lo que había dicho

Canning era verdad, pero conocía bien las fiestas de Biltmore. ¿Habría sabido Cordelia cómo coordinarse con Ilana?

Briony se sentó en la cama y observó cómo los primeros rayos del sol bañaban los jardines, con el trozo de papel entre los dedos. No se había quitado el vestido negro. Sabía que a Larissa le molestaría que no se hubiera limpiado la cara. Guardó la nota dentro del joyero sobre la mesita de noche y se fue al baño.

Con la cara limpia, se sentó en la bañera y pensó en un problema más importante.

«no dRagOn, calma».

Qué serie de palabras tan fascinante. «No dragón» podía significar muchas cosas. Briony se preguntó cuándo fue la última vez que escuchó hablar de la dragona. Uno de los hombres dijo anoche que la habían visto en las montañas Tampet. Ahí era donde estaban la escuela bomardi y la mansión de Quill.

Pero ¿cuánto hacía del avistamiento?

¿La nota podría referirse a que la dragona estaba muerta?

«Calma, la dragona está muerta».

¿Podría ser eso?

¿Y quién podría saber algo así?

Briony salió de la bañera, se envolvió con un albornoz y volvió al sillón junto a la ventana.

Necesitaba saber más. Necesitaba devolver el mensaje, demostrar que estaba abierta a la comunicación.

Había una cosa clara: era necesario que volviera a Biltmore. Y eso solo ocurriría si ella y Toven evitaban matarse.

Briony dio un sorbo largo de té mientras sopesaba las opciones. Anoche, Toven pareció molesto por tres cosas: besar a Canning, intentar interpretar su papel durante la cena y dejar que la chica con el cabello rubio fresa se acercara a ella. Briony podía entender que

se enfadara por lo de Canning, pero lo volvería a hacer sin pensárselo. Seguro que él entendía por qué.

El resto de sus enfados no tenían sentido.

Cerró los ojos, molesta por la incógnita imposible que era Toven Hearst. Quizá entender la raíz de su ira no era tan importante como asegurarse de que no volviera a desatarla. Necesitaba saber qué podía hacer y qué no. O, si no, Toven podría llevar a Larissa con el cuerpo de Briony.

Briony frunció el ceño a la taza de té.

No podía permitir que eso ocurriera. Tenía que arreglar las cosas con él.

Aunque él no tuviera razón.

Tras poner en orden sus pensamientos fue a buscarlo por la mansión. Lo encontró en un estudio de la primera planta, con la puerta entreabierta. No recibió ninguna respuesta después de llamar varias veces, así que empujó la puerta con los dedos, aguantando la respiración mientras se abría lentamente. Toven estaba inclinado sobre un escritorio cerrando un sobre con el lacre Hearst y una expresión impasible.

Briony tragó saliva y levantó la barbilla.

—¿Podemos hablar?

—Hablar. —Él suspiró y se sentó.

La ira que solo él conseguía sacarle empezó a hervir antes de que le diera tiempo a concentrarse.

Sin moverse de la puerta, casi bloqueándole la salida, Briony dijo:

—Me gustaría que conversáramos sobre el hecho de que aún no hemos conseguido tener una velada satisfactoria en Biltmore.

Toven deslizó la mirada hacia ella.

—Satisfactoria. —Ella asintió. Él la miró con la boca torcida—. ¿Y cómo sería una velada satisfactoria?

—Dímelo tú —dijo ella tranquilamente—. He ido dos veces, y las dos veces he sentido que me ahogaba.

Algo cambió en su cara; la culpa, quizá. Ella dio un paso adelante sosteniéndole la mirada.

—Quiero seguir yendo a las fiestas de Biltmore. No quiero que lleves a otra persona con mi cuerpo.

Él cogió aire profundamente.

—Rosewood...

—Por muy aterrador y asqueroso que sea, Biltmore es el único lugar en el que veo a mis amigas y me siento un poco menos sola —continuó, y se acercó más a él—. Y puedo enterarme un poco de lo que ocurre en el mundo exterior.

Hizo una pausa y se mordió el labio. No le iba a mencionar la nota ni los canales de comunicación. Aunque tenía sus sospechas sobre las alianzas de los Hearst y, aunque la frase «garantía política» aún resonara en sus oídos, todavía no tenía una razón por la que confiarle a Toven su información.

—Tenemos que estar mejor coordinados en esas fiestas —añadió Briony.

—¿Y cómo propones que lo hagamos?

—Pues, para empezar, si he de abstenerme de besar a Canning Trow en un futuro, estoy dispuesta a hacer ese sacrificio —dijo ella con indiferencia.

Él puso los ojos en blanco.

—Qué detalle por tu parte.

—Creo que tenemos que estar más cómodos el uno con el otro —continuó ella, yendo directa al grano.

Él la miró con unos ojos indescifrables.

—Yo soy muy estirada, tú eres demasiado... inquieto. —Él abrió la boca como para discutírselo—. Con el tema de la intimidad, o lo que sea —dijo ella con un gesto. Él cerró la boca y ella apartó la mirada de sus ojos penetrantes—. Me gusta adentrarme en las situaciones con toda la información posible. No sabía que tenías aversión a los besos. —Apartó los ojos del escritorio y buscó los de Toven, que miraban a un punto indeterminado detrás de ella. Briony tragó—. Creo que Canning se dio cuenta de lo incómoda que estaba.

—Y lo aprovechó bien —terminó de decir él.

Ella asintió. Con una respiración profunda y, recordando la nota, Briony pronunció en voz alta la petición que la había traído hasta aquí.

—Cena conmigo esta noche —propuso—. Los dos solos.

Él la miró directamente a la cara. Estaba quieto, menos por un músculo de la mandíbula.

—¿Qué?

—Una cena. —Ella asintió—. Quiero que hablemos de cómo sería una velada satisfactoria en Biltmore según tú. Qué tendría que hacer yo para convencer a tus amigos del tipo de relación que supuestamente tenemos.

Él se rascó el cuello y Briony vio que tenía manchas rosáceas en la piel.

—Esta noche no estoy.

La respuesta fue rápida y provocó que Briony entrecerrara los ojos.

—Pues mañana, entonces —dijo ella. Él se movió sobre sus pies, y ella lo interrumpió antes de que soltara la excusa que veía venir—. O cualquier día, en realidad. Tengo la agenda bastante libre.

Él miró el escritorio mientras decía:

—Mañana.

—Fantástico. Los dos solos. —Hizo una pausa—. Larissa ya no está aquí, ¿no?

Él negó con la cabeza.

Estaba deseando preguntarle dónde se estaba quedando Larissa mientras estaba «muerta», pero prefirió continuar con el tema que les ocupaba.

—Lo prepararé todo con cocina.

Él arqueó una ceja y, con una ligera reticencia, respondió:

—Es una cita —dijo Toven.

A Briony se le aceleró el pulso y se le calentaron las mejillas. Murmuró algo positivo antes de desaparecer por la puerta y subir corriendo las escaleras hasta su habitación.

La palabra *cita* se le quedó en la cabeza como pegamento, y la dejó aturdida mientras intentaba preparar la noche siguiente. Briony se cambió varias veces de vestido, incapaz de decidirse entre dos porque encontraba defectos en ambos. Cuando fue a coger los polvos y las cremas del tocador, se entretuvo haciéndose una trenza por encima del hombro, regañándose a sí misma por algo tan tonto como arreglarse para Toven Hearst.

Esto no era una cita. Simplemente era la preparación para otra salida a Biltmore. Tenía que responder a Cordelia, a Sammy o a Didion, y Toven tenía que evitar las sospechas.

A las ocho menos cuarto, bajó al comedor para comprobar cómo iban los preparativos. La casa había montado dos sitios en la mesa, tal y como ella había pedido: uno en un extremo y otro justo a la izquierda. Se había decantado una botella de vino tinto y los platos estaban llenos de verduras y carne asada.

Se sentó incómoda en su asiento a un lado de la mesa y tuvo que esperar solo cinco minutos hasta que los pasos de Toven llamaron su atención hacia la puerta. Se levantó mientras él entraba, y se fijó en su camisa de botones azul oscuro. Él echó un vistazo rápido al vino y la comida en la mesa, luego desvió la mirada hacia ella y su pelo trenzado.

—Rosewood —saludó antes de sentarse en la cabecera de la mesa, con la seguridad de alguien que disfrutaba de una velada con su prisionera como algo rutinario.

Ella consiguió asentir una vez. Volvió a sentarse y se concentró en colocarse la servilleta sobre las piernas mientras preguntaba:

—¿Qué tal tu día?

Él carraspeó.

—Bien. ¿Y el tuyo?

—Genial, gracias.

Briony cogió su copa de vino y dio un sorbo largo, intentando, sin éxito, pensar en algo para romper el silencio. Toven se llenó el plato de comida y le deslizó la bandeja a ella, con los labios en una línea recta. Briony tocó todos los cubiertos mientras el calor le subía por el cuello.

Comieron en silencio durante treinta y seis segundos, hasta que ella ya no pudo soportarlo más.

—Está claro que a ninguno de los dos se nos da bien charlar, pero no tengo la intención de quedarme aquí sentada en silencio durante dos horas. —Él arqueó una ceja y ella se ruborizó—. Tengo más preguntas. Pero sé que odias las preguntas...

—No odio las preguntas...

—Te ponen de mal humor...

—No es verdad. Tú me pones de mal humor.

Ella lo fulminó con la mirada y clavó el tenedor en las verduras con demasiada fuerza.

Él dio un sorbo de vino sin dejar de mirarla. Briony se metió un montón de comida en la boca y le sostuvo la mirada desafiante.

—¿Qué quieres preguntar, Rosewood?

Ella tragó la bola de comida.

—¿Quién es Ilana?

—Su madre es bomardi, pero renegaron de ella cuando se casó con un eversun. Creció al otro lado del océano, y vivió allí hasta que cayó Evermore, cuando su padre empezó a organizarse contra Mallow. Entonces la raptaron y la entregaron a los Barlowe.

La mente de Briony empezó a asimilar toda esa información.

—¿Y por qué tiene tanta autoridad en Biltmore? Parece tener más libertad que cualquier otra chica de los Barlowe.

—La verdad es que no lo sé. —Cortó la carne en trozos pequeños —. Supongo que porque es... bastante buena en lo suyo.

Cayó sobre ella una fría sospecha.

—¿Y qué es exactamente lo suyo?

Toven detuvo el tenedor a medio camino de la boca.

—Recibir a la gente. Con una sonrisa. Coquetear y bromear. Ser vista cuando tiene que ser vista, ser invisible cuando tiene que ser invisible.

Briony apretó los labios mientras cortaba la carne. La arrogancia de los bomardi era asombrosa. Le parecía un descuido increíble dejarle las llaves de Biltmore a una mujer con un pasado como el de Ilana y permitirle que deambulara de habitación en habitación con total libertad.

—Los tatuajes. ¿Cómo encontrasteis Finn y tú la forma de deshaceros del de Larissa?

—No lo hicimos. —Briony entrecerró los ojos y él se encogió de hombros—. Usamos un hechizo purificante de sangre y tuvimos suerte. No sabíamos si funcionaría. Creo que, si Larissa hubiera llegado a entrar en nuestra propiedad, no habríamos podido eliminarlo.

—¿Y no tienes ni idea de cómo esquivarlos de otra forma?

—No voy preguntándoles a otros bomardi ese tipo de cosas, no —dijo con frialdad. Se le movió un músculo de la mejilla—. ¿Estás organizando tu gran plan de huida, Rosewood?

—Hmm —dijo ella con inocencia, ignorando su pregunta—. Estabas dispuesto a divulgar información sobre quiénes escaparon del castillo Javis en la partida de cartas. ¿Te importaría decírmelo?

Ella lo observó masticar, apretando los labios con pequeños mordiscos, como su madre, moviendo rápido su mandíbula aristócrata.

—Billium Meers consiguió huir.

Briony parpadeó y apartó la mirada de sus labios.

—¿Está vivo? Pensaba que había muerto en el campo de batalla.

—Sobrevivió, por lo visto, y abrió un portal para huir de Javis. La página de *El Diario* no informó al respecto. No quisieron publicitar una debilidad así.

Briony apretó la servilleta con las dos manos y soltó un aliento tembloroso de alivio. Nunca se había llevado bien con el padre de Sammy, pero había sido el general de confianza de su padre. Suponía una gran derrota para Mallow que hubiera escapado.

—¿Sabes adónde ha ido?

—Starksen. —Dio un sorbo de vino y ella lo observó tragar—. Están dándole muchos problemas a Mallow allí.

Briony sonrió contra la servilleta. «Bien». Cuando volvió a mirarlo, con la sonrisa aún perceptible en sus labios, él seguía atento a su

plato.

Respiró profundamente y se preparó para la segunda mitad de sus planes para la noche. Con la copa de vino en la mano y dando dos grandes sorbos, se levantó.

Él la miró.

—¿Qué haces?

—Creo... —Tragó, detestando el sonido agudo de su voz—. Creo que deberíamos practicar.

El cuchillo y el tenedor de Toven se quedaron planeando sobre el plato. Le tembló un ojo.

—Practicar.

—Estar más cómodos el uno con el otro. —Se puso al otro lado de Toven y cogió la botella de vino. Él no se movió ni un centímetro mientras ella le rellenaba la copa, como hacía normalmente en Biltmore. De pie a su lado, apretó los labios al ver que él todavía no la miraba—. Creo que deberías dejar que me sentara en tu regazo.

Él soltó los cubiertos y respiró profundamente.

—¿Este es tu plan maestro, Rosewood?

—Sí. Tenemos que estar más cómodos para ser creíbles. —Briony entrelazó los dedos—. A los dos nos vendría bien ensayar un poco...

—No creo que sea necesario.

—No estoy de acuerdo. Ya viste el truco de Canning, y lo volverá a intentar si seguimos dándole motivos para...

—Esta idea es completamente infantil.

—¡Lo que es infantil es que no soportes tocarme!

—¡Te toco lo que tengo que tocarte, es absurdo que me pidas más...!

—... ¡y aunque es más que evidente que te doy asco...!

Toven estalló en una carcajada fría.

Ella aleteó la nariz.

—No sé cómo te comportas con las mujeres con las que te acuestas, Hearst, pero si esta es tu idea de intimidad, es evidente que necesitas más ayuda de la que yo jamás podría ofrecerte...

Con un movimiento rápido, Toven la agarró por la cadera y la sentó sobre sus piernas. Ella reprimió un chillido y se agarró a la mesa, con el corazón acelerado. En un intento de salvar su dignidad, levantó la barbilla y se movió hasta estar cómoda. Parecía que no era menos difícil encontrar una posición equilibrada y cómoda con un largo vestido de lana que con la seda y los tacones.

—¿Y ahora qué, Rosewood? —dijo él con una voz tan ronca que ella sintió la vibración en las costillas.

Le ardían las orejas.

—Pues... compórtate con normalidad. Así..., normal. —Briony carraspeó y se estiró hacia su sitio para coger su copa de vino—. Sigue comiendo como si yo no estuviera aquí.

Toven respiró lenta y profundamente antes de volver a coger sus cubiertos. Apartó las verduras prestando especial interés a los guisantes.

Ella tenía pocas opciones de adónde dirigir su mirada. Podía mirarle incómoda a la cara. Podía observar cómo jugaba con la comida. O la opción más segura: podía mirarle el cuello y estudiar la forma en la que se expandía el rubor rosa bajo su mirada.

—¿Cada cuánto juegan a las cartas durante las cenas? —preguntó ella con delicadeza, mientras observaba cómo se le movía el cuello al tragar.

—Una semana sí y otra no, a lo mejor. No hay un calendario —respondió él.

—¿Y no es peligroso? ¿Que las mujeres estén presentes?

—Bastante.

Briony frunció el ceño. Pensó en la chica del cabello rubio fresa y en su mirada intensa durante la partida, pendiente de todos los detalles. Puede que las chicas de Barlowe estuvieran atadas en corto, pero tenían acceso a muchísima información.

—Dame un libro que me enseñe a jugar. Puedo utilizar la magia de la mente para averiguar las cartas de los demás.

—¿Cómo te crees que gano siempre, Rosewood?

Ella lo miró con la cara demasiado cerca de la suya. Mientras él daba un sorbo a su vino, ella se dio cuenta de que Toven Hearst era una continua caja de secretos.

—Ah, claro, cómo se me ha podido olvidar —dijo ella por fin—. Tienes la costumbre de meterte en la mente de la gente, ¿verdad? —Ella negó con la cabeza y suspiró con la copa de vino en los labios.

Toven tamborileó con los dedos sobre el mantel.

—A pesar de lo que tú puedas recordar, Rosewood, nunca me había metido en tu mente hasta la semana pasada.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. No podía ser. Los cosquilleos en las piernas del tercer año. Didion peleándose con los lazos de su corsé. Tenía que estar mintiendo.

Briony estabilizó los latidos de su corazón y le hizo la pregunta que había estado temiendo:

—Entonces, ¿qué hago yo? —continuó—. ¿Cómo hacemos para estar... más cómodos?

Él soltó un suspiro largo y forzado.

—Tu comportamiento del viernes estuvo bien. Podemos seguir así...

—Vale. —Ella le pasó los dedos por los pelos de la nuca, luego por el cuero cabelludo, dejando que los mechones se le enredaran entre los nudillos.

Toven apartó la cabeza con un movimiento rápido.

—¿Qué haces...?

—¿Qué pasa? ¿También tienes una regla de no tocar el pelo? —Briony puso los ojos en blanco—. Relájate.

Él respiró con aspereza mientras ella arrastraba los dedos por el pelo de encima de la oreja. Lo observó coger el tenedor otra vez, pero no hizo nada con él. Le repasó la forma de la oreja con los dedos y le pasó la mano por el pelo como si fuera de seda.

Había soñado con acariciarle así el pelo. Muchas veces.

Recordó el consejo de Larissa y le pasó los dedos con delicadeza por la nuca, donde terminaba la línea del cabello.

Cuando se estremeció, Briony pensó en cómo Collin y Lorne sujetaron bien cerca a sus mujeres y observaron sin más la partida. La forma en la que la chica Rubio Fresa masajeó a Liam en el cuello y le dio un beso en la mejilla para desearle buena suerte. Cómo había visto a otras chicas de Barlowe sonreír y susurrar al oído de los chicos o enterrar la nariz en el cuello.

—Relájate —repitió ella en voz baja. Volvió a acariciarle el pelo de encima de la oreja, haciendo un sendero con los dedos a su alrededor y bajando por el cuello, ruborizado por el vino. Ella se inclinó hacia delante y presionó los labios debajo de su oreja.

La tierra se detuvo en el instante que tardó en apretarla más por la cintura, con la mano abierta sobre sus costillas. Ella separó los labios y lo volvió a besar. Tenía la piel limpia y mentolada, y sintió cómo se le movía el cuello bajo su boca al tragar.

Y luego, con un movimiento rápido, la apartó de sus piernas y se levantó.

—¿Qué coño estás haciendo? —dijo él cabreado.

Ella se agarró a la mesa mientras él se tocaba el cuello por donde acababan de pasar sus labios. Toven movió la boca sin decir nada

mientras la miraba fijamente. A lo mejor sentía que lo había contaminado.

—Estoy haciendo lo que se supone que tengo que hacer —dijo ella con un gruñido—. Si te relajaras...

—No puedes sentarte en las piernas de un hombre y besarle el cuello como si nada, Rosewood.

Ella parpadeó, con la respiración acelerada mientras él se pasaba una mano por el pelo.

—¿Y por qué no? Es precisamente lo que pasa en Biltmore...

—¡Eso es en Biltmore! —gritó él—. ¡Esto no es Biltmore! ¡Esto es mi casa!

Briony tenía los ojos muy abiertos mientras Toven caminaba hacia la salida.

—¿Qué te pasa? ¡Estamos practicando...!

—No puedes ser tan lenta —farfulló él, saliendo decidido del comedor.

Ella salió corriendo detrás de él y se detuvo en el vano de la puerta.

—¡No hemos acabado, Hearst! ¡Te espero para cenar mañana por la noche!

Él dobló la esquina y desapareció. Briony lo maldijo entre dientes.

Caminó cabreada hasta la mesa, vació su copa de vino, y se terminó su plato. Y el de Toven también, por si acaso se lo pedía a la casa más adelante.

Tras enviarle a Toven una invitación formal para la cena, Briony se pasó el resto del lunes creando barreras mentales.

Estaba perfectamente preparada para pasar otra comida más sobre su regazo, y tendría que esforzarse más para convencerlo de

la necesidad de hacerlo. Ignoró las divagaciones sobre el aroma de su piel y el calor de su pecho contra su costado y se enfocó en cómo permanecer concentrada.

A las ocho menos cuarto, bajó. Se sentó en una *chaise longue* en un lateral de la habitación y pensó que quizá deberían practicar también cómo estar cómodos cuando no estaban cenando. Mientras las imágenes de Toven Hearst y la versatilidad de una silla le inundaban la imaginación, desechó rápidamente la idea.

Todavía lo estaba esperando a las ocho y cinco, mirando enfadada su copa de vino, pese haberse convencido de que no iba a ser tan restrictiva con la hora. A las ocho y doce, por fin escuchó unos pasos golpeando el suelo de piedra. Cuando se dio la vuelta dispuesta a mirarlo con una ceja arqueada, él tenía el aspecto de un niño al que han arrastrado a una cena de adultos, con el ceño fruncido y los ojos aburridos, resignado a pasarlo fatal.

—Buenas noches —lo saludó ella.

Él se sentó en su sitio a la mesa sin mediar palabra. Ella se levantó, le sirvió el vino y se sentó con determinación sobre su regazo, como si lo estuviera retando a que se negara. No le cambió la cara cuando ella acercó su plato de comida, dio un sorbo a su vino y masticó los canapés que la cocina había enviado como primer plato.

—Tengo otra pregunta —dijo con delicadeza para romper el silencio. Él no respondió e ignoró su mirada penetrante mientras daba un sorbo muy largo de vino—. ¿Dónde está tu padre?

Eso consiguió que se le frunciera el ceño mientras soltaba la copa de vino sobre la mesa.

—Sabes que no te lo puedo decir.

—Estuviste a punto de jugarte esa información el viernes durante la partida.

—Sabía que iba a ganar.

—Empataste. Eso no es ganar. —Las costillas de Toven se expandieron contra las suyas con una respiración profunda—. Solo ibas a decir el país —continuó con un tono más amable—. ¿Ni siquiera puedes decirme eso?

La expresión con la que destellaron sus ojos la aturdió momentáneamente. Una mirada suave que le decía que a lo mejor podía preguntarle lo que fuera. Ella lo miró parpadeando por encima del borde de la copa de vino, y el destello desapareció.

A lo mejor se lo había imaginado.

—Camly del Sur. —Los largos dedos de Toven jugaron con el mantel blanco—. Es todo lo que sé.

Juliana era la hija del presidente de Camly del Sur. También era donde Finola se había formado en estrategia y espionaje, donde muchos de sus contactos y conocidos vivían.

—¿Se ha ido de forma indefinida? —preguntó.

Toven asintió.

—No se le puede molestar a no ser que sea estrictamente necesario.

Ella frunció el ceño, sabiendo que no tenía nada más que pura especulación.

No quería insistirle demasiado tras la noche anterior, así que decidió no hacerle más preguntas. Se quedó en silencio sobre su regazo esperando a que él se terminara el vino y se comiera la cena mientras ella intentaba ordenar toda la información que había recibido.

Estaba decepcionada por lo poco que sabía Toven y por todo lo que le faltaba por saber aún a ella, pero era un comienzo, al menos. No le daba la sensación de que él le hubiera mentido ni hubiera retenido información. Y, lo que es más importante, parecían estar

progresando a nivel interpersonal. Pese al inicio turbulento de la noche, no habían discutido, lo que ya era una mejora considerable.

A la noche siguiente, Briony comió pronto y se terminó rápido el vino para que le diera el valor que necesitaba para traspasar un poco más los límites. Se pasó toda la cena acurrucada a su lado, pasándole los dedos por el pelo mientras él se comía las verduras. Ella se dio cuenta de que él le sostenía la mirada más de lo habitual y se esforzó todo lo posible en ignorar los vuelcos que le daba el corazón cada vez que eso ocurría.

—¿Crees que las cosas volverán a desatarse en las cenas privadas? —preguntó Briony—. Sé que el ambiente parece más relajado, pero...

—Esto está bien —interrumpió él—. Lo que estamos haciendo. —Señaló con la mano entre los dos—. Estamos preparados para el viernes.

Ella le arqueó una ceja, pero se reservó los comentarios. Ya cruzarían ese puente en otra ocasión. Por ahora, no quería fastidiar el progreso. Todavía era demasiado frágil.

A medida que avanzaba la semana, Toven empezó a irrumpir en los pensamientos de Briony incluso más de lo habitual. Se despertaba por las mañanas con el recuerdo de lo que sintió al estar acurrucada a su lado. El olor. Tenía que aumentar el tiempo que dedicaba a meditar por las mañanas para poder concentrarse en sus tareas el resto del día mientras leía las novedades y seguía investigando.

Pero por la noche, cuando estaban los dos solos, sacaba hacia delante su estantería, permitiendo que los libros se abrieran de par en par y mostraran dibujos y colores intensos.

Era peligroso, lo sabía, dada su historia de sentimientos hacia él, pero no encontraba otra forma posible para construir la confianza.

Una conexión sólida con él, incluso una amistad. Ignoró la voz de su cabeza que le decía que no quería buscar otra forma.

El miércoles, se comió la comida de su plato apoyada contra su pecho. Se pelearon por la última patata y le pinchó los dedos con el tenedor cuando ella fue a cogerla. El corazón le latía con fuerza mientras sonreía e intentaba darle la patata, apretándosela contra la boca cerrada. Él puso los ojos en blanco y apartó la cara.

Y así los encontró Serena Hearst: Briony sobre el regazo de su hijo, que la agarraba por la cintura, y ella intentando darle de comer mientras él movía la cabeza de un lado a otro de forma exagerada.

—Vaya —dijo Serena.

Briony ahogó un grito y se levantó con torpeza del regazo de Toven, que se puso de pie de un salto y tiró la copa de vino.

—No estábamos...

—No es lo que parece...

—Simplemente...

—¿No sabes llamar, madre?

—Por favor —murmuró Serena, y Briony sintió cómo se le ponía la cara rojo remolacha ante la sonrisa apenas oculta que apareció en su cara—. Seguid con lo vuestro, no quiero interrumpir.

—No interrumpes nada —se apresuró a decir Toven, casi gritando, y empujó la silla, que rechinó contra el suelo.

—No, no. —Serena hizo un gesto con las manos—. Por favor, terminad de cenar. Insisto.

Briony se miró los pies con el corazón latiéndole en los oídos. Le picaba la piel con culpa y vergüenza por todas las zonas que habían estado en contacto con el cuerpo de Toven.

—Disfrutad el resto de la velada. —Serena salió del comedor, y Briony creyó escuchar el eco de una risa por el pasillo.

Se tapó la cara con las manos en cuanto Serena desapareció por las esquina.

—¡Por todos los mares! —gruñó.

Toven movió los pies antes de excusarse con un murmullo ininteligible, dejándola sola en el comedor con la piel ardiente y la conciencia culpable.

Capítulo 37



El viernes, recorrieron el sendero ya familiar hasta el patio, aunque esta vez ella le siguió el ritmo fácilmente. Evitó llevarse las manos al collar todo lo que pudo, pero la nota le quemaba la piel.

Aquel día, después de mucho intentar conseguir que las palabras entraran en un trozo de papel tan pequeño, a Briony se le ocurrió algo que era, al menos, una apertura para la comunicación.

segura, Biney

Solo Sammy, Didion o Cordelia sabrían que «Biney» era como Rory la llamaba cuando no sabía pronunciar Briony. Se prometió que la próxima vez que tuviera la oportunidad de pasar la nota, su investigación habría dado frutos importantes que compartir.

Caspar Quill había mencionado a los Durling y, por mucho que había buscado, no había encontrado nada sobre ellos en la biblioteca de los Hearst.

Deambularon por los jardines junto a los estanques iluminados y se dirigieron al recibidor.

Briony llevaba un ajustado vestido de encaje azul esa noche, algo que casi habría sido una reminiscencia de la moda bomardi si no fuera tan corto.

Larissa había venido a arreglarla otra vez, pero ella se había pasado una hora transformada en Juliana, la hija del presidente. Briony y Toven acordaron que podría asistir a la fiesta esa noche.

Mientras le esparcía el polvo por la cara, Briony le preguntó a Larissa:

—¿Toven fue reacio al contacto físico en algún momento antes de estar cómodo contigo?

Larissa, con la cara de Juliana, dejó lo que estaba haciendo y arqueó una ceja.

—¿Cómo?

—No le gusta que le toque el pelo de la nuca. Y he intentado besarle el cuello y me ha apartado.

Larissa se quedó mirándola desde los ojos de otra persona, pero con la misma mirada de incredulidad.

—Así que, no sé, me gustaría saber si es que no le gusta el contacto físico o...

—No puedo más con esto. —Larissa tiró la brocha y dejó que Briony se apañara sola.

Llegaron a la puerta, pero no era Ilana la que estaba allí para recibirlos. Una pelirroja con mucho pecho sonrió a Toven y ni siquiera miró a Briony.

Les ofreció champán y eso fue todo. Abrió la cortina sin darle a Toven la lista de invitados.

Briony vio a Phoebe colgada del brazo de Carvin al otro lado del recibidor, sonriendo mientras él deslizaba la mano cada vez más abajo en su espalda. Pero a Briony le interesaba otra cosa; buscaba con los ojos muy abiertos y en alerta, pendientes de cualquier atisbo

de la chica del pelo rubio fresa. Antes de poder mirar bien a su alrededor, Toven la empezó a llevar escaleras arriba, pasaron ante el guardia y llegaron al comedor. Briony se tragó la decepción, preguntándose si no habría cometido un error al no contarle lo de la nota que tenía que pasar.

Lo primero en lo que se fijó fue en Finn Raquin riéndose animadamente por algo que Liam había dicho, y a Larissa disfrazada de Juliana de pie en la pared detrás de él. Miró detrás de la silla de Liam y se encontró a otra chica de Barlowe diferente esperando en silencio para servirle el vino. Buscó por todas partes, pero no había ni rastro de Rubio Fresa en el comedor. La decepción le retorció aún más el estómago.

—¡Quédate tranquila, corazón mío! —gritó una voz mientras las puertas se cerraban detrás de ellos. Briony se dio la vuelta y vio a Canning Trow haciéndole una reverencia exagerada—: Mi señora se acerca.

Ella agachó la mirada, preparada para interpretar su papel.

—Oh, mi amor —canturreó Canning—, ¿te dio Toven tu merecido después de la semana pasada? A nuestro amigo nunca le ha gustado compartir. ¿Por qué no te vienes a mi regazo y dejas que te dé besos hasta que te sientas mejor?

Los hombres se rieron mientras Toven tomaba asiento, con la mandíbula apenas apretada hasta que se relajó con una sonrisa. Mientras ella ocupaba su lugar frente a la ventana, miró a su izquierda, a Larissa detrás de la silla de Finn.

La chica que Larissa estaba fingiendo ser se suponía que era pequeña y joven. Tenía la mirada clavada en sus zapatos, con las muñecas delgadas y cruzadas en un gesto sumiso. Briony no sabía cuánto era interpretación y cuánto pura concentración en la magia.

Briony apartó la mirada de ella para no levantar sospechas.

Las ocho mujeres dieron un paso adelante y vertieron el vino en las copas de cristal. Antes de que Briony pudiera volver a la pared, Toven la agarró por la cintura y la empujó hasta su regazo. Además de Finn, que los miró con una ceja levantada, nadie más dijo nada al respecto. Briony estaba bastante satisfecha porque sus «prácticas» hubieran merecido la pena, pero sintió un poco de culpa por el tiempo extra que Cecily tuvo que pasar contra el pecho de Collin cuando imitó el gesto de Toven.

Se cruzó de piernas con el pequeño vestido de encaje, inclinando las rodillas hacia la cintura de Toven. Él tenía el brazo izquierdo alrededor de su cadera, sujetándola sobre él en lugar de apretar el reposabrazos de la silla. Cuando ella se movió encima de sus piernas, le enterró la nariz en su cuello y le acarició suavemente los pelos de la nuca, él no se estremeció. Briony se sintió aturdida por el éxito. El tiempo que habían pasado juntos había servido para algo, tal y como ella había previsto.

Al cabo de media hora, no había escuchado nada que mereciera la pena retener durante las conversaciones. Pero entonces la voz de Liam resonó por encima de las demás.

—Esta noche hay un Cañón de Verano —dijo, girando sin ganas el tenedor en el aire.

Un murmullo de interés colectivo inundó la mesa. Briony miró a Liam con los ojos entrecerrados y pensó a qué se refería. El Cañón de Verano sonaba normalmente a mediodía.

A Toven se le tensaron los muslos bajo los de ella. Briony le arrastró los dedos por el pelo formando círculos.

—Me encantan las cenas con espectáculo —dijo Canning, y la mesa estalló en una carcajada.

La mano de Toven se apretó contra su cadera, provocándole un escalofrío agradable. Pero se recompuso y volvió a concentrarse.

Tenía preocupaciones más inmediatas, como por ejemplo, si este nuevo evento le quitaría tiempo de buscar a Rubio Fresa.

Por lo demás, fue una cena bastante tranquila, pese a las horas que estuvieron allí charlando y riéndose.

Luego resonó una campanita por todo el comedor, interrumpiendo la música y silenciando las voces con sorpresa. Briony levantó la mirada en busca de la fuente de ese sonido. El reloj en la pared marcaba las doce menos cuarto.

Los hombres vitorearon, cogieron sus bebidas y acercaron a sus mujeres mientras se frotaban las manos.

Toven la levantó de sus piernas, recuperando la tensión en su cuerpo. Finn compartió una mirada con Juliana... Larissa.

—¿Qué pasa? —susurró Briony a Toven.

Él negó alarmado con la cabeza, y siguió a los demás mientras bajaban las escaleras hasta el recibidor. Briony siguió buscando a Rubio Fresa entre la multitud de gente mientras caminaban hacia la salida a los jardines.

Se llevó la mano al collar para ajustárselo y se quedó quieta.

—Voy a por algo de beber —anunció Toven a Finn y a Larissa—. Nos vemos fuera.

Briony se dio la vuelta y siguió a Toven por el pasillo. Abrió la boca para preguntar...

—No —susurró él—. Confía en mí.

Le latía el corazón en los oídos mientras Toven se abría paso entre la multitud, girando de pronto a la izquierda, hacia los jardines en los que podían abrir el portal.

—No me digas que ya os marcháis, Toven.

A Briony se le heló la sangre. Toven se quedó inmóvil a su lado. Cuando se dieron la vuelta, ella ya sabía a quién se iban a encontrar.

Veronika Mallow llevaba un vestido fluido morado intenso. Tenía el pelo recogido tan estirado que le levantaba las facciones. Estaba flanqueada por dos guardias bomardi.

Toven se hundió en una reverencia profunda y Briony lo imitó, tomándose un instante para aferrarse a sus meditaciones.

En su cabeza, guardó la nota que había recibido bajo el collar entre las páginas de un libro gastado y lo metió en lo más profundo de una estantería. Escribió el nombre de Larissa en una página en blanco y lo cerró, apretándolo con fuerza.

Una vez que se había incorporado, miró a Mallow a los ojos negros.

—Mis disculpas, ama —dijo Toven—. Me he encontrado demasiado entusiasta en mi intento de... ir a algún sitio más íntimo. —Bajó la voz de forma seductora.

Mallow sonrió sin apartar la mirada de Briony.

—No os podéis ir todavía —dijo con firmeza—. Tenéis que acompañarme para el espectáculo.

Toven inclinó la cabeza.

—Será un honor, ama.

Mallow susurró algo al guardia mientras se daba la vuelta, sin pararse a comprobar si la estaban siguiendo.

A Briony le daba vueltas la cabeza mientras se resistía a mostrar todas las cosas que no podía permitir que viera Mallow dentro de su mente.

Toven la agarró por la cintura y la empujó hacia él.

Caminaron por el fresco del jardín y ella aprovechó para mirar a Toven, que tenía una cara pétrea e impasible. En su pecho se empezó a formar un temor frío mientras volvían a donde estaban todos reunidos a los pies de la colina. El patio daba hacia el horizonte y estaba lleno de abrigos azules y latientes tiritando.

Toven caminó detrás de Mallow y sus guardias. La muchedumbre se apartaba para dejarlos pasar y los observaba con veneración. Briony miró al cielo, pensando en la parte de «no dragón» de la nota. No había ni rastro de la bestia. La nota que guardaba esta noche bajo el collar le picaba, y se planteó abandonar el plan. ¿Era demasiado peligroso pasar la nota ante las narices de Mallow?

La capa morada de Mallow la siguió por los tres escalones a un escenario, y Toven y Briony subieron detrás de ella. Cohle, Gains y Quill estaban allí. Hicieron una profunda reverencia a Mallow, aunque sus ojos se fueron hambrientos hacia Briony.

Era la única latiente en el escenario.

Pero, aunque ellos eran quienes estaban elevados sobre los demás, Briony se dio cuenta de que este escenario no era el que estaba preparado para el espectáculo. A su izquierda vio una luz desde las primeras filas del público hacia la cornisa del palacio.

A Briony se le puso el corazón en la garganta. La chica Rubio Fresa estaba de pie contra la cornisa que daba a la ciudad.

Ahogó un grito en silencio, aturdida. El sonido desapareció en un vacío.

La mujer estaba de pie a punto de resbalarse, con las manos atadas mágicamente delante de ella. Tenía la barbilla levantada y murmuraba algo moviendo deprisa los labios. A su izquierda, un chico con rizos del mismo rubio que ella estaba temblando. No podía tener más de dieciocho años; el hermano de Rubio Fresa. Se había alistado al ejército de Rory. La única persona no mágica que lo había hecho.

Briony pensó en la nota atrapada entre su piel y el collar de oro. ¿Habían pillado a la chica? ¿Alguien sabía lo que estaba haciendo con los collares? Briony se tensó. ¿Iba a ir alguien a por ella

también? Se estremeció bajo la mano de Toven, que se la apretó a modo de advertencia.

Apareció un hombre y todo el mundo estalló en vítores. Era el señor Vein, el de la subasta. Vein sonrió enseñando los dientes y se amplificó la voz para saludar al público.

—¡Por el ama Mallow! —chilló, levantando las manos hacia el escenario.

El público respondió:

—¡Que su reino sea eterno!

Mallow adoptó una pose estoica, agarrándose las manos por delante.

—Ante vosotros se encuentra una traidora al reinado del ama Mallow —dijo Vein—. Ella y su hermano, dos sirvientes sin magia... —el público abucheó—, han resultado ser unos desagradecidos por todo lo que les hemos ofrecido aquí, en el centro del poder de nuestra ama.

Los abucheos y los escupitajos resonaron en sus oídos. Toven estaba de pie detrás de ella, agarrándole aún el codo.

Briony sabía lo que iba a pasar. Iban a ejecutar a la chica y a su hermano aquí, delante de todos, para que sirviera de ejemplo. Briony buscó entre la multitud a alguien, a quien fuera. Le temblaron las rodillas cuando intentó girarse y Toven la volvió a apretar.

Por fin encontró a Ilana, sirviendo bebidas en una bandeja, con una sonrisa tensa. Miró al frente con una tristeza en los ojos que no pudo enmascarar lo bastante rápido. Briony se llevó los dedos de nuevo al collar, sin pensar, y cuando volvió a mirar a la chica de cabello rubio fresa, la mujer la miró a los ojos.

Briony dejó caer rápidamente la mano y sintió que el corazón se le astillaba por los bordes.

—Esta basura no mágica —continuó Vein— no valora lo que le hemos dado. Permitimos que ella y su hermano vivieran en nuestro mundo. Les permitimos que nos sirvieran. ¿Y cómo nos lo pagan?

Briony aguantó la respiración al ver que la chica miraba entre ella e Ilana. Sentía la presencia de Mallow a su derecha, densa como el aceite.

—¡Se estaba comunicando con los rebeldes!

El público silbó. Briony se giró para mirar rápidamente a Mallow. Tenía la boca curvada en una sonrisa de satisfacción.

—¡La pillaron en la puerta! No solo hablando con el enemigo, sino organizando la huida de su hermano.

Todo el mundo abucheó. La nota que Briony llevaba escondida tras el collar le estaba quemando la piel. Esta mujer y su hermano estaban a punto de morir simplemente porque habían ayudado a que los rebeldes se comunicaran. ¿Sería Briony la siguiente? ¿Estaba en este escenario junto a Mallow para que la pudiera matar ante la mirada de todos?

—¡Ama Mallow! —gritó Vein—. ¿Cómo sentencia a esta zorra y a su hermano?

La piel pálida de Mallow brilló bajo la luz de la luna. Tenía la mandíbula afilada y Briony observó cómo la movía.

—Con la muerte. Una muerte dolorosa.

Los bomardi chillaron y vitorearon.

El mundo de Briony se derrumbó bajo sus pies, y tardó varios segundos en darse cuenta de que Toven la estaba sujetando por la cintura para que no se cayera.

Entre las palpitaciones de su sangre, tomó forma un pensamiento: si Mallow sospechaba que tenía una nota debajo del collar, si alguien sabía que se les estaba dando este uso a los collares, registrarían a todos los latientes al entrar. Y las fiestas en Biltmore acabarían.

La sentencia de esta mujer no tenía nada que ver con la nota que le había pasado a Briony. Volvió a mirar a Rubio Fresa y vio cómo sus ojos no paraban de mirar entre Ilana y ella, cada vez con más intensidad, mientras su hermano sollozaba a su lado.

Ilana se movió hasta la base del escenario donde estaba Briony.

La chica de cabello rubio fresa miró a su hermano y le dijo algo rápido, demasiado bajo como para que se la escuchara. Él asintió con solemnidad, sin apartar los ojos brillantes de su hermana.

Eran sirvientes. No mágicos. No pintaban nada en este horror. Y, pese a ello, esta era la mujer que le agarró la mano bajo la mesa mientras se le clavaban los cristales en las rodillas. Una mujer que lo había arriesgado todo para darle esa nota. Al igual que lo arriesgaría todo para proteger a su hermano pequeño.

Briony apartó la mirada y parpadeó rápidamente para evitar que se le derramaran las lágrimas. Entre la multitud, las mujeres con los collares plateados estaban inmóviles, muchas de ellas con lágrimas silenciosas recorriéndoles las mejillas.

Un estallido de vítores llamó su atención. Estaban acercando un cañón.

El terror se apoderó de ella mientras el viejo cañón de guerra que anunciaba la hora cada mediodía en verano se giraba para apuntar a los dos hermanos.

—¡No! —Se atragantó con el grito, pero había demasiado ruido, tanto dentro de su cabeza como fuera.

Un par de manos la agarraron por la cintura. Un pecho firme contra su espalda.

Vein alzó de nuevo la voz.

—Vamos a demostrar lo estúpido que es resistirse a la voluntad del ama Mallow. Acabaremos con el chico primero ante la mirada de su hermana.

Briony estaba paralizada y tenía que dar bocanadas de aire para poder respirar. Mallow la estaba observando entrar en pánico. Apartó la mirada y una mano le soltó la cintura para moverle la barbilla, obligándola a mirar hacia delante mientras apuntaban con el cañón.

Una barbilla afilada se apretó contra su sien. Una respiración cálida le rozó los pómulos.

—Hay un lago de aguas tranquilas —susurró la voz de Toven—. Una cordillera de montañas lo rodea. Debajo descansan las profundidades, pero tiene una superficie calmada y serena.

Briony parpadeó, se le relajaron las piernas y se le calmó la respiración al dejar que penetraran las palabras. Toven deslizó las manos por su barriga para apretarla más a él.

Encendieron el cañón y empezó a sentir que el pánico se alejaba, como una hoja sobre un lago.

El público del jardín vitoreó y pisoteó el suelo con la cuenta atrás.

—Imagina tu mente como una biblioteca. Estanterías y estanterías de novelas y diarios y biografías —arrulló la voz—. Busca una estantería vacía para este momento.

Ella sacó un libro, disociando su mente de lo que estaba ocurriendo ante sus ojos.

Una explosión sacudió las piedras bajo sus pies. Briony observó con la boca abierta el lugar en el que había estado el chico hacía un momento, antes de que humeara y se derrumbara, y a su hermana salpicada con su sangre. Recargaron el cañón.

—Tienes un libro vacío en las manos. Sus páginas en blanco entre tus dedos. Escribe este instante en el libro. Ponle un título.

«Rubio Fresa», le dijo su cabeza.

—Llena las páginas y cierra el libro.

Apuntaron el cañón hacia la mujer. Derramaba lágrimas lentas que se mezclaban con la sangre de su hermano y le manchaban de rosa

el cuello.

—Guárdalo en una esquina. Que se pierda entre los montones y montones de textos y novelas.

En su mente, se agitaron rápidamente las páginas de un libro. Se cerró. Y Briony respiró hondo, estirando los dedos de los pies para empujarlo hasta el fondo de una estantería demasiado alta para ella. Se imaginó una mano con dedos largos ayudándola a alcanzarla.

Se prendió un cañón.

Había una mujer llorando.

Un público que vitoreaba y contaba los segundos.

La mujer inclinó la cabeza hacia el cielo y gritó.

Desapareció en una ráfaga de humo, sangre y rabia.

Había unas manos sobre la cintura de Briony que la llevaban hacia atrás y la ayudaban a bajar los escalones del escenario.

Una mujer preciosa con un collar plateado y una bandeja llena de copas de champán los esperaba en el último escalón. Briony tenía la mente vacía. No tenía nombre para ella.

—Amo Hearst, ¿puedo ofrecerte algo?

—Gracias, Ilana. Ya nos vamos.

Ilana. Ese nombre le sonaba, pero había libros en su cabeza que se negaban a abrirse.

El cuerpo de Briony se sacudió hacia delante con un vuelco en el estómago y el suelo se acercó a su cara.

—¡Oh! —La mujer, Ilana, la agarró antes de que se cayera—. Señorita Rosewood, ten cuidado.

Dos dedos se deslizaron por el cuello de Briony. Sacaron un trozo de papel.

¿Cómo había llegado ahí?

—Que pases buena noche, señor Hearst.

Otra vez con unos brazos a su alrededor que la movían rápidamente entre los fanáticos y lobos y demás monstruos. Tiraban de ella para bajar por una colina arenosa.

La realidad se desgarró cuando se abrió un portal y un hombre de cabello pálido la lanzó al vacío.

Salió en una habitación de grises y plateados, una cama de madera oscura y cachivaches muy bien organizados.

Se dio la vuelta. Había estanterías que se tambaleaban y se desplomaban, y Toven Hearst estaba de pie frente a ella en su habitación.

Le acercó la mano a la barbilla y la miró atentamente a los ojos.

—Mírame.

Ella parpadeó y su estantería se estampó contra el suelo. Libre.

Sintió escalofríos y dio bocanadas de aire desde el pecho con un río de lágrimas en las mejillas. Sollozó, aferrada a los codos de él para mantenerlo cerca.

Y sin saber cómo, se apretó contra él, empujando la frente contra su pecho. El llanto le sacudía el cuerpo. Él cerró los brazos sobre su espalda.

Había un agujero en su estómago con la forma de un cañón, lleno de duelo y rabia y desesperación.

Toven no dijo nada, simplemente la abrazó.

Ella se apartó cuando por fin se agotó. Sabía que estaba hinchada y roja y húmeda. Pero él la miró con una emoción tan pura que ella no pudo sentirse vulnerable.

—Van a pagar por lo que han hecho —juró Briony con la voz vacía y lejana.

Sus ojos grises la miraron con atención. Le colocó un rizo detrás de la oreja. Y asintió.



Tercera parte

Amado mío:

La corte ha quedado encantada con tu presentación. Sé que pronto el nombre Vindecci estará en boca de todos, aunque antes en la mía que en las suyas...

Creo que entiendo el concepto, pero algunos miembros de la corte tenían preguntas sobre la expresión «la propia mente del mago puede ser su familiar». Unas palabras muy estimulantes, aunque quizá deberías revisarlo. Algunos han empezado a preguntarse cuánto costaría aprender magia de la mente y están cada vez más vagos. Barden Trow ya ha preguntado sobre la humanización de «el familiar».

No presentes la idea de la mente humana como un «familiar», querido mío. Barden y los demás te han malinterpretado. Se preguntan si el corazón humano también puede ser un familiar... y sé que no es eso lo que tú pretendías. Cuando vuelvas a presentar tu teoría, excluye por completo a los familiares de la explicación.

Vuelve pronto. Temo cuando la corte está tan alborotada.

CARTA ANÓNIMA RECUPERADA DE LAS
PERTENENCIAS DE VINDECCI, CIRCA DEL AÑO 1515
TRAS LAS ESCRITURAS, TAMBIÉN CONOCIDO
COMO EL AÑO 0 A. V. (ANTES DE VINDECCI)



Capítulo 38



Cuatro años antes

—Ha habido una pelea en Barta. Ha muerto un ciudadano.

Briony levantó la cabeza del desayuno para mirar a Rory, que estaba leyendo una página de *El Diario*.

—¿Barta? —Frunció el ceño. Barta era un pueblo de montaña en la frontera entre los dos reinos—. ¿El que ha muerto era eversun o bomardi?

—Eversun —dijo él.

Briony se apoyó en el respaldo de la silla. Estaban en su habitación en la escuela bomardi, pocos días antes de las vacaciones del solsticio de verano. Habían sido unos meses duros desde el inicio de las clases en primavera, ya que los profesores bomardi se negaron a enseñar magia de la mente a los alumnos eversun bajo la amenaza de pena de muerte.

Rory la miró.

—Lo ha matado un bomardi.

Briony tamborileaba la mesa con los dedos mientras pensaba.

—¿Crees que esto cambiará las cosas? —preguntó Rory.

Briony le sonrió.

—No. Estoy segura de que padre enviará a un emisario y lo solucionarán todo. —Miró el reloj. Era hora de bajar a clase y, aunque las de quinto año estaban en una planta más alta que los cursos anteriores, los pasillos y las escaleras seguían abarrotándose considerablemente.

Rory y Briony salieron hacia el aula con dos minutos de margen.

—Tu milicia empieza a descuidarse, alteza —dijo Liam Quill mientras tomaba asiento—. Me he enterado de que hoy un soldado eversun ha asesinado a un civil bomardi.

Briony se dio la vuelta en la silla para mirarlo a la cara.

—En realidad, ha muerto un eversun. Uno de los vuestros lo ha matado.

—Lo dudo —dijo Toven mientras se sentaba junto a Liam—. Ya sabes lo inestable que puede ser la magia de la mente, Liam. —No apartó la vista de ella—. Seguramente un eversun estuviera intentando calentarse el té y prendió fuego a todo el pueblo.

—Eso es una exageración asquerosa —dijo Briony, volviendo a mirar al frente de la clase.

El profesor entró en el aula y, cuando estaba a punto de iniciar la lección, se escuchó un arañazo por la ventana que daba a la cordillera.

Todos se giraron para ver a un halcón enorme raspando el cristal con sus garras, batiendo las alas y graznando.

Se escuchó el fuerte golpe de una silla cuando Toven se levantó.

—¿Es el familiar de tu padre? —preguntó Larissa.

Toven dio dos pasos hacia la ventana. Las montañas se sacudieron y temblaron. El cristal se hizo añicos mientras el suelo se movía bajo sus pies.

La habitación se llenó de gritos, y Briony se llevó las manos a la cara para protegerse del cristal.

Todo el mundo corría. Rory cubrió a Cordelia y la sacó del aula.

Briony colocó las manos para invocar un escudo protector cuando empezaron a caer rocas del techo. La clase se estaba derrumbando.

Se apretó contra la pared, el escudo la protegía del polvo y los escombros mientras sus compañeros gritaban de miedo y dolor. Se le aceleró el pulso al intentar descifrar qué estaba ocurriendo exactamente. ¿Era algo natural, como un terremoto? ¿O era más tenebroso?

No podía quedarse ahí. Salió escopeteada al pasillo mientras seguía derrumbándose el techo.

Tenía que encontrar a Rory. Su padre no se lo perdonaría nunca si le pasaba algo.

Empezó a deambular por el pasillo, pero se paró en seco. Había hombres y mujeres con uniformes bomardi iniciando peleas. Con los alumnos.

Un hombre, Riann Cohle, creía que se llamaba, agarró a un chico eversun por el cuello y se lo llevó por un portal.

Briony se tambaleó hacia atrás, horrorizada, y se chocó con alguien. Se dio la vuelta y se encontró con un hombre de nariz torcida y densas cejas negras que le sonreía alegremente.

—Pero bueno, si es la princesa. —Su voz era áspera.

Estiró el brazo para empujarla hacia él, pero ella lo bloqueó de un golpe. El hombre se deslizó unos centímetros hacia atrás y lanzó un hechizo para atarla. El brazo izquierdo de Briony se movió violentamente contra su costado, pero con el derecho le hizo un corte.

El hombre la soltó y dio un salto atrás. Tenía un corte en el hombro. La miró con una sonrisa.

—Vaya. Cuánto me gustas.

Ella le retorció la mano con la mayor violencia que pudo y salió corriendo, tropezándose con escombros y cuerpos. ¿Dónde estaba Rory?

Briony corrió por el pasillo, esquivando a varios hombres que le resultaban familiares y que intentaban arrastrarla por un portal. Collin Twindle estaba sacando a una eversun de un armario por el pelo y tirándosela a su padre. Liam Quill estaba en el suelo en una esquina, balanceándose y llorando. La mente de Briony no podía con todo.

Llegó a las escaleras y subió, mientras pensaba en cómo estaban abriendo estos portales. No se podían abrir en cualquier sitio. Era necesaria la sangre de un dueño de la propiedad para abrirlo en un terreno privado como la escuela.

Se tropezó escaleras arriba, pero no se llegó a caer. Por supuesto, los propietarios del terreno de la escuela eran la familia Trow.

Briony se miró la sangre que tenía en los arañazos de las manos. ¿Todos estos bomardi habían recibido gotas de sangre de los Trow para hacer esto? ¿Era algo coordinado?

Recordó a Veronika Mallow hablando de los alumnos como garantía...

Tenía que encontrar a Rory.

En el siguiente rellano, se lanzó contra una pared cuando una mujer con el pelo rojo intenso gritó:

—¡Esa es la princesa!

Briony le dio un empujón y la mujer cayó hacia atrás, rodando escaleras abajo. Se agarró al hilo de su mente y se hizo invisible. Finola le había enseñado lo más básico después de que Mallow asesinara a Gin Pulvey, pero era consciente de que su magia no resistiría todas estas distracciones.

Briony subió corriendo a la octava planta y empezó a abrir todas las puertas. Había alumnos escondidos en todas, tanto bomardi como eversun. Buscó en todas las caras a Rory, a Cordelia, a Didion, antes de volver a cerrar y dejarlos escondidos. No la podían ver.

Llegó al final del pasillo y escuchó una voz grave que la llamaba con tono cantarín:

—¡Princeeeeesa!

Briony se detuvo. El hombre de las cejas densas estaba subiendo las escaleras hacia ella.

Corrió hacia el otro lado y paró con un derrape. El padre de Liam Quill estaba arrancando las puertas y separando a los alumnos bomardi de los eversun.

Entró en otro pasillo mientras sentía que se le escapaba el control de su invisibilidad. Podía ver sus zapatos. Tuvo que volver atrás al encontrarse las escaleras derruidas tras el temblor de las montañas.

¿Qué pasaría si encontraban a Rory? ¿Serían capaces realmente de matar al heredero de Evermore? ¿Qué hacían con los demás eversun que capturaban? ¿Simplemente los sacaban por un portal? ¿Adónde los llevaban?

Unas botas corrían hacia ella por el pasillo. Tenía los ojos muy abiertos. Estaba atrapada. Justo antes de que su perseguidor se girara y la encontrara en mitad del pasillo sin ningún sitio al que ir, salió una mano de un despacho y tiró de ella hacia dentro.

Briony cogió aire para gritar, pero le golpearon la espalda contra la puerta y vio a Toven Hearst enfrente de ella, tapándole la boca con la mano.

Se quedaron mirándose mientras las botas pasaban de largo. En cuanto se alejaron, Toven apartó la mano.

—¿Qué está pasando? —susurró ella con la voz temblorosa.

—No lo sé. ¿Tu hermano sigue aquí?

Repitió sus palabras con la garganta cerrada.

—No lo sé.

Las montañas volvieron a sacudirse y la escuela se tambaleó bajo sus pies.

Toven le cogió la mano y la llevó hacia una abertura arqueada en la pared entre su dormitorio y el siguiente. Se agacharon y él creó una barrera protectora a su alrededor.

Briony intentó trazar un plan. ¿Cómo podían abrir portales sin la sangre de Trow? ¿Y dónde iría? Necesitaba el permiso del rey para ir a Evermore cuando estaba en Bomard. Todo aquel que llegara al reino tenía que abrir un portal en una frontera y recibir el permiso en persona para cruzarla a pie, ella y Rory también.

Cuando el suelo dejó de temblar, Briony abrió los ojos.

—Tengo que encontrar a mi hermano y tengo que ir a un pueblo fronterizo. Necesito entrar en Evermore.

—Todo esto parece organizado —dijo Toven—. Tendrán guardias en todos los pueblos. Bomard te impedirá que te vayas a casa.

—Querrás decir que vosotros tendréis guardias en todos los pueblos —dijo ella enfadada—. Bomard me impedirá... —repitió—. ¿Acaso no eres tú bomardi?

Él le lanzó una mirada.

—¿Quieres pelear conmigo o quieres pelear con ellos? —Señaló con la cabeza a los hombres del pasillo.

Ella le devolvió la mirada.

—Con todos.

A él no le hizo ninguna gracia.

—Vamos a encontrar a tu hermano y ya nos preocuparemos más delante de la frontera —dijo, y se dio la vuelta para llevarla a la siguiente habitación.

El corazón de Briony sintió el «vamos» resonándole en la sangre. Lo siguió, hasta que la puerta del estudio se salió de las bisagras.

Briony se agachó bajo el arco y Toven entró delante, apretándose a ella para esconder a ambos.

Aguantaron la respiración mientras esperaban por si avanzaba alguien y los encontraba.

—Toven —dijo una voz firme que Briony reconoció.

Toven frunció el ceño y se echó a un lado, mostrándose a la persona de la habitación contigua.

—¿Padre? —dijo Toven—. ¿Qué está pasando?

Briony se llevó los dedos a los labios para intentar mantener a raya su respiración. Orion Hearst no podía darse cuenta de que estaba allí.

—He enviado a mi halcón a por ti, pero no ha llegado a tiempo —dijo Orion—. Tenemos que irnos.

Se escucharon los pasos de Orion en la otra habitación. Parecía aliviado de haber encontrado a su hijo.

—¿Qué ha pasado? —insistió Toven.

—Mallow ha atacado a Jacquel. Lo ha... incapacitado.

A Briony se le tensó cada músculo del cuerpo, incluso pensó que se le había parado el corazón, pero luego retomó el ritmo. Su padre. Incapacitado.

Toven estaba tenso, a medio metro de ella, de pie bajo el arco tras el que ella se estaba escondiendo.

—Los demás están capturando a niños eversun para pedir rescates a Evermore —continuó Orion, pero Briony tenía los oídos llenos de algodón. Estaba diciendo otras cosas, pero ella solo escuchó el final—:... he venido a por ti, pero tengo que volver a la frontera. —Hizo una pausa y luego, casi con sorpresa, dijo—: ¿Toven? Vamos.

Briony se imaginó que extendía la mano hacia su hijo. Y a su hijo de pie, inmóvil, en el vano de la puerta.

—¿Quién está contigo? —preguntó Orion con tranquilidad.

—Nadie.

Briony echó los hombros hacia atrás, centró su mente, y tiró del hilo entre sus ojos. Se concentró en un cabello rubio que le caía hasta las caderas, una nariz y una manicura perfectas. Dobló la esquina hasta el arco y se puso junto a Toven, proyectando la imagen de Larissa Gains a los dos Hearst.

—Señor Hearst —dijo con la voz de Larissa—. Todo esto es aterrador. ¿Han cogido ya a Rory Rosewood?

Orion la miró y parpadeó mientras la escudriñaba de la cabeza a los pies. Luego se balanceó sobre los talones.

—Larissa. Me alegro de que estés bien —dijo. Apretó los labios y miró a Toven, luego a ella de nuevo—. Han visto al general Meers salir con el heredero de Evermore y con la chica de Hardstark hace poco más de diez minutos.

La expresión de Briony se congeló en la cara de Larissa. La habían abandonado. Se habían ido con el general Meers y la habían dejado atrás. ¿Rory había intentado discutirlo al menos? ¿Mencionó Cordelia siquiera su nombre?

Ella asintió a Orion Hearst, tragándose la puñalada de dolor. Había estado buscando a su hermano en un castillo en ruinas, y nadie la había buscado a ella.

—Larissa, deberías buscar a tu padre —dijo Orion despacio—. Él y los demás se han reunido en la primera planta con la intención de buscar a Briony Rosewood por toda la escuela. —Se quedó mirándola sin parpadear—. Calculo que tardarán como media hora en llegar hasta aquí.

Briony le devolvió la mirada.

Sabía que no era Larissa. Y le estaba dando ventaja.

—Gracias, señor Hearst —dijo ella con cuidado—. Bajaré, entonces.

—Vamos, Toven —dijo Orion abriendo la puerta.

—¿No debería venir con nosotros?

Tanto Orion como Briony se giraron para mirar a Toven.

—La escuela no es segura, está claro. Podemos llevarla a la Mansión Hearst.

—No, Toven —dijo Orion, y pasó algo entre ellos—. Larissa tiene que quedarse.

Briony tragó. Ellos tenían que irse y ella tenía que subir todo lo que pudiera, con la esperanza de que a alguien, a quien fuera, se le ocurriera ir a buscarla. Con la esperanza de que alguien estuviera pensando en su seguridad la mitad de lo que lo estaba haciendo Toven Hearst ahora mismo.

Toven se quedó inmóvil a su lado. Y, lentamente, con pasos seguros, avanzó y siguió a su padre a la puerta.

Briony soltó una respiración y Orion acompañó a Toven fuera. Se paró un momento en el quicio de la puerta y observó a la doble de Larissa un segundo más.

—¿Señorita Gains? —dijo Orion. Briony levantó la barbilla—. Dile a tu padre que puede que la señorita Rosewood ya haya abandonado las montañas. —Hizo una pausa para nivelar la mirada con la suya—. Es posible que haya averiguado que las fronteras están abiertas... porque Evermore no tiene rey.

Briony parpadeó. Su alma se estremeció dentro de su pecho.

Incapacitado.

Su padre estaba muerto.

Orion Hearst había sido muy delicado.

Se metió la mano en el bolsillo y le lanzó algo. Era un frasco pequeño con una gota de sangre.

—Es de Genevieve Trow. Si no encuentras a tu padre, la necesitarás para abrir un portal.

A Briony se le entrecortó la respiración. Él asintió y cerró la puerta.

Ella se quedó sola en un estudio abandonado, dejando que el disfraz de Larissa desapareciera de su cuerpo.

Su padre estaba muerto y pronto coronarían a Rory. Tenía poco tiempo antes de que Evermore tuviera un nuevo rey y volvieran a cerrar las fronteras.

Se quedó mirando los escombros del palacio que le habían dicho que era seguro, luego vertió la sangre de Trow en la palma de su mano. Se cortó el pulgar y estiró el brazo para abrir un portal a Biltmore con su propia sangre, si es que se lo permitía.

Cuando se abrió a su orden, no necesitó nada más para confirmar que Orion no le había mentido.

Las fronteras estaban abiertas. El rey estaba muerto.

Y ahora ella era prescindible, por lo visto.

Entró al vacío y desapareció.

Capítulo 39



Despertarse el sábado por la mañana fue como salir de una zarza que la había cubierto durante la noche. Mientras se peleaba por recobrar la consciencia, se encontró con músculos doloridos y una palpitación detrás del ojo izquierdo.

Se puso de lado y ordenó a su cuerpo que saliera de la cama. Pero no se podía mover.

Y entonces lo recordó.

El cañón.

El grito de la chica de cabello rubio fresa.

Los ojos de Mallow.

Y la voz de Toven en su oído, tranquilizándola, guiándola por los horrores de la noche.

La había dejado llorar, apoyarse en él, la había sujetado con fuerza. Y entonces había asentido. ¿De acuerdo con ella?

La había llevado de vuelta a su habitación y le había dado un elixir para dormir; su mente se apagó en cuanto su cuerpo se deslizó entre las sábanas.

Tenía los ojos completamente abiertos mientras su cabeza iba recobrando la vida, recordando todas las cosas que tendría que estar haciendo. Pero unas barreras mentales tan fuertes contra la proximidad de Mallow le habían pasado factura, tanto al cuerpo como a la mente. Pese a sus intenciones, se encontró de nuevo a la deriva en el mar.

Cuando por fin pudo sentarse en la cama, el reloj de la mesita marcaba las cuatro de la tarde.

Briony gruñó. No podía permitirse perder más tiempo. Necesitaba reforzar la resistencia de sus barreras mentales por si acaso alguien sospechaba de ella. Tendría que ponerse el despertador de ahora en adelante. Necesitaba que la casa la salpicara con agua fría si no se ponía en movimiento antes de las nueve.

Briony se centró y cerró los libros de su mente que guardaban los horrores del cañón y el luto por la mujer sin nombre y su hermano.

Un recuerdo reciente salió a la superficie. Unos brazos sujetándola cerca, unos dedos largos acariciando el borde de su oreja. Unos ojos grises clavados en los suyos mientras él asentía.

Toven. Anoche la ayudó. Y a lo mejor la ayudaría otra vez. El corazón le latía con fuerza por las expectativas.

Briony decidió dedicar el día a investigar sobre los Durling. Caspar Quill había insinuado que también habían usado marcas mágicas, que quizá se inspiró en ellos.

Bajó a la biblioteca, abrió las puertas y se detuvo. Había textos esparcidos por las sillas, el suelo y las mesas. Una docena de libros flotaban frente a sus estanterías, esperando a que los recogiera quienquiera que los hubiera llamado.

A Briony se le entreabrieron los labios al escuchar el sonido de unas páginas girando rápidamente desde las profundidades de las estanterías.

—Sigo sin tener hambre.

Parpadeó. Miró hacia atrás por si Serena estaba allí con una bandeja. Al volver a mirar las estanterías, Toven asomó la cabeza por detrás de una balda con una mirada fulminante. Cuando vio que era ella, relajó la expresión y cerró el libro. Se sacó una pluma de detrás de la oreja y la giró entre los dedos.

—Rosewood —dijo—. Pensaba que eras mi madre.

Toven deslizó la mirada por la habitación, como tomando conciencia del caos con el que se había encontrado ella. Briony aguantó la respiración mientras lo analizaba, observando cómo le subía el rubor por el cuello. Dejó caer el brazo que sujetaba el libro y se lo escondió disimuladamente a la espalda, mientras ella seguía todos los movimientos con los ojos.

—¿Qué estás investigando?

—Nada, solo estoy buscando una solución para un problema —dijo. Tragó saliva y se pasó una mano por el pelo.

Ella asintió despacio, mirando el catálogo de libros. Había querido preguntarle todo lo que supiera de los Durling, pero ahora ya no estaba segura de que Toven debiera saber qué estaba investigando.

Cuando él asintió de acuerdo con ella anoche, ¿a qué estaba accediendo?

Se acercó unos pasos a él.

—Te quería dar las gracias por lo amable que fuiste anoche.

Él se quedó mirándola muy recto, mientras ella le devolvía la mirada. Sus ojos eran diferentes a los ojos cálidos que se clavaron en ella anoche, en su habitación.

—No hay de qué.

Ella esperó algo más, pero se quedó en eso.

—Y quería...

—Rosewood, estoy un poco ocupado. ¿Puede esperar?

Ella se sobresaltó por su tono punzante. Había tensión en su postura, con un movimiento de hombros que ella reconocía de la escuela. Determinación.

De pronto se sintió muy estúpida por haberle dado las gracias por cuidarla mientras lloraba. Por pensar que algo había cambiado. Notó un picor en los ojos y apretó la boca.

Él suavizó la expresión inmediatamente.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondió ella, y hundió los hombros. El ardor detrás de sus ojos se desvaneció con una palpitación lenta—. Agotada. —Estaba de pie rodeada de todos sus libros y notas y montones caóticos—. ¿Puedo ayudarte de alguna forma con este problema?

Se acercó a una mesa llena de anotaciones y echó un vistazo a un libro abierto en el borde. Toven apareció a su lado en un abrir y cerrar de ojos, y lo cerró de golpe. Ella consiguió ver unas antiguas traducciones escritas en pergamino antes de que él se interpusiera en su campo de visión.

Se detuvo a observarlo. Estaban tan cerca que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás. Ambos llevaban la misma ropa de la noche anterior, cuando él la envolvió en sus brazos mientras ella sollozaba. Le había colocado un rizo detrás de la oreja y la había mirado a los ojos llorosos con fascinación.

Briony ignoró esos recuerdos.

—Se me da muy bien investigar, no sé si te acuerdas. —Sonrió, esperando que él no pudiera resistirse a meterse con ella. A dejarla entrar.

Pero simplemente apartó la cabeza.

—No, ya casi lo tengo. —Tragó con la garganta rígida—. Pero gracias.

Ella parpadeó rápido y asintió decepcionada con la cabeza agachada. Quizá, cuando terminara con ese problema, por fin podrían hablar.

Briony levantó la barbilla, respiró hondo y dijo:

—La mayoría de las veces suele ocurrir que la respuesta está delante de tus narices.

Él abrió ligeramente los labios en una respiración silenciosa, como si su comentario le hubiera molestado. Le aparecieron manchas rosas en las mejillas cuando sus ojos le recorrieron todo el cuerpo antes de volver a mirarla a la cara.

—Gracias, Rosewood. Lo tendré en cuenta —murmuró.

Asintiendo una última vez, se excusó y se dirigió a la puerta. Cuando se dio la vuelta para cerrar las puertas de la biblioteca, lo vio mirando la mesa y organizando lo que fuera que estaba investigando.

Cenó sola en su habitación aquella noche, leyendo detenidamente un libro grueso con referencias a los tatuajes mágicos en alguna parte. Leyó tres capítulos, hasta que un agotamiento abrumador le empujó los párpados, pidiéndole dormir.

—Rosewood, despierta.

Abrió los ojos y se sobresaltó por la presencia de alguien en su habitación. Estaba completamente oscuro.

Había una vela encendida a su lado que dejaba ver a Serena inclinada sobre la mesita de noche, sacudiendo una mano para apagar una cerilla.

—Tranquila, cielo —susurró Serena, pero le temblaba la voz y no era capaz de mirarla a los ojos—. Tranquila —volvió a decir, más para ella.

—¿Qué...? —Briony se quedó callada, boquiabierta al ver a Toven al otro lado de su cama con otra vela. Tenía una caja de cerillas en los dedos, que soltó junto a la vela sin encender.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, incorporándose en la cama.

—Ven. —Serena le destapó las piernas y fue a cogerla—. Acompáñame.

Briony salió de la cama. El corazón le palpitaba en los oídos. Serena la llevó hasta el baño mientras Toven se movía al centro de la habitación para abrir un portal.

Serena cerró la puerta tras ellas, y Briony parpadeó, asimilando lo elegante que estaba Serena Hearst en camisón, sin maquillaje, sin ropa hecha a medida. Tenía un camisón blanco colgado del codo, y la cara pálida a juego.

—Quítate el camisón —susurró Serena.

Briony tragó mientras su mente pedía respuestas. Pero algo le dijo que obedeciera.

—¿Vamos a algún sitio? —dijo.

—No, cielo. Hay... Alguien está...

Observó a Serena buscar las palabras. Briony abrió muchos los ojos, cada vez más asustada, y con la respiración cada vez más acelerada. ¿Mallow?

—Tendremos visita a primera hora de la mañana —consiguió decir por fin Serena—. No sé por qué. Nos han dicho que te tienen que hacer un examen médico.

Briony se quitó el camisón de algodón con los dedos temblorosos, anteponiendo el miedo al pudor, mientras Serena le metía el de seda blanca por la cabeza.

—Vale —dijo con voz ronca. Sintió escalofríos cuando la seda le rozó la piel. ¿Por qué cambiaba el algodón por la seda?—. ¿Y para qué es esto?

—Hay un antiguo hechizo. Algo que se utilizaba sobre las hijas..., un ritual.

Briony se quedó helada de miedo, pero dejó que Serena le cubriera las piernas con el camisón. Unos dedos le colocaron la melena a un lado. Sintió algo frío por los hombros cuando Serena le puso un collar de cristal.

—¿Qué clase de ritual? —No reconocía el sonido de su propia voz. El cristal vaciló contra su piel. Mágico. ¿La seda también formaba parte del ritual?

Los ojos azules de Serena se encontraron con los suyos. La atravesaron, estudiándola.

—Podrán ver que tu virginidad está intacta —dijo en voz baja—. Así que vamos a quitártela.

A Briony se le puso la piel de gallina y sintió el peso del camisón de seda sobre los hombros. Estaba esperando a que las palabras cobraran sentido.

Una llamada apresurada a la puerta del baño.

—Una y cincuenta y ocho. —El tono entrecortado de Toven resonó a través de la puerta, anunciando la hora. Su cuerpo se sacudió y Serena la agarró por los brazos para llevarla fuera.

Toven se hizo a un lado para dejarlas pasar, con los ojos clavados en el reloj. El portal era un agujero en el medio de la habitación. Serena la llevó hasta la cama y la empujó para que se sentara.

Su mente fue consciente de sus circunstancias cuando Serena se arrodilló ante ella, produjo un cuenco de agua, hundió los dedos, y se los pasó a Briony por los ojos y los labios.

Había un ritual.

Un ritual para engañar al hechizo de virginidad. El que le habían hecho para decidir su precio de subasta.

Serena susurró algo contra el cuenco de agua, algo en otro idioma, luego se lo llevó a los labios y se bebió la mitad. Briony miró a Toven. Estaba clavado a la moqueta, con la mandíbula apretada.

Esto era lo que había estado investigando. Quería encontrar este ritual. No la había dejado que lo ayudara.

El reloj marcó las dos de la madrugada, Toven se apartó del portal y la miró con los ojos grises.

Serena empujó el cuenco de agua a los labios de Briony. Briony se bebió el resto del líquido, mirando a Toven por encima del borde. Él la miraba fijamente mientras bebía.

Ayer sabía que iban a venir. Sabía que la encontrarían sin tocar, y saqueó la biblioteca en busca de una solución para este problema.

A Briony se le entrecortó la respiración al darse cuenta de que se había saltado la solución más sencilla.

Serena colocó el cuenco en la mesita de noche y se subió a la cama doblando con elegancia las piernas. Guio a Briony para que se sentara delante de ella, las dos mirando hacia el portal. Toven se acercó a los pies de la cama y apoyó la mano en el poste sin apartar la mirada del reloj.

Ella abrió la boca para romper el silencio, para preguntar por el hechizo y cuestionar la investigación, pero las palabras murieron en su garganta cuando el portal crepitó y apareció Orion Hearst.

Capítulo 40



El corazón le latía con fuerza en el pecho.

Orion la miró, vestida con seda blanca, esperándolo en la cama.

Toven dio un paso adelante, se sacó un libro del bolsillo y lo abrió.

—Traducido del starkish —dijo Toven—. He comprobado la traducción y es correcta. —Se puso junto a su padre en el portal mientras se cerraba tras él—. He subrayado los pasos. La vela, la sangre, el encantamiento...

Orion Hearst levantó una mano para callar a su hijo.

—Déjame ver, Toven. —Cogió el libro y pasó las páginas con determinación. El aire alrededor de Toven parecía vibrar con energía retorcida.

Orion giró una página y se detuvo. Arqueó una ceja. Briony observó cómo movía los ojos rápidamente por la misma página hasta que los levantó para mirarla.

Cerró el libro de golpe. Orion la examinó y dijo:

—¿Y si no funciona?

—Funcionará. —La boca de Toven era una línea tensa.

—¿Y si no?

—Pensaré en otra cosa.

Pero Orion no estaba mirando a su hijo, la estaba mirando a ella. Ella parpadeó, sintiendo que la pregunta le quemaba bajo la piel.

«Si no funciona, ¿lo harás de la forma más sencilla?».

Briony tragó y asintió de forma casi imperceptible.

Orion volvió a deslizar la mirada al texto, buscando entre las palabras, casualmente, como si estuviera mirando un escaparate. Se suponía que estaba en Camly del Sur. Solo podía irse de allí en caso de emergencia. Lo habían traído para un ritual oscuro ilícito y tenía la osadía de comportarse como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Como si sus vidas no estuvieran en juego.

Toven retorció los dedos. La respiración de Serena le movió el pelo.

Orion cerró el libro y se lo devolvió a Toven. Miró el reloj y se giró hacia ella.

—Listo.

—Déjame ver el libro —dijo Briony, demasiado fuerte para el silencio de la habitación—. Déjame leer antes...

—No hay tiempo, señorita Rosewood —dijo Orion. Briony notó la determinación en su voz mientras se acercaba a la vela sin encender junto a la cama.

—¿Qué hace? —Se giró para mirar a Serena, luego a Toven, que estaba junto a la ventana, observando en silencio.

—No te preocupes, cielo —le susurró Serena al oído.

Orion raspó la cerilla y las llamas sisearon al prender la mecha.

La única luz en la habitación provenía de dos velas que proyectaban sombras contra sus pómulos.

Serena se cruzó de piernas y guio a Briony para que se tumbara con la cabeza en su regazo. Se quedó mirando el dosel mientras la cabeza le daba vueltas.

¿Quién venía? ¿Por qué iban a comprobar su virginidad? ¿Por qué ahora?

Y, entonces, desaparecieron todos los pensamientos de su cabeza cuando Orion se subió a la cama.

Sacudió las piernas, casi golpeándolo mientras sus largas extremidades gateaban como una pantera para sentarse a su lado. Serena le agarró los brazos para tranquilizarla, para que se estuviera quieta.

—¿Qué conlleva este hechizo? —repitió, con la voz quebrada y seca en la garganta.

Las facciones calmadas de Orion adoptaron una sonrisa de superioridad.

—No temas, señorita Rosewood. Simplemente quédate quieta y piensa en Evermore.

—Orion —le advirtió Serena.

El pulso de Briony se desbocó bajo los dedos de Serena, luchando por salirse de su pecho. Y antes de que pudiera hacer otra pregunta, Orion se sacó un cuchillo de la túnica, otra vez con la máscara impasible. Briony miró boquiabierta el brillo de la hoja mientras él la sujetaba firmemente por la clavícula. Con un movimiento rápido, el cuchillo le hizo un corte poco profundo a la altura del corazón, ni siquiera le dio tiempo a estremecerse. Orion pronunció una oración silenciosa, como un hilo starkish que le rozaba la frente.

Miró a Toven, bañado por la luz de la luna junto a la ventana, observando con la mano cubriéndole la boca. Sus ojos se encontraron.

Y las velas se apagaron.

La oscuridad fue como una inmersión en agua helada. Si no hubiera tenido la presión de los dedos de Serena en las muñecas, habría chillado.

El tono frío de Orion derramó palabras antiguas sobre su cara. Se movió hacia atrás, sobre su vientre, y sin rozarlo, siguió entonando cánticos.

Con lo poco que sabía de starkish entendió palabras como *lobo* y *protección*.

Levantó la cabeza hacia donde estaba Toven de pie en un rincón, y su mente aturdida se imaginó viendo el blanco de los ojos reflejándole la oscuridad.

Sintió un tirón punzante en el vientre, como el peor dolor menstrual que hubiera tenido jamás. Ahogó un grito mientras sacudía el cuerpo. Serena la sujetó y Orion elevó la voz para seguir con los cánticos.

Parecía que sus intestinos se estaban peleando por moverse en direcciones opuestas. Briony se retorcía, intentando estirar el cuerpo en una posición que aliviara el dolor, pero sintió un desgarro en el bajo vientre.

Gruñó, y el suelo crujió cerca de la ventana.

Un chasquido ahogado, como si algo dentro de ella se hubiera dislocado. Apretó los ojos por el dolor, dejando fuera la oscuridad.

Y entonces una oleada de paz. Como un rayo de sol. Se le relajó el vientre.

Abrió los ojos, rezando por que hubiera funcionado, y vio la cara de Orion Hearst escudriñándola a la luz de las velas.

No. No eran velas. Había una bola del tamaño de su puño planeando sobre su barriga. Como el hechizo que la enfermera le lanzó hace unos meses, brillando de un blanco tan intenso que parecía azul.

Proyectaba sombras por la habitación en completa oscuridad, dándole calidez a la mirada gris de Orion.

Los dedos de Serena se enhebraron en su pelo suavemente, mientras todos los ojos miraban fijamente la bola de energía que simbolizaba lo que aún no le habían arrebatado. Observó la luz fluctuar como si unas pequeñas alas de hada la mantuvieran a flote.

Apareció un tarro de cristal que cubrió despacio la esfera, y luego se cerró. Toven enroscó la tapa mirando atentamente el destello de la luz. Sus ojos bailaban con su brillo, y se le separaron los labios de asombro.

Sujetó el tarro con una mano y colocó un ramo de flores blancas sobre el vientre de Briony con la otra. Lanzó el hechizo de Detección de Virginidad sobre ella. El escaneo le recorrió de la cabeza a los pies y luego se dirigió al centro. Cuando la magia le llegó al abdomen, los cuatro observaron aguantando la respiración.

El ramo no se prendió como lo había hecho cuando dio positivo en pureza.

No sabía qué se suponía que debía pasar si no era virgen. No lo había visto.

Nadie se movió. Escuchó a Toven tragar.

—¿Ha funcionado? —susurró.

Una pausa. Y luego:

—Eso parece. —El aliento de Serena le acarició el pelo.

Orion volvió a invocar el encantamiento y observaron que los resultados fueron los mismos.

Orion se puso de pie de un salto, mirándola, y luego a Toven.

—Si ocurre algo, no podréis contactar conmigo hasta mañana por la tarde.

La luz del tarro de cristal que sujetaba Toven proyectaba sombras inquietantes en la cara de Orion. Se giró, deslizando la mano y

utilizando su sangre para abrir un portal que lo sacara de la mansión. Entró en el vacío sin mirar atrás.

Con un movimiento de la mano, Serena encendió una tenue luz en los candeleros. Salió de la cama y recogió las velas del ritual.

—Siento todo este jaleo, Briony, querida —le dijo sin mirarla—. Descansa. Hablaremos por la mañana. —Lanzó una mirada seria a Toven antes de salir y cerró la puerta con delicadeza.

Briony respiró varias veces antes de incorporarse. Se sentó en la cama con el camisón blanco y las sábanas manchadas de la sangre de su pecho. Miró a Toven Hearst, que sostenía su virginidad en las manos.

El alivio en su cara se disipó y se puso pálido al mirarla. Colocó el tarro con cuidado en la mesita de noche.

—Es mejor que esto se quede aquí. —Tragó—. Guárdalo bien. Podría... En el mercado negro podría tener bastante valor, así que es mejor que lo tengas escondido en tu habitación.

Ella miró la luz y parpadeó. Seguía siendo la fuente de luminosidad en la habitación, incluso con los candeleros encendidos. Se preguntó si debería sentirse diferente.

—Siento las prisas —dijo, cambiando el peso de una pierna a otra —. Me avisaron ayer por la tarde. El hechizo tenía que hacerlo mi padre y no estaba seguro de poder siquiera...

—¿Por qué le puede importar a Mallow que sea o no virgen? —preguntó.

Toven apretó los labios.

—Liam me avisó de que Canning había pedido una audiencia con Mallow. Sospecho que quiere vengarse por la prohibición de su elixir.

Briony se miró los pies descalzos.

—Vale, pero... ¿qué más le da a Mallow? Los que te presionaban para intimar conmigo eran tus amigos, no Mallow.

Toven cerró los ojos y respiró hondo, como para coger fuerza.

—Mallow me ha dejado claro que apoya cualquier forma de sacarte el máximo poder posible —dijo con cuidado.

A Briony se le hundió el corazón. Magia Sagrada.

De pronto, Briony recordó la primera vez que la llevaron ante Mallow.

«Diviértete con ella, Toven. Estoy ansiosa por ver lo poderoso que serás una vez que entables el vínculo con ella».

Eso fue justo después de que Mallow descubriera que Briony tenía sentimientos hacia Toven, justo después de descubrir que era posible que Toven ni siquiera necesitara persuadir a Briony para...

Sintió náuseas. No se podía creer que hubiera una mujer en el mundo que le deseara algo así a otra mujer.

Pero volvió a centrarse en el problema que les ocupaba.

—Quiero ver tus investigaciones —dijo Briony—. Quiero informarme sobre el hechizo.

Él asintió, con la mirada distante pero dirigida al tarro.

—Claro. Mañana, después de que...

Ella frunció el ceño.

—Ahora. Estoy despierta. Tú estás despierto. —Se levantó torpemente de la cama, con el largo camisón de seda enredándose entre sus piernas. Desenmarañarlo la acercó a él.

Los ojos de Toven se desviaron un instante al corte de su pecho. Briony se preguntó si estaba pensando en la última vez que derramó sangre sobre el pecho de un camisón.

Toven tragó.

—Deberías descansar.

—Dame el libro —exigió ella.

Él siempre le estaba ocultando información, sobre todo si la involucraba directamente. Sintió una irritación punzante en el pecho.

Pero esta vez debía de haber cambiado algo. Le entregó el libro, y observó cómo lo agarraba y lo abría por las páginas marcadas.

Estaba en starkish.

Lanzó un hechizo de traducción y respiró hondo, concentrándose en las palabras a medida que se reordenaban. Ya estaba hecho. No había nada que pudiera hacer para cambiar lo que había pasado o cómo había pasado. Solo necesitaba conocer los detalles.

Era un diario. Un artículo de un mago de hacía miles de años, mucho antes de que empezaran a medir el tiempo después de Vindecci. Detallaba un ritual para proteger la «pureza» de su hija del «lobo».

Dos velas. Dos progenitores. La madre limpia, el padre purga.

Cerró el libro de golpe, con las mejillas ardiendo de la rabia y la vergüenza. Se dio la vuelta hacia Toven, lista para liberar toda la rabia contenida.

Sintió una mano cálida en el hombro. Él estaba mirando la sangre que se derramaba del corte junto a su corazón. Levantó una mano y lanzó un hechizo para coser la piel. No levantó la mirada de su pecho mientras el corte se curaba.

—¿Y si no hubiera funcionado? —le preguntó Briony con un hilo de voz.

Él dio un paso atrás y se pasó una mano por el pelo.

—Pues habría pensado en otra solución. En otro hechizo.

Briony se preguntó en qué momento habría entrado en su habitación, la habría sujetado sobre la cama y la habría penetrado.

¿Unos minutos antes de que llegaran las visitas? O a lo mejor habría dejado que murieran todos.

—¿Y si no hubieras encontrado otro hechizo? ¿Cuándo pensabas consultarme y pedirme mi opinión al respecto?

Él parpadeó y luego apartó la mirada hacia la estantería.

—Esperaba encontrar algo como un encantamiento. Algo para engañar al hechizo de Detección. —Tragó—. Esperaba...

—Esperabas que no me enterara nunca —terminó ella por él. Le vibraba la piel de ira—. Lanzar un hechizo y barrerlo bajo la alfombra.

Toven apretó los labios con fuerza.

—¿Es que no entiendes que podrían estar investigándonos? Mañana por la mañana te examinarán por orden de Mallow, y no tenemos ni idea de por qué...

—Lo entiendo perfectamente, gracias —soltó ella—. También entiendo que tuviste doce horas en las que pudiste haberme contado lo que estaba pasando. —Toven cogió aire para interrumpirla—. Para informarme del problema y poder encontrar una solución juntos, pero preferiste sorprenderme...

—Mi familia está en peligro, Rosewood.

—¿Y la culpa es mía?

—¡A veces, tengo que actuar sin tu permiso para hacer lo que es mejor para mi familia! ¡No solo para ti, para los cuatro!

Los labios de Briony se abrieron en un grito mudo.

Toven abrió mucho los ojos tras darse cuenta de lo que acababa de decir. Cerró la boca y el horror le ensombreció la cara. Antes de que ella pudiera seguir insistiendo, se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Briony siguió boquiabierta mirando el vano vacío durante unos minutos, hasta que se sentó en una esquina de la cama. Se quedó mirando la luz titilante del tarro en su mesita de noche, escuchando en sus oídos el eco de Toven llamándola familia.

A las siete de la mañana, Toven llamó a la puerta de su habitación.

—Han llegado. —Tenía una voz inexpresiva. Y los ojos fríos.

Ella llevaba horas vestida, no había podido dormir. Parecía que a él le había pasado lo mismo. Los dos se habían resignado a lo que fuera que les deparara el destino.

Cerró la puerta de su habitación al salir y siguió a Toven al salón de la planta de abajo.

Briony analizó rápidamente la habitación. Serena. Un hombre y una mujer con uniformes de enfermeros a los que no conocía. Cohle. Y, girándose para recibirlos con una mirada lasciva y sonrisa engreída, estaba Reighven.

Se tambaleó. Tenía un nudo en el estómago y clavó la mirada en el suelo.

Toven ralentizó el paso, pero no mostró ninguna otra reacción.

—Cohle. Reighven —saludó.

—Disculpa que hayamos venido tan temprano, Hearst —dijo Cohle sin una pizca de remordimiento—. Pero tu madre me ha dicho que sois todos bastante madrugadores en la Mansión Hearst. —Sonrió a Briony y a Toven.

—Sí. Gracias por tu hospitalidad, Serena —dijo Reighven guiñando un ojo.

Serena dio un paso adelante.

—Es un placer, Lag. —Puso una ínfima sonrisa—. Pero preferiría que me llamaras señora Hearst.

Briony miró el suelo de piedra. Tenía la piel fría y la respiración acelerada.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Toven. Se cruzó de brazos y se movió frente a ella.

—A Reighven y a mí nos han encargado la tarea de comprobar a todos los latientes —dijo Cohle—. Ha habido algún que otro

problema y Mallow nos ha pedido que hagamos un control. —Su voz arañó a Briony por la espalda.

La enfermera conjuró una camilla y le indicó en silencio que se subiera. Briony se dio cuenta de que la habían silenciado.

Palmeó la mesa y la miró fijamente mientras Briony se subía, obediente.

—Parece que por fin has aprendido a comportarte, princesa —dijo Reighven.

—Tengo que pedirte que no te dirijas a mi latiente —dijo Toven con frialdad—. Puedes hablar conmigo si tienes una orden directa para ella.

Briony se tumbó bocarriba con la mente entumecida. Respiró hondo para meter aire en sus pulmones vacíos. «Un lago de aguas tranquilas».

—¿Qué problemas? —preguntó Serena—. ¿Qué ha ocurrido con otros latientes?

Los enfermeros se asomaron sobre ella y lanzaron varios análisis en silencio.

—Una de ellas no estaba debidamente esterilizada —respondió Reighven.

Y Briony sintió que la habitación se sacudía y se desmoronaba delante de sus ojos.

Hubo un silencio denso mientras los enfermeros le hacían las pruebas.

La única otra mujer a la que ella sabía que tenían que esterilizar era a Phoebe, la otra Rosewood superviviente. ¿Se había quedado Phoebe embarazada?

Le tembló el pecho.

Iban a arrebatarle de nuevo la fertilidad. Esa posibilidad. Esa pequeña oportunidad de un futuro.

El enfermero le dio unos golpes suaves en el hueso de la cadera izquierda. Apareció una luz roja. Pasó al otro lado y, con el mismo movimiento, una intensa luz verde iluminó la cara del hombre.

Una pausa, como saltarse un escalón. Sintió que todos los ojos miraban su cintura. No se atrevía a mirar a Toven.

Y entonces un «¡Ja!» punzante con la voz desgarrada de Reighven. Se rio y la habitación tembló.

—Dos meses con una zorra fértil, ¿y no se ha preñado? ¿Has comprobado que tus muchachos sepan nadar, Hearst? Conmigo ya tendrías trillizos...

—Ya es suficiente, Lag —dijo Serena—. Por favor, compórtate con modales mientras estés en mi casa.

Reighven resopló. Respiró como para decir algo más, pero se lo pensó mejor. Se dio la vuelta hacia el enfermero.

—Comprueba su virginidad.

La habitación se tensó. Cohle se rio.

—Toven, estoy seguro de que te la has follado —dijo Cohle.

—Caballeros —advirtió Serena.

—Quiero pruebas —dijo Reighven—. Hazlo.

La enfermera conjuró un ramo de flores blancas. Briony aguantó la respiración mientras el escáner que ya conocía le recorría todo el cuerpo. Se centró en el abdomen y se detuvo. No encontró nada. Briony casi lloró de alivio.

—¿Ves, Lag? Por todas las piedras... —Cohle suspiró—. En fin, vamos a terminar con esto. Completad la esterilización.

La habitación enmudeció.

El enfermero dio un paso adelante.

Briony se preparó para el dolor punzante que ya sintió la última vez que le cortaron las trompas. Miró más allá del brazo del

enfermero, hacia el techo, y respiró hondo, concentrándose en todo menos en la imagen de unos niños con sus rizos y ojos grises...

—No... —Alguien carraspeó—. Es de mi propiedad. ¿No tengo nada que decir?

Briony tragó y parpadeó rápido. Un silencio denso que cayó como la nieve.

—¿Por qué, Hearst? ¿Quieres cachorros? —Reighven se rio.

Cohle murmuró:

—La chica Rosewood y todas sus parientes deben ser esterilizadas. Y estoy seguro de que sabes por qué.

—La de Carvin tampoco estaba bien esterilizada y nos encargamos ayer de resolverlo.

Phoebe. A Briony se le aceleró el pulso.

Parecía que Toven no tenía más argumentos.

Briony vio cómo se desvanecía la luz verde sobre su cadera, parpadeando hasta dejar de existir.

Sentía las extremidades pesadas. Se sentía fría e inútil. El dolor le pinchaba detrás de los párpados.

Pasaría pronto.

El enfermero levantó las manos y las colocó sobre su cadera. Briony apretó los ojos mientras él se preparaba para lanzar...

Sonó un chasquido de viento junto a ella. Hubo un grito ahogado repentino y una ráfaga de aire.

Briony abrió los ojos y escuchó un gruñido a su derecha, seguido de un estruendo.

—¡Madre!

Briony se incorporó y saltó de la cama. Toven llegó a su lado en un abrir y cerrar de ojos.

El enfermero estaba en el suelo, a varios metros, con la cara aturdida, como si no entendiera cómo había llegado hasta ahí.

Reighven estaba contra la pared del fondo, con la cabeza hacia un lado, inconsciente.

Serena Hearst tenía las manos estiradas, con la magia chisporroteando entre los dedos mientras miraba a Cohle, que parecía tan impactado como Briony.

—Me temo que no puedo permitiros hacer esto —dijo Serena, con la voz grave y oscura, y los ojos clavados en Cohle—. La señorita Rosewood está bajo mi protección.

Capítulo 41



—¿Qué demonios has hecho? —susurró Cohle.

A Briony le latía con fuerza el corazón. Miró a todas las personas allí presentes, intentando entender qué había sucedido.

Toven estaba a su lado, con la respiración acelerada contra su oído. La enfermera estaba inmóvil al otro lado de la camilla, sin nada que indicara que fuese a levantar las manos para lanzar un hechizo. El enfermero estaba tumbado y quieto, sin saber si levantarse era lo mejor. Reighven estaba inconsciente.

Y Cohle y Serena Hearst estaban mirándose, con la magia crepitante.

—Vigila a los enfermeros, Toven —dijo Serena. Y balanceó las manos en un arco amplio.

Cohle fue rápido en invocar un escudo que se deslizó por el aire.

Briony observó asombrada a los dos moviéndose por la habitación. Serena lo hacía con fluidez, capturando la magia de Cohle y devolviéndosela. Los movimientos de Cohle eran torpes y lentos.

Toven agarró una esquina de la camilla y la tiró al suelo, empujando a Briony detrás.

—No te muevas —dijo.

Luego se puso de pie y extendió las manos hacia los dos enfermeros. La mujer se deslizó hacia él con un gruñido, pero el hombre bloqueó el hechizo y se puso de pie. Toven le lanzó más hechizos, pero los bloqueó todos.

La enfermera cayó de rodillas cerca de Briony, y Toven la mantuvo en el suelo con una mano mientras con la otra hacía un círculo para atrapar al segundo enfermero.

Se rompió una ventana de arriba y Briony se protegió la cabeza del cristal. El ave marina de los jardines de los Hearst apareció de pronto y bajó en picado para atacar a Cohle justo cuando apuntaba al corazón de Serena. El albatros viró en el aire para acompañar a Serena en su lucha contra Cohle.

Toven se tambaleó sobre una silla vacía y, antes de poder erguirse, la enfermera huyó. Serpenteó por el salón y salió por la puerta.

Briony se puso de pie entrando en pánico, pero Toven se interpuso en su camino.

—Que no salga de aquí —dijo, señalando con la cabeza al enfermero, y salió corriendo detrás de la enfermera.

Briony miró a Serena y a Cohle, que desviaban bloqueo tras bloqueo, y hacían volar los muebles. Luego miró al hombre que estaba en el suelo e intentaba ponerse de pie de nuevo.

Se agachó detrás de la mesa para esconderse y palmeó el suelo. El hombre se cayó. Briony se asomó por la camilla y lo vio tirándose de las piernas, confundido. Le había pegado los zapatos al suelo. Era muy básico, pero estaba algo oxidada y no debería estar practicando magia.

Gateó al otro extremo de la camilla volcada y se asomó para mirar a Reighven, que seguía inconsciente.

El enfermero empezaba a despegarse las botas cuando Briony volvió al otro lado. Agitó las manos y él se cayó hacia atrás. Poco original, pero necesitaba aguantar.

Serena gritó y Briony intentó concentrarse, intentó recordar todo lo que había aprendido sobre las batallas en espacios reducidos.

Levantó la mirada hacia los retratos de los antepasados de la familia Hearst que colgaban en las paredes, luego agarró uno con su magia y lo desenganchó de la pared. Lo envió flotando hacia Cohle, que estaba de pie sobre Serena mientras ella se retorcía y el albatros lo arañaba.

El retrato voló hasta su lado y le clavó la esquina bajo las costillas, justo como ella pretendía.

Serena se puso de pie torpemente y evaluó a los presentes, buscando a Toven. Abrió mucho los ojos, alarmada, y Briony se giró justo para ver el uniforme del enfermero desaparecer por la puerta.

Briony salió corriendo. Tenía que confiar en que Serena pudiera con Cohle. Tenía que confiar en que Reighven no iba a despertarse. Cada golpe de sus pies contra el suelo de mármol era un deseo en el que necesitaba confiar.

Se paró derrapando fuera del salón y miró a la izquierda, luego a la derecha. Vio al hombre corriendo hacia la entrada principal. Briony extendió los brazos y luego los encogió contra el pecho: el hombre tiraba y tiraba de las puertas, pero no se movían.

Briony se agazapó tras una esquina cuando él se dio la vuelta para correr en dirección contraria, desesperado por salir.

Le había quedado claro, por la pelea con Toven, que no era un sanitario entrenado para el campo de batalla. Seguramente nunca

hubiera visto una batalla. Se habría sentido mal por él si sus vidas no dependieran de que no escapara.

Si salía y revelaba lo que había hecho Serena...

Si le contaba a alguien que no estaba esterilizada...

Briony se agachó por un pasadizo que sabía que era un atajo. Se deslizó hasta el salón opuesto, solo unos pasos por delante del hombre. Él se detuvo de pronto, tan repentinamente que se tambaleó y cayó de espaldas, mirándola con pánico en los ojos.

—No quiero hacerte daño —dijo ella jadeante—. No te vamos a matar. Es solo que no te puedes ir.

El corazón le latía rítmicamente en el pecho. Esperaba estar diciéndole la verdad.

Él se alejó de ella, moviendo la boca desesperado con palabras a las que no podía darles voz. Briony se llevó los dedos al cuello, con el mismo gesto que hizo Serena cuando llegó aquí. Le devolvió la voz.

Él se llevó las manos al cuello sorprendido. La miró de la cabeza a los pies.

—Tienes magia —dijo. Tenía la voz áspera, como si llevara meses sin usarla.

—¿Eres un prisionero? —preguntó ella. Se puso de rodillas para no estar por encima de él—. ¿Te tienen encerrado?

Él asintió.

—Mi hermana está..., la tienen ellos. —Tenía los ojos desolados—. ¿La has visto? Está en Biltmore Palace.

Briony levantó las cejas. No había tiempo para esto, pero no podía ignorar su angustia.

—¿Cómo se llama?

—Maggie. Tiene el pelo oscuro, como yo.

—Estaré pendiente, pero no la conozco, no. —Extendió una mano —. Lo siento mucho, pero tienes que venir conmigo...

—¡Los dos estábamos en la unidad médica de tu padre! —Parecía que las palabras le raspaban—. ¡Los dos servimos para ti!

Briony lo miró parpadeando.

—¿Eres eversun?

Él sacudió la cabeza con lágrimas en los ojos.

—¿Acaso siguen existiendo?

Briony pensó con rapidez. Este hombre era un prisionero como ella. ¿De verdad era capaz de enviarlo de vuelta con sus captores? Antes de saber qué decir, las palabras le salieron solas de la boca.

—Si te dejo ir, no puedes decir nada de lo que has visto hoy.

Él negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos.

—Pero no me puedo ir. Matarán a Maggie...

—Les diremos que estás muerto —se apresuró a decir Briony—. Lo que tenga que ocurrir esta noche..., luego habrá que limpiar bien. Estarás muerto, te lo juro.

Briony estiró la mano, ofreciéndole un trato.

Él aceptó con los dedos temblorosos.

—¿Qué quieres?

—Nada. Ve a buscar a los rebeldes. Sammy Meers. Una mujer que se llama Velicity Punt va con él. Tiene solo un brazo. Se los vio por última vez en el norte.

—¿Por el tatuaje? —El enfermero frunció el ceño.

Briony asintió. El corazón se le iba a salir del pecho mientras le agarraba la mano con firmeza.

—Dile a Sammy...

Se calló. Era demasiado. Ni siquiera estaba cerca de tener una respuesta sobre los tatuajes.

—Dile a Sammy que estaré esperando su señal.

Briony se puso de pie, sujetándole aún la mano, y él la acompañó. Ella abrió la boca para decirle adónde ir.

—Cordelia Hardstark está ahora en el castillo del Sillón. El que está en las montañas —dijo él. Le salían las palabras a borbotones.

Briony le apretó la mano.

—¿Estás seguro?

Él asintió.

—Es la favorita de Mallow. No sé exactamente qué le hace, pero la he curado una vez.

Se le heló la sangre en las venas y asintió con rigidez.

—Ve hacia allí —dijo, indicándole con el dedo—. Corre hacia el principio del bosque y abre un portal.

Cuando él separó la mano de la suya, la calidez abandonó su cuerpo y tuvo la sensación de que todas sus decisiones estaban destinadas al fracaso.

¿Y si lo capturaban? ¿Y si estaba mintiendo?

Él empezó a correr y Briony se dio la vuelta hacia el pasadizo. Los pasos de él golpeaban la convicción contra sus huesos.

—¿Señorita Rosewood?

Se dio la vuelta. Nadie, excepto Serena, la había llamado así sin sarcasmo desde que era princesa. Sentía una esperanza intensa.

—Le pasa algo —dijo el enfermero.

Briony sintió que se le tensaba el pecho.

—¿A Cordelia?

—A Mallow —la corrigió él, y frunció el ceño—. Está... Se puso furiosa al enterarse de que Phoebe Rosewood estaba embarazada. Yo mismo le saqué el feto, pero...

Briony sintió escalofríos por la espalda al pensar en lo que había sufrido Phoebe.

—Hay algo que no consigue obtener. Cree que hay un chico heredero en algún sitio —dijo él.

El enfermero miró intencionadamente a su vientre.

—No soy yo —susurró—. No ha... Toven y yo...

El enfermero se encogió de hombros.

—Si descubre que puedes concebir, matará a todos los que viven en esta casa.

Ella lo miró fijamente. Se percató de algo con una sensación cálida, como un rayo de sol.

Briony aún podía dar a luz al dos veces heredero.

Ella era una Rosewood.

El linaje Rosewood no se acababa con Rory.

Se escuchó un estruendo en el fondo del pasillo y los dos se sobresaltaron.

—¡Corre! —Briony se dio la vuelta y corrió. Los pasos de él hicieron lo mismo.

No fue hasta que volvió al pasadizo cuando se dio cuenta de que no le había dicho cómo se llamaba. Igual que la chica del cabello rubio fresa.

Entró a toda prisa por las puertas del salón donde Serena estaba de pie con los brazos extendidos. El cuerpo de Reighven estaba en el centro de la habitación y la enfermera a unos pocos metros del suyo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Briony jadeando.

Serena la miró.

—¿Dónde está?

No había tiempo de discutir su decisión increíblemente impulsiva.

—Se ha sometido. —Miró a su alrededor—. ¿Y Toven?

—Reighven se despertó —dijo Serena—. Hemos tenido que enfrentarnos. Toven trajo de vuelta a la chica —Serena señaló el

cuerpo con la cabeza—, y luego Cohle salió corriendo. Tengo que mantenerlos inconscientes a los dos.

Briony asintió y salió corriendo otra vez antes de que Serena pudiera preguntar nada.

Cruzó a toda velocidad por la entrada de la mansión y se paró para decidir qué dirección tomar.

Escuchó un aullido chirriante desde la parte de atrás de la propiedad.

Vesper.

Corrió hacia la línea de árboles que daba a la frontera de la propiedad.

Vio un bulto de pelaje gris en el sendero y Briony se tiró al suelo al lado de Vesper.

Estaba viva, pero solo movía los ojos. Tenía sangre en la boca, como si le hubiera clavado los dientes a alguien. La observó detenidamente y descubrió que tenía la espalda rota. Briony gruñó con un dolor empático.

—Te curaremos. Pero tienes que aguantar. —Acarició el pelaje de Vesper.

Parecía dispuesta a arrancarle los dedos a Briony si pudiera moverse.

Briony continuó. Giró hacia los árboles y se paró en seco.

Había dos figuras contorneadas por el sol de la mañana. Una estaba en el suelo, la otra se alzaba sobre el cuerpo caído, y el corazón de Briony rogó por que Toven fuera el que estaba de pie.

Respiró profundamente, tiró del hilo en el centro de su mente. Su cuerpo desapareció, se hizo invisible. Empezó a correr.

Corrió con todas sus fuerzas sin necesidad de acecharlos.

Cuando vio que Toven era el que estaba en el suelo, con el pelo gris pálido bajo la luz del sol, las piernas se le movieron más deprisa.

El cuerpo de Toven convulsionaba y se retorcía de dolor.

—¿Eres consciente de los problemas que tenéis, muchacho? —La voz maliciosa de Cohle la alcanzó conforme se acercaba—. No. No tienes ni idea de lo que está haciendo tu padre en Camly del Sur, si no su mujer y su hijo no habrían sido tan imprudentes.

Briony se colocó a una distancia prudencial y empujó con todas sus fuerzas. Cohle salió disparado y aterrizó en el césped.

Se dio cuenta de su error demasiado tarde.

Había caído tan solo a un metro de la barrera. La barrera que él podía cruzar para abrir un portal.

Toven cogió aire, ansioso, y se puso de pie al mismo tiempo que Cohle.

Briony se acercó más. El pánico obligó a ceder a su invisibilidad. Se miró las manos, visibles, mientras las levantaba para arrastrar a Cohle hacia ella y apartarlo de la barrera.

Cohle la bloqueó y la miró fijamente. Sonrió.

—Ah, ya veo. Eres muy listo, Toven Hearst —dijo, mirando entre los dos—. Eres un traidor de Bomard y del ama Mallow. ¡Tu zorra tiene magia!

Briony estiró las manos, arrancó un árbol de raíz y lo lanzó para que cayera sobre Cohle. Él se agachó y corrió hacia delante para esquivarlo. El tronco cayó entre él y la barrera.

A Toven le temblaban las manos de agotamiento cuando las levantó, y Briony supo que la herida de Vesper debía de haber afectado mucho a su magia.

Ella se puso delante de él y deslizó los brazos hacia Cohle.

Él la esquivó y se rio por lo bajo.

—¿Va a pelear por ti, Toven? —Cohle levantó las manos y, sin que a Briony le diera tiempo a bloquearlo, sintió el dolor de mil cuchillos clavándose en su piel.

Briony gritó hasta que paró, luego se desplomó en el césped, mirando al sol.

Toven se puso de rodillas a su lado. Ella se tumbó de costado. Toven apenas era capaz de tenerse en pie.

Briony se levantó. Cohle se acercó a ellos con un tajo en la cara, como si le hubieran cortado con una espada. Toven debía de haber usado lo poco que le quedaba de magia del corazón.

Cohle los miró fijamente.

—Disfruta de los últimos instantes con tu eversun, Toven. Cuando Mallow descubra lo que ha pasado en la Mansión Hearst, será el fin de vuestro linaje.

Cohle se dio la vuelta y pasó lentamente sobre el tronco derrumbado en dirección a la barrera de la propiedad.

«No puede abrir un portal. No puede llegar hasta Mallow».

Eso fue todo lo que Briony escuchó mientras se ponía de pie con la magia en las venas.

Y las palabras del enfermero resonaban fuertes y claras en su cabeza: «Si descubre que puedes concebir, matará a todos los que viven en esta casa».

Briony extendió una mano y, con el encantamiento que fue incapaz de completar hacía tan solo dos meses en la mazmorra Trow, se imaginó el corazón de Cohle en la palma de su mano.

Y apretó.

Cohle estaba a dos pasos de la barrera cuando se paralizó con la mano en el pecho.

Un subidón de poder la inundó mientras caía de rodillas, jadeando... hasta que desapareció, llevándose una parte de ella.

Tenía la mano en un puño y Cohle yacía muerto en el césped. Su cuerpo había caído al otro lado de la barrera.

Y, dentro de ella, solo había oscuridad y muerte.

Capítulo 42



Un año antes

Tras la coronación apresurada de Rory el día después de la muerte de su padre, las fronteras de Evermore volvieron a cerrarse, pero la milicia bomardi y los espías ya habían entrado en el país durante ese tiempo que Evermore había pasado sin rey. Entre los ataques desde el interior y las pérdidas diarias en la frontera, el tamaño de Evermore era cada vez menor.

Briony había quedado confinada en Biltmore Palace durante tres años mientras estuvo bajo asedio y, aunque era su lugar favorito del mundo entero, casi suspiró aliviada cuando Anna vino a decirle que era el momento de hacer las maletas y marcharse al castillo del lago, Claremore.

Era un trayecto de dos semanas a caballo. Briony se negó a ir en el carruaje como un miembro de la realeza mientras había quinientas personas detrás de ellos que iban a pie, sobre todo cuando Rory decidió montarse en su caballo y saludar a los ciudadanos que se iba encontrando por el camino. El general Meers quería que la corte

viajara a través de un portal y dejar que la gente que vivía por los alrededores de Biltmore Palace caminaran, pero Rory se negó. Sacarlos a través de un portal no estaba dentro de las opciones, no solo porque requeriría la sangre de Rory para cientos de portales, sino también porque tantas lágrimas en la barrera que rodeaba Claremore los debilitarían. Las fortalezas desaparecerían antes de que ellos entraran por la puerta.

Finola ralentizó a su caballo para que fuera junto a la yegua de Briony una tarde de la segunda semana.

—Nos quedan unos dos días —le dijo, recogiéndose el pelo en un moño desaliñado para que no se le mojara con el sudor del cuello—. El general y tu hermano se han adelantado a través de un portal.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Hace dos horas. Rory está reforzando la barrera antes de que lleguemos.

—¿Y por qué no se me ha informado? Debería estar con él —dijo Briony.

El pánico la abrumó. ¿Conseguiría Rory lanzar los hechizos de protección de forma adecuada sin que Briony le compartiera su magia?

—Había que hacerlo en secreto —dijo Finola—. Hay desertores en cada esquina últimamente. Eversun que creen que podrán intercambian información por su libertad en Bomard.

—¿Y creen que yo soy una carga? —Briony resopló. Se enderezó el broche de la capa.

—Ya conoces al general. —Finola suspiró—. Era información privilegiada.

Briony resopló de nuevo. El general Billium Meers hacía todo lo que podía para que ella no estuviera presente en las reuniones tácticas. En más de una ocasión, durante ese viaje, se le impidió

entrar en la tienda que usaba el consejo de estrategas. En los últimos tres años, Briony había insistido al general para negociar una vuelta segura de los cuatro estudiantes eversun a los que se habían llevado de la escuela el día del ataque, pero sus peticiones cayeron en saco roto. Rory temía ordenar el movimiento erróneo con respecto a esos presos, así que se aferraba al consejo del general Meers.

—Cuando esto acabe —dijo Briony—, quiero que me lleves a Camly del Sur como dijiste que harías. Quiero aprender a ser útil en la corte y el consejo. Estoy harta de no ser más que un elemento de negociación para este país.

Finola se rio.

—Ten cuidado, que empiezas a hablar como una bomardi.

—Lo digo en serio.

Briony giró la cabeza hacia su prima. Finola se mordió el interior de las mejillas antes de responder.

—Creo que el momento ya pasó —dijo Finola con delicadeza—. Cuando esto acabe, se firmará otro tratado de paz. Los países tendrán que avanzar bajo acuerdos similares...

—Y yo no seré nada más que una garantía para un compromiso —terminó Briony por ella—. Entiendo.

Briony miró hacia delante con la mandíbula tensa.

—No vas a ser la única. Mi hermana Phoebe también. El resto de la corte, también algunos de los hombres, tendrán que cumplir con sus obligaciones para mantener la paz.

Briony miró a Cordelia, que cabalgaba con Katrina y Didion unos metros por delante.

—Menos Cordelia —dijo Briony, sintiendo cómo le surgían los celos antes de que le diera tiempo a ignorarlos.

—Bueno, si tu hermano fuera listo, la dejaría disponible para alguien en la línea, pero es una batalla perdida. —Finola la miró—. Y para ti hay otra opción.

Briony esperó a que la dijera, mirando la espalda de Didion.

—¿Sí?

—Didion Winchester se casaría contigo sin dudarlo —dijo Finola—. Y no hagas como que no has estado alimentando la llama.

Briony la miró incómoda.

—¿Y qué se supone que significa eso?

Finola arqueó una ceja.

—Anna dice que desaparecéis en el muelle todas las semanas.

Briony ahogó un grito y fulminó con la mirada a Anna, que iba al lado de Finola y se encogió de hombros.

—No es todas las semanas. Y lo dices como si fuera de mal gusto. Damos paseos, ya está. —Las mejillas de Briony estaban de un rojo intenso.

—¿Después de medianoche? —apuntó Finola—. Qué buena hora para pasear...

—Tengo veinticuatro años, ¿sabes? —dijo Briony—. No soy una niña que necesita que la vigilen e informen de sus movimientos.

—No he dicho eso.

—Tú también eres una Rosewood soltera —acusó Briony—. ¿Me vas a decir que te has portado superbién todo este tiempo? ¿Que nunca has buscado consuelo en Camly del Sur?

Finola le sonrió con delicadeza.

—Solo estoy diciendo que tienes un camino fácil que tu hermano estará encantado de aceptar. —Bajó la voz para que solo la escuchara Briony—. A no ser que sigas queriendo otra cosa...

—No —dijo Briony rápidamente. Unos ojos grises aparecieron en su mente, como pasaba a menudo—. No. Eso ya se me ha pasado.

—Bien. —Finola respiró hondo y cambió de tema—. Tú y yo seremos las encargadas de invocar las protecciones esta noche. Tendremos que hacerlo en silencio para que nadie sospeche que Rory no está.

Briony asintió. Los Rosewood eran famosos por su magia protectora. Rory lo había estado haciendo todas las noches del viaje sin saber que Briony lo ayudaba.

Finola golpeó al caballo con los talones para que acelerara, dejando a Briony contemplando la mentira que acababa de contar.

El apellido que se susurraba en todas las reuniones de estrategia era Hearst. Orion podía realizar Infartio en dos corazones a la vez, una habilidad inaudita, y se rumoreaba que su hijo tenía el mismo talento. El nombre de Toven estaba junto al de su padre en cada informe del frente, aunque todavía no había llegado ninguno que comentara sus habilidades con Infartio. Briony se preguntaba qué había pasado con el chico que intentó ayudarla a escapar de la escuela bomardi, el chico que dudó cuando su padre le dijo que la dejara allí. No había vuelto a ver a Toven desde entonces, pero había escuchado historias sobre lo letal que era en el campo de batalla.

Cuando la caravana se detuvo para acampar durante la noche, Briony compartió tienda con Cordelia, como solía hacer. Mientras el cocinero empezaba a preparar la cena y los soldados encendían las hogueras, Briony y Finola se encontraron en el centro del campamento y se alejaron de todos los demás para levantar un muro alrededor de las quinientas personas que viajaban con ellas. Briony deambuló entre las tiendas para llevar el escudo hasta los bordes.

Didion la vio en un extremo del campamento.

—¿Estás levantando los escudos de Rory en su ausencia? —preguntó.

Tragándose el cabreo de que Didion tuviera información de los movimientos del rey, Briony asintió.

—Con Finola.

Didion carraspeó y se acercó cuando terminó de lanzar el hechizo.

—Había pensado que igual podíamos desaparecer nosotros un rato —sugirió en voz baja.

Briony se forzó para igualar su sonrisa tímida.

Había intentado enamorarse de Didion. Cada dos semanas durante el último año, Briony y él quedaban cerca del muelle a medianoche para hablar y, a veces, algo más.

Pero incluso ahora, mientras le sonreía con delicadeza, Briony no conseguía ignorar la sensación de que este no era su futuro marido, por muy fácil que lo hiciera parecer Finola.

—He estado pensando —empezó a decir con tacto— que igual podríamos pausar los encuentros hasta que termine la guerra.

A Didion le cambió la cara, pero había que reconocerle que se recuperó rápido.

—Está bien. —Carraspeó—. Lo entiendo. La retirada a Claremore debe de ser muy estresante.

—Lo es —dijo ella, aferrándose a su sugerencia—. Ahora mismo las cosas están demasiado delicadas para... entregarse a frivolidades. —Briony se estremeció en cuanto le salieron esas palabras de la boca, pero no pensaba retirarlas, por mucho que Didion mirara al suelo.

Era cierto que le resultaba frívolo. Puede que para él fuera algo más, pero a ella le resultaba eso, una indulgencia innecesaria.

—El eclipse es dentro de un año —dijo Didion con una sonrisa triste—. Tu hermano tendrá que demostrar que es el dos veces

heredero cuando «el sol brille en la noche», entonces podremos volver a plantearnos todo esto.

—Didion, no hace falta que... me esperes. —Se mordió el labio—. No espero que lo hagas. Quiero decir...

—Esperaría milenios por ti, Briony Rosewood.

Didion tenía la mirada clara y la voz suave. Y, aunque era lo más romántico que nadie le había dicho nunca, Briony no sintió nada.

Didion le dio un beso en la mejilla y la dejó mirando los árboles. Se quedó allí quieta un buen rato, preguntándose por qué no aceptaba de una vez el cariño de Didion y vivía tranquilamente con él.

Briony se estremeció bajo el anochecer. Se había dado la vuelta para recorrer el campamento antes de volver a la tienda que compartía con Cordelia cuando una luz entre las hojas de los árboles llamó su atención.

Botaba como un hada y se movía lentamente hacia ella. Era una luz de navegación. Briony extendió las manos para lanzar un hechizo, de pie en el lado seguro del escudo. Cualquiera fuera de él no podría detectarla.

Conforme la luz se acercaba, reconoció a la chica que deambulaba detrás de ella. Era una comerciante de fuera de Biltmore Palace. Su madre era la dueña de la pescadería y siempre hacía comentarios sobre el cabello añil de su hija. Briony admiraba su rebeldía.

Estaba sola en el bosque, aparentemente perdida y preocupada.

Briony salió del escudo para que la chica de pelo azul la viera.

—¿Te has perdido?

La mujer se sobresaltó y se llevó las manos al pecho.

—¡Oh! ¡Señorita Rosewood! —Tenía los ojos muy abiertos y afligidos—. Enviaron a mi hermano a por leña y no ha vuelto. Mi familia y yo hemos salido a buscarlo, pero nos hemos perdido.

Briony miró detrás de la chica. El brillo de la luz de navegación no mostraba a nadie con ella.

—¿Lo has encontrado?

Ella negó con la cabeza con lágrimas en los ojos.

—No sé dónde están. Los he perdido a todos.

Briony conjuró un escudo para las dos. No las haría indetectables como el que había alrededor del campamento, pero las protegería contra cualquier ataque mágico.

—Es muy fácil perderse en el bosque. Te ayudaré a buscarlos.

La mujer lloró agradecida.

—Gracias, señorita Rosewood.

—Llámame Briony.

—Yo soy Delilah —dijo la mujer, y guio a Briony por donde había venido. Caminaba rápido, tropezándose en la oscuridad y mirando hacia los árboles.

—¿A quién más buscamos, además de a tu hermano? ¿Tu madre? —Briony aceleró el paso para mantenerlas a las dos dentro de la burbuja de protección.

—Mi madre, mi padre y mi tío. Nos hemos dispersado para buscarlo.

Briony estaba a punto de decirle que debían formar una partida de búsqueda si la familia se había desplegado en diferentes direcciones, pero el graznido de un ave sobre sus cabezas la detuvo.

Miró hacia el cielo y se encontró con los brillantes ojos de un pájaro negro que las observaba.

La magia crepitaba en el ambiente, y Briony sintió que algo rebotaba en el escudo. Se estremeció y dio una vuelta completa.

El hombre del ataque a la escuela bomardi estaba a diez pasos de ellas, con una sonrisa amarilla bajo la nariz torcida.

Reighven.

A Briony se le iba a salir el corazón del pecho. En los años desde la última vez que lo vio, su nombre se había convertido en sinónimo de terror y magia negra en los campos de batalla, y su cara había tomado una residencia permanente en sus pesadillas.

—¡Por todas las piedras! Qué suerte hemos tenido esta noche —dijo Reighven, con la voz tosca—. ¡Si es la mismísima princesa!

Briony escuchó movimientos entre los árboles. Agarró a Delilah por la muñeca para meterla bajo el escudo de protección, pero antes de que le diera tiempo a hacerlo, Reighven batió el brazo en el aire. A Delilah le empezó a brotar sangre del pecho.

Briony ahogó un grito y extendió aún más el escudo para cubrirlas a las dos mientras que Reighven y quien quiera que estuviera en el bosque comenzaban a atacarlas. Briony bajó a Delilah al suelo y apretó con los dedos sobre el corte en el pecho para intentar unir la piel al tiempo que la magia rebotaba a su alrededor. Delilah tenía los ojos muy abiertos, muerta de miedo.

Briony agarró el hilo de su mente y tiró con todas sus fuerzas. Reighven y otro hombre se tambalearon y dejaron de lanzar hechizos momentáneamente. Alcanzó un árbol y lo tiró sobre ellos. El crujido del tronco sonó pesado en la noche oscura. Cuando Reighven y el otro hombre se apartaron de un salto, Briony conjuró unas chispas moradas al cielo, como fuegos artificiales. Una llamada de auxilio para Finola.

Miró a Reighven, que se estaba incorporando, y vio por primera vez la cara del otro hombre. Toven Hearst.

El mundo se paró y volvió a avanzar de forma abrupta cuando sus ojos se encontraron con los de Briony.

Briony se volvió a concentrar en el escudo conforme avanzaban hacia ella, con la esperanza de que en pocos segundos los eversun acudieran en su ayuda. Se dio la vuelta hacia Delilah y escuchó el

ruido de unas ramas al romperse bajo unos pasos apresurados. Estaba recuperando el color en las mejillas ahora que tenía la herida cerrada.

Apareció una mano a través del muro del escudo de Briony y la agarró por el frontal del vestido. Ella ahogó un grito, con los ojos muy abiertos, mientras Reighven la golpeaba contra el árbol más cercano.

No había pensado en la violencia física, solo en la mágica. Su escudo no servía de nada contra unas manos.

—Princesa, vamos a charlar un poco. A ver si encontramos la forma de sacar a tu hermano del campamento, ¿qué te parece? —Reighven sonrió, y abrió un portal a unos metros a la derecha.

Briony entró en pánico. En su mente solo había ruido blanco y le temblaba la piel. Vio a Toven mientras Reighven le tiraba del vestido para arrastrarla al portal. Tenía los labios apretados en una delgada línea, pero no hizo ningún amago de detener a Reighven.

Briony pataleó y arañó sin dejar de gritar para que la escucharan en el campamento.

—¡Eh! —gritó una voz desde los árboles a sus espaldas. Reighven se detuvo.

Había un hombre con el uniforme comercial de eversun de pie en un claro del bosque. La mujer que llevaba la pescadería estaba a su lado, además de otros dos hombres fornidos que se parecían a ellos. La familia de Delilah. Briony le dio gracias a los mares por aquella oportunidad.

—¡No puedes llevártela! —gritó el hombre—. ¡Se viene con nosotros!

Briony tuvo medio segundo para sopesar sus opciones antes de que Delilah se pusiera de pie, con las manos extendidas para lanzar un hechizo.

El cuerpo de Delilah salió volando contra el tronco de un árbol y se golpeó la cabeza con la corteza. Cayó al suelo.

Detrás de ella, Toven Hearst bajó la mano, con los ojos aún fríos.

—No va a ir a ningún sitio con vosotros —dijo.

La madre gritó, y Briony apenas tuvo tiempo para levantar un escudo antes de que la magia crepitara a su alrededor, como si la hubieran lanzado a una hoguera.

Se agachó cuando Reighven la soltó para lanzar un hechizo. Se agazapó a los pies de un árbol y se concentró para orientarse de vuelta al campamento mientras los gritos y gruñidos de la batalla estallaban a su alrededor. No podía correr de vuelta al campamento eversun ahora. No podía llevarlos hasta allí, con escudos o sin ellos.

Una mano pálida con dedos fuertes la agarró de la muñeca y tiró de ella. Briony cayó hacia delante contra el pecho de Toven. Cuando empezó a abrir un portal, ella lo empujó hacia atrás.

—Quieta —le advirtió con una voz letal.

Un conjuro destelló detrás de él, y chilló, soltándola al doblarse de dolor. Uno de los familiares de Delilah estaba a veinte pasos de ellos con las manos extendidas.

—¡Gracias! ¡Corre! —le gritó Briony.

Puso rumbo al norte entre los árboles, saltando sobre raíces y ramas caídas.

Un conjuro pasó volando a su lado hasta estrellarse contra el árbol frente a ella. Se agachó y giró bruscamente a la derecha.

Debería de haber un río unos metros más adelante. Si conseguía llegar allí, podría canalizar la magia del agua para crear un escudo más resistente.

Le golpeó un hechizo en la espalda y cayó de bruces contra el suelo. Vio las estrellas. Se intentó levantar, pero le clavaron una rodilla en la espalda y sintió un aliento cálido contra la nuca.

—Qué divertido, ¿verdad? —gruñó Reighven mientras le agarraba las muñecas a la espalda—. Creo que te convertiré en mi nueva mascota. Podemos pasarnos horas persiguiéndonos.

Reighven rodó y se la llevó con él. Ella forcejeó debajo de él hasta que se subió a horcajadas sobre ella y le sujetó con fuerza las muñecas.

Luego Reighven chilló. Se llevó las manos a la cabeza, clavándose los dedos en el cráneo. Luego las bajó al pecho y aulló de dolor.

Ella no perdió el tiempo. Salió de debajo de él y siguió corriendo, con la esperanza de oír pronto el río para poder orientarse.

Obtuvo la respuesta a sus plegarias cuando uno de los comerciantes saltó en su camino. Derrapó hasta detenerse.

—¡Señorita Rosewood! —dijo—. ¡El campamento es por aquí!

Briony recuperó el aliento y miró hacia la dirección que le había indicado. ¿En serio estaba tan perdida? Si hubiera tenido que adivinar hacia dónde estaba el este, esa hubiera sido su última opción.

Le pasó un hechizo junto a la oreja y el hombre salió disparado hacia atrás. Briony corrió a cubrirse tras un árbol cercano. Al girar en torno al tronco, vio que Toven Hearst se apresuraba hacia ella.

Arrastró las manos y dos árboles enormes se arrancaron de sus raíces, cayendo delante de él. Toven dio un salto atrás y ella corrió hacia donde el hombre le había señalado que estaba el campamento.

A estas alturas, ya le daba igual quién más conociera su ubicación. Necesitaba que Finola y el ejército la encontraran a ella y al comerciante. Empezó a prenderle fuego a los árboles conforme los pasaba.

Un arbusto comenzó a arder a su izquierda. Ella no lo había prendido. Briony lo rodeó y escuchó un par de botas pesadas

persiguiéndola. Cayó un árbol en su camino y se vio forzada a girar a la derecha.

Toven iba corriendo a su lado por los árboles, a seis metros de ella. Briony sintió náuseas al recordar cómo corrían hacia el sauce. Cómo él siempre había sido más rápido que ella. Cómo la emocionaba correr contra él. Le lanzó un hechizo para mantenerlo alejado.

Él tiró otro árbol delante de ella y tuvo que zigzaguear para esquivarlo.

Estaba jugando. Dirigiéndola como ganado. Obligándola a ir en la dirección que él quería.

Ella lo miró conforme la alcanzaba y, antes de poder lanzarle un hechizo, un encantamiento lo golpeó en el hombro, se tropezó y cayó.

Luego los sonidos de una batalla mágica sisearon detrás de ella, que no paraba de correr. Volvió a escuchar a la comerciante gritar, con el mismo lamento que cuando el cuerpo de Delilah cayó al suelo del bosque.

Briony quería volver a por ellos, a por la familia de comerciantes que estaba peleando contra Toven y Reighven con ella cuando podrían haber huido sin más, pero primero tenía que conseguir que Finola y el ejército los encontraran.

Delante de ella se encontró el tronco de un árbol muerto. Eran dos árboles creciendo el uno dentro del otro y había un agujero en la base. Se escondió detrás de él y recuperó el aliento, mientras analizaba la situación; quién la estaba persiguiendo y dónde estaba exactamente.

Los tres árboles que había incendiado estaban empezando a iluminar la zona. Veía la luz a quince metros.

Observó por el sotobosque cómo se entrecruzaban los hechizos. Había cinco figuras desplegadas por el bosque, moviéndose y conjurando.

Y luego, de pronto, se hizo el silencio, sin nada más que un grito.

Briony parpadeó mirando la luz cada vez más intensa del bosque, esperando algún movimiento. Al no percibirlo, se levantó y esta vez conjuró un escudo para protegerse de todo tipo de violencia, y avanzó hasta el borde del claro.

Uno de los comerciantes estaba en el suelo bocarriba, a seis metros de ella. Tenía los ojos abiertos y vidriosos, y con una mano se agarraba el pecho, justo en el corazón. Infartio.

Briony miró atentamente entre los árboles antes de seguir avanzando. A otros seis metros vio a la madre de Delilah y a los otros dos hombres en el suelo en posiciones similares. Le escocían los ojos y se le retorció el estómago. Odiaba lo cobarde que había sido por esconderse y esperar mientras ellos morían.

Briony se cubrió la boca con la mano y se arrodilló sobre el cuerpo sin vida de la madre de Delilah, recordando cómo hablaba siempre del pelo azul de su hija.

Miró entre los árboles. Tenía que salir del bosque.

Un destello de chispas moradas iluminó el cielo a su izquierda. Finola la estaba guiando. Briony ahogó un grito al ver lo cerca que estaba del campamento, y se preguntó cómo la había encontrado entre todo el caos.

Empezó a abrirse camino entre los árboles, pero se paró en seco al ver otro cuerpo entre la maleza.

Uno con el pelo gris pálido y largas extremidades.

Sus pies se movieron hacia él antes de que su cerebro pudiera pensar.

Toven Hearst estaba tumbado de costado, inmóvil. A Briony se le encogieron las costillas y se atragantó con un grito ahogado.

La había perseguido, había jugado con ella y, aun así, se acercó temblando y rogándole a los mares que tuviera pulso.

Al llegar a su cuerpo, se lo encontró con los ojos abiertos, mirando hacia delante, más allá de ella.

Cuando le brotó una respiración temblorosa de la garganta y se le derramó una lágrima, Briony casi sollozó aliviada.

—¡Briony! —gritó una voz de fondo. Puede que a menos de un metro.

Los eversun venían a por ella, pero Briony clavó las rodillas junto a Toven.

Estaba demasiado expuesto. Eso era lo único en lo que pensó Briony al hacer flotar varias ramas para cubrirlo de su ejército.

Toven tuvo la mirada perdida durante todo el proceso. Le costaba respirar y sentía un dolor intenso.

Ella volvió a escuchar que gritaban su nombre.

Briony se tomó un segundo más para cogerle la mano, pero se detuvo un instante al mirar hacia abajo.

Tenía las dos manos cerradas en puños. Los dos brazos extendidos en la dirección en la que había llegado ella. Hacia los cuatro cuerpos sin vida sobre la hierba.

Infartio.

Briony se tambaleó lejos de él y se puso de pie. Había matado a cuatro personas inocentes porque se habían interpuesto en su camino, porque se habían interpuesto entre él y ella.

¿Cuatro vidas a la vez? Toven estaba temblando y luchando por respirar porque el Infartio le había retorcido el corazón cuatro veces seguidas. Y ella lo había consentido.

Matar a cuatro personas con dos manos era algo inaudito. Ni siquiera Orion tenía un talento de esa envergadura.

Le temblaron las piernas al mirar al hombre que posiblemente fuera el más peligroso de Bomard.

Un día, sería capaz de hacerlo sin parpadear. Sin coger aire.

Briony se preguntó si debería matarlo para evitar que repitiera algo así en el futuro. Para evitar que acabara con seis vidas. O con ocho.

Toven Hearst tembló en el suelo y empezó a mover los ojos.

Briony reforzó su corazón y se adentró en la oscuridad, con la esperanza de que Toven Hearst se pudriera bajo esas ramas.

Capítulo 43



Había un cuerpo en la hierba y ella tenía el puño cerrado.

Briony sintió el frío penetrarle el pecho y subirle hasta la cabeza. Respiraba con dificultad, el aire se hacía añicos al entrar en sus pulmones y traqueteaba al salir.

Había un cuerpo en la hierba...

—Briony.

Alguien susurró su nombre.

Y su mente era una biblioteca. Agarró un libro en blanco y escribió «Cohle» en el lomo. Lo llenó con un cuerpo sobre la hierba y su mano en un puño, y lo guardó en una estantería baja donde nadie pudiera verlo.

—Briony.

Tenía unas manos en la cara que le inclinaban la cabeza hacia unos ojos grises.

Toven estaba de pie delante de ella, con la mirada atenta.

Ella se colocó la mano sobre la muñeca.

—No hay tiempo para esto —dijo ella, sin reconocer su voz—. Arrastra su cuerpo por encima de la barrera y te ayudo a levantarlo.

Su mente cogió el mando porque tenía el corazón desgarrado.

Levitaron el cadáver hasta los jardines. Cuando llegaron al cuerpo de Vesper, parecía muy pequeña.

Toven se arrodilló y susurró unas palabras sobre ella. Todavía parpadeaba.

Briony observó con los ojos vacíos cómo él la miraba.

—No puedo... No tengo fuerza suficiente para...

Con un golpe seco, Briony volvió a soltar a Cohle en la tierra, «había un cuerpo en la hierba», y se acercó junto a Vesper.

Escaneó la espina dorsal de la zorra y encontró los huesos rotos y los nervios cortados. Nunca se había especializado en curación, pero sabía que Toven tenía los conocimientos suficientes.

Él le señaló los nervios.

—Tienes que volver a coserlos. Duérmela primero.

Briony pasó una mano sobre los ojos de Vesper y la zorra se durmió.

Todo era mucho más sencillo cuando no pensaba en nada más. Siguió las instrucciones de Toven, realineando los huesos y limpiando el camino para los nervios. En un momento dado, cuando Vesper ya no estaba al borde de la muerte y su magia podía fluir de nuevo hacia Toven, se encargó él.

Briony se levantó. Se sintió vacía mientras él golpeaba los huesos de la zorra para recolocarlos y le cosía los nervios.

Dentro de su cabeza había repisas y repisas de libros rogándole que los abriera y los leyera, pero no era el momento para eso. Si cedía ante alguno de ellos, «Cohle» caería primero. Y entonces

volvería a sentir el corazón desgarrado. Tendría que entender qué suponía matar a una persona. Qué sentían los asesinos.

Porque eso era ella.

Las páginas temblaron y ella las silenció.

Toven levantó a Vesper en brazos. Seguía durmiendo.

Sin mediar palabra, Briony levitó el cuerpo sobre la hierba y se dirigieron a la casa.

Serena vigilaba a Reighven y a la enfermera. Abrió mucho los ojos al verlos a los dos entrar en el salón.

—Lo habéis cogido. Menos mal.

—Lo he matado.

Probó cómo sonaban las palabras en su boca. No las sentía diferentes a otras.

Serena abrió los labios impactada mientras le desaparecía el color de la cara.

Toven tumbó a Vesper en el sofá y miró por la habitación.

—¿Y el enfermero?

—Le dejé marchar.

Los dos pares de ojos se giraron para mirarla. Briony estaba de pie en el centro del salón, como si fuera una estantería de sí misma.

—Era eversun. Diremos que ha muerto y conjuraremos un cadáver. Se lo he prometido.

Serena la miró con ojos cautos.

—Entiendo. ¿Y no le contará a nadie lo que ha visto hoy?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Tiene una hermana en Biltmore. Es una de las chicas de Barlowe. Se llama Maggie.

Recitó los detalles de corrido, como si le estuvieran haciendo un examen en la escuela.

—Está bien. —Serena saltó a la acción—. He enviado a mi albatros en busca de tu padre. Nos encargaremos de... —Señaló el cadáver de Cohle y retorció las manos, mirando entre el reloj y los cuerpos—. Cohle nos atacó. Intentó robar a la latiente de oro. Reighven quedó incapacitado pronto, al igual que los enfermeros. El enfermero murió en un fuego cruzado y yo maté a Cohle cuando torturó a mi hijo.

—No —dijo Toven—.Yo lo maté. Intentó huir con ella...

—No puedes matar por ella, Toven —dijo Serena con determinación, con los ojos inundados de algo que Briony no podía interpretar—. Yo sí puedo matar por mi hijo. Tú no puedes matar por ella.

Briony pensó que Toven volvería a discutirle, pero se resistió.

—Esa es la historia —dijo Briony—, pero no es lo que ha visto Reighven. Le contará la verdad a Mallow.

Serena empezó a deambular por el salón.

—Modificaremos sus recuerdos. Los suyos y los de la enfermera.

—Pero eso requiere magia de la mente muy avanzada —dijo Briony, mirando entre Toven y Serena.

Y entonces recordó la sala de meditación junto a la cocina. Que Toven podía introducirse en su mente y caer sobre sus recuerdos. La forma en la que, con una mirada de Orion Hearst, podía sentir que la estaban abriendo por la mitad e inspeccionándola.

A través del laberinto de sus propias barreras, impidiendo que las emociones interactuaran con su cerebro, Briony sintió una chispa de horror al preguntarse cuántas veces habían invadido Orion y Toven Hearst su mente. Pero Toven habló antes de que se filtrara el pánico.

—¿Qué necesitas? —Miraba fijamente a su madre, como si esperara alguna señal.

Briony deslizó la mirada hacia Serena con una sospecha burbujeándole en el pecho.

Serena no apartó la mirada del reloj.

—Si Mallow reconoce las técnicas de mi mente, si mi firma es evidente, todos estaremos muertos para el atardecer —dijo Serena con un tono frío—. Se introduce demasiado a menudo en mi cabeza. Necesito un segundo par de ojos, así que esperaremos a tu padre.

La comprensión goteó en la mente de Briony como el agua de un grifo que no cerrara bien.

Serena Hearst era la experimentada bruja de la mente en la Mansión Hearst. Por algún motivo, Mallow se introducía en la mente de Serena. A menudo. Y Serena utilizaba magia de la mente para bloquearla. No, no para bloquearla. Para alterar sus propios recuerdos.

Briony la miró fijamente. Los pensamientos sin emoción le llegaban rápidamente.

No había servicio en la Mansión Hearst. No recibían invitados. No celebraban fiestas. Estas paredes guardaban secretos y Briony solo había rascado la superficie.

—Yo lo haré —dijo Briony.

Los dos la miraron.

—Yo lo haré —repitió—. Toven me ha enseñado algunas técnicas avanzadas de curación. Puedo aprender a alterar los recuerdos.

Serena negó con la cabeza sin apartar la vista del reloj.

—Ya deberían haberse ido —discutió Briony, consciente de que estaba diciendo exactamente lo que Serena estaba pensando—. Ya deberían haber ido a informar a Mallow. Orion podría tardar horas en volver.

Toven dio un paso adelante.

—Empezaremos con la enfermera —dijo él—. Vamos, madre. Los tres juntos lo conseguiremos.

Serena echó un último vistazo al reloj y los acompañó a los pies de la enfermera.

Briony se arrodilló a su lado.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Tenemos que volver a darle movilidad y mantenerla relajada y quieta. —Miró a Toven—. Tú te encargarás de eso.

Toven asintió.

Briony sintió el tictac del reloj dentro de su pecho. Estaba concentrada y con la mente vacía. ¿Así era el interior de la cabeza de Toven constantemente? ¿Vacía de pánico, vacía de dolor?

—Te iré dando indicaciones para modificar los recuerdos de la enfermera, y esperemos que Orion esté de vuelta para encargarse de Reighven —dijo Serena.

Las aguas de Briony se agitaron. En su mente se sacudía un libro, y los ojos oscuros de Reighven y su respiración punzante inundaron sus sentidos antes de que le diera tiempo a cerrarlo.

Briony cerró los ojos y respiró hondo.

Las estanterías se reorganizaron y, antes de que pudiera siquiera echar un vistazo a uno con el título *Cohle*, se movió hasta una estantería lejana.

—Sigue mi hilo —dijo Serena, y asintió a Toven.

Él levantó las manos con las palmas hacia arriba, devolviéndole la consciencia a la mujer. Abrió los ojos de golpe y Toven bajó las manos para sujetarla. Con una mano le mantenía inmóviles los músculos, con la otra marcaba ritmos lentos. Los latidos del corazón.

Serena le agarró la cara a la chica con ambas manos y Briony se acercó a su hombro. Se concentró en la energía que emanaba de la mente de Serena. El hilo de magia de su frente.

Cuando lo encontró, vio una cuerda plateada reluciente desde la mente de Serena hasta la de la enfermera. Tensa, brillante en su cabeza, una conexión de acero que palpitaba con energía. Briony bailó sobre ella, como un equilibrista en un circo, y luego se deslizó hacia abajo, más abajo, hasta que entró en la mente de la mujer.

Dentro se tambaleó al encontrar personas desconocidas y preocupaciones ajenas. Un padre intranquilo porque su hija trabajara para el equipo médico de Mallow. Una hermana que huyó temprano, evitando por poco el saqueo de su pueblo.

Briony sintió una mano cálida empujándole el hombro. Se dio la vuelta y se encontró con el recuerdo de aquella mañana.

Serena estaba de pie junto a ella y observaron juntas la escena. Briony estaba tumbada en la camilla. El enfermero estaba junto a ella con las manos levantadas.

—No... —dijo Toven—. Es de mi propiedad. ¿No tengo nada que decir?

Briony observó todos los ojos girándose hacia él.

—¿Por qué, Hearst? —dijo Reighven—. ¿Quieres cachorros?

Cohle se agarró las manos al frente.

—La chica Rosewood y todas sus parientes deben ser esterilizadas. —Miró a Toven con condescendencia—. Y estoy seguro de que sabes por qué.

Reighven se ajustó el cinturón con una sonrisa.

—La de Carvin tampoco estaba bien esterilizada y nos encargamos ayer de resolverlo.

Dentro de la mente de Briony, la pena palpitaba por Phoebe y sus pérdidas.

Volvió a concentrarse cuando el enfermero empezó a cumplir las órdenes, y observó a la Serena de esa mañana estirar los brazos de repente y lanzar hacia atrás al enfermero, luego empujó a Reighven

y lo estampó contra una pared. Serena se dio la vuelta para encargarse de Cohle justo cuando Toven corrió hacia la camilla y cubrió a Briony con su cuerpo.

Algo aleteó dentro de su corazón. Pero no había ninguna conexión desde su cerebro hasta su pecho. Todavía estaba vacía.

La escena se ralentizó y la Serena que estaba junto a ella dentro de la mente de la enfermera dio un paso atrás y llevó a Briony con ella. Reighven estaba de pie. El enfermero tenía las manos extendidas.

—No... —dijo Toven.

Serena se giró hacia ella cuando el momento se congeló.

—Empezaremos aquí —susurró, aunque apenas movió la boca.

La escena se reordenó. El enfermero tenía las manos extendidas.

Y parecía que un hilo ondeaba sobre el instante, cosiendo agujeros y uniendo momentos.

Las manos del enfermero tiraron y Briony se estremeció cuando le cortaron las trompas de Falopio.

Serena le enseñó cómo, y Briony agarró el hilo.

Pasó lo que le parecieron horas con esos movimientos. Primero se concentró en el enfermero y sus brazos. En cómo tiraron. El hilo se movió sobre ellos hasta que quedaron impecables. Serena le enseñó a hacer que Briony, la que estaba sobre la camilla, se retorciera de dolor.

Cosieron sobre la reacción de Toven. Ahora estaba en una pose estoica. Sin protestar. Simplemente observaba cómo le arrebataban a Briony la posibilidad de concebir.

Invirtieron menos tiempo en la reacción de la Serena del pasado de lo que había pensado Briony, ya que Serena Hearst solo reaccionó cuando el enfermero tiró y cortó las trompas de Briony.

Una vez terminado, Serena guio el hilo para dar puntadas y escribir los nuevos momentos. Briony la siguió.

—No ha sido tan complicado, ¿no? —dijo Reighven con una mirada lasciva.

Cohle dio un paso adelante.

—Ahora que ya nos hemos encargado de esto, me temo que tengo malas noticias, Toven. —Cohle sonrió—. Mallow ha decretado que la latiente de oro debería pertenecer a quien más lealtad le guarda. A su segundo al mando.

Toven frunció el ceño.

Serena se pasó los dedos por los labios.

Y la escena empezó a moverse con ligereza, algunos movimientos tomados de la realidad.

Solo que era Toven quien estaba contra la pared, no Reighven, y Cohle era quien estaba armando el alboroto.

Los enfermeros estaban asustados. Briony se escondió bajo la camilla. Reighven dudó por un instante y luego comenzó a atacar.

Serena dejó inconsciente a Reighven.

Una maldición extraviada golpeó al enfermero.

Cohle torturaba a Toven.

Y Serena mató a Cohle.

Todo ocurrió muy rápido. Pero luego volvieron a repasar la escena una y otra vez, hasta que quedó perfecta. Serena enseñó a Briony a crear las reacciones de todos. Un dobladillo por aquí; unas puntadas sueltas por allí.

Al final, la Serena de esa mañana se giró y dejó inconsciente a la enfermera, y la escena se fundió en negro.

Briony sintió el hilo de la mente de Serena tirando de ella hacia atrás.

Estaban en el salón. Estaban de rodillas junto a la enfermera.

A Toven le temblaban las manos extendidas sobre ella.

—Vuelve a dormirla —dijo Serena.

Toven giró las manos, los ojos de la enfermera se cerraron y se volvió a quedar inmóvil.

Serena miró el reloj. Briony siguió su mirada. Habían pasado media hora en la mente de la enfermera. Y Orion aún no había llegado.

Serena se frotó las manos y giró el cuello para invocar más energía. Estaba pálida.

—¿Estás preparada?

Briony asintió, pero no estaba en absoluto preparada para entrar en la mente de Reighven.

Toven colocó las manos sobre Reighven. Las arrastró hacia arriba y, en cuanto Reighven abrió los ojos, volvió a bajarlas.

Unos ojos negros como el alquitrán miraban a Briony. Aunque no estaban del todo allí, aunque no la estaban mirando con lascivia, ella sentía los ojos de Reighven sobre su cuerpo desnudo y su mano entre sus muslos.

—Estoy contigo. Empieza —le indicó Serena con delicadeza.

Briony agarró el hilo del centro de sus ojos y lo conectó a Reighven. Deslizó hacia abajo y cayó cada vez más profundo.

Su consciencia era densa y agobiante. Briony quería salir y preguntar si no podían matarlo también.

Empezaron a flotar las imágenes, momentos que ella reconocía.

Su cuerpo desnudo.

La subasta. Ella en camisón bajo el foco.

Una mano le agarró el hombro. Serena la acercó a ella y la alejó de los viejos recuerdos de Reighven hasta la escena que tenían que modificar.

Aquella mañana volvió a reproducirse desde otro ángulo, y Briony tardó un poco en agarrarla.

—No... —dijo Toven—. Es de mi propiedad. ¿No tengo nada que decir?

Desde el punto de vista de Reighven, Briony vio a Toven tragar.

—¿Por qué, Hearst? ¿Quieres cachorros? —Reighven se rio al lado de ella.

Y Briony empezó.

Cosió la escena. Hiló cada momento que había que olvidar. Y, si lo hacía con torpeza, Serena estaba allí con un ojo extra, señalando cualquier puntada de más.

Le agradeció a su corazón roto que se mantuviera al margen de su cabeza. No sabía si habría sido capaz de trabajar así si no hubiera enterrado todo lo que pasó después de estar tumbada en esa camilla en sus estanterías.

Serena la hizo volver a repasar la escena para analizarla desde todos los ángulos.

Algo tembló fuera de su consciencia. Serena le dio un codazo para que volviera a concentrarse, pero Briony ya casi había terminado.

Retrocedieron sobre el hilo, arriba, arriba. La grasa de la mente de Reighven se derramaba.

Cuando Briony volvió a su propia consciencia, miró a Reighven, que tenía los ojos abiertos hacia ella. Toven volvió a dormirlo.

—Bueno —dijo una voz suave detrás de ellos—. Parece que mi familia ha estado bastante ocupada esta mañana.

Se giró despacio. Orion Hearst estaba en el centro de su salón, mirándola fijamente con una apariencia asesina.

Capítulo 44



Orion observó la escena: había tres cuerpos en su salón, dos seres queridos exhaustos por la previa magia del corazón, y un problema con forma de Briony Rosewood.

Serena se puso de pie y extendió el brazo para que se apoyara su albatros, que había vuelto con Orion. El pájaro aterrizó y se acurrucó en su cuello.

—Ya casi está —dijo Serena.

Orion miró entre Reighven y Cohle.

—Cuéntame.

—Cohle está muerto. —Serena tenía la voz cansada pero firme.

Orion levantó una ceja al sopesar varios posibles escenarios a la vez.

—Así que intentó huir con la señorita Rosewood, entiendo —dijo Orion. A Briony le impresionó lo rápido que se había sincronizado con Serena.

—Torturó a Toven —dijo Serena—. Y lo maté.

Orion seguía mirando el cadáver de Cohle mientras asentía lentamente.

Briony levantó la mirada hacia Toven. Estaba balanceándose sobre sus pies. Era evidente que necesitaba descansar. Había estado utilizando magia del corazón para someter a Reighven y a la enfermera, y se había agotado cada vez más.

—¿Y Reighven? —preguntó Orion, fijándose en el otro hombre.

—Lo dejamos inconsciente pronto —dijo Serena.

—¿Y la enfermera?

—Lo vio todo y la dejamos inconsciente.

Orion se agachó junto a Reighven.

—Deberíais haberme esperado. Si reconoce tu aguja...

—Ha sido Briony —dijo Serena—. Con mi guía.

Orion cerró los ojos exasperado y luego los abrió mirando a Briony. Su boca era una línea sombría.

—Veamos, señorita Rosewood —dijo Orion con tranquilidad—. Enséñame tu trabajo.

Como si fuera uno de sus profesores de la escuela.

Briony tragó y asintió a Toven para que le devolviera la consciencia a Reighven.

Volver a introducirse en la mente de Reighven era menos atractivo la segunda vez. Se tambaleó sobre varias imágenes y recuerdos horribles que no quería ver, hasta que Orion la guio con firmeza hasta aquella mañana, con mucha menos amabilidad que la que había tenido Serena.

Orion estaba de pie junto a ella mientras se desarrollaba la escena. La hizo recorrer cada segundo desde diferentes lugares de la habitación. Su técnica no era con un hilo, sino con una pluma, y reescribía en lugar de coser. Donde Serena era una aguja

deslizándose por agujeros minúsculos en la tela, Orion era una pluma bien entintada, que fluía sin encontrar resistencia.

Cuando Orion los sacó, se quedó mirando a Briony con descontento.

—Algo torpe, pero práctico. Llévala arriba, Toven.

Briony lo miró con los ojos entrecerrados. Su estantería se sacudió con la primera emoción que amenazaba con romper sus muros: la irritación.

—También vamos a necesitar un cadáver —dijo Briony—. He dejado escapar al enfermero.

Se puso de pie y le dio la espalda a Orion Hearst, alejándose de él antes de darle tiempo a decir nada más que no fuera «gracias».

Un par de pasos la siguieron escaleras arriba.

No le dijo ni una palabra en todo el camino a su habitación. Cuando él entró con ella, se dio la vuelta y lo miró.

Toven cerró la puerta con cuidado, sin apartar la mirada de ella ni un momento.

—Estoy bien —dijo ella.

Él se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre los talones. La observó como si esperara algo.

—No voy a liberar las barreras de mi mente hasta que Mallow no se haya ido, si es lo que te preocupa.

Sería demasiado, demasiado repentino. Podría tardar mucho en volver a levantar sus defensas mentales, y no había forma de saber cuánto tiempo tenían hasta que llegara Mallow.

—Me preocupa lo contrario, de hecho —dijo Toven. Ella se quedó mirándolo sin parpadear—. Deberías soltarlas. Estás aguantando

demasiado. Mantener esa cantidad de barreras para este nivel de circunstancias no te ayudará a la larga.

Hablaba como si lo supiera. Hablaba como si conociera esa cantidad de barreras por experiencia.

—¿Cu-cuánto...? —tartamudeó—. ¿Cuánto hace que practicas las barreras mentales? —preguntó ella.

Con una expresión impasible, dijo:

—Mucho tiempo.

Ella asintió despacio. Eso explicaba mucho de lo que ella había sospechado.

—¿Y tus padres? —dijo ella—. ¿Los tres Hearst sois prodigiosos magos de la mente?

No mostró nada en su expresión, pero se acercó a ella.

—Tienes que soltar, descansar y rellenar.

—Mallow podría llegar en cualquier momento...

—Ya has levantado escudos en circunstancias estresantes en otras ocasiones. Puedes volver a hacerlo. —Se puso frente a ella—. Tienes que lidiar con Cohle para que pueda vivir en la biblioteca de tu mente sin molestar.

El libro titulado *Cohle* se deslizó hacia delante dentro de su mente. Ella tragó un nudo en la garganta.

—No quiero.

—Briony —susurró él, y ella se balanceó hacia él como arrastrada por una corriente—. Hoy te han desgarrado el corazón. Deja que tu mente lo cure.

Un temblor le susurró sobre la piel. Sus ojos la observaban fijamente, y ella se obligó a mirarlos.

Había un cuerpo en la hierba.

Y ella tenía el puño cerrado.

El libro titulado *Cohle* cayó al suelo, y el viento pasó sus páginas.

Sintió un vacío frío, el aullido de la muerte la rodeó y el trozo de su corazón que se había desgarrado graznó como un cuervo.

Separó los labios, y se le escapó el último suspiro de inocencia.

Se le nubló la vista.

—He matado a una persona —dijo con la voz temblando como no lo hacía en horas.

Toven asintió.

—Has arrebatado una vida. ¿Ha sido la primera vez?

Se le sacudió el pecho y se llevó una mano a la boca.

—¿Qué he hecho? —Tenía los ojos muy abiertos, brillantes y llenos de lágrimas sin derramar.

Él dio un paso adelante y le colocó una mano en los brazos.

—Has hecho lo que tenías que hacer para protegerte.

Ella se dejó caer sobre él y, finalmente, se derramaron sus lágrimas recorriéndole las mejillas.

—Para protegerte a ti. —Le chasqueó la garganta al apresurarse a añadir—: A tu madre. A todos nosotros.

Había un cuerpo en la hierba y ella tenía el puño cerrado.

Le había exprimido la vida cuando le dio la espalda. No la había visto venir.

Briony se atragantó en silencio con un sollozo, intentando llenarse los pulmones de aire sin éxito.

Estaba en los brazos de Toven, con la frente apoyada sobre su cuello. Mojándole la camisa con su llanto.

—Mi corazón nunca volverá a ser el mismo —susurró con un hilo de voz.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dijo él. Unas palabras que Briony sintió más que escuchó—. Hiciste lo que yo no tenía fuerzas para hacer.

Briony dejó que su voz la inundara. Recordó aquel día en la mazmorra de Trow, cómo tuvo el corazón de Reighven en la palma de su mano durante un instante. Pudo haber acabado con él y quizá haber escapado con Katrina. No había tenido la fuerza aquel día, pero hoy había sido diferente, y no pudo evitar pensar que la única diferencia había sido tener la vida de Toven pendiendo de un hilo.

Le cedieron las piernas y el corazón le repetía el mismo latido una y otra vez: «asesina, asesina, asesina».

Toven la levantó en sus brazos. Ella sollozó y dio bocanadas en busca de aire. Deseó no ser tan débil. Deseó no haber permitido que sus emociones avanzaran hasta su mente. Deseó que él no la hubiera visto así.

Él la apoyó suavemente en la cama y ella se acurrucó, llorando desconsoladamente.

Le dolía la parte que había perdido de corazón.

Y no era solamente por haber matado a Cohle.

Era la grasa de la mente de Reighven sobre su piel, sus recuerdos del cuerpo de Briony desnuda.

Era el enfermero sin nombre al que le había dado la oportunidad que ella no podía tener, la forma en la que su corazón necesitaba tener la esperanza de que encontrara a Sammy.

Era Phoebe, era saber que había perdido un hijo al que no podía haber querido, junto con la posibilidad de concebir uno que sí deseara, todo en un solo día.

Era Cordelia, vaciada. La nota sobre la dragona que Briony deseaba que hubiera sido de ella, para saber así que Cordelia seguía ahí, que todavía luchaba.

Y era Rory. Rory, de quien no se despidió porque estaba segurísima de una profecía que no era más que una canción infantil.

Rory, quien entró en batallas una y otra vez porque Briony sabía que era lo correcto. Sabía que era el elegido. Y él la creyó, el muy idiota.

Le dolía la garganta, y se dio cuenta de que había estado gritando todo el dolor dentro de su corazón. Tenía la cara caliente por las lágrimas y los temblores le provocaban dolor en los músculos.

Y aún había unos brazos envolviéndola.

Con una respiración temblorosa volvió a su cuerpo. Toven la abrazaba, presionándole la espalda contra su pecho. Sus muslos estaban pegados a los de ella, y por fin consiguió reconocer la respiración en su cuello, moviéndole el pelo.

Briony bajó la mirada y encontró una mano robusta agarrándole el puño, con la piedra negra de su anillo resplandeciendo.

Conforme se le calmaba el dolor, el pánico y la tristeza con cada respiración temblorosa, se enfocó en la sensación del pecho de Toven contra su espalda. Su corazón latía contra su columna, despacio y firme. Briony respiró hondo para encontrar la tranquilidad en la presión de sus costillas contra las de él.

A medida que se le secaban las lágrimas y su respiración volvía a la normalidad, esperó que él se apartara, que se excusara, que terminara su deber.

No pasó.

Briony observó el sol esconderse en el cielo y trazó las venas de las manos de Toven con la mirada.

Si él no estaba preocupado por lo que pudiera estar pasando abajo, ella tampoco lo estaba. Mallow podría entrar en la habitación, su dragona podría prenderle fuego a la Mansión Hearst, y Briony seguiría aferrándose a ese momento un segundo más.

En voz baja, casi esperando que él se hubiera dormido, Briony dijo:

—¿Tú te sentiste así la primera vez que asesinaste?

Durante un segundo, pensó que no respondería, pero entonces su voz resonó contra su pecho y sintió su aliento en el cuello.

—Sí.

Ella solía guardarlo en una caja separada en su corazón tras haberlo visto asesinar a aquella familia eversun. Él era un asesino, no pintaba nada dentro de su pecho, donde residían el deseo y el amor. Ahora ella pertenecía a esa misma caja.

—¿Alguien te sujetó así cuando se te rompió el corazón? —preguntó ella.

Tenía la sensación de que su pulso se aferraba a un precipicio, expectante.

—Alguien me ayudó, sí. —Su voz sonaba lejana.

Un pinchazo de celos cobró vida en su interior. Deseó haber sido esa persona para él.

Briony se movió en su abrazo, y sus brazos se reajustaron alrededor de su espalda mientras enredaba las rodillas entre las de él.

Los ojos de Toven eran de un gris suave. Ella quería pasarle los dedos por la piel, por el pelo, bajo la camisa. Se llevó el puño al pecho, pero no pudo evitarlo. Le acarició los finos cabellos que le habían caído sobre los ojos. Le pasó los dedos por los pómulos, tallando el sendero de su mandíbula.

—¿Por qué me compraste, Toven? —susurró ella contra él.

Él movió los ojos sobre los de ella.

—No puedo responderte a eso.

Ella lo miró y parpadeó, y aunque estaba levantando una barrera, no sintió que se estuviera apartando. Sentía que se estaba acercando a ella, con la mirada suave y la mente abierta.

Briony le pasó los dedos sobre los labios y se acercó.

Toven apartó ligeramente la cabeza hacia atrás. Tenía los ojos cerrados y el ceño fruncido.

Ella le acarició la barbilla.

—Es verdad —susurró ella—. La norma de no besar.

Él abrió los ojos y arqueó una ceja.

—No tengo una norma de no besar.

A Briony se le curvaron las comisuras de los labios en una sonrisa. Le pasó los dedos por el cuello, y él tragó.

—Una norma de no besarme a mí, entonces —bromeó ella.

A Toven se le separaron los labios y se pasó la lengua sobre ellos para humedecerlos.

—Exacto —contestó él, jadeante.

Ella lo miró a los ojos, y entonces él la besó.

A Briony se le entrecortó la respiración, Toven se la robó y la guardó en su propio pecho. Sus labios le respondieron y se le cerraron los párpados.

Él movía los labios con indulgencia, despacio, con tanta delicadeza que Briony pensó que se apartaría en cualquier momento, sin embargo, siguió besándola.

Ella cogió aire contra sus labios y cerró el puño en el cuello de su camisa. Toven le extendió una mano por la espalda, acercándola a él hasta que se le apretaron los pechos contra sus pectorales cálidos, pero sin dejar de besarla con suavidad y sin prisa.

El corazón le latía muy rápido, haciendo llegar vida a cada centímetro de su cuerpo. Quería sentir sus manos sobre su piel. Quería su lengua. Quería sus caderas contra las de él.

Pero Toven Hearst se tomó su tiempo. Ella lo había visto besar a Larissa Gains muchas veces. Había visto cómo le recorría todo el cuerpo con las manos.

Nunca lo había visto así. Nunca había sentido nada parecido.

Cuando por fin separó los labios y ella sintió el suave deslizamiento de su lengua, se le formó un gemido en el fondo de la garganta. Apretó los muslos y arrimó más las caderas a él.

En ese momento, Toven, por fin, la tumbó de espaldas y encajó el cuerpo entre sus piernas abiertas.

Ella le envolvió el cuello con los brazos, acercándolo más, y movió la rodilla derecha hasta la altura de su cintura.

Sus labios aún eran lentos y lánguidos, como si ella fuera una pieza delicada. Pero conforme su lengua rozaba la de ella y ella aprendía a abrir la boca de la forma en la que él marcaba, quería que dejara de manejarla como si fuera de cristal.

Quería sentir su peso. Quería su sudor. Lo quería gruñendo por ella.

Él se movió y apretó las caderas contra las suyas. Ella lo sintió todo.

Briony abrió la boca en un suspiro y cerró los ojos por el placer.

—Toven, por favor —murmuró ella contra su boca.

Sus labios eran firmes contra los de ella cuando volvió a besarla otra vez. Arqueó la espalda contra él, intentando sentirlo todavía más.

Conforme la besaba con más intensidad, con la lengua cada vez más caliente, sus labios más directos, Briony deslizó los dedos por su nuca, por el lugar en el que terminaba el cabello en la base del cráneo. Hizo suaves movimientos y encontró una cicatriz donde una vez ella le cosió una herida hace tantos años.

Le rugió el pecho, por fin, y se le escapó un gemido entre los labios. Apretó las caderas hacia delante, clavándola contra el colchón, y con la mano le agarró la otra pierna, llevándole la rodilla a la cintura hasta terminar a horcajadas contra él.

Briony ahogó un grito cuando sintió su presión contra ella. Abrió mucho los ojos cuando Toven empezó a girar la cadera una y otra vez. Lo sentía justo donde lo necesitaba. Estaba tremendamente duro contra su cuerpo suave, y su boca se aferraba a su mandíbula, su cuello, sus latidos, a medida que él gruñía contra su piel. Ella siguió acariciándolo con delicadeza, y él aumentó el ritmo.

Ella memorizó cada jadeo, cada gemido, cada suspiro. Rezó por que le estuviera dejando marcas en la piel cada vez que succionaba.

Era decadente. Indulgente. Había un océano dentro de ella y se acumulaban las olas.

Y entonces movió las caderas un poco más abajo, y a través de toda la tela, Briony notó su erección contra su centro...

Se le entrecortó la respiración y se le quedó la mente en blanco. Gimoteó, cada vez más cerca de algo que jamás había sentido.

Él le llevó los labios al lóbulo de su oreja y, a medida que se balanceaba sobre ella, gimió su nombre.

—Briony.

A ella se le pusieron los ojos en blanco de placer.

Sonó exactamente igual que la otra vez. En su mente. En la fantasía creada donde ella aprendió a usar la boca.

Si pudiera escuchar solo un sonido durante el resto de su vida, quería que fuera Toven Hearst gimiendo su nombre.

Llamaron a la puerta y el ruido la sacó de sus pensamientos.

Se quedaron helados. El placer desapareció rápidamente de su cuerpo.

Toven tenía los ojos negros cuando se separó de ella y la miró. Las mejillas sonrojadas, el cabello cayéndole sobre la cara, y los labios rojos de los besos. Dio un salto atrás y Briony sintió la ausencia de su cuerpo como un incendio que se extinguió rápidamente.

Se mordió el labio, deseando que hubieran llamado a la puerta dos minutos antes o veinte minutos después.

Se incorporó sobre la cama, mientras Toven se pasaba una mano por el pelo, se ajustaba los pantalones y respiraba hondo.

Y, de pronto, recobró la compostura. Volvió a levantar los escudos.

Cuando respondió a la puerta, la voz de Serena susurró:

—¿Cómo está?

—Mejor.

Briony se levantó de la cama y estiró rápidamente las sábanas.

—Reighven y la enfermera se han marchado. El halcón de tu padre ha vuelto de hablar con Mallow. Llegará antes del anochecer.

Briony sintió un frío helado por la espalda. Miró por la ventana. El sol se pondría en unas pocas horas. Al menos tenía tiempo para volver a levantar sus barreras.

—¿Y va todo bien? —preguntó Toven.

—Hasta donde sabemos, sí —dijo Serena—. No estaremos seguros hasta que llegue. Tu padre quiere verte.

Toven asintió. Miró una vez a Briony, que se volvió a encontrar con esos ojos fríos con los que ya se sentía familiarizada, como si no acabara de estar perdido entre sus piernas ni dentro de su boca.

Se marchó y dejó la puerta abierta.

Briony respiró hondo.

—Pasa, Serena.

Serena cruzó la puerta y la cerró al entrar, agarrándose las manos por delante. Briony se apartó de la cama, cogiendo los recuerdos de las manos, la lengua y los labios de Toven y encerrándolos en uno de los libros de la estantería mientras miraba a su madre.

—Gracias por lo de hoy —dijo Briony.

Serena inclinó la cabeza.

—Yo iba a decirte lo mismo. —Bajó la mirada—. Has tenido veinticuatro horas muy duras, y sé que arrebatar una vida te rompe el corazón, pero quiero que sepas que nunca me has parecido tan valiente como ahora.

Briony asintió, obligándose a creérselo.

—No quiero que pienses que te ocultaba mi fertilidad.

—Lo entiendo. No era asunto mío saberlo —dijo Serena sin más.

Briony se armó de valor y sacó el tema que tenía en la cabeza.

—Dijiste que Mallow entraba a menudo en tu mente. ¿Por qué?

Serena levantó la barbilla y miró más allá de los hombros de Briony. Pensó que no iba a responder, pero sí lo hizo.

—Me otorgaron el don de avistar. Tres visiones grandes y un puñado de pequeñas imágenes —dijo. Briony parpadeó—. Antes, informaba a Mallow de mis sueños semanalmente, pero ha empezado a sospechar de todos a su alrededor e, incluso, duda de que yo entienda mi propio subconsciente. Ahora Mallow me inspecciona la mente diariamente.

—Eres profeta —dijo Briony.

—Es un rasgo generacional de mi familia. Aparece cada cien años, aproximadamente.

El don de las visiones era cada vez más raro en esos días. Los únicos profetas que conocía Briony vivieron hace más de medio milenio, aquellos que predijeron al dos veces heredero. La mayoría de los profetas no presumían de su don. Era muy fácil convertirse en objetivo.

Briony demoró en formular sus siguientes palabras.

—Pero ¿cómo se enteró Mallow de tus visiones?

Serena miró a Briony.

—La vi venir —dijo—. La vi en el Sillón. Y Orion y yo actuamos rápido para que... nos favoreciera.

Briony recordó que los Hearst fueron quienes presentaron a Mallow en sociedad el día que Briony la conoció.

—Perdóname si he estado algo ausente. Fría —dijo Serena con una extraña sonrisa—. Hasta que no aprendieras a usar las barreras de la mente, no me podía arriesgar demasiado a hablar contigo. Y, aun así, he eliminado y apartado muchas cosas de mis propios recuerdos.

Briony intentó imaginarse a Mallow en su mente cada día, indagando en los sueños de su subconsciente sobre los que no tenía control.

—Hay una sala de meditación abajo —dijo Briony—. ¿Es tuya?

Serena asintió una vez.

—Conforme vayas avanzando con las barreras mentales, siéntete libre de utilizarla.

Briony quería preguntarle a Serena sobre sus visiones. Ansiaba conocer el futuro. Quería saber las cosas que Serena había visto y qué le había entregado a Mallow. Pero también sabía que no era asunto suyo saberlo. La mayoría de los profetas vivían aislados para evitar ese tipo de conversaciones con amigos y familia.

—No voy a preguntarte por tus sueños, pero cuando los has detenido hoy... —Briony hizo una pausa y organizó de otra forma la pregunta, encontrando las palabras que habían resonado en su cabeza desde que dejó marchar al enfermero—. Tengo motivos para pensar que Mallow cree que el dos veces heredero aún existe. Cuando salvaste antes el linaje Rosewood... —Suspiró y se preparó para lanzarse—. ¿Tienes algún indicio de que tu hijo pudiera ser algún día el padre de ese heredero?

Serena levantó las cejas.

—Oh. Ya veo. —Se golpeó una muñeca con el pulgar—. No. Mi intención hoy era simplemente darte opciones en un futuro.

Briony sintió el peso de esas palabras sobre ella.

—Eres profeta —dijo Briony con una leve sonrisa—. Hablas como si todos los futuros fueran posibles, aunque ya sabes ciertos resultados.

Serena asintió.

—Aún no he visto el futuro que más deseo, pero tengo esperanzas. Creo que es posible un mundo en el que ambas tengamos opciones.

Briony se tragó el nudo de la garganta. El corazón le latía apresurado, y con el conocimiento de que Serena Hearst estaba con ella bajo este techo, de pronto, se sintió menos sola.

Serena inclinó la cabeza para despedirse.

—Cuídate, Briony. Siento mucho haberte proporcionado otra conversación que ocultar mientras preparas tu mente.

Se excusó y Briony se concentró en su interior.

Capítulo 45



Mallow no llegó al anochecer. Briony se quedó mirando por la ventana que daba a la puerta principal, observando el horizonte esperando el crepitar de un portal, pero no apareció nunca.

Los Hearst tampoco subieron a ver cómo estaba.

Briony concentró su energía en las barreras mentales, agrupando todo lo que tenía que esconder de Mallow y encontrando un hueco para guardarlo en su estantería mental. Lo repasó todo con hilo y aguja, igual que había hecho Serena en el interior de la mente de la enfermera, hasta que Briony ni siquiera estuvo segura de que Cohle hubiera intentado llevársela aquella mañana. Escribió sobre sus propios recuerdos de su puño apretado, cosiendo por encima con la imagen de una muñeca más pálida y delicada, hasta que fue Serena la que conjuró el Infartio.

Si se concentraba, podía encontrar la verdad en su mente, pero también era fácil pensar en aquella mañana y que saliera la escena fabricada.

A las cuatro de la mañana se oyó el estruendo de unas alas en el cielo.

Briony levantó la mirada justo a tiempo para ver el vientre del último dragón del mundo deslizándose sobre la Mansión Hearst, con las alas largas y delgadas.

Briony entrecerró los ojos. Así que la dragona no estaba muerta.

«no dRagOn, calma».

Repasó de nuevo las palabras mientras la dragona aleteaba, casi de forma elegante, sobre el bosque en el que vivía Vesper, aterrizando con suavidad en el campo contiguo. Con la tenue luz del amanecer, Briony identificó a alguien que se bajaba de su lomo por el ala, con el pelo largo y negro reluciente por la espalda.

En el fondo de la mente de Briony, bajo los escudos y detrás de las estanterías, se preguntó cuál era la necesidad de traer a la dragona y, sobre todo, de viajar en ella. Un portal habría sido mucho más rápido.

La figura se deslizó por la puerta y por el jardín. Una vez que Mallow desapareció por la puerta principal, Briony volvió a su sillón a esperar. El plan podía haber funcionado o no.

Veinte minutos después, se abrió su puerta y entró Toven.

—El ama Mallow quiere verte.

Su cara no dejaba ver nada. Podía estar a punto de adentrarse en cualquier cosa.

Briony lo siguió a la planta de abajo y al salón. Sus recuerdos temblaron en las estanterías de su mente, pero se alegró al darse cuenta de que eran los que había fabricado.

Mallow estaba de pie cerca de la chimenea, el brillo iluminaba su silueta, y Orion y Serena estaban a su lado. Aunque Briony la había visto hacía tan solo dos noches en Biltmore Palace, tenía la sensación de que habían pasado meses. Cuando se giró, Briony notó

que tenía los ojos agotados. Una vez más, se preguntó cuál era la edad real de Mallow.

El cuerpo de Cohle estaba tumbado entre los sofás, como una mesita de café.

—Briony —murmuró Mallow con una sonrisa delicada—. He oído que recibiste una pequeña operación ayer por la mañana.

Briony no dijo nada. Toven estaba a su izquierda.

Mallow dio un paso adelante, con el largo vestido ondeando a su alrededor como si fuera aceite.

—¿Habías sabido todo este tiempo que aún podías concebir?

Briony no había preparado los recuerdos de los enfermeros que le cortaron la primera trompa de Falopio, por lo que no había motivo para mentir.

—Lo sospechaba.

—Dirígete a ella como ama —dijo Orion con firmeza.

Ella lo miró. Briony añadió:

—Ama.

Mallow curvó los labios.

—¿Qué más estás ocultando, Briony?

El corazón le dio un vuelco, pero su mente se mantuvo concentrada.

—¿A qué os referís, ama?

Mallow estaba delante de ella, con la mirada oscura y la mente repasando la de Briony.

—Tu país ya no existe —dijo Mallow—. Los tuyos han perdido, pero, aun así, has encontrado la forma de rebelarte contra mi autoridad, ¿no es así?

La mente de Briony se sacudió y todos los libros que había escondido amenazaban con caer a sus pies. Collares, notas, uvas. Se concentró en la mirada de Mallow.

—Debes decirme lo que sabes, Briony —dijo Mallow.

Y, entonces, aparecieron unos cuchillos en su mente.

Briony ahogó un grito a medida que le arrancaba los recuerdos. La técnica de Mallow era contundente. Donde Serena se esforzaba por entrar y salir sin ser vista, Mallow quería que la sintiera durante días.

Se preparó para enfrentarse a los cuchillos, pero Mallow se arremolinó alrededor de una escena familiar.

El general Meers estaba de pie en el despacho de su padre.

—Sinceramente, debo oponerme a que haya tantas personas en una reunión confidencial...

—Sois unos ingenuos si pensáis que los oídos de Briony son menos útiles que los de los cinco que estamos aquí —dijo Rory.

Briony esperó mientras Mallow serpenteaba entre la escena como una cuchilla dentada, dejando su marca por todas partes.

No podía hacer gran cosa para esconder nada. No tenía ni idea de qué esconder.

Mallow voló por su mente, rodeando los recuerdos de Rory como una serpiente. Se regodeó en las reuniones familiares de hacía quince años con tías y tíos que llevaban años muertos. Se deslizó por un recuerdo que Briony tenía de su padre hablándole de las clases más difíciles y pidiéndole a Briony ser menos de lo que era para que Rory pudiera ser más.

Se le sacudió el cuerpo con las rodillas temblorosas. Mallow la sostuvo recta en el centro de la habitación. Su mente apenas reconocía la escena, la escena de Mallow frente a ella con sus tormentosos ojos negros, y el gris pálido de Orion desenfocado, dos metros más atrás.

No tenía ni idea de lo que buscaba Mallow. Briony evitó hiperventilar incluso a través del dolor, consciente de que necesitaba que los secretos que tenía debían continuar siendo secretos. En

algún momento extraño, sintió otra presencia en sus recuerdos. Donde Mallow cortaba y abría con desgarro, había también un movimiento suave, como el de una pluma. Con cuidado para mantenerse oculto.

Tras lo que le parecieron horas, Briony simplemente siguió a Mallow por su propia mente como una invitada.

Estaba determinada y concentrada en su persecución, dejando a Briony sospechando de lo que estaba buscando exactamente. El dolor la agotaba, volviéndola imprudente. Apareció una idea en su cabeza mientras Mallow estaba en otra parte. Si Briony pudiera saber qué quería Mallow...

Los cuchillos en su cabeza estaban unidos al hilo de magia de Mallow.

Y de la misma forma que deslizó el hilo en la mente de Toven hacía unas semanas...

De la misma forma que se unió a Serena en un solo hilo aquella mañana en la mente de la enfermera...

Briony esperó hasta que Mallow se concentró en un recuerdo con Rory y Sammy Meers, y entonces paseó por ese hilo como una araña, deslizándose hacia abajo, más, más, hasta la mente de Veronika Mallow.

Se equilibró sobre la aguja, como le había enseñado Serena, con cuidado de no interrumpir nada.

Pero no tuvo que buscar mucho tiempo. Había una pregunta tatuada tras los párpados de Mallow, que vivía enfrente de su mente sin ninguna barrera.

«¿Dónde está él?».

Briony sintió su consciencia flotando. El corazón colgado en el aire. Y, antes de poder procesar por completo lo que había descubierto, trepó por el hilo y salió de la mente de Mallow.

Una mente que Mallow no se había molestado en proteger. ¿Arrogancia? ¿O estupidez?

Mientras Briony se volvía a acoplar al sendero que Mallow estaba abriendo entre sus recuerdos, se concentró en los latidos de su corazón, reticente a sembrar nada más que no fuera confusión y dolor.

Porque había alguien, un «él» a quien Mallow estaba buscando en su mente.

«Algo no está bien. Ella no está bien».

El enfermero dijo que si Briony era capaz de concebir, la matarían.

Y lo único en lo que podía concentrarse Briony mientras abrían su mente era en la dragona fuera de la mansión. La muestra de poder innecesaria. El agotamiento en la expresión de Mallow.

«no dRagOn, calma».

La dragona que se había negado a establecer un vínculo con cualquier mago durante seiscientos años, hasta que llegó Mallow.

Un mago con un familiar dragón no se molestaría con ningún problema de mortalidad. Sería todopoderoso.

A no ser que el dragón no fuera su familiar.

«no dRagOn».

Briony se sintió fuera de su cuerpo. Podía ver la escena en el salón.

Orion y Serena junto a la chimenea, tras haberse preparado para que los interrogaran sobre el cadáver de Cohle.

Toven a su izquierda, esperando a que le devolvieran a su latiente.

Y Mallow, sin importarle en absoluto las dinámicas de los Diez, ni de la muerte de su segundo al mando. Mallow sin inmutarse por todo lo que ocurrió ayer, determinada únicamente a rebuscar entre la mente de Briony algo que le faltaba... otra vez.

Quizá las palabras del enfermero estaban cerca de la realidad, pero no del todo.

Mallow estaba preocupada por un heredero del linaje de los Rosewood que se enfrentaría a ella y la derrotaría: el dos veces heredero.

Solo que era el mismo con el que había estado enfrentándose durante cuatro años, desde la muerte de su padre.

«dRagOn».

Briony pensó que era muy extraño no haber sentido la muerte de su hermano.

Y a lo mejor era porque no había muerto.

El collar no funcionaba en Briony porque le había dado su magia del corazón a su hermano. ¿Y si aún seguía dándosela?

La magia que se entregaba voluntariamente no se podía arrebatar.

La habitación estaba en silencio, excepto por los aspavientos de dolor, pero ahora estaba separada de su cuerpo, en un mundo en el que Rory quizá aún siguiera vivo.

Su mente estaba en otro lugar mientras Mallow volaba por sus recuerdos.

El sol había salido.

Y Briony tenía trabajo que hacer.

Se introdujo en su interior, encontró un momento y lo fabricó rápidamente. Cosiendo como lo haría Serena, luego repasándolo con tinta como Orion.

Ella y Rory sentados en el acantilado de Biltmore. Briony le preguntó qué haría si no fuera el heredero de su padre.

—No lo sé —dijo Rory—, a lo mejor habría sido marinero. Siempre me han fascinado los muelles de Daward.

Briony cogió ese momento, el fabricado, y lo deslizó dentro de una caja en su mente.

Cuando Mallow estuvo lista para pasar de una reunión de solsticio de hacía años, Briony lo tiró en su camino, como una pulsera robada que se le cae del vestido.

Mallow se apresuró a cogerlo. La caja se abrió para ella.

Y antes de lo que Briony esperaba, se quedó sola en su mente, y su cuerpo cayó al suelo del salón de los Hearst.

Apenas estaba consciente cuando Mallow se giró hacia la ventana que daba hacia el bosque. La ventana desde la que se veía a la dragona en el claro.

Briony intentó aferrarse al presente jadeando en el suelo.

Orion dio un paso adelante. Con movimientos suaves, como una pluma bien entintada.

—Ama, ¿cómo puedo serviros?

Mallow parecía estar mirando a su dragón por la ventana.

—Serena —dijo—. Siento decirte que tendrás que volver a vivir sin tu marido en el futuro próximo.

Serena carraspeó.

—Lo que sea por Bomard.

Mallow giró la cabeza por encima del hombro y asintió al cuerpo de Briony.

—Hemos acabado. Por favor, excusadnos a Orion y a mí.

Toven se agachó para recogerla del suelo. Serena pronto apareció a su lado para ayudarlo.

Pero Briony estaba concentrada en la conversación en la ventana.

—Como siempre, te agradezco tu discreción, Orion.

—Por supuesto, ama.

Observó a Mallow quitarle el anillo al cuerpo sin vida de Cohle.

—Parece que el primer puesto de la línea al Sillón está vacante, ya que Cohle no nombró sucesor tras la muerte de Burkin. Y aunque la

sucesión lo dicta de forma diferente, estaré encantada de ofrecértelo a ti, Orion.

Serena y Toven se quedaron inmóviles. La cabeza de Briony colgaba sobre el hombro de Toven. Movió los ojos para mirar a Orion.

Orion se tomó un instante para pensar.

—Sois muy amable, ama. Pero para mí los Diez son muy importantes. Siempre lo han sido. No desearía perturbar el orden natural de las cosas. Aceptaré encantado el ascenso al séptimo en la línea ante la muerte de Riann Cohle.

Todos en la habitación aguantaron la respiración. Mallow lo evaluó.

—Me gustan los hombres que comprenden el poder pero no lo codician.

Orion inclinó la cabeza.

Briony sintió que su cuerpo se movía cuando Serena y Toven continuaron moviéndola.

—¿Toven?

Se detuvieron al escuchar la voz de Mallow. El cuerpo de Briony chocó con Toven. Estaba utilizando toda su energía para mantenerse despierta.

Toven dio un paso adelante.

—Sí, ama Mallow.

—Se me ha insinuado que no has estado utilizando a la señorita Rosewood como latiente. Hace unas semanas me aseguraste que habías completado el vínculo y disfrutabas de los beneficios.

La habitación se quedó en silencio y, ante la falta de sonidos, Briony se preguntó si se habría desmayado.

—Mis disculpas, ama. Rompí el vínculo recientemente. La conexión era terriblemente poderosa. Al parecer, los rumores son ciertos: la

sangre de oro otorga muchísima más potencia al latiente. —Se rio por lo bajo—. Me resultó algo abrumador. Tuve que desviar gran parte a otro lugar.

Mallow estaba de pie junto a la ventana, sin apartar la vista de su dragona.

—¿Demasiado poder? Bien, en ese caso —dijo ella—, quizá habrá que buscarte algo más que hacer, Toven.

El brazo de Serena se tensó alrededor del cuerpo de Briony. Orion apretó los labios. La nuca de Toven se tensó.

—Agradecería cualquier oportunidad de participar en vuestras próximas causas, ama —dijo Toven.

A Briony se le aceleró el corazón y por fin cedió a la oscuridad.

Briony se despertó al día siguiente. Sentía la mente lenta.

Había una tetera esperándola en la mesita de noche y se arrastró para servirse una taza.

Tenía mucho que hacer.

Abrió el joyero de la mesita de noche y sacó la nota.

«no dRagOn, calma».

Trazó la forma de la R. Las curvas de la O.

¿Podía ser Rory?

Le dolía el pecho por la certeza que sentía de pronto. Su hermano, un trozo de sí misma, no había desaparecido, al fin y al cabo. Le escocían los ojos.

De alguna manera, Rory había encontrado una forma de llegar a las chicas de Barlowe en Biltmore.

Briony pasó los dedos por la nota. Rory había tocado eso. Estaba más cerca de él que nunca en los últimos dos meses, pero muy lejos todavía.

Echó un vistazo a su habitación y sintió el peso que ejercía sobre ella. Era una jaula bonita, pero seguía siendo una jaula. Necesitaba encontrar la forma de evitar los tatuajes, no solo para ella, sino también para Cordelia y Phoebe y Katrina.

Y, después de eso..., supuso que era el momento de buscar la forma de matar a Mallow.

Ahora que Briony dudaba que la dragona hubiera establecido un vínculo completo con ella, Mallow no le parecía tan terriblemente poderosa. Simplemente era una mentirosa inteligente y enigmática.

Briony se rio para sí al recordar lo temida que era Mallow porque el vínculo con la dragona le otorgaba la habilidad de leer mentes. No era por la dragona; era un estudio rudimentario de magia de la mente, torpe y doloroso.

Briony pensó en Finola, y en cómo Mallow la había buscado en la mente de Briony. Quizá eso no tenía nada que ver con sus estrategias y conexiones. Quizá era porque era una mujer Rosewood a la que no habían esterilizado.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo ella.

Toven entró, y a Briony le dio un vuelco el corazón al verlo. Tenía una expresión severa, distante.

—¿Qué pasa? —dijo ella.

—Quería ver cómo estabas. —Tenía la voz contenida.

—Bien. ¿Por qué estás tan raro?

—¿Raro? —dijo él.

—Frío. Estás frío.

Toven apretó los labios.

—Una vez que te recuperes, llevaremos a cabo la ceremonia de vinculación. Me aseguraré de que el collar no te arrebata la habilidad de emplear tu magia.

—Pero tendrás acceso a ella —dijo Briony.

Él asintió. Briony respiró con dificultad al pensar en entregarle una parte de ella a Toven sin nada a cambio. No quería saber qué opciones tenía. Habían conseguido evitar hasta ahora el vínculo latiente.

Se quedaron en silencio durante un momento. Toven movía el anillo negro mientras miraba por toda la habitación.

—Sospecho que Canning le sugirió a Mallow que no había establecido el vínculo, como venganza por prohibir su elixir. Espera que le ponga remedio pronto.

Briony asintió.

—¿Y tu padre? ¿Se ha vuelto a marchar?

—Mañana. No sé adónde.

Briony sí lo sabía. Primero al puerto de Daward, luego a las casas de todos los marineros del pueblo.

—Pero una vez que establezcamos el vínculo —dijo él despacio, sin mirarla. Parecía que estaba reformulando sus palabras—. Tengo que hablarte de la Magia Sagrada... y sus efectos.

Briony levantó las cejas y se le ruborizaron las mejillas.

—¿Sí?

—No volverá a ocurrir nada como lo de la otra noche. —Miró intencionadamente la cama—. No debió ocurrir en primer lugar. Fue inapropiado.

—Inapropiado —repitió ella con los ojos entrecerrados.

—Estabas emocionalmente vulnerable —dijo él—. No habría ocurrido nunca si hubieras sido tú misma.

Briony sintió un dolor punzante. ¿La estaba culpando a ella? ¿No recordaba que fue él quien se inclinó hacia ella primero?

—¿Tienes por costumbre consolar a mujeres vulnerables tumbándote en la cama con ellas?

Apretó la mandíbula.

—Solo he venido a informarte de que no volverá a pasar nada parecido.

—Y ya me has informado. —Su tono era punzante—. ¿Algo más?

A Toven se le quebró la máscara.

—¿Qué narices te ha dado, Rosewood? —dijo él en voz baja—. Ya te he dicho que lo siento...

—¿Ah, sí? —se rio ella—. ¡No lo he escuchado!

—¡Sí! ¡Lo siento! ¡No volverá a ocurrir!

—¿Y por qué? —Se acercó a él y se cruzó de brazos—. Cuando muchos otros bomardi están encantados de coger lo que les pertenece, ¿cuál es la superioridad moral de Toven Hearst?

Él la miró boquiabierto.

—¿He oído bien? ¿Me estás preguntando por qué no me he aprovechado de ti?

—Sí —dijo ella—. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué me cuidan tan bien en la Mansión Hearst? He podido mantener mi virginidad y mi fertilidad. ¡Madre mía, cuánta hospitalidad!

Él cerró los ojos con fuerza y se apartó de ella.

—Eres... desesperante.

—Estuve en ese escenario, Toven. Estuve allí cuando pujaste por mí. No caí en tus brazos sin más. Le diste a Reighven algo que deseaba para conseguirme, y quiero saber qué fue.

Él se giró hacia ella y avanzó.

—Eso no te incumbe, Rosewood. No tienes derecho a saber esas cosas, por mucho que pienses lo contrario.

—¡Por fin! —Lanzó los brazos al aire—. Por fin se me trata como a una ciudadana de segunda en esta casa.

—¿Eso es lo que quieres? —dijo él, arqueando una ceja. Su voz cayó una octava—. ¿Eso es lo que quieres? ¿Estás tan hambrienta de

indignación justificada que querrías que te arrebatara la magia, los libros y la intimidad?

—Quiero saber por qué disfruto de esas cosas —dijo ella. La cara de Toven estaba tan cerca de ella que sentía su respiración áspera—. Quiero saber a qué juegan los Hearst. ¿Es porque soy la princesa de Evermore?

Él la fulminó con la mirada. Se le entrecortó la respiración, como si las palabras estuvieran preparadas para brotar de él. Y entonces, simplemente, dijo:

—Sí.

Briony observó cómo se le endurecía la expresión. Lo sintió en el corazón, cuando no le dijo lo que ella quería oír: que no era especial, pero que era especial para él. Sin embargo, era más que un elemento de negociación dorado para él y su familia.

Ella asintió y se tragó sus emociones.

—Tiene sentido —dijo ella casi sin fuerzas—. Tu familia está preparada para interpretar ambas partes.

Él no dijo nada, solo se quedó mirándola.

Ella levantó la barbilla, preparándose para interpretar también ambas partes.

—¿Estás preparado para empezar la partida contra Mallow, Toven? ¿O te conformas con quedarte al margen mientras tu padre hace todo el trabajo?

Él la miró con los ojos entornados.

—¿Qué significa eso?

Ella se pasó la lengua por los labios y, cuando él bajó la mirada a su boca, ella ignoró la esperanza de que volviera a besarla.

Esta no era una historia de amor.

—Significa —dijo ella— que cada día estoy más segura de que mi hermano sigue vivo. —Observó cómo Toven abría lentamente los

ojos—. Y me pregunto si me vas a ayudar o te vas a interponer en mi camino.

Epílogo

La dragona aterrizó en la torrecilla del castillo que perteneció a su primer humano. La mujer que vivía aquí ahora bajó de su ala y entró por la ventana, y la dragona resistió la necesidad de sacudírsela.

El demonio de pelo negro se giró hacia ella.

—Cuando te llame, vienes. Así es como funciona esto.

La dragona movió el morro hacia la bruja que le hacía demasiadas promesas. Resopló aire cálido contra la cara de la mujer, pero ella no se movió.

La mujer, Mallow, miró a la dragona a los ojos con la cabeza inclinada.

—No me crees capaz, pero me desharé pronto de esta profecía. Estoy muy cerca de acabar con el heredero. Entonces podrás completar el vínculo conmigo.

«Quizá —pensó la dragona—. Quizá no me caes tan bien».

Mallow entrecerró los ojos negros.

—Solo puedo cumplir mi promesa contigo si te vinculas conmigo. Eres tú la que lo está impidiendo.

La dragona volvió a resoplar, enviando una ráfaga de viento a la habitación de Mallow, moviendo papeles y tirando cuadros de las paredes.

Mallow la miró fijamente.

La dragona despegó de la torre y se alejó volando. Odiaba a los humanos.

Batió las alas contra el aire y rodeó las montañas hasta el terreno rocoso al otro lado del acantilado, el nido en el que ese demonio la había encontrado.

Durante más de quinientos años había vivido en paz, a no ser que la molestara algún humano. Los humanos encontraban siempre la manera de enfangarle las cosas.

Un buen ejemplo...

La dragona aterrizó con suavidad en el alféizar de su cueva, oliendo a más humanos de los que le gustaría tener cerca.

El hombre con el pelo oxidado y la mujer a la que faltaba medio brazo habían vuelto. La dragona gruñó.

El hombre se dio la vuelta y levantó las manos en paz, haciendo una profunda reverencia. La mujer lo imitó.

—No tardaremos. Y si no nos permites nada más, nos marcharemos.

Los humanos tenían la costumbre de multiplicar aquello que la dragona odiaba. Dobló las alas y se acomodó en el alféizar para mirarlos fijamente.

El hombre de cabello oxidado asintió en agradecimiento. Al menos era más agradable que su padre.

Desde el fondo de la cueva, su chico salió a la luz. Abrazó a los otros dos, y la dragona escuchó con atención mientras el del cabello oxidado le entregaba un trozo de papel demasiado pequeño.

—¿Habéis establecido contacto? —dijo su chico.

Estaba emocionado. Y la dragona sabía qué pasaría ahora. Suspiró, mirando a las montañas solitarias. Sabía que no podría quedárselo. No era suyo de la forma que lo sería un hijo dragón.

Pero había algo en él que la había llamado, que le había rogado que lo salvara.

—¡Dragona! —gritó su chico ansioso—. Ha llegado la hora. Si permites que me vaya, necesito hacerlo.

La dragona resopló y se negó a mirarlo.

Cuando esos dos vinieron a por él la última vez, juntos decidieron que era más seguro que su chico se quedara aquí. Ingenua, la dragona pensó que la había elegido aquel día. Que había preferido quedarse.

Deseó no habérselo llevado con ella hacía dos meses. Aquel día cerca del lago mientras el polvo se acumulaba en una nube y la batalla hervía bajo sus garras.

Le había cogido cariño. Y ahora él quería marcharse.

—Gracias por curarme y mantenerme a salvo —dijo él—. Pero tengo que ir con mi hermana. Sé que tú tuviste una. Y espero que recuerdes lo que significa ese vínculo.

«Vínculo», pensó la dragona con sorna. Pensaba que había vuelto a conocer ese vínculo. Cuando la mujer demonio subió hasta esa montaña y le prometió crearle una pareja dragón, ella aceptó entablar un vínculo. Pero desde el momento en el que le abrió su magia al demonio, supo que no era lo correcto. Había sentido el poder de Mallow y lo había confundido con el de la pareja adecuada. Pero el chico tenía más de lo que la dragona anhelaba en la sangre y de lo que Mallow ni siquiera podía soñar.

Y ahora se quería marchar. Está bien.

La dragona giró el morro hacia él y le apretó la nariz en el costado, apartando la cola de su camino.

—Gracias. Espero que volvamos a vernos —dijo el chico—. Me gustaría presentarte a mi hermana. Si hay alguien capaz de

averiguar cómo un mago puede crear una pareja para un dragón, es ella.

La dragona puso los ojos en blanco, harta de escuchar hablar de su hermana.

—Vamos, Rory —dijo la mujer con un brazo—. Te pondremos al día.

Rory acarició el morro de la dragona, y ella resopló, empujándolo hacia atrás.

Despegó hacia el cielo, determinada a olvidarse del príncipe de la rosa y del deseo que sentía de pertenecerle.

Agradecimientos

Si enumerara realmente a todas las personas que han tenido un profundo impacto en la trayectoria de este libro, los agradecimientos serían tan largos como el propio libro (y es muy gordo). Si pudiera, nombraría a todos los usuarios de AO3 que dejaron comentarios y felicitaciones, a todas las personas de Discord y Facebook que interactuaron conmigo durante el proceso de escritura, y a todos los ilustradores y encuadernadores voluntarios que crearon algo maravilloso a partir de mis palabras.

A Mar y Cat, que fueron mi roca durante dieciocho meses y se comprometieron a un proyecto conmigo antes y durante una pandemia, gracias, mis amores, por llevarme a donde estoy ahora. Siguen siendo las chicas a las que les cojo la mano debajo de la mesa cuando el mundo se vuelve demasiado hostil.

A mi *coach*, Anna, que me defiende a capa y espada, y arregla cualquier idea sin sentido que se me ocurra, gracias por empujarme. Claire, tú fuiste la primera en leer esto, y me hablaste con pasión sobre el ambiente y la construcción de materiales y de contexto histórico, y probablemente no he hecho nada de lo que me dijiste, porque simplemente te miraba completamente fascinada. Gracias por tener una cara tan bonita.

Gracias a mis editoras, que trabajaron sin descanso en este libro y me animaron a amoldarme con él. Junessa Viloria, de Forever, y

Martha Ashby y Rachel Winterbottom, de HarperCollins UK, las tres sois increíbles y os habéis arriesgado mucho con esto. Gracias a todo el equipo de Forever, sobre todo a Mama Estelle, Primo Dan, Caroline Green, Leah Hultenschmidt y Sabrina Flemming. Gracias a todo el equipo de HarperCollins UK.

Quiero darles las gracias a mis editores y editoriales extranjeros, que en el momento en el que escribo esto son: Maria Runge de Goldmann, Elena Paganelli de Newton Compton, Sonia Mennour de Bragelonne, Julia Barreto de HarperCollins Brasil, y a todo el equipo de Crossbooks (Planeta) en España, especialmente a Paula Hernández.

Gracias a mis padres, que casi no me vieron durante once meses. Gracias a mi perro, Charlie, porque ¿por qué no?

Mis amigas escritoras, mi aquelarre vampírico, mis chats grupales; gracias. Especialmente a Christina y Lauren, Susan Lee, Rosie Danan y Ali Hazelwood, que vivieron *lanza purpurina* la alegría de este libro conmigo. Gracias Kate Goldbeck, Kate Golden, Margarert Wiggins, Amanda Jewell y Thea Guanzon. Gracias Lauren Goldgrub, Shaye Lefkowitz y Tatyana por vuestro entusiasmo y apoyo emocional sin fin. Gracias Nikita Jobson, por el arte que me has concedido durante todos estos años. No me merecía *La chica de oro* y sigo sin merecerme esta maravillosa portada.

Y, sobre todo, gracias a mis lectores que me siguen por todos los géneros. A mis lectores más longevos y a mis nuevos lectores, a los creadores de contenido y a los reseñadores de libros, a los creadores de memes y a los apasionados de los calcetines, sois el motivo por el que me dedico a esto.

No te pierdas el siguiente libro
de la trilogía *Evermore*

Rose in Chains
Julie Soto

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Rose in Chains*
© del texto: Julie Soto, 2025
© de la traducción: María Cárcamo, 2025
© de la cubierta:Toby James/HarperCollinsPublishers Ltd
©Ilustración de cubierta: Steve Stone/Artist Partners
©Ilustración de guardas: Inma Moya @byndebondry
Fotografia de la autora: Kevin Fiscus Photography
© Editorial Planeta S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): agosto de 2025

ISBN: 978-84-08-30747-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



No hay verano sin ti

Han, Jenny

9788408019909

272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La **trilogía** en la que se basa la serie de Prime Video.

El verano no es igual sin *Cousins Beach*

Año tras año, Belly espera con impaciencia la llegada de las vacaciones para reencontrarse con Conrad y Jeremiah en la casa de la playa. Pero este **verano** no podrá ir. No después de que la madre de los chicos volviera a enfermar y de que Conrad cambiara. Todo lo que el verano significaba se ha esfumado y Belly está deseando que acabe. Hasta que recibe una llamada inesperada que la convence de que aún podría **volver a ser como antes**. Y eso sólo puede ocurrir en un lugar...

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



You 2. Need you

Maskame, Estelle
9788408153580
440

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ha pasado un año desde que Eden Munro vio por última vez a su medio hermano –confesémoslo, también su amor secreto– Tyler. Desde entonces no ha escatimado esfuerzos por olvidarlo y luchar contra ese amor prohibido. Pero cuando Tyler la invita a reunirse con él en New York durante el verano…su determinación flojea. Mucho.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La ciudad desolada

Riggs, Ransom

9788408160786

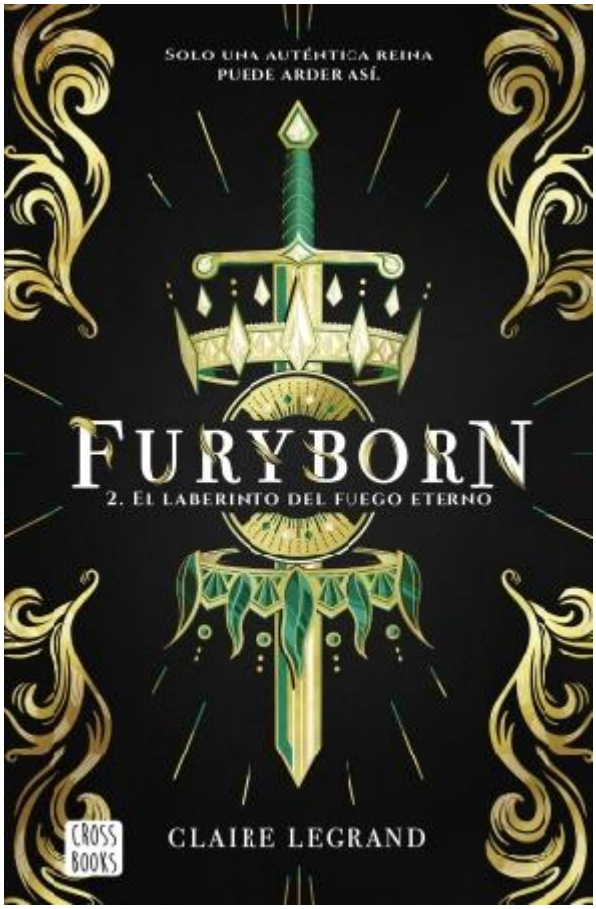
480

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Continúa el viaje extraordinario con la huida de Jacob Portman y sus insólitos amigos en busca de una cura para su querida maestra, Miss Peregrine. Perseguidos por sus enemigos, al llegar a Londres encuentran una ciudad destrozada por las bombas en las que el

peligro acecha en cada esquina. A pesar de su valentía y fortaleza, deberán enfrentarse a retos que desafiarán sus asombrosas habilidades. ¿Cómo sobrepasar todos los obstáculos de un mundo en el que humanos y peculiares libran guerras paralelas?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Furyborn 2. El laberinto del fuego eterno

Legrand, Claire

9788408213062

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

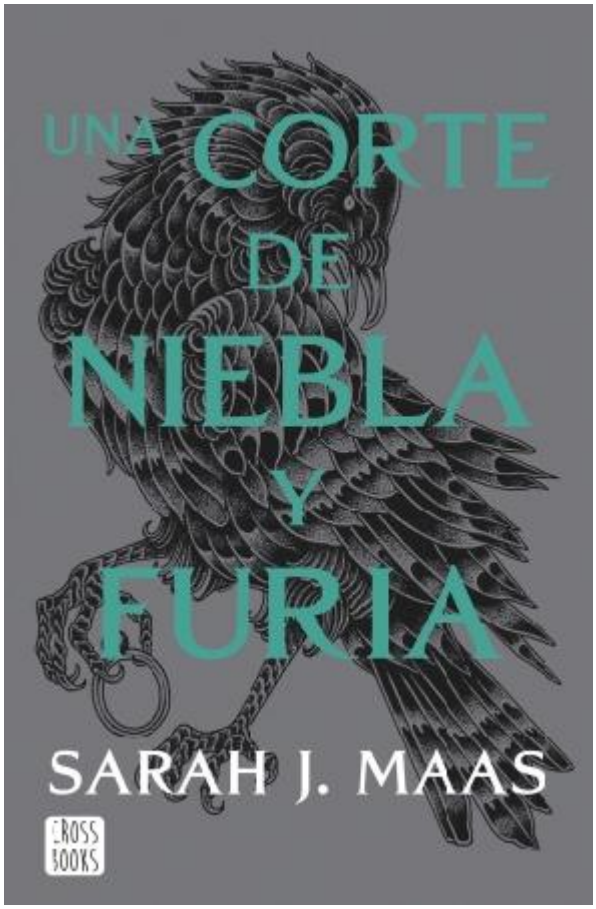
Tras el impactante final de *Furyborn 1: El origen de las dos reinas*, llega la segunda parte de esta imponente saga para saciar el apetito de los lectores ávidos de más. *Furyborn 2: El laberinto del fuego eterno* desvela algunos de los secretos planteados en el libro anterior, y abre nuevas incógnitas sorprendentes.

Inmersa en un gran escándalo palaciego, Rielle debe enfrentarse a pruebas de enorme peligro para demostrar si es ella la Reina Solar que la profecía anunciaba. Mientras su corazón se desgarra por Audric, su obligación es mostrar tanto a gobernantes como a súbditos que sus poderes proceden del Bien. Sin embargo, una oscura presencia la acecha, y le hace ver que su Destino quizá es mucho más terrible de lo que ella creía...

Por su parte, Eliana descubre la espantosa verdad que oculta el Imperio, y se encuentra ante el dilema de asumir un Destino más poderoso de lo que jamás hubiera imaginado... ¿Estará quizá en su mano un poder tan grande como para destruir el mundo?

¿Cuál de ellas es la Reina del Sol, y cuál la Reina de la Sangre? El enigma continúa.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una corte de niebla y furia. Nueva presentación (Edición española)

Maas, Sarah J.

9788408174349

592

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un cuento de hadas nunca había sido tan *sexy*. ¡Déjate seducir por la saga del momento! (Libro 2)

Tras haber superado más pruebas de las que un corazón humano puede soportar, Feyre regresa a la Corte Primavera con los poderes de una alta fae. Sin embargo, no consigue olvidar los crímenes que se vio obligada a cometer para salvar a Tamlin y a su pueblo, ni el perverso pacto que forjó con Rhysand, el alto lord de la temible Corte Noche.
Mientras Feyre es arrastrada hacia el interior de la oscura red política y pasional de Rhysand, una guerra inminente acecha y un mal mucho más peligroso que cualquier reina amenaza con destruir todo lo que Feyre alguna vez intentó proteger. Ella podría ser la clave para detenerlo, pero solo si consigue dominar sus nuevos dones, sanar su alma rota y decidir su futuro y, junto a él, el de todo un mundo en crisis.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)